

Cuenca

en

Fichincha

Por AM. Borrero.

CUENCA-ECUADOR.

267
986.005 N-4430
443
Publicaciones del Centro de
Estudios Históricos y Geográficos,
del Azuay.

B832

GUENGA EN PICHINGHA

Obra escrita con motivo del Centenario
de aquella batalla

FOR

ALFONSO MARIA BORRERO

Del Centro de Estudios Históricos y Geográficos, del Azuay, y Miembro Correspondiente de la Academia Nacional de Historia, de Quito.



CUENCA DEL ECUADOR—MAYO DE 1922.

Tip. «Municipal.»

PROLOGO

Nada impide que un escritor se proponga la composición de un libro sin tener antes en la mente aquello de que ha de componerlo, porque bien puede —y es frecuente el caso— instruirse de propósito para ello; pero los libros así compuestos, como producto de gestación forzada, forzados salen e incoherentes en demasía, produciéndonos su lectura una impresión moral de fatiga muy parecida a la física que nos causan las sendas aradas de camellones o baches.

No ha de ocurrirnos tal cosa con este libro del Señor Doctor Borrero, porque el Señor Doctor Borrero no se ha instruido *ad hoc* para haber de componerlo, sino que lo ha compuesto por haber tenido muy de antemano instrucción suficiente y aun sobrada para ello. Quiso hacer su libro porque pudo hacerlo, a la manera de los árboles autóctonos o de tierra propia, cuando dan su fruto; y no es que lo pudo porque lo quiso, también a la manera de los árboles, pero exóticos y de invernadero.

Y esto que acabo de decir lo sé de cerca, porque llevo tres años de escucharle y oírle más, mucho más de lo que aquí dice sobre la historia de Colombia la Grande, y de tener en él un volumen abierto para mi particular instrucción, escasa, lo reconozco, pero por deficiencia mía, que no suya, y nadie como un discípulo, por medianillo que sea, pa-

ra juzgar con acierto de la competencia del maestro.

Rompe la marcha con algo muy nuevo, no obstante la relativa antigüedad de la materia, esto es, la rompe con la historia detallada y completa de la magna guerra, desde el **PRIMER GRITO** que en Pichincha dimos en 1809, hasta los albores de la Victoria que acudió a ese grito en 1822, y en ese mismo Pichincha. Minucioso y seguro en la cronología; diestro y capacísimo de orientarse en el laberíntico mapa del terreno de esa **BATALLA DE ONCE AÑOS**, llamada Guerra de la Independencia, y rápido, pero suficiente, en la parte dramática de la lucha, él se ha dado modos para contarnos en cosa de cien hojas todo lo que hay que saberse respecto de la trama de **LA COLOMBIADA**, es decir, de aquella **ENORME EPOPEYA** que ha de escribirse algún día con este título, contando con Bolívar para Aquilés, con Páez para Ajax, con Sucre para Patroclo, y así de los demás de nuestros héroes, superiores a los de Homero con la superioridad de la Historia sobre la Fábula, y de una Historia superior a la misma Fábula en proezas, en dignidad y en motivos.

Esta parte de la obra del Señor Doctor Borrero, como única en su género, pues nadie todavía, sino él, ha escrito un compendio tan breve y tan sustancioso de aquello que en más de cien volúmenes anda, esta parte de su obra, decimos, llegará a ser clásica. Convertida en libro de lectura en Escuelas, Colegios y Universidades, en ella los futuros colombianos de la Colombia de Bolívar aprenderán a decorar la historia de la Independencia de sus cuatro Patrias, Venezuela, Colombia la Chica, el Ecuador y Panamá.

Desde el año de 9 hasta el año de 12, aquí, entre nosotros; desde el 19 de Abril del 10 hasta fines del 14, en Venezuela; desde el 20 de Julio del mismo 10 hasta el día de la Cuchilla del Tambo del 16, en lo que era Nueva Granada; desde la Invasión de los Seiscientos, el 17, hasta las Queseras del Medio, el 19; desde el día de las Quese-

ras hasta el de Boyacá, el propio 19, y desde Boyacá hasta Pitayó y el Segundo Carabobo, los años de 20 y 21, todo, todo nos lo refiere nuestro autor, sin omitir cosa alguna de las innúmeras de esa guerra gigantesca.

Poniéndonos así al tanto de lo que es menester que sepamos para no llegar ayunos a lo de Pichincha, entra a la segunda parte de su libro con el 9 de Octubre, del Guayas, y su hermano, el 3 de Noviembre, del Azuay. Nos lleva a Camino Real y, después, nos hace presenciar los desastres del Primer Huachi, Verdeloma y Tanizagua. En seguida nos presenta en espectáculo ese reducido oasis de triunfo y gloria denominado Yaguachi. Muéstranos, a poco, el otro desastroso Huachi. Nos hace presenciar, en Guayaquil, una realización del mito de Anteo, que al caer por tierra se levanta más fuerte a su contacto. Nos hace dar, con Sucre, el estratégico rodeo de Machala-Yúlug-Zaraguro; coje aquí, como sucedáneos de lo bueno de lo nuestro, del Numancia, algunos cuerpos del ejército del Perú; los hace descansar en Cuenca a ellos y a los colombianos y guayaquileños, donde los aprovisiona, rellena sus cuadros espaciados, remonta sus caballerías, los viste, los alimenta, los arma; nos conduce a Tapi, en Riobamba, donde Llaneros y Gauchos dan una de sus formidables lecciones a los Jinetes de Iberia; nos trae a Córdova y Maza desde el Istmo; los expide en pos de Sucre para Latacunga, y ya allí, juntas las legiones, por Limpio--pongo, Chillo, Puengasí, Turubamba y Chillogallo, a PICHINCHA.

Si para la primera parte de su libro no hizo más que acudir al arsenal de su repleta memoria, para la segunda, aun no bien escrita por otro alguno, acude a los archivos y a las obras de documentos, y nada dice, nada establece, nada asienta que no lo compruebe de seguida. En esta dicha segunda parte no habla él solo: junto con él hace hablar de historia a los mismos que la historia hicieron. Casi, casi no queda documento referente a la Campaña de Pichincha que no entresaque, re-

produzca o cite. Todo futuro historiador de esta Campaña hablará en su libro, y en primer término, de este libro del Señor Borrero.

Talvez y aun sin talvez no cuadra a su obra el nombre que le ha dado. Bien es verdad que, como buen hijo de esta su tierra del Azuay, se ha extendido, ha cargado la mano y ha sido en extremo minucioso respecto de aquello que los cuencanos del 22 hicieron para la jornada final de Colombia; mas esto sólo no salva el título del libro. Simplemente debió de denominarlo PICHINCHA, y aquí lo apunto para que el lector no cuencano, tomándolo por una simple hoja de servicios nuestros a la Independencia de América, no se prive de leer lo que es con toda propiedad un libro de Historia General, rápida y breve en su primera parte, y dilatada y llena en su segunda.

Yo sé -porque tuve el honor de ser confidente del primer pensamiento del Señor Borrero- que debía también tener una tercera, para aquellas cosillas de la historia que se acostumbra dejar a la pluma de los tradicionalistas. Mas la premura del tiempo, y más aún la necesidad de que los azuayos nos presentemos con algo en las manos el día de las Fiestas Centenarias de PICHINCHA, han hecho que esta tercera parte se deje para después. Empezada está ella: ya verá la luz en breve.

Y con esto, y con protestar que en todo esto he dicho lo que he sentido, sintiendo antes lo que he dicho, allá va CUENCA EN PICHINCHA sin más lunar que la afee que el lunar de este prólogo, lector.

O. CORDERO PALACIOS.

PARTE PRIMERA

ANTECEDENTES

**Breve Reseña Histórica de la Emancipación
del Ecuador, Venezuela y Nueva Granada,
hasta el 9 de Octubre de 1820.**

CAPITULO I.

PRESIDENCIA DE QUITO.—1809-1813.

El movimiento revolucionario de Quito, en Diez de Agosto de 1809.—Instalación de la Junta Soberana.—El Marqués de Selva Alegre resigna el mando en Dn. Juan José Guerrero, quien celebra una capitulación con el Conde Ruiz de Castilla.—Este ordena la prisión de los patriotas.—Ataque a los cuarteles para libertarlos, en 2 de Agosto de 1810.—Matanza de los presos y tropelías cometidas por los soldados limeños.—Llegada del Comisionado Regio Dn. Carlos Montúfar.—Instalación de una nueva Junta llamada de Gobierno.—Montufaristas y Sanchistas.—El primer Congreso Constituyente se instala en Quito.—Primera expedición a Cuenca, a órdenes del Coronel Carlos Montúfar.—Segunda expedición, mandada por el Coronel Francisco Calderón.—Encuentro en Paredones.—Combate de Cuitún, llamado impropia-mente de Verdoloma.—Retirada intempestiva del Ejército Patriota.—Pónese éste a órdenes del Comandante Feliciano Checa.—Campaña del Presidente Montes sobre Quito y ocupación de esta ciudad por las fuerzas realistas.—Persecución de los republicanos por el Coronel Sámano.—Combate de San Antonio.—Encuentro de Yahuarcocha.—Prisión del Coronel García Calderón.—Su trágico fin.—Termina la primero etapa de la guerra de la Emancipación en la Presidencia de Quito.

Cúpole a Quito la inmarcesible gloria de haber lanzado el primer grito de Independencia, que repercutió en toda la América Española, en la memorable fecha del 10 de Agos-

to de 1809 (1). Instalóse, en consecuencia, una JUNTA SOBERANA, de la que fué nombrado Presidente Dn. Juan Pío Montúfar, Marqués de Selva Alegre. Este, aunque patriota de corazón, no tenía las dotes que eran menester para sacar adelante el movimiento revolucionario, y dominar las difíciles circunstancias en que se hallaban los patriotas, rodeados de poderosos enemigos, tales como, el Gobernador Dn. Miguel Tacón, de Popayán, por el Norte, el Gobernador de Guayaquil, Dn. Bartolomé Cucalón, por el Occidente, y el Gobernador de Cuenca, Dn. Melchor Aymerich, por el Sur. Por estas razones, y después de las derrotas que sufrieron los Jefes Republicanos, Dn. Francisco Javier Ascásubi y Dn. Manuel Zambrano, en Sapuyes y Cumbal, respectivamente, el Marqués de Selva Alegre, no pudiendo conciliar las encontradas pasiones de sus copartidarios, resignó el mando en Dn. Juan José Guerrero, Conde de Selva Florida, en 12 de Octubre de 1809, quién después de celebrar una capitulación con Dn. Manuel Urriez, Conde Ruiz de Castilla, dejó a éste en la Presidencia de la Junta. Este acto de debilidad, por no calificarle con otro nombre más duro, hizo completamente nugatorio el objeto de la revolución. En efecto, Ruiz de Castilla, desleal, faltó a sus promesas; y cuando se creyó seguro con la tropa venida de Lima, comandada por el Teniente Coronel Manuel Arredondo, de funesta memoria, y con 3500 soldados más de la contrarrevolución, que se hallaban en Latacunga, rompió las capitulaciones, disolvió la Junta y restituyó la antigua Real Audiencia.

Vinieron, en seguida y con rapidez, grandes acontecimientos. Ruiz de Castilla, en 4 de Diciembre de 1809, ordenó la prisión de los patriotas; y en efecto, fueron apresados y encerrados en el cuartel, después Casa de Moneca: Ascásubi, Montúfar, Salinas, Morales, Quiroga, Arenas, Juan Larrea, Vélez, Villalobos, Olea, Cajías, Melo, Vinuesa, Riofrío, Correa y otros, hasta sesenta y tantos.

Un puñado de hombres valerosos, dignos de eterna loanza, se reunió, en el nefasto 2 de Agosto de 1810, en el atrio de la Catedral y en el de la Capilla del Sagrario, con el audaz y humanitario propósito de salvar a los presos de su dura carcerería. Divídense en dos grupos: José Jerez, Pereira, Rodríguez y Silva atacan y toman *el Pre-*

(1) En la casa de Dña. Manuela Cañizares, mujer de temple, de despejada inteligencia, culta e ilustrada, se reunieron, en la noche del 9 de Agosto de aquel año, los patriotas, para celebrar la Junta precursora del grito de Emancipación. Consignemos los nombres de los asistentes más connotados a aquella célebre Junta: Dn. Pedro Montúfar, hermano del Marqués, Dn. Juan de Dios Morales, Dn. Juan Salinas, el Dr. Manuel Rodríguez Quiroga, Dn. José Riofrío, Dn. Manuel Matheu, Dn. José Javier Ascásubi, Dn. Feliciano Checa, el Dr. Antonio Ante, que promovió la reunión, Dn. Manuel Zambrano, Dn. Pedro Arenas, el Presbítero Correa, Dn. Nicolás Vélez y muchas otras personas del pueblo.

sidio, y logran libertar a los que en ese lugar se hallaban: otros ocho individuos, Landáburu, el cabecilla, Godoy, Albán, Morales, Mosquera, Mideros y dos hermanos Pazmiño, fuerzan con puñales la guardia del REAL DE LIMA, la dispersan y se apoderan del cuartel y de las armas. Vuelan a libertar a los presos, pero el Capitán Galup, descendiendo, con velocidad y espada en mano, de uno de los corredores altos, y entrando en el patio, grita a los soldados que se hallaban en él: "Fuego contra los presos." Acababa de pronunciar estas terribles palabras, cuando cayó muerto de contado, atravesado por la bayoneta calada de un fusil y asestada por uno de los asaltantes.

Esta voz de alarma, la falta de ataque, por parte de los comprometidos, al cuartel Santa Fé, que también debió serlo al mismo tiempo que los otros, dieron ocasión a que el Comandante de las fuerzas de Popayán, Angulo, corriese a su cuartel, previniese a la tropa y la dirigiese contra los atacantes del cuartel vecino, o sea, del Real de Lima. Al efecto, a cañonazos logra hacer un horado en la pared que divide los dos cuarteles, por él penetra Angulo con sus fuerzas al Real, las hace que ocupen todas las puertas, en una de las cuales habían colocado los Patriotas un cañón hacia la plaza, sin cuidarse ni prevenirse para nada de este ataque inesperado por retaguardia.

Conociendo los atacantes y los infelices presos que era imposible toda resistencia, pretendieron salvarse, apelando a la fuga. Algunos, como Albán, aunque herido, lograron hacerlo; pero los bravos Godoy y Mideros fueron ultimados en la prevención. La pluma se resiste a describir la escena horrorosa de la matanza de los presos; pues sólo consiguieron salvarse, de un modo milagroso, un valiente joven llamado Mariano Castillo, fingiéndose muerto y confundiendo entre los cadáveres de sus infortunados compañeros, Dn. Pedro Montúfar, Dn. Nicolás Vélez, Dn. Manuel Angulo y el Presbítero Castelo.

Al escribir estas páginas, no podemos menos que recordar con veneración y bendecir los nombres de esos nobilísimos mártires: Salinas, Morales, Quiroga, Arenas, Riófrío, Ascásubi, Aguilera, Peña, Vinuesa, Larrea, Guerrero, Cajías, Villalobos, Olea, Melo, Tobar.....

A raíz de esta sangrienta hecatombe, los soldados pardos o *zambos* de Lima, se dispersaron por las calles de Quito, cometiendo tropelías, robos y asesinatos. Era como una horda salvaje entrando a saco en una ciudad indefensa. El 2 de Agosto de 1810 en Quito y el 2 de Mayo de 1808 en Madrid, constituyen una de las más negras páginas de la Historia del siglo XIX.

La tiránica dominación militar que oprimía, con mano de hierro, a los habitantes de Quito, terminó a poco de la llegada en ésta del Comisionado Regio, Dn. Carlos Montúfar, hijo del Marqués de Selva Alegre, nombrado por el Conse-

jo de Regencia, que funcionaba en España, con el objeto de que conciliase las opuestas pretensiones que se habían suscitado entre la Metrópoli y sus levantiscas Colonias.

El Comisionado Regio, hombre sagaz y versado en los negocios públicos, consiguió la formación de una nueva Junta que debía llamarse de *Gobierno*, y que después tomó el nombre de *Superior*, la que, al andar de poco tiempo, y en cuanto dimitió el mando, que sólo lo tenía en el nombre, el Conde Ruiz de Castilla, se proclamó soberana e independiente de todo poder extraño.

La causa de la Independencia se hubiera, probablemente, cimentado desde aquella época; pero, por desgracia, los patriotas se dividieron en dos bandos opuestos: el del Marqués de Selva Alegre, apoyado por su hijo Dn. Carlos, denominado *Montufarista*, y el de Dn. José Sánchez, Marqués de Villa Orellana, apellidado *Sanchista* y sostenido por el Teniente Coronel Francisco Calderón, padre del Héroe-niño, inmolado en Pichincha (1). Funestas divisiones y rivalidades que dieron al traste con la Revolución; y que, desde esa remota fecha, se han repetido, en serie no interrumpida, hasta nuestros días, para desventura de la Patria.

El Congreso Constituyente que debía expedir la primera Carta Fundamental de la República, se instaló en Quito, el 1º de Enero de 1812, con gran pompa, solemnidad y júbilo. Pero la hidra de la discordia engendrada por los odios partidaristas de que hemos hablado, sentó sus reales en el seno de la augusta Asamblea, convirtiéndola en *campo de Agramante*. Suscitóse en ella la discusión baladí, acerca de si debía primero discutirse la Constitución, o procederse a la organización del Gobierno y al nombramiento de empleados, o al contrario. Agriados y acalorados los ánimos por tan fútil motivo, dió por deplorable resultado que ocho representantes *Sanchistas*, se separaron del Congreso, y fueron a continuar sesionando en Latacunga; estableciendo, de esta manera, la más honda división y anarquía en el seno mismo de la Asamblea Constituyente.

No pararon en esto las cosas, sino que envalentonados los *sanchistas*, llamaron a su Jefe, el Teniente Coronel Francisco Calderón, que se hallaba con un cuerpo de tropas de observación en Alausí, para que unidas a las que, desde la retirada de Arredonde de Quito, se encontraban en Guaranda, fuesen a la Capital. Calderón dió gusto a los suyos, y después de lanzar una proclama demasiado hiriente contra la familia Montúfar, entró en Quito. Ventajosamente se evitó una guerra civil, porque los *montufaristas* carecían de fuerzas suficientes para contrarrestar las que trajo consigo Calderón. Celebróse, pues, un arreglo entre los dos partidos disidentes; y una paz aparente vino a apaciguar los ánimos agriados de aquellos.

[1] Véanse las biografías de Abdón y Francisco Calderón.

Los mismos censurables odios y rencillas personales malograron dos expediciones a Cuenca, cuya ocupación era de suma importancia para los patriotas quiteños, tanto para dar mayor ensanche al movimiento revolucionario, como también para evitar que unidas las tropas realistas del Sur con las de Occidente, atacasen a la Capital.

La primera de dichas expediciones o campaña contra Cuenca, verificada a principios de 1811, fué comandada por el Coronel Carlos Montúfar, quien, avanzó, sin obstáculo alguno, hasta Caspicorral; pero de este lugar, Montúfar impulsado, a no dudarlo, por las pasiones de bandería, ordenó una intempestiva e inmotivada retirada del ejército patriota, retirada equivalente a una verdadera derrota; y perdió la ocasión brillante de apoderarse de Cuenca, sin hacer un solo disparo de fusil, porque el Ayuntamiento de esa ciudad, en sesión de uno de los días de Febrero de 1811, aceptó la renuncia que hizo el Presidente de la Audiencia de Quito, Dn. Joaquín Molina, que se hallaba en Cuenca, con el objeto de *recibir en paz a sus hermanos que venían de la Capital*, o sea, a Montúfar con sus tropas. Los indios del pueblo de Juncal, perteneciente al actual Cantón de Cañar, opusieron una tenaz resistencia a la expedición del Coronel Montúfar, y en premio de élla, el Gobernador de Cuenca, Dn. Melchor Aymerich, les condecoró con sendas medallas. Este dato curioso consta de un juicio seguido por la comunidad de Juncal contra los herederos de don Simón Bermeo, Dolores, Francisco y Santiago Bermeo y Dn. José Bermeo, por despojo del hato de GUN, sito en la Jurisdicción de dicho pueblo; proceso que nos ha proporcionado el acucioso investigador Dr. Dn. Ezequiel Márquez. Transcribimos, a continuación, la parte perteneciente de una solicitud dirigida por la comunidad a la Real Audiencia de Quito, en el mes de Julio de 1820, quejándose de que el Alcalde de Cuenca no atendía las reclamaciones de aquella, a pesar de los importantes servicios que había prestado y continuaba prestando a la causa realista. He aquí la parte de la memorada petición: "y finalmente nosotros fuimos (los indios de Juncal) los únicos que, cerrando al temor los ojos, y arriesgando nuestras vidas, como que estamos prontos a hacerlo en las presentes circunstancias, resistimos a los enemigos, en ocasión de que Montúfar entró en Cañar; que esto es constante, en lo principal, al actual señor Presidente Dn. Melchor Aymerich, quien en premio de nuestra heroica acción y fidelidad, nos distinguió con medallas."

La segunda expedición contra Cuenca fué puesta a las órdenes de Dn. Francisco Calderón, a quien la Junta confirió el grado de Coronel.

Con grande entusiasmo se hicieron los preparativos de la campaña. Todos los patriotas, cual más, cual menos, contribuyeron con sumas de dinero para tan plausible objeto, distinguiéndose, entre ellos, el Vicepresidente de la Junta, que

lo era el acaudalado y generoso Dn. Guillermo Valdivieso, quien donó la gruesa suma de cien mil pesos. El 1º de Abril de 1812, salió de Quito con dirección a Cuenca, el ejército expedicionario, cuyo número ascendía a mil quinientos hombres, bajo el comando del bizarro Coronel Dn. Francisco Calderón. En el tránsito se aumentaron las fuerzas con los contingentes que proporcionaron las ciudades de Latacunga, Ambato, Riobamba y Guaranda, con lo que aquellas llegaron a cerca de tres mil plazas.

En Achupallas, se dividió el ejército invasor en tres columnas, regidas por Calderón, el Teniente Coronel Feliciano Checa y el Sargento Mayor Manuel Aguilar, respectivamente; y al llegar a Paredones tropezó la vanguardia con una gruesa partida enemiga, que se encontraba en una altura, donde había colocado dos cañones pedreros y multitud de indios encargados de hacer rodar grandes piedras sobre los invasores. Rompiéronse, inmediatamente, los fuegos, y después de algunos disparos de cañón, arremetió con denuedo la caballería patriota, y huyeron en desbandada los realistas.

Después de este pequeño triunfo, pernoctaron los expedicionarios en Culebrillas, al pie del picacho más alto del nudo del Azuay, llamado TRES CRUCES; y siguiendo las alturas llegaron a Biblián, pueblo cercano a Azogues. En este lugar se encontraban las tropas realistas al mando del Teniente Coronel Antonio María del Valle.

Al día siguiente, aparecieron las fuerzas del Jefe realista en Verdeloma (al oeste de Biblián) dice nuestro historiador Cevallos. (1) El fogoso Calderón quiso acometerlas, en el acto, pero su entusiasta deseo se estrelló en la oposición que los Jefes *montufaristas*, Checa, Aguilar, Terán y otros oficiales, hicieron para que se diera la batalla, obedeciendo a bastardos intereses y rivalidades de partido.

Estas rivalidades e insubordinación subieron de punto con la llegada a Biblián del Comisario de Guerra, Mauricio Echanique, enviado desde Quito con una fuerte suma de dinero para pagar los sueldos del Ejército; y también con el censurable objeto de comprometer a los Jefes y Oficiales para que, sin dar batalla alguna, se emprendiese una retirada. Estas pérfidas insinuaciones dieron por resultado que se reuniesen los Jefes Checa, Echanique, Aguilar, Benites y otros, presididos por el Teniente Coronel Terán, en Jun-

(1) El Dr. Octavio Gordero Palacios, en su obra "Crónicas Documentadas para la Historia de Cuenca", hablando del combate de Verdeloma, librado en 20 de Diciembre de 1820, dice: "Al Oriente, dando vista a Verdeloma, se distinguen a distancia el Cari Atar, el Huarmi-Atar y el González-Rupana -loma, donde tuvieron su encuentro, en 1812, las tropas de Calderón con las cuencanas de Molina y Zuleta, mandadas por Ovalle. El campo de este encuentro se llamó también, aunque impropriamente, Verdeloma. No ocurrió entonces sino el choque de la caballería en este punto."

ta de Guerra, y acordasen: que no era conveniente dar la batalla, sino más bien retirarse hasta Quito. Resolución reñida con la disciplina y contraria a la orden general de Calderón, dada en 23 de Junio, en la que se disponía que el ejército se alistase para combatir ese mismo día.

El Jefe republicano, lleno de furor y ardiendo en ira, se propuso, y estaba en su derecho, disolver a balazos a los rebeldes y sediciosos Jefes que componían el llamado Consejo de Guerra. No lo hizo, sin duda, por las premiosas circunstancias de tener el enemigo al frente. Este, mientras los patriotas estaban dando un funesto ejemplo de demoralización y punible rivalidad, y perdiendo un tiempo precioso, mediante un hábil y estratégico movimiento, había ocupado, durante la noche, el lugar llamado «Boca de la Montaña», que era el único punto por donde podía retirarse el ejército republicano, en caso de una derrota. Ante tan grave peligro, ya no se pensó en la retirada vergonzosa que querían los Jefes *Montufaristas*, sino en combatir con tesón y denuedo, como así lo verificaron.

El 24 de Junio de 1812, se dió, pues, el combate, llamado del primer Verdeloma.

Un riachuelo denominado Cashicay o Cuitún, separaba los ejércitos. El Sargento Mayor Aguilar que mandaba la vanguardia de los patriotas, situándose ventajosamente a orillas del riachuelo, acometió con bizarría al enemigo. Los fuegos se sostuvieron con igual tesón, y durante algún tiempo, de uno y otro bando, pero sin ventaja ni avance de ninguno de ellos. Entonces Calderón, impaciente y aburrido, ordenó que algunos escuadrones de caballería atravesasen el riachuelo, y desalojasen a la infantería realista. Esta que era bizoña, al ver el ataque de la caballería republicana, se intimidó, cejó y se puso en derrota, buscando refugio en las selvas con dirección hacia Azogues.

La caballería realista, que era el nervio del Ejército de Valle, en vista de la derrota de los infantes, acometió con bravura a los jinetes republicanos, y les obligó a repasar el riachuelo. Sucedió, entonces, que mientras la caballería republicana corría a replegarse a su centro que se mantenía firme, y la caballería realista corría para rehacer su ya deshecha infantería, se encontrasen en el mismo lecho del río.

El choque fué inevitable, los escuadrones españoles, animados por su Jefe que se hallaba presente y sereno, obediendo la orden de éste, descargaron a quema ropa sus pistolas contra los escuadrones patriotas, y luego sable en mano, matando e hiriendo a algunos soldados, se abrieron paso y lograron incorporarse al grueso del ejército realista.

En tanto que se verificaba este choque entre las caballerías, la infantería de los patriotas, aprovechando la fuga de la de los realistas, fué en persecución de ella, e internóse ufana y victoriosa en las selvas vecinas al campo de la lucha, para tomar prisioneros.

“Con este resultado, dice el historiador Cevallos, después de referirlo, se dió fin al combate, y quedó el campo en poder de Calderón. El encuentro fué poco o nada sangriento, pues acaso no llegaron a ciento los muertos y heridos de ambos ejércitos. Mas, en todo caso, y aunque nada esplendoroso el triunfo de Calderón, fué un ensayo de provecho en que se engrieron nuestros soldados novicios; y fué, asimismo, el primer laurel que conquistaron las banderas de la Patria.”

El historiador Cevallos atribuye el triunfo de *Verdeloma* al Coronel Francisco Calderón. Los realistas, al contrario, se titularon victoriosos, tanto que el Gobernador Aymerich dió parte de la victoria al Gobierno español; y no le faltó razón para ello, una vez que el ejército patriota no consiguió su objetivo que era la ocupación de Cuenca. Verdad es que esto se debió, en gran parte, a la causal que vamos a apuntar. Una hora después del combate, presentáronse ufanos y orgullosos, con ochenta prisioneros, ante Calderón, los mismos Jefes que la víspera se habían rebelado contra él. Calderón los recibió colérico, y tuvo la poca cordura de tratarles de cobardes y traidores.

De esta imprudencia de Calderón se aprovecharon los ofendidos Jefes *montufaristas* y lograron, en hora menguada, con grave detrimento de los patrios intereses, que el ejército republicano emprendiese en una desastrosa retirada, abandonando a los prisioneros, las armas y los equipajes. Estériles fueron los inauditos esfuerzos que desplegó Calderón para impedir tan desacertada y panible medida.

Al cabo de cuatro días de una marcha desordenada, llegaron las tropas, como si hubiesen sufrido una completa derrota, a Riobamba, donde funcionaba una Junta, llamada SUPREMA DIPUTACION DE GUERRA. Esta, dando crédito a los apasionados informes de los *montufaristas* contra Calderón, decretó la formación de un nuevo ejército, poniéndolo a órdenes del Comandante Feliciano Checa; y nombró al Coronel Calderón Jefe de las operaciones del Norte, a donde partió, en el acto, para ejercer su nuevo cargo.

El Comandante Checa, con el ejército patriota, después de dos encuentros favorables, en «Pazguazo», sufrió una seria derrota en «Mocha.» En seguida de ésta, se verificó el paso de la VIUDITA por el ejército realista, regido por el nuevo Presidente de Quito, Dn. Toribio Montes, quien burló de esta manera las fortificaciones de JALUPANA, donde se hallaban las fuerzas independientes comandadas por el Coronel Carlos Montúfar; y el día 8 de Noviembre después del combate del PANECILLO, pintoresco cerrito que demora al Sur de Quito, el Presidente Montes hizo su entrada triunfal en esa ciudad.

Los restos del ejército patriota se retiraron a la Villa de Ibarra. Con ellos se logró formar un batallón de seiscientas plazas, a las órdenes del Coronel Montúfar. Calde-

rón, como Jefe de operaciones del Norte, había combatido en ATAR, en 11 de Julio de 1812; y cuando arribaron a Ibarra las fuerzas republicanas, contaba con un ejército de seiscientos soldados.

El Presidente Montes designó para perseguir a los independientes al Coronel Dn. Juan Sámano, de funesta memoria por sus latrocinios y crueldades, para con los patriotas; que llegó a desempeñar el elevado cargo de Virrey del Nuevo Reino de Granada; y el mismo que huyó cobarde y vergonzosamente después de la batalla de Boyacá.

En tan críticas circunstancias, revivió, por desgracia, entre los Jefes Montúfar y Calderón, el antiguo odio que se profesaban; pero habiendo sabido la llegada de Sámano al pueblo de *Atuntaqui*, en persecución de ellos, tuvieron la cordura de deponer, en aras de la Patria, sus añejas rencillas. Diéronse, en consecuencia, las debidas satisfacciones, se abrazaron, y se pusieron de acuerdo para obrar contra el enemigo común.

El astuto y avisado Sámano, viéndose rodeado de numerosos enemigos, "adelantó una bandera blanca y provocó tratados. El Coronel Montúfar y algunos otros señores se acercaron a Sámano, y a pocos momentos se oyeron vítores de paz en ambos ejércitos, los tratados debían celebrarse en Ibarra."

"Los preliminares se ajustaron en el mismo campo del encuentro, en el punto llamado LOMA DE PAILA, habiendo Sámano ofrecido delante de los Cielos mediar con Montes para que ningún mal se siguiera en la Provincia; para que a nadie se persiguiera; se corriese un velo impenetrable sobre todo, y que en garantía él mismo se consignaría con su tropa, encuartelándose dentro de Ibarra, como Montúfar se lo impuso." [1]

En virtud de este solemne y, al parecer, sincero juramento, marcharon juntos los ejércitos patriota y realista hasta San Antonio, donde Sámano obtuvo permiso de quedarse, bajo el pretexto de que quería dar descanso y raciones a sus tropas. En dicho pueblo, Sámano se fortificó, cerrando las bocacalles, montando cañones, haciendo cartuchos, y mandó postas sobre postas en toda la noche para que apresurase el camino la escolta atrasada que traía los pertrechos, pues sólo por la falta de éstos celebró Sámano aparentemente los preliminares de paz de que hemos hablado, sin ánimo de cumplirlos jamás.

Conociendo el Párroco de San Antonio la perfidia y felonía de Sámano, dió aviso oportuno al Coronel Montúfar. Al principio los patriotas no creyeron que un Jefe de la importancia de Sámano faltase, de una manera tan descarada, a su solemne y jurada promesa; pero convencidos de

(1) Salazar.—RECUERDOS.

lo contrario, en virtud de otros y repetidos avisos, se decidieron a combatirle.

Al efecto, divididas las fuerzas patriotas en cuatro columnas a las órdenes de Montúfar, de Calderón, del francés Marcos Gullón y de Pólit, respectivamente, cayeron sobre las tropas realistas, el 27 de Noviembre de 1812; las atacaron con formidable empuje, y a los pocos momentos se apoderaron de los cañones, y les obligaron a refugiarse dentro del templo de San Antonio. Desde este lugar sagrado, aprovechando de las ventanas y claraboyas del templo y horadando sus paredes, los soldados realistas hacían disparos certeros sobre los patriotas, con cartuchos fabricados con el papel de los misales, y lanzando gritos blasfemos, como: "Insurgentes, allá va la epístola de San Pablo; allá va esa antífona."

En tan apretada situación, Sámano pensó seriamente en rendirse y entregarse a discreción, para lo que reunió un Consejo de Jefes y Oficiales.—Desgraciadamente, se susurró por la noche, entre las filas sitiadoras, la falsa noticia de que venía una división en auxilio de Sámano. Este vago rumor fue suficiente para que se diese, a la ligera, al ejército republicano, la orden de retirarse a Ibarra; retirada que se verificó en la mayor confusión, como acontece en casos semejantes.

Al rayar la aurora del día siguiente al combate de San Antonio, observó Sámano, lleno de júbilo, que había desaparecido el enemigo; y habiéndole llegado algunos cajones de pertrecho, se dirigió a ocupar Ibarra, y emprendió una tenaz persecución contra las fuerzas patriotas, que se hallaban dispersas, desmoralizadas y sin elementos de guerra.

En tan críticas circunstancias, prevaleció la opinión del Coronel Calderón de marchar al Norte, para unirse en el Cauca con las tropas Granadinas, que peleaban con denuedo por la causa de la Emancipación. En virtud de este acuerdo, el Coronel Carlos Montúfar y otros Oficiales, con dos cañones y algunos soldados, llegaron a la hacienda de Cuajara. Dn. Francisco Calderón sufrió algún retardo, mientras arreglar los preparativos de la marcha de los restos del ejército; y el 1º de Diciembre de 1812 tuvo un encuentro con las fuerzas de Sámano, junto a la laguna de Yahuacocha (*lago de sangre*). Después de un corto pero recio combate, fueron derrotadas las fuerzas de Calderón; y éste fue aprisionado por la caballería de Cuenca, por un soldado de Cañar, apellidado Guerrilla. En este mismo encuentro, el *distinguido* Bernardo Izquierdo, logró tomar la bandera de los independientes, que la llevaba el bravo Landáburu, después que éste, defendiendo la sagrada enseña, recibió trece puñaladas.

Calderón, conducido a Ibarra, fue inmediatamente sometido a un juicio sumarísimo, por orden verbal de Sámano. Actuó, como Fiscal, el Capitán del regimiento de infantería

real de Lima, Ignacio Asín, y como Secretario, Dn. Juan Antonio Jáuregui, Subteniente de las milicias de Cuenca. En la vista fiscal se pedía que Calderón sufra la pena de ser pasado por las armas, entre otros considerandos, porque era el más tenaz y obstinado en sostener las perniciosas máximas de los insurgentes de Quito.

El sanguinario Dn. Juan Sámano confirmó la vista fiscal, y firmó la sentencia de muerte. En esta virtud, el Coronel Francisco García Calderón derramó su sangre generosa y germinadora de la del *Héroe-Niño* del Pichincha, en un patíbulo levantado en la plaza mayor de Ibarra, en 3 de Diciembre de 1812.

Con torrentes de sangre y debido, en gran parte, a las rencillas domésticas de nuestros Próceres, terminó, en la fecha indicada, la primera etapa del movimiento revolucionario de la Presidencia de Quito, hoy Ecuador, en pro de su Emancipación de la Metrópoli. Vino después, nuevamente, la férrea dominación española, hasta que rayó esplendoroso el día del 9 de Octubre de 1820, notable acontecimiento del que nos ocuparemos a su debido tiempo.

CAPITULO II

CAPITANIA GENERAL DE VENEZUELA DE 1810 a 1813.

Causas de la emancipación de las colonias hispano-americanas.—Primer movimiento revolucionario de Gual y de don José María España.—Segunda tentativa separatista, dirigida por el General Francisco Miranda en 1806.—La revolución del 19 de Abril de 1810.—Destitución del Capitán General Dn. Vicente Emparan.—El Cabildo se convierte en Junta de Gobierno.—Primeras medidas dictadas por la Junta.—El movimiento revolucionario es seguido por algunas provincias de Venezuela.—Expedición del Marqués del Toro contra la realista provincia de Coro, y su estéril resultado.—Llegada del General Miranda a territorio venezolano, debida a la intervención del Coronel Simón Bolívar.—Instalación del Congreso de Venezuela en 2 de Marzo de 1811.—Proclama éste la Independencia el 5 de Julio del mismo año.—Contrarrevolución en Valencia.—El Marqués del Toro no puede debelarla.—Miranda, nombrado Jefe del ejército republicano, triunfa sobre los realistas y se apodera de Valencia.—El Congreso expide la Constitución de Venezuela.—Arribó del Brigadier Cagigal a Coro; emprende en unión de Cevallos la ofensiva contra las provincias federales.—El Capitán de Fragata, Domingo Monteverde, es destinado a proteger una revolución en el pueblo de Siquisique, encabezada por el indio Reyes Vargas.—Triunfo

de Monteverde en Carora.—El terremoto de 26 de Marzo de 1812.—Funestos resultados de este terrible movimiento sísmico para la causa de los patriotas.—Monteverde ocupa la villa de Barquisimeto, destruida por el terremoto.—Combate de San Carlos. Triunfa en el Monteverde por la traición del escuadrón republicano llamado El Pao.—El Poder Ejecutivo delega sus facultades en Miranda, quien se hace cargo de la dictadura con el título de Generalísimo.—Este confía el mando de Puerto Cabello al Coronel Simón Bolívar; y dicta varios decretos para aumentar las fuerzas republicanas y contener los avances de Monteverde, que había ocupado ya Valencia.—Miranda acantona sus tropas en Maracay.—Las tropas realistas ocupan las alturas del campo de los patriotas. Miranda se retira a la Victoria.—Triunfa en este lugar y en el Pantanero; pero no sabe aprovecharse de estos triunfos.—Levantamiento de los esclavos del valle de Curiepe.—Sublevación del castillo de San Felipe, en Puerto Cabello, debida a la traición de Francisco Fernández Vinoni.—Bolívar, después de agotar sus esfuerzos para conservar esa plaza, se retira a la Guayra.—Funesta capitulación celebrada en 25 de Julio de 1812, entre Monteverde y Miranda.—Este marcha a la Guaira, donde es aprisionado.—Odisea de Miranda y triste muerte del mismo.—Bolívar obtiene pasaporte de Monteverde.—Se traslada a Curazao, y de allí a Cartagena, donde continúa prestando importantes servicios a la causa de la Independencia.—Fatal término de la primera República de Venezuela.

Volvamos, ahora, nuestra mirada a la heroica Venezuela, cuna de los más grandes Capitanes de la magna guerra de la Independencia, como: Bolívar, Sucre, Páez, Miranda, Mariño, Ribas (José Félix) Bermúdez, Soubllette, los Montilla, los Monagas, Zaraza, Cedeño y otros ciento: región privilegiada donde no cesó el rudo batallar en pro de la Emancipación desde 1810, hasta el 10 de Noviembre de 1823, fecha en que capituló la plaza de Puerto Cabello: comarca, en fin, la Venezolana, que proporcionó los indomables llaneros que se cubrieron de gloria, no sólo en las inmensas llanuras de la Capitanía, sino en Nueva Granada, Ecuador y Perú.

Grandes acontecimientos históricos fueron causa de que las colonias Indo-Hispanas emprendiesen en la grandiosa obra de su emancipación de España: el ejemplo de Norte América, que alcanzó su independencia de Inglaterra con el inmortal Jorge Washington a su cabeza: la revolución de Francia, en las postrimerías del siglo XVIII, que hizo rodar en el patíbulo la cabeza del desgraciado Luis XVI, quien pagó los crímenes y vicios de sus antecesores, hizo bambolear los cimientos de los tronos de Europa, y, entre sus horrores, escenas de sangre y crímenes, proclamó los *Derechos del hombre*: la situación lamentable de la Penínsu-

la Ibérica, regida por un Rey débil y descuidado, Carlos IV, que no supo conservar ni aún el honor de su propio hogar doméstico: las rencillas entre aquel y su hijo Fernando, de funesta memoria, que, en su desmesurada ambición, quería reinar antes de tiempo; y la intervención de aquel coloso de la fortuna, árbitro de los destinos de Europa, llamado Napoleón I o el Grande, en los asuntos de España, de la que se apoderó, a mano armada, con sus invencibles legiones, colocando en el trono de Isabel la Católica, a José Bonaparte, hermano del inmortal guerrero.

A estas causas históricas, hay que agregar otras fundadas en el orden natural de las cosas, que justificaban el movimiento emancipador de las colonias Sud-Americanas, tales como: la descuidada administración, en todos los ramos públicos, de España respecto de aquellas; la desigualdad monstruosa establecida entre los criollos y los nacidos en el territorio de la Península, en cuanto al uso y goce de los derechos políticos; y principalmente la ley natural que faculta a las colonias a separarse de su metrópoli, cuando pueden valerse así mismas, vivir con vida propia y figurar en el rol de los Estados civilizados, formando parte de la Comunidad Internacional.

Estas ideas germinaron, pues, en los poderosos cerebros de los que pudiéramos llamar, y son efectivamente, los precursores de la Independencia: el Médico Dn. Francisco Eugenio Espejo y Santa Cruz, de la de la antigua Presidencia de Quito, Dn. Antonio Nariño, de la del Nuevo Reino de Granada; y el General Francisco Miranda, de la de Venezuela.

En esta Capitanía General, se inició el primer movimiento emancipador por Gual y el desgraciado Dn. José María España, quien pagó su laudable y meritoria intención, muriendo ahorcado en la plaza de Caracas, de orden del Gobierno español, en los primeros días de Mayo de 1799. La cabeza de España se mandó colocar en la Guaira, metida en una jaula de hierro, y sus mutilados miembros, puestos en escarpas, fueron distribuidos entre diversos pueblos y caminos.

La segunda tentativa separatista de Venezuela fue obra del General caraqueño Francisco Miranda, de fama europea que, con el grado de Capitán, sirvió a la causa de la Independencia Norte Americana; que combatió en favor de la primera República francesa, con el grado de Mariscal de Campo; y mereció favores y distinciones de parte de la Emperatriz Catalina de Rusia. En todas partes hizo propaganda de sus ideas acerca de la libertad de la América Latina, y mediante sus relaciones con altos personajes, trabajó, tesoneramente, Miranda para que Inglaterra, Francia o los Estados Unidos prestasen su valiosa cooperación para ver realizados los vehementes deseos de toda su vida: la emancipación de las colonias españolas.

Púsolos en práctica, y auxiliado por W. Smith y M.

Odgen, pudo Miranda reunir doscientos jóvenes americanos en New York, y con ellos, embarcados en dos goletas pequeñas y una corbeta, tomó rumbo hacia las costas de Venezuela, después de haber aumentado su pequeña fuerza con algunos hombres más en Haití. Creyó el General expedicionario que las autoridades se hallaban completamente descuidadas; y su sorpresa fue grande, cuando, al llegar a las costas de Ocumare, el 25 de Marzo de 1806, se vió atacado, de una manera súbita, por dos bergantines de guerra españoles. El resultado del combate fue desastrozo para Miranda, pues perdió las dos goletas que fueron apresadas, y él se vió obligado a huir con la corbeta a la Isla de Trinidad.

En ésta, Miranda solicitó auxilio de las autoridades Inglesas, y principalmente del Almirante Alejandro Cochrane que mandaba la escuadra estacionada en las islas de Barlovento; y habiéndolo obtenido, aunque en pequeña escala, emprendió nuevamente el General Miranda una segunda expedición con quinientos hombres. Avistó la Vela de Coro, y al desembarcar, tras ligero combate, en que salió triunfante, ocupó la ciudad de Coro. Pero, al ver la indiferencia de sus compatriotas, en los que no había el más leve entusiasmo por la Independencia, se trasladó Miranda a la Isla de Aruba, en demanda de auxilio de parte de los ingleses; y aunque Lord Cochrane le envió dos buques de guerra, éstos pronto se retiraron; y Miranda, abandonado de casi todos, se embarcó con pocos amigos, llegó a la Trinidad, y de allí partió para Europa.

En el año de 1810, fue nombrado, en reemplazo de Vasconcelos, para Capitán General de Venezuela, el hábil marino y sagaz hombre público, Dn. Vicente Emparan. Se esperaba, pues, dados los honrosos antecedentes de éste, una leal y pacífica administración; pero quedaron burladas las esperanzas, pues Emparan cometió muchas tropelías y desafueros, por lo que se captó el odio y la animadversión de su gobernados, hasta el extremo de fraguarse una revolución para destruir al Capitán General; revolución que no se llevó a cabo, por haber sido descubierta oportunamente y confinados los principales promotores de ella en Maracaibo, Margarita y otros lugares.

Fracasada la revolución y castigados sus Jefes, llegó a Caracas, el 18 de Abril de 1810, la sensacional noticia de la disolución de la Junta Central de Sevilla, de la dispersión de sus miembros, y de que toda la Península, con excepción de Cádiz y la Isla de León, estaban en poder de las tropas napoleónicas.

Esta nueva excitó el entusiasmo de los que querían la libertad de su patria, y les proporcionó una ocasión brillante para conquistarla, empezando por crear una junta de Gobierno análoga a la de España, y completamente independiente de ella. Reunidos los conspiradores en la misma no-

che en que se recibió la noticia, y contando con el apoyo de los principales Jefes y de varios oficiales de la tropa que guarnecía la ciudad, acordaron que el Cabildo diese el primer paso, reuniéndose en sesión extraordinaria para provocar una discusión con el Capitán General, acerca de la situación de la acuitada Madre Patria.

El Cabildo cumplió con su oferta, pues se reunió en la mañana del 19 de Abril de 1810, con el aparente objeto de asistir a las ceremonias religiosas del Jueves Santo que se celebraban en la Catedral. Antes de ir al templo, algunos de los conspiradores insinuaron a Emparan, que también debía concurrir a las solemnidades de aquel día, la idea de que se celebrara una sesión extraordinaria, por el Cabildo, para dictar las medidas tendientes a calmar la efervescencia popular y atender a la seguridad común. Dejóse sorprender Emparan, y sin caer en la cuenta de la ilegalidad de la reunión extraordinaria capitular, que a él solamente, como Capitán General, competía convocar, fué sereno y confiado a presidir la tan deseada sesión. En ella, con habilidad sorteó todas las dificultades Emparan; y manifestó que no había razón ni motivo alguno, para que se hiciese innovación en el Gobierno Colonial; y que aun cuando era cierto que se había disuelto la Junta Central de España, ésta se hallaba gobernada por un Consejo de Regencia, en representación y mientras durase la ausencia de Fernando VII; y que para todo, debía esperarse la llegada de los Comisionados Regios, que se encontraban en el puerto de la Guaira.

Con estas explicaciones del Capitán General, que parecieron satisfactorias a algunos, dió éste por terminada la sesión; y en seguida los cabildantes y Emparan se dirigieron a la Iglesia Metropolitana. Iba ya a penetrar la comitiva en el templo, cuando un compacto grupo de conspiradores le cerró el paso, y un individuo llamado Francisco Salias, agarrando del brazo a Emparan, gritó que vuelva con el Cabildo a la sala capitular, gritos que fueron secundados por los del grupo y por el pueblo que, como sucede siempre, en ocasiones semejantes, inconscientemente apoya a los más audaces.

Al ver el alboroto, y que el Capitán General era llevado a la fuerza y casi en volandas a la casa consistorial, la tropa que debía custodiar la procesión del Jueves Santo corrió a tomar las armas para dispersar el tumulto, pero luego las depuso por orden de su Jefe.—Al pasar Emparan frente a un cuerpo de guardia, notó que éste no le hacía los honores de Ordenanza; y conoció, por ello, alebronado, que su autoridad era ya desconocida.

Al llegar a la sala capitular, no opuso, en consecuencia, Emparan ningún inconveniente a la formación de una Junta Suprema, propuesta por los doctores Juan Germán Roscio y Félix Sosa, que sin ser miembros del Cabildo ha-

bían tomado asiento entre los cabildantes, titulándose diputados del pueblo. El mismo Emparan fué nombrado para Presidente de la Junta, por el respeto casi reverencial que se profesaba a la primera autoridad, en tiempo de la Colonia; con lo que nada se adelantaba en el movimiento revolucionario. Esto lo supo el doctor José Cortés Madariaga, chileno, por dos o tres personas que le dieron la noticia, cuando se hallaba en el confesonario, pues era Canónigo de la Catedral de Caracas. Recibir la nueva el doctor Cortés y trasladarse al vuelo al recinto de la sala capitular, todo fue uno. Allí, como hombre atrevido, fogoso, emprendedor, patriota y de elocuencia natural y arrebatadora, cualidades que adornaban al Canónigo Madariaga, consiguió tras un vehemente discurso, enderezar el torcido rumbo que había tomado la revuelta, e hizo hincapié, sobre todo, en que era ceguedad y error inauditos, dejar en el mando al mismo Capitán General, lo que equivalía a poner la vida y la libertad de los revolucionarios en manos de él. Hallándose Emparan vencido por las razones de Cortés Madariaga, apeló a la multitud que rodeaba las casas consistoriales, y saliendo al balcón, preguntó al pueblo si estaba contento con su mando. Madariaga conocedor de la voltaria voluntad del populacho y del respeto que inspiraba la primera autoridad, colocóse al lado de Emparan, e indicó a la turba la respuesta, haciendo con cabeza y manos, a hurtadillas, señales negativas. La estratagema del Canónigo surtió pleno efecto, pues los revolucionarios que estaban entre la muchedumbre gritaron, primero, *no le queremos*; y en seguida todos los que formaban la inmensa masa popular, prorrumpieron también *no le queremos*. Emparan abochornado y lleno de vergüenza contestó, *yo tampoco quiero mando*. Estas palabras inspiradas por la derrota, se tomaron como una renuncia formal de Emparan, y la revolución, merced a Madariaga, quedó triunfante.

El nuevo Gobierno, que quedó radicado en el cabildo, introdujo variaciones notables en todos los ramos de la administración pública; abolió el derecho de alcabala respecto de los artículos de primera necesidad y el odioso tributo de los indios; prohibió la introducción de esclavos en territorio venezolano; ordenó la creación de una sociedad patriótica para fomentar la agricultura y las industrias; y estableció una Academia de Matemáticas para la instrucción de los jóvenes militares. El mando de las tropas fue confiado al Coronel Fernando Toro, hermano del Marqués del mismo nombre.

La Junta de Gobierno declaró, también, libre el comercio de Venezuela con todas las marinas del mundo; y por deferencia especial a Inglaterra, de la que esperaba protección y auxilios para cimentar la Independencia, concedió a aquel Estado la rebaja de una cuarta parte de los derechos de importación y exportación que se cobraba a los otros extranjeros; y envió ante el Gobierno de la Gran Bretaña, con

el objeto indicado, una comisión compuesta de Luis López Méndez y del Coronel Simón Bolívar (1); de aquel magnánimo guerrero, orgullo de la América Latina, su gloria y su blasón; de aquel hombre genial y privilegiado que unía a las cualidades militares de César y Napoleón, las dotes de un consumado estadista; de aquel que atravesó, repetidas veces y en todas direcciones, los Andes, *esas soberbias, estu- pendas moles sentadas sobre bases de oro*, llevando en la punta de las bayonetas de sus aguerridos tercios la libertad del medio continente Sud-americano; de aquel hombre, en fin, todo espíritu, todo fuego, de quien, dijo, en síntesis admirable, el Duque de Manchester, Gobernador de Jamaica al saber su prematura muerte: «The flame has absorbed the oil.» La llama ha consumido el aceite.

La misión Bolívar-López no tuvo resultado satisfactorio, dadas las miras utilitarias y la egoísta política del Gobierno de la Gran Bretaña, cuya conducta para con las colonias españolas, durante la guerra de emancipación, nunca fue guiada por ningún principio noble ni desinteresado.

Cuando supo el Consejo de Regencia el movimiento de Caracas, ordenó el bloqueo general de las costas venezolanas, encargando la misión de pacificar las rebeldes colonias a Dn. Antonio Cortabarría, Ministro del Consejo Supremo de España e Indias, debiendo obrar de acuerdo con el Gobernador de Maracaibo, Dn. Fernando Miyares, nombrado Capitán General de Venezuela. Cortabarría se quedó en Puerto Rico, y desde allí expedía sus órdenes y despachos, uno de ellos fue dirigido a la Junta de Caracas, instándole a reconocer y jurar obediencia a las Cortes generales y extraordinarias de España que se habían reunido en la Isla de León, el 24 de Septiembre de 1810; y ofreciendo perdón y olvido—frase sacramental—a todos los que hubiesen tomado parte en el movimiento revolucionario. Esta intimación no fue aceptada por la Junta, alegando que, mientras no se restituyese al Trono Fernando VII, única autoridad legítima por ella reconocida, Venezuela tenía derecho de gobernarse como mejor le pareciese.

Dieron más consistencia y solidez al Gobierno de la Junta, algunos movimientos de los españoles y de los enemigos del nuevo orden de cosas, tendientes a reconocer el Consejo de Regencia. Una de estas tentativas de contrarrevolución, encabezada por los ricos comerciantes caraqueños Francisco y Manuel González de Linares, fue descubierta y sofocada fácilmente, por denuncia de los españoles Dn. Manuel Ruiz y Dn. José Mires, Capitanes del Regimiento de la Reina. Mires prestó, después, importantes servicios a la causa de la

(1) Véanse los Rasgos Biográficos de Bolívar, en la Segunda parte de esta obra; y en la Tercera, las Narraciones Históricas, intituladas: «Las Camisas del Libertador», y «La Vida del Libertador en peligro por la lanza de Hermógenes Maza.»

Independencia del Ecuador, durante los años de 1821 y 1822.

Al llegar a Caracas, el 21 de Octubre, la nueva de la matanza de los presos y demás sangrientos acontecimientos que se efectuaron en Quito, el 2 de Agosto de 1810, se produjo en Caracas, como era natural, una indignación extraordinaria; y algunos de los más exaltados patriotas pidieron, reunidos en numeroso meeting, la expulsión inmediata de los españoles y canarios del territorio venezolano. La Junta calmó el tumulto con promesas generales y vagas, y decretó honores fúnebres por los que tan inhumanamente habían sido sacrificados por los brutales soldados de Lima; con lo que se disolvió la poblada. Pero temerosa la Junta de que se repitiesen las asonadas populares, decretó, de una manera injusta, aunque talvez necesaria, dadas las circunstancias, la expulsión del fogoso y valentísimo patriota Dn. José Félix Ribas, de tres hermanos suyos y de José María Gallegos.

El movimiento revolucionario de Caracas fue reconocido, a petición de la Junta, por las provincias de Barcelona, Cumaná, Margarita, Barinas y Mérida. Las de Guayana, Maracaibo y Coro se declararon sometidas a la Regencia; llegando estas dos últimas ciudades al extremo de tratar a los comisionados de la Junta como enemigos, de apresarlos y de enviarlos a las cárceles de Puerto Rico. Con motivo de esta pérfida conducta, envió la Junta contra la Provincia de Coro para subyugarla algunos cuerpos de tropa al mando del Marqués del Toro.

Esta primera campaña de las armas republicanas en territorio venezolano, no fue coronada por el éxito; pues todo se redujo al regreso de las tropas regidas por Toro a Caracas, después de un ligero combate tendiente a apoderarse de la ciudad de Coro; y a otro encuentro del ejército patriota con el realista regido por Miyares, en Sabaneta; y aun cuando uno y otro fueron favorables a los expedicionarios, no se consiguió someter a la Provincia de Coro, que desde aquella época y durante toda la guerra de la Independencia, se manifestó demasiado reacia en someterse al regimen republicano.

El fracaso de la expedición contra Coro causó general disgusto y miedo; pero trocóse en alegría con la llegada del General Miranda, quien había desembarcado en la Guaira, por la voluntad del pueblo, pues la Junta siempre timorata, y que sostenía aún la autoridad del proscrito Fernando VII, no quiso dar asilo a Miranda en territorio venezolano, juzgando peligroso a aquel ardiente republicano.—La venida de Miranda de Londres, se debió al Comisionado de la Junta en esa ciudad, el Coronel Bolívar, quien, a pesar de que no existían naturales simpatías entre ellos, por la diversidad de sus edades, caracteres y temperamentos, juzgaba, dados los gloriosos antecedentes de Miranda, que éste era el único hombre que podía dominar la situación; y ponerse al frente del movimiento revolucionario para sacarlo triun-

fante: cosas que no llegaron a realizarse, como lo veremos después.

Nada notable aconteció hasta el 2 de Marzo de 1811, día en que se instaló, solemnemente, el primer Congreso de Venezuela, compuesto de cuarenta y cuatro Diputados, correspondientes a las Provincias de Caracas, Barinas, Barcelona, Cumaná, Margarita, Mérida y Trujillo. Formaban parte de dicha Asamblea los hombres mejores y más ilustrados de Venezuela, tales como: Miranda, el Marqués del Toro, Lino Clemente, Juan Germán Roscio, Francisco Javier Yaues, Antonio Nicolás Briceño, cuyo sobrenombre era *el diablo*, por su carácter de bronce, fiero y denodado, Francisco Javier Uztaris y Martín Tobar.

Con la instalación del Congreso, cesó la Junta en sus atribuciones, y fueron nombrados por aquella para ejercer el Poder Ejecutivo, el Dr. Baltazar Padrón, el Coronel Juan Escalona y el Dr. Cristóbal Mendoza.

El Congreso no se decidía a declarar la completa separación de la Capitanía General de Venezuela de España; pero una sociedad llamada *patriótica*, presidida por Miranda, y compuesta de jóvenes ardientes y fogosos republicanos, tenía gran influencia en la Asamblea Constituyente; y logró que ésta proclamase la Independencia absoluta de Venezuela de todo poder extranjero el 5 de Julio de 1811. En este mismo día, el Congreso adoptó para la República Venezolana el pabellón amarillo, azul y rojo, que enarboló Miranda sobre las costas de la Capitanía, en su expedición de 1806; ese mismo pabellón tricolor, fue el glorioso de Colombia la Grande; y lo es, hasta ahora, de las tres Repúblicas que la compusieron: Ecuador, Nueva Granada y Venezuela.

Al hablar del hermoso pabellón colombiano, nos viene a la memoria la preciosa estrofa del inspirado poeta, Aurelio Mutis, y es la que sigue:

“Y entonces en connubio de armonía
Se unió el topacio de la luz naciente
Con el prestigio azul del mediodía
Y la clámide roja del poniente;
Y émula de las aves y las flores,
Con que el trópico gentil se engalana,
Surgió, como en un triunfo de colores,
La incomparable enseña colombiana.”

Durante el año de 1811, hubo varios movimientos en pro de la causa realista. El más notable de ellos fue el de Valencia, la que insurreccionada proclamó a Fernando VII y desconoció la autoridad del Congreso. Para sofocar la rebelión, fue enviado con tropas el Marqués del Toro, quien logró desalojar a los enemigos de sus puestos avanzados cerca de la Cabrera, pero fue, en seguida, rechazado, por aquellos hasta Maracay. En esta emergencia, se confió a Miranda el

mando de las tropas; y consiguió arrojar a los españoles de una fortificación que habían levantado en el cerro del Morro; y en seguida, obtuvo la capitulación de Valencia; pero en virtud de una reacción de los capitulados, a quienes por descuido, se les había dejado con armas, las tropas de Miranda se retiraron desordenadamente a Guacara; y después de algunos días, y tras un fuerte combate, Miranda triunfante ocupó la ciudad rebelde.

El 21 de Diciembre del año de 1811, se expidió la Constitución de Venezuela, adoptando el sistema federal, que era, en concepto de los miembros del Congreso, la más perfecta forma de Gobierno, sin caer en la cuenta que tal sistema, implantado con buen resultado en los Estados Unidos de Norte América, no era conveniente a los países sud-americanos faltos de educación, cultura e ilustración.

Refieramos sucintamente los acontecimientos verificados en 1812, año funesto para la causa republicana en Venezuela, en su primera época.

El Brigadier Juan Manuel Cagigal había llegado a Coro con algunos Jefes militares, pertrechos, armas y dinero para atacar a las provincias federales. Con estos elementos se creyeron fuertes Cagigal y Cevallos para tomar la ofensiva, y destacaron una partida de tropas al mando del Coronel Julián Izquierdo para hacer un reconocimiento en tierras de Carora. Las fuerzas de este Jefe tuvieron un encuentro favorable para ellas con las patriotas en el valle de Baragua; pero al llegar a Carora fueron rechazadas, en otro combate, por el Comandante republicano Gil; con lo que cesó, por de pronto, la invasión de los realistas.

Entre los Jefes que había traído Cagigal a Coro, se encontraba el Capitán de Fragata, natural de Canarias, llamado Domingo Monteverde, hombre sin talento ni ilustración, vano y petulante, a quien la ciega fortuna brindóle con triunfos casuales e inmerecidos, como vamos a verlo. Designado Monteverde por Cevallos para que, con doscientos treinta hombres, fuese a proteger una revolución realista que había estallado en el pueblo de Siquisique, acaudillada por el indio Reyes Vargas, a quien el Gobierno republicano había dado el grado de Capitán, llegó a aquel pueblo el 17 de Marzo; y habiendo aumentado sus fuerzas y traspasando sus instrucciones, marchó Monteverde, de una manera rápida, sobre Carora, donde triunfó, debido a la casualidad de que, en el momento del ataque, una enfermedad grave del Comandante Gil privó a los independientes de éste su valiente Jefe; por lo que, después de una débil resistencia, se derrotaron.

Un fenómeno de la naturaleza de los más terribles y desastrosos vino en auxilio del afortunado Monteverde en su audaz empresa de invasión a las provincias confederadas. Tal fue el espantoso terremoto que sufrieron Caracas, y todos los pueblos situados cerca de la gran cordillera hasta Mérida. El movimiento sísmico tuvo lugar en el 26 de Marzo de 1812,

Jueves santo, a las cuatro y siete minutos de la tarde, hallándose el cielo límpido y azul, el sol brillante y la atmósfera serena y apacible. Los templos de la ciudad, con motivo de la solemnidad de ese día, se encontraban repletos de personas de toda clase, sexo y condicion, cuando, de súbito y rápido como un rayo, un terrible sacudimiento hizo bambolear los edificios, los desquebrajó, y los hizo venir a tierra con un ruido ensordecedor y tremebundo. Bajo los escombros de templos y casas quedaron sepultados millares de individuos, inclusive ochocientos soldados encuartelados que perecieron todos. Iguales desastres padecieron la Guaira, San Felipe, Mérida y Barquisimeto, donde, en número considerable, perecieron las tropas que defendían la causa republicana.

De este pavoroso acontecimiento se aprovecharon los clérigos realistas para convencer a las turbas ignorantes y llenas de pánico, de que el terremoto era un castigo de Dios para los independientes; y para ello decían: que el terremoto había sucedido precisamente, el mismo día, Jueves Santo, en que dos años antes habían sido destituidas las autoridades españolas, y que las provincias que se mantenían fieles al Rey de España se habían librado de los estragos del terremoto. Por una rarísima coincidencia, ambas cosas eran ciertas: la primera, según lo referimos antes; y la segunda, porque, realmente, en Maracaibo, Coro y Guayana, que eran las ciudades adheridas a la causa real, como distantes de la cordillera, no se sintieron los terribles efectos del movimiento sísmico.

Aprovechóse, pues, Monteverde de que Barquisimeto y las tropas que la guarnecían habían sido destruídas, para ocupar esta ciudad, sin resistencia alguna, como lo verificó el 7 de Abril. El Coronel Diego Jalón, español, Jefe de aquellas, había sido sacado, en deplorable estado de las ruinas y se había hecho trasladar a San Carlos. Su segundo, Coronel Florencio Palacios fue sorprendido y hecho prisionero en la villa de Araure por una partida realista enviada con ese objeto.

Desenterradas armas y pertrechos en Barquisimeto, y aumentadas las filas realistas con gente voluntaria y con varias partidas conducidas por sus mismos oficiales que se habían desertado de las filas republicanas, emprendió Monteverde su marcha a San Carlos. El ejército republicano salió a su encuentro bajo el mando del Coronel Miguel Uztaris y del Mayor General Miguel Carabaño, en reemplazo del Coronel Jalón que, como dijimos, estaba incapacitado, y se trabó un combate (25 de Abril), en que los patriotas llevaban la mejor parte, y estaban próximos a triunfar, pero perdieron la batalla, porque el escuadrón de El Pao, lejos de cargar, bajó cobarde y traidor las lanzas y se pasó a los realistas. Uztaris con muy pocos se retiró a Valencia, y el engreído isleño ocupó a San Carlos.

La estrella de la República se oscurecía, y aumentaba en esplendor la de Monteverde; pues Mérida y Trujillo empezaron a declararse a favor del Rey, y las fuerzas realistas aumentaban diariamente con los desertores. Monteverde, en vista de tan buenos principios, resolvió seguir adelante en su invasión; y lo hizo con feliz e inesperado éxito.

En tan críticas circunstancias, el triunvirato que ejercía el Poder Ejecutivo, compuesto de los ciudadanos Fernando Toro, Francisco Javier Uztaris y Francisco Espejo, comprendiendo que para salvar a la República eran de todo punto necesarias unidad, prontitud y energía, cosa difícil de conseguir las, en un Gobierno compuesto de tres, delegó todas sus facultades en un solo hombre que lo fue el General Francisco Miranda. Con esta medida, los cimientos de la República se desmoronaron, y se estableció de hecho la dictadura.

Miranda, para cohonestar el peligroso nombre de Dictador, tomó el de Generalísimo. El Congreso que funcionaba en Valencia, que había sido erigida en Capital de la República, suspendió sus sesiones, e ipso-facto vino, también, a quedar suspendida la Constitución.

El Generalísimo, para hacer frente al afortunado Monteverde, confió el mando de Puerto Cabello, que era el arsenal de los patriotas, el lugar de retirada en caso de una derrota, el puerto a donde podían venir los auxilios de otras partes, la clave en fin de la República, al más activo e inteligente de los militares, al Coronel Simón Bolívar, que tanto se había distinguido en la campaña de Valencia. Pidió refuerzos de tropas a Cumaná y Barcelona, y mandó organizar un escuadrón de caballería en Barinas. Dictó un decreto denominado *marcial*, por el que se llamó al servicio de las armas a todos los ciudadanos, con excepción tan sólo de los ordenados *in sacris* y de algunos empleados civiles. En virtud de otro decreto, ofreció la libertad a todos los esclavos que se alistasen en el ejército, y sirviesen en él durante diez años, ofreciendo indemnizar a los amos de aquellos en mejores circunstancias. Este decreto inconsulto dejaba sin brazos a la agricultura, y produjo el desastroso efecto de que, un poco más tarde, se alzasen los esclavos y se produjese la guerra de razas.

Con estas medidas, se aumentó considerablemente el ejército republicano, y llegó a ser muy superior en número al realista. Miranda acantonó sus fuerzas en Maracaj, fortificando los puntos de Cabrera, Guaiaca y Magdaleno, situados al norte y sur de la laguna de Valencia, para impedir por uno y otro lado la salida de Monteverde de esta ciudad, que la había ocupado ya, en virtud de que el Coronel Carabaño, nombrado Gobernador de ella, después de la rota de San Carlos, no pudo conservarla, por falta de auxilio oportuno.

El Generalísimo se propuso, en mala hora, estarse só-

lo a la defensiva; y aprovechando de esto, Monteverde, aunque rechazado por tres veces en los ataques que dirigió contra las fortificaciones de Guaica, pudo, al fin, desalojar a las tropas republicanas de las de Magdaleno, y ocupar las mismas alturas de Maracai, con lo que Miranda, cortado en sus posiciones, dió la orden de retirada a la Victoria. A esta ciudad llegaron a un tiempo realistas y patriotas, siendo los primeros rechazados hasta Cerro Grande, donde no se completó su derrota, por no haberse movido Miranda con el grueso de su ejército. Tampoco supo el Generalísimo aprovecharse de la victoria que obtuvo en el sitio del *Pantano* (29 de Junio), a pesar de que en este combate perdió Monteverde mucha gente, y no pudiendo apoderarse de San Carlos, regresó a Cerro Grande y San Mateo. La fortuna, sin embargo, le sonreía, por otra parte, al Jefe realista, pues uno de sus Tenientes, el feroz español Dn. Eusebio Antoñanzas, de excerable memoria, hizo una entrada en las llanuras de Caracas, y después de un sangriento combate, ocupó a Calabozo, y en seguida a San Juan de los Morros y a la villa de Cura, cometiendo en todos estos lugares, incendios, matanzas y crímenes de toda clase.

A pesar de que las fuerzas de Monteverde, después del combate del Pantanero, quedaron reducidas a quinientos hombres, el General Miranda no tomó la ofensiva para aniquilar el ejército realista, como debía hacerlo, sino que se mantuvo terco y tenaz en su idea de permanecer inactivo a la defensiva.

En este estado hallábanse las cosas, cuando ocurrió el levantamiento armado de los esclavos de Curiepe y otros puntos de la costa y valles orientales; quienes, bajo el pretexto de defender los derechos de Fernando VII, e instigados por los españoles y americanos realistas, cometían todo género de tropelías, y llegaron a ocupar algunos lugares de la costa. Caracas misma, que se hallaba casi sin guarnición militar, se vió en inminente peligro de ser invadida por aquellas hordas salvajes; y el Generalísimo envió en socorro de esa ciudad algunas tropas; pero no quiso dar batalla ni combatió como podía hacerlo, separadamente, a las tropas de Monteverde o a las de los siervos sublevados.

Vino a aumentar las angustias de la República la sublevación del Castillo de San Felipe, en Puerto Cabello, verificada en 30 de Junio de 1812, mediante la traición de un Oficial de milicias llamado Francisco Fernández Vinoni (1), de acuerdo con parte de la tropa y de los presos de estado que se encontraban en el Presidio. Como el castillo dominaba con sus fuegos la plaza y sus baterías, era imposible la defensa de la ciudad; con todo Bolívar se mantuvo en ella, durante tres días, cruzando inútilmente sus fuegos

(1) Véase la Narración Histórica, intitulada "El Fin de un Traidor."

con los del castillo, con grave daño de la población. El Comandante de la plaza para probar fortuna envió doscientos soldados de la guarnición, al mando de los Coroneles españoles Mires y Jalón para contener a las tropas españolas que, sabedoras de la sublevación del castillo de San Felipe, venían de Valencia a Puerto-Cabello, en socorro de los amotinados. El combate de los dos ejércitos se verificó en San Esteban, y fueron derrotados completamente los republicanos, cayendo prisionero Jalón, y escapando a duras penas Mires con siete soldados, quien llevó la nueva del desastre a Bolívar. Este quedó con cuarenta hombres y con ellos pretendió todavía defenderse en el *Trincherón*, fuera ya del recinto amurallado, porque los habitantes de la ciudad habían celebrado una capitulación con los sublevados, con el objeto de evitar la ruina de la ciudad. Abandonado, luego, Bolívar por sus últimos compañeros, y habiendo quedado sólo con ocho Oficiales, consiguió embarcarse en Borburata el 6 de Julio en el bergantín *Celoso*, mandado por el español Martiarena, bergantín que, por casualidad, había podido salir de Puerto-Cabello, el día de la revolución, y que condujo a Bolívar a la Guaira, de donde envió a Miranda la triste noticia de la pérdida de Puerto-Cabello.

Este desgraciado acontecimiento, la sublevación de los esclavos que amenazaban entrar a sangre y fuego en Caracas, el descontento y deserción de las tropas que se pasaban al enemigo, la animadversión que los Jefes y Oficiales le tenían a Miranda, la decadencia de éste, proveniente de la edad y de los sufrimientos que había tenido durante su vida, el convencimiento del Generalísimo de que era imposible establecer todavía el sistema republicano en un pueblo no preparado para él, falta de opinión y de virtudes patrióticas, fueron las causas que impulsaron a Dn. Francisco Miranda a celebrar en Valencia, el 25 de Julio de 1812, con Dn. Domingo Monteverde, la desastroza y tan censurada capitulación, que dió al traste con la República, pues el afortunado canario no la cumplió absolutamente, sino que derramó a torrentes sangre americana, y ufano, engreído y creyéndose invencible, se alzó con el mando de la Capitanía General desconociendo la autoridad del pacato Miyares.

Después de la malhadada capitulación, Caracas fue ocupada por Monteverde el 29 de Julio. En seguida, lo fueron las provincias orientales de Cumaná y Barcelona, donde fue enviado como Gobernador un tigre en figura humana cuyo nombre es Cervériz, en reemplazo del Coronel Emeterio Ureña, hombre honrado, que no se prestó a cometer los abusos y tropelías contra los vencidos, a los que le instigaban los españoles y canarios realistas.

A raíz de la capitulación, fuese Miranda a la Guaira con el objeto de embarcarse en ese puerto y salir del territorio venezolano. El desgraciado Generalísimo fue apresado en la Guaira y conducido al castillo de San Carlos por sus

propios copartidarios, o sea, por Bolívar, Tomás Montilla, José Mires, Miguel Carabaño y el francés Chatillón, de orden del Jefe militar y Gobernador Político de la plaza, que lo eran los republicanos Manuel María Casas y el Dr. Miguel Peña (1). El primero se había puesto de acuerdo con Monteverde para apresar a Miranda, cerrar el puerto e impedir la salida de *todo patriota*; y mientras cumplía esa pérfida orden, el Dr. Peña llevaba a Monteverde la noticia de la prisión de Miranda. Debemos consignar que Bolívar y sus compañeros procedieron a apresar al Generalísimo, porque estaban indignados contra él, creyéndole autor de todas las desgracias que habían sobrevenido a la República; y aun tildándole de traidor, pues se habían propagado los rumores falsos e increíbles, desde luego, de que los españoles le habían comprado con una fuerte suma de dinero, que la tenía a bordo de uno de los buques surtos en el puerto, para que celebrase la capitulación del 25 de Julio.

A consecuencia de la cerrada del puerto de la Guaira por el verdaderamente traidor Manuel María Casas, fueron conducidos presos a las bóvedas, Roscio, Madariaga, Mires, Juan Pablo Ayala y otros venerables patriotas, quienes fueron remitidos a Cádiz, y después encerrados en los presidios de Ceuta. La odisea de Miranda fue dolorosísima: de la Guaira fue trasladado a los calabozos de Puerto-Cabello, donde gimió muchos meses, maltratado por infames carceleros: de Puerto-Cabello fue enviado a Puerto Rico: de esta ciudad a Cádiz; y en seguida al arsenal de la Carraca, donde, después de crueles padecimientos, devorado por las penas, e ignorante de los sucesos de su patria, entregó su alma a Dios, el gran Precursor de la Independencia venezolana, el 14 de Julio de 1816.

El Coronel Simón Bolívar cayó también en poder de Monteverde, pero éste, miope y poco conocedor de los hombres, no comprendió la importancia y méritos del joven Coronel; y no sólo le dejó en libertad, sino que, con la intervención del español Dn. Francisco Iturbe, gran amigo de Bolívar, le concedió a éste pasaporte para que saliese de Venezuela, como lo hizo, dirigiéndose a Curazao. De esta isla, sabiendo Bolívar que sus cuantiosos bienes habían sido confiscados, pasó a Cartagena con grandes proyectos en pro de la

(1) El Dr. Miguel Peña prestó importantes servicios a la causa de la Independencia, ora como consejero de los Jefes militares del Oriente Venezolano que se reunieron en San Diego de Cabrutica para emprender campaña contra los realistas en 1816, ora como hombre de luces y conocimientos en Legislación. El Dr. Peña, en su calidad de Ministro del Tribunal Supremo de Colombia, se negó a firmar la sentencia que condenó a ser pasado por las armas al Coronel Leonardo Infante, por creérsele autor, sin prueba suficiente, de la muerte de Perdomo, en Bogotá; razón por la que el Congreso le suspendió por un año del cargo.—Resentido por ello, el Dr. Peña contribuyó, después, eficazmente a la separación de Venezuela.

Independencia, a continuar prestando sus importantes servicios a esta santa causa, como lo veremos después. Acompañaban a Bolívar, José Félix Ribas, el español Manuel Cortez Campomanes, los hermanos Carabaño (Miguel y Fernando) y otros distinguidos oficiales que se hallaban proscritos de Venezuela.

Designios los de la Providencia: dos españoles, Monte-verde e Iturbe, salvando a Bolívar, salvaron con él la causa de la Libertad.

Lo que acabamos de relatar manifiesta que el año de 1812, funesto para la revolución de la Presidencia de Quito, lo fue también para la de la Capitanía General de Venezuela. Veamos, ahora, de una manera retrospectiva, lo que acontecía en el Virreinato de Nueva Granada.

CAPITULO III

VIRREINATO DE LA NUEVA GRANADA - 1810 A 1813

Revolución de los Comuneros del Socorro.—Dn. Antonio Nariño publica "Los Derechos del Hombre."—Es perseguido por esta causa.—El movimiento revolucionario del 20 de Julio de 1810, en Santafé.—Prisiones del Virrey y de la Virreina.—Se extiende el movimiento revolucionario a varias provincias de Nueva Granada.—Por los esfuerzos del Dr. Joaquín Caicedo, se forma una Confederación de todas las ciudades del valle del Cauca.—Tacón derrotado por las fuerzas de la Junta a orillas del río Palacé, se retira a Pasto.—Tacón se retira a la ciudad de Barbacoas—Expedición de las tropas quiteñas a Pasto, a órdenes del Coronel Dn. Pedro Montúfar.—Triunfa contra los pastusos en Guapuzcal y entra a Pasto.—Desavenencias entre el Presidente Caicedo y los Jefes de la división quiteña.—Esta se retira a Quito.—Combate marítimo de Icuandé, en el que es derrotado el Coronel Tacón.—Contrarrevolución en el valle de Patia encabezada por el mulato Juan José Caicedo.—Los patianos son derrotados en Popayán por el joven norte americano Alejandro Macaulay.—Los patianos atacan a Pasto.—Celebrase una capitulación entre el Presidente Caicedo y aquellos.—Expedición de Cabal y Macaulay contra Pasto.—Termina por un acuerdo, en virtud del cual recobran su libertad los presos.—Macaulay no cumple lo pactado, y trata de pasar el Guáitara para unirse con una expedición quiteña.—Se descubre el plan de Macaulay.—Desastre de Catambuco.—Prisión del Dr. Caicedo y de Macaulay.—Son pasados por las armas.—El Dr. Dn. Agustín Salazar sorprende y bate a los patianos en Pupiales.—La expedición de Quito se retira a esta ciudad.—Contiendas entre federales

o congresistas y centralistas o nariñistas.—Primera guerra civil entre esos partidos.—El Coronel realista Dn. Ramón Correa derrota a las tropas patriotas de Pamplona y se apodera de Cúcuta.—Revolución de Cartagena.—Proclama su independencia absoluta.—El Gobernador de Santa Marta se apodera de todos los puntos de la ribera derecha del río Magdalena.—Contrarrevolución en las poblaciones de las Sabanas del Corozal.—Situación desesperada de Cartagena.—Bolívar y algunos oficiales venezolanos arriban a Cartagena y salvan a esta República.—Segunda guerra Civil entre Cundinamarca y el Presidente de la Unión Granadina.—Campesinos pacifica los pueblos contrarrevolucionados.—Miguel Corabaño recupera el fuerte de Zispotá.—El francés Labatut se apodera de Santa Marta.—Campaña de Bolívar en el Alto Magdalena.—Entra triunfante en Ocaña.—Va en auxilio de la provincia de Pamplona amagada por el Coronel Correa.

El primer movimiento revolucionario, aunque no separatista ni de carácter republicano, contra las autoridades españolas, se verificó en el año de 1779, en Socorro, San Gil, Simacota, y se extendió hasta Tunja, Pamplona y los Llanos &. Las juntas de esta insurrección se habían dado el nombre de *común*, y de ahí el nombre de comuneros que tomaron los revolucionarios. Los Jefes de esta conspiración, la que estalló poco después que la famosa encabezada en el Perú, por el Inca Dn. José Gabriel Túpac-Amaru, fueron Dn. Juan Francisco Berbeo, Dn. Antonio José Monsalve, Dn. Francisco Rosillo y Dn. José Antonio Esvez; y el origen de ella los aumentos de pechos o tributos, y las exacciones que, para cobrarlos, había puesto en planta Dn. Juan Gutiérrez de Piñérez, nombrado Regente Visitador con amplias facultades en todo lo relativo a la administración de la Real Hacienda, debiendo sujetarse en esta materia, a los dictámenes del Visitador, el Virrey de la Nueva Granada, que lo era en esa época, Dn. Manuel Antonio Flores.

Los comuneros en número de cuatro mil, en Puente Real, intimidaron a la expedición enviada de Santafé para someterlos por la fuerza de las armas; y la pusieron en vergonzosa fuga, apoderándose de los elementos de guerra, y tomando prisionero al Oidor Dn. José Osorio, que había sido enviado por la Audiencia, en calidad de comisionado, con plenos poderes para restablecer el orden.

Viéndose en calzas prietas el Gobierno colonial, nombró una comisión compuesta del Oidor Vazco y del Alcalde Dn. Eustaquio Galavís, para que en asocio del Arzobispo de Bogotá Dn. Antonio Caballero y Góngora, entrase en tratados con los comuneros, quienes, en número de diez y ocho o veinte mil hombres, habían ocupado ya a Cipaquirá. Celebróse, en efecto, entre Berbeo, Jefe de los revolucionarios, y la antedicha comisión, aumentada con otras cuatro perso-

nas enviadas desde Santafé, en representación del Ayuntamiento, una capitulación favorable, en todo, a las pretensiones de los comuneros, y en extremo humillante para el Gobierno. Con lo que se disolvieron aquellos, retirándose a sus domicilios, satisfechos de haber conseguido cuanto habían deseado. Pero algunos querían la prolongación de la guerra, para continuar la vida de pillaje y saqueo y terminarla con un gran golpe sobre la Capital. Púsose a la cabeza de los que no se sometieron a la capitulación, José Antonio Galán, natural de Chavalá, Jefe militar el más atrevido de los facciosos. Este juntamente con Lorenzo Alcantuz, Isidro Molina y Manuel Ortiz, con una partida de los revoltosos, anduvieron en guerrillas por los pueblos de la sabana, por los de la provincia de Mariquita y Ambalema, cometiendo inúmeros robos, excesos y depredaciones.

Galán, hombre audaz y emprendedor, había llegado a adquirir gran prestigio entre la plebe, pero, al mismo tiempo, llegó a convertirse, por sus crímenes, en el terror de los pueblos; y en el de Onzaga, fue capturado Galán por sus vecinos armados, y conducido a Santafé, con sus tres compañeros; y todos ellos ajusticiados en la plaza pública de esa ciudad, en 1782, en virtud de una sentencia, en que se hizo gala de barbarie, "agregando al suplicio ordinario, otros de inhumana y estéril crueldad, que la pluma se rebela a describir.

La revolución de los comuneros, aunque muy popular, tuvo por objeto primordial la abolición de los impuestos y pechos exajerados con que se gravaba inconsideradamente a los súbditos de la colonia; y fue muy semejante a la revolución llamada de las *alcabalas* que se verificó en Quito en 1592. Dicha conspiración no persiguió los altos ideales de Independencia y Libertad de los granadinos. Estas ideas germinaron más tarde en vista de la separación de los Estados Unidos de Norte América y de la Revolución Francesa, en ciertos hombres privilegiados. Uno de ellos fue Dn. Antonio Nariño, natural de Bogotá, hombre que llegó a inspirarse en las teorías de los enciclopedistas franceses del siglo XVIII; que adquirió grandes conocimientos, mediante sus propios esfuerzos; y cuya vida accidentada puede servir de tema para un poema histórico. Nariño, que fue el Precursor de la Independencia granadina, embriagado con las ideas deducidas de la Filosofía que se encuentra en las obras de Voltaire, Rousseau, Raynal &, tradujo los "*Derechos del Hombre*", proclamados por la Revolución de Francia, y los hizo imprimir en una imprenta que tenía Nariño a cargo de Dn. Antonio Espinosa, con el objeto de propagar entre sus conciudadanos las nociones de Libertad e Independencia de la Madre Patria.

Con este motivo, en 1794, fue apresado Nariño, y la Audiencia le siguió juicio criminal, como reo de Estado. A fines de aquel año, fue remitido Nariño con otros presos, en-

tre los cuales se contaba Dn. Francisco A. Zea, (1) al presidio de Cádiz; de donde logró fugarse, pero perseguido en España, buscó refugio en París. En esta ciudad, se presentó al Directorio, solicitando auxilios para libertar a la Nueva Granada, los que le fueron negados con buenas palabras, después de algunas conferencias que tuvo con Tallien. Nariño pasó, luego, a Londres e hizo igual solicitud al Gobierno de S. M. Británica, por medio del Ministro Pitt, obteniendo la misma cortes negativa.

Audaz, como era Nariño, se vino a la Guaira, y de ahí a Santafé donde fue perseguido tenazmente, hasta que, por intercesión del Arzobispo Dn. Baltazar Jaime Martínez de Compañón, y bajo la responsabilidad de este Prelado, obtuvo que el Virrey Dn. Pedro Mendinueta le dejase permanecer libremente en su ciudad natal.

Habiendo improbadado el ministerio español esta providencia del Virrey, Nariño fue nuevamente reducido a prisión y enviado a Cartagena, después de haber permanecido más de un año preso en el cuartel de caballería de Santafé. En el río Magdalena logró Nariño escapar de sus guardas, y fue a parar en Santa Marta, donde le echaron mano y le remitieron al castillo de Bocachica de Cartagena. Allí se mantuvo preso, hasta que sobrevino la revolución de 1810, y pudo regresar libre a Santafé. Vamos a ocuparnos de aquella revolución, en la que Dn. Antonio Nariño desempeñó un papel importantísimo; siendo este el motivo por el que hemos querido dar a conocer los antecedentes de tan ilustre Prócer.

Los Comisionados Regios nombrados por el Consejo de Regencia de España, el Conde Dn. Antonio Villavicencio y Dn. Carlos Montúfar, para sostener la autoridad de aquella Corporación, en Santafé [hoy Bogotá] y Quito respectivamente, llegaron a Cartagena, en uno de los días de Mayo de 1810. En plena efervescencia encontraron los Comisionados a los habitantes de aquel puerto, debido al sistema terrorista que había implantado en él, el Gobernador Dn. Francisco Montes para contener los avances de los patriotas que querían establecer una Junta de Gobierno, como la de Sevilla, lo que se verificó con aprobación de Villavicencio. En consecuencia, se formó un Gobierno provisional, compuesto del Cabildo presidido por Montes. Disgustado éste envió inmediatamente la noticia de lo ocurrido en Cartagena al Virrey; y a poco, sabedor el Cabildo de lo que había hecho el Gobernador, apoyado por el pueblo, hizo arrestar a aquel, y embarcándole en un buque surto en el puerto, le envió a Puerto Rico. El primer movimiento en pro de la Independencia de la Nueva Granada se debió, pues, a la noble Cartagena. El 9 de Julio siguió su ejemplo la no menos no-

(1) Véase la Narración Histórica, que lleva el nombre de "Las desventuras de la República."

ble ciudad del Socorro por desmanes, también, de su Corregidor Dn. Juan Valdez Posada.

El 20 de Julio de 1810 estalló el movimiento revolucionario en Santafé, capital del Virreynato de la Nueva Granada, de la manera siguiente:

Habíase señalado para la conjuración el día de la llegada a Santafé del Comisionado Regio, Dn. Antonio Villavicencio. En aquel día, el mayor número posible de santafereños debía salir a caballo al encuentro de Villavicencio y su compañero Dn. Carlos Montúfar, llevando armas ocultas, y obtener de aquel autorización para el movimiento revolucionario; pero una circunstancia imprevista lo anticipó.

Suscitóse una reyerta de palabras entre Dn. Francisco Morales, sus dos hijos, Dn. Antonio y Dn. Francisco, y el español Dn. José Llorente, en el establecimiento de comercio de éste, con motivo de los preparativos de un espléndido banquete con que los patriotas trataban de festejar a Villavicencio. En el calor de la discusión, Llorente lanzó algunas palabras hirientes contra los criollos; y paulatimamente formóse al rededor de dicho establecimiento o tienda, sita en la calle Real, un compacto grupo de toda clase de gente, que fue creciendo y creciendo como la marea, porque la disputa tenía lugar en la calle más pública y concurrida de Santafé, y en día viernes, que era de mercado o feria en la plaza inmediata. Estalló, pues, el motín con los gritos de: mueran los *chapetones*, y se extendió hasta la plaza. Diversos grupos rompían a pedradas las vidrieras de las casas de los españoles, y pedían a voz en cuello que se les entregase a Llorente y a otros dos amigos suyos, llamados Dn. José Trillo y Dn. Ramón de la Infesta.

Llorente, al principio de la reyerta, se había asilado en una casa inmediata; y aprovechando un momento favorable se trasladó a la suya, en una silla de manos. Descubierta por los amotinados iba a ser despedazado por éstos, pero ventajosamente intervino el Alcalde Dn. José Miguel Pey y otras personas queridas por el pueblo; y el primero logró calmarlo, ordenando que Llorente fuese conducido a la cárcel, que es lo que pedía el frenético populacho. También fue reducido a prisión Dn. Ramón de la Infesta.

A las seis de la tarde, el meeting había tomado colosales proporciones; y ocupaba la plaza principal y las calles adyacentes. A poco rato, los amotinados se apoderaron de las torres y campanarios y empezaron a tocar a fuego, con lo cual se reunió un gentío inmenso, incontenible, como un río desbordado, que todo lo arrasa con sus turbulentas ondas.

Ya de noche, se reunió el Cabildo y envió una diputación al Virrey, que lo era Dn. Antonio Amar y Borbón, hombre sin capacidad y más sordo que una tapia, pidiéndole permitiese la celebración de un Cabildo abierto, lo que fue negado. Pero, como creciesen las voces y el conflicto, y los amotinados empezasen a acometer a pedradas a los cuerpos

de guardia del Virrey, tuvo que ceder, y previa consulta al Oidor Dn. Juan Jurado, permitió que se reuniese Cabildo extraordinario, y que lo presidiera dicho Oidor. Fuese éste a la casa consistorial, donde aquella corporación funcionaba de hecho, y abrió la sesión a nombre del Virrey.

Nunca, tal vez, en Santafé, hubo sesión más borrascosa y más concurrida, pues una inmensa muchedumbre invadió la barra y toda la casa consistorial. Allí, por primera vez, los *chisperos*, o alborotadores de las masas populares, se intitularon *tribunos* del pueblo, y pronunciaban discursos fogosos y llenos de relumbrón. Los hombres inteligentes aprovecharon de la efervescencia y energía del pueblo, para dar cima a su empresa revolucionaria; de manera que el Cabildo extraordinario se convirtió en abierto, y en seguida se pidió resueltamente la formación de una Junta de Gobierno, análoga a la de Sevilla, y la multitud clamó por su inmediata instalación.

Sometido a debate asunto tan trascendental, no faltó quien se opusiese a la idea lanzada. Entonces el Regidor Dn. José Acevedo, proclamado diputado del pueblo, desde las seis de la tarde, sostuvo enérgica y gallardamente la conveniencia de la inmediata formación de la Junta. Salió, luego, al balcón que dominaba la plaza, y dirigiéndose a la multitud que la ocupaba, dijo: «Si perdéis este momento de efervescencia y de calor; si dejáis escapar esta ocasión, única y feliz, antes de doce horas seréis tratados como insurgentes. Ved (señalando la cárcel) los calabozos, los grillos y las cadenas que os esperan.....» (1)

Estas oportunas palabras produjeron, como era de esperarse, el efecto apetecido, o sea, que la casi totalidad del Cabildo votase por la formación de la Junta. En seguida se eligieron, a propuesta del diputado del pueblo, Dn. José Acevedo, los miembros de ella. Los más notables de entre los aclamados fueron: el mismo Acevedo, Dn. José Miguel Pey, Dn. Camilo Torres, Dn. Frutos Joaquín Gutiérrez, el Canónigo Dn. Andrés María Rosillo, Dn. Miguel y Manuel Pombo, &

El Comandante Dn. José Moledo y el Capitán Dn. Antonio Baraya del Batallón Auxiliar fueron nombrados miembros de la Junta, por los servicios prestados a la revolución, pues pusieron a disposición de ella el cuerpo que regían. El Coronel Dn. Juan Sámano, Jefe del Batallón mencionado, aunque ofreció disolver a balazos a los amotinados, no pudo cumplir su palabra, porque no recibió orden del alevronado Virrey para tan siniestro objeto. El medio Batallón del Fijo de Cartagena se mantuvo, también, quedo en su cuartel, sito a las afueras de la ciudad, pues el Coronel Santana, Jefe de aquel cuerpo, se hallaba en buenas

[1] Palabras tomadas de la Historia Eclesiástica y Civil de Nueva Granada por José Manuel Groot.

relaciones con los conjurados. La revolución, en consecuencia, se verificó sin efusión de sangre.

Don Antonio Morales, uno de los que tuvieron la reyer-ta con el español Llorente, causa imprevista de que se anticipase la rebelión, fue designado para vocal de la Junta. Hacemos mención especial de Dn. Antonio Morales, después General de la Gran Colombia, porque, comisionado por el Libertador para notificar al Presidente de Quito, en unión del Jefe español Moles, la suspensión de hostilidades o armisticio verificado entre los dos ejércitos beligerantes, el patriota y el realista, y el tratado de la regularización de la guerra, celebrado entre Bolívar y el General Dn. Pablo Morillo, vino, con este motivo, al territorio ecuatoriano, prestó en él importantes servicios a la causa de la Independencia; y desempeñó el alto cargo de Jefe de Estado Mayor del ejército republicano en la gloriosa campaña que terminó con la legendaria batalla de Pichincha. El General Morales se avecindó después en Cuenca, y fue tronco de varias familias que actualmente residen en esta ciudad. (1)

A petición de Dn. Camilo Torres y de Dn. José Acevedo, apoyados por la vibrante palabra del Dr. Frutos Gutiérrez, fue elegido Presidente de la Junta el Virrey Amar y Vicepresidente el Alcalde Dn. José Miguel Pey. Para la elección de Amar, se tuvo en cuenta que, con su prudencia [la palabra más propia es timidez] había evitado un choque sangriento entre el ejército y los individuos que componían el meeting, cuyo número, según el Dr. Gutiérrez, ascendía a nueve mil.

La Junta quedó, pues, instalada al rayar la aurora del día 21 de Julio de 1810; y se dió cuenta de este memorable suceso con pomposas frases en el "Diario Político de la Nueva Granada", periódico redactado por el sabio Dn. Francisco Caldas, popayanés, que fue después una de las víctimas sacrificadas en aras de la Patria, por el Pacificador Dn. Pablo Morillo.

En los primeros días después de estos sucesos, la Junta, completamente desorganizada, no pudo contener al pueblo, el que de hecho, e instigado por los *chisperos*, se había constituido realmente en *soberano* y se hacía lo que a su real voluntad se le antojaba. A instancias del pueblo, se redujo a prisión a los odiados Oidores Alva, Frias, Herrera, Carrión, al Fiscal Mancilla y a otros españoles. A los dos primeros se les exhibió con grillos en un balcón, a petición del populacho. Sólo fue respetado el Oidor Dn. Francisco Cortázar, a quien se le quería por sus excelentes prendas morales.

El doctor Francisco Cortázar y Lavayen, hijo de Dn. José Ruiz de Cortázar, antiguo Gobernador de Guayaquil,

(1) Véanse los datos biográficos del General Morales, por el Dr. Octavio Cordero Palacios.

nació en esta ciudad, en la segunda mitad del siglo XVIII. Por sus relevantes cualidades, a pesar de ser criollo, fue nombrado Oidor de la Audiencia de Santafé; y después llegó a desempeñar el alto cargo de Regente de la Real Audiencia de Quito. Cuando ésta se trasladó a Cuenca, con motivo del estado de revuelta de esa Capital, trajo consigo a su familia, la que se componía: de las señoras Clara, Juana y Francisca Cortázar, (madre esta última del doctor Antonio Borrero, Presidente que fue de la República), del Presbítero doctor Manuel Cortázar y del doctor Ramón Cortázar y Requena, quien se graduó de doctor *in utroque jure*, a la edad de 19 años; desempeñó el cargo de Ministro Fiscal de la Corte Superior del Azuay, y el de Profesor de Derecho Canónico en el Colegio Seminario de Cuenca, cátedra costeadada por el filántropo Deán Dr. José María de Landa y Ramírez. El Dr. Ramón Cortázar fue una lumbrera del foro. Sus vistas fiscales se agregaron, como apéndice, al primer Código Penal de nuestra República, sancionado en el año de 1837; y hubiera continuado prestando importantes servicios a la Patria, si la muerte no le hubiera arrebatado en la plenitud de la vida. El doctor Francisco Cortázar falleció en esta ciudad en 1813. Fue hermano del Ilmo. Obispo Dn. José Ignacio Cortázar, fundador de los Colegios Seminarios de Cuenca y Guayaquil, y de doña María Josefa Cortázar, madre del ilustre Mariscal Dn. José Domingo Lamar, a quien algunos escritores inconscientes o prevenidos han tratado, injustamente, de traidor.

El pueblo veía con disgusto y alarma que el Virrey Dn. Antonio Amar estuviese en la Presidencia de la Junta; así es que pidió la prisión no sólo de aquel, sino también de la Virreina, doña Francisca Casanova; el primero fue conducido con todo miramiento al edificio que ocupaba el Tribunal de Cuentas, y la segunda al Monasterio de Santa Gertrudis. Virrey y Virreina se encontraban, sin duda, pensando en las vanidades del mundo, o tal vez en que pronto serían restituidos al mando y a su antiguo esplendor, cuando una asonada popular, tan frecuentes en aquella época, pidió a gritos que el Virrey fuese a la cárcel y la Virreina al *Divorcio* o cárcel de mujeres. Accedió la Junta, aunque con pesar, a la petición del pueblo; y al ser conducidos a dichos lugares, Virrey y Virreina fueron ultrajados por la plebe soez, sobre todo la última, a la que una turba multa de mujeres de la más baja estofa la condujo a empujones y puñadas a la prisión que le estaba destinada, a pesar de que la acompañaba el respetable Canónigo doctor Andrés M. Rosillo.

Al siguiente día de este acontecimiento, la Junta volviendo por su buen nombre, ordenó que los Virreyes fuesen restituidos al palacio, y custodiados por una guardia de caballería, para seguridad de ellos; y a poco, por disposición de la Junta, fueron conducidos a Cartagena y reclusos

en el Castillo de la Popa, de donde fueron enviados a España.

El funesto imperio de la anarquía debido a los demagogos, cesó por fin con la expulsión de los Virreyes, y con ciertas medidas enérgicas dictadas por la Junta para mantener el orden diariamente alterado por los instigadores del populacho; pues la Junta contaba ya con fuerzas militares suficientes para hacer que se cumpliesen sus decretos.

La noticia del asesinato de los presos verificado en Quito, causó profunda indignación en los habitantes y Gobierno de Santafé. Este dirigió un oficio al Conde Ruiz de Castilla, en términos duros, increpándole por su inícuca conducta. Se hicieron, también, pomposos funerales por las víctimas sacrificadas en Quito; y aquel cruento y deplorable suceso excitó más el patriotismo de los granadinos, y ahondó más el abismo que separaba ya a los americanos de los españoles.

El movimiento revolucionario de Santafé se extendió a las provincias de Santa Marta, de Antioquia, del Chocó, Neiva, Mariquita, Pamplona, Casanare y Tunja; pero permanecieron reacias o adictas al régimen español las provincias de Panamá y de Riohacha. En cuanto a la Provincia de Popayán, regida ésta por el Gobernador, Teniente Coronel Dn. Miguel Tacón, que tanto había contribuído para la disolución de la primera Junta de Quito, no pudo como lo deseaban sus patriotas hijos, seguir la corriente revolucionaria; sobre todo cuando Tacón, recibido del Gobierno español el nombramiento de Coronel, por sus operaciones contra Quito, se propuso sostener a todo trance aquel Gobierno. Al principio Tacón, al saber la instalación de la Junta de Santafé y al ser invitada por ésta la Provincia de Popayán para enviar sus diputados al Congreso que debía reunirse en la Capital, convocó un Cabildo abierto, en el que acordó acceder a la invitación, y dirigir una circular a todas las otras ciudades de la Provincia para que eligiesen sus representantes, y se reuniesen en Popayán para resolver si se unirían o no a Santafé; pero cuando, depuestas las afejas rivalidades de Cali y las otras ciudades del valle del Cauca con Popayán, enviaron aquellas sus diputados a esta ciudad, no fueron recibidas por Tacón, quien se había envalentonado con la llegada de las tropas de Pasto, mandadas por Dn. Gregorio Angulo que él había pedido viniesen a Popayán; y no sólo hizo esto Tacón, sino que disolvió, también, una Junta de seguridad creada por el Cabildo abierto de que antes hablamos.

En vista de la osadía del Gobernador Tacón, el Dr. Joaquín Caicedo, Regidor, Alférez Real y Teniente Gobernador de Cali, decidido patriota, concibió la idea de que se formase una confederación de todas las ciudades del hermoso y extenso valle del Cauca. Al efecto, lo recorrió en todas direcciones, excitando el entusiasmo de los pueblos; y consiguió lo que deseaba, esto es, que las ciudades de Cali, Buga, Car-

tago, Toro, Caloto y Anserma se constituyesen en confederación y enviasen sus diputados a Cali para establecer allí una Junta de Gobierno, la que se formó efectivamente, siendo designado para Vicepresidente el religioso franciscano Fray José Joaquín Escobar, y para Secretario el referido Dr. Caicedo.

Tacón trató de rebeldes a las ciudades confederadas y amenazó someterlas por la fuerza de las armas. En consecuencia, todos los patriotas del valle del Cauca agotaron sus esfuerzos para hacer frente a Tacón. Con el ejército que lograron formar, mandado por el Coronel Antonio Baraya, que había sido enviado por la Junta de Santafé, con trescientos hombres, para auxiliar a los patriotas del Cauca, atacaron a las fuerzas de Tacón en las orillas del río Palacé. El combate fue favorable a los patriotas (28 de Marzo de 1811); distinguiéndose en él el Teniente Atanasio Girardot que rompió los fuegos con la descubierta que estaba a sus órdenes. Este fue el primer triunfo de las armas independientes en territorio granadino; y éste el bautizo de fuego que recibió Girardot, el heroico mancebo que murió gloriosamente en el combate de Bárbula. Después del combate de Palacé, Tacón con setecientos soldados huyó a Pasto, a donde había enviado antes todos los caudales que existían en Popayán, correspondientes a la Real Tesorería, los que ascendían a cerca de quinientos mil pesos. Baraya ocupó a Popayán, y a poco se trasladó a esta ciudad la Junta de Cali, y se organizó la Junta de Gobierno de la Provincia, siendo su primer Presidente el doctor Joaquín Caicedo y Vicepresidente Dn. José María Cabal.

Inactivo anduvo Baraya y no supo aprovecharse de su triunfo, pues se mantuvo en Popayán, lejos de perseguir al enemigo en el valle de Patía y ocupar a Pasto, como podía hacerlo fácilmente. Esta conducta del Jefe republicano dió margen a que Tacón consiguiese inclinar la opinión de los habitantes de Pasto y de Patía a favor de la causa real, que fue la simiente de esa guerra cruda e interminable que hicieron aquellos a la causa de la Independencia.

Tacón, después de cometer muchas hostilidades en los Pastos, volvió al valle del Patía con el objeto de derrocar el nuevo Gobierno de Popayán con las tropas que al efecto había reunido, disponiendo de los cuantiosos caudales públicos, de que antes hemos hablado; pero sus intenciones se frustraron porque, al llegar a Almaguer, su gente empezó a desmoralizarse y a huir, de temor de la expedición que venía de Popayán al mando de los Coroneles Baraya y Caicedo. Tacón tuvo, pues, que retroceder, y abandonado de casi todos los realistas y enfermo, tomó el camino del Castigo, y fue a parar en las costas del Pacífico, en la ciudad de Barbacoas, donde siguió formando planes para ocupar, nuevamente, a Pasto, Popayán y el valle del Cauca.

La expedición de Popayán avanzó hasta Mercaderes, don-

de se supo la fuga de Montes, a quien se le mandó perseguir con la columna mandada por el Coronel José Díaz. En seguida fueron dispersados algunos destacamentos realistas que se hallaban en el valle de Patía. Como los soldados auxiliares de Baraya enfermaron en aquel malsano valle, aquel regresó a Popayán con los suyos, quedando el ejército de la Junta al mando del Presidente Caicedo.

En aquellos mismos días (Septiembre de 1811), avanzaba hacia Pasto una división de tropas quiteñas, al mando de Dn. Pedro Montúfar, quien logró atravesar el correntoso Guátara, por el paso llamado de Fúnez, y después de un combate en Guapuzcal, a las márgenes del río Blanco, donde fueron derrotados los pastusos, entró Montúfar con sus tropas triunfantes en Pasto (22 de Septiembre del año indicado.)

Caicedo luego que supo este suceso, se dirigió a Pasto con cincuenta hombres, a los que siguieron setecientos más del valle del Cauca, y encontró aquella ciudad casi desierta. Trató el Presidente de Popayán de conseguir que las familias se restituyesen a sus hogares, y lo logró en parte.

Con motivo de que las tropas quiteñas habían tomado, a su entrada en Pasto, cuatrocientas trece libras de oro en barras, parte del tesoro que Tacón había sacado de la casa de moneda de Popayán, y trasladado a aquella ciudad, suscitáronse reyertas entre los Jefes de las tropas de Quito y el Presidente Caicedo. Este reclamaba la devolución de las mentadas libras de oro, y aquellos se oponían a entregarlas, considerándolas como buena presa de guerra. Otro motivo de desavenimiento entre aquellas personas fue la pretensión de los quiteños de apoderarse de todo el territorio comprendido entre el río Carchi y el río Mayo. Observamos, de paso, que desde aquella remota época se suscitó la odiosa cuestión de límites entre Nueva Granada, hoy Colombia, y el Ecuador, la que, al cabo de ciento cinco años, tuvo feliz remate, mediante el tratado de límites Muñoz Vernaza-Suárez, celebrado en 15 de Julio de 1916. El Dr. Alberto Muñoz Vernaza merece, pues, eterna gratitud de la patria, porque con sus luces y vastos conocimientos en la materia, consiguió que se fijen las fronteras entre las dos Naciones, con ventaja para nuestra República, aun cuando hayan dicho lo contrario ciertos escritores faltos de imparcialidad y que quieren hacer alarde de un patriotismo falso y mal entendido.

Felizmente las desavenencias apuntadas terminaron en virtud de la política sagaz y conciliadora del Presidente Caicedo, quien consiguió que las tropas de Quito se retirasen a su territorio, dejando libre el de la Gobernación de Popayán. Sólo se mantenía adicto al régimen español de toda esta vasta provincia el Cabildo de Barbacoas, presidido por Dn. Fernando Angulo. En estas favorables circunstancias, la Junta de Popayán resolvió comisionar al Dr. Joaquín Caicedo para que fuese a Quito con el objeto de reclamar la de-

volución de las libras de oro, que valían cien mil pesos, de las que se apoderaron los patriotas de esa ciudad cuando ocuparon a Pasto; de conseguir que la Junta de Quito, como lo pretendía, no interviniese en el régimen y Gobierno político del Cantón de Pasto; y de establecer relaciones cordiales con la antigua Presidencia de Quito. La designación del Dr. Caicedo para aquella importante misión no podía ser más acertada, por su posición social, por sus talentos y por ser pariente del Dr. Dn. José Cuero y Caicedo, Obispo de Quito.

Nos parece justo y oportuno consignar algunos datos biográficos del ilustre Prócer de nuestra Independencia, Dr. Dn. José Cuero y Caicedo. Nació este benemérito Prelado en la ciudad de Cali, el 11 de Septiembre de 1735. Hijo de Dn. Fernando de Cuero y de Dña. Bernabela de Caicedo, de esclarecida prosapia, recibió una educación esmerada de parte de ambos. Hizo el Sr. Cuero sus primeros estudios en el Colegio Seminario de Popayán, que se hallaba a cargo de los Padres Jesuitas; y los continuó en el Colegio de Quito regentado por los mismos Padres, donde los concluyó con gran aplauso y lucimiento, graduándose en Teología y ambos Derechos. Recibió, también, la investidura de abogado ante la Real Audiencia de Quito. No siguió esta carrera que le hubiera proporcionado grandes honores, sino la del sacerdocio, a la que se sentía inclinado por su carácter y virtudes. Ordenado *in sacris*, el Dr. Cuero regentó, durante mucho tiempo, las cátedras de Teología y Derecho Civil en el Colegio Real de Quito; y después fue nombrado Provisor por el Obispo de Quito Dn. Blas Sobrino y Minayo. Hallándose vacante la canongía penitenciaria de la Catedral de Quito, el Dr. Cuero fue uno de los opositores al concurso que que se había promovido para proveerla; y con este motivo tuvo serios disgustos con el Itmo. Sobrino, quien deseaba dar la Penitenciaria al Dr. J. Francisco Aguilar; y para ello, había insinuado el Obispo al Sr. Cuero y Caicedo que retirase su escrito de oposición, lo que no fue aceptado por aquel, alegando que no podía hacerlo sin menoscabo de su reputación. El Dr. Cuero sobresalió en los actos de la oposición, respecto de sus rivales; pero el Obispo halló el medio de inutilizarlo, haciendo que se tacharan de heterodoxas ciertas proposiciones que sostuvo el Sr. Cuero, como la de que era válido el bautismo administrado por los herejes, siempre que usasen la fórmula esencial de ese Sacramento; doctrina que, después, fue confirmada por la Iglesia, condenando la doctrina de los rebautizantes. Este fue el pretexto para destituirle al Sr. Cuero del Provisorato y para que sufriese mil penalidades; y aunque entabló *recurso de fuerza* ante la Audiencia, ésta inclinándose al Obispo Sobrino, rechazó dichos recurso. El Sr. Cuero ocurrió a la Corte de España en demanda de la justicia que se le negaba en Quito, y la obtuvo cabal y satisfactoria; pues en virtud de Real Cédula despachada en 23 de Noviembre de 1787, se declararon no-

toriamente injustos todos los procedimientos contra el Dr. Cuero; se le presentó para la Canongía Penitenciaria, por haberse distinguido en los actos de oposición; se le condenó al Obispo Minayo a pagarle los sueldos de dicha Canongía, desde la fecha en que debía haberla conferido al Sr. Cuero; y por último, se condenó en costas a los Oidores que fallaron en el *recurso de fuerza*. Después de triunfo tan brillante, obtuvo el Deanato de la Catedral de Popayán. Transcurrido algún tiempo, fue electo Obispo de Cuenca, cuya Diócesis gobernó de 1799 a 1801. En esta fecha fue promovido al Obispado de Quito. Allí contrajo amistad con el sabio alemán el varón Alejandro de Humboldt, quien apreció en alto grado las virtudes e ilustración del Ilmo. Cuero y Caicedo. Cuando estalló en Quito el movimiento del 10 de Agosto de 1809, prestó el Sr. Cuero importantes servicios a la causa de la Independencia, y fue el ángel de la paz, después del cruento acontecimiento del 2 de Agosto de 1810. Merced al Obispo Cuero se dió un indulto general, con las más amplias garantías, a todos los comprometidos en el movimiento revolucionario de Quito; y se acordó que la tropa limeña mandada por Arredondo saliese de aquella ciudad como así se verificó. Después de la dimisión del Conde Ruiz de Castilla, fue elegido el Sr. Cuero Presidente de la segunda Junta que se organizó en Quito, como ya lo indicamos. Triunfante Dn. Toribio Montes en el combate del Panecillo, persiguió tenazmente al Obispo Cuero y Caicedo; y lo confinó a Lima, donde falleció este gran patriota en el año de 1816.

Este patriota distinguido había sido nombrado Presidente de la Junta de Quito, después de la dimisión de Ruiz de Castilla, de que hablamos antes (Octubre de 1811); lo que constituía otra circunstancia favorable para el buen desempeño de la comisión confiada al Dr. Joaquín Caicedo, quien se vió obligado a diferir su viaje por las hostilidades que las tropas de Tacón cometían en el camino que va de Barbacoas a la provincia de los Pastos. Allí se distinguió el Oficial Dn. Eusebio Borrero batiendo y derrotando a algunos destacamentos realistas.

Fue a principios del año 1812 cuando el Presidente Caicedo emprendió su viaje a Quito con un destacamento de tropas de Popayán, a órdenes del Oficial Dn. Eusebio Borrero; dejando, imprudentemente, desguarnecida la realista ciudad de Pasto. Mientras el doctor Caicedo desempeñaba su misión en Quito, la que, dicho sea de paso, fracasó completamente, el Coronel Tacón que residía en Barbacoas, hacía sus preparativos para atacar a los patriotas; y habiendo recibido algunos auxilios de Guayaquil, se hizo más fuerte que los patriotas en las costas del Pacífico, pues ocupaba todo el distrito de Barbacoas y la isla de Tumaco. Habiendo sabido Tacón que un pequeño cuerpo de patriotas había avanzado hasta la costa y se había apoderado de Guapi e Iscuandé, reunió en Tumaco toda su fuerza marítima, que

era bastante, y se dirigió a ocupar a Iscuandé. En el río de este nombre, que es angosto, trabóse el combate (Enero 29 de 1812), entre las pequeñas fuerzas que no tenían sino canoas, mandadas por el Capitán José Ignacio Rodríguez y las de Tacón, sufriendo éste una derrota completa, y logrando escapar con mucha dificultad. El Coronel Miguel Tacón, en vista de los repetidos golpes que había recibido, abandonó la Gobernación de Popayán, y fue a parar en Lima. Después continuó combatiendo en pro de la causa realista en la guerra del alto Perú contra los patriotas de Buenos Aires.

Con la ocupación de Tumaco, de Barbacoas y de la costa del Pacífico hasta el río de Esmeraldas, parecía que quedaba cimentada la libertad de toda la provincia de Popayán; pero desgraciadamente no sucedió así, como vamos a verlo.

La inclinación cordial y decidida a la causa realista y el odio al nuevo orden de cosas se hallaban latentes y en todo su vigor en los habitantes de Pasto y del Valle de Patía, a quienes se les había hecho creer, aprovechando de su ignorancia, que eran verdaderas herejías las novedades de república, independencia y libertad. Bastaba, pues, una ligera chispa para que se produjese un gran incendio que destruiría el nuevo Gobierno establecido en la provincia de Popayán.

Un religioso de la Orden de Santo Domingo, Fray Andrés Sarmiento, habiendo huido de la prisión en que se le tenía, en Popayán, de orden de la Junta, por haber prestado importantes servicios a Tacón, fue el que inició el movimiento contrarrevolucionario en Patía, valiéndose del mulato Juan José Caicedo y de otros que meditaban emprenderlo. Este y sus compañeros iniciaron la rebelión asesinando, de una manera bárbara, a los comerciantes quiteños Catáneo, Zapata y Santander, que iban de Pasto a Cartagena, en el lugar denominado Cuevas, robándoles la gruesa cantidad de ochenta mil pesos en onzas de oro y todos los demás efectos que tenían. Con esta suma se hicieron de algunas armas y aumentaron sus filas con tantos descontentos como existían en el valle, alucinados, por otra parte, con la esperanza de enriquecerse, mediante el robo y el pillaje. Lograron, después, sorprender y asesinar algunas partidas armadas de patriotas, con lo que se llenaron de orgullo y se hicieron más fuertes. Creció mucho más la contrarrevolución, con un decreto inconsulto de la Junta de Popayán, presidida, en ese entonces, por el Vicepresidente Dn. Felipe Antonio Mazuera, por ausencia del Presidente Caicedo, decreto en el que se imponían gravísimas penas y aún la capital a todos los revoltosos o partidarios del Gobierno español; medida imprudente que produjo el desastroso efecto de que casi todos los habitantes de la región comprendida entre el sur de Popayán y el río Mayo, empuñasen las

armas contra la Junta de esta ciudad, la que solo se hallaba defendida por trescientos hombres al mando de Dn. José María Cabal, que, de profesional en Química, ciencia que había estudiado en París, pasó a la carrera de las armas, en defensa de su patria.

Los patianos, en número de mil quinientos, y mandados ya por Dn. Antonio Tenorio, Regidor Alférez del Cabildo de Popayán, se presentaron en las colinas del Ejido, al sur de Popayán, y la atacaron, en 26 de Abril de 1812. Sufrieron algunas pérdidas, en el combate, los patianos, pero lograron cortar la retirada de los patriotas, apoderándose de Chune y del Puente del Cauca. La situación de la ciudad era desesperada y sus habitantes se hallaban en inminente peligro de ser degollados por los feroces negros y *zambos* del Patía. Una circunstancia providencial salvó de esa casi inevitable catástrofe a Popayán y sus moradores; y fue la llegada a la ciudad de Mr. Alejandro Macaulay, joven aventurero de los Estados Unidos. Este, valiente y observador, vió la indisciplina de los asaltantes y que la mayor parte estaba sólo armada con lanzas, y propuso a Cabal atacarlos en su campo del Ejido. Acogido el proyecto, se logró reunir cerca de cuatrocientos hombres, y puesto a la cabeza de ellos Macaulay, a las cinco de la mañana del día 27 de Abril, fueron sorprendidos los patianos, y en pocos minutos se dispersó aquella banda de asesinos. Igual suerte corrieron los enemigos que habían ocupado el puente del Cauca.

En la activa persecución emprendida contra los facciosos, cayó prisionero el Cura de Mercaderes, Dn. José María Morcillo; y este desgraciado sacerdote fue pasado por las armas, de orden de la Junta, de una manera arbitraria e imprudente. La noticia de aquel fusilamiento causó gran escándalo en toda la Nueva Granada, desprestigió a la revolución e hizo mucho daño al Gobierno de Popayán.

De los facciosos derrotados en Popayán, se reunieron algunos en el Tambo; y allí los principales cabecillas de ellos, el mulato Juan José Caicedo, Joaquín de la Paz y otros concibieron el audaz y bien meditado proyecto de atacar a Pasto y destruir las fuerzas de la Junta, aprovechando de que en esa ciudad había muchos desafectos a la causa revolucionaria. En efecto era así, pues el Dr. Tomás Santaacruz y otros realistas habían principiado a mover al pueblo contra los patriotas. El Procurador General Dn. José Vivanco, sabedor de esto, dió orden de que el Comandante Angel María Varela viniese á Pasto con los doscientos hombres que guarnecían el punto del Guabo, y el mismo Vivanco fue a Túquerres, con el objeto de reunir gente que fuese menos adicta al Rey de España; y consiguió en efecto, formar un cuerpo de trescientos hombres, el que unido al que regía Varela se apostó sobre el caudaloso y casi infranqueable río

Juanambú, para impedir que los patianos se uniesen a los mal contentos pastusos.

El Presidente Caicedo, que se hallaba en Quito, como dijimos, no consiguió el objeto de su misión, y sabedor de la rebelión de los patianos se puso en camino y llegó a Pasto el 13 de Mayo de 1812. Una de las primeras órdenes de Caicedo fue la de que replegaran a Pasto las fuerzas republicanas que defendían los pasos del Juanambú.

Aprovechándose de este repliegue, el mulato Caicedo y los suyos avanzaron con rapidez, y el 20 de Mayo aparecieron sobre las alturas de Aranda que, por el Norte, dominan la ciudad de Pasto. Al siguiente día los patianos unidos a los pastusos, que salieron armados de la ciudad, circunvalaron ésta y la atacaron. Trábose un combate en las calles, y de las mismas casas hacían fuego contra los patriotas, de los que murieron algunos. Durante la lucha que se prolongaba, y era desventajosa a las tropas de la Junta, que lidiaban con una población enemiga, se presentó el Presbítero Dn. Ramón Muñoz con bandera blanca a iniciar una capitulación, que consistía en entregar las armas y en la libertad en que se dejaba a los hombres desarmados de retirarse a Quito y Popayán. El Dr. Caicedo tuvo la debilidad de aceptar la capitulación, a pesar de la tenaz oposición que, en la Junta de oficiales que reunió para tratar del asunto, hicieron Dn. Eusebio Borrero, Dn. Angel María Varela y Dn. José Vivanco. Apenas se hizo la entrega de las armas, en virtud de la malhadada capitulación, el mismo día, 21 de Mayo, se puso guardia a los patriotas desarmados, y se remacharon grillos al Dr. Caicedo y a los oficiales, quienes, colocados en distintos calabozos, recibieron de los pastusos un trato bárbaro e inhumano, y no podía esperarse otra cosa de hombres que obedecían las órdenes del mulato asesino Juan José Caicedo, que desempeñaba el cargo de Comandante de Armas. Cara pagó, pues, su debilidad e inexperiencia el bondadoso y humanitario Presidente de la Junta de Popayán.

La expedición que salió de esta ciudad a órdenes de Cabal y Macaulay para perseguir a los facciosos patianos, después de permanecer algunos días en el pueblo del Tambo, continuó su marcha, y al llegar a la montaña de Meneses, cercana a Pasto, supo Cabal que el Dr. Caicedo había rendido las armas; y no encontrándose con fuerzas suficientes, se resolvió, en Junta de oficiales, retirarse a Popayán, donde Cabal fue elegido Presidente de la Junta, con motivo del descalabro sufrido por el Dr. Caicedo. El nuevo Presidente llamó a las tropas que tenía en la costa del Pacífico, y mediante muchos esfuerzos, consiguió formar un ejército de seiscientos hombres, y poniéndolo a las órdenes de Macaulay se emprendió una nueva campaña contra la rebelde Pasto. Este Jefe consiguió forzar el paso formidable del Juanambú, ocupó a Buessaco, a pesar de la tenaz resistencia de

los pastusos, y llegó con su expedición hasta el alto de Aranda y Ejido de Pasto.

Evitóse una guerra fratricida, porque el Dr. Mariano Urrutia, otros eclesiásticos y aun el mismo Dr. Caicedo fueron al campo de los patriotas, y se celebró, en 26 de Julio de 1812, una capitulación, en la que se estipuló la libertad de los prisioneros republicanos que se hallaban en Pasto para que se incorporaran a las tropas de la Junta, y el regreso de éstas a Popayán, dejando a Pasto libre para sujetarse al Gobierno que mejor le pareciese. Esta capitulación fue cumplida de parte de las autoridades de Pasto. En consecuencia, recobraron su libertad trecientos sesenta prisioneros, inclusive el Dr. Caicedo, Borrero, Varela y Vivanco. Los demás presos, en número de cuarenta, habían fallecido por los rigores que sufrieron en los calabozos en donde se les tenía encerrados. En cuanto a Macaulay, después de permanecer ocho días en el Ejido de Pasto, retiróse a Chacapamba, y violando lo pactado, regresó al mismo Ejido, desde donde intimó la rendición de la ciudad. El Jefe republicano procedió de esta manera desleal porque supo que había salido de Quito una expedición militar hacia la provincia de los Pastos, al mando del Coronel de Milicias Dn. Joaquín Sánchez; y quería obrar de acuerdo con ella para someter a la ciudad de Pasto. Los habitantes de ésta, lejos de alebronarse con la intimación de Macaulay, se aprestaron a la defensa; y conociendo aquel que era una empresa temeraria atacar a Pasto con poco más de trecientos cincuenta fusileros que tenía a sus órdenes, concibió el proyecto de pasar el Guátara, de una manera oculta, para unirse con la expedición de Quito.

Este bien meditado plan fue descubierto por los indios del Chapal y puesto en conocimiento de los Jefes de Pasto, cuando Macaulay emprendía la marcha por el camino que pasa por este pueblo, en la noche del 12 de Agosto de 1812. Los pastusos, en virtud del aviso dado por los indios, salieron al encuentro de las tropas de Macaulay, y a las cinco de la mañana del 13 de Agosto, se trabó un combate en Catambuco, donde los pastusos fueron batidos por el valor denodado de las tropas de Popayán. Entonces, aquellos enviaron al campo de los patriotas a los Jefes Juan María Villota y Estanislao Merchán, proponiendo un avenimiento, el que se adoptó por el Dr. Caicedo, contra el voto de Macaulay; y se convino verbalmente en una suspensión de hostilidades; en que las tropas de la Junta se retirarían a Popayán, cuyo tránsito quedaría libre para el comercio mutuo; y en que los habitantes del distrito Capitular de Pasto continuarían bajo el Gobierno que tenían, hasta que hubiera una autoridad superior que arreglase este asunto.

Celebrado el arreglo anterior, los pastusos fueron al campo de Macaulay y sus tropas y se mezclaron unos y otros, al tiempo que se estaba cargando los pertrechos. Una gran

parte de las fuerzas patriotas había desfilado ya, emprendiendo la retirada convenida, cuando una gran muchedumbre de pastusos, principalmente de indios, pretendió entrar en el campo republicano, y atropellando la guardia que lo custodiaba, quiso apoderarse de una carga de municiones. Para contener este abuso, la guardia, previa orden, hizo fuego contra los pastusos; y éstos, inmediatamente, atacaron e hicieron prisioneros a los pocos soldados que habían quedado en el campo. Persiguieron, en seguida, a los demás soldados que se hallaban ya en marcha, y como iban descuidados, aunque hicieron una resistencia vigorosa, fueron muertos como doscientos patriotas y quedaron prisioneros más de cuatrocientos, inclusive el Dr. Joaquín Caicedo y diez y ocho oficiales.

Este desgraciado patriota que fue Presidente de la Junta de Popayán, murió fusilado de orden del presidente de Quito, Dn. Toribio Montes, después que aniquiló la causa de la Independencia en lo que hoy es República del Ecuador. El fusilamiento de Caicedo se verificó en 26 de Enero de 1813, no obstante la intervención para con Montes de Dña. Ana Polonia García, mujer del Coronel Miguel Tacón, matrona respetable y humanitaria que prestó importantes servicios a los patriotas prisioneros. También murió en un cadalso el valiente Norte Americano Alejandro Macaulay.

Entre tanto que se verificaban los acontecimientos que hemos relatado, la expedición de Quito, al mando del Coronel Joaquín Sánchez, compuesta en su mayor parte de bisoña callería, había sentado sus reales en Cumbal, por no poder obrar con ventaja en las escarpadas pendientes del Guáitara, mientras no llegase una fuerza auxiliadora de cien fusileros que Sánchez había pedido a Barbacoas, la que no llegó nunca a venir. Hallándose en esta situación el ejército quiteño, los pastusos y patianos enviaron dos destacamentos contra él: el uno regido por Francisco Delgado avanzó audaz y temerariamente hasta la parroquia del Angel, correspondiente al distrito municipal de Ibarra, lugar desde donde tuvo que retroceder por temor a las fuerzas de Quito; el otro destacamento, compuesto de quinientos hombres, a las órdenes de los Jefes patianos Joaquín de Paz y Casimiro Casanova, se apoderó de Pupiales. En este Pueblo por indicación del Ayudante General de las fuerzas de Quito, Dr. Dn. Agustín Salazar, y bajo las órdenes de tan ilustrado patriota, un destacamento compuesto de setenta soldados quiteños y veinte de Cali, atacó, durante la noche, el campamento enemigo. Los resultados de esta sorpresa fueron, la muerte de bastantes realistas, como también la aprehensión de doscientos fusiles. Desgraciadamente, después de ese feliz acontecimiento, la expedición de Quito tuvo que regresar a esta ciudad, porque fue llamada por su Gobierno, a causa de que las tropas realistas, al mando del Brigadier Dn. Toribio Montes, habían forzado la línea de Mocha y avanzaban a la Capital.

La noticia del espantoso desastre de Catambuco obligó a la Junta de Popayán a trasladarse a Quilichao, en el valle del Cauca, donde se le dió a Mazuera el Título de Dictador y a Dn. José María Cabal el mando militar. Los patianos, aprovechando de esta coyuntura, ocuparon a Popayán; pero, poco después, el Teniente Coronel José Ignacio Rodríguez, con trescientos hombres, dispersó a los patianos, y quedó restablecido el gobierno republicano en 9 de Octubre de 1812.

Mientras los patriotas quiteños y popayaneses combatían con los realistas patianos y pastusos, con deplorable resultado, las otras provincias de Nueva Granada se hallaban empeñadas en estériles y censurables contiendas acerca de la forma de gobierno que debían adoptar. Desde el principio de la revolución, los granadinos se dividieron en *federales o congresistas y centralistas o nariñistas*. Estos, con sobrada razón, querían la forma unitaria para dar vigor y fuerza al nuevo orden de cosas; aquellos, deslumbrados por la prosperidad de los Estados Unidos del Norte, querían implantar el sistema federal adoptado por aquella República. Dn. Antonio Nariño, Jefe de los primeros, había sido elevado a Presidente del Estado de Cundinamarca, (19 de Septiembre de 1811) en reemplazo de Dn. Jorge Tadeo Lozano, hombre ilustrado, pero de carácter débil e inconstante. La separación de éste de la Presidencia obedeció a la guerra cruda que le hizo Nariño, por medio de "*La Bagatela*", periódico redactado por él, con estilo ligero, jocoso y elegante, y en el que se atacaba el sistema federal, la soberanía de las provincias y a los diputados electos para el Congreso. El periódico en referencia desprestigió a Lozano, dió gran popularidad a Nariño, y formó un gran partido a favor de su redactor que fue elevado a la presidencia, mediante un motín de sus partidarios; aunque, después, valiéndose de la Representación Nacional, dió a su gobierno el carácter de legitimidad que le faltaba.

Instalóse a poco el Congreso Nacional con los diputados de las provincias que se hallaban en Santafé, y la mayoría se decidió por el sistema federativo. El Diputado por Pamplona, Dr. Dn. Camilo Torres, se encargó de redactar el proyecto, tomando por base los principios del acta de confederación que los Estados Unidos de Norte América celebraron en 1776. Redactada con elegancia y precisión el acta federativa, por la cual se establecía una confederación con el título de "*Provincias Unidas de la Nueva Granada*", fue suscrita en 27 de Noviembre de 1811 por los diputados de cinco provincias, que fueron los de Antioquia, Cartagena, Neiva, Pamplona y Tunja; pero se negaron a suscribirla el representante de Cundinamarca, Dr. Bernardo Manuel Alvarez, diciendo que no tenía órdenes del Presidente Nariño para acceder a semejante forma de gobierno, y el Diputado del Chocó, Dr. Ignacio Herrera, quién ale-

gó que el sistema adoptado era inmaturo y que no le parecía conveniente a la Nueva Granada.

En virtud de la tenaz y razonable oposición del Presidente de Cundinamarca, a la implantación del sistema federal, el Congreso general nada pudo hacer para organizar el Gobierno de la federación. Disgustados, pues, los representantes de las provincias arriba mencionadas, se trasladaron a Ibagué en la provincia de Mariquita, donde no hicieron cosa de provecho. Nariño se oponía, también, con la tenacidad propia de su carácter, que se había templado y fortalecido con diez y siete años de prisiones y sufrimientos, a que el Estado de Cundinamarca formase parte de la Confederación; pues quería un gobierno central y único en Santafé. Para conseguir su objeto y debilitar a las demás provincias, consiguió que los cantones de Vélez y Sangil de la provincia del Socorro, el de Leiva de la de Tunja y las villas de Garzón y Purificación de la Provincia de Neiva, se uniesen a la de Cundinamarca. Como las autoridades del Socorro pretendieron someter por la fuerza a los cantones de Vélez y Sangil, Nariño envió en auxilio de éstos al Coronel Dn. Joaquín Ricaurte con trescientos fusileros, y según las instrucciones que había recibido, se apoderó de la villa del Socorro, por capitulación, y unió ésta y toda la provincia de aquel nombre a Cundinamarca. Igual orden había recibido Ricaurte respecto de los cantones de Girón y de Pamplona, pero no queriendo ser instrumento de aquellos planes desorganizadores, acusó a Nariño ante el Senado. Esta corporación le absolvió, y Ricaurte fue destituido de su cargo militar.

El Brigadier Baraya, bajo el pretexto de defender los valles de Cúcuta de una invasión realista que debía venir de Maracaibo, fue enviado por Nariño a Tunja con el objeto de conseguir su unión a Cundinamarca. El Gobernador de Tunja, Dn. Juan Nepomuceno Niño, su Teniente asesor, Dr. Custodio García Robira, y la mayor parte de los habitantes de esa ciudad se opusieron tenazmente a las pretensiones del Comisionado Baraya. En vista de ello, y no teniendo ningún pretexto plausible para romper las hostilidades, Baraya se retiró a Sogamoso, y por ardidés logró que este cantón se incorporase a Cundinamarca.

Con estos motivos se suscitaron graves reyertas entre los diputados que residían en Ibagué y el Presidente Nariño, pretendiendo aquellos la incorporación de Cundinamarca a la Confederación y la instalación solemne del Congreso Nacional, y Nariño oponiéndose a ello; y aunque se celebró un acuerdo para evitar la guerra civil entre los comisionados de la diputación de las provincias y Nariño, aquella no admitió el artículo en que se reconocía a la Provincia de Cundinamarca con todas las agregaciones que tenía hasta la fecha del convenio (18 de Mayo de 1812). Entre tanto, Baraya, todos sus oficiales y tropa se pusieron a las órdenes del

Gobierno de Tunja. Sabedor Nariño de esta absoluta defeción convocó la Representación de Cundinamarca, la que le invistió de facultades dictatoriales; reunió un ejército de ochocientos hombres, y ocupó a Tunja, sin oposición alguna.

Mientras tanto, Baraya se había trasladado a la provincia del Socorro, la que volvió a proclamar su independencia, separándose de Cundinamarca, y el Brigadier Pey, que sostenía a Nariño en esa provincia, fue derrotado en Paloblanco, después de una pepueña resistencia, por el Coronel Ricaurte, segundo de Baraya (19 de Julio de 1812). Al saber Nariño, que permanecía inútilmente en Tunja, el desastre de sus armas en el Socorro, celebró un tratado con el Gobernador Dn. Juan Nepomuceno Niño, sobre que se instalara inmediatamente el Congreso, y que las armas de Tunja y Cundinamarca se pondrían a disposición de aquel Cuerpo para la defensa contra el enemigo común. Así terminó, de una manera desfavorable a las pretensiones de Nariño, pero, ventajosamente, con pocas víctimas, la primera guerra civil de la Nueva Granada. Esta guerra procuró ocasión propicia para que el Coronel Ramón Correa, con tropas realistas de Maracaibo, derrotase completamente, en las alturas de San Antonio, a los patriotas emigrados de Venezuela y a las tropas colecticias de Pamplona, que había conseguido reunir su Gobernador Dn. José Gabriel Peña, quien recabó auxilios de los Gobiernos de Cundinamarca y Tunja, sin obtenerlos, porque se hallaban enredados en las cuestiones que acabamos de apuntar. Cuantos males causaron a la Independencia de la Nueva Granada, esta y las otras guerras civiles en las que se derramó sangre de patriotas y hermanos a un mismo tiempo! El Coronel Correa, después del triunfo de San Antonio (13 de Junio de 1812), se apoderó inmediatamente de Cúcuta y sus llanuras.

Veamos, ahora, lo que acontecía en las provincias marítimas de Santa Marta y Cartagena. En ésta, mediante una revolución cuyo Jefe principal era Gabriel Piñérez, apoyado por sus hermanos Celedonio y el Dr. Germán Gutiérrez de Piñérez que tenían gran influjo en el pueblo, se proclamó la independencia absoluta del Gobierno español; se abolió el Tribunal de la Inquisición, y se dió pasaportes a los Inquisidores para que saliesen del país. Cartagena quedó, pues, constituida en Estado soberano e independiente; y fue la primera de las provincias granadinas que procedió así, en virtud de un acto solemne, en 11 de Noviembre de 1811. Desventajosamente para la causa de la Independencia, suscitáronse en Cartagena las consabidas rencillas domésticas entre el partido de García Toledo, llamado el aristócrata, y el de Gabriel Piñérez, compuesto de la hez del pueblo, negros y mulatos del barrio de Getsemaní, por una parte, y por otra, existían rivalidades entre Cundinamarca y Cartagena y entre ésta y la Provincia de Santa Marta, que había vuelto al régimen español.

La ciudad de este nombre se había convertido en asilo de todos los realistas venidos de las otras provincias granadinas. Con el auxilio de los emigrados, que habían traído consigo sus caudales, y contando con el decidido apoyo de la mayor parte de sus habitantes, que eran realistas, el Gobernador de Santa Marta, Coronel Tomás Acosta, fortificó varios puntos sobre la orilla derecha del río Magdalena; destruyó de esta manera este canal importante para el comercio de las provincias del interior; y se apoderó de una suma considerable de dinero que los negociantes de Santafé enviaban a Cartagena, por medio de Dn. Enrique Somoyar.

Se envalentonaron más los realistas de Santa Marta, con la llegada a Portobelo, en 19 de Febrero de 1912, de Dn. Benito Pérez, nombrado por la Regencia de Cádiz, Virrey de la Nueva Granada. Este funcionario se estableció en Panamá, y consiguió que de la Habana se enviasen a Santa Marta tres buques armados en guerra y el batallón de Albuera que vino de la Península. Con estos auxilios llegó a reunir el Gobernador Acosta mil quinientos hombres, y continuó fortificando y guarneciendo algunos lugares de la margen derecha del río Magdalena, como Tenerife, pasaje en que, poco antes, habían sido batidas las fuerzas cartageneras, Puerto Real de Ocaña, Banco, &c.

Por lo expuesto, se verá que la situación de la República de Cartagena no podía ser más angustiosa. En efecto carecía, absolutamente, de recursos pecuniarios, por la falta de entrada de los derechos de Aduana, y por qué siempre, aun en circunstancias normales, no contaba la provincia de Cartagena con las rentas necesarias para atender a los gastos de la administración pública. Tan aflictiva era su situación económica, que el Gobierno había apelado al desastroso medio de emitir papel moneda sin respaldo efectivo, y de poner en circulación diez mil pesos en monedas de cobre, llamadas *chinos*. A estas circunstancias de suyo deplorables, hay que agregar otras más graves, tales como: la falta de auxilios de parte de las otras provincias granadinas; la contrarrevolución que se verificó, proclamando a Fernando VII, primero en las parroquias de Cincelejo, Chinú y Sampedra, y en seguida en todas las poblaciones de las Sabanas de Corozal pertenecientes a la nueva República; y las entregas del fuerte de Zispotá en las bocas del río Sinú, junto con una lancha cañonera, hechas vilmente a las fuerzas realistas por el Comandante Juan Rosado y el Teniente de Artillería Manuel Esquiaquí, respectivamente. A estos sucesos aplastantes, se unía el de que fuerzas realistas pasaron el río Magdalena, y pusieron a Cartagena en una especie de bloqueo, pues impidieron que fuesen víveres de Sinú, que es el principal granero de aquella plaza.

Eran tan críticas las circunstancias de Cartagena, que su Presidente, Dr. Manuel Rodríguez Torices, joven de veinticuatro años, reunió una asamblea de todos los poderes, y

se acordó por unanimidad enviar una comisión, compuesta de los Dres. José María del Real y Germán Piñérez, ante el Capitán General Dn. Benito Pérez, con el fin de ajustar un armisticio. Fueron aquellos bien recibidos por éste en Panamá, mediante la intervención del Vicealmirante de la estación de Jamaica, Sir Charles Sterling, que se hallaba empeñado en que se celebrase una transacción amigable entre Cartagena y el Virrey. Pero habiéndose descubierto que el objeto de los comisionados era sólo ganar tiempo, obtener la suspensión de hostilidades y observar todo lo que pasaba en el Itsmo, Dn. Benito Pérez mandó poner presos e incomunicados a los Dres. Real y Piñérez, y ordenó que se les siguiese causa criminal como reos de Estado. Gracias a la reclamación enérgica de Sir Sterling, obtuvieron aquellos su libertad y regresaron a Cartagena, sin que su misión hubiese tenido resultado alguno favorable.

Ventajosamente, Dios en sus inscrutables designios, hizo que la muerte de la República Venezolana, después de la capitulación de Miranda, sirviera para salvar la nueva República de Cartagena; lo que se verificó con la llegada a ésta del Coronel Simón Bolívar, del Coronel español, que seguía el partido de los independentes, Manuel Cortés Campomanes, de Miguel y Fernando Carabaño y de algunos otros oficiales que habían emigrado del territorio venezolano. Con el arribo de tan valerosos militares se reanimó el espíritu público y cobró nuevo aliento el Gobierno que aceptó gustoso los servicios de aquellos, encargando a Campomanes la pacificación de las Sabanas, a los Carabaños la recuperación del Fuerte de Zispatá o Zapote, y Bolívar fue destinado a abrir operaciones en el Magdalena.

Vuelve a aparecer en la inmensa escena del grandioso drama de la guerra de la Independencia el prohombre de ella, el gran Bolívar, de quien con sobrada razón dijo el inmortal Olmedo:

... "mas de improviso
la espada de Bolívar aparece,
y a todos los guerreros
como el sol a los astros oscurece."

En efecto, Bolívar en la campaña del Magdalena y en la famosa que terminó con su entrada triunfal en Caracas, desplegó las dotes que le eran características de valor, audacia, energía, suma actividad que hicieron que descollase sobre todos sus compañeros de armas, y que recibiese el merecido e incomparable título de Libertador. Antes de ocuparnos de esas campañas, echemos una ojeada rápida a las otras provincias de la Nueva Granada.

El Congreso de la Unión de las Provincias Granadinas se reunió en la villa de Leiva, y después se trasladó a la ciudad de Tunja, y en ambos lugares tuvo disputas y reyertas acres con el Presidente de Cundinamarca, Dn. An-

tonio Nariño, a quien le calificaba de tirano y traidor, porque no quería que Cundinamarca ingresara a la Federación, y porque se aseguraba que Nariño favorecía a los españoles, porque tenía al frente de las tropas cundinamarquesas al Brigadier español Dn. José Ramón Leiva. Estas imputaciones no las merecía, desde luego, uno de los Precursores de la Independencia, así es que herido en lo más vivo, y firme en su acertada opinión de que el Gobierno conveniente al país de su nacimiento, era el central y único, cometió Nariño el desacierto censurable de atacar, el primero, dirigiéndose a la provincia de Tunja, a las tropas de la Unión que se hallaban a órdenes de Baraya y el Brigadier Ricaurte, después de dirigir una intimación al Presidente de la Unión, que lo era el notable patricio y hombre de letras Dn. Camilo Torres.

La fortuna le fue adversa al Presidente Nariño, pues sus tropas fueron derrotadas, en 2 de Diciembre de 1812, por las de la Unión, al mando del Brigadier Ricaurte, en el punto llamado "Alto de la Virgen", cercano a la aldea de Ventanquemada. Después de este combate, Nariño se adelantó a Santafé para conservar el orden, y el Brigadier Leiva, reuniendo a los dispersos, se dirigió también a esa Capital, sin ser perseguido por el Jefe victorioso.

Nariño, después de este indecoroso desastre, concentró todas sus fuerzas en Santafé, donde, atacado por las tropas de la Unión, y a pesar de que la posición de Monserrate fue ocupada por el Teniente Coronel Atanasio Girardot, triunfó completamente Nariño, en la plazuela de San Victorino, donde penetró Baraya con los suyos por la calle "Honda" (9 de Enero de 1813). (1) Con este combate, quedó terminada la segunda guerra civil de la Nueva Granada, con más derramamiento de sangre que la primera, y con más funestas consecuencias para la causa de la Emancipación, pues la lucha fratricida se verificó en circunstancias en que la Nueva Granada se hallaba amenazada por el Norte y Oriente por las tropas venezolanas del victorioso Monteverde, y por el Sur por las triunfantes fuerzas de Montes, al mando de Sámano, que pronto se unirían a los realistas pastusos y patianos.

Dijimos que la llegada de Bolívar y sus compañeros salvó a la República de Cartagena, y así fue en efecto; pues el Coronel Campomanes con seiscientos hombres penetró en los pueblos contrarrevolucionados de las Sabanas; y logró apaciguarlos, después de derrotar al Jefe realista Rebastillo en Mancomoján, primero, y en seguida en el paraje denominado de "La Oveja" (12 y 14 de Noviembre de 1812). Lo sensible fue, y excitó clamores repetidos y justificadas quejas, que Cortés Campomanes hizo fusilar a varios de los que aprehendió, y entre ellos al Capitán Dn. Diego de Castro, de las principales familias de Cartagena; porque no había principiado todavía la guerra a muerte, que después se

[1] Véase la Narración Histórica intitulada «Como las dan las toman.»

implantó de parte de los republicanos en fuerza de la necesidad y de la ferocidad de los Jefes realistas; aunque, en nuestro humilde concepto, los independientes no debieron nunca ejercer los mal llamados derechos de talión y represalias.

Igual resultado favorable obtuvo el Mayor General Miguel Carabaño en la expedición que condujo a las bocas del río Sinú. Con ciento cincuenta hombres y algunos buques asaltó por mar y tierra el fuerte de Zispatá, y se apoderó de él en 26 de Noviembre del año mencionado. Lo censurable fue que Carabaño y otros oficiales venezolanos, que hicieron prodigios de valor, manchasen los lauros del triunfo con la sangre de los vencidos, pues no dieron cuartel a ninguno de los prisioneros.

Con las ventajas obtenidas, el Gobierno de Cartagena tomó la ofensiva contra los enemigos, y la confió al aventurero francés Pedro Labatut, quien con doscientos milicianos y algunos buques menores recorrió el Bajo Magdalena obteniendo una serie de triunfos, durante el mes de Noviembre de 1812; pues llegó a apoderarse de las posiciones fortificadas de Sitionuevo, de Sitioviejo, del Palmar, de Guáimaro y del cerro de San Antonio. Aprovechándose de estos triunfos y del terror de que se hallaban poseídas las tropas realistas, Labatut penetró con las fuerzas sutiles en la Ciénaga, y se apoderó del pueblo de San Juan de Sabanas.

De este punto, invitado por los patriotas de Santa Marta, marchó a esta ciudad y la ocupó, [6 de Enero de 1813) encontrándola desierta, porque el Gobernador español Coronel Dn. José Castillo, las demás autoridades y muchas familias realistas habían abandonado la ciudad y embarcádose para Portobelo. Para colmo de la ventura de los patriotas, éstos se apoderaron de la corbeta española "La Indagadora", que había entrado en el puerto, creyendo que todavía dominaba el Gobierno de la Regencia, viendo flotar el pabellón español, que no había sido reemplazado por el de Cartagena. Dicha corbeta conducía vestuarios y otros artículos militares destinados para auxiliar la plaza. Igual suerte tuvieron algunos buques mercantes.

Mientras Labatut operaba sobre Santa Marta y le sonreía la fortuna, al Coronel Simón Bolívar le había confiado el Gobierno de Cartagena el mando del importante punto de Barranca bajo las órdenes de aquel aventurero, y lo calificamos así, porque Labatut no tuvo otra mira que la de enriquecerse por medio de la rapiña, al ofrecer sus servicios a la República de Cartagena. Bolívar que ansiaba contribuir a la libertad de la Nueva Granada para, en seguida, volar a romper las pesadas cadenas que oprimían a Venezuela, no pudo contra su fogoso y activo temperamento, permanecer inactivo en Barranca; de manera que, con una pequeña expedición, en 22 de Diciembre de 1812, se apoderó de la villa de Tenerife, que obstruía la navegación del Alto-Magdalena. Acto continuo ocupó a Mompox, donde fue reconocido como Comandante de

Armas de ese distrito. En seguida triunfó sobre los realistas en Chiriguaná, se apoderó de Tamalameque, y entró triunfante y ovacionado en la ciudad de Ocaña. Con esto se restableció la navegación del Río Magdalena; y Cartagena concluyó felizmente su campaña contra Santamarta. Bolívar con la que emprendió en el Alto-Magdalena, empezó ya a figurar, en primera línea, en la guerra de la Independencia. Tan cierto es esto, que el Coronel de la Unión Manuel Castillo, que después llegó a ser rival y enemigo declarado de Bolívar, pidió auxilio a éste para que socorriese a la provincia de Pamplona amagada por las fuerzas realistas que, a órdenes del Coronel Dn. Ramón Correa, se habían enseñoreado de los valles de Cúcuta, según lo dejamos referido; y desde allí trataban de internarse en la nueva Granada. Bolívar, con la actividad y patriotismo que le eran característicos, recorrió desde Ocaña hasta Mompox para reunir cuantos fusiles y municiones le fuera posible; y habiendo obtenido permiso del Gobierno de Cartagena, de quien dependía, regresó a Ocaña, desde donde emprendió el incansable Bolívar una de las campañas más gloriosas de su vida, que terminó con su entrada triunfal en Caracas, y de la que nos vamos a ocupar en el capítulo que sigue.

CAPITULO IV.

DE 1813 A 1815.

La expedición de Chacachacare.—Tres combates en Maturín ganados por Piar y Azcúe.—Triunfo de Bolívar en San José de Cúcuta.—Campaña de Bolívar para libertar a Venezuela.—Ocupación de la Grita y Bailadores, Mérida y Trujillo.—Triunfos de los patriotas en Agua-obispos, Niquitao, Horcones y Taguanes.—Entrada triunfal de Bolívar en Caracas.—Monteverde se encierra en Puerto Cabello.—Ocupación de Cumaná por las fuerzas de Mariño.—Ocupación de Barcelona por los patriotas.—Aparecen en la escena los famosos Jefes realistas Boves y Morales.—Bolívar ataca a Puerto Cabello.—Triunfo de García de Sena en Cerritos-blancos.—Batalla de Bárbula.—Muerte de Atanasio Girardot.—Victoria de D' Eluyar en las Trincheras.—Sale Yáñez y se apodera de Barinas.—Boves derrota a Padrón.—Batalla de Mosquitero, en la que Campo Elías derrota a Boves.—Bolívar recibe el glorioso título de Libertador.—Triunfo de Cevallos en Yaritagua.—Batalla de Barquisimeto.—Combate de Viji-rima.—Triunfo espléndido de Bolívar en Araure.—Boves derrota al Teniente Coronel Aldao en Río-Guárico.—Santander es derrotado en el llano de Carrillo por Lizón.—Destitución de Monteverde.—Nutrias y Barinas son ocupados por Puy y Remigio Ramos.—Combate de Ospino y muerte de Yáñez.—Derrota de Campo Elías en la Puerta.—Rosete in-

vade los valles de Tuy.—Combate de la Victoria, ganado por Ribas.—El mismo derrota a Rosete, en Charallave.—Legendarios combates en San Mateo.—Sacrificio heroico del Capitán Antonio Ricaurte.—Arizmendi es derrotado en Ocumare por Rosete.—Este, a su vez, lo es, en el mismo lugar, por Ribas.—Se unen los ejércitos oriental y occidental de Venezuela.—Triunfo de Bermúdez sobre Rosete, en los Pilonos.—Combate de Bocachica.—Heroica resistencia de Urdaneta en Barquisimeto.—Sitio de San Carlos.—Sitio de Valencia.—Batalla del Arao.—Batalla en la llanura de Carabobo.—Triunfa en ella Bolívar.—Boves derrota a éste y Mariño, en el aciago campo de la Puerta.—Desocupación de Caracas.—Bolívar se retira a Barcelona.—Batalla de Aragua de Barcelona.—Bolívar y Mariño salen para Cartagena.—Batalla de Maturín ganada por Bermúdez.—Piar triunfa en la quebrada de los Frailes, y poco después es derrotado por Boves en el Salado.—El mismo Boves derrota a Bermúdez en los Magueyes.—Batalla de Urica.—Muerte de Boves en el combate.—Destrucción completa del ejército patriota.—Morales se apodera de Maturín y queda dueño del Oriente Venezolano.—Mirada retrospectiva a la Nueva Granada.—Campaña de Nariño en las provincias de Popayán y Pasto.—Cae prisionero en el Ejido de esta última ciudad.—Disensiones civiles en la Nueva Gránadá.—Bolívar entra en Santafé, mediante capitulación.

Las atrocidades sin cuento cometidas por Dn. Domingo Monteverde y sus Tenientes contra los patriotas venezolanos para sostener el Gobierno de la desgobernada Metrópoli, obligaron a aquellos a refugiarse en los bosques y en algunos puntos de la costa; y no pudiendo ya soportar los vejámenes y persecuciones a sangre y fuego de parte de las autoridades españolas, vino, como era lógico y natural, la reacción del partido vencido. He aquí como. Un pequeño grupo de patriotas se había refugiado en el islote de Chacachacare, árido peñascal perteneciente al Gobierno de la isla Trinidad, y fronterizo a la punta oriental de la península de Paria, que forma parte de la Provincia de Cumaná. Este selecto núcleo de proscritos componíase de cuarenta y cinco jóvenes valientes y audaces, entre los cuales descollaban: como Jefe, Santiago Mariño, natural de la Isla de Margarita, mancebo rico, gallardo y ambicioso, José Francisco y Bernardo Bermúdez, el denodado, y después rebelde, Manuel Piar, nacido en la isla de Curazao, Manuel Valdez, Agustín Armario, José Francisco Ascúe y otros que figuraron en primera línea en la cruenta lucha en que iban a tomar parte; y la principiaron desembarcando en Güiría, con seis fusiles, y apoderándose, mediante este golpe de audacia, de aquella plaza, donde había un destacamento realista de trescientos hombres a las órdenes del Oficial de marina, Dn. Juan Gabazo.

Con tan espléndido comienzo, no quiso Mariño dar respiro al enemigo; pues, inmediatamente, mandó a José Francisco Bermúdez, con setenta y cinco hombres, a ocupar el puerto de Irapa, donde ese intrépido militar derrotó a cuatrocientos hombres mandados por el cruel Cerveris (15 de Enero de 1813). Bernardo Bermúdez se apoderó de Maturín sita a orillas del río Guarapiche, ciudad estratégica por su posición, pues se encuentra intermedia entre el caudaloso Orinoco y la península de Paria.—La toma de Maturín era, también, importante a los patriotas, porque en ella había depositado el parque el Coronel Villapol, cuando se retiró de la Guayana, en tiempo de la primera República Venezolana.

Los patriotas, con estos hechos favorables, se robustecían cada día más; y Antoñanzas, Gobernador de Cumaná, juzgándoles insensatos, pensaba aniquilarlos como se aplasta una hormiga, sin caer en la cuenta de que la hormiga se había convertido en un león, en cuyas poderosas mandíbulas quedarían triturados aquel bárbaro español y todos sus feroces compañeros, como sucedió al andar de poco tiempo. Sabedor Monteverde de que Nariño había desembarcado, mandó en auxilio de Cumaná trescientos hombres a las órdenes de un viscaíno, llamado Antonio Zuázola, de aquel desorejador y despellejador de patriotas e inventor de tormentos horribos con que martirizaba a los mismos. Ese hombre sanguinario fue feliz, al principio de su cometido, pues batió y derrotó a las tropas independientes en el sitio de los Magueyes y en la villa de Aragua de Cumaná. Pronto tomaron la revancha los patriotas, quienes, después de los desastres sufridos, se habían refugiado en Maturín; y en esta ciudad heroica, donde tantas veces se combatió y con ventaja en pro de la Independencia, fueron derrotados, vergonzosamente, en 20 de Marzo de 1813, mil quinientos realistas al mando de Dn. Lorenzo de La Hoz y Zuázola, por quinientos bravos republicanos a las órdenes de los intrépidos Piar y Ascúe. Los mismos volvieron a derrotar a La Hoz y al Teniente Coronel Remigio Bobadilla que, con mil seiscientos soldados, acometieron, nuevamente, el 11 de Abril de dicho año, a la invicta Maturín. Y decimos, con sobrada razón, invencible porque el 25 de Mayo, el Capitán General de Venezuela, Dn. Domingo Monteverde, con dos mil soldados que llevó en persona de la Guaira y Caracas, sufrió la más completa derrota que puede imaginarse, de parte de los maturinenses comandados por los referidos Jefes Piar y Ascúe. Tan espantosa fue la rota del desleal canario, que debió la vida a su pronta fuga y al auxilio de un práctico que le sirvió de guía; pero dejó en poder de los patriotas cinco cañones, muchos fusiles, seis mil pesos en plata y su equipaje; y cerca de quinientos cadáveres quedaron tendidos en el campo de batalla. El atortolado Monteverde llegó a Caracas, y de allí voló a Valencia, porque por el Occidente de Venezue-

la amenazaba destruir la causa realista una formidable tempestad, cuyos rayos los manejaba Dn. Simón Bolívar.

Este ínclito caudillo, según lo referimos, después de la feliz campaña del Alto-Magdalena, que terminó con su entrada triunfal en Ocaña, emprendió una nueva, a ruego y en auxilio del Coronel Manuel Castillo, Jefe militar de Pamplona y previa autorización del Gobierno de Cartagena. Con cuatrocientos hombres de Mompox y algunos valientes compatriotas suyos, Bolívar se puso en marcha por el fragoso camino de la Andina cordillera, y llegó con felicidad a la antigua ciudad de Salazar de las Palmas. Después de vencer las fuertes posiciones de la Aguada y de las Arboledas y la altura de Zagal, llegó el Jefe expedicionario al pueblo de San Cayetano. De este lugar se puso en marcha, y atravesando en una sola canoa el caudaloso río Zulia, ocupó Bolívar las alturas occidentales de la villa de San José de Cúcuta, donde se encontraba el Coronel español Dn. Ramón Correa con ochocientos hombres. El 28 de Febrero de 1813, trabóse un combate entre éstos y las fuerzas de Bolívar, cuyo resultado fue la completa derrota de las tropas realistas, las que no pudieron resistir una carga a la bayoneta de las fuerzas independientes. Corolarios de esta espléndida victoria de Bolívar fueron: personalmente para éste el ascenso a Brigadier, el título de ciudadano granadino y el mando en Jefe de la división de Cúcuta, concedidos por el Congreso de la Unión; y para la causa de la Independencia: la libertad de los valles de Cúcuta, el afianzamiento de la República Granadina, la posibilidad de libertar a la cautiva Venezuela, ideal supremo de Bolívar, y un botín de guerra que consistía en artillería, pertrechos, fusiles y mercaderías por valor de quinientos mil pesos, que los comerciantes de Maracaibo habían remitido a Cúcuta, creyendo indudable la conquista de la Nueva Granada por las fuerzas realistas del Coronel Correa, quien, después de su derrota, se retiró a la Grita, por el camino de San Antonio de Táchira.

En aptitud se hallaba, pues, Bolívar de realizar su más ferviente deseo que era el de romper las cadenas que oprimían a su desgraciada Patria. Después de vencer mil dificultades provenientes, principalmente, de la rivalidad inmotivada del Coronel Castillo para con Bolívar, consiguió éste, aunque bajo duras condiciones, permiso del Congreso de la Unión Granadina, para emprender la campaña de Venezuela. La emprendió, en efecto, después que el Coronel Castillo, de orden de Bolívar, se apoderó de la angostura de la Grita, donde se había atrincherado el Coronel Correa, el 31 de Abril de 1813. Después de nuevas desavenencias entre Bolívar y Castillo, éste renunció el mando, y aquel, libre ya, nombró para Jefe de la división que se hallaba en Grita y Bailadores, al Oficial Venezolano Rafael Urdaneta, en reemplazo del Sargento Mayor Francisco de Paula Santander, quien no formó parte de la expedición, como támpo-

co la formó el Brigadier Joaquín Ricaurte, que había sido nombrado por el Congreso Granadino segundo Jefe del ejército expedicionario.

Este pequeño ejército que iba a coronarse de gloria, junto con su Jefe el inmortal Bolívar, se componía de quinientos hombres de Mompox, de cien soldados que Nariño había puesto a disposición del Coronel venezolano José Félix Ribas, y de los cuadros de los batallones 3º, 4º y 5º de la Unión que el Congreso había concedido. Pero la escasez de tropas se hallaba compensada con un brillante grupo de oficiales, tales como: los venezolanos, José Félix Ribas y Rafael Urdaneta, y los granadinos Atanasio Girardot, Luciano D'Eluyar, Antonio Ricaurte, Francisco de Paula Vélez, José María Ortega, Hermógenes Maza, Manuel y Antonio París.

El 15 de Mayo de 1813, salió, por fin, Bolívar de la villa de San Cristóbal, y ocupó, sin oposición del Jefe español Correa, que se había retirado a la altura de Pone-mesa, a la patriótica ciudad de Mérida, donde aumentó sus fuerzas con una compañía de milicias de infantería mandada por el Capitán español Dn. Vicente Campo-Eílas, que tantos servicios prestó después a la causa revolucionaria, y con otros muchos meridenses que se alistaron voluntariamente en las filas del Jefe expedicionario. En seguida marchó éste sobre Trujillo, comisionando al mismo tiempo a D'Eluyar para que desalojase al enemigo de las posiciones de Pone-mesa; pero el Jefe español Correa, sin aguardar el ataque, desamparó dichas posiciones, y embarcándose en Moporo se fue a Maracaibo. Desamparada, en consecuencia, la ciudad de Trujillo, hizo su entrada en ella, sin oposición, el ejército patriota; y poco después una fuerza realista de cuatrocientos hombres, al mando del marino español Cañas, que se encontraba en la villa de Carache, fue completamente batida y destrozada por el valiente Girardot, en el sitio llamado de Agua-obispos. «En menos de un mes, dice Baralt, conquistó, pues, Bolívar dos provincias venezolanas; y desde su entrada en el territorio granadino [Octubre de 1812], hasta el tiempo en que vamos [Junio de 1813], había derrotado varias veces a los enemigos por sí o por sus Tenientes, con fuerzas inferiores, y libertado el extenso país que media entre Tenerife y Trujillo.»

En esta ciudad publicó Bolívar, con fecha 15 de Junio de 1813, el famoso decreto, estableciendo la *guerra a muerte* contra los españoles; en el que se encuentran estas conmovedoras y enérgicas frases. "Españoles y canarios, contad con la muerte aún siendo indiferentes, si no obráis activamente en obsequio de la libertad de la América. Americanos, contad con la vida aun cuando seáis culpables." Bolívar dictó el mencionado decreto, en virtud del derecho de talión y represalias, en vista de los asesinatos, actos de crueldad, latrocinios y abusos de toda clase que cometían contra las

personas de los patriotas venezolanos las autoridades y jefes españoles, esto es, Monteverde, Cerveris, Antofianzas, Zuázola.

Irritóle, sobre todo, a Bolívar, el que junto con el Coronel Venezolano Antonio Nicolás Briceño (1) y siete compañeros suyos, que tomados prisioneros por el Jefe español Dn. José Yáñez, fueron pasados por las armas, lo fueran también varias personas inocentes, de orden del Comandante español de Barinas Dn. Antonio Tízar.

Es indudable que el decreto de Trujillo, de que nos estamos ocupando, es contrario a las leyes de la humanidad y a los principios de Derecho Internacional, que prohíben dar muerte a los prisioneros tomados en el campo de batalla, tanto en las guerras internacionales como en las civiles; de manera que la conducta de Bolívar, en esta materia, ha sido condenada por escritores imparciales, como César Cantú. Pero viene a atenuar el procedimiento de Bolívar, en cuya alma grande no cabía la horrible pasión de la crueldad, el hecho de que los Jefes españoles fueron los primeros en cometer crímenes espeluznantes, no sólo contra los patriotas armados, sino contra personas inofensivas, como ancianos, mujeres y niños. Enumerar dichos crímenes sería interminable: basta recordar que el vizcaíno Zuázola mandó desorejar y despellejar vivas a muchísimas personas. A otras las sujetó al tormento de que les despellejasen los pies para hacerlas caminar en sitios sembrados de pedazos de vidrio. También hay que tomar en cuenta que, entre los Jefes republicanos los más sanguinarios fueron los españoles, que prestaron sus servicios a la causa de la Independencia, como Campo Elías, que decía: "Que después de matar a todos los españoles, se suicidaría, para que no quedase uno solo de su nación." Por último, debemos observar que el decreto de guerra sin cuartel prueba, hasta la evidencia, el carácter enérgico de Bolívar, el indomable temple de alma del futuro libertador; pues con dicho decreto obligaba a todos los patriotas a combatir hasta alcanzar la ansiada Emancipación, o morir en la demanda.

Continuemos la narración de la campaña. La situación del ejército expedicionario no podía ser más crítica, pues se hallaba rodeado por todas partes de fuerzas realistas po-

(1) El fusilamiento de Briceño fue una justa represalia, porque no contento con publicar un edicto declarando la guerra a muerte a los españoles y canarios, aquel frenético lo puso en ejecución, mandando pasar por las armas a dos españoles inofensivos en la villa de San Cristóbal, y remitiendo, cosa increíble, una de las cabezas a Castillo y la otra a Bolívar, quien ciego de coraje, ante tan monstruoso presente, ordenó la prisión de Briceño, y que se le enviase preso a Cúcuta para que fuese juzgado en Consejo de Guerra. - Briceño, sabedor de esto, con su pequeña fuerza buyó hacia Guadualito, y fue derrotado y aprisionado, como lo dijimos, por Yáñez, cuando este marchaba con 500 hombres sobre la villa de Arauca para batir algunas tropas republicanas de Casanare.

derosas, que se encontraban en Maracaibo, Coro, Valencia y Barinas. Bolívar juzgó acertado atacar primero al enemigo más cercano, o sea, a dos mil seiscientos hombres que, a las órdenes del Comandante español Tíscar, se hallaban en Barinas.

Para llevar a cabo este proyecto, Bolívar salió de Trujillo con la vanguardia compuesta de quinientos soldados, por el camino de Boconó, con dirección a Guanare; debiendo Ribas, que había quedado en Mérida con trescientos reclutas seguir este movimiento desde aquella ciudad por las Piedras y Niquitao. En Boconó se encontró Ribas con el Mayor General Rafael Urdaneta que, con cincuenta hombres de tropa, había salido de Trujillo después que Bolívar, pues de orden de éste se había retrasado para poner en marcha una parte del material de la división republicana. Ribas y Urdaneta supieron que el Comandante español Martí, con ochocientos enemigos, había llegado desde Barinas a Niquitao, destacado por Tíscar, para interceptar la comunicación de Bolívar con la Nueva Granada; y no trepidaron un solo instante aquellos valerosos Jefes en atacar con trescientos cincuenta, la mayor parte indios de Mérida insubordinados y bisoños, a los ochocientos soldados de Martí. Trabóse el combate en una especie de tierra llena de zanjas y grietas, situada al pie de la cordillera que separa la comarca de Niquitao de las llanuras de Barinas; y después de luchar, desde las nueve de la mañana, hasta las cinco de la tarde, con un encarnizamiento sin igual de uno y otro bando, vencieron los patriotas; quedando en poder de Ribas todas las armas del ejército realista y cuatrocientos cincuenta prisioneros que, por ser americanos, los agregó el Jefe victorioso a su pequeña fuerza, reemplazando ventajosamente con ellos a los indios meridenses, que después del combate regresaron a sus hogares, cargados de botín. La victoria de Niquitao fue utilísima a los republicanos, pues Tíscar, en vista de ella, abandonó la ciudad de Barinas, retirándose a Nutrias, y no creyéndose seguro, en virtud de la viva persecución del activo Girardot, se embarcó para Angostura. La importante provincia de Barinas quedó, pues, libre, y una parte de las fuerzas realistas, con Yáñez, fue a encerrarse en San Fernando de Apure.

En Barinas, Bolívar aumentó considerablemente sus fuerzas con los primeros escuadrones de caballería que allí se formaron y con la debida organización de la infantería; y con la prontitud que le era característica, ordenó Bolívar que el Coronel José Félix Ribas, con su división, marchase directamente al Tocuyo. Salióle al encuentro el Jefe español Francisco Oberto, que quiso interponerse entre Ribas y Barquisimeto, y en el sitio llamado de los Horcones, en 22 de Julio de 1813, Ribas con quinientos soldados derrotó a Oberto que tenía casi el doble de fuerzas, las que después de un choque crudo se dispersaron arrojando las armas, y dejando todo en poder del intrépido Jefe vencedor.

Este espléndido triunfo facilitó la entrada de Bolívar con

el ejército patriota en la villa de San Carlos, que había sido abandonada por el Coronel realista Dn. Julián Izquierdo; y aunque éste recibió orden de Monteverde de regresar a San Carlos, no lo hizo de temor, quedándose en el lugar denominado Tinaquillo, donde recibió refuerzos. Bolívar en San Carlos reunió toda su gente; y tuvo la satisfacción de pasar revista a 2500 hombres llenos de brío y ardor bélico. Con este brillante ejército, Bolívar emprendió su marcha contra el Coronel español Izquierdo, que tenía a sus órdenes dos mil ochocientos soldados; y en el campo de Taguanes, cuando el Jefe realista pretendía retirarse en buen orden a Valencia, esquivando el combate, fué obligado a él por el ejército patriota y completamente destrozado en 31 de Julio de 1813.

Con esta serie de esplendorosas viciorias —las de Niquitao, Horecones y Taguanes— Bolívar ocupó a Valencia, que fue evacuada, sin resistencia de parte de Monteverde, quien abrumado con tantos descalabros de sus tropas, huyó cobardemente a encerrarse en Puerto-Cabello.—Libre ya el camino de enemigos, Bolívar voló a su ciudad natal, Caracas, y entró en ella el 7 de Agosto de 1813, en medio de las aclamaciones y vítores de toda la población, que le aclamaba *Libertador* del país, al cabo de un año de haber salido oscuro y lleno de pesares del territorio venezolano, con un salvo conducto concedido por aquel mismo Monteverde que, hoy, huía despavorido en su presencia.—En seguida, se organizó el gobierno de la restaurada República de Venezuela, confiándose el poder ejecutivo al General en Jefe del ejército, o sea, a Bolívar, quien debía ejercerlo hasta la terminación de la guerra.—Esto equivalía a establecer la dictadura, y así lo participó Bolívar al Congreso de la Unión Granadina, exponiendo las causas que habían impedido el restablecimiento del sistema federativo.

Bolívar, partidario acérrimo del sistema unitario y centralista, no vaciló para salvar a su patria, en las circunstancias en que ésta se encontraba, de aceptar la dictadura, a pesar de la tenaz oposición de los fanáticos partidarios de la forma de gobierno federal—Veamos ahora lo que sucedía en el Oriente de Venezuela.

Después de la derrota que sufrió Monteverde en Maturín, de la que dimos cuenta anteriormente, los patriotas, con Mariño a la cabeza, pusieron todo su empeño en apoderarse de Cumaná, pero les faltaba, para conseguir ese objeto, marina. Lograronla conseguir, merced al patriotismo de los margariteños, quienes cansados de sufrir la tiranía del Coronel Pascual Mratínez, Gobernador de la Isla, proclamaron el restablecimiento de la República (3 de Junio de 1813); y puesto en libertad el Coronel Margariteño, Dn. Juan Bautista Arismendi, que se hallaba preso de orden del Gobernador español, púsose aquel al frente del Gobierno de la Isla; y envió inmediatamente una escuadrilla a las órdenes

del Comandante José Bianchi, para bloquear a Cumaná.— Con este poderoso auxilio y con armas y municiones que Arismendi envió a Mariño, pudo éste asediar en toda forma la plaza de Cumaná, la que abandonada por el cruel Antoñanzas, y en seguida por el Sargento Mayor Venezolano Juan Nepomuceno Quero, quienes se embarcaron, para buscar refugio en alguna de las colonias inmediatas, fue ocupada por Mariño, el que desclavando un cañón hizo con él gran estrago en los fugitivos. Bianchi, por su parte, que estaba a la mira, persiguió tenazmente a las embarcaciones enemigas que salían del puerto, logrando apresar algunas, pero escaparon tres, en una de las cuales iban Antoñanzas, mal herido, y Quero. El primero murió en Curazao, a poco, a consecuencia de su herida, libertando, de esta manera, a los patriotas de un monstruo en figura humana. Después de la toma de Cumaná, triste es decirlo, fueron condenados a muerte y ejecutados cuarenta y siete españoles. Igual suerte corrieron en Margarita Dn. Pascual Martínez y veintiocho de sus compañeros.—Un instinto terrible de guerra a muerte se manifestaba por doquiera, debido a la sed de venganza de los patriotas, por las crueldades cometidas por Zuázola, Antoñanzas y Cerveris. Este último, antes de retirarse a la Guayana, después de la pérdida de Cumaná, como lo hizo, ordenó que se asesinase a Bernardo Bermúdez, que se hallaba en el hospital de Yaguaraparo, herido gravemente porque, poco antes, el mismo Cerveris había ordenado su fusilamiento, del cual no murió, sino sólo salió herido, y por la intercesión de varias personas ofreció el jefe español perdonar a Bermúdez, lo que, como acabamos de relatar, no cumplió. Este inútil crimen convirtió al otro Bermúdez, a José Francisco, en el más acérrimo enemigo de los españoles, a quienes juró exterminar en cuanto cayesen en sus manos. Y cumplió su promesa con exactitud, por lo que mereció el dictado de sanguinario.

Ocupada la ciudad de Cumaná, Mariño dirigió sus vencedoras huestes a Barcelona, donde mandaba el Mariscal de Campo Dn. Juan Manuel Cagigal. Este, conociendo que no era posible defender la ciudad, la evacuó y se retiró a Guayana, para conservar al gobierno español una base esencial de operaciones. Muchos oficiales acompañaron a Cagigal en su retirada, y entre ellos, dos que después adquirieron grande celebridad, y que se llamaban José Tomás Boves y Francisco Tomás Morales, quienes se entraron por las llanuras de Caracas con una división de caballería, para obrar por su cuenta contra los patriotas, a los que tenían odio implacable. Haremos conocer, en cuatro palabras, a estos dos individuos, que tan tenaz oposición hicieron a la causa de la Independencia.

José Tomás Boves, natural de Jijón, en Asturias, y cuyo verdadero apellido era Rodríguez, había ejercido el oficio de pilotín, y había sido condenado por algunos actos

de piratería a ocho años de presidio en Puerto Cabello. Mediante la intercesión de unos honrados comerciantes de la Guaira, apellidados los Joves, obtuvo Rodríguez la conmutación de la pena de presidio, en la de confinamiento a Calabozo, donde tomó el apellido de Boves, sin duda por vergüenza del propio, o por gratitud a sus bienhechores; y bajo ese nombre empezó a ejercer el oficio de mercero. En estas circunstancias, estalló la revolución del 19 de Abril de 1810, y Boves tomó parte en ella a favor de los patriotas; pero un acto de un juez inicuo que, con el objeto de apoderarse de sus bienes, le redujo a prisión para que sirviese de soldado en las filas republicanas, despertó en Boves un odio terrible y una implacable venganza contra los patriotas. Preso se encontraba Boves, cuando Antoñanzas ocupó la ciudad de Calabozo en 1812; y desde entonces prestó sus servicios a la causa real, reuniendo los llaneros y formando con ellos la temible caballería de los realistas.

Francisco Tomás Morales, natural de las islas Canarias, comenzó su vida pública por soldado y asistente del Teniente Coronel español Dn. Gaspar Cagigal; y cuando ocurrió el movimiento revolucionario del 19 de Abril, fue elevado Morales, por la Junta de Gobierno, al cargo de Teniente de milicias urbanas. Pero en cuanto se presentó la ocasión, hizo traición a los patriotas y se pasó a los realistas, prestando sus servicios a éstos, con un grado subalterno, hasta que, unido con Boves, se tituló segundo de éste en el mando independiente con que se alzaron en las llanuras de Caracas.

Evacuada, como dijimos, la ciudad de Barcelona, la ocupó Mariño el 19 de Agosto de 1813, y creyendo terminada su misión militar, sin cuidarse de perseguir a los fugitivos realistas, que se habían refugiado en las desiertas llanuras y en los bosques, se hizo proclamar Jefe Supremo del Oriente de Venezuela, y dió cuenta de ello a Bolívar, para acordar la organización definitiva de la República; de manera que ésta, por lo pronto y de hecho, quedó sujeta a dos dictaduras, lo que trajo consecuencias funestas para lo futuro.

Bolívar, más sagaz y político que Mariño, reservándose la organización de Venezuela, en mejores tiempos, y conociendo que la guerra no había terminado, sino que principiaba con más vigor, dictó las siguientes oportunas medidas: la de enviar a Calabozo seiscientos hombres al mando del Teniente Coronel Tomás Montilla, para contener los avances de Boves y Morales, que habían reunido gran golpe de gente a caballo, los semisalvajes llaneros, en las inmensas sabanas que moran al sur de aquella ciudad; y la de remitir al Oficial Ramón García de Sena para que, con otros tantos soldados, batiese al indio Reyes Vargas que, con mil hombres, estaba asolando algunas comarcas occidentales de Venezuela.

Bolívar, en persona, con ochocientos soldados que le res-

taron, después de la división de sus fuerzas, continuó el asedio de Puerto-Cabello, cuya ocupación deseaba ardientemente, tanto para apoderarse de ese arsenal de la República, tan cercano a Valencia y Caracas, como para impedir que los realistas, que en dicho puerto se encontraban, recibiesen oportunos auxilios de Cuba, Puerto Rico o, tal vez, de la misma Península, y tomasen la ofensiva contra los patriotas. Para llevar a cabo sus propósitos, Bolívar envió a Girardot, por el camino de Aguacaliente, para que se apoderase de dos baterías o fortines, llamados Vigías alta y baja, y otra denominada Mirador de Solano, que se encontraban en la cresta de un monte que desprendido de la cordillera va a fenecer a corta distancia de la marina; y Bolívar mismo, con Rafael Urdaneta, tomó el camino de San Esteban, que conduce directamente a la ciudad de Puerto-Cabello.

El valeroso granadino Girardot cumplió heroicamente su cometido, pues se apoderó de los dos primeros baluartes; y Bolívar, por su lado se adueñó de la parte de la ciudad que está fuera de las fortificaciones. Habiendo obtenido estas ventajas los patriotas, Bolívar ordenó, el 31 de Agosto de 1813, que dos compañías, penetrando por unos escombros, abriesen sus fuegos sobre las cortinas del pueblo interior, simulando un asalto. Así se efectuó, con lo que se pusieron en alarma los enemigos, los que, creyéndose sorprendidos e ignorando el punto del ataque, disparaban en diferentes direcciones y en un desorden espantoso, todas las piezas de su artillería. El resultado de esta temeraria acción, fue que Zuázola, que era tan cobarde como cruel, creyó que la ciudad había caído en poder de Bolívar, y abandonando el Mirador de Solano, del que se apoderaron los patriotas, huyó con los suyos, descolgándose por las murallas hacia los bosques, donde fue encontrado, reducido a prisión y ahorcado al frente de la plaza, en castigo de sus horripilantes crímenes. La muerte del feroz vizcaíno se debió a que el terco Monteverde no quiso canjearle, como lo propuso Bolívar, con el Coronel republicano Diego Jalón, que se hallaba preso en poder de los realistas, desde el año de 1812.

La expedición de García de Sena, de que hablamos antes, tuvo un éxito feliz, pues con ella fueron derrotados mil hombres regidos por Reyes Vargas, en el lugar llamado Cerritos-blancos, sito entre Quíbor y Barquisimeto.

A pesar de las ventajas obtenidas por Bolívar en el asedio de Puerto-Cabello, se vió obligado a levantarlo, porque, habiendo recibido los sitiados un refuerzo de Cádiz, que consistía en varios buques de guerra y de transporte y en 1200 coldados del Regimiento de Granada, mandados por el Coronel Salomón, que arribaron a Puerto-Cabello, en 16 de Septiembre de 1813, creyó prudente el Jefe republicano retirarse, para atraer a campo abierto a las fuerzas realistas, haciéndolas salir del recinto amurallado de la ciudad; y poder, de esta manera, careciendo ambas de ca-

ñones, suplir la inferioridad de las fuerzas republicanas con la caballería patriota. El deseo de Bolívar se cumplió, pues el presuntuoso Monteverde salió de Puerto-Cabello con una gruesa división, y al llegar al sitio de las Trincheras, hizo avanzar, como vanguardia, 500 hombres, y situarlos en el cerro de Bárbula, distante dos leguas del primero. Bolívar se aprovechó de esta torpeza del Jefe realista, y desde el punto de Naguanagua, al Norte de Valencia, destacó tres columnas contra el enemigo, con Girardot, D'Eluyar y Urdaneta, a la cabeza de cada una de ellas. Los destacamentos patriotas treparon con bizarría la ardua pendiente y atacaron y derrotaron completamente a los realistas que se hallaban en la cima de Bárbula (30 de Septiembre de 1813). Pero este brillante triunfo se obtuvo con la irreparable pérdida del bravo Coronel granadino Atanasio Girardot, quien recibió un balazo en la frente, al tiempo que plantaba con su propia mano el glorioso pabellón tricolor sobre las trincheras enemigas.

Harto sensible, y con sobrada razón, fue la muerte de ese heroico mancebo; y Bolívar, profundamente lastimado por la muerte prematura de aquel ilustre granadino, expidió un decreto merecido para honrar su memoria, y excitar aún más el patriotismo de los soldados republicanos. En dicho decreto se ordenó, entre otras cosas, que el corazón de Girardot fuese llevado en pompa triunfal a Caracas y colocado en un suntuoso, mausoleo que debía levantarse en la iglesia metropolitana de esa ciudad. Justos honores para perpetuar la memoria de tan cumplido y valiente militar, y dignos del gran Bolívar que los decretó. La muerte de Girardot fue inmediatamente vengada por su compatriota, el no menos valiente y bizarro Coronel Luciano D' Eluyar, quien atacó, el día 3 de Octubre de 1813, a los realistas en sus posiciones de las Trincheras, y los puso en vergonzosa y desastrada fuga. Monteverde, herido de una bala en la cara, corrió a encerrarse en su guarida, o sea, en Puerto-Cabello. Como corolario de estos brillantes triunfos, se restableció el sitio de esa ciudad, y Bolívar concedió, por primera vez, un ascenso a todos los Jefes y Oficiales que le habían acompañado en aquella legendaria campaña.

Desde que salió de la Barranca, hasta la fecha en que estamos de nuestra narración, Bolívar no había sufrido un solo revés, pero empezó a eclipsarse su estrella, con motivo de que los guerrilleros españoles Yáñez y Boves, salieron de sus guaridas: el primero de San Fernando del Apure, con una gruesa división, después de obtener varios triunfos sobre los patriotas, ocupó a Barinas; y se enseñoreó de sus llanuras; y el segundo, o sea Boves, con sus indomables llaneros, a los que reunió en gran número, estimulándoles con el cebo del desorden y el pillaje, obtuvo su primer triunfo sobre el Teniente Coronel republicano Carlos Padrón en el caño de Santa Catalina, y entró a sangre y fue-

go en la villa de Cura, apoderándose, igualmente, de las llanuras de Caracas.

Para contener los avances del más peligroso de sus enemigos que era Boves, envió Bolívar al Teniente Coronel Campo Elías, quien tan activo y valeroso como el Jefe Asturiano, dió a la República un día de gloria, en la memorable batalla de "Mosquitero", librada en 14 de Octubre de 1813, en la que derrotó a dos mil jinetes mandados por Boves en persona, y a quinientos peones regidos por Morales. Este, mal herido, y aquel, con algunos dispersos, se refugiaron en el Guayabal, sito en la orilla izquierda del Apure. Este sangriento triunfo fue completamente estéril, porque el feroz Campo Elías mató a centenares de americanos, contra el tenor expreso del decreto de Trujillo; y además, a su entrada en Calabozo, se cebó en vecinos indefensos. Esta crueldad de Campo Elías resintió a los llaneros, quienes, abandonando sus hogares, se reunieron a Boves, buscando en él un vengador. Otra causa de la esterilidad del triunfo de Mosquitero, se debió a la crudeza del invierno, que impidió a Campo Elías la persecución del enemigo, el que, por lo mismo, pudo rehacerse tranquilamente en sus guaridas.

El mismo día de la batalla de Mosquitero, 14 de Octubre de 1813, recibió Bolívar un testimonio de la gratitud pública, en recompensa de sus importantes servicios. Las autoridades civiles, el Cabildo y todo el pueblo de Caracas, con vítores y aplausos unánimes, aclamaron a Dn. Simón Bolívar, por Capitán General del ejército, y le dieron el glorioso título de *Libertador*, con el cual se le conoce hasta hoy en la Historia. Bolívar aceptó agradecido tan honroso dictado, y modesto o entendido como era, quiso hacer partícipes de su gloria a sus compañeros de armas, e instituyó el 28 de Octubre del mismo año la Orden de Libertadores, como premio y estímulo de las virtudes militares.

Mientras tanto, en el Occidente de Venezuela, se realizaban deplorables sucesos. El Brigadier español Cevallos salió de Coro con una fuerza de 1300 hombres; y derrotó en Yaritagua al Teniente Coronel Miguel Valdez, quien, en reemplazo de García de Sena que se hallaba enfermo, mandaba el ejército republicano que triunfó en Cerritos-blancos. Barquisimeto quedó, pues, en poder de Cevallos. Sabedor de este desastre el Brigadier Rafael Urdaneta, a quien se le había confiado el mando del Occidente, y que debía obrar contra Yáñez que se había apoderado de Barinas, se detuvo en el Gamelotal, y dió parte a Bolívar del estado crítico de los asuntos de la guerra. El Libertador, con su acostumbrada actividad, mandó en auxilio de Urdaneta el batallón Aragua a órdenes del Coronel Florencio Palacios; y Bolívar en persona, sin esperar otros cuerpos que debían reunírsele, se unió con Urdaneta en el pueblo de Cabudare, una legua distante de Barquisimeto.

El 10 de Noviembre de 1813, se verificó el célebre

combate de Barquisimeto entre Bolívar y el Brigadier Cevallos. Este con su caballería fue derrotado completamente, por la caballería republicana y huyó hasta la Laguna de la Piedra sobre el camino. Los soldados triunfantes echaron ya a vuelo las campanas de los templos en señal de triunfo, cuando en el extremo oriental de Barquisimeto, en una casa grande llamada el "Campamento", seguían combatiendo con tesón la infantería realista y la patriota. En circunstancias que la victoria sonreía a esta última, oyóse inopinadamente el toque de retirada, y la voz medrosa de «sálvese el que pueda». Ese toque ordenado no se sabe por quien y esa voz lanzada por no sé que persona, repercutieron en todas las filas republicanas, las que fueron envueltas al intentar el repliegue, sin que los inauditos esfuerzos de Bolívar, de Urdaneta y de los demás Jefes pudiesen impedirlo. Un terror pánico se había apoderado de todos los soldados, los que botaron los fusiles para huir con mas comodidad. La victoria casi evidente de Bolívar convirtiéndose en la mas espantosa derrota, pues aun la misma caballería triunfante, al volver al campo, viendo sorprendida la fuga fenétrica de la infantería, siguió el movimiento de ésta en completo desorden. En esta funesta batalla perdieron los patriotas mil hombres entre muertos y heridos; y no se verificó la ruina total de la división, por la llegada oportuna al río Cabudare del bizarro Coronel Luis Ribas Dávila, quien, con su bravo escuadrón Soberbios Dragones, contuvo la persecución del enemigo ya rehecho; y logró valerosamente cubrir la retirada: de manera que los restos del ejército pudieron llegar a la entrada de la montaña del Altar. Allí encargó Bolívar a Urdaneta la reunión de los dispersos; y él pasó en persona a San Carlos para poner en movimiento el cuerpo franco que había en dicha villa, reunir cuantas tropas pudiese en Valencia, y volver, siempre impertérrito e incansable, en demanda del enemigo.

Aprovechando del desastre que acabamos de referir, Monteverde ordenó que el Coronel Salomón con 1200 hombres saliese de Puerto-Cabello, y atravesando la cordillera del Noroeste de Valencia, se entrara por los valles de Aragua. Salomón, en cumplimiento de esta orden, ocupó las alturas de Vijirima y lejos de descender a las llanuras, tomó posiciones y se fortificó en dicho lugar. Bolívar, que se encontraba en Valencia reuniendo fuerzas para hacer frente a Cevallos, al saber el movimiento del Coronel Salomón, llamó a Ribas, que se hallaba en Caracas, para que con la fuerza que pudiese traer de la Capital, viniese a las llanuras que demoran al pie de Vijirima. Reunidos allí el Libertador y el General Ribas, se dió el sangriento combate de Vijirima, en 25 de Noviembre de 1813, cuyo resultado fue la retirada de Salomón a Puerto-Cabello.

El General José Félix Ribas, después del combate de Vijirima, se retiró a Caracas, en donde ejercía el cargo de

Comandante General; y el Libertador llamó a Campo Elías con el ejército que triunfó en Mosquitero, dejando mil hombres en Calabozo, en observación de Boves, a cargo del Teniente Coronel, Dn. Pedro Aldao, español de nacimiento.

Con la división de Campo Elías, con el batallón «Valerosos Cazadores», a órdenes del Teniente Coronel Manuel Manrique, con el escuadrón «Soberbios Granaderos», comandado por el Coronel Luis Ribas Dávila, con la división que estaba a cargo del Coronel Villapol, y con el batallón que se llamó *Sin Nombre*, compuesto de los restos de la infantería destrozada en Barquisimeto, regido por el Coronel Florencio Palacios, llegó a reunir Bolívar un brillante ejército de tres mil hombres. Con ellos, en el campo cercano a la villa de Araure, en 5 de Diciembre de 1813, obtuvo el Libertador un brillante triunfo sobre las fuerzas realistas de Cevallos y Yáñez, que se habían unido en la expresada villa: el primero, después del triunfo de Barquisimeto; y el segundo, después de la ocupación de Barinas.

Las consecuencias de la batalla de Araure, en la que se distinguió el batallón *Sin Nombre*, al que Bolívar le dió, en premio de su intrepidez, el de «Vencedores de Araure», fueron: la recuperación de Barinas, la fuga de Cevallos a la Guayana, de donde regresó a Coro, y la huida de Yáñez que volvió a esconderse en San Fernando del Apure. Quedó, pues, libre de enemigos el Occidente de Venezuela; pero un nuevo peligro apareció en las llanuras de Caracas. El infatigable y tenaz Boves, con cuatro mil jinetes que había logrado reunir, se lanzó como un rayo sobre el Teniente Coronel Pedro Aldao, y el 8 de Diciembre de 1813, en el paso de San Marcos (Río-Guárico), le causó una derrota tal, que murieron en la batalla los mil hombres que tenía Aldao, inclusive éste, su segundo Carlos Padrón y todos los Jefes y Oficiales.—Inútil y costoso sacrificio, debido a la terquedad y valor rayano en la temeridad del español Aldao, el que pudo muy bien evitar tan terrible desastre, replegándose con sus mil hombres, y no hacer frente, como lo hizo, a aquel irresistible torrente de los llaneros. Boves, en seguida, ocupó a Calabozo.

Antes de pasar adelante, diremos algo acerca de esos hombres que habitaban en los llanos, los que constituían el nervio de los ejércitos de Boves y Yáñez, como constituyeron también el de las fuerzas patriotas, bajo las órdenes de José Antonio Páez, de Cedeno, de los Monagas, de Zaraza, de Juan José Rondón, de los Infantes, de Genaro Vázquez & &. Los llaneros eran hombres semisalvajes, valientes, enemigos de la disciplina, amigos del botín y del saqueo, incomparables jinetes que domaban los indómitos caballos de las llanuras, donde los encontraban, y los convertían en caballos de batalla. No llevaban más armas que pesadas y largas lanzas, a veces un sable, y rarisimas un trabuco. Parcos en el comer, se alimentaban con un pedazo de carne, muchas veces,

sin sal. No usaban otra indumentaria, que un calzón corto, una camisa abierta, sin ceñirla, que les llegaba al muslo, y un gran sombrero de anchas alas, casi siempre de paja, prenda esta última que la estimaban tanto como a su caballo; y de ahí viene la copla que dice:

«Sobre la yerba, la palma;
Sobre la palma, los cielos;
Sobre mi caballo, yo;
Y sobre yo, mi sombrero».

El horizonte para los patriotas se mostraba entenebrecido, no sólo porque el triunfante Boyes amenazaba caer, como un azote, sobre los ricos valles de Aragua, sino también, porque anteriormente (12 de Octubre de 1813) el Coronel Santander, que se había quedado con algunas fuerzas guarneciendo los valles de Cúcuta, cuando salió Bolívar para la campaña de Venezuela, fue derrotado en el llano de Carrillo, por el Capitán español Dn. Bartolomé Lizón, quién, por lo mismo, se posesionó de Pamplona, ciudad situada al Norte de Nueva Granada, se hizo dueño de los valles de Cúcuta, y en cierto modo se constituyó árbitro de la provincia Venezolana de Mérida.

Mientras tanto, el Jefe del Oriente Venezolano, General Santiago Mariño, permanecía inactivo, y no acudía a prestar auxilios a Bolívar, a pesar de sus reiteradas instancias, y no obstante, de que cuando fue nombrado General en Jefe y Libertador, dió parte de ello a Mariño, pidiéndole su aprobación y la de sus compañeros; y de que instituída la Orden de Libertadores, Bolívar condecoró con ella a Mariño, enviándole rica venera. La conducta de Mariño sólo se explica por ambición, pero ésta no le excusa de su inmovilidad, la que fue causa de que la guerra de la Independencia, guerra terrible y a muerte, se prolongase muchos años más.

Lo único que hizo Mariño a fines de 1813, fue enviar al General Piar, segundo Jefe del Oriente, con algunos buques a bloquear la plaza de Puerto-Cabello, la que, con este motivo, sentía ya los efectos del hambre; y como, por otra parte, se hallaba casi desguarnecida, pues Monteverde había enviado en socorro de Cevallos, que se hallaba en Coro, el regimiento de Granada, a órdenes del Coronel Salomón, puede asegurarse que Puerto-Cabello pronto hubiera caído en poder de las fuerzas sitiadoras. Luego veremos las causas que impidieron que se llevase a cabo este ideal de Bolívar.

Del brillante regimiento de Granada, sólo llegaron a Coro cuatrocientos hombres, pues cortado por los patriotas, Salomón se vió obligado para llegar a Coro a tomar el camino de la costa, sufriendo trabajos y privaciones indecibles. Este acontecimiento y tantos errores y desaciertos fueron causa de que los defensores de la plaza de Puerto-Cabello depusiesen a Monteverde, en 28 de Diciembre de 1813.

Pocos días después, el Capitán General Dn. Domingo Monteverde se retiró a Curazao, y nunca más volvió a territorio venezolano. Así terminó su ominosa carrera aquel hombre nulo y débil, que violó descaradamente la capitulación celebrada con el desgraciado General Miranda: que autorizó con el ejemplo y el premio el desenfreno de los Jefes realistas, lo que dió margen a que reviviese el patriotismo, y se encendiese de nuevo la guerra contra España; y qué guerra, la guerra sin cuartel!

Vino el año de 1814, que fue el año más cruento y heroico, en la magna guerra de la Independencia, pues los combates se sucedían a los combates, casi diariamente, en el extenso territorio de la Capitanía General de Venezuela, como vamos a verlo.

A pesar del espléndido triunfo de Araure, las fuerzas independientes no pudieron perseguir a las realistas sino hasta la orilla derecha del río de la Portuguesa, y hasta la margen izquierda del caudaloso Apure. En consecuencia, Yáñez pudo reponerse en San Fernando, con los auxilios que recibió de Guayana, y con la interposición de Boves entre él y la Capital, después de la derrota de Aldao. Por estas circunstancias favorables, Yáñez que había reunido dos mil ginetes, dividió esta fuerza en dos partes iguales, y confió la una al sanguinario Puy y al Teniente Coronel venezolano Remigio Ramos, para que atacasen a Nutrias y Barinas, y con la otra marchó el mismo Yáñez al centro de las provincias de Occidente. Puy atacó el 4 de Enero de 1814 la ciudad de Nutrias, donde se defendió bizarramente el Capitán Francisco Conde, pero la evacuó, en virtud de que García de Sena, Gobernador de Barinas, le ordenó que se retirase a ésta. A poco, atacada también Barinas por las tropas realistas, García de Sena, por error, que no por cobardía, pues era muy valiente, sin esperar los auxilios que había pedido a Urdaneta que obraba sobre Coro, en 18 de Enero del mismo año desocupó aquella ciudad, la que fue entrada a saco por Puy, quien degolló a sus moradores, quemó la ciudad después, y cometió horrores.

El General Rafael Urdaneta, entre tanto, marchaba a toda prisa, desde los alrededores de Coro, ciudad que indefectiblemente la habría ocupado, en socorro de García de Sena, cuando al vadear el río de la Portuguesa, uno de los fugitivos de Barinas le dió la deplorable nueva de que esta ciudad había sido evacuada por el referido Jefe. Al mismo tiempo que recibía esta noticia Urdaneta, Yáñez, sabedor también, de la toma de Barinas por sus Tenientes, se puso en marcha para Ospino. A esta ciudad, donde había una pequeña guarnición al mando del Teniente Coronel José María Rodríguez, se retiró Urdaneta, y después de dejar en ella los doscientos peones que llevaba, siguió a Barquisimeto, para poner en marcha las fuerzas patriotas que habían quedado en este lugar; y así lo hizo, remitiendo, por lo pron-

to, en auxilio de Ospino, trescientos soldados a órdenes del Teniente Coronel Manuel Gogorza. Al tiempo de llegar éste con su tropa a Ospino, salieron las fuerzas de Rodríguez; y unidas trabaron un combate reñidísimo, con la caballería de Yáñez, en 2 de Febrero de 1814. La infantería patriota opuso a las terribles lanzas de los temidos llaneros, la serenidad del peón veterano, un fuego horroroso de fusilería y las largas bayonetas. El combate se prolongaba, sin que los jinetes enemigos pudiesen romper el muro de hierro que formaban los infantes republicanos, cuando la muerte de Yáñez, ocasionada por una bala, dió fin al combate; pues los soldados de aquel valiente y feroz canario, dejando su cadáver en poder de los patriotas, abandonaron el campo.

Después del combate de Ospino, los realistas se situaron en Guanare, y sucedió a Yáñez en el mando, un español de humilde nacimiento y educación, que, en el año de 1810, era simple soldado del batallón Reina, Dn. Sebastián de la Calzada, quien, en virtud del trastorno político, tenía ya el grado de Teniente Coronel; y adquirió, posteriormente, celebridad en las guerras de Venezuela y la Nueva Granada.

En este estado se hallaban los asuntos de la guerra, y cuando Urdaneta reunía una fuerza considerable para tomar la ofensiva y recuperar Barinas, recibió una apremiante orden del Libertador, pidiéndole que le enviase al vuelo un cuerpo de sus mejores tropas para conjurar un terrible peligro que amenazaba no sólo a Caracas, sino la existencia misma de la República.

Tan terrible peligro provenía de que Boves, después del triunfo sobre Aldao, había reunido en Calabozo siete mil hombres, y dirigiéndose con tan respetable fuerza a la villa de Cura derrotó completamente, en el fatídico Campo de la Puerta, sito entre Calabozo y esta villa, en 3 de Febrero de 1814, al indomable Campo Elías, quien, con las miserables reliquias de su tropa, llegó hasta la Angostura de la Cabrera. El español Francisco Rosete, por otra parte, humilde pulpero un tiempo, y hoy uno de Tenientes de Boves, ese hombre que oscureció con sus crueldades inauditas la triste celebridad de Zuázola, trasmontaba la cordillera por la senda de los Pilonos, y caía, como un torrente devastador, sobre los ricos valles del Tuy, amenazando, muy de cerca, la Capital, que se hallaba casi desguarnecida.

En tan críticas circunstancias, el Libertador, a quien una numerosa asamblea popular había confiado, nuevamente, el cargo de Dictador, y que había logrado, por fin, ponerse de acuerdo con el Jefe oriental, Santiago Mariño, cuyos auxilios ofrecidos por éste esperaba de un momento a otro; el Libertador decimos, que se mostraba más grande en la desgracia que en la prosperidad, desde la línea sitiadora de Puerto-Cabello, donde se encontraba, dictó las medidas más urgentes para salvar a la República del cataclismo que ame-

nazada su existencia. Dispuso, pues, que se fortificase la Angostura de la Cabrera y que en ella se mantuviese firme Campo Elías: que el Teniente Coronel Mariano Montilla fuese con una escolta de jinetes bien montados para dar sus instrucciones al General Ribas, que había salido de Caracas y se encontraba en la Victoria con mil hombres; y que sólo quedasen en el sitio de Puerto-Cabello las fuerzas puramente necesarias a cargo del Coronel D'Eluyar. Bolívar mismo en persona marchó a Valencia con toda la gente de que podía disponer, para acudir en socorro de Campo Elías o de Ribas, según el caso lo pidiese.

Boves atacó impetuosamente a este último por los caminos de la villa de Cura y San Mateo, el 12 de Febrero de 1814; y obligó a las fuerzas patriotas a encerrarse en el estrecho recinto de la plaza de la Victoria. Ribas, que nunca había sido vencido, hizo prodigios de valor con los suyos, sostuvo el combate durante ocho horas; y, hasta las cuatro y media de la tarde, había tenido ya el Jefe republicano tres caballos muertos y la mitad de su gente estaba fuera de combate. En la hora indicada, el perspicaz ojo de Ribas divisó una densa nube de polvo en el camino de San Mateo. Comprendió, al acto, que era un socorro oportunísimo de fuerza patriota el que le venía, y dispuso, al acto, que el Teniente Coronel Mariano Montilla, con cien jinetes y cincuenta cazadores, saliera a recibir el auxilio para facilitar su entrada. Montilla cumplió con raro denuedo esta orden, se unió abriendo brecha entre los enemigos con Campo Elías, que era el que venía con el ansiado socorro; y uno y otro atacaron de firme a los asaltantes. Ribas, por su parte, aprovechando de aquel momento favorable, sale de la plaza, arrolla cuanto encuentra a su paso, causa fiero estrago en la infantería enemiga, dispersa su caballería y queda dueño del campo. Espléndido y sangriento, como pocos, fue el triunfo obtenido por el General Ribas en la ciudad de la Victoria. Con ese triunfo se dispersó la gente del incansable Boves y se conjuró, por lo pronto, el peligro de la ocupación de Caracas por el feroz asturiano. Lo sensible fue que, en este reñido combate, perdió la República, entre otros oficiales, al valeroso Coronel Luis Ribas Dávila, Jefe de los «Soberbios Dragones», que en «Bárbula» disputó a Girardot la palma de la bravura; y que se encontró en casi todas las funciones importantes de armas de aquel heroico tiempo. Antes de espirar dijo: «Muero contento, viva la República»; pues supo que Ribas había quedado vencedor. Para que se conozca que el heroísmo, no sólo de los Jefes sino también de los soldados del ejército republicano, era común en aquella época, consignaremos lo que refiere Baralt, en su Historia de Venezuela, al hablar del combate de la Victoria: «Otro de los soldados de Ribas (Dn. José Félix) había matado peleando a dos realistas y recogido sus fusiles. Cubierto de heridas y sintiéndose morir, reunió el suyo a

los que había ganado, se echó sobre ellos y los cubrió con su cuerpo; mas como entonces acertase a pasar por allí un compañero, le llamó y dijo: "*Estas armas que he adquirido al precio de mi sangre, llevarás al General, como mi herencia.*" Con hombres de esta naturaleza tenía que venir a tierra el secular poder de la Metrópoli; y así se verificó.

Dijimos que Rosete había invadido los valles del Tuy. En efecto ese monstruo ocupó a Ocumare el 11 de Febrero de 1814, donde cometió tales horrores que fue el primero que, en persecución de ancianos, niños y mujeres, profanó la casa del Señor, ante cuyas puertas se habían detenido, respetándola en otros lugares, Boves, Yañez y Antofianzas. Ribas por su parte, sabiendo que Bolívar con la gente que había podido reunir en Valencia, había marchado a los valles de Aragua, para tener a raya a Boves que se organizaba de nuevo en la villa de Cura, después del desastre que sufrió en la Victoria, se dirigió a contener los progresos que en los valles del Tuy, hacía el ex-pulpero Rosete. Encontróle Ribas en Charallave, y le puso en completa derrota, el 20 de Febrero de 1814; y dejando una pequeña guarnición en Ocumare, envió el resto de su tropa a San Mateo, en donde había puesto Bolívar su cuartel general, desde la fecha últimamente mencionada.

El legendario campo de San Mateo, en donde se libraron los más épicos combates de la magna lucha de la Independencia, y en donde se verificó el acto más heroico que registran los anales de la Historia de la misma, se halla situado entre la Victoria y la ribera del lago de Valencia, en una parte del espacio llano que dejan entre sí las cordilleras. Al ocaso se halla el pueblo de Turmero, y al Sudoeste el de Cagua, que se encuentra a la orilla izquierda del río de Aragua. Hay dos filas de montes al Norte y Sur de San Mateo que lo dominan. En una de ellas hay dos pequeñas alturas, la denominada del *Calvario* y otra en cuya cima existía una casa propia del Libertador, extendiéndose al pié del monte *«El Ingenio»*, que era la mejor hacienda patrimonial de aquel. Al frente de las alturas mencionadas se encuentran otras dos, que se llaman cerros de la *Punta del Monte*.

El 25 de Febrero de 1814, ocupó Boves, con siete mil hombres casi todos de caballería, el pueblo de Cagua. El 26 y el 27 hizo varias tentativas contra las fuerzas de Montilla, que defendían el paso del río Aragua y siéndole infructuosas, tomó posesiones en la *«Punta del Monte»*. Al amanecer del 28 de Febrero, descendió el Jefe Realista como un alud, y atacó, con sus siete mil llaneros, toda la línea que ocupaban los patriotas, cuya derecha se apoyaba en el Calvario, la izquierda en la casa de Bolívar y el centro ocupaba una trinchera mandada por el Libertador en persona, y construída al pié de la casa alta del Ingenio y del Calvario, en el camino real de la Victoria que atraviesa el pueblo de San Mateo. Era la primera vez que iban a medir sus fuerzas el feroz

Asturiano y el gran Bolívar. El primero tenía certeza de aniquilar al segundo, apoyándose en la superioridad numérica de sus fuerzas, siete mil soldados, mientras que el Libertador sólo contaba con mil doscientos peones y seiscientos jinetes. El choque entre los dos ejércitos fue, pues, terrible, principalmente en el Calvario, en donde pereció heroicamente el Coronel Villapol (español de nacimiento) y salió herido mortalmente el intrépido Campo Elías, quien murió a los diez y seis días. No había, ya, Jefes que se hicieran cargo del ala derecha del ejército patriota. Todos ellos se hallaban fuera de combate, cuando el bizarro oficial Pedro Villapol, digno hijo del que acababa de rendir su vida en la sangrienta jornada, tomó el mando de esa ala, a pesar de estar herido, y sostuvo el combate hasta caer desmayado y bañado en su propia sangre. La noche y una herida que sufrió Boves dieron término a la porfiada lucha; quedando Bolívar victorioso sobre el campo de batalla y retirándose los llaneros a su consabida posición de la *Punta del Monte*, y Boves a la villa de Cura para curarse de su herida que era grave.

Con esta lección y con la ausencia de su Jefe, los llaneros suspendieron sus ataques, y dieron algún respiro al Libertador; pero habiendo recibido el 9 de Marzo la mala nueva de que Rosete había vuelto a ocupar a Ocumare, tuvo Bolívar que desprenderse, a pesar de su apurada situación, de trescientos de sus mejores soldados que los envió en socorro de la angustiada Caracas, al mando del valeroso Mariano Montilla. Conociendo las fuerzas realistas que Bolívar había disminuído su pequeño ejército, le atacaron nuevamente el 11 de Marzo, pero en esta ocasión y en otras posteriores, fueron rechazadas duramente por las tropas independientes. En cambio, el 17 de Marzo, ordenó el Libertador una salida contra algunos cuerpos de caballería situados sobre el río y el camino que conduce a Valencia, los que fueron completamente destrozados por el valentísimo granadino Hermógenes Maza y perseguidos por Tomás Montilla.

El 20 de Marzo oyóse gran algazara, bulla y vítores en el campo enemigo, con motivo de que Boves, restablecido de su herida, vino a ponerse al frente de los suyos para atacar con más brío a las tropas de Bolívar. Los ataques empezaron en consecuencia, aquel mismo día, y continuaron en los sucesivos, pero sin ningún resultado favorable para los llaneros, por falta de municiones suficientes, y porque el valor de ellos y de su Jefe se estrellaba contra los parapetos en que Bolívar oponía a sus formidables lanzas un fuego horrible de cañón y de fusil.

Boves, desesperado e impertérrito en su deseo de acabar con el ejército libertador, ordenó en la noche del 24 que una gruesa partida tomase un camino tras los montes en que se apoyaba el flanco izquierdo de las fuerzas republicanas, y cayese sobre la casa alta del Ingenio, donde se hallaba el parque de aquellos, custodiado por muy poca gen-

te, mandada por el Capitán santafereño Dn. Antonio Ricaurte. Boves, en esta ocasión, logró burlar la vigilancia de Bolívar, y ejecutó su operación con tanta pericia como audacia, como lo vamos a relatar.

Amaneció el memorable día del 25 de Marzo de 1814, y Boves, descendiendo con su gente de las alturas, con inaudita pujanza y empuje formidable, atacó las huestes republicanas, que, como de costumbre, no cedieron un punto y se mantuvieron firmes en su línea de combate. Continuaba la lucha con más ardor que nunca, y ya empezaban a ceder los llaneros afamados, cuando éstos vieron llenos de júbilo, y las huestes de Bolívar, con profunda consternación, que la gruesa partida enemiga, enviada por Boyes, se hallaba a pocos pasos de la casa alta del Ingenio. El estupor y los encontrados y opuestos sentimientos de uno y otro bando, paralizaron un momento, que duró una eternidad para los combatientes, la encarnizada y fiera lucha. Bolívar y los suyos vieron atónitos que la pequeña columna que custodiaba la casa, donde se hallaba el parque, bajaba el recuesto en retirada. De repente una explosión terrible y atronadora produjo un ruido ensordecedor que, en *ecos mil repercutió en el hondo valle y enriscadas cumbres*; y una densa y negra nube de humo envolvió a los combatientes. Disipada la nube, vió Boves que su partida, reducida a pocos hombres, huía desatentada por el mismo camino que antes llevara.

Este estupendo prodigio se debió al heroísmo de un gallardo y noble mancebo, descendiente, por línea materna, de los marqueses de San Jorge, del Capitán granadino Antonio Ricaurte, quien, al conocer que la causa de la Libertad iba a perecer quizás para siempre, ahogada entre los brazos de Boves y de sus semisalvajes llaneros, sereno y superando a todos los héroes antiguos y modernos, dió fuego por su propia mano a los pertrechos, cuando la casa estaba llena de enemigos. Los miembros de Ricaurte volaron en mil pedazos por los aires, y no tuvieron sepultura; pero su nombre vive grabado con caracteres indelebles en el templo de la fama y de la inmortalidad, y vivirá eternamente en los corazones de todos los habitantes de la que fue Colombia la Grande. En prueba de ello, en la Provincia del Azuay, y en el Cantón de Cuenca, se creó, hace pocos años, una parroquia, situada en la hermosa planicie que domina el río Machángara, que se llama Ricaurte, en memoria de este inmortal granadino.

Casi al mismo tiempo que se verificaban estos grandes acontecimientos en San Mateo, el español Rosete había derrotado en Ocumare al General Juan Bautista Arismendi, que hacía de Gobernador en Caracas, por enfermedad del General Ribas. Derrota que causó honda consternación en aquella ciudad, tanto porque, en el combate, habían muerto muchísimos jóvenes universitarios, cuanto porque no había

tropas suficientes para contener el temido avance hacia Caracas de Rosete y los esclavos sublevados, que formaban gran parte del ejército de aquel, compuesto de tres mil hombres.

La llegada de los trescientos soldados, a órdenes del Mayor General Mariano Montilla, enviados por Bolívar, en auxilio de su ciudad natal, calmó la fundada alarma de los habitantes de ella, con tanta más razón, cuanto que el infatigable Ribas se puso a la cabeza de novecientos hombres, casi todos ellos escolares, imberbes mancebos pero ardientes patriotas. Ribas se hizo conducir en una cama portátil, y con su pequeño y decidido ejército, derrotó, en el mismo lugar de Ocumare, el 20 de Marzo de 1814, al sanguinario Rosete y a sus salvajes tercios. Ribas, después de este importante triunfo, volvió a Caracas, que le recibió entre frenéticas y merecidas aclamaciones, apellidándole, y con razón, invencible.

Montilla y el Coronel Leandro Palacios fueron en persecución del despavorido Rosete, por el camino de los Pilonos; y al llegar a la cima de la montaña divisaron, a lo lejos, el 22 de Marzo, una numerosa partida de hombres. Acercáronse a ella con las debidas precauciones; y tuvieron la alegría inmensa de toparse con una parte del ejército oriental, regida por Bermúdez, que, al fin, venía en auxilio de Bolívar, y que había sido enviada por Mariño en persecución de Rosete, cuya rota en Ocumare había llegado a noticia del Jefe oriental. Verificado tan útil y oportuno encuentro, fueron los dos cuerpos juntos a Camatagua, y al día siguiente se reunieron allí con el grueso de las fuerzas auxiliares.

Cediendo a las instancias del Libertador, y en virtud de los tratados ajustados con éste, salió Mariño de Cumaná con tres mil quinientos hombres, y por medio de sus Tenientes, que eran Valdez, Bermúdez, Arrijoja, Yozaba y Tanago, obtuvo varios triunfos contra los realistas en Cabruta, Aguanegra, Corosito y Lezama, hasta que se unieron con Montilla y Palacios y llegaron a Camatagua, según lo referimos. El valiente cumanés José Francisco Bermúdez, según lo indicamos también, fue en persecución de Rosete, y encontrándole en el camino de los Pilonos, se trabó una furiosa pelea entre ambos, la que duró todo el día 22 de Marzo de 1814; siendo el resultado del combate la derrota de Rosete.

Unida la fuerza del Coronel Leandro Palacios (500 hombres) con la oriental, subió la de Mariño a cuatro mil hombres, y con ella se dirigió a la villa de Cura.

Sabedor Boves de la aproximación del General Mariño, levantó el 30 de Marzo el sitio de San Mateo para ir al encuentro de éste. Topáronse en efecto el Jefe Asturiano y el Jefe oriental en el lugar denominado Bocachica, en 31 de Marzo, con fuerzas iguales; y se verificó una larga y porfiada lucha, en la que salió victorioso Mariño, quien, sin embargo, no supo sacar provecho de ella, porque no solamen-

te, se abstuvo de perseguir a Boves, y acabar con los restos de su ejército, sino que emprendió una vergonzosa retirada por los cerros del Pao para salir a la Victoria. Boves prosiguió la suya por Güigüe a Valencia, sitiada, a la sazón por el ejército del Brigadier español Dn. José Cevallos.

Para saber los motivos de este sitio, es indispensable dirigir una mirada retrospectiva a las comarcas occidentales de Venezuela. Dijimos que cuando Urdaneta se preparaba en Barquisimeto para tomar la ofensiva contra Calzada que, habiendo reemplazado a Yáñez, muerto en el combate de Ospino, se había retirado a Guanare, recibió el Jefe republicano de Occidente, orden de Bolívar de que le enviase el mejor cuerpo de su ejército, con motivo de la derrota de la Puerta. Urdaneta cumplió esta orden, mandando el contingente de hombres pedido bajo el comando de Villapol; quedando, por consiguiente, reducido, a seiscientos cincuenta infantes en Barquisimeto; y siendo amagado por la división de Calzada, situada en Guanare, y por el ejército de Coro mandado por Cevallos que se hallaba en Carora. Supieron los patriotas que este último Jefe se movía con dirección a Quíbor, y con este motivo Urdaneta, antes de que fuese ocupado por el enemigo, envió a aquel lugar para recoger víveres al Comandante Domingo Mesa con quinientos infantes y veinticinco dragones, quedándose él en Barquisimeto sólo con ciento treinta peones y veinticinco jinetes. Sabedor Cevallos de esta operación, se interpuso entre Mesa y Urdaneta, y cayó sobre éste con mil hombres, en 11 de Marzo de 1814. El Jefe republicano, después de una resistencia heroica, por más de una hora, y hallándose envuelto por todas partes, emprendió la retirada de Barquisimeto abriéndose paso a la bayoneta, y pudo llegar a Cabudare en orden y con tan gallarda actitud, que en aquel pueblo le dejó tranquilamente el enemigo, después de haberle perseguido inútilmente. Noticioso Mesa de la toma de Barquisimeto, se replegó al Tocuyo para marchar con dirección a la villa de San Carlos.

Urdaneta, por su parte, se retiró a esta misma villa, con una audacia imponderable, penetró en ella atravesando el río a presencia del enemigo; pues debe tenerse en cuenta que la población de San Carlos se hallaba sitiada por ochocientos caballos y mil infantes que mandaba Dn. Sebastián Calzada. La ciudad, que sólo contaba con menos de quinientos hombres de pelea, entre los que se contaban el anciano Coronel Pedro Briceño, Dn. Manuel Pulido, Rodríguez, el valeroso defensor de Ospino y el bizarro Capitán granadino Antonio París, que perdió luego una pierna en el sitio, la ciudad, repetimos, resistió gallarda y tenazmente el asedio, durante ocho días, a pesar de que fue privada del agua del río que se hallaba ocupado por el enemigo. Al cabo de ese tiempo, mediados de Marzo de 1814, la fuerza republicana,

disminuída considerablemente, valiéndose de una estragemá, que distrajo la atención de los realistas por el lado del río, emprendió por otro y en buen orden, la retirada; y al cabo de tres días llegó felizmente a Valencia.

Llegado a Valencia, Urdaneta tuvo tiempo de entenderse con Bolívar, por la demora del Jefe realista Cevallos, en San Carlos, que era el más lento de cuantos figuraban en aquella época. El Libertador dió a Urdaneta una orden que, entre otras cosas, decía "Defenderéis a Valencia, ciudadano General, hasta morir; porque estando en ella todos nuestros elementos de guerra, perdiéndola se perdería la República." Urdaneta, que tenía a su mando al Coronel Juan Escalona y al General granadino Joaquín Ricaurte, cumplió, como bueno y valiente, la orden de Bolívar; pues sostuvo con la escasísima fuerza de doscientos ochenta hombres, un sitio riguroso, durante seis días, contra cuatro mil hombres, regidos por Cevallos. Al séptimo día, la ruina del ejército patriota parecía inevitable, una vez que, en la noche que le precedió, 2 de Abril de 1814, Boves con los jinetes que pudo salvar de la rota de Bocachica se había unido con Cevallos. Sin embargo no sucedió lo que se temía, porque a las siete de la mañana del día tres, las fuerzas realistas emprendieron una retirada inesperada, yendo a parar, Cevallos en San Carlos, y Boves en Calabazo. En el mismo día de la retirada de que hemos hablado, entró Bolívar con pocos oficiales en Valencia, felicitó a sus heroicos defensores por su constancia, pasó a la Victoria, donde se vió con Mariño, y le aconsejó que siguiese a Valencia para hacer frente al ejército realista; y después pasó a la línea sitiadora de Puerto-Cabello y la reforzó con nuevas tropas.

Mariño fue en pos de Cevallos; pero lejos de hacer alto en el Tinaco para proveerse de víveres y esperar el parque y alguna artillería, para atacar a San Carlos, como lo había ordenado Bolívar, marchó a esta ciudad, donde se hallaba el indicado Jefe realista. El 16 de Abril de 1814, en la planicie del Arao, se dió la singular batalla de ese nombre, en que la tropa republicana no se batió y los Jefes patriotas salieron derrotados. Mariño y Cedeño, que se habían ocultado en los bosques, fueron encontrados al cabo de días, en el sitio llamado las Palmeras, por Urdaneta y los residuos del ejército; retirándose todos a Valencia. A ella voló Bolívar, abandonando el sitio de Puerto-Cabello, y sacando recursos de lo imposible, aumentó sus tropas hasta el número de cinco mil plazas; y salió al encuentro del enemigo, compuesto de seis mil hombres, mandados en persona por el Capitán General Cagigal. Después de algunos encuentros parciales en el Tocuyito, se avistaron, en 28 de Mayo de 1814, los dos ejércitos beligerantes en el histórico campo de Carabobo, donde más tarde, en 24 de Junio de 1821, se selló por el mismo Bolívar, la Independencia de Venezuela. La situación de Cagigal en la llanura de Carabobo que por el

Sur es el término del valle de Valencia, por el un lado, la limita la serranía de las Hermanas y por otro la de Güigüe, era excelente porque no podía ser envuelto por sus costados ni por la espalda, sino por otro ejército que obrase en combinación con el de Bolívar. A pesar de estas ventajas del ejército realista, obtuvo el Libertador uno de los más espléndidos triunfos de aquella época cruenta como ninguna, pero que, desgraciadamente, fue el último de la gloriosa campaña de que nos hemos ocupado.

El exterminio fue completo de la infantería realista; y toda la artillería enemiga, quinientos fusiles, municiones de guerra, cuatro mil caballos, víveres, ganados, equipajes fueron los trofeos de la batalla de Carabobo, en la que tomaron parte una pléyade de Jefes valerosos, como: Ribas, Mariño, Bermúdez, Valdez, Florencio Palacios, Urdaneta, &, con el gran Bolívar a la cabeza.

La victoria de Carabobo, aunque tan importante, no fue decisiva, porque Boves, rehecho ya con admirable protitud, en Calabozo, amenazaba invadir, de nuevo, los valles de la cordillera. Así lo verificó, con la celeridad que acostumbraba, con cinco mil caballos y tres mil fusileros mandados por Morales, y el 15 de Junio de 1814, se dió la segunda batalla de la Puerta, campo aciago para los patriotas venezolanos, como lo fue Huachi para los del Ecuador. En esa batalla fueron derrotados completamente, tras horrible mortandad, Bolívar y Mariño, que había tenido la imprudencia de comprometer ya el combate, solo con dos mil trescientos, cuando Bolívar que se le unió la víspera no pudo impedirlo. En la desastrosa batalla de la Puerta, murieron el Coronel Manuel Aldao, el Comandante Antonio María Freites y fueron asesinados el Secretario de Estado Antonio Muñoz Tebar, y el Coronel Diego Jalón.

Boves marchó hacia la Victoria, persiguiendo activamente a los derrotados en la Puerta, y envió, al mismo tiempo, una parte de sus victoriosas huestes a ocupar a Caracas, siguiendo personalmente con el grueso de ellas a Valencia; y después de vencer a los patriotas que habían fortificado el casi inexpugnable paso de la Cabrera, atacó y puso sitio a Valencia, la que, a pesar de tenaz resistencia, capituló en 10 de Julio, capitulación que no fue cumplida, como era de esperarse, por Boves, quien fusiló a los inermes rendidos.

Siendo imposible ya la defensa de Caracas, Bolívar se vió en la dolorosa necesidad de abandonar su querida patria y dejarla a merced de sus más crueles enemigos, quienes, como Quero y el *celebérrimo* por su ferocidad, Chepito González, derramaron a torrentes la sangre de sus compatriotas. El Libertador se dirigió hacia la provincia de Barcelona, y llegó a Aragua con dos mil soldados. Junto con Bolívar, salieron de Caracas numerosas familias patriotas. Exodo fatal y doloroso que causó la muerte, por hambre, sed,

cansancio y penalidades inauditas, de la mayor parte de los emigrados, sobre todo de las mujeres y niños.

Bolívar contaba en Aragua con tres mil hombres, pues el General José Francisco Bermúdez, se le había unido en aquel lugar con mil enviados por Mariño que se hallaba en Cumaná. El 18 de Agosto presentóse al frente de la villa de Aragua, limitada al Sur por el río del mismo nombre, el Jefe realista, segundo de Boves, pero superior a éste por su crueldad, bajeza de carácter y avaricia, Francisco Tomás Morales, natural de la Isla de Canarias, con un ejército de ocho mil soldados aguerridos y engreídos por el triunfo obtenido en la Puerta. El Libertador, como era natural, quiso defender los diferentes pasos del río; pero Bermúdez inquieto, revoltoso y pagado de su valor, que ciertamente era notable, se opuso a tan bien meditado plan, queriendo sostenerse en el recinto de la villa, en la que se habían hecho algunos trabajos de fortificación.—Bolívar no se hallaba en circunstancias de hacer valer su autoridad, pues la mayoría de su gente estaba compuesta de soldados y Jefes orientales, poco afectos a Bolívar y ciegos partidarios del General Santiago Mariño, émulo y rival de aquel.—Habiendo prevalecido el dictamen de Bermúdez, tenía que suceder lo que efectivamente sucedió, esto es, que las fuerzas republicanas, a pesar de su nunca desmentido heroísmo, fueron completamente derrotadas, cediendo al empuje irresistible de las tropas de Morales, tres veces superiores en número a las del Libertador. La batalla de Aragua fue una de las más sangrientas de esa aciaga época; pues en ella perecieron, de uno y otro bando, cuatro mil setecientos hombres, todos americanos. En ella murió como un héroe, el Comandante de la caballería patriota, Francisco Carvajal, (alias el *Tigre Encaramado*). Este hombre extraordinario fue herido mortalmente, con un balazo, en el acto de apoderarse de un cañón enemigo. Durante mucho tiempo, Carvajal rechazó las numerosas masas que Morales arrojaba contra él; pues, manejando las riendas del caballo que cabalgaba con la boca, y con entrambas manos una o dos lanzas a la vez, no dejaba avanzar un paso a sus contrarios. (1)

Después de la muerte de Carvajal, que defendía el punto más peligroso, Bolívar, viendo la batalla perdida, se retiró a Barcelona; y Bermúdez, queriendo enmendar su funesto error, cometió otro más grande, cual fue el de querer sostener, por más tiempo, como lo hizo, un combate imposible, cuyo triunfo no se basaba en ninguna esperanza racional. A las dos de la tarde, tuvo, pues, que retirarse por el camino de Maturín, con los restos de la caballería al mando de los Comandantes José Tadeo Monagas, Pedro Zaraza y Manuel Cedefío.

Llegado Bolívar a Barcelona, tuvo que evacuarla y aban-

(1) Baralt y Díaz.—Resumen de la Historia de Venezuela.

donarla por ser imposible conservar esta plaza; y pasó a Cumaná, que fue también evacuada, por resolución de los principales Jefes. Los restos de la tropa republicana marcharon hacia Maturín. Bolívar y Mariño se embarcaron con dirección a Margarita en la escuadrilla que mandaba el italiano José Bianchi, con el objeto plausible de salvar un valiosísimo tesoro, compuesto de muchas y valiosas joyas de las iglesias, que el alto clero de Caracas, había entregado a Bolívar para atender a las más urgentes necesidades de la República, confiando la custodia de dicho tesoro, destinado a comprar armas y otros elementos de guerra, a los leales y valientes margariteños. El filibustero Bianchi, aprovechando de las circunstancias, cometió el acto inícuo de apoderarse, o mejor dicho de robarse, el tesoro, entregando una pequeñísima parte de él a Bolívar, a vivas instancias y reclamaciones de éste y de Mariño, a quienes proporcionó también dos buques de su escuadrilla para que pudiesen trasladarse a Cartagena. No lo hicieron así, inmediatamente, sino que deseosos de probar fortuna en la propia patria, desembarcaron en Carúpano, donde se encontraron con que un motín militar había desconocido su autoridad. El General José Félix Ribas, el valentísimo soldado, que nunca tuvo un revés en su brillante carrera militar, el triunfador en Niquitao, Horcones, la Victoria, Charallave, Ocumare & fue nombrado primer Jefe del ejército independiente; y a pesar de estar unido con lazos de parentesco de afinidad con Bolívar, de que le debía a éste inmensa gratitud, cegado por la ambición y el orgullo, no tuvo empacho Ribas, en poner preso a Mariño y destituir a Bolívar, aun cuando dejándole en libertad. Pero sucedió, cosa increíble, que el ladrón Bianchi reclamó enérgicamente la entrega de Bolívar y Mariño. El 8 de Septiembre salieron, pues, éstos de Carúpano para Cartagena; y en el mismo día llegaba de Margarita el General Manuel Piar, otro valentísimo y ambicioso soldado, que había sido nombrado segundo de Ribas, ansioso de hacerse cargo de su nueva autoridad.

Concluyendo de referir estos deplorables sucesos, los clásicos e imparciales historiadores Baralt y Díaz, se expresan en estos términos: "Así, un acto de insubordinación fue origen de los desastres de Aragua; uno de ambición y motín privó a la República del brazo y la cabeza de Bolívar. Más grande que todos fue el mal que causó dando un ejemplo fatal a la disciplina y sembrando en los ánimos odios y rencores funestos que después produjeron abundante cosecha de desgracias."

En persecución de los restos del ejército independiente que se retiró a Maturín con Bermúdez, fuese el engreído Morales con más de seis mil hombres, e intimó la rendición de la plaza. Después de una arrogante contestación de los patriotas, libróse el 12 de Septiembre una sangrienta bata-

lla, en la que salió triunfante Bermúdez con su escaso pero impertérrito ejército. El perdidoso Morales escapó con sus pocos soldados, y acampó en Urica.

Piar, por otro lado, dió un nuevo día de gloria a las armas republicanas, triunfando en la quebrada de los Frailes y ocupando a Cumaná, como consecuencia de su victoria, pero, poco después, fue derrotado por el activo Boves en el Salado (16 de Octubre). Este desastre de Piar se debió a su desobediencia, pues tenía órdenes, después de la toma de Cumaná, de reunirse en Maturín con Ribas y Bermúdez.

Estos, por su parte, se hallaban, funestamente, divididos en sus pareceres. Ribas quería, de una manera racional, atacar primero a Morales, antes de que se repusiese de su rota en Maturín y antes de que se uniese con Boves en Urica; y Bermúdez, siempre fogoso y rebelde, pretendía atacar a Boves antes que a Morales. Hízolo así; y pagó cara su temeridad, pues el valeroso Jefe asturiano derrotó completamente a Bermúdez en los Magueyes, (9 de Noviembre); y uniéndose a Morales en Urica. Sobrevino una nueva desaveniencia entre Ribas y Bermúdez; éste, aprovechando de la estratégica situación de la ciudad de Maturín, quiso hacer frente en ella al enemigo; y Ribas atacarlo en Urica.

En este funesto lugar, trabóse, en 5 de Diciembre, un sangriento combate entre el ejército republicano, compuesto de tres mil soldados, y el realista de siete mil hombres. Ribas pretendió compensar el escaso número de sus tropas con golpes de audacia y de valor. Escogió, al efecto, cuatrocientos soldados de caballería de los más aguerridos, formó con ellos dos cuerpos que debían atacar los flancos del enemigo, y rompiéndolos ir a la retaguardia del mismo para caer después sobre éste por la espalda; puso a la cabeza del uno al intrépido Pedro Zaraza, y a la del otro a José Tadeo Monagas. Colocó la infantería en el centro, regida por los Tenientes Coroneles Blas José Paz del Castillo y Andrés Rojas; y a retaguardia el grueso de la Caballería a órdenes del Comandante Jesús Barreto. El cuerpo que mandaba Zaraza cumplió fielmente la orden dada, pues cayó como un huracán, que todo lo arrasa, sobre el ala derecha del ejército realista; y a su impulso irresistible cesaron los enemigos y sobrecogidos de espanto volvieron las espaldas en el desorden más completo.—Boves se había hecho cargo del ala derecha, como la más débil de su línea de combate. Hallábase, como nunca, triste y preocupado, pero valeroso siempre, "después de haber hecho los más heroicos esfuerzos, dice Baralt, para detener a los suyos, quiso retirarse; su caballo indócil a la voz y el freno, se encabritó, y un oscuro soldado republicano, cuyo nombre jamás se ha podido descubrir, le atravesó el pecho de un lanzazo, derribándole en el acto muerto al suelo."

Parecía natural que la trágica muerte del caudillo es-

pañol, el intrépido Boves, hubiese dado el triunfo a las armas republicanas; pero, desgraciadamente, no sucedió lo que era de esperarse; pues el cuerpo que regía Monagas fue rechazado y derrotado completamente, derrota que trajo consigo la de la caballería regida por Barreto, que huyó vergonzosamente, y la infantería pereció toda, inclusive su valeroso Jefe. Zaraza que, después del acto heroico que hemos relatado, se vió envuelto por todas partes por el enemigo, logró abrirse una salida, combatiendo a la desesperada, y perdiendo la mitad de sus valientes soldados. Ribas y Bermúdez, casi solos, llegaron, poco tiempo después, a Maturín.

Puede decirse que la batalla de Urica, dió al traste con la República de Venezuela, con la única ventaja de la muerte de Boves, quien mucho más audaz, valiente e inteligente que Morales, hubiera dado mucho que hacer a la causa de la Independencia, en tiempos posteriores, como lo hizo el canario Morales, quien combatió hasta las postrimerías de la guerra de la Emancipación de España.

Vino, después, como inevitable corolario la toma de Maturín por Morales, (11 de Diciembre), después de un combate en el Hervidero, en que los patriotas hicieron los últimos y desesperados esfuerzos para salvar a la patria agonizante. Después de este acontecimiento, Bermúdez con doscientos hombres se retiró a las montañas del Tigre. El General José Félix Ribas tomó ruta hacia el Occidente, con el propósito de unirse a la división de Urdaneta, a la que suponía en tierras de Barquisimeto; pero al llegar a los montes de Tamanaco, cercanos al valle de la Pascua, en circunstancias que el desgraciado General, triste y abatido, descansaba de su fatigoso viaje, fue sorprendido por los vecinos del pueblo inmediato, solo y profundamente dormido; y conducido a él fue muerto a manos de la plebe inconsciente y sanguinaria. Se descubrió el paradero de Ribas por un negro suyo que enviado por él a buscar artículos de subsistencia en la población inmediata, despertó sospechas, y sujeto a tormento, descubrió el sitio en que se encontraba Ribas. La cabeza de este malogrado General, cubierta con el gorro frigio que siempre usaba, puesta en una jaula de hierro, fue colocada en el camino de la Guaira. Alardes de ferocidad propios de los Gobernantes españoles de ese aciago tiempo.

Echemos una rápida ojeada a los principales sucesos que se desarrollaron en la Nueva Granada, durante el año de 1814. Sabido es que el General Antonio Nariño, el precursor de la independencia Neo-Granadina, fue hecho prisionero en el Ejido de Pasto, después de haber obtenido los brillantes triunfos de Palacé y Calibío, y forzando el paso del correntoso Juanambú, las victorias de Cebollas o Chacapamba y de Tasines.—Nariño al ausentarse de Bogotá para emprender las campañas de que hemos hablado, re-

nunció la dictadura que se le había confiado, y dejó al frente del Gobierno de Cundinamarca al Presidente legalmente electo, Dr. Manuel Bernardo Alvarez, tío de Nariño, hombre de letras, sencillo e incapaz de dominar la situación en que se encontraba la Nueva Granada. Lejos de procurar la armonía y unión de todos los granadinos, Alvarez, mal aconsejado, pretendió que Cundinamarca no entrase a formar parte de la Federación que habían constituido las provincias granadinas. Este capricho censurable, desde luego, fue origen de una guerra civil, como lo fueron antes las disensiones entre centralistas y federalistas, o sea, entre Nariño y Baraya, General de las tropas del Congreso o de la Unión.

Para relatar el término de esa lucha intestina, tenemos que referir que Bolívar expulsado de Venezuela, en virtud del motín militar encabezado por Ribas, arribó a Cartagena, y desde allí trasladóse a Tunja, a dar cuenta de su conducta en las campañas de Venezuela al Congreso de las provincias granadinas, que funcionaba en dicha ciudad, en la que se unió con el General Rafael Urdaneta, que había pasado a territorio granadino con los restos del ejército de Venezuela, que operaba en el Occidente de esta República. El Congreso aprobó plenamente la conducta de Bolívar, y le nombró Jefe de las tropas que debían someter a Cundinamarca al Gobierno de la Unión. Bolívar marchó sobre Santafé, pero deseoso de evitar que se derramase sangre de hermanos, al llegar a la hacienda denominada Techo, en la sabana de Bogotá, distante una legua de la Capital, ofició al Presidente Alvarez, en los términos más corteses, persuadiéndole a evitar una guerra fratricida. Alvarez contestó que la Representación Nacional había resuelto que Cundinamarca no entrase en la Federación, y que defendería los intereses del pueblo hasta el último trance. La lucha se hizo, pues, inevitable; y principió el 10 de Diciembre, siendo la ciudad acometida por circunvalación. Las tropas de Bolívar entraron ganando calles y tomando las manzanas, horadando las paredes de unas a otras casas: de esta manera, por la tarde de aquel día, dichas tropas se encontraron a una cuadra de distancia de la plaza principal.

Para evitar más desgracias a la ciudad, cuyas calles estaban empapadas en sangre y con cadáveres de uno y otro bando, tendidos en ellas, Bolívar propuso una suspensión de hostilidades, la que admitida por Alvarez, trajo como consecuencia una capitulación, en la que Cundinamarca reconocía al Gobierno del Congreso, como las demás provincias, y ponía a disposición del General Bolívar las armas y demás elementos de Guerra.

Bolívar, sagaz y conocedor del mundo, se captó las simpatías de todos los bogotanos. El historiador Groot refiere, en su Historia Eclesiástica y Civil de Nueva Granada, que: "Dn. Manuel Alvarez se disculpó ante Bolívar de su tenaci-

dad en resistirle, diciendo que le habían persuadido con mil falsas noticias, que venían a fusilarlo con todos los españoles que había en la ciudad. Bolívar, con su genial franqueza, le contestó: “¿Cómo había yo de hacer eso con U., si a U. le han de fusilar los *godos*?” Palabras que tuvieron su cumplimiento antes de dos años.” En efecto, el desgraciado Alvarez fué fusilado en la plaza de Santafé, por orden del Pacificador Morillo.

Sinteticemos: A fines de 1814, se hallaba completamente subyugada Venezuela por las tropas realistas. Apenas mantenían latente el fuego del patriotismo el famoso e invencible José Antonio Páez, en las márgenes del Apure, y los indomables Zaraza, Cedeño, los Monagas, Rojas &, con algunas partidas de guerrillas ocultas en los bosques o vagando en las extensas llanuras de Oriente. La Nueva Granada continuaba dando el funesto ejemplo de las disensiones civiles. El Ecuador permanecía bajo el yugo del Gobierno Colonial.

CAPITULO V.

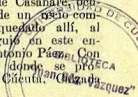
NUEVA GRANADA.—1815 a 1819

Rencillas domésticas en Cartagena.—Operaciones de los realistas en los valles de Cúcuta.—La caballería realista es destrozada en Guadualito.—Expedición de Bolívar sobre la provincia de Santa Marta.—El Gobierno de Cartagena se niega a prestar auxilios al Libertador.—Funestas desavenencias entre el Gobernador Amador, Castillo, Morimón y Bolívar.—Tratado entre Castillo y Bolívar.—Los realistas se apoderan del Bajo-Magdalena y de Mompoz.—El General Florencio Palacios se hace cargo de las tropas de la Unión.—Pérdida de éstas.—Combate favorable a los patriotas a orillas del río del Palo.—Sámano se hace cargo del ejército realista del Sur de Nueva Granada.—Expedición española al mando del Teniente General Dn. Pablo Morillo.—Su desembarco en Puerto-Santo.—Pacifica la Isla de Margarita.—Llega a Caracas.—Se dirige a Puerto-Cabello, de donde toma rumbo para Santa Marta.—Famoso sitio de Cartagena.—Los habitantes de esta ciudad la evacúan el 5 de Diciembre de 1815.—Ocupación de Cartagena por Morillo.—El Coronel Sebastián Calzada invade la provincia de Casanare.—Es derrotado en Chire.—Calzada llega a Chita.—Derrota a Urdaneta en Chitagá.—Brillante retirada del Coronel Francisco de Paula Santander de Ocaña a Piedecuesta.—Terrible derrota que sufre García Robira en el páramo de Cachirí.—Es nombrado Presidente de la Unión el Dr. José Fernández Madrid.—Serviez, nombrado General del ejército patriota, trata de retirarse a los Llanos de Casanare.—Desavenencias entre este General y el Presidente Ma-

drid.—Bayer se apodera de la provincia del Chocó.—Warleta se enseñorea de la provincia de Antioquia.—Donato Santa Cruz se apodera del Alto-Magdalena.—Disolución del Congreso de la Unión.—Serviez emprende su retirada a los Llanos de San Martín, por Cáqueza.—Es derrotado en este lugar.—Retirada del Presidente Madrid a Popayán.—Entrada de La Torre en Santafé.—Morillo hace la suya el 26 de Mayo de 1816.—Errores cometidos por este Jefe.—Sámano derrota a los patriotas en la Cuchilla del Tambo, y el Coronel Tolrá, en la Plata.—Los realistas se apoderan de la provincia de Casanare.—Marcha Morillo a Venezuela.—Sámano queda de Gobernador Militar en Santafé.—Los patriotas de Casanare recuperan su Independencia.—Muerte heroica de Policarpa Salavarrieta.—Sámano es nombrado Virrey de la Nueva Granada.—Infructuosa expedición del Coronel José María Barreiro a los Llanos de Casanare.

A raíz de la entrada de Bolívar en Santafé, el Congreso de la Unión Granadina, invitado por el Colegio Electoral de Cundinamarca, se instaló en dicha ciudad. El Poder Ejecutivo lo ejercían el Dr. Custodio García Robira, Torises y el Brigadier José Miguel Pey. Parecía que, terminada la guerra civil de que hemos hablado, se hubiera consolidado y adquirido algún vigor la Federación Granadina. No sucedió así, porque en la provincia de Cartagena estaban latentes las rencillas civiles entre los partidarios de García Toledo y los de los hermanos Piñérez. Unos y otros pretendían el mando, hasta que fue nombrado, interinamente, Gobernador Dn. Pedro Gual, natural de Caracas. Este permitió que el Coronel Manuel Castillo penetrase clandestinamente con un cuerpo de tropas, que estaba a sus órdenes, en Cartagena; y apoyado en dicho cuerpo, Gual desterró a Toledo y los Piñérez. Restablecida, algún tanto, la calma, con esta medida, fue nombrado Gobernador de Cartagena Dn. Juan de Dios Amador.

La parte oriental de la Nueva Granada, o sea, los valles del Cúcuta, estaban amenazados por el Coronel Remigio Ramos, quien, siguiendo los caminos de Chinácota y Bochalema, se presentó, el 7 de Enero de 1815, sobre las fortificaciones del Chopo. Al mismo tiempo el Coronel Sebastián Calzada, a cuyas órdenes estaba Ramos, saliendo de Guadualito quiso caer, con los batallones Sagunto y Numancia, creados por aquel, sobre la villa de San Cristóbal. Se frustraron los planes de los dos Jefes realistas, porque el Coronel republicano Olmedilla, con las tropas de Casanare, ocupó el 30 de Enero, a Guadualito, después de un ósio combate con la caballería realista que había quedado allí, al mando del Comandante Pacheco. Se distinguió en este encuentro el Jefe de escuadrón Dn. José Antonio Páez. Con el objeto de recuperar Guadualito, lugar de donde se proveían de ganado los esquilados valles de Cúcuta, Calzada



y Ramos emprendieron la retirada hacia Barinas; y Urdaneta quedó dueño de ellos hasta la Grita, aunque sufriendo mil penalidades, por la falta de víveres. Como Guadualito fue evacuado por Olmedilla, que sólo había marchado allá, en sus varias correrías, con las que hostilizaba a las fuerzas realistas, Calzada volvió a ocuparla, y estableció su cuartel general de invierno en dicha villa.

Bolívar, con las tropas de la Unión, que ascendían a dos mil hombres, fue encargado de apoderarse de la provincia de Santa Marta, que anteriormente, por medio de una contrarrevolución de los indios de las cercanías de esa ciudad, principalmente de los habitantes de Bonda y Mamacoto, ante quienes huyó cobardemente el aventurero Labatut, había vuelto a reconocer el Gobierno de España. Bolívar salió con su expedición que sólo tenía quinientos fusiles, el 24 de Enero de 1815, y llegó a Monpox. De este lugar solicitó del Gobierno de Cartagena armas y municiones para equipar su ejército, según las instrucciones que recibió del Gobierno de la Unión. Con este motivo, habiendo revivido el antiguo odio e infundada rivalidad del Coronel Castillo contra Bolívar, se suscitó una serie de desavenencias entre éste y el Gobierno de Cartagena, que se negó tenazmente a proporcionar a Bolívar los elementos de guerra pedidos. El Gobierno de la Unión, en vista de tan antipatrióticas rencillas, comisionó al Dr. Juan Marimón, Canónigo de la Catedral de Cartagena, para intervenir amigablemente entre los disidentes y hacerlas cesar. Marimón no cumplió con tan honroso cometido, sino que se puso de parte del Gobernador Amador, del General Manuel Castillo, del Coronel Mariano Montilla y de los demás enemigos declarados de Bolívar. Llegaron las cosas a tal extremo, que Bolívar, después de una junta de guerra celebrada en Turbaco, en 26 de Marzo de 1815, y después de haber agotado los medios conciliatorios, se propuso apoderarse por la fuerza de las armas que, con tanta tenacidad e injusticia le negaba el Gobierno de Cartagena; y sobrevino, como consecuencia, una funesta y censurable guerra civil entre Bolívar y el Gobierno de Cartagena. De esta guerra son responsables ante la Historia, en primer lugar, Castillo, Amador, Marimón, Montilla, & pero, también, lo es Bolívar que debió, antes de iniciarla, separarse del mando del ejército, como lo hizo después.

Habíanse cruzado ya balas fratricidas en Alcibia, Pasacaballos, la Oveja y otros lugares inmediatos a Cartagena, cuando se recibió la sensacional y funesta noticia de que el General español Pablo Morillo había arribado a las costas de Venezuela, con una expedición compuesta de quince mil soldados aguerridos de los vencedores de las huestes napoleónicas en Bailén, los Arapiles y la Victoria, con el objeto de pacificar a Venezuela y Nueva Granada. En vista de tan inminente peligro, cesaron las hostilidades entre Cas-

tillo y Bolívar, y se celebró, el 8 de Mayo de 1815, entre los dos un convenio de paz y amistad. En virtud de él, e inmediatamente, Bolívar acompañado de su Secretario Pedro Briceño Méndez, se embarcó en el caño de Basurto; desde allí se trasladó al bergantín de guerra inglés, la "*Descubierta*", que le llevó a Jamaica. Pocos días después se dirigieron a la misma Isla, el General Mariño, los dos hermanos Carabaño y otros oficiales venezolanos. Parece que la Providencia dispuso que el futuro Libertador de Colombia y el Perú abandonase un territorio tan ingrato y hostil para con él, para que, en época más propicia, no muy lejana, viniese a cumplir su grande y sublime misión, como así se verificó.

El General Florencio Palacios, natural de Caracas, quedó al frente de las tropas de la Unión, y aun cuando, al principio, resignó el mando en el Teniente Coronel Domingo Mesa y en el Mayor General Mariano Montilla, poco después, lo reasumió en Turbaco. Se reabrieron las heridas mal y recientemente cicatrizadas entre los Jefes de Cartagena y los venezolanos. El General Palacios, llevado de su odio y resentimiento, por los insultos dirigidos a sus compatriotas, a quienes se les llamaba *hombres sin patria*, penetró con sus fuerzas al interior de la Nueva Granada, hizo una tentativa inútil de recuperar a Mompox, que había caído en poder de los realistas; y se retiró a Magangué, villa situada a la orilla izquierda del río Cauca, donde permaneció inactivo e inobediente al Gobierno de Cartagena, y donde se consumó la casi total disolución del ejército que tenía a sus órdenes.

Censurable fue la conducta del General Palacios, pues, merced a ella y a la de sus rivales, se habían apoderado los realistas de Barranquilla, Sabanilla, Soledad y de todos los pueblos que hay desde Barranca hasta la embocadura del Magdalena. Los males que produjeron la insensata y larga lucha civil de que hemos hablado fueron incalculables, tales como: la pérdida de un brillante ejército, compuesto de mil hombres, de más de dos mil fusiles, de cien piezas de artillería, de treinta y cuatro buques armados que componían la escudrilla republicana, de vestuarios, &c. Es indudable que si el Gobierno de Cartagena hubiera confiado, oportunamente, estos elementos de guerra, que de manera tan punible los perdió, a Bolívar, éste con su genio, actividad y energía, habría reconquistado Santa Marta, y habría impedido la toma de Cartagena, que, poco después, la llevó a cabo el Pacificador Morillo.

Al arribo de éste a la Costa-Firme, la situación de la Unión Granadina no podía ser más lamentable, puesto que sólo contaba con tres diminutos y diseminados ejércitos, en su vasto territorio: el de Cúcuta a órdenes del General Urdaneta, el de Casanare a las del General Ricaurte, y el del Cauca, a las del General José María Cabal. En este último

ejército desempeñaban altos cargos, el Coronel francés Manuel Serviez, el Coronel quiteño Dn. Carlos Montúfar y el Teniente Coronel granadino Pedro Monsalve.

Toda la extensa provincia de Popayán, a excepción del valle del Cauca, después de la prisión del General Antonio Nariño, se hallaba en poder de los realistas.

El Presidente de Quito, Dn. Toribio Montes no cejaba en su empeño de enseñorearse y expulsar a los patriotas del valle del Cauca, así es que, separado Aymerich del mando del ejército realista de Pasto, fue reemplazado por Vidaurrázaga. Este atacó a las tropas republicanas mandadas por Cabal y Serviez, el 5 de Julio de 1815, y sufrió una completa derrota en un lugar situado a la orilla setentrional del río del Palo, uno de los tributarios del Cauca, en el principio del hermoso valle de este nombre. Los que más se distinguieron en esta batalla fueron el Sargento Mayor Pedro Murgueitio, Jefe del batallón «Popayán», y el Capitán Liborio Mejía Comandante del batallón «Antioquia.» Los patriotas se apoderaron de la ciudad de Popayán, pero no pudieron avanzar un solo paso hacia el Sur, porque el valle del Patía estaba infestado de guerrillas enemigas. Destituído y sometido a juicio Vidaurrázaga, por su derrota en el «Palo», Montes volvió a poner el ejército al mando de Dn. Juan Sámano, quien se hallaba en Quito, sometido también a un enjuiciamiento criminal por las derrotas que sufrió en Palacé y Calibío, por el ejército de Nariño. Sámano, a pesar del resentimiento con el Presidente Montes, por los desaires y mal comportamiento de éste para con aquel, se puso al frente del ejército realista, lo aumentó y estableció en él la más severa disciplina; pero se abstuvo, por lo pronto, de atacar a los patriotas, esperando hacerlo en combinación con Morillo, cuyo arribo a la Costa Firme había llegado a los oídos de los realistas del Sur de la Nueva Granada.

Ento tanto, el Gobierno General dictó algunas medidas para la defensa del interior. Una de ellas fue crear un ejército fuerte en Ocaña, ciudad que por su situación podía servir de base para operaciones por tierra contra Santa Marta, y que tiene comunicaciones con los valles de Cúcuta, por la parroquia de Salazar de las Palmas, y con la ciudad de Pamplona, por el páramo de Cachirí. Al efecto, fue enviado el Coronel Francisco de Paula Santander, segundo Jefe de la división de Cúcuta, con doscientos peones y cien jinetes escogidos. No pudiendo Santander aumentar su pequeño ejército, como tenía orden de hacerlo, con los restos del ejército de Palacios que permanecían en Magangué, por hallarse interpuesto el enemigo y carecer de embarcaciones para navegar el Magdalena, se vió en la necesidad el Coronel granadino de permanecer en Ocaña a la defensiva, pues sólo recibió de Santafé un auxilio de ciento cincuenta fusileros, mandados por el Teniente Coronel José María Vergara. Con el cuerpo de tropa que Santander llevó a Ocaña, la di-

visión de Cúcuta, regida por Urdaneta, quedó reducida a seiscientos infantes y doscientos cincuenta jinetes.

Cartagena, sobre la cual iba a desatarse una próxima y terrible tempestad, pues era indudable que Morillo la acometería por mar y tierra, nada hizo para conjurarla. El Gobernador Amador, aunque bueno y honrado comerciante, no era el hombre llamado para dominar tan crítica situación. Lo mismo debe decirse del rutinero, vano, presuntuoso y poco emprendedor General Manuel Castillo, que mandaba en lo militar, y dirigía las operaciones de la guerra. Entonces se echó de menos la pérdida del aguerrido ejército de Bolívar, y sobre todo la falta de tan ilustre Jefe.

Algún tanto vino a levantar los abatidos ánimos de los republicanos de Cartagena, la captura de una fragata española denominada *Neptuno*, llevada a cabo en las bocas del Atrato, en las cercanías de Tolú, por el pailebot EJECUTIVO y la cañonera *Concepción*, a órdenes del oficial Tafur y del Alférez de fragata Dn. José Padilla. En la *Neptuno*, encontraron al Gobernador de Panamá, el Mariscal de Campo Dn. Alejandro Hore, con su familia, doscientos setenta y cuatro soldados españoles, dos mil fusiles, y otros muchos artículos militares. Como tanta necesidad había de fusiles, fueron remitidos, inmediatamente, mil doscientos, por el río Atrato, a Antioquia.

Otro acontecimiento brilló como un rayo de esperanza para los cartageneros, y fue el arribo al puerto de la corbeta *Dardo*, de veintiocho cañones, a órdenes de su armador y Capitán Dn. Luis Brión. En ella traía el Teniente Coronel José María Durán, para las Provincias Unidas de Nueva Granada, quince mil doscientos fusiles, dos mil quinientas llaves de fusil, cuatrocientas pistolas, trescientos sables, tres imprentas y una armería completa. Lo malo fue que ni siquiera una parte de los fusiles fue conducida al interior de la Nueva Granada, donde tanta necesidad se tenía de ellos, por no haber dictado las medidas oportunas el Gobernador del Socorro y el Gobierno General.

Antes de ocuparnos del famoso sitio y captura de la heroica ciudad de Cartagena, llevada a cabo por Morillo, digamos algo acerca de este Jefe y de su expedición. Restituido Fernando VII al trono de España, después de terminada gloriosamente para esta Nación la guerra llamada de la Independencia, contra los invencibles ejércitos de Napoleón el Grande, pensó seriamente el Monarca español en pacificar las colonias hispano-americanas, levantadas en armas para obtener su Emancipación de la Metrópoli. Fijóse, para Jefe de la expedición que envió con ese objeto, en el Teniente General Dn. Pablo Morillo, por indicación del Duque de Wellington. Si acaso Fernando VII, siguiendo el consejo de personas prudentes, hubiera elegido al Teniente General Pedro Mendinueta para Jefe de las tropas expedicionarias, habría conseguido, a no dudarlo, la pacificación, durante lar-

gos años, de la Nueva Granada, porque Mendinueta dejó profundas simpatías en los granadinos, cuando ejerció el cargo de Virrey de esa colonia.

Como Morillo desempeñó el principal papel en la guerra de la Independencia, desde 1815 hasta 1820, diremos algo acerca de este siniestro personaje, que manchó sus manos con la sangre de los más ilustres granadinos de aquella época. Dn. Pablo Morillo empezó su carrera militar de soldado de marina. Ascendió a cabo y sargento, y sirvió bajo las órdenes del Capitán de Fragata Dn. Antonio Villavicencio. Cuando estalló la guerra de España con Francia, en 1808, fue ascendido Morillo a oficial de infantería de línea, y en calidad de tal hizo con éxito la guerra de partidas en Galicia. Portóse bizarramente en el sitio de Vigo, y obligó al Jefe francés a capitular, titulándose Coronel, sin serlo, pues aquel se resistía a celebrarla con un oficial de inferior graduación. El Consejo de Regencia de España aprobó la conducta de Morillo, y le confirió realmente el grado de Coronel. Igual brillante comportamiento tuvo Morillo en Extremadura, pues formó allí el Regimiento de la Unión con el que, cuando el Mariscal Soult se aproximaba a Badajoz, penetró en la plaza y mediante una lucida operación estratégica impidió que aquella se rindiera. Sirvió, después, bajo las órdenes de Lord Wellington, hasta que concluyó la guerra de España con Napoleón I, época en que tenía ya el grado de Mariscal de Campo. Tal era el Jefe que vino a América con un ejército para sujetar a los rebeldes. Fue uno de los *vencedores del invencible*, valiente y donado militar, pero, bajo el aspecto intelectual, no tenía iniciativa propia, pues se dejó guiar Morillo por su segundo, el Mariscal de Campo Dn. Pascual Enrile, hijo del Marqués de Casa-Enrile, y natural de la Habana, hombre cruel y sanguinario; y por ello y por temperamento cometió atrocidades en Nueva Granada y Venezuela, dando como natural resultado la reacción de estas comarcas contra el Régimen Español, hasta derrocarlo y proclamarse libres e independientes.

La expedición comandada por Morillo y Enrile, la más numerosa e importante que vino a América, zarpó de Cádiz para Costa-Firme el 18 de Febrero de 1815, y arribó el 3 de Abril a Puerto-Santo, a barlovento de Carúpano. Componíase de quince mil soldados veteranos, de todas armas, incluyendo la marinería. La expedición vino en sesenta y cinco buques de transporte y otros menores, escoltados por el navío "San Pedro Alcántara", de setenta y cuatro cañones.

Cuando Morillo llegó a las costas venezolanas, no encontró un solo enemigo armado en todo el territorio; pues Morales, después de tomada Maturín, ocupó a Cariaco, Carúpano y Río-Caribe; y el 15 de Febrero de 1815 se apoderó de Güiría, defendida por Bermúdez y Videau, quienes

lograron escapar a Margarita, donde todavía gobernaba Arismendi.

El ejército realista que vino de España unido al que tenía Morales, que se componía de cinco mil hombres, montó a la enorme suma de veinte mil plazas.

La primera operación del Pacificador fue ir en persona con una escuadrilla de veintidós velas al mando de Dn. Juan Gabazo, que conducía tres mil hombres regidos por Morales, a la isla de Margarita, para domeñarla. Arismendi, conociendo que era imposible toda resistencia, tuvo la cordura de someterse a los invasores. Bermúdez, en cambio, siempre audaz y precipitado, reprobó la resolución de sus comilitones, y metiéndose en una pequeña embarcación, pasó por en medio de la escuadra española, compuesta entonces de ochenta y cinco buques, y después de haber recorrido algunas pequeñas Antillas, fue a parar en Cartagena.

Arreglada la administración de Margarita, como también la de Cumaná, Morillo dió la vela para la Guayra y llegó a Caracas el 11 de Mayo de 1815. Como aquel se hubiese comportado con humanidad en Margarita, pues trató muy bien aún al mismo Arismendi, patriota temible por su valor y ferocidad, todos los habitantes de Caracas concibieron esperanzas de tranquila e incruenta pacificación. Pronto palparon su desengaño, pues el primer paso que dió Morillo fue el de la destitución del Capitán General Cagigal, por chismes de Morales quien odiaba de muerte a aquel, porque había tratado, aunque en vano, de contenerle en sus rapacidades e innumerables matanzas. Con la destitución de Cagigal, hombre manso, moderado y prudente, que hubiera servido como de pararrayos contra las iras de Morillo y de los demás Jefes expedicionarios, la situación de los patriotas llegó a ser calamitosa.

En efecto, Morillo creó una *Junta de secuestros*, que la puso bajo la presidencia del Brigadier Dn. Salvador Moxó, hombre cruel, rapaz y de una salacidad extremada; y en lugar de la antigua Real Audiencia, formó un Tribunal llamado de Apelaciones. Con estas medidas arbitrarias e imprudentes, la vida y propiedad de los venezolanos quedaron a merced de los Jefes expedicionarios; y ellas, condenándoles a la muerte, o a la miseria y la opresión, les indujeron a buscar en la guerra su única esperanza de salud, como así lo hicieron.

A esta causa de reacción patriótica, se juntaron otras dos: 1^ª. La quema del navío «San Pedro Alcántara» en la isla de «Coche», el 24 de Abril de 1815, perdiéndose con él gran cantidad de municiones, pertrechos, armas, y la caja del ejército, aun cuando algunos aseguran que ésta jamás salió de Cádiz, y que el incendio del navío fue premeditado para encubrir el robo; pero ello es que Morillo, privado de recursos pecuniarios, exigió de Caracas una contribución de doscientos mil pesos, lo que exasperó a todos sus habitan-

tes: 2^a El insensato desprecio con que Morillo y sus oficiales trataron a los valerosos soldados americanos que habían destruído la República. Uno de los Jefes expedicionarios Dn. Francisco Mendivil, refiriéndose a ellos había dicho: «Si éstos son los vencedores, ¿quiénes serán los vencidos?» Esta frase impertinente fue aplaudida repetidas veces por Morillo, considerándola como un chiste agudo y saleroso. Despreciados, privados de sus despachos, y muchos expulsados ignominiosamente del ejército realista, los más distinguidos militares del país, que habían prestado sus servicios a la causa realista, fueron a engrosar las filas republicanas, y a buscar entre sus hermanos venganza contra los orgullosos peninsulares.

Inplantado el régimen despótico de que hemos hablado, y dejando solo en el nombre de Capitán General interino de Venezuela al Brigadier Cevallos, pues Moxo era realmente el que ejercía el mando, el Pacificador, con una escuadra compuesta de cinco mil soldados españoles y tres mil de las tropas de Morales, zarpó de Puerto—Cabello con rumbo a Santa Marta, y arribó felizmente a esta plaza el 22 de Julio de 1815.

Después de dar algún descanso a las tropas realistas, Morillo abrió campaña contra Cartagena, y empezó el asedio y sitio de esta heroica ciudad, acaso la plaza más fuerte de la América del Sur, en aquella época, durante el mes de Agosto de 1815. Morillo confió la vanguardia de su ejército, que marchó por tierra, a las tropas venezolanas, compuestas en su mayor parte de *pardos* acostumbrados a sufrir el calor y la humedad de Costa-Firme. Mandaba aquellas tropas aguerridas y formadas en la escuela de Boves, el Brigadier Francisco Tomás Morales, a quien Morillo dió el sobrenombre de *terror de los malvados*, como si fuese un crimen inaudito el que los Americanos se hubieran atrevido a reclamar los derechos concedidos al hombre por el Autor de la naturaleza. Cuando Morillo supuso que estaría próxima a Cartagena la división de vanguardia, embarcó el 14 de Agosto las tropas españolas y algunas milicias de Santa Marta en su escuadra, y se hizo a la vela para aquella plaza, acompañado de su segundo, el Brigadier de la Marina Real Dn. Pascual Enrile, del Capitán General de Nueva Granada Dn. Francisco Montalvo (pues se había suprimido el título de Virrey por el Gobierno Español) y de dos inquisidores.

El 18 de Agosto se presentó la escuadra real a la vista de Cartagena, y en los dos días siguientes se verificó el desembarco de las tropas a barlovento del puerto de Arroyohondo. Hecho el desembarco, quedó establecido por tierra el bloqueo, fijando definitivamente el Jefe español su cuartel general en la hacienda de «Torrecilla», a cuatro leguas de la plaza. El 28 de Agosto, llegó por tierra la división de Morales, quien, como de costumbre, desplegó su bárbara fiereza contra todos los pueblos que se opusieron a

su marcha; y tomó por sorpresa una lancha y dos bongos armados en Pasacaballos. Morales logró que todo el circuito de la bahía fuese ocupada por su división; y estableció sus reales en la hacienda del «Mamonal».

El Gobierno y los Jefes militares de Cartagena hicieron todo lo que les fue posible para poner la plaza en el mejor estado de defensa. Se llamó a todas las fuerzas republicanas que se hallaban dispersas para que se concentrasen en la plaza, inclusive los restos del ejército, regidos por el General Palacios, cuando Bolívar partió de Cartagena a Jamaica. Se publicó la ley marcial. Se remitieron emisarios a las Antillas y a los Estados Unidos para adquirir víveres. Se montaron sesenta y seis cañones en las murallas de Santo Domingo y Santa Catalina, se abrieron fosos, y se fortificó y coronó de gruesa artillería el cerro de la Popa. En virtud de un alistamiento general que se hizo de todos los hombres, desde diez y seis hasta cincuenta años, se reunieron tres mil seiscientos, que se distribuyeron en los puntos principales, poniéndolos bajo las órdenes de Jefes de conocido valor e inteligencia, tales como: el General Bermúdez que, como lo referimos, se escapó de Margarita, el Coronel granadino Luis Rieux, el español Cortés Campomanes, el Teniente Coronel Narváez, Herrera, &. La escuadrilla estaba comandada por el Brigadier Esloba, y bajo las órdenes de éste regía una división el Teniente de Navío Luis Aury. El General Manuel Castillo, el rival y enemigo declarado de Bolívar, ejercía la Comandancia General de armas, y el Coronel Venezolano Mariano Montilla desempeñaba el cargo de Mayor General.

Indudable era que con estas medidas de defensa y con el entusiasmo de que estaban henchidos todos los habitantes de Cartagena, sin distinción de edad ni sexo, las poderosas fuerzas terrestres y marítimas de Morillo se hubieran estrellado contra los muros y baluartes de esa heroica ciudad, como les aconteció cuantas veces trataron de tomarlos por asalto. Desgraciadamente, los sitiados no recibieron auxilio de ninguna clase del exterior ni tampoco del interior de la Nueva Granada; siendo esta la causa de la pérdida de Cartagena, y de su ocupación por Morillo.

El Jefe español no pudo conseguir la rendición de la ciudad, bombardeándola, como lo hizo; pero lo consiguió mediante el riguroso bloqueo que trajo, como consecuencia, el imperio del hambre y de la peste sobre los habitantes de la plaza sitiada. Después de haber consumido éstos todos los víveres y de haberse alimentado con cueros y carne de burros, mulos, perros, gatos y aun de animales inmundos; y después de haber perecido la tercera parte de la población, o sea, seis mil personas, por el hambre y las enfermedades, no se rindieron todavía los cartageneros ni celebraron capitulación con el enemigo. Adoptaron más bien la medida de evacuar la ciudad, clavando los cañones, y así lo verifica-

ron, el 5 de Diciembre de 1815, los que pudieron, o sea, dos mil personas, embarcándose en las naves de que pudieron disponer, en medio de los fuegos de la escuadra enemiga. De los emigrados, cosa de seiscientos lograron arribar a Jamaica y a los Cayos de San Luis en la isla de Haití. Todos los demás perecieron; pues una furiosa tempestad que se desató después de su salida de Cartagena dispersó la flotilla de los emigrantes, y éstos fueron víctimas del hambre, de las enfermedades y de los maltratos de parte de los Capitanes de los buques, que eran casi todos corsarios, o bien, fueron apresados y pagaron su amor a la patria en un cadalzo. De las personas que salieron de la ciudad, antes de terminarse el sitio, la mayor parte murieron de inanición en los bosques inmediatos a Cartagena.

El sitio de esta ciudad, que duró ciento ocho días, desde el 20 de Agosto de 1815, hasta el 6 de Diciembre del mismo año, constituye una de las páginas más brillantes de los fastos de la Independencia Colombiana, por el heroísmo y constancia de los cartageneros, quienes *murieron pero no se rindieron*, ante las aguerridas y numerosas huestes del Teniente General Dn. Pablo Morillo. El sitio de Cartagena es más grandioso, en nuestro concepto, que los famosos de Zaragoza y Gerona en la guerra de España con Francia en los albores del siglo XIX, de los que tanto se enorgullecen, y con razón, los hijos de la Península Ibérica.

Morillo no ocupó a la ciudad, sino el 6 de Diciembre de 1815, cuando supo que ésta había sido abandonada; y perdió, durante el asedio, cerca de tres mil quinientos hombres, la mayor parte víctima de las enfermedades infecciosas propias de los climas tropicales. Al penetrar en el recinto de la ciudad, la encontraron los expedicionarios desolada y sembrada de cadáveres insepultos; y tales parecían también los pocos sobrevivientes que habían logrado escapar de los horrores del sitio.

Reproduzcamos lo que el Capitán General Dn. Francisco Montalvo decía en un oficio al Ministro de Guerra, dándole parte de la rendición de Cartagena:

“El aspecto horrible que presentó la ciudad a nuestros ojos no se puede describir exactamente. Cadáveres por las calles y casas: unos de los que acababan de morir al rigor del hambre, y otros de los que habían expirado dos o tres días antes, y que por ser en número tan considerable parece que no había tiempo para sepultarlos. Otras personas próximas a fallecer de necesidad: una atmósfera sumamente corrompida que apenas permitía respirar. Nada, en fin, se dejaba notar en estos infelices habitantes sino llanto y desolación.”

La rendición de Cartagena le valió a Dn. Pablo Morillo el pomposo título de “Conde de Cartagena”; y el mismo, ponderando el heroísmo de sus habitantes, dijo en una proclama dada en esa ciudad, el 22 de Enero de 1816: “La

ocupación de la inexpugnable Cartagena *es un milagro palpable.*"

Nos parece oportuno referir el trágico fin del General Manuel Castillo. Destituido éste, mediante una rebelión, de la Comandancia militar de Venezuela, fue reemplazado por el General José Francisco Bermúdez. Pidió, entonces, Castillo pasaporte para salir de la plaza e irse a una de las Antillas, y le fue negado. Trató igualmente, de salir con la emigración que evacuó la ciudad, el 5 de Diciembre, y se opusieron tenazmente a ello los militares venezolanos, que le tenían odio a Castillo por su anterior destemplada y censurable conducta para con Bolívar y sus subalternos. Vióse, pues, obligado el General Castillo a buscar refugio en el convento de carmelitas de Cartagena, de donde fue extraído; y poco después fusilado por la espalda como traidor, junto con el Dr. García Toledo y otros patriotas de Cartagena.- De esta manera desastrosa terminó sus días el General Manuel Castillo; y aunque sus ruidosas e injustas desavenencias con Bolívar y los Venezolanos le perdieron, y perdieron también a la República, siempre será un borrón eterno para los individuos que tomaron parte en el acto de impedirle a ese desgraciado General que saliese de Cartagena, cuando pudo hacerlo.

Dijimos que Cartagena no recibió auxilios, durante el sitio del Gobierno general de la Unión Granadina. Expliquemos, ahora, los motivos porque no los recibió. Desde el mes de Julio dicho Gobierno envió ochenta mil pesos en oro y alhajas para socorrer a Cartagena, que tan escasa se hallaba de numerario; pero el comisionado de conducirlos, Teniente Coronel Feliciano Otero, no aceleró, como debía, sus marchas, y pagó bien cara esta falta. En efecto, el Capitán español Dn. Julián Bayer había sido enviado con una columna del cuartel general de «Torrecilla», por Morillo, con el objeto de ocupar a Tolú, el Zapote y toda la costa de Sotavento, para impedir que de estos lugares se remitiesen provisiones a la ciudad sitiada. Bayer encontró en Chimá a la partida republicana, compuesta de quinientos hombres, que venía custodiando el dinero enviado por el Gobierno de la Unión a Cartagena; y la atacó y dispersó completamente, el 20 de Septiembre de 1815. Escapados los principales Jefes y algunos otros con los intereses que conducían, fueron aprehendidos en "Montería" por la columna del Capitán español Vicente Sánchez Lima, que dispersó, mató e hizo prisioneros a los fugitivos. Allí pereció el Teniente Coronel Otero; y lo que fue más sensible, los realistas se apoderaron de los ochenta mil pesos destinados para Cartagena.

Tampoco pudo el Gobierno de la Unión Granadina enviar ningún ejército en auxilio de la acuitada Cartagena, para atacar por la espalda a Morillo, con motivo de los acontecimientos que a continuación vamos a referir. Cuando Morillo abandonó el territorio venezolano para emprender en el

asedio de aquella ciudad, dejó al Coronel Sebastián Calzada al mando de la quinta división realista, con el encargo de ir por Guadualito a Cúcuta, y de esta ciudad marchar a Ocaña, apoderarse de ella, y ponerse en contacto con las tropas realistas que operaban en la provincia de Cartagena. Sabedor Calzada de que en los llanos de Casanare existía una fuerte división republicana, a las órdenes del General Joaquín Ricaurte, se propuso destruirla, y, conseguido esto, atravesar la cordillera y llegar a Cúcuta, pasando por las provincias de Tunja y Pamplona.

La primera parte de su audaz empresa le salió fallida, porque la fuerza de Ricaurte, compuesta de mil bravos llaneros de Casanare y de ciento cincuenta fusileros, derrotó completamente, el 31 de Octubre de 1815, a la caballería barinense de Calzada, en la llanura de Chire, al pie de la gran Cordillera de los Andes. Calzada logró salvar íntegra su infantería, colocándola en una colina y bosque inaccesibles a los ataques de la caballería patriota, aprovechándose de que ésta, después de la rota de los escuadrones enemigos, se distrajo en apoderarse del numeroso botín de los realistas, inclusive la caja de guerra y equipajes, que se hallaban a retaguardia, del ejército realista y en perseguir a los fugitivos por la inmensa llanura.

Calzada no perdió tiempo, y atrevesando el páramo de la cordillera por el camino de Chita, llegó a este pueblo. Quiso salirle al frente el Gobernador de Tunja, Dn. Antonio Palacios, con gente colecticia que debía ponerse bajo las órdenes del Coronel Serviez, designado por el Gobierno general para tomar el mando de las fuerzas de Tunja. Pero, habiéndose negado éstas a reconocerle como Jefe, se retiró Serviez; y a poco se dispersó la tropa de Palacios, en la inteligencia de que Calzada se había retirado. Este lejos de proceder así, pasó al Cocouí, lugar sito en la provincia de Tunja, y habiendo descansado en él las tropas realistas, se dirigió a la ciudad de Cúcuta, para lo cual era necesario atravesar una parte de la provincia de Tunja y toda la de Pamplona.

El General Rafael Urdaneta, que se hallaba en Cúcuta, llamado por el Gobernador de Pamplona Dn. Fernando Serrano, salió de aquella ciudad para batir a las tropas de Calzada. El General García Robira, a su vez, debía moverse del Socorro con una división que tenía a sus órdenes, con el objeto de ponerle entre dos fuegos al Jefe realista. García Robira creyendo, engañado, que las tropas de Calzada iban en derrota, y que apenas llegaban a seicientos hombres, anduvo tarde en la operación que tenía que ejecutar. Urdaneta, engañado también, se encontró repentinamente con las tropas de Calzada, a orillas del río Chitagá, y aunque conoció, tarde, la superioridad numérica de las fuerzas realistas, no pudo excusar el combate; y sufrió una completa derrota, el 25 de Noviembre de 1815; pudiendo escapar apenas con docientos hombres reunidos, con los cuales fue a parar en "Cúcuta de Velasco". Calzada, a consecuencia de la victoria de Chitagá, ocupó

tranquilamente a Pamplona, donde se estacionó, y dió reposo a su fatigada hueste, hasta recibir auxilios de Maracaibo.

El Coronel Francisco de Paula Santander que, como lo referimos antes, permanecía en Ocaña, tenía órdenes de marchar en auxilio de Cartagena; pero no pudo hacerlo, porque no recibió los refuerzos que debía enviarle el Gobierno de la Unión. Después de la rota de Urdaneta en Chitagá, parecía inevitable que Santander fuese completamente cortado por las tropas de Calzada y por las que regía en Mompox el Brigadier español Luis de Porras; pero no sucedió así, porque Santander, sin arredrarse ni perder un momento, siguiendo el escabroso camino de Río-Negro a Jirón, pasando casi al frente de las posiciones enemigas, llegó con su pequeño ejército íntegro a la villa de Piedecuesta; retirada que es sobre manera honrosa para Santander. En aquella villa se unió éste con los Generales Urdaneta y García Robira; y se formó en la misma el último ejército de la Unión Federal Granadina, que se compuso de los restos de las fuerzas de aquellos Generales y de la que trajo Santander de Ocaña. Este ejército se puso a las órdenes del improvisado General García Robira y del Coronel Santander, como primero y segundo Jefe, respectivamente, porque al General Urdaneta, a quien le correspondía el mando, por su antigüedad y por ser veterano, se le sometió a juicio, para que diese cuenta ante un Consejo de Guerra, de los motivos de su derrota en Chitagá o Bálaga. Apuntaremos, de paso, que la atrevida empresa de Calzada, coronada con un éxito tan feliz y glorioso, se debió en gran parte a las indicaciones de los Oficiales expedicionarios, Dn. Ruperto Delgado y Dn. Carlos Tolrá, el mismo que estuvo en Cuenca en el año 1821 y principios de 1822, y la evacuó, cuando el General Sucre unido con el Coronel Santa Cruz, se acercaban a la ciudad por la vía del Sur.

A instancias del Gobierno de la Unión, ejercido en ese entonces por un solo individuo, que lo era el célebre Dn. Camilo Torres, el General García Robira se movió con su ejército de Piedecuesta para atacar a Calzada, que continuaba en Pamplona, de donde se retiró el Jefe realista a tres jornadas de esta ciudad hacia Ocaña, y recibió un refuerzo de trescientos hombres del ejército expedicionario que le mandó Morillo. Contando ya Calzada con dos mil cien infantes, una compañía de caballería y una pieza de artillería fue en busca de Robira que se había situado, con mil infantes y ochenta caballos, en unas alturas del Páramo de Cachirí. En ellas, Calzada le sorprendió y atacó a Robira. El combate principió el 21 de Febrero de 1816 por la tarde; se suspendió durante la noche, y continuó al día siguiente; siendo su resultado completamente funesto para las armas republicanas. Treientos cadáveres de los patriotas quedaron tendidos en los yermos pajonales de Cachirí; y cerca de cuatrocientos fueron apresados por las victoriosas tropas realistas. A du-

ras penas lograron escapar Robira y Santander, y fueron a dar en el Socorro, donde reunieron unos pocos de los dispersos que lograron salir del funesto páramo, escapando de la tenaz persecución de la Caballería de Calzada.

Descorazonado, completamente, el Dr. Camilo Torres, con la infausta nueva de la terrible rota de Cachirí, renunció la Presidencia; y el Congreso de la Unión Federal eligió para Presidente al Dr. José Fernández Madrid, hombre activo y notable, a quien se le juzgó como el único capaz de salvar la dismantelada nave de la República en el horrible y casi inevitable naufragio que la amenazaba. El Dr. Fernández Madrid aceptó tan espinoso cargo, a pesar de su resistencia, por reiteradas instancias del Congreso y de sus amigos, el 14 de Marzo de 1816.

En esta época la situación de la Unión Granadina no podía ser más lamentable. En efecto, la fuerte plaza de Cartagena se hallaba ya en poder de Morillo; la división del General Rafael Urdaneta había sido destruída en Bálaga (que así se llama también el combate de Chitagá) por el ejército de Calzada; y por último completamente aniquilada en Cachirí la última división con la que se contaba para la defensa de la parte Norte de la República. A esto hay que agregar, que el espíritu público había decaído completamente, debido al cansancio en que estaban los pueblos, después de seis años de estériles guerras intestinas y de las depredaciones y hondo malestar producidas por aquéllas; de manera que la mayor parte de los granadinos estaban listos a cambiar la escarapela tricolor con otra que tuviese la cifra de F. VII.

Al separarse del mando el Presidente Torres, había nombrado General en Jefe de las fuerzas de la agonizante República al Coronel Manuel Serviez, ascendiéndole a General de Brigada. Dichas fuerzas que apenas ascendían a mil doscientos hombres de infantería y caballería, gente bizoña y mal armada, eran las únicas que existían para la defensa de las provincias de Tunja y Cundinamarca; y era de todo punto imposible que con ellas se hiciese frente a las tropas triunfantes de Calzada, quien permanecía en el Socorro, en espera de la división que Morillo envió por Ocaña, al mando del Coronel Dn. Miguel de La Torre, nombrado primer Jefe de toda la división del Norte. Al mismo tiempo, marchaba otra división realista al Chocó, a órdenes del Coronel Dn. Julián Bayer, y una tercera regida por el Coronel Dn. Francisco Warleta, de funesta memoria por sus crueldades, fue destinada para Antioquia y el Cauca. La primera división, o sea, la del Coronel de La Torre ocupó a Tunja, y en seguida a Leiva, donde se reunió con las fuerzas de Calzada. Entonces el Congreso de las Provincias Unidas se disolvió el 21 de Abril, tomando sus miembros diferentes direcciones, con el ánimo de emigrar y escaparse de la venganza de Morillo y sus secuaces.

La columna de Bayer destinada a enseñorearse de la provincia del Chocó, emprendió su viaje por el río Atrato; pero rechazada por los patriotas, que se habían fortificado sobre dicho río, en el punto llamado "El Remolino", se vió obligada a retirarse a Tolú. Con los auxilios que recibió de Cartagena, Bayer volvió sobre sus pasos, y habiendo los patriotas abandonado el fuerte de "El Remolino", con la noticia de la pérdida de Antioquia, los dispersó en Nóvita, el 25 de Mayo de 1816, tomando prisioneros al Gobernador del Chocó Dn. Miguel Buch, y apoderándose de doscientos cincuenta fusiles, de la artillería y de algunos buques armados en guerra.

La división del Coronel Francisco Warleta, después de un combate en el lugar denominado "Ceja-Alta", punto fortificado entre las parroquias de Cauacán y Remedios, librado el 22 de Marzo de 1816, contra setecientos peones republicanos, regidos por el Coronel venezolano Linares, combate en el que éstos fueron destruídos, se apoderó, el 5 de Abril del mismo año, de la rica e importante provincia de Antioquia.

Otra división de lanchas españolas que conducían cuatrocientos hombres regidos por el Comandante realista, Dn. Donato Santa Cruz, subió el Magdalena, y se apoderó de todos los pueblos situados a las márgenes de ese río hasta la "Angostura de Carare", que se hallaba fortificada y defendida por buques ligeros y por infantería y artillería a las órdenes del Comandante republicano Francisco Aguilar. La negra traición de Ascensión Martínez, hombre de baja extracción, que mandaba la escuadrilla de los patriotas, le hizo dueño al Jefe realista de la inaccesible garganta de "La Angostura"; pues Martínez logró engañar y convencer al Comandante Aguilar de que se retirase a Honda, embarcando todo el armamento y artillería.

El resultado de la negra perfidia de Martínez, cometida el 23 de Abril de 1816, fue la ocupación por los realistas de todo el río Magdalena hasta Honda. Esta villa se perdió, a su vez, el 30 del mismo mes y año, por una conmoción interna llevada a cabo por los españoles Juan Lerchundi y Antonio Púa. Estos sedujeron a los negros esclavos de la hacienda de "La Egipcia", sita a la orilla izquierda del río Magdalena, atacaron el cuartel, en que había muy poca gente y a poca costa se apoderaron de él y del General de Brigada Dn. Antonio Villavicencio, que era Gobernador de Honda, y a quien el Presidente de la Unión había encargado la defensa de esa plaza, la que fue ocupada, en consecuencia, por el Comandante español Santa-Cruz.

Mientras tanto habían ocurrido graves acontecimientos en Santafé y las provincias vecinas. Dijimos antes que el comando de las fuerzas de la Unión Granadina había sido confiado al Brigadier Manuel Serviez. Este poseía bastantes conocimientos militares y era muy activo, pero no quería su-

jetarse a nadie, mucho menos al Presidente Madrid, hombre civil, y que se había hecho cargo de la República en circunstancias alictivas y desesperantes. De ahí es que Serviez no hizo cosa de provecho, pues todo su objetivo era retirarse a los llanos de Casanare, donde había varias partidas republicanas de llaneros. Madrid, por su parte, quería que la retirada fuese al Sur para allí hacerse fuerte con la pequeña división veterana que se encontraba en Popayán a órdenes del General José María Cabal y del Coronel Carlos Montáfar. Cualquiera de las dos medidas que se hubiese tomado, oportunamente, habría, tal vez, salvado la República, o, a lo menos, dilatado su subyugación por el ejército expedicionario.—Pero no sucedió así, como vamos a verlo.

El Presidente Madrid salió de Santafé del 1º al 2 de Abril de 1816, para ponerse al frente del ejército. No lo verificó así, por las razones apuntadas, y se situó en la villa de Cipaquirá, con ciento sesenta hombres que formaban la Guardia de honor del Presidente y doscientos veteranos del batallón del «Socorro»; tropas que las necesitaba para hacer respetar las providencias del Gobierno, mantener el orden en la capital inmediata, y sacar recursos para el ejército: motivos por los cuales no pudo enviar esa pequeña fuerza a Serviez.

Este se había situado con su tropa en la parroquia del Puente-Real, cubriendo el cantón de Vélez en la Provincia del Socorro. Cuando las avanzadas realistas aparecieron en las cercanías de aquella parroquia, Serviez se retiró por la villa de Leiva, a Chiquinquirá. En este lugar recibió algunos refuerzos, y el ejército republicano llegó a ascender a mil buenos infantes, mil jinetes mal montados e indisciplinados, y contaba, también, con cuatro piezas de artillería bien servidas.

El Congreso de la Unión, antes de disolverse, quiso capitular con Morillo y Calzada, y esta última Corporación dirigió un oficio al respecto al Presidente Madrid, encargando la conducción de los pliegos al Diputado Dr. José María Dávila. El Presidente envió a éste para que se pusiese de acuerdo con Serviez, quien se opuso a la proyectada capitulación y no se dieron curso a los pliegos, regresando Dávila a Santafé. Este incidente despertó honda desconfianza en Serviez y otros oficiales para con el Gobierno General.

Sabida la ocupación de Antioquia por el ejército de Serviez, cuando se encontraba en Chiquinquirá, éste se retiró a Chocontá. Debe saberse que la desmoralización había entrado en las tropas republicanas, tanto que un escuadrón de caballería chocontana se desertó íntegramente, a excepción de su Jefe Dn. Antonio Morales.

Con estos acontecimientos la situación del Presidente Madrid no podía ser más apurada; y como nunca logró ponerse de acuerdo con Serviez, quien persistía en la retirada del ejército a los llanos de Casanare, se vió obligado Madrid que

se hallaba en Chía, a disponer, el 1º de Mayo, que todos marchasen a aquella provincia. Pero habiendo encontrado tenaz oposición de parte de la Guardia de Honor y del batallón Socorro, que estaban decididos a seguir a Popayán, determinó Madrid, que Serviez fuese con sus tropas a Casanare, y que él se retiraría al Sur con los trescientos sesenta hombres que tenía a sus órdenes. En estas circunstancias, Serviez, para eludirse de todo influjo del Gobierno sobre las tropas que regía, dió a Madrid, por medio de un oficial, la falsa noticia de que el enemigo había ocupado a Cipaquirá. Con este motivo el Presidente abandonó a Chía, estuvo en la Capital, y se situó después en el pueblo de Bogotá, donde se hallaba el General Dn. Antonio Baraya con un simulacro de ejército, que se llamaba *de reserva*, y cuyo armamento consistía en setenta y nueve fusiles, ciento diez y nueve lanzas y cuatrocientos cartuchos.

De Bogotá envió Madrid una orden al Mayor General Santander, segundo de Serviez, para que tomase el mando en Jefe del ejército, y diese pasaportes a Serviez y a los demás oficiales que no quisieran marchar al Sur, a donde debía también retirarse el ejército. Esta orden fue unánimemente rechazada en Junta general de oficiales, el 4 de Mayo de 1816; y cuando supo Madrid que realmente había sido ocupada la villa de Cipaquirá, abandonó Bogotá, y emprendió su marcha hacia Popayán. En el tránsito a esta ciudad, se dispersaron las milicias y la mayor parte de tropas de línea que acompañaban a Madrid; y a pocas jornadas, éste quedó casi solo y abandonado.

En Usaquén, el Coronel Santander y otros oficiales pretendieron persuadir a Serviez para que diese una batalla al ejército invasor; pero habiendo recibido lá noticia de la fuga de Madrid, determinaron retirarse a los Llanos de Oriente por la parroquia de Cáqueza, que está a la cabecera del río Meta. En consecuencia, el 5 de Mayo de 1816, pasaron los patriotas por Santafé, y pernoctaron en Tunjuelo. Durante esa noche, se desertaron muchísimos, de manera que los dos mil hombres de que se componía el ejército independiente, quedaron reducidos a seiscientos infantes y treinta jinetes.

El 6 de Mayo de 1816 hizo su entrada, con gran pompa, en Santafé, la división realista que comandaba La Torre. Este envió en persecución de Serviez al Capitán Dn. Antonio Gómez con una columna de carabineros y cazadores, la que alcanzó al Jefe patriota en Cáqueza, y en el paso de la cabuya de Río-Negro, el 11 de Mayo, atacó y dispersó al ejército republicano. Desde este encuentro, sólo doscientos hombres continuaron su retirada, por los Llanos de San Martín, hacia Pore.

En Cáqueza fue recuperada por la columna realista la milagrosa imagen de Nuestra Señora de Chichinquirá, de la que se había apoderado Serviez, cuando estuvo en aquel lugar, y la llevaba encajonada, en medio de su ejército, con

el objeto de granjearse el afecto y excitar el entusiasmo de los pueblos granadinos que tanto amor y devoción profesan a aquella veneranda imagen, la que devuelta a Santafé, fue trasladada con gran pompa a su primitivo Santuario.

La mayor parte de los patriotas españoles, engañados por un indulto general expedido por La Torre, en Cipaquirá, se quedaron en Santafé, y aun contribuyeron con su presencia a dar mayor lustre a la recepción de aquel Jefe realista. Bien pronto pagaron cara su crédula confianza. En efecto, el Teniente General Morillo, que llegó a Santafé en la noche del 26 de Mayo de 1816, eludiendo los grandes festejos que se prepararon en aquella ciudad para su recepción y la de su segundo Dn. Pascual Enrile, desaprobó desde el camino la conducta generosa de La Torre; y lejos de respetar el indulto dado por éste, ordenó la prisión de muchísimos patriotas, lo que se verificó el 22 de Mayo.

Apenas hubo llegado Morillo a Santafé, estableció los infames y execrables tribunales, llamados, *Consejo permanente de guerra, Consejo de purificación y Junta de Secuestros*, con cuya arbitraria e ilegal institución, perdieron la vida, la libertad y la propiedad gran número de granadinos ilustres, sólo por el crimen de haber pretendido la Independencia de su patria.

Interminable sería la enumeración de todos los actos crueles e inicuos cometidos por Morillo y Enrile, durante su permanencia en la Nueva Granada, en todo el territorio de ella. Apuntaremos solamente algunos. Fueron apresados y expatriados el Canónigo Dr. Fernando Caicedo, el Arcediano Dr. Juan Bautista Pey, el Provisor Dr. Domingo Duquesse, el Dr. Andrés Rosillo y muchos sacerdotes hasta el número de noventa y cinco.

Las matronas de Bogotá, que siempre se han distinguido por su inteligencia, ilustración, exquisita cultura y por sus eminentes cualidades morales, fueron tratadas por Morillo de una manera brutal, propia de un soldado raso sin educación alguna, y no de un general cortesano, porque aquellas habían ido al palacio, el día 30 de Mayo, día de San Fernando, en que se celebraba el onomástico del Monarca español, con el objeto de implorar un indulto a favor de los presos, o sea, de los hijos, padres, maridos y hermanos de las solicitantes. A las mismas señoras se les obligaba a concurrir a los saraos que se celebraban en palacio, para que festejasen, *sarcasmo inaudito*, la muerte, prisión o extrañamiento de sus más próximos deudos. A muchas mujeres se les condenó a la infamante pena de azotes, o bien, se les enviaba de Santafé a otros lugares, desterradas, a pie y sufriendo maltratos y vejámenes de parte de la ruin soldadesca que las custodiaba. Otras, en fin, fueron víctimas de la monstruosa salacidad de los expedicionarios, que, por orden de Morillo, se alojaban en las casas de los desgraciados patriotas.

Los bienes de éstos fueron confiscados, de manera que quedaron reducidas a la más espantosa miseria y orfandad, innúmeras familias. Se decretó la apertura de caminos en todo el territorio de la Nueva Granada, y en ellos se obligó a trabajar, sin remuneración alguna, a todos sus habitantes, sin distinción de clases ni categorías. Llegaron a tal extremo la tiranía y el desprecio de Morillo y Enrile para con los granadinos que hicieron trabajar en las obras que se hacían en la plaza principal de Bogotá, y principalmente en la de hacerla empedrar, al respetable abogado, Dr. José María Castillo y Rada y a otros once individuos de la misma categoría.

Morillo, aun cuando restableció el Tribunal de la Inquisición y se gloriaba de tener el título de Alguacil de esa Institución, no era católico sino en el nombre; como lo manifiestan el hecho de perseguir a los principales sacerdotes granadinos, haciéndolos sumariar por un clérigo ignorante, sin virtudes ni moralidad, llamado Dn. Luis Villabrille que se titulaba Vicario General del ejército expedicionario, a pesar de las justas reclamaciones del Arzobispo de Santafé, Dn. Juan Bautista Sacristán, en las que ponía de manifiesto la falta de jurisdicción, la ineptitud y los otros defectos de que adolecía el mencionado Vicario, quien saqueó, además, los bienes del clero y de las iglesias, para disiparlos en el juego y otras liviandades. El Arzobispo Sacristán, ante la despótica y heterodoja conducta del Pacificador, permaneció en la villa de Guaduas, sin querer trasladarse a Santafé, mientras estuvo en esta ciudad Morillo.

Las ocupaciones de este hombre duro y sin entrañas eran: las de registrar y leer todos los documentos y archivos que, en hora menguada, no los habían ocultado o trasladado a otro lugar seguro los patriotas, cuando la disolución de la República, con el siniestro fin de hacer enjuiciar y como consecuencia desterrar o fusilar a todos los que habían tomado parte en conseguir la libertad y Emancipación de la Nueva Granada; y las de inspeccionar las obras públicas, principalmente el empedrado de la plaza de Santafé, haciendo las veces de sobrestante. Su voz de trueno, dice el historiador Groot, atemorizaba y llenaba de pavor a los infelices y forzados trabajadores.

Entre las crueles *genialidades* del Pacificador, refiere el mismo historiador la siguiente: "Formó Morillo una guardia de honor para llevarla a Caracas, entresacando de los cuerpos de tropa a los negros más finos y corpulentos, a los que uniformó con todo lujo, a la turca, poniéndoles cintillos de cuentas de vidrio y aretes de oro. Estos estaban encargados de cuidarle los caballos que tenía en el palacio, y se divertía por las tardes desde el balcón, haciendo saltar en la plaza un hermoso rucio, que salía a correr y brincar por toda ella, jugando con los negros. Morillo se divertía, pero las gentes que transitaban tenían gran molestia, temien-

do los atropellos de aquel animal. Este caballo se le desbocó al *Pacificador* al ir a mandar una gran parada en San Victorino, en la tarde del día de San Calixto, y lo echó a rodar por el muladar del río de San Francisco. El gacetero dió noticia al público de este acontecimiento en el N^o 196 de la Gaceta, y decía que si no hubiera sido por la destreza conque S. E. supo deshacerse del caballo, se habría llenado de luto y consternación esta ciudad. Era esto una ironía? Sólo así podría decirse”.

Morillo y Enrile cometieron una serie de verdaderos asesinatos, valiéndose del *Consejo de guerra permanente*. Los fusilamientos se verificaban en la plaza mayor, en la llamada *Huerta de Jaime*, en la de San Victorino, en la de San Francisco y en la Alameda Nueva. Principiaron las inicuas ejecuciones el 5 de Junio de 1816, día en que fue fusilado por la espalda, como traidor, y previa degradación, el Capitán de Fragata y Brigadier de la República, Dn. Antonio Villavicencio. «Desde aquel día funesto, dice el historiador Restrepo, y por el espacio de seis meses, apenas corrió alguna semana, sin que hubiera en Santafé o en las provincias tres, cuatro y aun más individuos pasados por las armas como traidores y rebeldes. Así perecieron los hombres de más saber, los más virtuosos y los más ricos. El objeto que Morillo se propuso fue extinguir las luces, quitar los ciudadanos de influjo sobre los pueblos y destruir las riquezas, para que, en lo venidero, no hubiese persona alguna capaz de hacer o dirigir la revolución.»

A ciento veinticinco llegaron los personajes ilustres sacrificados por el bárbaro Morillo y su segundo Enrile, mereciendo este último más execración de parte de los americanos, por ser americano. Entre las víctimas sacrificadas por aquellos, se cuentan: los Dres. Camilo Torres, Joaquín Camacho, José Gregorio y Frutos Gutiérrez, Crisanto Valenzuela, Miguel Pombo, Jorge Lozano, Francisco Antonio Ulloa, Manuel Torices, José María Dávila, José María Vargas, el Conde Casa-Valencia, español, Dn. Nicolás Ribas, Dn. José María Arrubla, (que sacudió con el pañuelo el banquillo antes de sentarse), el Escribano García, el Dr. Manuel Alvarez, anciano de más de setenta años, en quien se cumplió el vaticinio que le hizo Bolívar, en 1814, «a Ud. le han de fusilar los godos.» También fueron fusilados, los Generales José María Cabal, Antonio Baraya, Custodio García Robira, José Ramón de Leiva, español, el Coronel Liborio Mejía, el Coronel quiteño Carlos Montúfar, el Coronel Pedro Monsalve, el Coronel Olmedilla y muchos otros ameritados oficiales.

Una de las muertes más sensibles fue la del célebre astrónomo, botánico, matemático y geógrafo, Dn. Francisco José de Caldas, el mismo que hizo un viaje científico por el Reino de Quito, y pintó con tan negros colores, desde luego exagerados, a los cuencanos. El ingeniero Caldas que de-

jó una esposa y tres hijos pequeños fue victimado el 29 de Junio de 1816, en la plaza de San Francisco, en medio de una parada de dos mil hombres, mandada por el Coronel Manuel Villavicencio, primo del Brigadier Antonio Villavicencio, que fue, como lo referimos, el primer fusilado en esa época nefasta.

Refiere el historiador Groot que, cuando Caldas estuvo preso, conociendo que sin remedio le condenarían a muerte, escribió una carta a Morillo, suplicándole que le conservase la vida siquiera temporalmente, encerrado en cualquier cárcel, proporcionándole los medios necesarios para concluir sus trabajos científicos, acerca de la expedición botánica que había estado a su cargo, y de cuya clave sólo él tenía conocimiento por las instrucciones recibidas de Mutis. Se asegura que Morillo, a pesar de su ignorancia en esas materias, quiso salvar la vida a Caldas, pero que se opuso tenazmente a ello, y aun le amenazó a Morillo con un informe a la Corte, Dn. Pascual Enrile. Siendo tanto más censurable la conducta de este indigno americano, cuanto que se preciaba de tener conocimientos en las ciencias que poseía el desgraciado Caldas.

El mismo Sr. Groot refiere la siguiente anécdota acaecida después de la muerte del sabio Caldas. Hallábase de Gobernador en Popayán Dn. Juan Sámano que tenía mucho ascendiente ante Morillo. Sabedora de esto, Dña. María Asunción Tenorio, tía de Caldas, Sra. de las más respetables y distinguidas de Popayán, se dirigió a la casa de Sámano, y le suplicó que interpusiese su valimiento e influjo ante Morillo, para que éste salvase la vida a Caldas. Sámano ofreció hacerlo y tranquilizó a la Sra. dándole esperanzas de buen éxito. Transcurridos algunos días, llegó a Popayán la infausta nueva del fusilamiento de Caldas y de otros patriotas. Al saberla, la Sra. Tenorio, ocultando varonilmente su profundo dolor, se presentó de nuevo a Sámano, vestida de rigoroso luto, y sin saludarle le dijo con energía: "Es Ud. un infame que ha faltado a su palabra; y el que tal hace con una Sra. sólo esto merece", y levantando la mano le dió una sonora bofetada a Sámano, en presencia de varias personas que le rodeaban. Esta bofetada nos recuerda la que años más tarde dió la Princesa Carlota a Calomarde, Ministro de Fernando VII, defendiendo los derechos de su sobrina Isabel, hija de este Monarca, al trono de España.

La bárbara política de Morillo llegó al extremo de ordenar que la cabeza de Dn. Camilo Torres fuese expuesta, por mucho tiempo, dentro de una jaula que se colocó en alto, a la entrada de Santafé, frente al convento de San Diego. De la misma macabra manera, se expuso la cabeza de Dn. Manuel Torices, en la otra entrada de aquella ciudad, llamada San Victorino. "Todos vimos, dice Groot, los ga-

llinazos parados sobre esas jaulas descarnando las cabezas de esos dos ilustres americanos!»

En medio de los horrores que, a la ligera, acabamos de referir, llegó a Santafé la dolorosa noticia de la derrota que sufrieron los patriotas en la «Cuchilla del Tambo.» Veamos como se verificó tan deplorable suceso que quitó toda esperanza de reacción a los republicanos. Después de la derrota del ejército realista mandado por Vidaurrázaga, a orillas del río Palo, y puesto a la cabeza de sus restos Dn. Juan Sámano, por orden del Presidente de Quito, Dn. Toribio Montes, aquel Jefe logró reunir hasta dos mil soldados de todas armas, y se fortificó en las alturas llamadas «Cuchilla del Tambo», a seis leguas de Popayán. Esta ciudad sólo contaba para su defensa con setecientos veinticinco soldados aguerridos e indudablemente los mejores de la Nueva Granada, a órdenes del General José María Cabal y del Coronel Carlos Montúfar.

Cabal no quiso atacar a Sámano en sus inexpugnables posiciones, lo que produjo descontento en los Jefes y soldados del ejército independiente. Para deliberar en tan críticas circunstancias acerca de las medidas que debían adoptarse, se reunió una Junta a la que concurrió también, el Presidente de la Unión, Dr. José Fernández Madrid, que había llegado a Popayán, después de su salida de Santafé. En aquella Junta, los Jefes y oficiales resolvieron, que asumiese el mando del ejército, en lugar de Cabal que lo renunció, el Teniente Coronel Liborio Mejía, a quien se le dió el grado de Coronel. A indicación del mismo Presidente Madrid, que en seguida se retiró a Cali, se reunieron cinco miembros del Congreso de la Unión, y acordaron, que Madrid había cesado en sus funciones por haber renunciado la Presidencia de la Nueva Granada; y nombraron, en su reemplazo, conforme a los deseos de las tropas, al General Custodio García Robira, de quien se sabía que pronto llegaría a Popayán con cien hombres. Designaron para Vicepresidente Dictador que debía entrar inmediatamente en el ejercicio de las funciones de Presidente, por ausencia de Robira, al Coronel Liborio Mejía. Este joven que era natural de Río-Negro en Antioquia, y estaba adornado de valor, patriotismo y otras eminentes virtudes, convocó una Junta de guerra, en la que se acordó: «que la división del Sur, que siempre había adquirido laureles en el campo del honor, debía preferir el sacrificarse entera en aras de la libertad, más bien que hacer una deshonrosa capitulación.» En consecuencia, acordaron, unánimemente, atacar a Sámano en sus posiciones, con la esperanza de vencerle y marchar, sin oposición, a Quito, abriéndose, de este modo, un vasto campo para sostener la Independencia de la moribunda República.

Esta heroica resolución se puso, seguidamente, en práctica; y el 29 de Junio de 1816, a las diez de la mañana, el ejército independiente atacó con denuedo y bizarría al

atrincherado ejército realista. En su primer empuje, los patriotas arrollaron completamente a las avanzadas de Sámano y derrotaron su caballería; pero se estrellaron en las fortificaciones, donde se encontraban encerrados los realistas. "Eran aquellas elevadas, y estaban defendidas con artillería y fusilería, de modo que fue imposible forzarlas. Allí hicieron los independientes prodigios de valor, combatiendo con encarnizamiento por el espacio de tres horas; empero todos sus esfuerzos fueron vanos, y atacada al fin su espalda por una columna de Patianos, que había permanecido emboscada, la derrota fue completa: doscientos cincuenta quedaron tendidos en el campo y trescientos prisioneros, saliendo muchos heridos. Perdiéronse también la artillería, fusiles, pertrechos y todo lo que tenía la división." (Restrepo).

Los miserables restos que pudieron escapar de la hecatombe de la "Cuchilla del Tambo", con el Comandante Mejía y algunos oficiales llegaron a la ciudad de la Plata, situada al pie oriental de la cordillera de Guanacas, donde se reunieron con el Coronel Monsalve y Robira, que tenía a sus órdenes las reliquias del batallón "Socorro", que salió de Santafé con Madrid. A las orillas del río del mismo nombre y a la cabeza de un puente de madera, se colocaron los patriotas para hacer frente a una división realista de seiscientos hombres al mando del Coronel Carlos Tolrá. Tratóse en aquel lugar fiera y desigual lucha, que principió a las once de la mañana del 10 de Julio de 1816, y terminó casi al anochecer, con la rota completa de la pequeña fuerza republicana: gran parte de ésta quedó tendida en el campo de batalla, otra cayó prisionera, y otra pequeña se dispersó por aquellas montañas. Los Coronel Mejía y Monsalve y el General García Robira lograron escapar, pero apresados poco después, pagaron su amor a la Patria con la pérdida de sus vidas en un cadalso, como lo referimos ya.

A los prisioneros de la "Cuchilla del Tambo" y a algunos oficiales que habían quedado de guarnición en Popayán, mientras se libraba el combate, los que asimismo fueron aprehendidos, se les condenó a muerte, debiendo ser quintados. Hallábase en esta triste operación el Comandante español Jiménez, cuando algunos oficiales de los que quedaron en Popayán preguntaron si también debían ser ellos quintados, o, solamente los prisioneros de la "Cuchilla del Tambo." Consultado Sámano acerca de esta duda, resolvió que no lo fuesen los primeros. De esta manera milagrosa se escaparon de la muerte el venezolano Mares y el Comandante Dn. Ignacio Torres, el mismo que después llegó a ser General de la Independencia, que se radicó en Cuenca, donde desempeñó los elevados cargos de Gobernador e Intendente, y que contrajo matrimonio con la Sra. Angela Beltrán, dejando numerosa descendencia.

Con los desastres apuntados quedó subyugada toda la República Granadina, menos la provincia de Casanare. En sus inmensas Llanuras, inclusive en Guadualito, lugar perteneciente a Venezuela, existían tres columnas de tropas republicanas regidas por Serviez, Urdaneta y el Coronel Miguel Valdez. Para destruirlas fue destinado La Torre en persona con una división considerable. Fuera de ésta, otra regida por el Coronel de húsares Villavicencio bajaba al llano por Chita. El 29 de Junio de 1816, el mismo día de la desgraciada acción de la «Cuchilla del Tambo», se verificó un encuentro entre la columna de Villavicencio y ciento cincuenta jinetes y cincuenta y seis infantes regidos por el Brigadier Serviez, en la llanura de "Guachiría." El combate terminó porque sobrevino la noche, sufriendo considerable pérdida los realistas, que se retiraron a la cordillera, abandonando el campo, y los restos de la columna de Serviez se reunieron a Urdaneta que se hallaba en Chire.

A insinuación del Coronel Valdez, para dar unidad a las diversas partidas republicanas que vagaban en los Llanos del Oriente, se reunieron varios Jefes, en la villa de Arauca, el 16 de Julio, entre ellos, Santander, Vázquez, Paredes, Páez, Guerrero y Mesa, y eligieron Presidente al Dr. Fernando Serrano, Gobernador que había sido de Pamplona y Secretario General al Dr. Francisco Javier Yáñez. El mando del ejército se confió, con gran sorpresa del mismo elegido, al Coronel Francisco de Paula Santander, quien se excusó, pero no le fue admitida su excusa. Poco duró este orden de cosas, como lo veremos más adelante.

La primera medida que se adoptó por los nuevos Jefes fue la concentración de todas las fuerzas patriotas en Guadualito, porque no era posible resistir con ellas a las numerosas realistas de La Torre que se había unido ya con Villavicencio, y que las persiguió atravesando el río Casanare hasta Betoyes. De allí se regresó La Torre a Pore, y por medio del Capitán Manuel Morales, destruyó algunos restos de patriotas que se habían quedado en Guanapalo. Con estas últimas operaciones quedaron los españoles, por el mes de Agosto de 1816, dueños de todas las provincias de la Nueva Granada. Sólo el Comandante de escuadrón Ramón Nonato Pérez se mantuvo independiente con algunas partidas en las llanuras de Cuiloto, sin que los enemigos pudiesen destruirle por competo.

No solamente Morillo y Enrile hicieron gala de su odio a los patriotas, cometiendo los innúmeros actos de barbarie antes relatados, también se distinguieron por sus crueldades, dejando un nombre execrable en la provincia de Popayán, los Coroneles Francisco Warleta, Ruperto Delgado y Carlos Tolrá. El primero y este último se enriquecieron imponiendo grandes multas y contribuciones a toda clase de personas, riquezas que las disiparon en saciar su lujuria y otros vicios cuando no podían satisfacerlos valiéndose de la fuerza

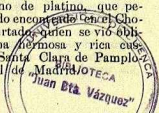
y el terror. Estos Jefes profanaron los templos de los pueblos donde se encontraron, acuartelando en ellos a los soldados con la chusma de mujerzuelas que los seguían a todas partes.

Después que Morillo logró subyugar a todas las provincias de la Unión Federal Granadina, estableciendo en su vasto y hermoso suelo el imperio del terror y del espanto, la paz de los sepulcros, concibió la quimérica, o mejor dicho, quijotesca idea, de marchar al Perú para pacificar, a su manera, a las nuevas Repúblicas de la Argentina y Chile, en una palabra, a toda la América Latina, inclusive a Méjico. Pronto se disiparon estos utópicos e irrealizables designios, propios de un hombre infatuado y engreído, como se disipan las nubecillas de verano, al soplo de recio vendabal. En efecto, supo Morillo que en Venezuela se mantenía latente el sacro fuego de la Libertad, y que Jefes denodados y valientes combatían por ella en la heroica isla de Margarita y en las inmensas Llanuras del Oriente, regadas y fertilizadas por los caudalosos ríos del Orinoco, el Apure, el Arauca, el Guarapiche y otros, en las que defendían, hasta sacarla triunfante, la causa de la Independencia, los indómitos llaneros en sus salvajes caballos, con sus invencibles y bien templadas lanzas. Supo, también, el Pacificador la expedición que el gran Bolívar preparaba en Haití, y esta noticia le dió más serios cuidados, que las otras.

Conociendo, pues, que su presencia era necesaria en la Costa Firme, resolvió Morillo marchar a ella abandonando Santafé, por los Llanos de Casanare y Barinas; y así lo verificó, siendo precedido por cerca de cuatro mil hombres que, en diferentes columnas, se internaron en los valles de Cúcuta y Casanare. La salida de Morillo se verificó, según Restrepo, el 16 de Noviembre, y según Groot, el 20 de Noviembre de 1816. Sea de ello lo que fuere, en ese venturoso día respiraron un tanto las gentes de Santafé, «a quienes tenía aterrorizadas la vulgar figura del General Pacificador.» (Groot)

Morillo, nunca ahito de sangre americana, hizo fusilar, durante su viaje, en Tunja y Sogamoso, a varios patriotas, a quienes les llevó presos consigo, desde Santafé.

El instigador de Dn. Pablo Morillo, el famoso Dn. Pascual Enrile partió también para Cartagena el 14 de Noviembre, donde debía embarcarse para España. Este cruel e indigno americano se llevó a la Península, entre otras cosas: los herbarios, pinturas y descripciones de plantas del célebre botánico Dn. José Celestino Mutis, algunos mapas y observaciones de Caldas, un hermoso grano de platino, que pesaba más de una libra, que había sido encontrado en el Chocó, en una mina de Dn. Ignacio Hurtado, quien se vio obligado a regularlo al Pacificador, y una hermosa y rica custodia perteneciente a las monjas de Santa Clara de Pamplona, para colocarla en la Capilla Real de Madrid.



Morillo salió de Sogamoso el 6 de Diciembre, y después de un viaje penoso por la cordillera y las llanuras, donde perdió casi todos los caballos, llegó a Guadualito con muchos enfermos, siendo auxiliado eficazmente, en tan dilatado camino, por el Coronel Remigio Ramos con los escuadrones de llaneros que estaban a sus órdenes. Dejemos, por un momento, y con placer, la siniestra figura del Teniente General Morillo, del que nos volveremos a ocupar, cuando tratemos de las batallas que tuvieron lugar en Venezuela entre él y el ejército republicano.

El Pacificador dejó en Santafé, con el título de Gobernador militar, al Brigadier Dn. Juan Sámano, y bajo las órdenes de éste cuatro batallones: el primero y segundo de «Numancia», el primero del «Rey», compuestos de venezolanos, y el cuarto llamado del «Tambo», formado de pastusos y de otros soldados que Sámano había traído de Popayán.

Era Sámano más que sexagenario, hombre cruel y sanguinario, aparentemente devoto y fanático, hasta el extremo de creer que era una obra meritoria para con Dios, fusilar a los *malvados y cobardes insurgentes*. «Carecía (Sámano) de decencia en su persona, y usaba del singular castigo de escupir y de pisar a las personas que le incomodaban.» (Restrepo).—Con tan perversas cualidades, el flamante Gobernador militar continuó el mismo sistema de terror implantado por el feroz Morillo: las cárceles se llenaban de patriotas, y la «Huerta de Jaime» seguía empapándose con la inocente sangre de aquellos. Sin embargo, algún tanto, se amenguó la triste situación de los granadinos, con el restablecimiento en Cartagena de la Real Audiencia, y con la suspensión de la apertura y trabajos de los caminos, decretados por el Virrey Dn. Francisco Montalvo, hombre de corazón menos duro que Morillo, y que con la ausencia de éste se vió algún tanto libre en el ejercicio de su autoridad. Pero los sucesos ocurridos en varias provincias de la Nueva Granada después de la partida de Morillo, dieron ocasión para ejercitar, nuevamente, su crueldad.

Apenas las huestes del Pacificador se engolfaron en las llanuras de Venezuela, en las de Casanare se levantaron dos guerrillas regidas por Fray Ignacio Mariño de la Orden de Predicadores y por Francisco Rodríguez. Pronto estas partidas tuvieron por Jefe al oficial Juan Galea, antiguo militar de Casanare, que separándose del ejército que mandaba Páez en las llanuras de Barinas, vino a las de Casanare, y habiéndose topado con una columna de caballería regida por Dn. Antonio Plá, la desbarató sólo con cuarenta jinetes, y se reunió con Rodríguez. Este, poco antes, había apresado al Coronel Felipe Bayer que, con diez hombres, había salido para indagar por el paradero de su Teniente Plá. Excusado es decir que, en represalias, Bayer y los soldados españoles europeos que con él cayeron puros, fueron pasados por las armas.

En seguida, el 27 de Marzo de 1817, reunidas las guerrillas patriotas de Casanare lograron sorprender y desbaratar, por completo, un escuadrón de caballería regido por Jiménez, que se hallaba apostado en Chire. Incontinenti, disfrazados los patriotas con los uniformes de los españoles que tomaron en este lugar, cayeron sobre la ciudad de Pore y alancearon a la guarnición española que la custodiaba. Con estos golpes de audacia, consiguieron de nuevo su Independencia los Llanos de Casanare, y la defendieron sus bravos moradores contra todas las invasiones realistas que se verificaron posteriormente. Ramón Nonato Pérez se hizo cargo del mando en Jefe de todas las partidas republicanas de Casanare; y con ellas sorprendió un destacamento en Sáccama y otro en las salinas de Chita; y proveyéndose de sal y otros artículos que necesitaba, se retiró, de nuevo, a las Llanuras. La división mandada para subyugarlas, a órdenes del Mayor Juan Tolrá, aunque llegó a Pore, tuvo que retirarse a Morcote, sin haber conseguido su objeto, el 11 de Mayo de 1817.

Con la feliz insurrección de Casanare, estallaron varios movimientos en pro de la Emancipación, cual chispazos del mal apagado incendio del patriotismo, tales fueron: el del Oficial venezolano José Hilario Mora que, habiendo reunido algunos hombres en Anserma, penetró con ellos hasta Nóvita en el Chocó, pero habiendo querido escapar por el puerto del Cascajal, donde se apoderó de dos buques, fue muerto a manos de la tripulación sublevada de aquellos: el de la provincia del Socorro, encabezado por José Ignacio Ruiz; y el que dirigieron los hermanos Salazares e Ignacio Calvo, que fue el más temible y duradero de todos. Estas partidas armadas dieron ocasión, como ya lo manifestamos, para que Sámano continuase en la inicua tarea de derramar sangre americana.

Ventajosamente en aquellos mismos días, de orden del Virrey Montalvo, se trasladó con gran pompa, la Real Audiencia a Santafé. Este tribunal lo integraban, los Oidores Dn. Juan Jurado, Dn. Francisco Cabrera, Dn. Miguel Novas y Dn. Pablo Hilario Chica, el único cuencano que llegó a desempeñar tan elevado cargo. Para honra de los Oidores mentados, diremos que la Audiencia, habiendo avocado el conocimiento de las causas pendientes por el delito de rebelión, a ningún patriota condenó al último suplicio. Poco después, el 18 de Junio de 1817, el Virrey Montalvo mandó a publicar un indulto general concedido por Fernando VII, con motivo de su casamiento con una Princesa de Portugal. Las cárceles quedaron, por consiguiente vacías, con gran sentimiento de Sámano que quería acabar a sangre y a fuego a los *insurgentes*.

Muy poco duró este orden pacífico y normal de las cosas, porque Morillo delegó en Sámano una nueva orden que había recibido del despótico Rey de España, para juzgar mi-

litarmente y por Consejos de Guerra verbales a todos los patriotas.

Investido de tan amplia facultad, nada le contuvo a Sámano en su insaciable sed de sangre, y la estrenó enviando al patíbulo a la celeberrima *Policarpa Salabarrieta*. Esta joven era entusiasta como ninguna por la Independencia de su Patria; y como tal auxiliaba a todos los patriotas que querían retirarse a Casanare, y fomentaba y era el alma de todas las conspiraciones que se fraguaban contra el despótico régimen que oprimía a la Nueva Granada. *La Pola*, que con ese nombre era conocida vulgarmente, llegó a conseguir estados bien exactos de todas las fuerzas que los realistas tenían en Santafé y en las provincias inmediatas, formó listas de los patriotas y de todos los demás sujetos con quienes se podía contar para una revuelta general; y envió tan preciosos documentos a los Jefes republicanos de Casanare, con Alejo Sabaraín, que era amante de *La Pola*, acompañado de una partida de siete individuos. Desgraciadamente fueron éstos apresados en el camino y conducidos a Santafé. Lo fue, también, en esta ciudad, *La Pola*, como agente principal de los patriotas de los Llanos. A ella y a sus siete cómplices se les juzgó y condenó a muerte en el Consejo de Guerra verbal, ante el cual aquella singular mujer se manifestó impávida, valerosa e inteligente, pues no lograron arrancarla ninguna declaración que comprometiese a los patriotas.

El 14 de Noviembre de 1817, en medio de una parada de más de tres mil hombres que ocupaba la plaza mayor de Santafé, marchó al patíbulo *Policarpa Salabarrieta* con paso firme y entereza extraordinarias, como si fuese a un viaje de recreo, despidiéndose de sus conocidos. Al mismo tiempo que escuchaba, con solícita atención, las exhortaciones del religioso franciscano que le asistía en tan supremo trance, se dirigía al pueblo excitándole a sacrificarse para salvar a la Patria. "Al llegar al patíbulo vió cerca el batallón de Numancia todo de americanos, y dirigiéndoles la palabra, en alta voz, les dijo: "Viles americanos, volved esas armas contra los enemigos de la Patria.....". Entonces mandaron dar un redoble general a todas las cajas, para que no se oyese lo que seguía diciendo, mientras le sentaban apresuradamente en el banquillo, y no cesó el redoble hasta que las descargas anunciaron que *La Pola* no hablaría más."

Así murió aquella mujer verdaderamente heroica, y su memoria perdurará como perdura el anagrama de su nombre: *Yace por salvar la Patria*. El autor de este adecuado y admirable anagrama fue un oficial que se hallaba preso, llamado Carlos Joaquín Monsalve que, al andar de los años, vino a Cuenca, y se casó con la Sra. Dña. Josefa Cárdenas, hija del acaudalado comerciante Dn. José Cárdenas, uno de los Próceres del 3 de Noviembre de 1820. El Coronel Car-

los Joaquín Monsalve murió en Piura, casi nonagenario. En esa ciudad redactaba "El Sol de Piura."

En unión de «La Pola», fueron fusilados: su amante, Alejo Sabaraín, uno de los prisioneros de la «Cuchilla del Tambo», que escapó allí mismo de ser victimado, Antonio Galeano, José Manuel Díaz, Joaquín Suárez, Jacobo Marufú, José María Arcos, Francisco Arellano y un soldado desertor.

La sangre derramada en aras de la Libertad es siempre fecunda. Prueba de ello es que, a raíz de la heroica muerte de «La Pola», los hermanos Vicente y Ambrosio Almeida, nativos de San José de Cúcuta, habiendo logrado fugarse de la cárcel de Santafé, formaron una guerrilla que ascendió a trescientos hombres mal armados. Con ellos derrotaron los Almeidas a dos pequeñas columnas realistas en Tibirita y Enemoción, y avanzaron audazmente hasta la parroquia de Chocontá, distante catorce leguas de la Capital.

Alarmado y temeroso Sámano, creyendo que caían sobre Santafé tres mil llaneros de Casanare, envió a Dn. Carlos Tolrá con seiscientos soldados para atacar a la guerrilla republicana. Esta consiguió rechazar, el 21 de Noviembre de 1817, en el puente de «Sisga», a Dn. Simón Sicilia, segundo de Tolrá; pero, a pesar de ello, el mismo día el Jefe español derrotó la fuerza principal de los patriotas, en las cercanías de Chocontá. Sólo salvaron del desastre los Almeidas y veintiseis de sus compañeros, que fueron a engrosar las filas republicanas que obraban en los Llanos de Casanare. Este triunfo le valió a Tolrá el grado de Coronel efectivo.

El 9 de Marzo de 1818, tomó posesión del alto cargo de Virrey de la Nueva Granada el Brigadier Dn. Juan Sámano, nombrado por la Corte de España, en virtud de recomendaciones de Morillo, y por renuncia de Dn. Francisco Montalvo. Este nombramiento fue pésimamente aceptado por el pueblo granadino, el que, en su mayor parte, odiaba a Sámano, a causa del sistema terrorista que implantó para contener, aunque en vano, el movimiento emancipador.

Los patriotas de Casanare continuaban defendiendo heroicamente su Independencia. El cruel Gobernador de Tunja, Dn. Lucas González, consiguió batir un cuerpo de patriotas en Zapatoca, incendió este pueblo y mató a sangre fría, sin distinción de personas, a cuantos cayeron en sus manos. Los patriotas, a su vez, tomaron la revancha, comandados por el Jefe de escuadrón Ramón Nonato Pérez, derrotando a varios destacamentos realistas. El principal combate, en que triunfaron los independientes, tuvo lugar en la fundación de Upiá. Allí destrozaron a ciento ochenta realistas; y el 21 de Febrero de 1818, derrotaron los republicanos a la columna española que dominaba las Llanuras de San Martín que riega el Meta, y con esta acción, fueron arrojados enteramente los realistas de los Llanos situados al este de la gran cordillera.

Para vengar Sámano estos desastres sufridos por sus ar-

mas, envió a los Llanos de San Martín quinientos infantes regidos por el Coronel Carlos Tolrá, quien avanzó hasta Medina, de donde se regresó por falta de caballería y vituallas, sin haber conseguido ventaja de ninguna clase.

El Teniente General Morillo nombró Comandante en Jefe de la tercera división realista que estaba en la Nueva Granada, al Coronel Dn. José María Barreiro, quien llegó a Santafé en 4 de Agosto de 1818. Este militar instruido e inteligente organizó un brillante ejército que ascendió a cuatro mil quinientos hombres, pues a fines de dicho año, fue reforzado con los restos del antiguo regimiento español llamado "Victoria", y que había tomado el nombre de Aragón. Este batallón, completado con reclutas del Socorro y Tunja, estaba regido por el Coronel Dn. Basilio García, y con el mismo, cuatro años después, sostuvo dicho Coronel la causa realista, de una manera tenaz, en la provincia de Pasto, en la sangrienta batalla de Bomboná.

A principios de 1819, Barreiro hizo una expedición a los Llanos de Casanare sin resultado provechoso, y más bien con pérdida de soldados y caballos. Los patriotas contaban ya en esas Llanuras con un ejército de dos mil hombres bien disciplinados, regidos por el Coronel Francisco de Paula Santander, que había sido enviado por Bolívar desde la Guayana, para que organizara la división de vanguardia del ejército con el que pensaba invadir el territorio granadino. Por esta razón, Santander se abstuvo racional y prudentemente de presentar batalla a Barreiro, limitándose a ligeros tiroteos y a hacerle vagar de un lugar a otro de esas inmensas llanuras, con lo que empezó la desertión de los realistas, se despearon sus caballos y les faltaron provisiones; viéndose, por lo mismo, obligado Barreiro a regresar a sus estancias de Paya y Chita y otros lugares de la cordillera que guarnecían los españoles. Esta retirada fue precursora de la famosa derrota que sufrió Barreiro en el legendario puente de Boyacá, algunos meses más tarde; asunto del que nos ocuparemos, después de referir los heroicos sucesos verificados en Venezuela, desde 1815 hasta 1818.

CAPITULO VI.

VENEZUELA.—1815 A 1818

Insurrección de la isla de Margarita.—Expedición de Bolívar preparada en los Cayos de San Luis.—Arriba la expedición al puerto de Juan Griego.—Desembarca Bolívar en Carúpano.—Se traslada a Ocumare.—Derrota que sufre Soublette en los Aguacates.—Se reembarca Bolívar en Ocumare, en virtud de una falsa noticia.—La expedición se interna en los valles de Aragua, bajo el mando de Mac-Gre-

gor.—Llega y ocupa a Barcelona, después de los combates de Onoto, Chaguaramas, Quebrada-Honda y del Alacrán, todos favorables a los patriotas.—Batalla del Juncal, ganada por Piar y Mac-Gregor.—Bolívar desembarca en Güiría.—Es desconocida su autoridad por Bermúdez y Mariño.—Se ve obligado a partir a Haití.—Forma una nueva expedición en esta Isla.—Toca en Juan Griego y llega a Barcelona.—Margarita recupera su libertad.—Operaciones de los patriotas en el Apuré.—José Antonio Páez vence a López en la Mata de la Miel.—Es reconocido Jefe absoluto en las Llanuras con el Grado de Brigadier.—Combate del Yagual en que triunfa Páez.—Combate del Guayabal.—Páez se retira a Achaguas, sabiendo la noticia de la llegada de Morillo a territorio venezolano.—Bolívar es derrotado en los Claríes.—Marcha a Barcelona.—Esta ciudad es atacada por fuerzas realistas.—Bolívar deja en ella al General Freites para defenderla y parte a la Guayana.—Freites no recibe auxilios oportunamente.—Heroica defensa de la Casa Fuerte de Barcelona.—Aldama la ocupa a viva fuerza.—Operaciones de Piar en la Guayana y en las misiones del Caroní.—Entrevista de Bolívar con Piar.—Combate de las Mucuritas ganado por Páez.—Morillo se acantonó en San Fernando, y Páez se retira a San Juan de Payara.—Espléndido combate de San Félix, en el que Piar triunfa sobre La Torre.—Congresillo de Cariaco en que se desconoce la autoridad de Bolívar.—Brion y Antonio Díaz penetran con su escuadrilla en el río Orinoco.—Peligro inminente de Bolívar en Casacoima.—Antonio Díaz destruye la escuadra realista en Pagallos.—La Torre evacua a Angostura.—Esta ciudad es ocupada por Bermúdez.—Morillo ataca la isla de Margarita con tres mil soldados.—Heroica resistencia de los isleños.—Combate sangriento de Matasiete.—Morillo evacua a Margarita.—Conducta rebelde de Piar.—Su trágico fin.—Bolívar declara a Angostura como capital de Venezuela.—Zaraza es derrotado por La Torre en la Hogaza.

Dijimos que la isla de Margarita se sometió al régimen realista, cuando arribó a ella con su expedición el General Morillo, quien dejó de Gobernador en la Isla a Dn. Antonio Herraiz. Este, que era hombre bondadoso y amigo de la justicia, increpaba los latrocinios y violencias que, a diario, cometían los Jefes expedicionarios, manifestando que tan funesto sistema era contraproducente para el efecto de la pacificación de Costa-Firme. Con motivo de esta honrada y laudable conducta, fue separado Herraiz por Moxó, con aprobación de Morillo, y reemplazado con el Teniente Coronel Dn. Joaquín Urreiztieta, español de pésimas cualidades, pues era desconfiado, avaro y cruel.

Apenas se hizo cargo éste de la Gobernación de Margarita, invitó a los principales sujetos de la Isla a un festín, el 24 de Septiembre de 1815, con el objeto aparente de

celebrar la caída y prisión de Napoleón Bonaparte, pero, en realidad, con el pérfido fin de arrestarlos. El General Juan Bautista Arismendi, que era el principal Jefe republicano, descubrió, a tiempo, la inicua trama de Urreizieta, huyó a los bosques con uno de sus hijos, concibió y puso en práctica, lleno de odio y de venganza, el temerario designio de expulsar de la Isla a sus crueles opresores. No pudiendo el Gobernador aprehender a Arismendi, apresó a la mujer de éste, Dña. Luisa Cáceres, aunque se hallaba en cinta. Esta medida empleada para contener al marido no surtió efecto, pues éste, más irritado que nunca, se apresó a poner por obra sus patrióticas miras. Salió, en efecto, del monte, donde se hallaba escondido, en la noche del 15 de Noviembre de 1815, logró reunir treinta hombres, tres fusiles y ciento veinte cartuchos, y el 16 se dirigió Arismendi al puerto de Juan Griego, cuya guarnición sorprendió y pasó a cuchillo. Habiendo aumentado su gente y conseguido ochenta fusiles, en aquel lugar, marchó Arismendi a la villa del Norte, atacó y asaltó su "Casa Fuerte", y la ocupó, causando fiero estrago en los enemigos que la guarnecían, pues murieron más de doscientos de ellos, ora en el combate, ora en manos del pueblo enfurecido.

Tanto era el odio que éste profesaba a los expedicionarios, que en el mismo día de la ocupación de la "Casa fuerte", contaba Arismendi con mil quinientos hombres armados la mayor parte con machetes, azadones, lanzas, cuchillos, garrotes, y pocos con fusiles. Hasta las mujeres, queriendo vengar los maltratos que Luisa Cáceres sufría en su prisión, animaban a los hombres y los acompañaban al combate. Con este entusiasmo universal de parte de los habitantes de Margarita, no es de extrañar que Arismendi derrotase, en varios reencuentros, a Urreizieta; y que animados con tan próspero comienzo, se dirigieran los isleños a la Asunción, Capital de la Isla, y tomasen el poblado, quedando reducidos los españoles al castillo de Santa Rosa y a las fortificaciones de Pampatar.

Durante el último mes de 1815, sufrieron los patriotas algunos descalabros, que no les hacían mella, pues se mantenían impertérritos en la defensa de la heroica Isla. Los margariteños patentizaron, una vez más, la verdad que contiene aquella frase de Napoleón I: "Una Nación que quiere ser libre es invencible."

Para la debida trabazón de los acontecimientos que estamos relatando, volvamos la vista hacia Bolívar, hacia aquel hombre extraordinario, a quien la Divina Providencia había elegido, no sólo para libertar a su Patria, sino, también, a otros pueblos del Continente Sur-Americano.

Expusimos que Bolívar se vió obligado a abandonar el territorio granadino, merced a las funestas rivalidades del Gobernador de Cartagena, del Canónigo Marimón y del General Manuel Castillo, a mediados del año 1815. Buscó el

ilustre proscrito asilo en Kingston, capital de la isla de Jamaica, colonia inglesa. En este lugar, se ocupó el Libertador en publicar una memoria, justificando su conducta en la guerra civil de Cartagena; y en escribir para la prensa periódica una serie de luminosos y concienzudos artículos, restableciendo la verdad respecto de algunos hechos históricos desfigurados por los escritores españoles, y procurando despertar las simpatías y una opinión favorable de las colonias extranjeras en favor de la Independencia Americana; único objetivo, el ensueño e ideal que absorbía toda la vida de Bolívar, cuando un gran crimen estuvo a punto de terminarla de trágica manera.

Se asegura, aun cuando no es cosa bien probada, que un español, pagado por el Capitán General interino de Venezuela, el Brigadier Salvador Moxó, se trasladó a Kingston con el siniestro objeto de asesinarle a Bolívar. Dicho español logró seducir, con alhagos y promesas, y probablemente con dinero, a un negro esclavo de Bolívar, llamado Pío, y éste se prestó para perpetrar aquel horrendo crimen. Todos los historiadores están conformes en el hecho de que el negro Pío, viendo ocupada la hamaca, en que solía dormir Bolívar, creyendo que era éste, y aprovechándose de las tinieblas de la noche, se acercó a tientas y con recatados pasos a la hamaca y cosió a puñaladas al que en ella tranquilamente dormía. El victimado fue un infeliz venezolano proscrito de apellido Amestoy, quien, viendo que Bolívar no venía a la habitación que ambos ocupaban, hasta bien entrada la noche, se acostó en la hamaca del Libertador. En lo que están disconformes los historiadores es en la causa por la que Bolívar no se restituyó aquella noche al cuarto en que hospedaba. Dn. Ricardo Palma, refiriéndose a García Tosta, dice que, con motivo de una lluvia torrencial, Bolívar pasó la noche del trágico acontecimiento en íntimos coloquios con Luisa Crober, preciosa dominicana, de ojos árabes y de sedaña, abundante y negra cabellera.

Bolívar permaneció en Jamaica hasta fines del año de 1815. Habiendo sabido que Luis Brión, rico comerciante y armador de la isla de Curazao, dueño y Capitán de la corbeta «Dardo», había salido, según lo referimos, de Cartagena, después de dejar en ésta los auxilios de armas y pertrechos que la llevó; y que reunía en «Los Cayos de San Luis» puerto de Haití, hombres y víveres para socorrer nuevamente aquella plaza, Bolívar, se embarcó para reunirse con Brión, y formar parte de la expedición. Durante la travesía supo Bolívar que Cartagena había caído en poder de Morillo; y no embargante continuó su viaje, y arribó a Haití, donde auxiliado por el Presidente de esta isla, Petión, por algunos comerciantes y principalmente por el mismo Brión, que puso en manos de Bolívar toda su cuantiosa fortuna, éste reunió a los emigrados y a cuanta gente pudo, y preparó la famosa expedición que se llama de «Los Cayos de San Luis.»

Ciertamente merece el nombre de famosa aquella expedición, no por su fuerza y número, pues constaba solamente de siete goletas mercantes armadas en guerra, de doscientos cincuenta hombres de desembarco, casi todos ellos oficiales y de muchos fusiles, sino porque en ella venía, como jefe, el hombre extraordinario, que consiguió reunir a la sombra del glorioso pabellón tricolor las diversas partidas republicanas que andaban dispersas e independientes unas de otras combatiendo en las inmensas llanuras del territorio venezolano; y con esas falanges invencibles recorrió Bolívar aniquilando el Poder Español, desde las bocas del caudaloso Orinoco, hasta las nevadas cimas del rico Potosí. ¿Quién hubiera creído que aquella diminuta expedición hubiese destruído completamente a la brillante y formidable de Morillo, compuesta de los vencedores del Coloso de Europa?

Temeraria y casi imposible de realizarse era la grandiosa empresa de Bolívar, y hablando de ella dice Baralt: "Regístrese los Anales de las revoluciones: véase las de Suiza, Holanda, Estados Unidos, Francia; todo en ellas favorecía la causa nueva contra la antigua. Medítese luego con detención la empresa de Bolívar, y habrá de confesarse que jamás suma igual de embarazos se había opuesto a ningún proyecto humano: que jamás caudillo popular tuvo menos medios de defensa y de resguardo; y finalmente que nunca la constancia fue probada en sucesión más larga de victorias y reveses."

En la escuadrilla venían, fuera de Bolívar: el Almirante Luis Brión, el General Santiago Mariño, como Jefe de Estado Mayor, el Teniente Coronel Carlos Soublette, como Subjefe, el General Manuel Piar, compatriota de Brión, el General escocés Gregor Mac-Gregor, el Coronel Pedro Briceño Méndez, Secretario de Bolívar y el Granadino Dn. Francisco Antonio Zea, hombre de capacidad y de vasta ilustración.

La expedición se hizo a la vela del puerto de Aquin (en la isla de Haití), el 30 de Marzo de 1816. En las cercanías de la isla dinamarquesa de Santa Cruz, apresó un buque mercante español; y el 2 de Mayo hizo presa del bergantín «Intrépido» y de la goleta Rita que, por el lado occidental, bloqueaban a Margarita; arribando, felizmente, la escuadrilla al puerto de Juan Griego, el 3 de Mayo de 1816.—El primer resultado favorable de la expedición fue el abandono del Castillo de Santa Rosa en manos de Arismendi, porque los realistas creyeron que el Libertador llegaba con un ejército formidable.

El 7 de Mayo, una asamblea numerosa que se reunió en la Villa del Norte, proclamó a Bolívar por Jefe Supremo y a Mariño por su segundo. Esta resolución comunicada, en el acto, a los Jefes que sostenían la guerra en las provincias de la Costa-Firme, dió por resultado el reconocimiento de la Autoridad suprema de Bolívar por Monagas y otros Jefes de partidas. Un poco más tarde, el 28 de Junio de 1816, se celebró una Junta general en Carúpano, bajo la dirección del Jurisconsulto Diego Bautista Urbaneja, en

la que, adhiriéndose a la voluntad de la Asamblea del Norte, se estableció la unidad del Gobierno, confiándolo a Bolívar. Con esto se echó por tierra la malhadada forma federal, que tantos males causó en la primera época de la República de Venezuela, y mucho más graves en la de Nueva Granada.

Manifestamos antes que, con la llegada de Bolívar a la isla de Margarita, los realistas abandonaron el Castillo de Santa Rosa que fue demolido por orden de Arismendi. Ahora añadiremos que, hasta la fecha en que arribó el Libertador, y a pesar de los refuerzos que el Brigadier Pardo llevó en persona, los margariteños defendieron la Independencia de su patria, con tesón y bravura sin rivales. Luisa Cáceres dió a luz en la prisión un hijo, al que Pardo calificó de *nuevo monstruo*, y este hombre cruel e inhumano, talvez más que todos sus compañeros, propuso a Moxó el acto bárbaro, y casi increíble, de degollar a la mujer de Arismendi, y de pasar a cuchillo a todos los niños y mujeres de Margarita. Moxó, a pesar de la negrura de su alma, en vista de la monstruosidad propuesta por aquel nuevo *Herodes*, la rechazó. El siniestro plan de Pardo quedó reducido a que Luisa Cáceres, firme siempre en no querer aconsejar a Arismendi que cometiese la traición de rendirse, fuese trasladada a Caracas, y después a la cárcel de Cádiz, de donde logró fugarse años después, para volver a su patria. ¡Llor eterno a esa mujer de tan firme e inquebrantable constancia! Los realistas se vieron obligados, por fin, a regresar al Continente para contener los avances que por todas partes hacían los patriotas; dejando respirar, por poco tiempo, a la generosa Isla, que después fue invadida por Morillo en persona.

Bolívar partió con su expedición de Margarita, y el 19 de Junio de 1816, se aproximó a Carúpano y ocupó la población, sin gran resistencia de la guarnición española, la que se retiró a Cariaco. En seguida, el Libertador expidió un decreto, llamando a los esclavos a las armas, ofreciéndoles la libertad, con indemnización a los dueños de ellos. Encargó a Mariño la organización de fuerzas en Güiria, y a Piar que hiciese lo mismo en Maturín; y concibiendo el audaz plan de hacer una invasión a la provincia de Caracas, se reembarcó el Libertador en Carúpano, y el 6 de Julio, tomó tierra, sin novedad, en la costa de Ocumare a barlovento de Puerto Cabello. En aquel lugar, expidió un decreto relativo a la guerra a muerte, cuya abolición propuso el Libertador. Los realistas creyendo segura la victoria rechazaron la humana invitación de Bolívar. En consecuencia, el decreto quedó sin cumplimiento, y las matanzas de parte de uno y otro bando continuaron hasta fines del año de 1820.

De Ocumare envió Bolívar a Soublette con trescientos hombres a ocupar los valles de Aragua. Soublette llegó a

Maracay; pero allí supo que Morales, enviado por Morillo desde Ocaña, después de la toma de Cartagena, cuando aquel tuvo noticia de la insurrección de Margarita, había llegado a Valencia, y que en Caracas había seiscientos soldados de línea. Por estas razones, Soubllette apoyó su ejército en la cordillera, y tomó posiciones en la cima llamada del "Aguacate", donde se le incorporó Bolívar con algunos cuerpos que habían quedado en Ocumare. En el "Aguacate", fueron atacados y derrotados los Jefes republicanos por Morales, el 14 de Julio de 1816, pudiendo aquellos, por falta de persecución, emprender en buen orden la retirada a Ocumare.

En el puerto de este nombre, sólo habían quedado dos buques mercantes y uno de guerra al mando del francés Villaret. En las críticas circunstancias en que se encontraba el Libertador, lo más urgente era reembarcar un cuantioso parque, una imprenta y otros objetos importantes que se hallaban en tierra; y de ello quiso ocuparse en persona Bolívar ayudado por el Comandante de artillería Dn. Bartolomé Salóm, dejando en Ocumare al Ayudante de campo Isidro Alzuru, para que por su medio le comunicase Soubllette cualquiera novedad. Cerca del anochecer llegó Morales al «Peladero», lugar distante tres leguas de Ocumare. Resolvióse que el ejército republicano emprendiese su retirada a las ocho de la noche, y se envió aviso de esto al Libertador con Alzuru. Este, ora por aturdimiento, ora por mala inteligencia, o, lo que es más probable por traición (pues, a poco, desertó del ejército), dió a Bolívar la pésima y falsa noticia de que la división de Morales entraba ya en Ocumare, y las tropas republicanas estaban en formal y precipitado repliegue. Esta noticia cayó como una bomba, y produjo una verdadera *debacle*: Villaret picó anclas al punto, y se hizo a la vela con los dos buques mercantes: el Libertador urgido por los que con él estaban, y conociendo, por otra parte, que le era imposible incorporarse al ejército, se embarcó en el buque de guerra en seguimiento de Villaret; y algunas personas que no pudieron embarcarse quedaron en la mayor consternación, y fueron a Ocumare, donde dieron cuenta a los Jefes del desorden ocurrido. Enviaron éstos, en el acto, al Coronel Miguel Borrás para desmentir las noticias de Alzuru, y anunciar que la división aguardaría a los dispersos hasta las nueve de la noche. De esta manera, se reunieron a aquella Salóm y algunos soldados; y emprendió la marcha el ejército republicano, dejando a los heridos a merced del cruel Morales. En la playa quedaron, igualmente, abandonados gran número de fusiles, pertrechos y otros objetos.

La división independiente tomó rumbo hacia Choróní, y en este lugar eligieron por General en Jefe a Sir Gregor Max-Gregor, irlandés valentísimo hasta la temeridad y de brillantes prendas militares. En la altura de Churucuru-

ma, a donde llegó el ejército, se le unió el Comandante Francisco Piñango con su partida. Todas estas cosas pudieron hacer los patriotas, aprovechando de que Morales se entretenía en recoger los despojos abandonados en la playa de Ocumare, que sirvieron siquiera de cebo a la codicia del feroz canario.

Sin contratiempo llegó el ejército al valle de Onoto, donde derrotó a una columna realista mandada por el odiado venezolano Juan Nepomuceno Quero, el 18 de Julio de 1816. Continuando su marcha, hacia los valles de Aragua encontraron los patriotas, en la montaña de Güere, palpitantes todavía los cadáveres de veinte y nueve hombres, asesinados por *Chepito González*, de genial ferocidad, de orden del Capitán General Moxó. Al llegar a la Victoria, supieron, por primera vez, y con indecible júbilo, la guerra cruda y favorable a la causa republicana, que hacían los llaneros del Apure y de Casanare. Con tan fausta nueva, cobraron nuevos bríos, y siguiendo las aguas del río Pao, dispersaron las fuerzas del bárbaro Comandante Rosete, que se encontraban en San Sebastián de los Reyes.

Habiendo pasado los republicanos el río Orituco, se acordó dejar a un lado el pueblo de Chaguaramas, donde había un fuerte destacamento español, con el que no era conveniente entrar en lucha, sino seguir por otro camino a Santa María de Ipire, donde probablemente encontrarían algunos cuerpos francos de Zaraza. Pero al llegar al sitio en que debía abandonarse el camino que conducía a Chaguaramas, desistió Mac-Gregor de tan saludable proyecto, y entró en el pueblo, trabándose un combate, bizarramente sostenido por el valiente Jefe del destacamento español Dn. Tomás García, que duró toda la noche del 28 de Julio y el día siguiente. Tarde conoció su error el Jefe republicano, pues después de haber perdido ochenta hombres y de haber quemado inútilmente diez mil cartuchos, levantó el campo en la noche de 29 de Julio de 1816.—La única ventaja que sacó Mac-Gregor en Chaguaramas fue la incorporación a su ejército del Comandante Basilio Belisario, patriota denodado y práctico del terreno, que desde entonces fue su principal guía.

En el Socorro, se reunió a la división republicana el valeroso Comandante Julián Infante con ochenta jinetes. Al rayar la aurora del 2 de Agosto de 1816, en el difícil paso de la Quebrada-Honda, terreno áspero y barrancoso, se toparon los patriotas con una división realista de mil doscientos hombres al mando del despreciado Quero, que les impedía dicho paso. Los republicanos entusiastas, y con Soublotte a su cabeza, (pues Mac-Gregor, a causa del mal estado de su salud, que no le permitía caminar al paso de una tropa en retirada, se había adelantado, sin prever este acontecimiento) atacaron con denuedo a las fuerzas de Quero, y dieron a este traidor venezolano la terrible lección de una

derrota. Pocos muertos tuvieron los patriotas, contándose entre ellos al bizarro Comandante Francisco Piñango.

Para mejor inteligencia de lo que estamos narrando, debe saberse que Monagas y Zaraza habían continuado la guerra con tenacidad, hostilizando siempre a los españoles, el primero, en las provincias de Guayana y Barcelona, y el segundo en las llanuras de Caracas, durante los años de 1815 y 1816. Además de los cuerpos francos de estos célebres caudillos, existían otros mandados por los Coroneles Jesús Barreto y Andrés Rojas, que infestaban la provincia de Cumaná y los bosques y llanuras intermedias entre el Orinoco y Maturín. Merced al celo y esfuerzos del Dr. Miguel Peña, hombre de pluma y de espada, que había podido escaparse de caer en las manos de Monteverde, y reunirse con Zaraza, se acordó por los Jefes de partidas mencionados y otros más, en San Diego de Cabrutica, confiar el mando de todos al General José Tadeo Monagas, siendo nombrado por teniente suyo el General Pedro Zaraza. Luego que se supo la llegada de Bolívar a la isla de Margarita, el Dr. Peña consiguió que Monagas reconociese al Libertador como Jefe Supremo.

Volvamos ahora a la división de Mac-Gregor. Esta llegó, después del triunfo de la Quebrada-Honda, a Santa María de Ipire, donde le esperaba Zaraza con cincuenta carabineros. Dejando a éste para cubrir la retirada, los patriotas se trasladaron a San Diego de Cabrutica, donde se les reunieron todas las partidas de Monagas y Zaraza. Con un ejército ya respetable, mediante esta unión, Mac-Gregor tomó rumbo hacia la villa de Aragua de Barcelona, donde estaba una división realista al mando del Teniente Coronel venezolano Dn. Rafael López, la que había salido de aquella villa en demanda del ejército independiente. Sabedor de esto Mac-Gregor tomó posiciones en el sitio llamado de los «Alacranes», no muy distante del pueblo del Chaparro. Allí, el 6 de Septiembre de 1816, se trabó un combate con la división de López, la que fue completamente destrozada. En él se cubrieron de gloria las tropas republicanas, y principalmente Monagas y Zaraza que con sus caballerías formaban el ala derecha e izquierda del ejército republicano. Mac-Gregor en persona mandaba el centro de la línea de batalla, compuesta de la infantería, la que con el valiente Escocés a su cabeza cargó de frente a la bayoneta, y envolvieron por sus flancos a los enemigos, a causa de la derrota de las caballerías realistas de ambas alas. Tan grande fue el desastre de los realistas que murieron casi todos los Jefes, oficiales y soldados, escapando sólo de ochenta a noventa que, por ser venezolanos, fueron incorporados a las filas republicanas.—López, en su retirada, con algunos jinetes, sabiendo que en Barcelona se había proclamado la Independencia, entró en la ciudad, alanceó a cuantos pudo, y se llevó un botín considerable para Píritu. Monagas destinado

para este mismo lugar por Mac-Gregor, tuvo un encuentro con López, le mató setenta hombres, y recuperó parte de lo robado. Como cosa curiosa apuntaremos que en la batalla de los «Alacranes», combatieron de parte de los republicanos doscientos indígenas a cargo de los Capitanes Maunero y Tupepe, y de parte de los realistas, algunos indígenas de Chamariapa, armados de flechas.

El espléndido triunfo de los «Alacranes» abrió las puertas de la ciudad de Barcelona a los patriotas, la que fue ocupada, el 13 de Septiembre, por el ejército de Mac-Gregor. Como corolario vino después, 27 de Septiembre de 1816, la batalla del «Juncal». Este lugar, distante pocas leguas de Barcelona, se encuentra en una llanura salitrosa que se extiende hasta el mar. En tan árido paraje, los Generales Piar y Mac-Gregor cosecharon los laureles de la victoria, pues con dos mil hombres derrotaron a tres mil veteranos realistas que Morales trajo desde Caracas para batir a los independientes. Debe tomarse en cuenta que en esta batalla tomaron parte, no solamente la división de Mac-Gregor, sino también otra de infantería que vino desde territorio cumánés con Piar; pues este activo Jefe, después de la ocupación de Barcelona, llegó a esta ciudad con la indicada división, y tomó el mando de todo el ejército, como correspondía a su grado superior. El derrotado Morales anduvo vagando por diversos pueblos, cometiendo actos de inaudita crueldad, hasta que, de orden del Bragadier Moxó, se trasladó a Orituco para reunir un nuevo cuerpo de tropas, y continuar combatiendo a sus odiados enemigos los republicanos.

La brillante retirada de una pequeña columna de infantería patriota desde el puerto de Ocumare hasta San Diego de Cabrutica y las espléndidas victorias de «Quebrada-Honda», «Alacranes» y el Playón de Juncal, son hechos gloriosísimos que registran los Anales de la Emancipación Venezolana. «Ellos hicieron revivir las esperanzas casi muertas de los amigos de la Independencia; y destruyeron la grande influencia que la autoridad española había adquirido por los desastres de los republicanos, en el año de 1814, y por la importancia del ejército expedicionario.» (Baralt)

¿Qué era entre tanto de Bolívar causa principal de los grandes resultados que acabamos de exponer? Dijimos que el Libertador, con motivo de la *debacle* de Ocumare, se embarcó en un buque de guerra, en seguimiento de Villaret. El 16 de Julio de 1816 tuvo la suerte de recuperar las dos embarcaciones y los efectos que el marino francés se llevó, cuando la falsa noticia de Alzuro sembró la alarma y el espanto en Ocumare. Unido con Brión en la isla Bonaire, Bolívar se dió a la vela con su escuadrilla para Güiría, llevando consigo al General José Francisco Bermúdez, que se le incorporó en aquella isla, y a quien rehusó admitir antes en la expedición de los Cayos, porque conocía las maneras bru-

tales y la índole cruel y voluntariosa de aquel Jefe, dotado, por otra parte, de valor y apreciables prendas militares.

La añeja mala voluntad de Bermúdez para con el Libertador se había trocado en odio profundo. Este fue el motivo por el que se desconoció la autoridad de Bolívar el 22 de Agosto de 1816, en Güiría, donde había desembarcado el 16 del mismo mes y año. Los autores de la rebelión fueron el ambicioso General Mariño y Bermúdez, llegando éste al extremo de faltar al Libertador, no sólo con palabras descompuestas y ofensivas, sino que aún tiró de la espada contra él. El pretexto de la rebelión fue que Bolívar había abandonado la expedición de Ocumare, y el resultado de ella: que Mariño se hizo dar el primer puesto y Bermúdez el segundo; y que Bolívar, viéndose en la imposibilidad de reunirse con las tropas de Mac-Gregor, tomó rumbo para Puerto-Príncipe, en Haití. Cuando quedaron solos los Jefes revoltosos algo hicieron en provecho de la causa que defendían: Bermúdez ocupó a Yaguaraparo, Río-Caribe, Carúpano y Cariaco; y Mariño, colocando sus fuerzas en el sitio del Cántaro, auxiliado por la escuadrilla de la isla de Margarita, comenzó a hostilizar la plaza de Cumaná. Para cooperar a este sitio, Piar salió de Maturín, y asentó su campo en la Quebrada de Ortiz. Allí supo la ocupación de Barcelona por Mac-Gregor, y voló con sus tropas a auxiliarle, tomando parte principal en la batalla del Juncal, según lo referimos.

Antes de saber el detestable suceso de Güiría, todos los Jefes del ejército que ocuparon a Barcelona, inclusive Monagas, comisionaron a Dn. Antonio Francisco Zea para que pasase a Margarita, y de allí a las colonias extranjeras en busca de Bolívar para suplicarle que volviese a ponerse al frente de ellos. Los margariteños llamaron también al Libertador con el mismo objeto. Piar mismo, poco afecto a su persona, estaba dispuesto a obedecerle. Cedeño y Zaraza veneraban a Bolívar. En una palabra todo el ejército y todos los patriotas conocían que Bolívar era la única cabeza capaz de dirigir la política y la guerra, a un mismo tiempo; y de enfrenar las desatentadas y turbulentas ambiciones, que amenazaban hundir la causa de la Revolución en inabordable e insalvable sima.

Mientras todos los patriotas esperaban a Bolívar, con el mismo ardor y ansia con que los israelitas esperaban al Mesías prometido, aquel, con su incansable actividad, se ocupaba en Puerto Príncipe en formar una nueva expedición, bajo los auspicios y decidida protección del Presidente de Haití. La expedición se componía de los buques de Brión (1) y de los de Villaret, los que formaron una escuadrilla res-

(1) Brión, no habiendo podido desempeñar una comisión que le encargara el Libertador para Méjico y los Estados Unidos, volvió a reunirse con sus buques a Bolívar.

petable. También acompañaron a Bolívar algunos oficiales italianos que pertenecieron al ejército de Bonaparte, y que habían llegado a Haití con el General español Francisco Javier Mina, quien se había expatriado, después de su infructuosa tentativa por restablecer la Constitución española. La expedición zarpó del puerto de Jaemel, el 21 de Diciembre y llegó a Juan Griego el 28 del mismo mes del año de 1816. Después de publicar una proclama, manifestando los motivos de su separación, Bolívar arribó, el 31 de Diciembre, a Barcelona, y se puso a la cabeza del ejército republicano.

Indispensable nos parece manifestar, ligeramente, cual era el estado de las cosas, en el momento de la llegada del Libertador a Costa-Firme.

Mac-Gregor de carácter violento y colérico, exacerbado por una enfermedad crónica que entonces padecía, tuvo resentimientos con sus compañeros, y se separó del ejército, yéndose a Margarita, y seguidamente a las Antillas. Esta separación se verificó antes de la venida de Bolívar.

Antes de esto, se separó, también, Piar con mil quinientos hombres, so pretexto de no tomar parte en aquellos disgustos y marchó a la Provincia de Guayana a unirse con el General Manuel Cedeño, quien, con mil trescientos jinetes que llegó a reunir, se mantuvo triunfante en las comarcas del Tigre y otras adyacentes, durante todo el año de 1816. Cuando Piar se le reunió a fines de Noviembre de aquel año, Cedeño quedó de Teniente de aquel; y ambos Jefes concibieron el proyecto de invadir la Provincia de Guayana, y de tomar su importante Capital, la ciudad de Angostura.

Evacuada, por fin, la isla de Margarita por sus crueles invasores, después de un año de continuas luchas, el 3 de Noviembre, el General Arismendi marchó el 20 de Diciembre con cuatrocientos hombres a Barcelona para engrosar el ejército patriota, encargando el mando de Margarita, a uno de sus más valientes y dignos caudillos, al Coronel Francisco Esteban Gómez.

En las llanuras del Apure, durante el mismo año de 1816, se mantuvo firme el fuego del patriotismo, merced a un hombre que llegó a ser el Jefe indiscutible de los llaneros. Este hombre era José Antonio Páez de quien, en un artículo necrológico, dijo el notable escritor Manuel María Madieto: «Páez, el tremendo león de las Queseras del Medio, el ángel exterminador en Carabobo, el hombre homérico, el hombre mitológico, no existe!» Oportuno nos parece consignar algunos datos biográficos del gran caudillo venezolano.

“El 13 de Junio de 1790, dice el mismo Páez, en su “Autobiografía”, nací en una muy modesta casita, a orillas del riachuelo Curpa, cerca del pueblo de Acarigua, cantón de Araure, provincia de Barinas, Venezuela.” Cuando apenas tenía diez y seis años, Juan Victorio Páez, padre de Páez, envió a éste a Cabudare, con el encargo de cobrar y traerle cierta cantidad de dinero. Muy contento y ufano ve-

nía el mozo, cumplida su misión, caballero en una mula y armado con dos pistolas y una espada, que le dió su padre para el viaje; y al llegar a Yaritagua, enseñó su depósito, haciendo de él alarde. Este incauto proceder fue causa para que cuatro hombres, cerca de aquel lugar, asaltasen a Páez, creyendo fácil la empresa de robarle. El agredido, lejos de atemorizarse, echó pie a tierra, y con sus pistolas amartilladas amagó ya a uno, ya a otro de los bandoleros, tratando de amedrentarlos, hasta que, viéndose acometido muy de cerca, disparó una de las pistolas contra el bandido más cercano, con tan buena suerte, que le derribó muerto al suelo. Los otros ladrones, en vista de tan inesperado desenlace, huyeron precipitadamente, y muy a tiempo para el joven Páez, pues la otra pistola había estado sin carga, y era imposible a uno defenderse contra tres, con solo la espada, por diestro que hubiese sido en el manejo de esta arma.

Libre ya de los asaltantes, sintió Páez un temor cerval de ser apresado, enjuiciado y condenado; pues aun cuando la muerte que acababa de cometer no constituía infracción alguna, porque obró en legítima defensa, creyó el inexperto mozo que no hubiera podido justificar su inocencia; y por ello se internó fugitivo en las llanuras, hasta que fue a parar en el hato de la "Calzada," perteneciente a Dn. Manuel Pulido. Tomóle éste a su servicio, y por su buen comportamiento, se captó Páez la confianza y estimación de aquel rico propietario, tanto que le facilitó medios para que Páez, por su cuenta, hiciese algunas especulaciones.

Al estallar el movimiento revolucionario del 19 de Abril de 1810, Páez se alistó en la milicia de Barinas, primero como soldado, y después como sargento de caballería. Retiróse del servicio, cuando Monteverde subyugó toda la República a fines de 1812. Al acercarse Bolívar a Barinas en su famosa campaña de 1813, Páez, rechazando el grado de Capitán que le ofreció el Jefe español Tíscar, corrió a unirse con una partida de patriotas que regía su antiguo patrono el Teniente Coronel Dn. Manuel Pulido, y prestó importantes servicios, organizando una compañía de jinetes.

Ocupada la provincia de Barinas por las tropas de Yáñez, Páez cayó prisionero en poder de Puy. Dos veces estuvo en capilla para ser fusilado, escapándose de una manera providencial: la primera, porque un español de apellido Escutasol, amigo de Páez, le rescató de la muerte, sin obtener su libertad, con seiscientos pesos que le dió a Puy; y la segunda, porque, habiendo sabido los realistas el triunfo espléndido de Bolívar en Araure, huyeron precipitadamente de Barinas, dejando a Páez y a ciento quince prisioneros más, que iban a ser pasados por las armas, sin más guardián que el Alcalde de la cárcel. Recobrada la libertad se unió Páez al Jefe republicano García de Sena, con quien volvió a Barinas, pocos días después.

Evacuada esta ciudad, por García de Sena, de una ma-

nera inmotivada, contra la enérgica oposición de Páez y otros oficiales, y disuelta la caballería. Páez siguió como voluntario al Capitán Francisco Conde. Hallóse con este Jefe en la acción de "Estanques", donde sufrió una derrota la tropa mandada por el Jefe realista Dn. Bartolomé Lizón. Refiérese que en esta jornada, Páez, llevado de su natural ardor y coraje, sin advertir que la persecución de los derrotados había sido mandada suspender, continuó él sólo la persecución; mató durante ella en reñido combate a un realista llamado José María Sánchez, que tenía fama de fuerte y valeroso; y regresó, cerrada la noche, al campo patriota cargado de trofeos, y llevando muchos prisioneros, a quienes incorporó a las filas republicanas.

Después de perdida, por segunda vez, la causa de la Independencia de Venezuela, a fines de 1814, retiráronse algunas partidas republicanas a los llanos de Casanare. Una de ellas, según lo referimos, con el Coronel Olmedilla a su cabeza, derrotó el 30 de Enero de 1815, a la caballería realista que estaba en Guadualito, y ocupó durante corto tiempo esta plaza. El Capitán Páez se distinguió, como ninguno en el combate, y mediante su generosa intervención, no fueron fusilados los prisioneros, como lo pretendió Olmedilla.

Habiendo bosquejado la figura de Páez, fácil es comprender que éste, por su audacia, temerario valor y por su trato afable, familiar e indulgente con los llaneros, en cuyos rudos ejercicios era diestrísimo, llegase a ser el Jefe siempre afortunado e indiscutible de aquellos; y el más a propósito, entre todos los guerrilleros, para dominar en las Llanuras que riegan el Arauca y el Apure.

En efecto, abandonadas éstas y el centro principal de operaciones que era la villa de Guadualito, por el General Ricaurte, Guerrero, Miguel Valdez y otros, quienes se retiraron a las Llanuras de Casanare, temerosos de la gran fuerza con que el Coronel Francisco López, Gobernador de Barinas, se movía contra Guadualito, el Capitán Páez se quedó allí, ofreciendo defender la comarca a todo trance. Veamos cómo cumplió su promesa que, a primera vista, parecía una fanfarria.

Nuestro audaz Capitán reunió quinientos jinetes, y con ellos fue en busca del Coronel López que tenía mil seiscientos hombres. Estando ya próxima la noche del 16 de Febrero de 1816, encontró Páez al Jefe realista en un sitio llamado "La Mata de la Miel," a la derecha del Apure. En este lugar memorable, y durante la noche, ocultadora de las hazañas y proezas de los combatientes, Páez, con el Capitán Genaro Vázquez a la cabeza de los granadinos, y con el Capitán Ramón Nonato Pérez a la de los venezolanos, atacó con formidable empuje a las huestes realistas, dispersó la caballería y alanceó a la infantería. Cuatrocientos realistas quedaron muertos en el campo, y en poder del vencedor, cuatrocientos prisioneros, tres mil quinientos

caballos y casi todas las armas. Páez, que durante esta memorable jornada había tenido dos caballos muertos, dió libertad, generosa y humanamente, a todos los prisioneros; y como todos estos eran venezolanos, al andar de los tiempos, se incorporaron a las filas del Caudillo republicano, ganados por la fama de su buen proceder. La victoria de "La Mata de la Miel" le valió a Páez, de parte del Gobierno de Santafé, el despacho de Teniente Coronel, pues consideraba aquel las tropas de Páez como dependientes de Casanare.

En Junio de 1816, López, rehecho ya de la rota de "La Mata de la Miel," volvió a pasar el Apure; y habiéndole Páez salido al encuentro cerca del "Mantecal," el Jefe realista sufrió otra derrota, retirándose con pérdida de hombres y caballos. Cansado Páez de perseguir y destruir en las Llanuras, guerrillas que pronto se rehacían, concibió el designio de tomar a Achaguas, empresa de importancia y que daría lustre a sus armas.—Habiéndole salido vano su intento, se retiró Páez al pueblo de la Trinidad de Arichuna, en circunstancias harto calamitosas para la causa republicana; pues el Gobierno de la Unión Granadina dejó de existir; y los patriotas que pudieron escapar de las manos del sanguinario Morillo fueron a buscar refugio en las Llanuras de Casanare. Arrojadados, también, de allí por el Brigadier Dn. Miguel de La Torre, llegaron a Guadualito.

Referimos anteriormente que los Jefes venezolanos y granadinos, para dar unidad a sus operaciones, constituyeron un Gobierno compuesto del Teniente Coronel Fernando Serrano, como Presidente, y de los Generales Urdaneta, Serviez y el Dr. Francisco Javier Yáñez, como Consejeros de Estado. Al Coronel Francisco de Paula Santander se le confió el mando en Jefe del ejército. Poco duró, como era natural, este simulacro de Gobierno sin territorio en que ejercerlo, pues no merecía el nombre de tal, un campamento nómada, compuesto de soldados semisalvajes y casi desnudos, que sólo obedecían a Jefes que podían soportar las fatigas a que ellos estaban acostumbrados, y hacer personalmente los rudos y peligrosos ejercicios que ellos hacían. En consecuencia, apenas llegó el ejército a la Trinidad de Arichuna, cuando varios Jefes venezolanos pensaron en destituir el Gobierno, para poner en su lugar un Jefe único y absoluto que mereciese el respeto y la confianza de los llaneros, y los condujese a la guerra y a la victoria.

Para obtener este resultado, intentóse un motín contra el Gobierno; pero Santander tuvo la cordura de conocer que no era el hombre de las circunstancias y renunció inmediatamente el mando. Reunida en seguida una Junta de los Jefes venezolanos, procedióse a elegir un Jefe único y absoluto. La elección, a pesar de la inferioridad de su grado, pues solo era Teniente Coronel, recayó en Páez, lo que se explica, porque él era el Caudillo de la única fuerza que allí había. Con este paso se violentó la gerarquía militar, base indispensable de la disciplina, pues resultó que Páez

iba a mandar a oficiales de superior graduación, entre los cuales se hallaban: Urdaneta, General venezolano, hábil, valiente y conocido por sus importantes servicios, el General francés Serviez y algunos Coroneles, como Juan Antonio Paredes, Fernando Figueredo y el mismo Santander. Empero el éxito justificó esta elección, como vamos a verlo.

Páez, elevado por la Junta a la categoría de General de Brigada, organizó su ejército lo mejor que pudo, aumentando, y amansando los caballos cerriles por escuadrones, a usanza llanera, o sea, a esfuerzos de los jinetes, y marchó con dirección a Achaguas, en busca del ejército realista siempre comandado por el Coronel Francisco López. La fuerza de Páez estaba dividida en tres columnas regidas por los Generales Urdaneta y Serviez y por el Coronel Santander, casi todas armadas de lanza. Antes de llegar a Achaguas, supo Páez que López con mil setecientos jinetes y cuatrocientos infantes se hallaba en el hato de Yagual. En este sitio, y en 8 de Octubre de 1816, trabóse un largo y duro combate, glorioso en extremo para los patriotas, los cuales obtuvieron que López, abandonando su posición, se retirase perdidioso a Achaguas. Abandonada esta ciudad por López, después de un ligero tiroteo, la ocupó Páez el 13 del mismo mes y año.

En Achaguas, dividió el General republicano su gente en dos cuerpos, uno de los cuales envió contra la ciudad de San Fernando, a cargo del Teniente Coronel Miguel Guerrero, y con el otro a sus órdenes se situó en el pueblo de Apurito, frente a San Antonio, que está a la margen izquierda del río Apure, lugar donde se había colocado López.

Las fuerzas realistas dominaban el río con cuatro lanchas armadas de artillería y más de cuatrocientos hombres. Páez buscaba en vano un medio de vencer aquel inconveniente para penetrar en la provincia de Barinas, cuando, mediante un acontecimiento imprevisto y peregrino, llegó a consumarse la ruina y muerte de López. Refirámoslo: Páez queriendo castigar a un oficial de apellido Peña por no haber oído bien una orden, le mandó pasar en una canoa con ocho soldados el río Apure, y atacar a los enemigos en su campamento. Peña y sus compañeros, que iban a una muerte casi evidente, atravesaron el río, a las doce del día del 6 de Noviembre de 1816, sin ser vistos, por rara casualidad, de los enemigos, que se hallaban desprevenidos, y cayeron sobre éstos causádoles tan grande estrago, que sin contar el número de los agresores, huyeron en todas direcciones, unos a Nutrias, y otros con López río abajo en las embarcaciones. Y como supusiese Páez que el Jefe realista remontaría el río por la noche, preparóle una emboscada en una angostura del Apure, la que dió por resultado la prisión de López. Este fue fusilado, a petición de las tropas y de los habitantes de Achaguas, en venganza de algunas

crueldades cometidas por el Jefe español, a pesar de que Páez pretendió salvarle la vida.

Dueños ya los patriotas de siete lanchas, pasaron al otro lado del Apure, y ocuparon a Nutrias, de donde huyeron los realistas hacia Barinas, el 12 de Noviembre de 1816. Desde aquel punto, Páez envió a Urdaneta con dos escuadrones de caballería para hacer un reconocimiento por la vía del Norte, y él se dirigió a San Fernando para estrechar el bloqueo de la plaza, que se hallaba mandada por el Brigadier Dn. Ramón Correa. Con tal objeto, y para cortar las comunicaciones de San Fernando con la Capital, dispuso Páez que alguna gente pasase a la margen izquierda del Apure. Los encargados de esta operación se acamparon en el pueblo del Guayabal; y a este lugar se dirigió Páez con doscientos jinetes escogidos que separó del sitio, atravesando a nado el Apure por el "Diamante" y el caño de Apurito cerca del Guayabal; pues había sabido que el Comandante español Gorrín venía en auxilio de la plaza con trescientos jinetes, quinientos infantes y otros tantos caballos en pelo para montar la gente de Correa; y quería atacar a Gorrín, antes de que entrase en San Fernando. Así lo hizo, en efecto, el 18 de Diciembre de 1816 a las once de la mañana, cayendo sobre Gorrín que por su mala estrella se presentó aquel momento en el "Guayabal." En el primer choque quedó deshecha la caballería española, con gran número de jinetes muertos y el resto en completa dispersión. En cambio la infantería realista, formada en cuadro, resistió impertérrita las terribles lanzas de los llaneros, como una roca granítica resiste en el océano el choque de sus embravecidas ondas. Viendo Páez que no podía desordenar a la infantería, y que ésta le mataba sin fruto sus mejores oficiales, contentóse con la ventaja obtenida en el combate y con quitar al enemigo los quinientos caballos en pelo que llevaba; y unos y otros, patriotas y realistas, se dirigieron hacia la plaza sitiada por distintos rumbos. De allí a poco, dejando a Guerrero en el asedio de San Fernando, Páez se trasladó a Achaguas para reunir algunas tropas con que hacerles frente a Morillo y La Torre, de quienes supo que bajaban de la Nueva Granada, tomando la ruta hacia territorio venezolano, por los Llanos de Casumare.

La vida que se pasaba en los Llanos, se hizo insopportable a los Jefes y oficiales de infantería, que no podían soportarla ni mucho menos ver con indiferencia los latrocinios y asesinatos que cometían los llaneros, tales como: el del General Manuel Serviez, el del anciano Girardot, padre del inmortal Atanasio y el del Teniente Coronel Miguel Valdez. Por estas causas, por haber sabido el feliz éxito de las tropas de Mac-Gregor, en su retirada de Ocumare a Barcelana, y por la probabilidad de que Bolívar se hallase en esta ciudad, se separaron de la hueste de Páez,

los Jefes y oficiales mencionados: unos, como Santander, Conde, Blanco, Carreño y pocos más, con permiso; otros se ausentaron sin él. Urdaneta, después de haber cumplido su misión, la de recorrer la provincia de Barinas, sin haber encontrado obstáculo alguno, regresó a Achaguas; y desde allí con indecibles trabajos, se fue a Barcelona a unirse con Bolívar, satisfaciendo, de esta manera, su más ardiente deseo.

Páez, al principio, quiso contener este éxodo, y aun estuvo a punto de ser fusilado de orden suya, un gallardo y valentísimo mancebo de diez y seis años de edad, natural de Rionegro en la provincia de Antioquia, y edecán del infortunado General Serviez. Llamábase este adolescente José María Córdova, el mismo que combatió heroicamente en Pichincha; el mismo que dió cima a la grandiosa causa de la Libertad Sud-Americana, en el inmortal campo de Ayacucho, con su lapidaria, imperecedera y sublime frase: «Armas a discreción, paso de vencedores.»

Páez quedó, pues, sólo con sus indomables llaneros para continuar cosechando laureles en otras épicas jornadas, de las que nos ocuparemos a su debido tiempo; y continuemos refiriendo los sucesos que se verificaron en el Oriente de Venezuela.

Bolívar con el ejército de Barcelona, siempre tenaz en su idea de invadir las Llanuras de Caracas, quiso ponerla en práctica. No teniendo más enemigo cercano que una partida realista, situada sobre el Unare, frente al pueblo de «Clarines», a órdenes del Capitán Francisco Jiménez, subalterno de Morales, Bolívar y Arismendi le atacaron el 9 de Enero de 1817, con tan mala suerte, que volvieron a Barcelona con muy pocos soldados, dejando en poder del enemigo muchos prisioneros, armas y pertrechos.

Después de este tremendo desastre, Bolívar tuvo noticias de que se movía sobre Barcelona un ejército realista que se había organizado en Orituco, compuesto de tres mil quinientos hombres, a las órdenes del Brigadier Dn. Pascual Real. En sus filas venían, también, el famoso Morales, hecho ya Brigadier y el Coronel Dn. José Aldama. En estas circunstancias, Bolívar llamó a Mariño en su auxilio, quien, accediendo a esta demanda, se dirigió a Barcelona con mil doscientos hombres, el 20 de Enero de 1817. Acompañábanle a Mariño, el Mayor General Rafael Guevara, Bermúdez, Valdez y Armario. El Coronel José Antonio de Sucre, el futuro Libertador del Ecuador y gran Mariscal de Ayacucho, quedó mandando en la provincia de Cumaná.

El 8 de Febrero de 1817, el Brigadier Real, aumentadas sus fuerzas con mil doscientos hombres de los vencedores en «Clarines», penetró en Barcelona, y sin hacer un ataque serio al Convento de franciscanos, al que se dió el nombre infundado de «Casa Fuerte», y en el que se encontraban las tropas republicanas, evacuó la ciudad, con mo-

tivo de la llegada de Mariño a Pozuelos. Las fuerzas de éste unidas a las de Bolívar ocuparon nuevamente toda la ciudad, y Real se situó en Píritu y Clarines.

Bolívar no tenía fuerzas suficientes para atacar a Real en sus posiciones, pero sí para defenderse dentro de Barcelona, así es que esperaba con ansia el ataque, con la esperanza fundada de destruir las tropas realistas, con lo que le quedaba expedito el camino para ocupar a Caracas. No se cumplieron los deseos del Libertador, porque el Brigadier Real se mantuvo inactivo en su campo, hasta que le llegase artillería de sitio. Por esta razón, y conociendo Bolívar, que de prolongarse tal situación, el hambre y la peste se enseñorarían de el ejército aglomerado en Barcelona, resolvió aquel, con anuencia de todos los Jefes, evacuar la ciudad, trasladar a Margarita todos los materiales de guerra existentes, y conducir las tropas a las llanuras de Barcelona, para ponerse en comunicación con las que regían Piar y Cedeño en la provincia de Guayana. Con este gran proyecto, se daba unidad a las futuras operaciones militares, y el ejército patriota adquiriría una gran base de operaciones, que debía ser aquella provincia, cuyas dos plazas fuertes estaban sitiadas por Piar y Cedeño. Ocupada la Guayana, se pondría Bolívar en comunicación por el río Orinoco con las tropas del Apure, y sería éste la izquierda de la línea. La derecha la compondrían Maturín y la parte libre de la provincia de Cumaná, y quedarían obrando en las provincias de Caracas y Barcelona, como cuerpos avanzados, los de Zaraza y Monagas.

Este salvador designio propio del genio militar de Bolívar, encontró tenaz resistencia de parte de las autoridades municipales de Barcelona, apoyadas por el General Pedro María Freites y el Gobernador Francisco Esteban Ribas, quienes, llevados de un patriotismo exajerado pero imprudente, quisieron, a todo trance, defender la ciudad, encerrándose en la llamada «Casa Fuerte.» Bolívar no consiguió hacerles desistir de su laudable, aunque temerario intento, y dejándoles setecientos hombres para su defensa y la de trescientas personas de todo sexo y edad, que se hallaban refugiadas en la «Casa Fuerte,» marchó con una pequeña escolta de Jefes y oficiales hacia Guayana, a fines de Marzo de 1817.

Las tropas quedaron a órdenes del General Mariño, en quien, por desgracia, volvieron a resucitar sus deseos de mando supremo, y de obrar, con independencia de Bolívar, en Cumaná, a donde quería volver con los cuerpos que de allí había traído. Uno que otro Jefe apoyaban las miras de Mariño, pero estaban en contra suya, y decididos a obedecer a Bolívar, Soublette, Jefe de Estado Mayor, y aun los mismos Bermúdez y Valdez que, en otro tiempo, tanta oposición hicieron al Libertador.

Vino, en consecuencia, una división honda y profunda,

que casi termina de una manera sangrienta, entre los diversos Jefes del ejército republicano. Resultado deplorable de estas rencillas, fue: que las tropas se retiraron de Carito a la villa de Aragua, y de aquí las tres divisiones de Bermúdez, Valdez y Armario marcharon con dirección al Chaparro, lugar designado por Bolívar para que se le esperase; y Mariño con solo un batallón de negros de Güiría que le había quedado, se dirigió a Santa Ana, para seguir hacia Cumaná.

Mientras se verificaban estos desórdenes, el General Freites mandaba posta tras posta, pidiendo que el ejército de Mariño auxiliase a Barcelona, que se hallaba ya sitiada y a punto de caer en manos del feroz Aldama, quien había quedado de Jefe, por la separación de Real y de Morales, ordenada por Moxó. A instancias repetidas del General Urdaneta, Mariño puso a órdenes de aquel, en Santa Ana, los trescientos negros de Güiría, y Monagas, que también se hallaba en aquel lugar, doscientos jinetes. Con estas fuerzas voló Urdaneta a Barcelona, pero al llegar a Aragua, encontró al oficial Raimundo Freites, hermano del General, y a otros dos que le dieron la noticia de la completa destrucción de los patriotas, y de ser ellos, tal vez, los únicos que se habían salvado, escapados de la «Casa Fuerte.» En la misma villa de Aragua llegó también uno de los cuerpos que marcharon al Chaparro, siendo seguido por los otros dos, con el objeto de auxiliar a Barcelona. Tardísimos auxilios.... La pérdida de Barcelona se debió, pues, si no a la mala voluntad de Mariño, a su desmedida y censurable ambición.

Veamos cómo se verificó aquella pérdida. La «Casa Fuerte» de Barcelona, según lo referimos, era el Convento de los Franciscanos. El edificio principal, aunque pequeño, tenía grandes patios y azoteas. Las paredes suficientes para resistir el fuego de fusiles, eran absolutamente inútiles para defenderse contra los cañones. Con todo algo se hizo para fortalecer el punto, practicando troneras en las tapias y colocando cañones en los patios y en las azoteas.

Dijimos que el Coronel José Aldama, a consecuencia de haber sido separado el Brigadier Real y también Morales, a quien se le había reducido a prisión para responder de sus atrocidades recientemente cometidas en Orituco, tomó el mando del ejército realista, y se propuso apoderarse de la «Casa Fuerte» de Barcelona. El 3 de Abril de 1817, levantó su campo Aldama. El día 5, ocupó el caserío de la ciudad y se puso en comunicación con la escuadrilla realista, recibiendo la artillería que necesitaba. El 7 de Abril de 1817, al amanecer, principió Aldama a cañonear la «Casa Fuerte», y al medio día, habiendo conseguido abrir una brecha, la tomó por asalto, con pérdida considerable. Fueron pasados a cuchillo todos los que se encontraron en la «Casa Fuerte», inclusive algunos prisioneros realistas, sin otra excepción que la de tres o cuatro mujeres, que los vencedo-

res condenaron a un suplicio peor que la muerte, a la afrenta. Freites y Ribas que lograron abrirse paso por entre los enemigos y salir al campo, fueron luego apresados, conducidos a Caracas y ahorcados de orden del Capitán General Moxó.

La tenaz resistencia de Barcelona con setecientos hombres contra cerca de cinco mil realistas, constituye uno de los episodios más brillantes de Venezuela Heroica.

Bolívar, entre tanto, fuera de un ataque que recibió de una partida realista, a poco de haber salido de Barcelona, a consecuencia del cual salió herido el Comandante José María Carreño, llegó felizmente a la Guayana, donde tuvo una entrevista con Piar, y regresó al Chaparro. En este lugar encontró las columnas de Bermúdez, Armario y Valdez. Supo la infausta suerte de Barcelona y el viaje de Mariño a Cumaná. Acto continuo, Bolívar emprendió su movimiento hacia el Orinoco, y poco después reunió sus tropas a las de Piar que se hallaba en el Juncal, sitio cercano a Angostura.

Relatemos lo que antes de estos acontecimientos había pasado en la Guayana. Piar con las tropas que sacó de Barcelona, unido a Cedeño, que había dejado su guarida de los montes del Tigre, y asentado sus reales en Caicara, atravesando el Orinoco, dió mayor extensión y actividad a las operaciones. Piar se propuso, desde luego, embestir y tomar a Angostura, pero este proyecto estuvo a punto de frustrarse por su genio duro y violento, que fue origen de disgustos y rencillas entre Jefes y oficiales. Calmados, algún tanto, los ánimos por la influencia del valeroso Coronel José Antonio Anzoátegui, Piar y su ejército se pusieron en marcha para Caura, el 25 de Diciembre de 1816, en cuyas orillas se detuvo hasta construir embarcaciones para pasar tan caudaloso río.

Un oficial de marina, llamado Rafael Rodríguez, pasó cautelosamente el Caura con tres hombres escogidos, en una mala lancha que el acaso le deparó, y sorprendiendo una avanzada del enemigo, logró apresar una de sus embarcaciones, con la que volvió ufano al campamento. El 1º de Enero de 1817, consiguieron los patriotas atravesar el río en la embarcación capturada por Rodríguez y en un buquecillo mandado construir por Piar. En cuanto al valiente Cedeño no necesitó de embarcación, porque a la cabeza de su escuadrón se arrojó al río, con dirección al paso real, donde estaban las fuerzas sutiles enemigas. Tanto éstas como las fuerzas de tierra sorprendidas de tal arrojó huyeron vergonzosamente hacia Angostura, siendo perseguidas eficazmente por el Caudillo del Tigre.

Rechazado con gran pérdida, el 18 de Enero de 1817, en su primer asalto a la Capital de Guayana, Piar concibió el excelente proyecto de ocupar las misiones del Caroní, de cuyo territorio se proveía la plaza de Angostura de

abundantes provisiones, y donde el mismo podía rehacerse y descansar. Como lo pensó lo hizo el infatigable Piar, pues habiendo dejado frente a Angostura a los Coroneles Teodoro Figuiredo y Felipe Mauricio Martín, en nueve días, a contar desde el 8 de Febrero de 1817, se apoderó de los célebres establecimientos de los Misioneros Capuchinos catalanes. Reunió, o mejor dicho, los redujo a prisión, en el convento de Caruache, a veintidós de aquellos que encontró regados por los pueblos, privándoles de toda función administrativa y religiosa; y confió la administración de las misiones, con el título de Comandante General de ellas, al sacerdote, militar y gran patriota José Félix Blanco. Pasados algunos días, regresó Piar con sus tropas al sitio de Angostura, donde tuvo las vistas con Bolívar, de que hemos hablado antes.

Hemos perdido de vista algún tiempo al Teniente General Pablo Morillo, y el curso de los acontecimientos nos obliga a hablar de él. Cuando pisó territorio venezolano, a mediados de Enero de 1817, dejando convertida a la Nueva-Granada en un vasto cementerio, cubierto de las tumbas de sus más preclaros hijos, vió Morillo, con sus propios ojos, los efectos de sus desacuerdos políticos y militares. En efecto, Margarita había recuperado, a fuerza de armas, su libertad: gran parte de las provincias de Cumaná y Barcelona y las llanuras de la de Caracas, se hallaban en poder de los patriotas: el territorio que media entre el Apure y el Arauca, se encontraba ocupado por Páez y sus indomables llaneros; y las dos plazas principales de la apartada e interesante Guayana, estaban asediadas por el terrible Jefe republicano, el invicto General Manuel Piar. En resumen, los patriotas eran dueños de la segunda línea estratégica de Venezuela, de la misma que tuvieron Boves y Morales, Yáñez y Puy en el año de 1814, y de la que se aprovecharon estos Jefes realistas para pulverizar, como lo consiguieron, el ejército patriota. Volvamos a repetirlo, a las crueles y bárbaras medidas adoptadas por Morillo para *pacificar* los territorios granadino y venezolano, se debió el brillante estado de la causa de la Independencia, que acabamos de bosquejar. «No maldigamos su orgullo y sus violencias (las de Morillo), pues ellas dieron nacimiento a la patria.» (Baralt).

La Torre y Calzada, que precedían a Morillo, llegaron a Guadualito, a principios de Enero de 1817. En esos mismos días, el Brigadier Dn. Ramón Correa y el Teniente Coronel Salvador Gorrín, saliendo de San Fernando, batieron y derrotaron por completo a la fuerza republicana que sitiaba aquella plaza. Guerrero, en consecuencia, tuvo que replegarse sobre Páez. Lo primero que tenían que hacer los mencionados Jefes realistas era batir a Páez, obstáculo el mayor que se les oponía para la ocupación del Apure y sus Llanuras. El 28 de Enero de 1817, en la llanura de las «Mucuritas,» se encontraron La Torre y el Coronel Remigio Ramos con el va-

hiente Caudillo republicano. Allí fue destruída en un momento la caballería de La Torre por los jinetes de Páez, quien, con su valor habitual y la pericia consumada que siempre le distinguieron, logró separar la caballería realista de la infantería de La Torre, y conseguido esto, la alanceó a su sabor. En seguida de la batalla, la llanura quedó hecha un mar de fuego, porque el triunfante Páez mandó quemar la paja que la cubría. La Torre pudo salvar su infantería metiéndola en columna cerrada en un pantano, donde las llamas se detuvieron, por estar verde el campo; pero cuando emprendió la retirada sufrió repetidos embates de la caballería de Páez, durante el trayecto de una legua, hasta que fueron abrigados los infantes enemigos por el arbolado de la margen derecha del Apure.

Hablando de la acción de las «Mucuritas», el mismo Morillo escribió: «Catorce cargas consecutivas sobre mis cansados batallones me hicieron ver que aquellos hombres (los llaneros) no eran una gavilla de cobardes poco numerosa, como me habían informado.» Aquel Jefe se incorporó a La Torre, al día siguiente del combate, y marcharon juntos a San Fernando, sin atravesar el Apure, y sin empeñar, escarmentados como estaban, un nuevo combate con Páez, quien se retiró a San Juan de Payara.

Morillo, cegado por el rencor que había concebido contra la heroica Margarita, a la que quería pacificar a sangre y fuego, cometió su más grave falta militar, que fue la de dejar a Páez dueño de las Llanuras, y marcharse a aquella Isla para poner en práctica su tenebroso designio, enviando a La Torre desde San Fernando a la Guayana, por la ruta del Apure y el Orinoco.

En cuanto La Torre llegó a Angostura, se propuso, a todo trance, apoderarse de las Misiones del Caroní, por ser éstas el único almacén de provisiones que tenía dicha ciudad, y además porque ella sufría el flagelo de una fiebre horrorosa. Determinó, en consecuencia, La Torre hacer una salida hacia el hato llamado Ferranero, con el objeto de obligar a Piar, que a la sazón estaba en las Misiones, a atravesar el caudaloso río Caroní; y conseguido esto, y hurtándole el bulto, durante la noche, regresar a la plaza, embarcar su gente, y meterse en las Misiones por la baja Guayana. Estaba convencido La Torre de que Piar, con el paso y repaso del Caroní, no podría darle batalla, a consecuencia del cansancio de sus tropas, y de que los caballos de sus jinetes quedarían sumamente despeados.

Piar que tenía, tal vez, más astucia y trastienda que su enemigo, caló, en el acto, el proyecto de La Torre; de manera que cuando éste hizo su salida al Ferranero, llamó a Blanco y le dió la orden de que le tuviese listos quinientos caballos escogidos para remontar sus jinetes en la repasada del Caroní, y poder caer sobre La Torre, en donde quiera que éste apareciese en las Misiones. Dada esta orden,

Piar atravesó el Caroní y se acercó al campamento enemigo. Al saber esto, La Torre mandó encender grandes fogatas por la noche, y creyendo que había burlado a Piar, contramarchó a Angostura, embarcóse con su gente, y muy pronto estuvo en la Vieja Guayana. Piar, encontrando vacío el campo de La Torre, y teniendo ya evidencia de que había descubierto el plan de éste, repasó el Caroní, y al pisar el territorio de las Misiones, encontró, no sólo quinientos, sino setecientos caballos, que había reunido el activo Coronel José Félix Blanco. Remontando en ellos sus jinetes, Piar esperó que llegasen sus contrarios, resuelto a combatirlos formalmente.

El 11 de Abril de 1817, a eso de las dos de la tarde, se avistaron patriotas y realistas en un campo medianero entre los pueblos de San Miguel y San Félix; y allí se libró el célebre y trascendental combate, conocido en la Historia con este último nombre. Describámoslo a la ligera:

La Torre dividió su ejército en tres columnas cerradas, guarneciendo sus costados con tropas ligeras y caballería. Piar titubeó, por dos veces, en la elección de un sitio ventajoso para hacer frente a su enemigo. Al fin, colocó su ejército a la falda de una pequeña altura próxima al Oeste de San Miguel; posición en la que quedaba cubierta la izquierda de los patriotas por una barranca profunda e inaccesible y la derecha por el cerro. Tomada esta posición, Piar extendió cuanto pudo su línea de fusileros y flecheros, colocó en segunda fila a los indios lanceros, y a las espaldas del cerro a la caballería para que, en un momento oportuno, pudiese caer de flanco sobre las columnas enemigas. La ocupación del puesto indicado no pudo hacerse tranquilamente, porque La Torre, aprovechándose de la instantánea incertidumbre que notó en sus contrarios, siguió sobre ellos a paso de ataque y con armas a discreción; pero cuando ya estaban a tiro de pistola los realistas, los patriotas se habían colocado en el lugar designado. Sucedió, entonces, que la prolongada línea de los fusileros y flecheros de Piar, disparando al principio sus respectivas armas, circubalaron a las columnas realistas y las despedazaron, cual un inmenso boa constrictor tritura a su víctima, apretándola con extraordinaria fuerza. Sólo se oía en el fragor del combate, que degeneró en verdadero degüello de realistas, la voz de algún oficial español, que, como Ceruti, animaba a los suyos, y el espeluznante y casi imperceptible sonido que producían las lanzas y las bayonetas y las flechas al penetrar en las carnes de los infelices enemigos. Sólo escaparon de la matanza La Torre y diez y siete individuos, que, a favor de la noche y por estar bien montados, fueron a parar en el puerto de las Tablas. Todos los prisioneros, entre los que se contaban setenta y cinco Jefes y oficiales realistas, con excepción de los americanos, fueron pasados a cuchillo.

El espléndido triunfo de "San Félix" proporcionó a Piar hombres, armas, vestuarios y dinero. Faltaba para la toma de Angostura fuerzas navales para batir a las del enemigo, y hacerse dueños del curso del Orinoco. Para conseguirlas, Bolívar dió orden al Almirante Brión para que de Margarita fuese con la escuadra a reunírsele; y trasladó, mientras tanto, todos los cuerpos de infantería a las "Misiones" del Caroní, para completarlos, disciplinarlos y mantenerlos abundantemente. Quedó la caballería de Cedeño en observación de Angostura, con el objeto de impedir que la ciudad recibiese socorros por tierra.

En esos días, un crimen horroroso vino a manchar la reputación de las armas de la República. Nos referimos al hecho monstruoso de que dos oficiales venezolanos hicieron degollar bárbaramente en Caruache a los veinte y dos Capuchinos catalanes reclusos en ese lugar, por una partida de indios reducidos, enemigos mortales de los misioneros, porque éstos querían que aquellos dominasen sus indómitas pasiones, arreglando sus selváticas costumbres a las severas reglas de la Moral Cristiana. Aun cuando se refiere que el Libertador, en las primeras vistas que tuvo con Piar, al saber la prisión de los frailes capuchinos, había dicho con harta indiscreción e imprudencia estas palabras: "¿Y por qué no los han matado?", (1) es lo cierto que los asesinos procedieron sin orden de ninguna autoridad; y que, por lo mismo, Bolívar no es responsable de ese crimen; pero sí lo es de haber dejado impunes a los criminales, que eran bien conocidos.

En el empeño Bolívar de comunicarse con el exterior por las bocas del Orinoco, estableció en el puerto de las Tablas un astillero para convertir en buques de guerra algunas malas piraguas que pudieron conseguirse. En ello estaba el Libertador, cuando recibió dos noticias sumamente graves.

Una era la de que Morillo se había reunido con Aldama, (el que tomó por asalto la "Casa Fuerte"), en el Chaparro; y que con un ejército de cinco a seis mil hombres se proponía pasar el Orinoco, y buscar las fuerzas de Bolívar para batirlas.

La otra nueva era, la de la reunión de una especie de Congreso en Cariaco, promovido por el Canónigo José Cortés Madariaga y por el General Santiago Mariño, que persistía siempre en su manía de mando supremo en el ejército. Para ello debe saberse que el Canónigo Madariaga había logrado escaparse con sus compañeros Roscio, Mires, Ayala &, del presidio de Ceuta, fugarse a Gibraltar, embarcarse para América y arribar a Pampatar, en Abril de 1817. En cuanto pisó en el continente, el fogoso Canó-

(1) Restrepo asegura que son falsas esas palabras atribuídas a Bolívar; y nosotros opinamos lo mismo.

nigo, falto de conocimiento del estado de las cosas y de los hombres, y creyendo, erradamente, que era necesario restablecer el imperio de la Constitución Federal y de las leyes, publicó un manifiesto en este sentido. Mariño, que como el Apóstol traidor, buscaba una oportunidad, *quererat oportunitate*, para dar un golpe a Bolívar, púsose de acuerdo con Madariaga y con otros personajes; y se formó el *Congresillo de Cariaco*, compuesto de diez individuos el 9 de Mayo de 1817. Ante este peregrino y ridículo Congreso, Mariño dimitió el cargo de segundo Jefe del ejército, y lo que aun es más curioso, tuvo la osadía de hacer una renuncia a nombre de Bolívar, suponiendo neciamente que él aprobaría aquella farsa. En seguida el *Congresillo* nombró para que ejerciesen el Poder Ejecutivo Federal, al General Fernando Toro, al Coronel Francisco Javier Maíz y al General Simón Bolívar, como principales; y como suplentes a Zea, a Madariaga y al Coronel Diego Valenilla. A Mariño se le proveyó del cargo de Jefe Superior del ejército; y a Brión, que también había tomado parte en aquel enjuague, se le hizo Almirante; y designando los autolegisladores la Capital de Margarita como residencia del Gobierno Federal, se pusieron a buen recaudo, porque los enemigos se acercaban.

El *Congresillo de Cariaco*, que cometió la necedad, crimen tal vez, de separarle a Bolívar del mando, que era el único capaz de conducir a las tropas al combate y al triunfo, no surtió ni podía surtir efecto alguno. Sus elecciones y disposiciones fueron como escritas en la arena.—En efecto, en Guayana, fuera de algunos Jefes y principalmente de Piar, que se prometía ya suceder a Bolívar en la dirección de las operaciones, no encontró simpatías el tal *Congresillo*. El Libertador desconoció, como debía, la asamblea de Cariaco; y todos los demás Jefes, oficiales y la tropa manifestaron su firme resolución de permanecer bajo las órdenes de aquel. Los Jefes que estaban con Mariño, como el General Urdaneta, los Coroneles Jerónimo y Antonio José de Sucre y otros más, en número de treinta, se fueron a unir con el Libertador, abandonando al ambicioso Mariño, quien con algunos dispersos se dirigieron a Maturín, y otros a Güiría. Morillo, en quien se cumplió perfectamente la conocida máxima latina, "*Quos Jupiter vult perdere, prius dementat*", lejos de marchar al Orinoco para batir a Bolívar, concibió la loca idea de subyugar a la isla de Margarita, con lo que hizo a éste el doble servicio de libertarle de la expedición dirigida a Guayana y del sedicente Congreso. Por último, Brión, que no había sido más que débil y condescendiente con Mariño, reparó su falta, saliendo el 15 de Mayo de 1817 de Pampatar, y llevando al Libertador lo único que necesitaba para rendir a Angostura: la escuadra de su mando (el de Brión), y la escuadrilla sutil que regía el bravo margariteño Antonio Díaz.

En cuanto supo Bolívar la marcha de Morillo a Margarita, ordenó la inmediata salida de cinco o seis barquichuelos que había logrado equipar en el puerto de las Tablas, para que fuesen a la isla Tórtola del Orinoco y a otros parajes en demanda de la escuadra de Brión. A tiempo que los barquichuelos mencionados se movían de aquel puerto, Bolívar marchó con una pequeña columna a ponerse en comunicación con ellos, después que pasasen de las fortalezas de Vieja Guayana, que están más abajo que el puerto de las Tablas. La guarnición de las fortalezas sintió el paso de la escuadrilla, se puso en alarma y la persiguió. Comprendiendo esto Bolívar se acercó cuanto pudo a la orilla del río Orinoco; y al amanecer encontró a la escuadrilla en el caño de Casacoima, lugar palúdico, donde empezó a activar la salida de las embarcaciones. Para lo cual dispuso Bolívar que su pequeña columna ocupase la orilla opuesta a aquella en que él se hallaba. En estas circunstancias, desembarcó una partida de infantería realista más arriba de la boca del caño para atacar por tierra los buques que allí estaban refugiados, lo que consiguieron fácilmente, porque el Libertador se había quedado sin un solo soldado, por la causa que antes expresamos. Al oír los disparos, Bolívar, Arismendi, Soublotte, Jacinto Lara, Briceno Méndez y otros, que se hallaban descuidados, para salvarse de tan inminente peligro, no tuvieron más recurso que arrojar al caño y a una rebalsa del Orinoco que entra muy adentro en la tierra. Pedro León Torres y otros dos pudieron tomar sus caballos, y huir por el camino que les condujo a aquel paraje. Los españoles muy bien pudieron perseguirlos y cojerlos a los que se hallaban metidos en el agua, de manera que se salvaron milagrosamente, o mejor dicho, el Cielo quiso, en ésta, como en otras muchas ocasiones, conservar la vida del que estaba predestinado por El mismo para romper las cadenas de la esclavitud de cinco Naciones. Por lo que toca a la escuadrilla refugiada en el caño de Casacoima, ésta fue completamente destruída por agua y tierra por los realistas.

Este desastre fue compensado con la entrada de las fuerzas marítimas de Brión en el caudaloso Orinoco. La descubierta del Almirante, compuesta de tres embarcaciones, al llegar a las aguas de este río, por el caño de Macareo, fue abordada por las fuerzas sutiles españolas que se componían de once embarcaciones de portes superiores. Todos los tripulantes fueron pasados a cuchillo, excepto muy pocos que se salvaron en un esquife, y siguieron río abajo a encontrarse con la escuadra republicana, y darle tan infausta noticia. La recibió primero el valiente margariteño Antonio Díaz que venía a la vanguardia con tres embarcaciones; y al saber que en el desastre había muerto un hermano suyo, sin consultar con Brión, forzando de vela fue en busca de la escuadra enemiga, la encontró en Pagallos, la com-

batió con un heroísmo sin igual, represó sus tres embarcaciones, y causó tantos estragos en las de los españoles, que llenos de terror, emprendieron en precipitada fuga y no pararon hasta guarecerse en las fortalezas de la Vieja Guayana. Este glorioso combate naval dejó franca la navegación del Orinoco a los patriotas, y el Almirante Brión con sus naves llegó a Casacoima, a donde fue Bolívar a encontrarle.

La llegada de la escuadra causó indecible júbilo a los republicanos, en primer lugar, porque en ella venían las familias, deudos y amigos de muchos individuos del ejército, y porque con ella se coronó la gloriosa y larga campaña de Guayana. En efecto, siendo ya insostenible la situación de las tropas realistas, el Brigadier Dn. Miguel de La Torre evacuó a Angostura y sucesivamente las fortalezas de la Vieja Guayana; y se hizo a la vela con rumbo al mar, seguido por numerosa emigración, la que, en su mayor parte, fue apresada, o se perdió en el laberinto de caños que forman las bocas del Orinoco. Bermúdez, que hacía mucho tiempo estaba dirigiendo el sitio, entró, pues, en la ciudad de Angostura, el 17 de Julio de 1817.

Mientras los realistas perdían con Guayana la línea militar más importante de Venezuela, Morillo estrellaba sus mejores tropas contra la indomable Margarita. Vamos a ocuparnos de esta campaña.

Estando próximo Morillo a marchar contra esa Isla, arribó, el 19 de Mayo de 1817, al morro de Barcelona, una brillante división española de tres mil hombres de todas armas, mandada por el valeroso Brigadier Dn. José de Canterac (1). Esta división debía auxiliar a Morillo en algunas de sus operaciones en Costa-Firme, y pasar en seguida al Perú, por el istmo de Panamá. Morillo, gozoso con tan oportuno y valioso auxilio, ordenó que la división de Canterac fuese a Cumaná, y que allí le esperase. El Pacificador marchó, también, a la misma plaza, a la que llegó a principios de Junio de 1817. El 10 y 13, dispuso la ocupación de Cariaco y Carúpano, lo que se verificó, después de una corta pelea con el escaso número de patriotas que en dichos lugares habían quedado; pues, como lo dijimos antes, Mariño, que era el encargado de las operaciones en la provincia de Cumaná, viendo deshechas sus ilusiones de mando supremo que el *Congresillo de Cariaco* le dió, fue a parar en Maturín.

La famosa expedición de Morillo contra Margarita, compuesta de tres mil soldados veteranos que iban en veinte buques, zarpó de Cumaná, y del 16 al 17 de Julio desembarcó en los Varales. Los margariteños no contaban para la

[1] El General Canterac hizo la campaña del Perú, a favor del Rey de España, y derrotado en la batalla de Junín, lo fue, también, en la legendaria jornada de Ayacucho (9 de Diciembre de 1824).

defensa con más tropas que mil trescientos hombres, mal armados, a las órdenes del General Francisco Esteban Gómez, Gobernador de la Isla.

Después de un recio combate en las alturas de las Enicas, en el que el Coronel Joaquín Maneiro con cuatrocientos cincuenta hombres, disputó el terreno a Morillo, obligándole a permanecer dos días en la playa y en el cerro de la Vela, entró el Jefe expedicionario a Porlamar, penetró en el valle del Espíritu Santo, y ocupó a Pampatar, el 25 de Julio, replegándose los habitantes a la Asunción.

Esta ciudad, Capital de la Isla Margarita, está situada en terreno escabroso y defendida por el arte y la naturaleza; de lo que se aprovecharon sus habitantes para defenderse heroicamente de las huestes de Morillo que habían ocupado el cerro de *Matasiete*, desde cuya altura se domina el campo y la ciudad. En dicho cerro se libró, pues, un sangriento combate, el día 31 de Julio de 1817, en el que fueron rechazadas las tropas de Morillo, con pérdida considerable, después de siete horas y media de una lucha terrible, en la que los margariteños hicieron prodigios de valor, defendiendo a su Capital. Oigámosle al mismo Morillo, quien, en oficio dirigido a la Corte de España, dijo: «El combate de *Matasiete* fue sangriento y tenaz: los rebeldes se batieron desesperadamente...y estuvieron tan obstinados, que a pesar de las repetidas pérdidas que sufrían en las cargas de su caballería, volvían a los ataques con tal furia, que muchas veces se les vió mezclados con las tropas ligeras.

En vista de tan extraordinaria resistencia, y por falta de municiones, Morillo se retiró a Pampatar, y resolvió atacar nuevamente la ciudad por otro lado diferente del anterior. Para ello, pasando por las inmediaciones de Porlamar, tomó primero el pueblo de San Juan y el Portachuelo, el 7 de Agosto de 1817, y el 8 el puerto de Juan Griego. La valiente guarnición de éste dirigida por el Coronel Juan Bautista Cova y por el Capitán Juan Bautista Figueroa, trató de recobrar por un momento el puerto y los puntos fortificados, sosteniendo, durante cuatro horas un combate desigual, hasta que reforzados los enemigos, trataron de ponerse en cobro en unas lagunas inmediatas, en cuya dirección se había apostado la caballería realista para alancear impunemente a los fugitivos, como así lo verificó.

Un escritor español Torrente, parcial a la vez que hinchado y redundante, al hablar de esta acción de guerra, refiere como una hazaña de Morillo, la siguiente: «El mismo, ciego de furor en aquel día al ver tanta obstinación y despecho, fue el primero en el ataque dado por dicha caballería [habla de la de los realistas,] y al impulso de su esforzado brazo rindieron diez y ocho de ellos [los margariteños] sus feroces almas». ¡Sarcasmo inaudito, ironía cruel, alabar el acto bárbaro de asesinar a inermes rendidos y fugitivos!

Para gloria imperecedera de los habitantes de Margarita, Morillo escribió sobre la toma de Juan Griego, lo que sigue: «Estos malvados, llenos de rabia y de orgullo, con su ventaja en la defensa parecían tigres, y se presentaron al fuego y a las bayonetas con un ánimo de que no hay ejemplo en las mejores tropas del mundo.....llegaron al último extremo de desesperación y apuraron todos los medios de defensa. No contentos con el fuego infernal que hacían, arrojaban piedras de gran tamaño, y como eran hombres menbrudos y agigantados, se les veía arrojar una piedra enorme con la misma facilidad que si fuese muy pequeña». Los margariteños, que no eran gigantes, como los vió el valiente Morillo, sino hombres de estatura común, tomaron la revancha del desastre de Juan Griego destruyendo, en un combate librado en «Paraguachi», doscientos hombres del batallón de la Reina Isabel, que el Jefe español había enviado a la Asunción, mientras él atacaba a Juan Griego.

Indudable es que Morillo con su poderoso ejército y armada hubiera al fin subyugado a la isla de Margarita, a pesar del esfuerzo de sus habitantes, si Bolívar no la salvara con la toma de Angostura. Al saber este acontecimiento funesto para la causa del Rey Fernando VII, Morillo abandonó a Juan Griego, se retiró a Pampatar, y últimamente, el 17 de Agosto de 1817, al mes completo de su desembarco, evacuó para siempre la isla de Margarita; y llegó a Caracas a principios de Septiembre del mismo año, haciendo antes asesinar en Barcelona a trescientos hombres que se habían acogido a un indulto publicado por el Gobernador realista de aquella plaza, Coronel Feliciano Montenegro.

Cuando Morillo llegó a Caracas, se hallaba ejerciendo el cargo de Capitán General interino de Venezuela el Brigadier Dn. Juan Bautista Pardo, pues el Brigadier Dn. Salvador Moxó, destituido por Morillo y aun mandado a reducir a prisión, se había fugado de la Guayra para España, llevando consigo muchas riquezas, fruto de sus infames latrocinios. Uno de los primeros actos de Morillo en Caracas, fue mandar a sobreseer en la causa que por robos y matanzas se le seguía al famoso Brigadier Dn. Francisco Tomás Morales, restituyéndole su libertad, como también sus cargos y empleos. Como Morillo conocía ya, a costa de dolorosas experiencias, la actividad de Bolívar, puso en marcha algunas divisiones y cuerpos hacia los lugares donde supuso que aquel atacaría primero.

El Libertador, en ese entonces, se hallaba sumamente pesaroso e inquieto, ocupado en la triste faena de atajar los progresos de una rebelión intentada por Piar contra la Autoridad Suprema de que se hallaba revestido. Piar, ambicioso y engreído con sus espléndidos triunfos, no pudo tolerar que, habiendo vencido en San Félix, Bolívar le arrebatase la gloria de entrar victorioso en Angostura. Estas infundadas causas fueron las que le precipitaron en la rebe-

lón. El primer paso que dió Piar para llevarla a cabo, fue el de pedir con insistencia y tenaz porfía su separación del ejército. Bolívar hizo cuanto pudo para no acceder a esta petición, hasta que, al fin, mal de su grado, por muchos y tenaces empeños, le concedió a Piar el retiro que solicitaba.

En cuanto obtuvo su separación, el General Piar se fue a Upata; y desde allí comenzó su campaña de terrible difamación contra Bolívar, y lo que es más grave escribió sendas cartas a los Jefes del ejército, y principalmente a los de color que eran muchos, excitándoles a que desconociesen la autoridad del Libertador, y promoviendo la terrible guerra de razas. Después de la toma de Angostura, se trasladó Piar a esta ciudad, y en ella continuó su tarea de llevar a cima la rebelión. El Libertador que sabía todo, por denuncia de los mismos Jefes a quienes trató de seducir Piar para su inicuo proyecto, le escribió a éste de una manera amistosa, llamándole a su cuartel general. Piar que conocía su crimen, no acudió a este llamamiento, y fugó a Maturín poniéndose de acuerdo con el ambicioso Mariño y otros revoltosos, y comenzó a juntar soldados para resistir.

En tan peligrosa situación, Bolívar, con la entereza y fortaleza de ánimo que le eran características, dictó enérgicas medidas para contener a tiempo una revolución que iba a causar la ruina de la República. Estas fueron: confiar el mando de la división que antes regía Piar, al General Rafael Urdaneta: reunir una junta de Generales y Jefes, en la que se reconoció su autoridad: enviar comisiones y cartas a todos sus amigos y a los Jefes que le eran adictos: hacer entera confianza de los Jefes sospechosos. En una palabra, Bolívar probó a todos que era digno del elevado puesto que ocupaba.

Con tan acertadas medidas, Piar vióse abandonado de todos y se fue a Aragua de Cumaná. Allí le apresaron de orden del Libertador, con una escolta de caballería, el General Cedeño y los Comandantes Juan Francisco Sánchez y Juan Antonio Mina, sin que hiciese formal resistencia un numeroso cuerpo de jinetes que, al mando del Coronel Francisco Carmona, custodiaba al sedicioso General.

Conducido a Angostura, fue Piar juzgado por un Consejo de Guerra de Oficiales Generales, presidido por el Almirante Brión, y compuesto: de los Brigadieres Pedro León Torres y José Antonio Anzoátegui, de los Coroneles José Ueroz y José María Carreño, y de los Tenientes Coroneles Judas Tadeo Piñango y Francisco Conde. Actuó como Fiscal en el Consejo, el General Carlos Soubllette, y como defensor el Coronel Fernando Galindo.—El Tribunal expidió, el 15 de Octubre de 1817, su sentencia, condenándole unánimemente al General Piar a la pena de muerte, con degradación militar, por los crímenes de sedición, inobediencia, conspiración y desertión. Confirmóse, en su primera par-

te, y no en la segunda, la sentencia, por el Jefe Supremo; y el 16 de Octubre del mismo año, en la Plaza Mayor de Angostura, por la tarde, y a presencia de todo el ejército, recibió la muerte, con la serenidad e intrepidez que siempre le habían distinguido, el General Dn. Manuel Piar, el héroe de Maturín, de Juncal y de San Félix. Dícese que cuando oyó la descarga que arrancaba la vida a tan valiente General, Bolívar no pudo contener las lágrimas que se desbordaron de sus ojos. Tanta fue la amargura que sintió Bolívar, al ver desaparecer en la plenitud de la vida, y en virtud de una sentencia de muerte por él mismo confirmada, a un militar que había cosechado en los campos de las batallas libradas para adquirir el augusto bien de la Libertad, innumerables laureles. (1)

Los enemigos del Libertador le han acusado de que ordenó la muerte de Piar, por librarse de un rival valiente y temible, como era éste. Esta calumniosa especie queda desvanecida, si se toma en cuenta: que la condenación de Piar a la pena de muerte fue unánime: que los vocales del Tribunal eran hombres de valor, verdad y conciencia incapaces de ser instrumentos de Bolívar, para cometer un vil asesinato; y que alguno de ellos, como Brión, era paisano y amigo de Piar, y Torres y Anzoátegui le debían gratitud por haber sido ascendidos por él a Generales, después de la batalla de San Félix. «La ejecución, en fin, fue pública, hecha por sus propios soldados (los de Piar), y en ocasión de ser estos mandados por Jefes que, como Bermúdez, no tenía el más pequeño interés en sancionar con su aprobación o su silencio aquel terrible escarmiento, si hubiera sido injusto.»

La ejecución del malogrado General Piar produjo benéficos resultados: pues con ella se vigorizó la disciplina, se dió prestigio y fortaleza a la Autoridad suprema, y se puso valla a las funestas ambiciones de los que pretendían apoderarse de aquella, quitándosela a Bolívar.

Se palpó la necesidad de aquella ejecución con el sometimiento del General Mariño, quien declarado disidente en Guayana, después que el Jefe realista Jiménez ocupó a Yaguaraparo, derrotando al Coronel José María Hermoso, se retiró a San Francisco, y en seguida, dejando el mando, a Margarita. Mariño antes de esto quiso hacer frente con cuatrocientos hombres al General Bermúdez que había sido enviado por Bolívar para someterle; pero el reciente fusilamiento de Piar le curó, por lo pronto, de su manía de mando, y se fue, como dijimos, a Margarita, donde Bolívar no le persiguió, a instancias de Bermúdez que, recordando su antigua amistad con Mariño, consiguió este servicio del Libertador.

(1) Manuel Carlos Piar nació en el año de 1782, en la ciudad de Willemstadt, capital de la isla de Curazao, colonia holandesa. Fueron sus padres, según Restrepo, un caballero venezolano y una mulata de dicha Isla. Se casó en 1801 con la Sra. María Marta Boom.

Debelada la peligrosa conjuración de que hemos hablado, Bolívar quiso establecer algún orden que diese prestigio y respetabilidad al poder público. Al efecto, creó un Consejo de Estado; declaró como residencia provisional de las primeras autoridades y capital de Venezuela, la ciudad de Angostura; y dictó una ley que repartía entre los Jefes del ejército republicano, arreglada y proporcionalmente, los bienes nacionales, en recompensa de sus servicios a la Patria, y para estimularles más en obtener la libertad de la misma.

Hechos estos arreglos, Bolívar hizo los aprestos necesarios para emprender una campaña formal contra Morillo, combinando todas las fuerzas republicanas desparramadas en el territorio venezolano, para invadir con ellas la provincia de Caracas. Ordenó al General Zaraza que maniobrase en las llanuras de Chaguaramas, observando las operaciones del enemigo en Orituco y Calabozo, y que estuviese listo a reunirse con el resto del ejército que debía conducirlo en persona el Jefe Supremo. Reforzó a Zaraza con algunas divisiones para abrir las operaciones en las Llanuras de Caracas. Dispuso que Urdaneta con cuatro embarcaciones armadas remontase el Orinoco, franquease las bocas del Apure, y se pusiese en comunicación con el General Páez, quien debía llamar la atención del enemigo por la provincia de Barinas, y cooperar, en caso necesario, a la invasión de la de Caracas. El mismo Bolívar en persona remontó el Orinoco para unirse con Zaraza, y llegó a San Diego de Cabrutica. Hallábase ya en este lugar, cuando supo que aquel General había sido completamente destruído en el ható de la Hogaza, el 2 de Diciembre de 1817; con lo que se frustraron los acertados planes del Libertador.

Morillo, por su parte, aun cuando no podía saber los planes de Bolívar, como conocía la actividad y audacia de éste, para contrarrestarlos, se situó en la ciudad de Calabozo con el grueso de sus fuerzas, incluyendo las traídas por Canterac, quien, por lo mismo, marchó al Perú, con reducidos cuadros de caballería. Comprendiendo, desde luego, Morillo que era necesario atacar a Páez en el Apure, y a Zaraza en las llanuras de Caracas, destacó contra el primero a Aldama con una división que debía unirse con otra que tenía Calzada en Nutrias; y contra el segundo, al Brigadier La Torre. El mismo Morillo temeroso de que Páez, que se hallaba situado a la margen izquierda del Apure, entre los pueblos de San Antonio y San Jaime, impidiese la reunión de sus Tenientes, avanzó hasta el primero de dichos lugares, donde se juntó con aquellos.

El previsivo Páez, burlando el designio de Morillo, a la aproximación de éste, se recogió a la isla de Achaguas, y habiéndose reunido con los cuerpos que tenía sobre Nutrias, emprendió una retirada hacia el Arauca. En cambio el General Pedro Zaraza, que era un buen guerrillero que tenía prestigio entre su gente, pero sin conocimientos mili-

tares para dirigir una batalla campal con una división numerosa como la que tenía a sus órdenes (mil cien jinetes y mil infantes), se hallaba completamente descuidado muy al centro de las Llanuras de la provincia de Caracas, en el punto de Apamate. Hallándose en este lugar, llegó al campamento el Coronel Julián Montesdeoca, de orden del Libertador, para decirle a Zaraza que se le reuniese en Río Claro, poco distante de San Diego de Cabrutica, sin comprometer combate alguno. Dicen algunos que Montesdeoca, por olvido, en vez de Río Claro, indicó a Zaraza, como punto de reunión, el Río Santa Clara, muy distante de San Diego de Cabrutica. Sea de ello lo que fuere, lo cierto es que Zaraza se dejó sorprender por el Brigadier La Torre, en el hato de la "Hogaza", el 2 de Diciembre de 1817, y allí con un ejército muy inferior a la brillante división del Jefe republicano, destruyó completamente su infantería. En este desastroso combate, salió herido La Torre en un muslo y perdió doscientos hombres. Los republicanos tuvieron más de mil muertos; y perdieron dos piezas de artillería, más de mil armas, cincuenta mil cartuchos, una imprenta, mil bestias, cajas de guerra & &. Tan horrendo fue para los patriotas el desastre de la "Hogaza", lo que se debió, en gran parte, a que Bolívar cometió el yerro capital de haber confiado ese espléndido ejército a Zaraza, que se había distinguido solamente hasta entonces, según lo dijimos, como un valiente guerrillero y de influjo en los Altos-Llanos de Caracas, pero que carecía de educación militar y de dotes para el comando en jefe de un ejército. Sólo se salvó de la rota de la "Hogaza" la mayor parte de la caballería, por haber huído vergonzosamente.

En cuanto el Libertador tuvo noticia de este triste suceso, que cerró el año de 1817, ordenó a Zaraza que siguiese cubriendo las llanuras de Caracas, y a Monagas que hiciese otro tanto en las de Barcelona que se hallaban ocupadas por éste; y remontando el Orinoco con las tropas que llevó para su frustrada empresa, volvió a Angostura, para reunirse en el año de 1818 con el ejército del Apure, y emprender una nueva campaña contra Morillo, quien retrocedió a Calabozo para prepararse a ella, porque como él solía decir: «Bolívar triunfante seguía un itinerario conocido, perdidoso, no era posible acertar por donde caería más que nunca activo y formidable.»

CAPITULO VII

1818 HASTA MAYO DE 1819

Bolívar se une a Páez en el Apure, y sorprenden a Morillo en el Calabozo.—Morillo se retira hasta la serru-

nia.—Combate en el "Sombrero."—Morillo sigue su retirada hasta Valencia.—Páez se regresa al Apure.—El Libertador emprende operaciones sobre los valles de Aragua.—Se ve obligado a replegarse hasta la villa de Cura.—Combate del "Semén" o de la "Puerta", desfavorable a los patriotas.—Morillo herido de gravedad en ese combate, confió el mando de las tropas a La Torre.—Bolívar se retira al Rastro.—Páez ocupa a San Fernando.—Combate del "Rastro."—Sorpresa del "Rincón de los Toros."—Acción indecisa de "Cojedes."—Cedeño es derrotado en la laguna de los "Patos."—Morales es sorprendido por Páez en el "Guayabái."—Bolívar vuelve a Angostura.—Vuelta de Mariño a territorio de Cumaná.—Es derrotado Bermúdez en el Puerto de la Madera.—Marcha Santander a Casanare como Jefe de operaciones.—Derrota de Mariño en Cariaco.—Fundación en Angostura de "El Correo del Orinoco."—Bolívar se dirige al Apure.—Confía a Páez el mando del ejército, y regresa a Angostura.—Morillo se reúne a La Torre en San Fernando.—Combate de "Cañafistola."—Instalación del Congreso de Angostura.—Nombró a Bolívar para Presidente, y a Zoa para Vicepresidente.—Combate en la "Sagrada Familia", desfavorable a los patriotas.—Las "Quezeras del medio."

El Libertador, habiendo remontado, por segunda vez, el Orinoco, se reunió con Páez en San Juan de Payara, el 31 de Enero de 1818, con un brillante ejército de más de dos mil hombres organizado en Guayana. Juntos los dos Jefes atravesaron el Apure, por el paso del "Diamante", en embarcaciones apresadas al enemigo por cincuenta húsares de Páez a órdenes del valiente Coronel Aramendi, quienes para capturarlas pasaron a nado aquel caudaloso río. En seguida, con vertiginosa celeridad, la división republicana, compuesta de mil quinientos infantes y dos mil agueridos jinetes, se presentó el 12 de Febrero de 1818, delante de la plaza de Calabozo, donde se encontraba, completamente descuidado, e ignorante de las operaciones de sus enemigos, el General Pablo Morillo, con mil seiscientos infantes y trescientos caballos. Morillo se vió sorprendido y en situación de ser exterminado por el audaz golpe de Bolívar, porque había cometido la grave falta de no dejar una sola patrulla ni partida del ejército español de observación en un territorio de más de treinta leguas que recorrió el Libertador hasta caer sobre Calabozo, a excepción de una guardia aislada y sin apoyo en el paso del río Orituco, la que fue hecha prisionera por los patriotas.

Morillo no contaba con más caballería que el regimiento de Húsares de Fernando VII, situado en un lugar llamado «Misión de abajo», distante una legua de Calabozo, y otro regimiento que se encontraba en la «Misión de arriba.» El primero fue completamente destruído por las fuerzas republicanas, sin que Morillo pudiese protegerlo; y el segundo

logró replegarse a Calabozo, mediante un movimiento del Jefe español, con el que consiguió ocultar la marcha de ese regimiento.

La situación de Morillo era desesperada, porque no podía replegarse a su línea de operaciones, atravesando las inmensas sabanas que rodean a Calabozo, sin que su ejército fuese completamente destrozado por la numerosa caballería de los patriotas; pero errores gravísimos cometidos por el ejército libertador salvaronle al Pacificador, y prolongaron por algunos años más la guerra de la Independencia. Bolívar no quería, y era prudencia, estrellar sus fuerzas contra las casas y fortificaciones que servían de resguardo a las tropas realistas; mas, de ninguna manera, debió situarse, como lo hizo, en el Rastro, que no era el camino más recto para que Morillo pudiese ganar la serranía. Cometida esta falta, sucedió que el regimiento de Húsares del Apure regido por el Coronel Guillermo Iribarren, que había quedado al frente de Calabozo, para observar los movimientos del enemigo, se alejó de esa ciudad en la noche del 14 de Febrero. Aprovechándose de este descuido, Morillo emprendió su retirada hacia la serranía en esa misma noche; y sólo el 15, a las nueve de la mañana, se supo este movimiento en el cuartel general de los patriotas. Bolívar quiso, mediante una marcha rápida y directa del Rastro, interponerse entre el lugar denominado el "Sombrero" y la división realista, para destruirla con su brillante caballería en aquella gran llanura. Bolívar tuvo que desistir de este magnífico proyecto, y ocupar primero a Calabozo, porque así lo quisieron algunos de sus generales, especialmente Páez que, lisonjeado por varios sediciosos, se creía el primer hombre del ejército, y pretendía desconocer la autoridad del Jefe Supremo, que todavía no se hallaba sólidamente cimentada, y de manera incontrovertible reconocida.

La inútil ocupación de Calabozo hizo perder algunas horas al ejército patriota en la persecución de Morillo, quien llevaba ya una delantera de ocho horas en su retirada. Con todo Bolívar y Páez con la caballería le alcanzaron en la llanura de la Oriosa o Uriosa, y dieron a las tropas realistas algunas cargas, sin desbaratarlas ni detenerlas, porque no llegó la infantería patriota sino a la noche, con motivo de no haber seguido las huellas de la caballería, pues había tomado otro camino más largo, llamado del Calvario. Morillo llegó al "Sombrero", lugar escarpado y cubierto de bosques situado a orillas del río Guárico; y tomó allí una excelente posición, contra la que nada pudo la caballería patriota, en el combate que se libró, el 16 de Febrero de 1818. El rechazo del ejército de Bolívar en la acción del "Sombrero", pintado, sin serlo, como un gran triunfo por Morillo, favoreció ciertamente su retirada, pues la continuó hasta llegar a Valencia, recobrando, de esta manera, su base de operaciones, donde reunió todas las fuerzas realistas que

obraban por Barinas y San Carlos. Las que estaban en Caracas, al mando de La Torre, recibieron orden de situarse en las Cocuizas.

Después del combate del "Sombrero", Páez, contra la voluntad del Libertador, que quería continuar en la persecución de Morillo, se regresó con toda su división de caballería, excepto el regimiento del Coronel Genaro Vázquez, al Apure para hacer rendir la plaza de San Fernando. Esta desmembración de parte del ejército libertador fue reemplazada, algún tanto, con la incorporación al cuartel general de Zaraza con la caballería que había conservado después de la rota de la «Hogaza»; y con la de Urdaneta que vino desde la Guayana con una partida de oficiales extranjeros que voluntariamente o contratados por varios agentes se enrolaron en las filas republicanas.

Habiendo Bolívar reunido en el hato de San Pablo una Junta de Generales para oír su opinión sobre el plan de las operaciones sucesivas, se resolvió por la mayoría llevar la guerra a los valles de Aragua, con la mira de ocupar a Caracas, que era el deseo del Libertador. En consecuencia, el 8 de Marzo se movió el ejército patriota con dirección a la villa de Cura. La vanguardia compuesta de toda la caballería al mando de Zaraza, que había salido el día anterior, ocupó a Maracay y cubrió con ella y doscientos infantes el punto de la Cabrera, porque Morales que se hallaba en dicha villa con un cuerpo de observación, se plegó a Valencia. El resto del ejército ocupó a la Victoria, donde llegó también Bolívar, después de haber ordenado personalmente a Monagas y Zaraza lo conveniente para fortificar y defender el desfiladero de la Cabrera. Teniendo dos enemigos que combatir, Morillo y La Torre, el Libertador prefirió atacar al segundo, con tanta más razón, cuanto que éste se había movido de sus posiciones de las Cocuizas, y situándose en el lugar de la Laja.

Para poner en práctica esta resolución, cuyo éxito era seguro para los patriotas, pues se habían preparado de tal modo las cosas, que La Torre iba a quedar entre dos fuegos, Bolívar se fue al pueblo del Consejo, donde supo que Morillo, en la mañana del 14 de Marzo, había logrado sorprender el destacamento de la Cabrera, y las caballerías de Monagas y Zaraza, en ocasión de hallarse forrajeando en varias haciendas, con un descuido total. A consecuencia de esta sorpresa, escaparon muy pocos infantes, y los jinetes, perseguidos por Morales, se dispersaron, siguiendo todos, soldados, oficiales y Generales el camino de la villa de Cura, dejando abandonada a la infantería que con Bolívar a su cabeza, se había internado mucho en la vía de Caracas. Pocas veces se habría visto el Libertador en tan apretada situación, pues tenía al frente a La Torre y a la espalda a Morillo; con lo cual no sólo se hizo imposible la operación proyectada, sino que si tardaba un solo momento en

retirarse, iba a ser envuelto Bolívar en un círculo de fuego. Felizmente el Coronel Mateo Salcedo voló a la Victoria, y dió aviso de lo que estaba sucediendo a Urdaneta, quien advirtió del peligro al Libertador. Este emprendió inmediatamente el repliegue y llegó con su tropa a la villa de Cura, teniendo la fortuna de que en el camino se le reuniese Monagas con la caballería que había llegado a reunir, después de la dispersión de que antes hablamos.

Situado el ejército republicano en la villa de Cura, Morillo no pudo ya cortarles la retirada. Indeciso estaba el Libertador sobre si debía esperar en dicha villa para hacer frente a los realistas, o continuar la retirada hasta más allá del lugar denominado Ortiz, hasta que supo que las fuerzas de Morillo se aproximaban. Entonces Bolívar salió del poblado, dejando al Coronel Genaro Vázquez con su escuadrón para que cubriese la retirada. Así lo hizo este valiente Jefe, digno émulo de los paladines antiguos, pues entretuvo a la vanguardia enemiga regida por Morales, hasta que el ejército patriota tomó posiciones al otro lado del riachuelo del Semen, en una planicie de regular extensión, donde llevado de su natural ardor guerrero, Bolívar, en vez de continuar la retirada, lo que tal vez habría sido más prudente, esperó al enemigo preparado para la lucha. El 16 de Marzo de 1818, trabóse, en consecuencia, el combate en aquel lugar, que también se denominaba «La Puerta», esto es, en el mismo aciago campo en que, durante el año de 1814, Boves obtuvo dos triunfos completos sobre las fuerzas republicanas. En esta tercera batalla, la fortuna le fue, también, adversa a Bolívar, pues, aunque destrozada, en gran parte, la vanguardia enemiga mandada por Morales, Morillo llegó a tiempo con dos cuerpos de infantería y una brigada de artillería volante al campo de la lucha, y cargando intrépidamente a los republicanos, causó la derrota de éstos.

Al terminar la batalla, un soldado patriota le dió una lanzada en el vientre a Morillo, causándole una herida grave, que, por casualidad, no llegó a ser mortal. Los Generales republicanos Urdaneta, Valdez y Torres y gran número de oficiales también fueron heridos en esta acción reñidísima, la que no fue decisiva a favor de los realistas, porque ocupados éstos en atender a Morillo, y habiendo perdido cosa de ochocientos hombres, dieron tiempo a que se salvaran los heridos y gran parte de la infantería patriota. En cuanto a la caballería había huído en desorden, cuando Bolívar se proponía renovar el combate con ella. Sin esta cooperación, se retiró el Libertador, y en llegando al Rastro, mandó un escuadrón con el Comandante Blanca para proteger a los dispersos, pero éste y setenta de sus soldados fueron muertos por el Coronel realista Rafael López que, con una columna de jinetes, se había quedado en el paraje de los «Tiznados», cuando la división republicana se internó en los valles de Aragua.

En el Rastro reunió Bolívar casi todas las fuerzas derrotadas en el «Semen»; y pidió auxilios al General Páez, que se había hecho dueño ya de la plaza de San Fernando, el 6 de Marzo de 1818. Libre de este cuidado, volaron Páez y Cedeño en socorro de Bolívar, con los escuadrones de caballería de que pudieron disponer; de esta manera el ejército libertador pudo disputar, de nuevo, el terreno a sus enemigos.

Con motivo de la herida que recibió Morillo se retiró a Valencia para curarse de ella; y La Torre le reemplazó en el mando del ejército, con el que se movió hacia Calabozo, dejando a los patriotas tiempo para rehacerse, los que pudieron oponerle por lo mismo dos mil jinetes a órdenes de Páez, Monagas y Cedeño y ochocientos peones. Instruido La Torre del número de fuerzas con que contaba el Libertador, no se aventuró a internarse en los llanos, por lo que habiendo avanzado hasta cerca del Rastro, retrocedió a Ortiz. Los patriotas le siguieron; y frente a este pueblo se verificó un combate indeciso, el 26 de Marzo de 1818, en el que murió el valentísimo Coronel de caballería Genaro Vázquez. A consecuencia de esta acción, La Torre, no pudiendo dominar el territorio de Calabozo, por falta de jinetes, se retiró hacia la villa de Cura y Valencia.

Frustrado el plan de la campaña que era el de una invasión a las comarcas de la cordillera, Bolívar adoptó otro, el de conservar la posesión de las llanuras, y para ello dispuso que Páez marchase a destruir una columna realista que, a órdenes del Brigadier Real, se encontraba en el Pao. A Monagas se le envió a la provincia de Barcelona con algunos jinetes e infantes; y el Libertador quedó en las llanuras de Calabozo, empeñado en hacer frente al terrible cuerpo franco del Coronel Rafael López. No insistiendo, empero, mucho en esta operación, pues su ánimo era reunirse a Páez en San Carlos, para buscar fortuna en comarca de Valencia, estableció el Libertador su cuartel general en el sitio llamado «Rincón de los Toros»; y de allí envió adelante la división de Cedeño en demanda de Páez; quedando reducidas sus fuerzas a setecientos jinetes regidos por Zaraza, y a trescientos infantes.

«López que, sin ser sentido, estaba muy cerca del campo de los patriotas, cogió prisionero a un criado del capellán de Bolívar Fray Esteban Prado. Dicho criado le impuso a López del lugar en que dormía el Libertador, y de los oficiales y sargentos que mandaban las patrullas.» (Restrepo). Baralt dice, al referir este acontecimiento, que fue un sargento desertor del campo republicano, quien reveló a López el santo y seña de la división, las fuerzas de Bolívar y el sitio en que dormía éste. Sea de ello lo que fuere, con esta noticia, López resolvió, en la noche del 17 de Abril de 1818, sorprender al Libertador; y se prestó a la ejecución de tan atrevido proyecto el Capitán de los Dragones

de la Unión, Dn. Tomás o Dn. Mariano Renovales. (1)

Lo cierto es que en la mencionada noche, penetró audazmente Renovales en el campamento patriota, se topó con el Coronel Francisco de Paula Santander que era Subjefe de Estado Mayor y como tal rondaba el campo, dió el santo, seña y contra seña, llegó sin tropiezo al lugar donde Bolívar y otros tenían colgadas sus hamacas, disparó sus armas a quema ropa sobre los que dormían, y se retiró velozmente, creyendo satisfecho que había dado muerte a Bolívar.

Este, merced a la mano visible de la Providencia, escapó milagrosamente, sin saberse, a punto fijo, cómo logró salvar la vida; punto en el que están disconformes los historiadores Baralt y Restrepo, como también lo están respecto de las personas que murieron a consecuencia de la descarga. Parece que el único que murió, (así lo dice el segundo), pero no a consecuencia de aquella, sino traspasado con un bayonetazo dado por un soldado de la partida, al retirarse, fue el Coronel Fernando Galindo, el mismo que actuó como defensor del desgraciado Piar.

El desorden, la alarma y el pánico que produjo en el campamento patriota la descarga de Renovales y los suyos son indescriptibles; pánico y terror que subieron de punto, cuando se propagó el falso rumor de que Bolívar había sido muerto o tomado prisionero. En tan lastimosas circunstancias, la derrota del ejército republicano, al día siguiente 18 de Abril, era inevitable, como así lo fue, pereciendo la mayor parte de los infantes, cediendo la caballería del ala izquierda, huyendo la de la derecha, y cayendo prisioneros ciento cincuenta hombres entre ellos el Teniente Coronel Manfredo Berzolasi italiano, los Comandantes José Francisco Portero y Juan de Dios Morales. Todos ellos fueron fusilados en diversas ciudades, de orden del ya convaleciente Morillo. En el combate murió el Coronel Rafael López. Este era un mulato de Barinas, audaz, valiente y muy versado en la guerra de los Llanos. Con su muerte se libraron los patriotas de un enemigo formidable; y por lo mismo se alegraron de ella.

El Libertador logró huir a caballo, pero tuvo que dejarlo al penetrar en un bosque espeso, a cuya salida hubiera caído en poder de los enemigos que perseguían la derrota, si un soldado no hubiese tenido la generosidad de prestarle su caballo. El mismo día del desastre llegó Bolívar con su Estado Mayor y los restos de la caballería de Zaraza a Calabozo; de allí fue a unirse con una columna de jinetes que conducía el Coronel Aramendi de San Fernando. Conseguido esto marchó al Rastro, donde se le unió el General Cedeño que, con parte de su caballería, había acudido en auxilio del Libertador, enviando el resto de ella a

(1) Usamos de la conjunción disyuntiva o, porque Restrepo dice que Renovales se llamaba Tomás, y Baralt, Mariano.

Páez, como así se le ordenó antes de la famosa sorpresa del «Rincón de los Toros.»

Las fuerzas republicanas que pudieron reunirse en el Rastro quedaron a cargo de Cedeño, quien fue nombrado Comandante General de los Llanos de Calabozo por Bolívar. Este pretendió unirse a Páez que se hallaba en los alrededores de San Carlos, pero no pudiendo realizar su deseo, marchó a San Fernando, donde tuvo que permanecer algún tiempo, hasta recuperar su salud quebrantada por las fatigas de tan activa campaña y por las penas consiguientes a los desastres que durante ella sufrieron los patriotas.

Veamos, ahora, los resultados de las operaciones de Páez, que fue enviado por el Libertador contra el Brigadier Real. Este replegó a Valencia en vista del aguerrido ejército de Páez, quien avanzó hasta los alrededores de San Carlos. A este lugar había enviado Morillo una fuerte división a órdenes de La Torre para rechazar a Páez, quien atrajo a su enemigo hasta la llanura de Onoto, distante un cuarto de legua del pueblo de Cojedes. Allí se libró, el 2 de Mayo de 1817, el combate de este nombre, donde Páez, como de costumbre, hizo prodigios de valor con sus llaneros, quienes desbarataron a la caballería enemiga, pero no pudo impedir que las grandes, impenetrables y disciplinadas masas de la afamada infantería realista, destruyesen a los infantes republicanos, a pesar del admirable desnudo con que éstos y el General Anzoátegui, su Jefe, combatieron en aquel día. Páez se vió, pues, obligado, sin dejar despojos, a retirarse al Apure. Herido La Torre en este combate, Calzada quedó hecho cargo de la quinta división con destino a Barinas, y los demás cuerpos realistas tomaron cuarteles de invierno.

Pocos días hacía que Páez había llegado a San Fernando, cuando llegó también a esta plaza fugitivo y maltrecho el General Cedeño, después de haber sido derrotado por Morales, el 20 de Mayo de 1818, cerca de la laguna que se llama de los «Patos.» (Restrepo dice que el lugar del combate fue el cerro de los Patos). Baralt, hablando de esta acción, dice: «Este descalabro inconcebible de cuyas resultas fueron degollados casi en su totalidad doscientos cincuenta infantes que mandaba el valeroso Pedro León Torres, se debió al mal comportamiento de su caballería (la de Cedeño), y a la tibieza e insubordinación de sus Jefes principales.»

En virtud de este desastre, Morales quedó dueño de todos los Llanos de Calabozo hasta el Apure, y tuvo intención de atacar la plaza de San Fernando, con cuyo objeto avanzó hasta el Guayabal, en donde, en la noche del 28 de Mayo, fue sorprendido sólo por la Guardia de Honor de Páez, compuesta de los hombres más valientes y más temibles del Apure, la que, atravesando este río, mató doscientos hombres de Morales, le cogió muchos prisioneros, armas y caballos, y le obligó a retirarse hacia el Sombrero.

Con esta acción, quedó terminada la desastrosa campaña de 1818, cuyos resultados fueron la pérdida de varios Jefes y oficiales republicanos, la de mil infantes, de quinientos caballos y de muchas armas y municiones. La única ventaja que obtuvieron los patriotas fue la toma de San Fernando con la que quedaba asegurada su primitiva línea de operaciones. En cambio, los realistas estaban orgullosos y satisfechos, no sólo de haber conservado la suya, sino de haber rechazado, en varios combates, la invasión de los republicanos. Mas la penosa situación de éstos, no era superior a las fuerzas de su Jefe, el gran Bolívar, quien logró superar todas las dificultades, con su penetración portentosa, con el temple de acero de su espíritu, con su incomparable actividad, con su admirable constancia, como lo manifestaremos en el curso de esta narración.

Bolívar, después de la derrota de los "Patos", volvió a Angostura, con el objeto de reparar sus pérdidas, y emprender nueva campaña contra los enemigos, llevando consigo al General Cedeno, a Soublotte, a Santander, Subjefe del Estado Mayor y a varios otros militares distinguidos. Zaraza regresó a su antiguo campo de operaciones; y Páez quedó encargado de la defensa del Apure.

Antes de ocuparnos de los medios de que se valió el Libertador para conseguir su objeto, veamos el estado en que se hallaban las provincias del Oriente Venezolano. La capital de Barcelona se encontraba en poder de los realistas; pero las llanuras de esta provincia estaban ocupadas por los cuerpos francos de Monagas. La de Margarita continuaba disfrutando de la libertad que supieron conquistarla sus heroicos hijos; y era el centro de intrépidos marinos y de corsarios que infestaban las posesiones españolas en el mar Caribe.

En cuanto a la provincia de Cumaná estaba completamente perdida, por las desavenencias suscitadas entre el Coronel Domingo Montes y Bermúdez, las que dieron por resultado que éste tuviese que volver a Angostura, porque aquel declaró que sólo reconocía por Jefe de la provincia al General Santiago Mariño; sin que ni uno ni otro (Montes y Bermúdez) hiciesen cosa alguna en provecho de su causa.

Nuevas desavenencias entre Mariño y Bermúdez dieron los resultados que siguen: El primero, llamado por sus adictos, regresó de Margarita y se apoderó de Cariaco, donde reunió una fuerza de cuatrocientos hombres, que fue derrotada por el español Jiménez, en ese mismo lugar, el 12 de Marzo de 1818. Tan grande fue el desastre de Mariño que se hubiera visto obligado a reembarcarse, si no hubiese muerto, a los pocos días en Cumaná, el valiente Jiménez, que salió mal herido en el combate de Cariaco. Bermúdez regresó de Angostura, trayendo alguna tropa para obrar en territorio de Cumaná, y ofició a Mariño para que re-

conociese su autoridad, y se le reuniese con las fuerzas que éste mandaba.—Negóse a ello Mariño, y con este motivo hubo graves altercados entre los dos Jefes, que habrían terminado con una lucha armada entre sus respectivas divisiones, sino hubiese intervenido, oportunamente, el General Urdaneta, que había sido enviado a Cumaná por Bolívar, con facultad para arreglar aquellos asuntos. Sin embargo no llegaron a reunir sus fuerzas los dos Jefes; y cada uno, obrando independientemente, sufrió Bermúdez una seria derrota, el 30 de Mayo, en el Puerto de la Madera, con cuyo motivo se trasladó a Angostura; y Mariño, aunque obtuvo algunas ventajas en Cariaco, Güiría y Carúpano, hubo de abandonar sus puestos y retirarse a Maturín.

A Bolívar que se hallaba ya en Angostura, cuando llegó Bermúdez, le causaron profunda indignación las rencillas y divisiones de sus Jefes, hijas de una mezquina y bastarda ambición; pero, disimulándola, dejó que Mariño allegase gente en Maturín; y se ocupó en poner orden en varios ramos importantes de la administración pública.

Ocupado se hallaba en estas faenas administrativas Bolívar, cuando tuvo una gran satisfacción con la llegada del Almirante Brión y de su escuadra a Angostura, el 12 de Julio de 1818, trayendo, comprados por cuenta del Gobierno, ocho mil fusiles, pertrechos, un tren de artillería y otros artículos. Para comprender esto, es necesario saber que Zea, Presidente del Consejo de Estado, durante la ausencia del Libertador que se encontraba en la campaña que hemos relatado, había enviado al Almirante Brión con su escuadra, para recorrer las Islas extranjeras antillanas, y poner a bordo de ella los elementos de guerra y los soldados enganchados que se habían pedido a Inglaterra, por medio de los agentes English y Elsom, quienes, mediante ciertas condiciones de enganche, más o menos gravosas, habían prometido enviar dos mil ingleses, poco más o menos, para que engrosasen las filas republicanas. Brión, sin encontrar a estas tropas auxiliares, aunque tuvo noticias de que muy pronto llegarían, regresó, como lo dijimos, de su expedición, conduciendo los elementos de guerra mencionados. El Almirante trajo, también, a bordo desde Margarita, a un Agente Confidencial de los Estados Unidos, Mr. Irvine, encargado de manifestar al Libertador las favorables disposiciones de su Gobierno para con la naciente República Venezolana. Bolívar hizo gran alarde de la llegada de aquel Agente, para darla importancia ante los otros Estados; pero a él no se le ocultaba la política puramente comercial del Gabinete de Washington, el que jamás se prestó a auxiliar la Independencia de las Colonias Sud-Americanas, ni siquiera mediante una demostración oficial y pública.

Bolívar, siempre atento a los negocios de la guerra, habiendo sabido que Mariño había organizado una fuerte co-

lumba en Maturín, le encargó las operaciones de la provincia de Cumaná con el título de Comandante General; y le escribió, invitándole en nombre de la Patria a que consagrara todos sus esfuerzos al fin que ambos perseguían, la Independencia de ella. Para contener las miras ambiciosas de Mariño, le envió como Jefe de Estado Mayor al Coronel Francisco Conde, miembro del Consejo de Estado. Entre tanto, se organizaban en diversos lugares varios batallones, uno de ellos fue el famoso Rifles, que tan brillante papel desempeñó en Bomboná y en la campaña del Perú.

Esperanzado se hallaba Bolívar de que pronto marcharía contra Morillo, cuando supo que las tropas del Apure habían desconocido su autoridad y la del Consejo de Gobierno, nombrando a Páez, General en Jefe del ejército y Director Supremo del país. El autor principal de este motín fue un Coronel inglés de apellido Wilson, que había llegado a Angostura en Febrero de 1818, y pasado luego al Apure con un regimiento de caballería compuesto de sus compatriotas, al que llamaban "Húsares Rojos." El Libertador reprobó como debía tan escandaloso motín que halló caída aún en Jefes y oficules adictos de corazón a Bolívar, por las pérfidas insinuaciones del revoltoso inglés y miedo de los llaneros dictó órdenes enérgicas para reprimirlo: echó en cara a muchos de sus débiles amigos la vileza de su conducta; y mandó a prender, juzgar y despedir del servicio y del país a Wilson, que había tenido el atrevimiento de venir a Guayana, con el fin de ganar prosélitos para su indigna causa. Con estas medidas las cosas del Apure quedaron en aquel estado de incertidumbre, en que ni se obedece, ni se desobedece abierta y francamente, porque Bolívar se hallaba a gran distancia para poder castigar a los rebeldes. Merece especial y honrosa mención, por haber sido el único que, en ese motín de ingrata memoria, tuvo la rectitud y entereza de retirarse a Angostura, pidiendo permiso a Páez, *Daniel Florencio O'Leary*, joven irlandés, Alférez de los "Húsares Rojos," oficial sesudo y de valor, a quien el Libertador distinguió, desde entonces, grandemente. El General O'Leary vino después al Ecuador, e hizo la famosa campaña que terminó con la victoria del Pichincha.

Por este mismo tiempo, el Libertador que tenía siempre en mira emprender una campaña sobre la Nueva Granada, y que había recibido un comisionado de Casanare, pidiéndole un Jefe de operaciones, ascendió a Santander a General de Brigada, y le nombró para ese cargo, o más bien dicho, como Jefe de una división avanzada que debía formarse en esa provincia, para invadir más tarde a la Nueva Granada. El General Santander salió de Angostura para cumplir su importante comisión, el 30 de Agosto de 1818, llevando consigo mil doscientos fusiles con bastantes municiones, a los Coroneles Jacinto Lara y Antonio Obando.

tes Coroneles Joaquín Paris y Vicente González, granadinos los tres últimos. Aunque los disidentes del Apure trataron de detenerle en Caribén, se frustró su plan, y Santander llegó felizmente a su destino.

Con el objeto de ocupar a Güiría para favorecer el comercio de Angostura y las operaciones de Mariño, y privar a los realistas de Cumaná de los recursos que sacaban de las costas de Barlovento, Bolívar envió a Bermúdez con las fuerzas sutiles de Antonio Díaz y algunos buques mayores a órdenes de Brión. Bermúdez, en efecto, cayó como un rayo sobre Güiría, el 25 de Agosto, haciendo gran estrago en los realistas; pero queriendo asaltar a Río-Caribe, el 13 de Octubre de 1818, sufrió una derrota, que le obligó a refugiarse en Margarita.

Mariño, por no seguir en su marcha de Maturín a Cumaná el camino de Cumanacoa, como le había ordenado el Libertador, sino el de San Francisco y de Caripe, con el intento de atacar primero a Cariaco, fue derrotado completamente en este lugar; perdiendo, de esta manera, casi en su totalidad una brillante división de más de mil quinientos hombres, con la que salió de Maturín. El Libertador recibió esta infausta nueva, cuando se hallaba en camino para reunirse con Mariño y activar las operaciones del sitio de Cumaná; y tuvo, por lo mismo, que regresarse a Angostura lleno de aflicción, al ver tantos errores y desaciertos de sus Tenientes. Las circunstancias le obligaban, sin embargo, a guardar perjudiciales condescendencias, así es que Bolívar nombró, nuevamente, a Bermúdez Comandante General de la provincia de Cumaná, y a Mariño de la de Barcelona, donde operaba con bastantes fuerzas el General José Tadeo Monagas.

En medio de tantos contratiempos, el Libertador pensó seriamente en la organización del Gobierno Nacional, pero antes quiso que se pusiesen los fundamentos de la restauración de la República. Como el mejor medio para obtener este resultado era la convocatoria de un Congreso o Asamblea Nacional, que pusiese valla a las sediciones y motines de sus Tenientes, Bolívar propuso dicha convocatoria al Consejo de Estado, el 10 de Octubre de 1818 en un magnífico manifiesto que, entre otras cosas, decía: «En tanto que nuestros guerreros combaten, que nuestros ciudadanos pacíficos ejerzan las augustas funciones de la soberanía».

Otro temor vino a afligir los ánimos de los patriotas, y fue el de una probable intervención de las Potencias Europeas, a instancias de la Corte de España, a fin de terminar la guerra de sus Colonias, sujetándolas de nuevo a su dominación. Con este motivo Bolívar expidió, con valor y energía, el vibrante decreto de 20 de Noviembre del mencionado año, cuyo artículo final vamos a reproducir: «Ultimamente declara la República de Venezuela que, desde el 19 de

Abril de 1810, está combatiendo por sus derechos: que ha derramado la mayor parte de la sangre de sus hijos: que ha sacrificado todos sus bienes, todos sus goces y cuanto es caro y sagrado entre los hombres por recobrar sus derechos soberanos; y que por mantenerlos ilesos, como la Divina Providencia se los ha concedido, está resuelto el pueblo de Venezuela a sepultarse todo entero en medio de sus ruinas, si la España, la Europa y el mundo se empeñan en encorvarla bajo el yugo español».

Esta brillante protesta fue publicada en «El Correo del Orinoco,» periódico magnífico y erudito que se publicaba en Guayana. En él escribían los patriotas más ilustres por su saber, tales como: Francisco Antonio Zea, Juan Gerián Roscio y el hábil humanista caraqueño José Luis Ramos. Este periódico se fundó en oposición a otro intitulado «La Gaceta de Caracas,» que era un libelo infamatorio contra Bolívar y los suyos, redactado por el espurio venezolano Dn. José Domingo Díaz.

A fines de este año tempestuoso, el de 1818, Bolívar se despidió por poco tiempo de la Guayana, y remontó, por segunda vez, el Orinoco con dirección a las llanuras del Apure, con grandes proyectos en su luminoso cerebro.

Uno de ellos era el de oponer a Morillo un ejército respetable en el probable teatro de sus operaciones futuras, y otro el de consolidar el poder del Gobierno entre las tropas republicanas del Apure. Lo primero lo consiguió llevando Bolívar una división de infantería de mil hombres al mando del General Anzoátegui, y la división de caballería de Cedeño; de manera que, cuando se reunió con Páez, en San Juan de Payara, el 16 de Enero de 1819, ascendía el ejército patriota a dos mil bravos jinetes y a otros tantos excelentes infantes. Para obtener la realización de su segundo proyecto, le bastó a Bolívar entenderse con el General Páez, en una conferencia privada, para que éste, con hartó patriotismo, cediera, como todos cedían, al influjo irresistible de la fuerza moral del Libertador. Este, para completar su obra, ascendió a Páez, en recompensa de sus grandes servicios, al grado de General de División, y en señal de gratitud para con el célebre Caudillo del Apure, le dió en seguida, una prueba de ilimitada confianza, delegando en él el mando de todas las tropas, cuando se puso en marcha el Libertador para Angostura, para asistir a la instalación del Congreso que debía verificarse en el mes de Febrero.

La campaña de 1819, al revés de la del año anterior, la principiaron Morillo y su Teniente La Torre, presentándose el segundo al frente de San Fernando con una fuerza muy superior a la de los patriotas, y uniéndosele, poco después, el segundo con otra división; de manera que cuando los Jefes españoles pasaron revista a su ejército, contaban con seis mil quinientos hombres de todas armas. No pensó Páez en disputar a Morillo los pasos del caudaloso Apure,

sino en atraer a los realistas a las inmensas llanuras, donde los soldados republicanos debían gozar de inmensas ventajas sobre aquellos, poco acostumbrados a la ruda vida de esas inmensas sabanas. En consecuencia, cuando supo Páez que el ejército de Morillo iba en pos de las fuerzas republicanas, atravesó el río Arauca, y se situó en el paso del Caujaral, fortificándolo, y dejando a retaguardia del enemigo algunas partidas de caballería para inquietarlo y ahuyentar el ganado que encontrase a su paso; lo que cumplió a maravilla el valiente Coronel Aramendi.

Morillo, después de varias tentativas inútiles de atravesar el Arauca, ora por el paso del Caujaral, ora por el del Marrereño, logró vadearlo por otros lados distintos. Entonces Páez continuó su retirada hacia el Orinoco, el 4 de Febrero; trasladó su infantería a la isla de la Urbana; una parte de sus jinetes la puso en las llanuras de Río Claro, colocó una numerosa emigración de diez mil personas en Araguaquén; y él, Páez, con los cuerpos que componían su guardia y dos escuadrones de carabineros, se situó en Cunaviche.

De allí empezó el Jefe republicano una serie de marchas y contramarchas, por las inmensas llanuras, siempre a la vista del enemigo, pero sin dejarse alcanzar, y causándole serios desastres, como el de Cañafistola. En este lugar, hallábase Morales con sus tropas, el día 11 de Febrero de 1819, cuando apareció repentinamente Páez con mil doscientos llaneros, y sin dar tiempo a los jinetes enemigos, que se ocupaban en recoger ganado, de retirarse a su campamento, los dispersó y alancó. Luego cayó sobre Morales, y estando empeñado en un vivo tiroteo contra él, apareció a lo lejos el cuerpo principal del ejército español. Entonces emprendieron los patriotas su repliegue con dirección a Cunaviche, pero, torciendo su rumbo, durante la noche, aparecieron por el lado opuesto. Morillo marchó y contramarchó en aquellas inmensas llanadas, queriendo alcanzar a un enemigo que, el momento menos pensado, se desvanecía como un fantasma, como una sombra, como las vistas de una cinta cinematográfica. Cansado de tantas correrías infructuosas, que iban disminuyendo insensiblemente su ejército, Morillo repasó el Arauca, y en los primeros días de Marzo, estableció su cuartel general en Achaguas. Tal fue el comienzo de la campaña de 1819, en la que Páez demostró una pericia consumada, y que era digno de la confianza que en él depositó el Libertador. *La gavilla del Apure*, como la llamaba Morillo, estaba intacta, y él en la incapacidad de destruirla, como lo creyó cegado por su fatuidad y loco orgullo.

Otro acontecimiento notabilísimo dió gran fuerza moral a la República de Venezuela, ante la opinión de los otros Estados, y socavó los cimientos del desprestigiado y vetusto Gobierno Colonial. Tal fue la instalación solemne del Congreso de Angostura, en las riberas del caudaloso Ori-

noco y en medio de las selvas primitivas, donde aun vagaba libre y salvaje el indígena de América, llevada a cabo por un descendiente de los conquistadores, que pretendía completar y mejorar la obra del inmortal Colón, dando Libertad e Independencia a una hermosa fracción del mundo por él descubierto.

El Congreso se instaló, el 15 de Febrero de 1819, fecha memorable en los fastos de la Independencia. Concurrieron a él los Diputados de las provincias venezolanas de Caracas, Barcelona, Cumaná, Barinas, Guayana y Margarita, y los de la provincia de Casanare, única de la Nueva Granada, que estaba ocupada por las armas republicanas, y la que ocasionalmente se hallaba incorporada a Venezuela. Los representantes de Casanare, fueron los respetables granadinos Francisco Antonio Zea, José María Vergara y Vicente Uribe. Entre los diputados de las seis provincias venezolanas, estaban: los ilustres Juriconsultos Urabaneja, Juan Martínez, Roscio, el Presbítero Juan Ignacio Méndez, los Generales Mariño, Rafael Urdaneta, Pedro León Torres y Tomás Montilla y otros Jefes de excelente reputación, como Conde, Parejo, Vergara y Vallenilla, y en fin Fernando Peñálver, recomendable por sus virtudes públicas y privadas.

Lo primero que hizo Bolívar, para dar ejemplo de sumisión y respeto, fue resignar ante la augusta Asamblea el poder supremo de que se hallaba investido; y sometió a juicio de ella, la conducta que había observado, durante la guerra. "Yo someto, dijo, la historia de mi mando a vuestra imparcial decisión; nada añadiré para excusarla; ya he dicho cuanto puede hacer mi apología. Si merezco vuestra aprobación, habré alcanzado el sublime título de buen ciudadano, preferible para mí al de Libertador que me dió Venezuela, al de Pacificador que me dió Cundinamarca, y a los que el mundo entero puede dar." El Congreso aprobó con frases de gratitud las medidas administrativas de Bolívar, durante su mando; y le dió los gloriosos y merecidos títulos de *Libertador*, *Padre de la Patria*, *Terror del Despotismo*. El Congreso no aceptó la renuncia que de la Jefatura Suprema hizo Bolívar, por más que repetidas ocasiones insistió en ella; de manera que fue elegido Presidente, y Zea, Vicepresidente.

En cuanto a las ideas que el Libertador tenía respecto de la forma de Gobierno que debía adoptarse para Venezuela eran originales, y tal vez convenientes a un país que recién salía de luengos siglos de sumisión a un régimen monárquico absoluto, para entrar a la vida libre e independiente.

Mucho se le ha tachado a Bolívar de ambicioso y enemigo de la forma republicana, porque quiso que, para Venezuela, y después para Colombia, se estableciese un Presidente vitalicio, inviolable e irresponsable. Dado caso que

este fuese un error, lo que no se ha comprobado por la experiencia, pues jamás llegó a ponerse en práctica, es evidente que el Libertador procedió de buena fe; y que en esta materia, sus ideas siempre fueron las mismas.

Para comprobarlo, basta recordar que, en el año de 1815, cuando Bolívar se hallaba en Jamaica, solo, pobre y sin soñar que llegaría a ser el Libertador de Colombia y el prohombre de ella, escribió en el abandono de la íntima confianza a un amigo una carta inmortal, en la que, entre otras cosas, decía: "Pero, ¿seremos capaces de mantener en su verdadero equilibrio la difícil carga de una República? ¿Se puede concebir que un pueblo recientemente desencadenado se lance a la esfera de la libertad, sin que como a Icaro se le deshagan las alas y recaiga en el abismo? Tal prodigio es inconcebible, nunca visto." "Esta nación se llamará *Colombia* como un tributo de justicia y gratitud al descubridor de nuestro hemisferio. Su gobierno prodrá imitar al inglés, con la diferencia de que, en lugar de un Rey, habrá un *Poder Ejecutivo de elección*, cuando más, vitalicio, y jamás hereditario. si se quiere república; una Cámara o Senado legislativo hereditario, que en las tempestades políticas se interponga entre las olas populares y los rayos de Gobierno; y un cuerpo Legislativo de libre elección, sin otras restricciones que las de la Cámara baja de Inglaterra."

Siendo un principio de Ciencia Constitucional que ninguna forma de Gobierno es absolutamente buena ni mala, no hay porque censurar a Bolívar de que, en esta materia, tuviese las ideas que hemos anunciado, máxime cuando con ellas creía asegurar la felicidad de su patria. Sin embargo este fue el pretexto de que se valieron los ambiciosos enemigos de Bolívar para atentar contra su preciosa existencia, en la nefanda noche del 25 de Septiembre de 1828; y si no lograron cometer el *parricidio*, consiguieron acortar la vida del Libertador, quien murió a los cuarenta y siete años de edad, triste, y casi abandonado, en una solitaria playa de Santa Marta, arrullado por las embravecidas olas del Mar Caribe.

Estas mismas ideas ya antiguas en Bolívar, las propuso, poco más o menos, al Congreso de Angostura, con la sola añadidura de la creación de un nuevo poder moral, al que denominó *Arceópago*, dividido en dos Cámaras: una encargada de «castigar los vicios con el oprobio y la infamia, y de premiar las virtudes públicas con los honores»; y la otra, «de la educación física y moral de los niños, desde su nacimiento, hasta la edad de doce años cumplidos». Claro está que este proyecto era utópico, propio de la imaginación poética de Bolívar, que quería implantar en una tierra recién salida de la servidumbre colonial, instituciones platónicas bellísimas pero irrealizables.

Por otra parte Bolívar aseguraba al pueblo, en su pro-

yecto de Constitución, la preciosa conquista de sus derechos, a costa de tantos sacrificios. Estas fueron sus palabras: «Un Gobierno republicano ha sido, es y debe ser el de Venezuela: sus bases, la Soberanía del Pueblo, la división de los poderes, la libertad civil, la proscripción de la esclavitud, la abolición de la Monarquía y los privilegios. Necesitamos de la igualdad para refundir en un todo los hombres, las opiniones políticas y las costumbres públicas.»

El Congreso, ávido de implantar la democracia pura, se separó, casi en lo absoluto, de la forma de Gobierno que propuso el Libertador. Por consiguiente, expidió una Constitución casi igual a las que actualmente rigen en las Repúblicas Sud-Americanas. La diferencia más notable entre éstas y aquella fue la de que el Poder Legislativo debía ser ejercido por un Congreso dividido en dos Cámaras: una de Representantes, y otra de Senadores vitalicios, pero el cargo de Senador no era hereditario.

Mientras el Congreso continuaba sus faenas legislativas, el Presidente Bolívar hacía los preparativos para la próxima campaña. Habiéndose aumentado las fuerzas republicanas con un cuerpo de tropas enganchado en Inglaterra y conducido por Elsom, que había llegado a Angostura, el 16 de Febrero, y con otros recientemente organizados, el Libertador ordenó que el Coronel Manuel Manrique, haciéndose cargo de estas fuerzas y de las de Elsom, emprendiese su marcha al Apure para reunirse con Páez. En virtud de que se había recibido avisos de que otros dos cuerpos de tropas extranjeras, a mando de los Coroneles English y Uzlar, habían arribado a la Isla de Margarita, Bolívar dispuso que el General Urdaneta pasase a ella, reuniese aquellos cuerpos a otro de margariteños que allí debía formar, y auxiliado por la escuadra de Brién, desembarcase en las costas de Caracas, ocupase esta Capital, y extendiese sus operaciones por retaguardia hasta ponerse en contacto con las fuerzas del Apure. Ordenó, también, que Mariño, incorporándose a Bermúdez y tomando el mando del ejército del Oriente venezolano, hiciese por aquel lado una seria diversión al enemigo.

Dadas estas órdenes, el Presidente de Venezuela remontó, por tercera vez, el Orinoco; y el 17 de Marzo de 1819, llegó a Cunaviche. Poco antes de su arribo, el 14 del mismo mes, algunas fuerzas republicanas habían sufrido un descalabro causado por las realistas en un porfiado reencuentro, habido entre ellas, en la dehesa llamada de la "Sacra Familia." En cambio, una partida republicana tuvo la osadía de penetrar en la plaza de San Fernando, de matar a cuantos se la opusieron, de tomar varios prisioneros, y de llevarse el ganado que había dentro de aquella plaza. Morillo continuaba en Achaguas, con el grueso de su ejército, siendo su situación nada halagüeña, pues había perdido más de mil hombres en los varios encuentros con los patriotas,

y debido al rigor del clima. Así Morillo, valiente soldado y aventajado guerrero en su patria, sufría *mutatis mutandis*, en las solitarias regiones del Apure, los mismos inconvenientes que destruyeron en España las aguerridas huestes napoleónicas.

Bolívar, cuyas fuerzas por las razones ya expresadas, eran iguales a las de Morillo, se propuso dar una batalla general. Al efecto fue en busca de éste, pero sus primeros pasos resultaron desgraciados; pues una pequeña partida republicana destacada con el fin de reconocer las posiciones enemigas, fue rechazada en la dehesa de "Surero"; y otra más numerosa sufrió igual rechazo de parte de quinientos realistas, al mando del Coronel Dn. José Pereira, en el paraje denominado «Tropiche de la Gamarra.» El Libertador, pasado ya el Arauca, quiso dar auxilio a los suyos, y Morillo se movió en socorro de Pereira, uniéndose en el tránsito con éste que se retiraba a Achaguas, porque no tenía fuerzas suficientes para hacer frente a las de Bolívar. Los incidentes apuntados, la superioridad de la infantería española respecto de la republicana, y el dictamen de los Generales, especialmente el de Páez, de que no era conveniente dar una batalla general, hicieron desistir al Libertador de este proyecto; por lo cual se dió prisa a repasar el Arauca, en tanto que Morillo se disponía a hacer un movimiento general sobre la línea patriota.

Era el 2 de Abril de 1819, fecha memorable en los fastos de la guerra de la Independencia, porque en ella se dió el combate más glorioso para las armas republicanas: el de «Las Queseras del Medio.» El caudaloso Arauca separaba los dos ejércitos, el del Libertador y el de Morillo, ocupando éste la margen izquierda y aquel la derecha del mencionado río. Las tropas realistas hacían amagos de vadearlo, cuando para atraerlas, el General José Antonio Páez concibe un proyecto atrevido, audaz y heroico, propio de su imponderable valor. Lo pone inmediatamente en práctica; escoge ciento cincuenta de los más valientes llaneros, entre Jefes, oficiales y soldados (1); se pone a la cabeza de ellos; atraviesan el Arauca, llevando las riendas de sus caballos con las bocas; y se presentan ufanos, altivos, cual los verdaderos centauros de la fábula, ante el atónito y numeroso ejército de Morillo, quien hace tronar inmediatamente contra ellos toda su artillería y fusilería. Los llaneros dan la espalda al río y avanzan denodados y resueltos hacia las fuerzas rea-

(1) En cuanto al número de los llaneros que combatieron en «Las Queseras del Medio», no están acordes los autores: Baralt dice, que fueron ciento cincuenta, Restrepo, ciento cincuenta y uno, y en la lista de aquellos héroes publicada en la «Autobiografía de Páez» sólo se cuentan ciento cuarenta y ocho. Respecto de la fecha de esa acción, Restrepo y Baralt dicen que se verificó el 2 de Abril de 1819; y en el encabezamiento de la lista mencionada, se señala el 3 del mismo mes y año.

listas. Morillo, lleno de asombro ante ese acto de sublime valor, rayano en locura, los cree perdidos, y desprende de su ejército toda la caballería, que se compone de mil hombres, entre ellos doscientos carabineros, para aplastar con el número aquella, al parecer, endeble columna. Entonces Páez se retira ordenadamente, y cuando conoce que los jinetes enemigos se han separado gran trecho de la infantería realista vuelve cara con los suyos, y en grupos de veinte hombres, acometen por el frente y los flancos a sus perseguidores, y cual robustos y furiosos leones, los rompen, los destrozan, los acribillan, causándoles imponderable estrago. Tintas las lanzas en la sangre de cuatrocientos enemigos que mordieron el polvo en aquella homérica jornada, el intrépido Páez y sus compañeros repasaron el Arauca, porque la noche les impidió que continuasen causando mayores desastres a las huestes españolas. En esta imponderable acción, de la columna de Páez, sólo murieron el Sargento Isidoro Mujica y el Cabo Manuel Martínez, y salieron heridos tres oficiales y dos soldados. Los nombres de los que pelearon en el combate de «Las Queseras del Medio», tal vez el más heroico que registran los Anales, no sólo de la guerra de la Independencia, sino del mundo entero, fueron publicados en «El Correo del Orinoco»; y Bolívar expidió un decreto honorífico, concediendo la *Cruz de Libertadores* a todos los Jefes, oficiales y soldados que tomaron parte en aquella jornada de imperecedera memoria.

Morillo, en vista de este combate y convencido de que no podía destruir *la gavilla de los ladrones* del Apure, mandada por los bandidos Bolívar y Páez, como en su furor no desahogado los llamaba, y acercándose la estación lluviosa, repasó el Apure, abandonando su cuartel de Achaguas; y se fue a Calabozo. Colocó la división de vanguardia sobre la Portuguesa, dejó guarnecida y fortificada la plaza de San Fernando, envió una división a Barinas, otra al Baúl, con lo que dió por concluida la campaña infructuosa de 1819, con la pérdida de más de mil hombres, sin que las tropas realistas hubiesen ganado, fuera de San Fernando, un solo palmo del inmenso territorio que riegan el Arauca, el Apure y el Orinoco.

CAPITULO VIII

Campaña de Bolívar sobre la Nueva Granada.—La acción de Gámeza.—La batalla del "Pantano de Vargas".—Bolívar obtiene un triunfo espléndido en Boyacá.—Entrada triunfal de Bolívar en Santafé.—Bolívar nombra a Santander para Vicepresidente de la Nueva Granada.—Ley Fundamental de Congreso de Angostura que crea a Colombia.—

Sorpresa de Popayán por Calzada.—Acción de la Plata.—Combate de Pilayó.—Campañas del Magdalena, de Riohacha, de Santa Marta y de Cartagena emprendidas por los Jefes republicanos.—Sucesos del Oriente de Venezuela.—Principales acontecimientos desde 1820 hasta 1823 en Nueva Granada y Venezuela.

Bolívar se preparaba para atacar la provincia de Barinas; pero el caudillo del Apure le hizo la juiciosa observación de que el mal estado de los caballos podía comprometer el resultado de la expedición sobre aquella Provincia. Por esta razón, y porque en Cañafístola recibió Bolívar, por medio del comisionado Coronel Jacinto Lara, noticias muy favorables del ejército que tenía listo Santander en los llanos de Casanare, desistió de la proyectada invasión a Barinas, y resolvió emprender su famosa campaña para libertar a la Nueva Granada. Los servicios que el General Santander prestó en aquella ocasión en beneficio de la Patria fueron importantísimos y dignos de alabanza. El hizo terminar la funesta discordia y rivalidad entre los tres Jefes Juan Galea, Juan Nepomuceno Moreno y Ramón Nolato Pérez, que obraban independientemente y se disputaban el mando en las Llanuras de Casanare. El hizo fracazar la expedición a éstas del Coronel Barreiro, a principios de 1819, como ya lo referimos. El formó una buena división compuesta de infantes y jinetes. El, en fin, hizo revivir el fuego del patriotismo en varias comarcas granadinas, por medio de emisarios, impresos y cartas haciendo conocer la ventajosa situación en que se encontraba la causa de la República, en Casanare y en territorio venezolano.

Antes de empezar la campaña, el Libertador reunió una Junta de guerra, presidida por él, y compuesta de los Generales Anzoátegui, Pedro León Torres, Soublette, y de los Coroneles Pedro Briceño Méndez, Ambrosio Plaza, Manrique, Rangel e Iribarren. En dicha Junta, se aprobó con entusiasmo el proyecto de invadir a la Nueva Granada. En consecuencia, el ejército se movió al Mantecal. Los cuerpos venezolanos que formaron la división expedicionaria fueron: los batallones «Rifles», «Bravos de Páez», «Barcelona» y «Albión», regidos por los Tenientes Coroneles, Arturo Sandes y Cruz Carrillo, y por los Coroneles Ambrosio Plaza y James Rook, respectivamente: de un regimiento de caballería llamado «Gufas de Apure», a órdenes del Coronel Hermenegildo Mugica; y de dos escuadrones de lanceros del «Alto-lloano» de Caracas, y otro de carabineros, mandados por los Coroneles Leonardo Infante, Juan José Rondón y el Teniente Coronel Juan Mellao. El General Páez quedó en el Apure para hacer frente al enemigo acantonado en Barinas, ejecutar un movimiento por la montaña de San Camilo a los valles de Cúcuta, a fin de impedir las comuni-

aciones de Venezuela con la Nueva Granada, y cooperar a la campaña por aquella parte.

El ejército Libertador se puso en movimiento del Mantecal hacia Guadualito, el 28 de Mayo de 1819, atravesando ríos caudalosos, esteros profundos, ciénagas inmensas, pues era la época de la estación más cruda de aquellas regiones, la del invierno, en la que lluvias diarias y torrenciales inundan las vastas llanuras y las inmensas sabanas, convirtiéndolas en un lago sin límites, en un verdadero océano. El 4 de Junio atravesó el río Arauca, y el 11 del mismo mes se reunieron Bolívar y Santander en Tame, con sus respectivas divisiones. La del segundo que era la de vanguardia, se componía del batallón «Cazadores de Vanguardia», del de «Línea» y de tres escuadrones de llaneros de Casanare. La división de retaguardia formada por los cuerpos de Venezuela que antes enumeramos, estaba comandada por el General José Antonio Anzoátegui. Ambas divisiones llegaron a reunirse en Pore el 23 de Junio de 1819, y continuaron la marcha. El 27 del mismo mes, el valiente Coronel Antonio Arredondo con el batallón Cazadores de Vanguardia, después de una hora de combate, desalojó una avanzada enemiga de trescientos hombres que guarnecía la formidable posición de Paya, donde bien hubieran podido defenderse los realistas contra un ejército de diez mil hombres.

Después de una nueva conferencia habida en el llano de San Miguel, donde vivaqueó la división de retaguardia, entre el Libertador, y los Generales Santander, Soublette y Anzoátegui y los Coroneles Bartolomé Salom y Jacinto Lara, se resolvió, de una manera definitiva, continuar la expedición, como lo deseaba Bolívar. Emprendieron, pues, la marcha las fuerzas patriotas, atravesando el páramo de «Pisba», en cuyos yerbos y helados pajonales, se congelaron más de cien soldados, otros tantos se enfermaron, los jinetes perdieron sus caballos, sus monturas y hasta sus armas, porque todo les servía de estorbo para caminar y salir de aquel lugar comparable a la frigidísima Siberia. El 5 de Julio llegó parte del ejército al pueblo de Socha, y el 6, el resto, dejando abandonadas en el fatídico páramo las municiones de boca y guerra, porque no hubo acémilas que pudieran cargarlas ni hombres capaces de conducir las.

Los tan renombrados pasos de los Alpes verificados, en la Edad Antigua, por Aníbal y sus falanjes cartaginesas; y en la moderna, por Napoleón Bonaparte y sus aguerridos tercios, para invadir las hermosas y fértiles comarcas de Italia, son muy inferiores, en nuestro humilde concepto, al atrevidísimo paso de los Andes orientales de la Nueva Granada, llevado a cabo por el Libertador Dn. Simón Bolívar con un puñado de hombres hambrientos y desnudos, pero valientes como el Cid, para dar Independencia

y Libertad a aquel país clásico de la inteligencia, de la ilustración, de la cultura y de la poesía.

Cuando el ejército patriota se reunió en Tasco, parecía un grupo de hombres famélicos y harapientos, dignos de compasión y lástima, incapaces de combatir con la brillante división española regida por el Coronel peninsular Dn. José María Barreiro, joven gallardo, valiente y militar de escuela, pues había hecho sus estudios en el colegio de Segovia. Sin embargo Bolívar que era el alma de aquel ejército, hizo como nunca prodigios de actividad; de manera que, en tres días que permaneció en Tasco, remontó y armó la caballería, reunió el parque, fortaleció el desfallecido ánimo de los soldados, entusiasmó a los pueblos; y el día 9 de Julio de 1819 marcharon las fuerzas libertadoras llenas de bélico ardor en busca del enemigo. Este, dejando su campamento de Sogamoso, les salió al encuentro, y hubo dos choques entre los beligerantes, el 10 de Julio: uno en Corrales, donde el Coronel Justo Briceño rechazó una columna mandada por el segundo Jefe del ejército realista, Coronel Francisco Jiménez; y el otro en Gámeza, en el que una descubierta de sesenta cazadores al mando del Teniente Ascanio fue completamente destrozada por una gruesa columna enemiga. Todos los sesenta hombres fueron muertos, porque no perdonaron ni a un solo prisionero; sólo logró escapar el referido Teniente. Después de estos encuentros, el ejército realista tomó posiciones en la peña de Tópaga, y el republicano se acampó en sus aposentos de Tasco.

Al día siguiente, 11 de Julio de 1819, se verificó el combate del puente de Gámeza, en el que los patriotas pasaron y repasaron dicho puente, en una lucha incesante de ocho horas, sin poder apoderarse de la inexpugnable posición de la peña de Tópaga que ocupaba el enemigo. Con la venida de la noche se suspendió tan reñido combate, en el que los realistas perdieron trescientos hombres entre muertos y heridos; y los patriotas, doce muertos, entre ellos, el valiente Coronel Antonio Arredondo y setenta y seis heridos. El enemigo varió de posición, situándose en otra más inexpugnable, la de los Molinos de Tópaga, y el ejército libertador se acampó en Gámeza, de donde se retiró a Tasco para esperar en este lugar a la «Legión de Albión» y a la columna del Coronel Pérez que habían quedado retrasadas. El 15 de Julio llegaron estos cuerpos, con la pérdida de sesenta ingleses que habían fallecido en el páramo y de algunos otros soldados del escuadrón de Pérez.

Para sacar al enemigo de su posición de Tópaga, el ejército patriota se dirigió al departamento de Santa Rosa. Entonces los realistas ocuparon los Molinos de Bonza, y los republicanos los Corrales del mismo nombre. Poco después los primeros se situaron en el pueblo de Paipa y tomaron posiciones.

El 25 de Julio de 1819, la división patriota se dirigió

por el camino del Salitre de Paipa, con el objeto de atacar al enemigo por la espalda, o de obligarle a salir de sus parapetos. El ejército realista que estaba en observación, después que el ejército de Bolívar acabó de pasar el río Sogamoso, y a pocas horas de haber seguido su camino, le salió al encuentro, cuando los patriotas se hallaban en una posición falsa, en un terreno palúdico, llamado «Pantano de Vargas.» En este lugar, los realistas, ocupando las colinas que lo rodean, envolvieron a los patriotas en un círculo de fuego. La pérdida de éstos parecía irremediable; pero los Coroneles venezolanos Juan José Rondón y Leonardo Infante, a la cabeza de los lanceros de «Llano-arriba», rompieron con sus caballos y lanzas una parte de la infantería enemiga, al mismo tiempo que otra columna de caballería a órdenes del Teniente Coronel Lucas Carvajal dispersaba y alanceaba la caballería enemiga en el camino principal; y la infantería patriota, particularmente el batallón «Albión», apoyaba este bien pensado y mejor dirigido movimiento. En consecuencia, el enemigo desalojado de sus posiciones abandonó el campo y la victoria que ya la tenía como suya. Las sombras de la noche impidieron la completa destrucción del ejército realista, pues merced a ellas, y sin ser perseguidos, se acogieron a las alturas de Paipa. Su pérdida fue la de quinientos hombres entre muertos y heridos, dejando, además, en manos del ejército vencedor muchos prisioneros, fusiles, lanzas, municiones, etc. Los patriotas tuvieron entre muertos y heridos ciento cuarenta. Entre los últimos, el valiente Coronel James Rook, quien, después que le amputaron el brazo izquierdo que era el herido, lo tomó con la mano derecha, y exclamó: «Viva la Patria.» Rook falleció a los tres días, después del combate del «Pantano de Vargas.» También resultaron heridos en esta batalla, el Coronel Justo Briceño, el Teniente Coronel Arturo Sandes, después General, valiente militar de la «Legión Británica», que murió en Cuenca, y el Capitán Daniel Florencio O'Leary, adjunto al Estado Mayor de la división de retaguardia.

Después de este combate, el Libertador volvió a sus posiciones de los «Corrales de Bonza.» Allí reemplazó las fuerzas que había perdido, con cuatrocientos hombres que vinieron de las provincias del Socorro y de Pamplona, enviados por los Coroneles Antonio Morales y Pedro Fortoul, que las habían ocupado, por orden de Bolívar, con el carácter de Gobernadores de dichas provincias, las que fueron evacuadas por los realistas. También ingresaron a las filas republicanas, quinientos hombres de la provincia de Tunja.

Con estas nuevas fuerzas, rápidamente disciplinadas, a la vista del enemigo, y en medio de encuentros diarios de las avanzadas de ambos ejércitos, el Libertador ordenó, el 3 de Agosto, un movimiento con todas sus tropas sobre los puestos avanzados del enemigo; y su descubierta de caballería arrolló completamente la de los realistas en los molinos de

Bonza. Estos abandonaron la población, y se guarecieron en una altura que está en la encrucijada de los caminos de Tunja y el Socorro. El ejército libertador, pasando el puente de Paipa, acampó a la orilla derecha del río Sogamoso. El 4 de Agosto por la tarde repasó dicho puente, para que el enemigo creyese que los patriotas volvían a los corrales de Bonza. A las ocho de la noche de aquel día, aprovechándose de la oscuridad, las tropas republicanas contramarcharon a paso redoblado, dirigiéndose a la ciudad de Tunja, por el camino de Toca; y el 5 de Agosto, a las once del día, el Libertador con la caballería, ocupó dicha ciudad, haciendo prisionera la tropa que la guarnecía. A las cuatro de la tarde, llegó el resto del ejército. Con esta operación atrevida e ingeniosa, quedó a la espalda el ejército realista e incomunicado, por lo mismo, con Santafé y el Virrey, interpuesto como se hallaba el ejército de Bolívar entre aquella Capital y las fuerzas de Barreiro.

La ocupación de la patriótica ciudad de Tunja fue importantísima para Bolívar, no solo por lo que hemos expresado, sino, también, porque en ella, se apoderó aquel de seiscientos fusiles, de un almacén de vestuarios y paños, con que cubrir la desnudez de sus tropas, los hospitales, botiquines, maestranza, &c. Allí aumentó el Libertador sus fuerzas con los muchos ciudadanos que voluntariamente corrieron a tomar las armas. Allí, en fin, aliviado el ejército de sus anteriores privaciones, por las entusiastas y generosas dádivas de los habitantes de Tunja, cobró nuevos bríos y confianza en el triunfo, como lo manifestó el 7 de Agosto en el histórico puente de Boyacá.

Barreiro en cuanto supo la ocupación de Tunja, marchó por el camino principal de Paipa, hizo alto en el Llano de la Paja, y continuando su movimiento por el páramo de Cómbita, llegó a las nueve de la mañana del día 6 de Agosto al pueblo de Motavita, distante legua y media de aquella ciudad. El objetivo principal del Jefe español era cubrir la Capital de la Nueva Granada, reunirse con las tropas que la guarnecían, y caer sobre Bolívar para destruirle. Sólo dos caminos había que conducían a Santafé, el de Samacá, por el que se daba un gran rodeo y el del puente de Boyacá, que era el más recto. Barreiro, como era natural, prefirió éste; y el 7 de Agosto de 1819 muy temprano se puso en movimiento. El ejército libertador, desde el amanecer del mismo día 7, estaba formado en la Plaza Mayor de Tunja, listo para romper la marcha, a la primera orden que se le diese. Cerciorado el Libertador de la dirección que habían tomado las fuerzas realistas, y de que éstas iban a pasar por el puente de Boyacá, hizo volar las suyas por el camino principal que va desde Tunja hasta Santafé. A las dos de la tarde del memorable 7 de Agosto de 1819, la descubierta de la caballería republicana divisó que la primera columna enemiga se acercaba al puente de Boyacá; y empezó

la legendaria batalla de este nombre, en la que triunfó el ejército libertador. Una hora de combate fue suficiente para que quedase destruido el tres veces secular poder español en la hermosa e ilustre tierra Granadina. Creemos que la más auténtica descripción de esta batalla es la que consta en el parte que de ella dió en Ventaquemada el General Carlos Soublette, Jefe de Estado Mayor, el 8 de Agosto de 1819. Vamos, por lo tanto, a transcribirlo.

«A las dos de la tarde, la primera división enemiga llegaba al puente, cuando se dejó ver nuestra descubierta de caballería. El enemigo, que aun no había podido descubrir nuestras fuerzas, y que creyó que lo que se le oponía era un cuerpo de observación, lo hizo atacar con sus cazadores para alejarlo del camino, mientras el cuerpo del ejército seguía su movimiento. Nuestras divisiones aceleraron la marcha, y con gran sorpresa del enemigo se presentó toda la infantería en columna sobre una altura que dominaba su posición. La vanguardia enemiga había subido una parte del camino persiguiendo nuestra descubierta, y el resto del ejército estaba en lo bajo a un cuarto de legua del puente, y presentaba una fuerza de tres mil hombres.»

«El batallón de cazadores de nuestra vanguardia desplegó una compañía en guerrilla, y con los demás en columna atacó a los cazadores enemigos, y los obligó a retirarse precipitadamente hasta un paredón, de donde fueron también desalojados. Pasaron el puente y tomaron posición del otro lado. Entre tanto nuestra infantería descendía y la caballería marchaba por el camino.»

«El enemigo intentó un movimiento por su derecha y se le opusieron los «Rifles» y la compañía inglesa. Los batallones primero de «Barcelona» y «Bravos de Páez» con el escuadrón de caballería de «Llano-arriba» marcharon por el centro. El batallón de «Línea» de Nueva Granada y los «Guías» de retaguardia se reunieron al batallón de «Cazadores» y formaron la izquierda. La columna de Tunja y la del Socorro quedaron en reserva.»

«En el momento se empeñó la acción en todos los puntos de la línea. El Sr. General Anzoátegui dirigía las operaciones del centro y la derecha: hizo atacar un batallón que el enemigo había desplegado en guerrilla en una cañada, y le obligó a retirarse al cuerpo del ejército, que en columna sobre una altura, con tres piezas de artillería al centro, y dos cuerpos de caballería a los costados, aguardaba el ataque. Las tropas del centro, despreciando el fuego que hacían algunos cuerpos enemigos situados sobre su flanco izquierdo, atacaron la fuerza principal. El enemigo hacía un fuego terrible; pero nuestras tropas, con movimientos los más audaces y ejecutados con la más estricta disciplina, envolvieron los cuerpos enemigos. El escuadrón de caballería de «Llano-arriba» cargó con su acostumbrado valor, y desde aquel momento todos los esfuerzos del Gene-

ral español fueron infructuosos; perdió su posición. La compañía de granaderos a caballo, todos españoles, (1) fue la primera que cobardemente abandonó el campo de batalla. La infantería trató de rehacerse en otra altura, y fue inmediatamente destruída. Un cuerpo de caballería que estaba en reserva aguardando la nuestra con las lanzas caladas, fue despedazada a lanzas; y todo el ejército español en completa derrota, y cerrado por todas partes, después de sufrir una grande mortandad, rindió sus armas, y se entregó prisionero.»

«Casi simultáneamente el Sr. General Santander, que dirigía las operaciones de la izquierda, y que había encontrado una resistencia temeraria en la vanguardia enemiga, a la que sólo había opuesto sus «Cazadores», cargó con una compañía del batallón de «Línea» y los «Guías» de retaguardia, pasó el puente y completó la victoria.»

«Todo el ejército enemigo quedó en nuestro poder: fue prisionero el General Barreiro, Comandante General del ejército de Nueva Granada, a quien tomó en el campo de batalla el soldado del primero de «Rifles», Pedro Martínez. Fue prisionero su segundo el General Jiménez, casi todos los Comandantes y Mayores de los cuerpos, multitud de subalternos y más de mil seiscientos soldados: todo su armamento, municiones, artillería, caballería, &c. Apenas se han salvado unos cincuenta hombres, entre ellos algunos Jefes y oficiales de caballería, que huyeron antes de decidirse la acción.»

«El General Santander con la vanguardia y los Guías de retaguardia siguió en el mismo acto en persecución de los dispersos hasta este sitio (Ventaquemada); y el General Anzoátegui, con el resto del ejército, permaneció toda la noche en el mismo campo. No son calculables las ventajas que ha conseguido la República con la gloriosa victoria obtenida ayer. Jamás nuestras tropas habían triunfado de un modo más decisivo, y pocas veces habían combatido contra tropas tan disciplinadas y tan bien mandadas.»

«Nada es comparable a la intrepidez con que el Sr. General Anzoátegui, a la cabeza de dos batallones y un escuadrón de caballería, atacó y rindió al cuerpo principal del enemigo. A él se debe en gran parte la victoria. El Sr. General Santander dirigió sus movimientos con acierto y firmeza. Los batallones «Bravos de Páez» y primero de «Barcelona» y el escuadrón de «Llano-arriba» combatieron con un valor asombroso. Las columnas de Tunja y el Socorro se reunieron a la derecha al decidirse la batalla. En suma, S. E. ha quedado altamente satisfecho de la conducta de

(1) Esta compañía estaba mandada por el Coronel Francisco González, el mismo que derrotó las fuerzas cuencanas, en el segundo combate de Verdeloma el 20 de Diciembre de 1820.

todos los Jefes, oficiales y soldados del ejército libertador en esta memorable jornada.»

«Nuestra pérdida ha consistido en diez y ocho muertos y cincuenta y ocho heridos. Entre los primeros, el Teniente de caballería N. Pérez y el Reverendo Padre Fray Miguel Díaz, Capellán de vanguardia; y entre los segundos, el Sargento Mayor José Rafael de las Heras, el Capitán Jonshon y el Teniente Rivero.»

No sólo combatieron en el inmortal campo de Boyacá granadinos, venezolanos e ingleses, sino también un cuencana, cuyo nombre y datos biográficos nos ha hecho conocer el docto y erudito Historiador Dr. Alberto Muñoz Verna-za, en un artículo intitulado «Glorias Militares de Cuenca», publicado en el periódico «El Tres de Noviembre», correspondiente al 4 de Noviembre de 1917. En dicho artículo, se dice, entre otras cosas:

«Capitán Custodio Ramírez.—Este oficial cuencana no perteneció al movimiento del 3 de Noviembre de 1820, porque se hallaba entonces en las campañas de la Nueva Granada. Fue uno de los más antiguos luchadores de la guerra de la Independencia, pues hizo desde 1813 las campañas de la *Primera Patria*, la que se llamó la *Patria Boba*; desempeñando todos los servicios que se le encomendaron, con la más grande exactitud, honor y diligencia. Cuando la *reconquista*, esto es, cuando las fuerzas expedicionarias españolas, al mando de Morillo, ocuparon la Nueva Granada, el Capitán Ramírez fue de los que se retiraron con Santander a los Llanos de Casanare, para formar ese núcleo de valientes que salieron por el páramo de Paya a completar la Independencia del antiguo Virreinato de Santafé.»

«Tomó parte en la acción de Gámeza, en el combate del Pantano de Vargas y en la memorable batalla de Boyacá, que selló la libertad de Cundinamarca, en Julio y Agosto de 1819.»

«Desde el campo de batalla fue comisionado para perseguir al enemigo en derrota, hasta las montañas de Muzo (lugar de las famosas minas de esmeraldas), de donde regresó a Tunja, Capital del actual Departamento de Boyacá.»

«De Tunja marchó a los Llanos del Apure, llevando una partida de reclutas, en donde se incorporó con el ejército que, en esa región, comandaba el General José Antonio Páez. A poco se dirigió en la expedición que fue a la provincia de Barinas, y en esa marcha se le unió el Libertador, quien destinó un cuadro de oficiales a la ciudad de Guadualito para organizar los batallones de recluta de la Nueva Granada. De Comandante de esta plaza fue nombrado el Capitán Ramírez, por el mismo General Bolívar, y permaneció allí hasta que salió la expedición al Sur, al mando del General Manuel Valdez.»

«Después se incorporó en la expedición que trajo en persona el Libertador, y combatió en la acción de «Cariaco

y Bomboná", 1822, una de las más terribles y sangrientas de las que sostuvo el General Bolívar. En Cariaco, Ramírez que era el Capitán de la primera compañía del batallón "Bogotá", uno de los más gloriosos cuerpos de la famosa "Guardia Colombiana", cayó gravemente herido, quedando baldado de ambas piernas. Allí terminó la brillante carrera militar del valiente Capitán Custodio Ramírez, que continuó en Pasto, postrado en cama, asistido con letras de retiro, en calidad de inválido. ¡Honor y gloria, gratitud y recuerdo para nuestro benemérito compatriota!"

Entre los prisioneros que fueron tomados en Boyacá se encontraba el Comandante Francisco Fernández Vinoni, el mismo que promovió la sublevación del Castillo de San Felipe, en 30 de Junio de 1812, cuando Bolívar se hallaba de Gobernador de Puerto-Cabello. En castigo de su infame traición, fue ahorcado en la plaza de Ventaquemada, de orden del Libertador.

El Comandante Hermenegildo Mujica, con el escuadrón "Guías del Apure" persiguió al enemigo hasta Chocontá, donde se le unió el Libertador con el escuadrón del "Llano-arriba." El 9 de Agosto llegó Bolívar al puente del Común; y supo la fuga del Virrey Sámano, con su guardia de Alabarderos, para Honda, y la retirada del Coronel Sebastián Calzada con las fuerzas que guarnecían la Capital, hacia Popayán. Entonces el Libertador, con sesenta hombres escogidos de caballería, al mando del Teniente Coronel Leonardo Infante, negro fino de Maturín y valentísimo, entró a Santafé, a las cinco de la tarde del 10 de Agosto de 1819, en medio de los vítores y aclamaciones de un pueblo frenético y delirante de entusiasmo, que proclamaba a Bolívar como su Ángel tutelar, como el Genio de la Libertad, como un Semidiós que acababa de romper en Bocayá las cadenas con las que el sanguinario Sámano le tenía oprimido.

La noticia del triunfo de Boyacá llevada al Virrey, a las siete de la noche del 8 de Agosto, por el oficial Dn. Manuel Martínez de Aparicio, le causó a Sámano y los suyos un terror pánico, que no pensó sino en huir, como efectivamente lo hizo, a las siete de la mañana del día 9 de Agosto, llegando desalado a Honda, de donde se embarcó para Cartagena. Los Oidores, los empleados, los españoles europeos y los criollos enemigos de la Independencia fugaron antes o después del Virrey, muchos a pie y en gran confusión, dejando abandonados todos sus bienes a merced del vencedor. El Coronel Sebastián Calzada que se hallaba en Santafé, se hizo cargo de la guarnición de esta ciudad, y después de mandar prender fuego al almacén de pólvora situado a las márgenes del Fucha, evacuó la ciudad, y se dirigió a Popayán, con el batallón "Voluntarios de Aragón", a cargo del Teniente Coronel Dn. Basilio García. En el camino se le unieron trescientos cincuenta infantes que con el Teniente Coronel Nicolás López habían escapado de Boyacá,

y doscientos treinta y tres jinetes que con el Coronel González huyeron, según lo dijimos, del mismo campo de batalla. El Teniente Coronel Joaquín Paris, con el batallón "Cazadores de Vanguardia", siguió para Popayán en persecución de la división de Calzada, y en el tránsito logró aumentar sus filas con los desertores y cansados que se iban disgregando de las fuerzas realistas.

El Comandante Paris ocupó a Popayán, el 8 de Octubre de 1819, ciudad que la había evacuado Calzada, retirándose a Pasto. Este Jefe recibió auxilios del Presidente de Quito Dn. Melchor Aymerich, que consistían en armas, municiones, dinero y un batallón de doscientas plazas, llamado "De los Andes", con el que y con otros que reorganizó en Pasto, llegó a reunir Calzada un ejército de tres mil cincuenta hombres, y salió de aquella ciudad, a la cabeza de él, con dirección a Popayán, del 7 al 12 de Enero de 1820. En Patía aumentó sus fuerzas el Jefe realista con las guerrillas que mandaban Gregorio Sarria, Córdova, Simón Muñoz y José María Obando, quien fue, después, General de Colombia.

El Coronel Antonio Obando estaba encargado del mando de la plaza de Popayán, y no contaba para su defensa, sino con el batallón «Cazadores de Vanguardia», fuerte de seiscientos hombres. El Coronel Calzada había llegado el pueblo del Cabuyal, el 22 de Enero, y haciendo tres largas jornadas, caminando día y noche, al amanecer del 24 de Enero de 1820, sorprendió y destruyó completamente las fuerzas de Obando, «no porque los oficiales se hubieran trasnochado en un bailecito, como dice el Sr. Restrepo, sino porque no era humanamente posible resistir con seiscientos hombres a tres mil de que se componía el ejército enemigo, y mucho menos en sorpresa.» (Coronel Manuel Antonio López.—"Recuerdos Históricos").

Entre los pocos documentos que hemos podido encontrar en nuestro Archivo Municipal, referentes al año de 1820, se encuentra una carta dirigida por Dn. Melchor Aymerich, Presidente de Quito, al Cabildo de Cuenca, remitiéndole copias de una carta de Ilmo. Salvador Jiménez de Padilla, Obispo de Popayán, escrita a Aymerich, y de las noticias que a dicho Obispo le dió uno de los curas de la Diócesis. Vamos a reproducirlos, porque en ellos: se da cuenta exacta del número de las fuerzas de Calzada en su expedición a Popayán, que acabamos de relatar: se pone de relieve el realismo exagerado del Sr. Jiménez; y se manifiesta que en épocas de revueltas, han circulado siempre grandes mentiras, o, como dicen los franceses, *canards*.

«Exmo Sor.—Deseando que no se escaseen a los fieles servidores de S. M. las importantes noticias que se me comunican en el presente correo de Pasto, acompaño a V. E. las adjuntas copias con este fin, para que las ponga en no-

ticia de ese fidelísimo vecindario y demás personas a quienes quiera transmitir esta satisfacción.—Dios conserve a V. E. mil años.—Quito 22 de Enero de 1820.—Exmo. Sor.—Firmado.—Melchor Aymerich.—Exmo. Cabildo, Justicia y Regimiento de la Ciudad de Cuenca.»

Sr. Presidente de Quito Dn. Melchor Aymerich.—En vista de los extraordinarios esfuerzos que la acreditada actividad y celo de Ud. en obsequio de nuestro legítimo Soberano, ha tenido a bien hacer para fomentar esta división que, confiada en su generosidad y en sus auxilios, se retiró a esta ciudad de Pasto, con el acertado objeto de reforzar y poner en un pie respetable capaz de imponer al enemigo y de castigar a los traidores que causan la ruina de estos Países: no puedo menos para manifestarle mi gratitud y reconocimiento por lo mucho que se ha desvelado en proteger las armas del Rey Nuestro Señor, que dirigirle estas mis letras para tributarle las debidas y expresivas gracias, participándole, al mismo tiempo que la dicha división ha salido ya compuesta de tres mil hombres, en un estado el más brillante; pudiendo lisonjearme, mediante el auxilio Divino, y el acreditado valor del digno Comandante General Dn. Sebastián de la Calzada que la mandaba, como también de sus valientes jefes, beneméritos oficiales y bizarros soldados que la componen, de que con sólo su presencia en Popayán y el Valle, huirán despavoridos y aterrados los enemigos.»

«En virtud de mis sentimientos que tengo el honor de demostrarle a US, tengo la satisfacción de que, del mismo modo, la sienten todos los de la división, pudiendo asegurarle que les he oído generalmente, y en particular al Sr. Calzada confesar que por parte de US. nada ha quedado que hacer en nuestro beneficio y en servicio de nuestro amado Soberano.»

«También me parece justo manifestarle a US., para su mayor satisfacción, el que yo mismo en persona he ido a ver salir y despedirme de nuestros valientes defensores, y que todos van inflamados con un santo entusiasmo y con unos deseos de pelear los más grandes, habiendo salido repitiendo sin cesar por todo el camino vivas al Rey Nuestro Señor, con una alegría que me deja lleno de la mayor complacencia, y de una confianza total en su valor e intrepidez.—Nuestro Señor guarde a US. mil años.—Pasto y Enero 14 de 1820.—Salvador Obispo de Popayán.—Es copia.—Rivera.»

«Noticias que ha recibido el Ilmo. Sr. Obispo de Popayán, por carta de uno de sus curas.»

«Primera.—Se confirma la derrota de Bolívar y sus tropas en las inmediaciones de Pamplona y cerca de Monpox, añadiéndose que han muerto los dos mejores Generales que tenía, por lo que se han puesto luto general las tropas de los Insurgentes que están en Popayán y en el

Valle del Cauca, y aun se añade que el uno de los Generales que ha muerto debe ser el mismo Bolívar.» (1)

«Segunda.—Santander pide a Obando, Gobernador de Popayán, que le remita de esta provincia tres mil hombres, a la mayor brevedad: a consecuencia se ha publicado bando en Popayán y los Valles, para que todo hombre, sin excepción de personas, de catorce a cincuenta años, se presente a tomar las armas: nadie lo ha hecho en los dos Valles y en Buga, en donde a la fuerza habían encerrado algunos en sus cuarteles; se despecharon una noche, y atropellando a los oficiales, se fugaron a los montes donde se hallan escondidos.»

«Tercera.—El miedo que tienen los rebeldes que afligen a la provincia de Popayán está apurado a su último punto: los cohetes disparados en la primera misa de Aquilnado en San Camilo a las cuatro de la mañana, alarmaron en los cuarteles casi todo el día, y la deserción no cesa.»

«Cuarta.—Las fuerzas del enemigo en Popayán son (aunque más digan) trescientos cuarenta hombres, veintiocho oficiales y trescientos fusiles. Seguramente nuestras armas pasearán por los Valles coronadas de laureles sin las fatigas de Marte.

«Quinta.—Nuestra división, al mando del Sr. Comandante General Dn. Sebastián de la Calzada, empezó a salir de ésta para Popayán y el Valle del Cauca, el 7 de Enero y hoy ha acabado de salir toda en la forma siguiente»:

«El día siete, la columna de «Cazadores» al mando de Dn. Nicolás López con seiscientos hombres 600

Día ocho, las tropas auxiliares de «Los Andes» al mando de Dn. Martín Bengoechea con doscientos hombres 200

Día nueve, el escuadrón de caballería, al mando de Dn. Francisco González con cien hombres, y a éste se deben agregar todas las partidas de caballería de los fieles patianos que componen hasta trescientos hombres 300

Día diez, la brigada de artillería al mando de Dn. Juan Carcaño, con cuatro cañones de a cuatro y cincuenta hombres 50

Día once, el batallón de «Aragón» al mando de Dn. Basilio García con setecientos hombres, y a és-

(1) Sin duda el luto de que habla el noticioso fue por la prematura y casi repentina muerte del General de división José Antonio Anzoátegui, quien falleció en Pamplona a los treinta años de edad, el 15 de Noviembre de 1819; y fue generalmente sentido por sus bellas cualidades, su valor, pericia militar y los importantes servicios que había prestado a la Patria. Le reemplazó en el mando del ejército del Norte de Nueva Granada, el Coronel Bartolomé Salom.

| | |
|----------------------------------------------------------------------------------------------------|-------------|
| ta se le deben agregar doscientos almaguereños más que están en los pueblos de San Pablo y la Cruz | 900 |
| Día doce, el batallón de Pasto compuesto de mil hombres, al mando de Dn. Ramón Zambrano | 1.000 |
| | Suman 3.050 |

«Toda la división va bien disciplinada, perfectamente pertrechada de armas y municiones y bien vestida con los copiosos auxilios que se le han suministrado por el acreditado celo, actividad y fidelidad del Sr. Presidente de Quito Dn. Melchor Aymerich, y donativos que han hecho las Señoras y varios fieles habitantes de dicha Capital. Pasto, 12 de Enero de 1820.»

Con el numeroso ejército de que tratan los documentos anteriores, Calzada sorprendió y destruyó completamente la guarnición republicana de Popayán, según lo referimos. Sólo salvaron del desastre cinco oficiales y ciento y tantos soldados que alcanzaron salir a la Plata por la montaña de Puracé. El Coronel Antonio Obando y el Capitán León Galindo escaparon ocultándose en la casa de una señora muy realista, de donde, disfrazados, lograron salir de Popayán y llegar a Santafé. El Teniente Coronel Basilio García, Comandante del batallón "Aragón", español cruel y sanguinario, a la par que valiente, no dejó con vida a ninguno de los heridos ni de los prisioneros que cayeron en las manos de su batallón, en las calles y en la plaza de Popayán. Después el mismo Dn. Basilio salió con los suyos en persecución de los derrotados, y habiendo logrado en la estancia llamada del Obispo, capturar a muchos fugitivos, los hacía decapitar en su presencia con un sable de latón, a la orilla del río del Molino que está inmediato a aquel lugar. El Coronel Dn. Manuel Antonio López Borrero, testigo presencial de estos espeluznantes hechos, los refiere, como también que él mismo cayó en poder del feroz español, quien en el acto dió orden "de que lo bañen." Esta era la frase que usaba Dn. Basilio para mandar degollar a los prisioneros a la orilla del río mencionado. Cuando ya le conducían a López hacia aquel siniestro lugar, intercedió por él el Mayor Dn. José Quiroz (1), con estas palabras que dirigió a Dn. Basilio: "¿Comandante, no le da a U. lástima de matar a este jovencito?" Este le perdonó la vida, y ordenó su alistamiento (el de López Borrero) de soldado en la segunda compañía del batallón "Aragón."

El General Santander, que desempeñaba el cargo de Vicepresidente de Cundinamarca, luego que supo el desastre

(1) Dn. José Quiroz español distinguido que después de la batalla de Pichincha, se radicó en Quito, donde contrajo matrimonio con una señorita Jijón, hermana de Dña. Matilde Jijón, que llegó a ser mujer del General Juan José Flores.

de Popayán, organizó una división que la puso a órdenes del General Manuel Valdez y del Coronel Mires, como su segundo, y la envió contra Calzada. Entre esta división y la vanguardia del ejército de Calzada regida por el Teniente Coronel Nicolás López, se libró el 6 de Junio de 1820, en el pueblo de Pitayó, que está a la salida del páramo de Moras, un combate, en el que triunfaron completamente los patriotas. Al principiar éste, logró escaparse López Borrero, y retornar a las fuerzas republicanas, y dió noticias detalladas al General Valdez de las posiciones del enemigo, contribuyendo, de esta manera, al triunfo completo de aquellas. La victoria de que acabamos de hablar abrió las puertas de la ciudad de Popayán al ejército del General Valdéz; pues Calzada con su división, al saber la aproximación de éste, evacuó a Popayán y se retiró a Pasto.

Dejemos en esta parte la narración relativa a la campaña del Sur de la Nueva Granada, para reanudarla, oportunamente, cuando hablemos del viaje del General Antonio José de Sucre a Guayaquil para prestar sus servicios y auxiliar a los patriotas de este importante puerto, que habían proclamado su Independencia, el 9 de Octubre de 1820; y echemos una ojeada retrospectiva a los acontecimientos que se desarrollaron, desde la entrada de Bolívar en Santafé, y a los que habían ocurrido en Venezuela después que éste emprendió su campaña sobre la Nueva Granada.

En medio del júbilo y del alborozo que reinaba justamente en Santafé con motivo de la victoria de Boyacá, el Libertador con fecha 13 de Agosto de 1819, dirigió un oficio al Cabildo Metropolitano, pidiéndole que dispusiese una fiesta solemne en acción de Gracias al Todopoderoso, en la Catedral, por los triunfos concedidos al ejército patriota. Dicha función religiosa se celebró el 15 con una misa solemne y *Te Deum*, y con asistencia del mismo Cabildo, de las Comunidades Religiosas, de numerosas personas y del Libertador con todos los Jefes y oficiales del ejército.

El mismo 15 de Agosto, se publicó el primer número de la «Gaceta de Santafé de Bogotá», cuyo inicial artículo, como era natural, fue consagrado al ejército libertador y a su Ilustre Caudillo (Groot).

Otra función religiosa, de índole diversa, se celebró, el día 24 de Agosto de 1819, en la Iglesia Catedral de Santafé. En ella no resonaron en las bóvedas del templo sacrosanto las alegres notas del canto del *Te Deum*, sino las graves y conmovedoras del terrorífico poema "Dies iræ, Dies illa", que escribió un fraile asceta, inspirándose en los pavorosos misterios de la eternidad. Ese día, se celebraron solemnes exequias por las almas de los que regaron su sangre generosa en los patíbulos levantados por el Marqués de la "Puerta" (título que se le confirió a Morillo por su victoria del Semen) y por el Ex-*virrey* Sámano, y por las de los militares que derramaron la suya en los históricos

campos de Gámeza, Vargas y Boyacá. Hacemos mención especial de estas fúnebres honras, porque para ellas sirvieron (rara casualidad) el túmulo y las magníficas decoraciones funerarias preparadas por Sámano, para la celebración de las exequias de la Reina de España primera mujer de Fernando VII, Doña María Isabel de Braganza, cuya muerte se supo en Junio de 1819, exequias que debían verificarse en el mes de Agosto del año mencionado. Al referir esta coincidencia el historiador Groot, concluye con esta frase, "de modo que hasta la Reina participó de la derrota de Boyacá."

Los festejos de que era objeto el Libertador no le impidieron a éste dedicarse, como acostumbraba, a los arreglos administrativos, económicos y militares. Para realizar su gran proyecto de la unión de la Nueva Granada y Venezuela en una sola República, expidió Bolívar una proclama fechada en 8 de Septiembre de 1819, en la que, entre otras cosas, decía: "Granadinos: La reunión de la Nueva Granada y Venezuela en una República es el ardiente voto de todos los ciudadanos sensatos, y de cuantos extranjeros aman y protegen la causa americana."

Consecuente con esta idea que nadie la contradujo, el Libertador expidió, inmediatamente, un decreto nombrando Vicepresidente de Nueva Granada al General de división Francisco de Paula Santander, con las mismas funciones y atribuciones que el Congreso de Venezuela concedió, en 28 de Febrero de 1819, al Vicepresidente de esta República. Se le ofició, en consecuencia, a Santander, para que entrase a ejercer sus funciones, en cuanto Bolívar abandonase el territorio granadino.

Los habitantes de Santafé quisieron, de una manera solemne, manifestar su reconocimiento y eterna gratitud para con el Libertador y su valeroso ejército triunfantes en Boyacá. Con objeto tan plausible, se reunió una junta precedida por el Gobernador de Santafé, Doctor Tiburcio Echeverría; y se acordó el programa para la grandiosa fiesta, que se llamó "Triunfo de Bolívar." Entre los números del programa figuran los siguientes:

"19 La asamblea declara solemnemente, en cuanto está en sus facultades y como un voto emanado del más justo reconocimiento, que los guerreros que en la inmortal jornada de Boyacá destruyeron las fuerzas de nuestros tiranos, son Libertadores de la Nueva Granada."

"39 Todos los individuos que se hallaron en aquella gloriosa batalla y los ilustres heridos que, por haberlo sido en las precedentes, no pudieron combatir en la última, llevarán por insignia al pecho una cruz pendiente de una colonia verde, con el mote Boyacá. Las del excelentísimo señor Presidente y los señores Generales Anzoátegui, Santander y Soublette, serán de piedras preciosas; las de toda la oficialidad de oro, y las de los soldados de plata."

“59 Para eterno monumento de aquel inmortal servicio y del profundo reconocimiento de este pueblo, se levantará una columna en la entrada pública de San Victorino. Allí será inscrito en el lugar más inminente el nombre del General Bolívar y luego los de todos los héroes que combatieron en Boyacá.

“69 El día 7 de Agosto de todos los años se celebrará el glorioso aniversario de aquella jornada.”

El 18 de Setiembre de 1819, se verificó el paseo triunfal de Bolívar, de los Generales Anzoátegui y Santander (Soublotte estuvo ausente), y de todo el ejército vencedor en Boyacá. El desfile de la numerosa comitiva, detrás de la cual marchaban en sendos y briosos caballos, los Generales expresados, empezó desde la plazuela de San Diego, que está a la entrada norte de Santafé, hasta la de San Agustín, y desde allí, volviendo por la calle de Santa Clara, hasta la Plaza Mayor, hoy de la Independencia. En ella se había erigido un gran entarimado cubierto de magníficas alfombras, y llevando un espléndido dosel de damascos tricolores. Bajo del solio se hallaban tres asientos que los ocuparon, el del centro Bolívar, el de la derecha, Anzoátegui y el de la izquierda Santander. Sucesivos y espaciosos semicírculos de sillones fueron ocupados por las respetables matronas, por las damas, por los empleados públicos y por las demás personas del séquito. Los batallones libertadores formaban en dos alas a uno y otro lado del proscenio. Un inmenso pueblo cubría el resto de la plaza, y los balcones adornados simétricamente con cortinajes tricolores, se hallaban repletos de gente. Tal era el hermoso y pintoresco escenario en que se verificó la apoteosis de Bolívar.

Veinte señoritas hermosísimas de las más beneméritas familias, vestidas de blanco, al estilo romano, se presentaron en el entablado, llevando en un rico cestillo de plata la corona y las cruces destinadas al Libertador y a sus Generales. Un silencio profundo reinaba en la plaza, cuando la Señorita Dolores Vargas Paris, cuyo padre el Dr. Ignacio Vargas había sido sacrificado en el patíbulo, y que precedía al grupo encantador de las damas, dirigió al Libertador sentidas, sublimes y conmovedoras palabras; y al concluir las puso la corona de laurel en las sienes de Bolívar, y en seguida él y los dos Generales recibieron de las manos de las otras jóvenes el escudo de Boyacá que lo colocaron en sus pechos, ¡Nunca guirnalda de laurel ciñó frente más digna de ser coronada que la del Libertador de la Nueva Granada!

Bolívar profundamente conmovido con las sinceras manifestaciones de que era objeto, tomó la palabra, y en voz penetrante que se oía en todos los ángulos de la plaza, con la energía de expresión y la elocuencia arrebatadora que le eran características, electrizó al inmenso auditorio con bellas frases de gratitud, con imágenes sublimes, con grandilocuentes palabras; y en un arranque de patriotismo dijo: “Esos soldados libertadores son los que merecen estos laureles”, y quitán-

dose la corona de su cabeza la colocó en las sienes de Anzoátegui y Santander, y luego la arrojó sobre el batallón "Rifles", que era el más inmediato al proscenio. Este batallón colocó la corona en su bandera. Tal fue, pintada a grandes rasgos, la festividad llamada "Triunfo de Bolívar."

El Libertador permaneció en Santafé cuarenta días, y el 20 de Septiembre salió de esa ciudad con dirección a las provincias del Norte de la Nueva Granada. Durante tan corto tiempo, arregló el sistema rentístico, estableció una Alta Corte de Justicia, en reemplazo de la extinguida Audiencia, arregló los gobiernos de las provincias, detallando las facultades de las primeras autoridades militares y políticas de cada una de ellas; y puso en movimiento fuerzas para Antioquia, Chocó y Popayán. Hizo ocupar a Cúcuta con un numeroso ejército, expeliendo de esa provincia a los realistas que la ocupaban. Tan prodigiosos eran los talentos y actividad del Libertador.

La Historia es un tejido de hechos dignos de alabanza, y de otros que merecen censura. Tal fue el fusilamiento de los treinta y ocho prisioneros de Boyacá ordenado por el General Santander el 10 de Octubre de 1819.

He aquí como refiere este sangriento acontecimiento que vino a manchar, en nuestro imparcial concepto, las glorias de la legendaria jornada de Boyacá, Dn. José Manuel Groot: "El 11 (Octubre de 1819), desde las siete y media de la mañana empezó la ejecución en la plaza misma donde estaba el cuartel de su prisión (cuartel de caballería sito en la Plaza Mayor de Santafé). Fuéronlos sacando por partidas; empezando por los principales jefes. Barreiro quiso hablar con el General Santander; pero éste se denegó. Entonces le envió su diploma e insignias de masón de alto grado, sabiendo que el General Santander era hermano; pero éste dijo que primero estaba la Patria que la masonería. Hemos tenido en nuestras manos el diploma e insignias de Barreiro, así como sus libros masónicos."

"Los españoles habían regado la sangre de los americanos en todas las plazas y calles de Santafé, y el día 11 de Octubre de 1819, se vió correr con sangre el caño de la acera frente a la Audiencia, donde fueron ejecutados los treinta y ocho prisioneros. Un español plebeyo y paisano llamado Malpica, que se había complacido en las ejecuciones de los patriotas y que el día del fusilamiento de la "Pola" amenazó a gritos en la calle, diciendo que pronto se seguirían otros, llegó a la plaza cuando se iba concluyendo la ejecución, y con tono de amenaza dijo a unos cuantos que estaban en el altozano: *atrás viene quien las endereza*, indicando a Morillo Corrieron a decírselo al General Santander, quien, informado de la verdad, dió orden para que lo fusilaran en el acto. Se le dió padre para que lo confesara y completó el número de treinta y nueve."

Santander publicó un manifiesto en que expuso las ra-

zones que había tenido para hacer morir a los prisioneros de Boyacá. Ellas se reducían: a que Sámano ni siquiera había querido recibir un pliego, en que Bolívar le proponía el canje de aquellos con los ingleses presos en Panamá, con motivo de la fracasada expedición de Mac-Gregor a este territorio, a principios de 1819, y con los patriotas detenidos en Cartagena: a que los oficiales españoles seducían al pueblo y maquinaban una reacción: a que no tenía fuerzas suficientes para custodiar a los presos: a que Barreiro les había hecho la guerra a muerte, haciendo matar inhumanamente a treinta y cuatro soldados republicanos que habían sido apresados en Gámeza; y a que Bolívar antes de su salida de Santafé le dijo a Santander: "Obre U. como que le dejo mi autoridad y debe responder del país", cuando el segundo le manifestó al primero, que si no había cange, o, no disponía de los españoles prisioneros, se vería en la forzosa necesidad de cumplir en ellos el decreto de guerra a muerte para salvar a Cundinamarca de una reacción parecida a la de Puerto-Cabello en 1812. Ninguna de las razones apuntadas, a nuestro modo de ver, justifican a Santander ante la posteridad del acto de haber hecho sacrificar inútil y estérilmente a los treinta y ocho prisioneros de Boyacá y al desgraciado parlanchín Juan Francisco Malpica.

En cuanto a los historiadores que se han ocupado de este sangriento suceso, algunos, como Baralt, reprueban duramente la conducta de Santander; otros, como Restrepo y Groot, le vindican al Vicepresidente de Cundinamarca.

También fueron muy diversas las opiniones de los Próceres respecto de este suceso. Bolívar, aunque no en público, de una manera privada, lo reprobó.

En el Prólogo del volumen VI de la importantísima obra "Archivo Santander, dice Dn. Ernesto Restrepo Tirado, bajo cuya dirección se está publicando dicha obra: "Zea, que en carta a Bolívar denigraba la conducta de Santander por el fusilamiento de Barreiro y compañeros, le dice al Vicepresidente con fecha 8 de Febrero del 21: "He leído con gusto su exposición sobre el artículo de los oficiales españoles prisioneros en Boyacá, y celebro mucho no encontrar yo que tachar en la conducta de U., que miro como hijo, que me complazco en darle este nombre por cariño, y miraré como mi mayor felicidad dárselo por la ley, casándolo con mi hija."

"Páez no se muestra menos entusiasta en el aplauso cuando le escribe (Enero 22-1821..... "Yo jamás cesaré de darle enhorabuenas y congratularme con usted por esa sabrosa ejecución de Barreiro y sus socios. Ojalá que mañana pudiera alegrarme de otro espectáculo igual &."

Dejemos este enojoso asunto del que nos hemos ocupado tal vez mas de lo necesario; y hablemos de los sucesos que se verificaron en Venezuela, durante el año de 1819, después que Bolívar la abandonó para emprender su rápida y

genial campaña que terminó gloriosamente en el puente de Boyacá. Mientras se realizaba aquella, tres divisiones debían obrar en territorio venezolano: la de Urdaneta, la de Mariño y la de Paéz. Trátemos de cada uno de ellos.

Urdaneta se dirigió a la Isla de Margarita el 27 de Febrero de 1819, para organizar allí la expedición que debía llamar la atención del enemigo en territorio de la provincia de Caracas. Al llegar a su destino Urdaneta, sólo encontró en la Isla mencionada al General English con parte de la división de ingleses y al Coronel Uzlar con ciento y cincuenta alemanes. Como las condiciones del enganche de estas tropas eran demasiado onerosas para el Gobierno de la República, fueron indecibles las dificultades con que tropezó Urdaneta para mantenerlas, y continuas las reclamaciones que hacían, muchas veces arma en mano, pidiendo el cumplimiento de las estipulaciones celebradas. Fuera de estas dificultades casi insubsanables, por la falta absoluta de recursos, pues Bríón que debía proporcionarlos, se hallaba asediado por una nube de acreedores que por doquiera le seguían, otros sinsabores, igualmente gravísimos, causaron a Urdaneta, el General Juan Bautista Arizmendi, el Gobernador de Margarita Francisco Esteban Gómez y los demás empleados militares de la Isla. Estos se negaron tenazmente a proporcionar a Urdaneta un contingente de quinientos margariteños, con los que debía formar un batallón, por orden del Libertador, para que unido a las tropas extranjeras maniobrasen, según lo hemos referido, en territorio de Caracas.

Llegaron las cosas a tal extremo que iniciada causa contra Arizmendi, y justificada su falta, previa consulta al Dr. Andrés Narvarte, se le aprisionó a aquel y fue remitido a Guayana para ser juzgado en forma legal. Con los inconvenientes que acabamos de apuntar se frustró el plan de las operaciones que debía emprender Urdaneta, por lo que recibió órdenes de Bolívar de penetrar por las provincias de Barcelona y Cumaná, y ponerse a disposición del Gobierno de Angostura para defender el territorio, mientras durase su ausencia.

Habiendo el General Urdaneta recibido esta orden, se dirigió el 15 de Julio de 1819 hacia el Continente con mil doscientos ingleses que había reunido, y con quinientos margariteños, con los cuales mandó tripular algunos buques de la armada y la flotilla; llevando por Jefe de Estado Mayor, en lugar del Coronel inglés José Alberto Gilmore, que se había enfermado, al Coronel venezolano Mariano Montilla. Este, como lo referimos, fue contrario a Bolívar en sus reyertas con el General Manuel Castillo en Cartagena. Ocupada esta plaza por Morillo, se dirigió Montilla a Méjico en compañía del General español Mena. Frustrada la expedición de este valiente y desgraciado caudillo, volvió Montilla a su patria, y se encontraba en la isla Margarita, cuando Urdaneta arribó a ella. El Libertador aprobó más tarde el nombramiento

de Montilla, y reconciliado con él, le empleó en importantes comisiones, como en las campañas contra las provincias de Riohacha, Santa Marta y Cartagena, en las que se desempeñó brillantemente.

Las tropas de Urdaneta ocuparon a Barcelona, que la abandonó el Gobernador español Saint Just, el 17 de Julio; pero no pudiendo el Jefe republicano ponerse en comunicación con las fuerzas patriotas en las Llanuras de aquella provincia, y viéndose reducido al recinto de la ciudad, tuvo, a su vez, que evacuarla, tomando rumbo hacia Cumaná. Influyeron, también, en esta resolución de Urdaneta, la indisciplina y embriaguez de las tropas extranjeras, que querían saquear a Barcelona, la desertión que empezó de las mismas, seducidas por una proclama que Morillo las había dirigido en idioma inglés, ofreciéndoles servicio o restituirlos a su patria; y lo que es más grave la insurrección a mano armada de una fuerte partida de los enganchados, a quienes se les redujo con trabajo, matándoles diez y nueve, y tomándoles diez y ocho prisioneros.

Urdaneta, sin duda, por dar ocupación a los extranjeros legionarios, y separarles de sus pésimas intenciones, en los días 3 y 5 de Agosto, hizo dos ataques infructuosos y obstinados contra las baterías y fuertes de la plaza de Cumaná, en los que los turbulentos enganchados se portaron con valor heroico, digno de ser coronado por el éxito. Como Urdaneta no había pensado, de una manera formal, en acometer la plaza, en cuanto recibió de Maturín ciertos auxilios que había pedido, se puso en marcha para aquella ciudad, habiendo antes despedido las escuadras y dado pasaporte para Margarita al General English. Llegado a Maturín, recibió Urdaneta orden del Gobierno de Guayana para poner las tropas que mandaba a las de Mariño, por motivos que luego explicaremos.

Este Jefe abrió sus operaciones en territorio de Barcelona; y el 12 de Junio de 1819, derrotó al Coronel Dn. Eugenio Arana en el sitio de la Cantaura. No pudo Mariño sacar fruto de este espléndido triunfo, porque en el mismo campo de batalla recibió un despacho urgentísimo llamándole a ocupar su curul de Diputado en el Congreso de Angostura, en atención a que el Gobierno había nombrado al General Bermúdez para General en Jefe del ejército de Oriente. Con este motivo la división vencedora, que podía haber avanzado sin obstáculo a Barcelona, retrocedió a San Diego de Cabrutica; y Bermúdez que se encontraba en Cumanacoa se puso en marcha para colocarse al frente de ella. Dirigióse Bermúdez a Barcelona para reunirse con Urdaneta, pero llegó tarde, y hallándose con tropas inferiores a las realistas, que habían recibido refuerzos, tomó el camino de la costa, y llegó sin mayor novedad a Cumanacoa. Desde este punto participó Bermúdez lo ocurrido a Urdaneta, por

medio del Coronel Antonio José de Sucre, su Jefe de Estado Mayor.

Imprudente fue la separación del General Mariño del mando del ejército del Oriente, a raíz de su triunfo en Cantaura, bajo el pretexto de que venga a desempeñar el cargo de Diputado en el Congreso de Angostura. Con esto empezaron las revueltas anteriores y las conspiraciones en el seno mismo de la Asamblea, antes tan cuerda y prudente; y en la época de que nos estamos ocupando tan olvidada de la razón y de la propia dignidad.

Empezó a rugirse de repente en Angostura la noticia de que el Libertador había sido completamente derrotado por las fuerzas de Barreiro en tierras de Nueva Granada, y que aquel regresaba a Venezuela casi solo, dejando muertos o en poder del enemigo todos los soldados. De esta mentirosa nueva, se aprovecharon algunos Diputados amigos de Mariño y Arismendi, que creían que la prisión de éste y la destitución de aquel eran obra del Libertador, y pronunciaron acalorados discursos, llegando su osadía al extremo de pedir que se le juzgase a Bolívar como desertor. Después de esta grito que no fue acogida por la mayoría sensata del Congreso, como hubiese empeño en promover una revuelta, para conseguir que el Vicepresidente sea un militar y no un hombre civil como Zea, se apeló a otra mentira, o sea, a asegurar que los realistas después de haber incendiado a San Diego de Cabrutica, se dirigían a toda prisa a la Capital. El resultado de estas ruines maquinaciones fue la renuncia de Zea del cargo de Vicepresidente, quien, como ciudadano pacífico y enemigo de tumultos, no quiso ser origen de una conmoción sangrienta, que creía inevitable. En consecuencia Arismendi fue nombrado Vicepresidente, y trocó la prisión con los honores inherentes al segundo puesto de la República. A Mariño, por supuesto, se le nombró General en Jefe del ejército del Oriente (pues su separación de dicho cargo dió motivo a la revuelta que hemos referido), y partió luego a relevar a Bermúdez y Urdaneta del mando de sus respectivas divisiones.

Todo esto sucedió antes del 19 de Septiembre de 1819. En esta fecha se publicó oficialmente en Angostura el brillante triunfo obtenido en Boyacá; y todos sabían que el Libertador se hallaba en marcha hacia aquella Capital provisional de la República. En efecto, Bolívar, después de arreglar los asuntos militares, se desprendió de los honores y festejos que a porfía le prodigaban los pueblos granadinos, tomó rumbo hacia Angostura el 20 de Noviembre, y llegó inopinadamente a esta ciudad, el 11 de Diciembre de 1819. El 14 se presentó ante el Congreso, dió cuenta de sus operaciones militares, elogió, como lo merecía, la heroica conducta de la Nueva Granada, y pidió la unión de este territorio al de Venezuela para formar una sola y vasta República: la Gran Colombia.

El 17 de Diciembre de 1819, el Congreso de Santo Tomás de Angostura satisfizo los ardientes y constantes deseos del Libertador, expidiendo la respectiva Ley Fundamental de la nueva República, cuyos principales artículos son del tenor siguiente:

“Art. 1º.—Las Repúblicas de Venezuela y la Nueva Granada quedan desde este día reunidas en una sola bajo el título glorioso de la República de Colombia.”

“Art. 5º.—La República de Colombia se dividirá en tres grandes Departamentos, Venezuela, Quito y Cundinamarca, que comprenderá las provincias de la Nueva Granada, cuyo nombre queda desde hoy suprimido. Las capitales de estos Departamentos serán las ciudades de Caracas, Quito y Bogotá, quitada la adición de Santa Fé.”

“Art. 8º.—El Congreso general de Colombia se reunirá el 1º de Enero de 1821 en la villa del Rosario de Cúcuta, que por todas circunstancias se considera el lugar más bien proporcionado.....”

“Art. 13.—La República de Colombia será solemnemente proclamada en los pueblos y en los ejércitos, con fiestas y regocijos públicos, verificándose en la Capital el 25 del corriente Diciembre, en celebridad del nacimiento del Salvador del mundo, bajo cuyo patrocinio se ha logrado esta deseada reunión por la cual se regenera el Estado.”

La Ley Fundamental de la Unión se votó por unanimidad en la fecha expresada (17 de Diciembre), y se firmó en el mismo día. Concluido este acto solemne, el Presidente de la Asamblea, Dn Francisco Antonio Zea, poniéndose en pie dijo en alta voz: “La República de Colombia queda constituida. ¡Viva la República de Colombia!!! Esta aclamación fue repetida por el Congreso y por un público numeroso; y repercutió en todo el mundo civilizado, porque desde entonces empezó verdaderamente a figurar en el rol de las Naciones, una nueva República de ciento quince mil leguas cuadradas de territorio, de inmensas riquezas, con puertos en el Atlántico y en el Pacífico y con ríos tan grandes como el Amazonas, el Orinoco, &c.

De un triunfo de Bolívar, el de Boyacá, nació la República de Colombia ceñida de laureles, y aun que su vida fue efímera pues murió con su Fundador, extendió su fama por todo el mundo, llevando sus armas triunfantes en provecho de la Libertad e Independencia, desde las orillas del mar Caribe y las bocas del Orinoco, hasta los límites septentrionales de Chile y la Argentina.

Bolívar se abstuvo prudentemente de recriminar a Arismendi, pues la Vicepresidencia que éste obtuvo por la violencia, terminó el 17 de Diciembre de 1819, fecha en la que el Congreso nombró unánimemente al General Simón Bolívar Presidente de Colombia. Francisco Antonio Zea fue designado para Vicepresidente de la República. El General Francisco de Paula Santander quedó en la Vicepresidencia de

Cundinamarca; y el Dr. Juan Germán Roscio resultó electo Vicepresidente del Departamento de Venezuela.

El Presidente, incansable y activo, no se durmió sobre sus laureles, y empleó los recursos que había adquirido con sus triunfos para llevar a cima su gradiosa empresa, con un nuevo plan de operaciones. Veamos cual era la situación de los beligerantes.

Morillo, cuando supo demasiado tarde, la marcha de Bolívar a la Nueva Granada, envió a La Torre hacia Cúcuta y a Pereira al Oriente en socorro de Arana y Saint Just; y él (Morillo) en persona con el resto de sus tropas se acantonó en el Tocuyo, para atender a Mérida y Trujillo, por un lado, que podían ser atacadas por Bolívar triunfante en Boyacá; y a Barinas y Apure, por el otro, cuyas llanuras podían ser invadidas por los terribles jinetes de Páez. Este, de hecho, no habiendo pasado a Cúcuta, según las instrucciones del Libertador, se propuso hostilizar al enemigo en su distrito militar. El único hecho de armas digno de mencionarse que con ese fin hizo el Caudillo del Apure, fue la derrota que, en 22 de Julio de 1819, causó, cerca del pueblo de la Cruz, a una partida de trescientos cincuenta hombres y algunos carabineros mandados por el Teniente Coronel Dn. Juan Durán. Las continuas correrías y la actitud amenazante de Páez, y el apresamiento de la escuadrilla real por el Comandante Antonio Díaz, llevado a cabo el 30 de Septiembre del mismo año, en el caño de Onosco o Apure seco, determinaron a los españoles a abandonar la plaza de San Fernando en la noche del 15 de Octubre. Con esto Páez volvió a recuperar sus antiguas posiciones, y se hallaba listo a entrar en la nueva campaña que el Libertador ordenase.

El General Soublette fue destinado por Bolívar para expeler a La Torre de los valles de Cúcuta, y para aumentar las tropas del distrito del Apure con mil quinientos soldados granadinos. Lo primero lo consiguió desalojando a los enemigos de sus posiciones, derrotándolos, el 23 de Septiembre de 1819, en el alto de las Cruces, y obligando a retirarse a La Torre a la Grita y Mérida. Lo segundo lo consiguió, igualmente, Soublette, porque dejando alguna tropa en San Cristóbal, a órdenes del Coronel Carrillo, atravesó la montaña de San Camilo, y llegó a Guadualito con los mencionados mil quinientos soldados granadinos que puso a disposición de Páez. Después de una entrevista con este Caudillo en Mantecal, pasó Soublette a Angostura, y de allí a Santa Bárbara, pueblo inmediato a Maturín. En este lugar tomó el mando de las tropas de Mariño, al principio, por enfermedad de éste, y luego por orden superior. Por lo expuesto se ve que, antes de llegar a Angostura, había el Libertador reforzado el ejército del Apure, y puesto el del Oriente Venezolano en manos fieles y seguras, o sea en las del General Soublette.

Este General, remontando de nuevo el Orinoco, con varios cuerpos de tropas, dejó algunos en Achaguas. Otros con el General Valdez marcharon hacia Sogamoso, y fueron los mismos que batieron a López en Pitayó; y otro, por último, a órdenes del Coronel José Mires, fue también a la Nueva Granada, el que antes de unirse con Valdez para aquella acción, destruyó en la Plata una partida de la división de Calzada.

Bermúdez quedó encargado de continuar la guerra en el Oriente Venezolano. Cedeño, Monagas y Zaraza debían dirigir sus movimientos de acuerdo con el plan general de operaciones. Estas no eran otras que reunir un fuerte ejército para invadir a Caracas por el Occidente y el Mediodía. Se atendió, en fin, a la seguridad de la provincia de Guayana; dejando en Angostura una guarnición suficiente al cargo del Coronel Francisco Conde, nombrado Comandante General de aquella provincia.

Hechos estos arreglos militares, el 24 de Diciembre de 1819, salió el Libertador de Angostura, encaminándose a la Nueva Granada por Guadualito, la montaña de San Camilo y San Cristóbal, para mandar publicar y ejecutar la Ley Fundamental de la República de Colombia; y conseguir la expulsión de los realistas de las provincias de Riohacha, Santa Marta y Cartagena.

El año de 1819 fue fecundo como ninguno en resultados favorables a la Causa de la Independencia. En dicho año fracasó la expedición de Morillo a las Llanuras del Apure y del Arauca. El temerario Páez se cubrió de gloria en la jornada de las «Queseras del Medio», haciendo comprender a Morillo que eran indomables e invencibles los llaneros de Venezuela. El Libertador dió el golpe de gracia al Gobierno de la Metrópoli, con su prodigiosa, rápida e incomparable campaña, cuyo corolario fue el triunfo de Boyacá y la consiguiente libertad de las provincias de Casanare, Tunja y Cundinamarca. En seguida las del Socorro, Pamplona y Cúcuta recobraron también la suya. Las provincias de Antioquia y Popayán se levantaron espontáneamente en armas, a la voz de algunos patriotas granadinos. Mariquita, Neiva y el Chocó se proclamaron, sin oposición, independientes: de manera que el dominio de los realistas quedó reducido a Cartagena, Santa Marta, Riohacha e Istmo de Panamá. En el año de 1819, por último, a orillas del Orinoco se expidió la Ley Fundamental creadora de Colombia la Grande, cuya existencia quedó firme y asegurada en el Congreso Constituyente, reunido en la villa del Rosario de Cúcuta en 1821.

Ocupémonos, en rapidísima síntesis, de los principales sucesos de 1820. El Virrey Sámano, llegado que hubo a Cartagena, y repuesto del miedo cervical que le ocasionó el triunfo de Boyacá, dispuso una expedición contra Antioquia confiándola al Coronel Warleta; y envió otra para que por el

río Atrato invadiese la provincia del Chocó. Esta última tuvo que regresarse a Cartagena, después de haber sido batida por los patriotas, el 19 de Enero, en la boca de Murri, donde aquellos habían construído baterías. Tampoco tuvo feliz éxito la expedición de Warleta, porque parte de ella fue batida, el 12 de Febrero, en Chorros-blancos, por el Comandante José María Córdova; y otra parte huyó hacia Cáceres.

Al mismo tiempo las costas meridionales del Chocó, tales como: el puerto de Guapi, Micay, Iscuandé, Buenaventura y la isla de Tumaco fueron libertadas por el valiente marino inglés Juan Illingworth, Capitán de la corbeta chilena llamada "Rosa de los Andes", que cruzaba armada en corso entre la isla de Gorgona y las costas del Chocó. Poco después, el 12 de Mayo de 1820, a la altura de Punta-Galera, trabóse un reñido combate, que duró dos días, entre la "Rosa de los Andes" y la fragata española denominada «La Prueba», de cincuenta y dos cañones, diez y seis más que la primera comandada por el valeroso marino español Dn. José Villegas. En este combate tan desigual, sostenido con bravura y tesón admirables, salió herido el Comandante Illingworth de un astillazo en la cara, y "La Prueba" no pudo tomar a la «Rosa de los Andes», que se salvó internándose en el río de Iscuandé, donde encalló y fue abandonada por su tripulación. Illingworth continuó prestando importantes servicios a la causa de la Independencia en las costas del Pacífico, y en las campañas del Ecuador; y se radicó en Guayaquil, donde fue tronco de distinguidas y beneméritas familias.

Una escuadrilla realista que remontaba el río Magdalena dirigiéndose a Nare, sufrió un terrible descalabro en el peñón de Barbacons a principios de 1820. Como era indispensable obrar sobre este río, el Gobierno ordenó que el Teniente Coronel Córdova, joven lleno de audacia y ardimiento, bajase por el río Cauca para procurar la insurrección de las sabanas del Corosal y de la ciudad de Mompox. Al mismo tiempo el bravo Coronel granadino Hermógenes Maza debía batir las fuerzas sutiles enemigas que obraban en las inmediaciones de aquella ciudad. Por otra parte el Libertador había dirigido a Ocaña, desde San Cristóbal, una división a cargo del Coronel Francisco Carmona.

Todas estas medidas tenían por objeto no dejar aislado en el Bajo-Magdalena al Coronel Mariano Montilla que debía obrar por Riohacha, Santa Marta y el valle de Upar; pues debe saberse que este Jefe de relevantes dotes militares había recibido, desde el año de 1819, órdenes del Libertador de llevar a los lugares indicados ciertas tropas irlandesas que el General Devereux había enganchado en Europa, y que habían llegado a Margarita. Estas tropas fueron, pues, conducidas por el Coronel Montilla, en la escuadra del Almirante Brión, a Riohacha; y tuvo la buena suer-

te de ocupar esta plaza, el 13 de Marzo, sin oposición, porque la evacuó su Gobernador Dn. José Solís. Montilla se dirigió, después, al valle de Upar con cuatrocientos irlandeses, para ponerse en comunicación con las fuerzas republicanas que debían obrar por Ocaña. No habiéndolo conseguido se retiró a Riobacha, en buen orden y a la vista de considerables fuerzas realistas que el Gobernador español de Santa Marta, Dn. Pedro Ruiz de Porras, había allegado y puesto a órdenes del Coronel Dn. Vicente Sánchez Lima, para que le atacase a Montilla.

Este se vió en calzas prietas, porque los irlandeses cometieron la infamia, teniendo al enemigo al frente y siendo inevitable el rompimiento, de sublevarse, exigiendo las pagas atrasadas y el crecidísimo enganche con que los había comprometido en Dublín el General D'Evereux. Montilla dominó tan críticas circunstancias, no se dejó imponer la ley por aquella soldadesca inmoral y mercenaria, y prescindiendo de ella, combatió como valiente, con los pocos venezolanos que tenía, auxiliado por la marina y tres compañías de voluntarios de aquellos lugares; y triunfó sobre ochocientos hombres que tenía Sánchez Lima en la "Laguna-Salada", el 25 de Mayo de 1820.

Siendo inútil y peligroso continuar las operaciones en la provincia de Riobacha, Montilla evacuó la plaza el 4 de Junio. Los irlandeses sublevados debían permanecer encuartelados hasta embarcarse en los buques de comercio que debían conducirlos a Jamaica, según sus pretensiones. Pero, antes de hacerlo, se embriagaron, saquearon las casas de los habitantes de Riobacha, incendiaron la ciudad, la que quedó reducida a cenizas, volaron el fuerte, y una vez embarcados, fue necesario amenazarlos con echar a pique los bajeles para que entregasen los fusiles que querían llevarse consigo a Jamaica.

Después de la separación de los legionarios irlandeses, Montilla quedó con la miserable fuerza de ciento sesenta soldados, y se decidió a invadir la provincia de Cartagena por las bocas del Magdalena, para ponerse en comunicación con el Libertador, o a lo menos con Bogotá, y ofrecer al Gobierno el parque que llevaba a bordo. Concedor, desde 1816, del patriotismo de los habitantes de aquella provincia, y apoyado eficazmente por los beneméritos patriotas, que se hallaban en la expedición, Pedro Gual y Francisco Paúl, venezolanos, el Canónigo Madariaga, el granadino Joaquín Borrero y Miguel Santa María, mejicano, se dirigió Montilla con la escuadra a Sotavento, y se apoderó por sorpresa de Sabanilla, (19 de Junio de 1819). Hizo, en seguida, excursiones por Barranquilla y Soledad, en donde encontró la cooperación de antiguos patriotas y compañeros de Montilla. Con lo que, éste llamó al Almirante Brión para que con su escuadrilla se hiciese dueño del río; y pocos días después, merced a la grande actividad del Almirante,

una flotilla respatable flotaba en las aguas del caudaloso Magdalena. La fortuna continuó prestando sus favores al Coronel Montilla, pues batió el 4 de Julio en Pueblo-Nuevo, una columna realista mandada por el Gobernador de Cartagena para atacar al Jefe republicano, quien sorprendió, después, la guarnición de Turbaco, y sentó sus reales en este lugar, como el más adecuado para organizar el sitio de la plaza de Cartagena.

Mientras tanto el intrépido José María Córdoba, acompañado de su hermano el Subteniente Salvador Córdoba, del Teniente Manuel Corral y de cien hombres, ocupó a Zaragoza sobre el río Nechí, se apoderó de Cáceres, bajó el río Cauca y llegó a Magangué. En este lugar, habiendo recibido noticias favorables de las operaciones de Brión y Montilla, Córdoba arribó a Monpox el 20 de Junio. Los españoles habían abandonado esta ciudad, como también la excelente posición del Banco, retirándose hasta Tenerife.

En Mompox se unió a Córdoba el Teniente Coronel Hermógenes Maza, y ambos, afortunados y valerosos como eran, resolvieron atacar la escuadrilla española, obrando el primero por tierra, y el segundo por las aguas del río Magdalena. El 25 de Junio de 1820, la escuadrilla de Maza, compuesta de seis embarcaciones, que sólo tenían pedreros atados con sogas a los maderos, se encontró con once buques realistas, armados con cañones de grueso calibre, frente a Tenerife. Allí se empeñó un combate en el que los tripulantes de los débiles barquichuelos de Maza destruyeron al abordaje la escuadrilla realista, degollando más de doscientos hombres que iban a bordo de ella. El Comandante español Dn. Vicente Villa voló junto con su buque incendiado, no se sabe si de intento, para ahorrarse la vergüenza de arriar el pabellón ibérico, o por casualidad. Cuando llegó Córdoba por tierra a la fuerte posición de Tenerife, flotaba ya en ella la tricolor bandera colombiana. Después de algunos días Córdoba se apoderó del pueblo de Barranca, quedando, por consiguiente expedita la comunicación con Montilla, bajo cuyas órdenes prestó importantes servicios en la campaña de Cartagena. Con el triunfo de Tenerife, todos los realistas se encerraron en aquella ciudad, única que quedó sujeta todavía al régimen español en toda la provincia del mismo nombre.

También lo estaba todavía la ciudad de Santa Marta. Ella fue ocupada por los patriotas, después del famoso combate de San Juan de la Ciénega, librado el 10 de Noviembre de 1820, en el que triunfaron contra las fuerzas realistas; y se cubrieron de gloria: el Coronel José María Carreño (militar que en el combate de los Cerritos Blancos, en 1814, recibió catorce heridas y perdió el brazo derecho) Jefe de la división republicana, el Coronel Hermógenes Maza y el Coronel José Padilla, audaz y valentísimo marino granadino, Jefe de las fuerzas sutiles. La ocupación de Santa Marta, trajo, como consecuencia, la de todo el territorio de Riohacha, y del va-

lle de Upar. Para completar el asedio de Cartagena, fue destinado el Coronel Jacinto Lara, con una columna de tropas regida por Maza, a ocupar las comarcas del Corozal y las situadas a sotavento de aquella plaza, de las que sacaban algunos víveres los sitiados.

Los sucesos más notables acaecidos en Venezuela, durante el año de 1820, fueron: el tratado de la regularización de la guerra, firmado en Trujillo, (en el mismo lugar donde Bolívar expidió el Decreto de guerra a muerte en 1813), el 26 de Noviembre: la suspensión de hostilidades o armisticio entre los beligerantes, durante seis meses; y la entrevista cordial y amistosa entre Bolívar y Morillo verificada en Santa Ana el 27 de Noviembre.

Debe también mencionarse la partida del Teniente General, Conde de Cartagena y Marqués de la Puerta Don Pablo Morillo a España, quien dió la vela para Cádiz el 17 de Diciembre. La separación de Morillo obedeció, en gran parte, a que no recibió los auxilios que con ansia esperaba, con motivo de que las tropas españolas que debían venir, parte al Río de la Plata y parte a Venezuela, dieron el grito de revuelta en el acantonamiento de Cabezas, el 1º de Enero de 1820, proclamando la Constitución de 1812.

Fueron los Jefes de este movimiento revolucionario, que surtió pleno efecto, al andar de pocos meses, el Coronel Dn. Antonio Quiroga, el Comandante Dn. Rafael Riego y el General Francisco Mina. Morillo se vió obligado, a petición del Ayuntamiento de Caracas y del Brigadier Dn. Ramón Correa encargado de la Capitanía General, a que se publicase y jurase la Constitución de la Monarquía Española en la Capital de Venezuela, el 7 de Junio de 1820. Los pasos que dió Morillo para obtener una reconciliación fraternal entre realistas y republicanos, con el objeto de hacer volver a éstos a la obediencia del Gobierno de la Metrópoli, fueron infructuosos, pues tanto el Congreso de Angostura, que se había reunido extraordinariamente, como el Libertador, por medio del General Urdaneta y de Pedro Briceño Méndez: "rechazaron como inadmisibles la propuesta de sometimiento constitucional a España, y como injuriosa al desinterés y patriotismo de los Próceres de la Independencia, la de conservarlos en el mando a trueque de hacer perder a Colombia el rango a que la habían elevado sus esfuerzos" (Baralt)

Antes del armisticio la causa republicana de Venezuela había mejorado notablemente de situación. Las fuerzas de Monagas y de Cedeño en el Oriente adquirieron sólidas ventajas; de manera que a fines de Octubre de 1820, habían sacudido el yugo español casi todos los pueblos de las provincias de Cumaná y Barcelona; y la ciudad de este nombre fue ocupada por Monagas el 22 de dicho mes y año. Un destacamento de las tropas de Bermúdez invadió la provincia de Caracas por Uchire, y después de varios reencuen-

tros y alternativas de buena y mala suerte, se hizo dueño del país hasta Caucaagua. Por el Occidente la división de Páez se posesionó de casi toda la provincia de Barinas.

El Libertador, por su parte, siempre activo e incansable, después de haber hecho un viaje al Magdalena para activar e inspeccionar las operaciones que se hacían por aquel lugar, escribió a Morillo desde San Cristóbal, respecto de las negociaciones preliminares al tratado de armisticio que el Jefe español le había propuesto; con cuyo motivo estableció su cuartel general en San Fernando. No por esto, debían considerarse suspendidas las operaciones de la guerra, y de hecho el Libertador con los cuerpos de su famosa *Guardia* marchó contra las tropas realistas que mandaba el Coronel Dn. Juan Tello, en lugar de La Torre que había sido destinado a Calabozo. El enemigo no hizo oposición alguna, pues evacuó a Bailadores y Mérida; de manera que esta marcha del Libertador produjo la libertad de las provincias de Mérida y Trujillo, y el sometimiento voluntario de los tenaces y aguerridos guerrilleros realistas Reyes Vargas y el Clérigo Torrellas, que obraban en tierra de Carora.

Tal era el ventajoso estado de la República de Colombia, a fines de 1820, al cabo de un año no cabal de existencia. Para terminar la primera parte de esta obra, o sea, la Breve Reseña Histórica que hemos hecho de la guerra de la Independencia desde el 10 de Agosto de 1809 hasta 1820, inclusive, nos parece oportuno hacer, rápidas apuntes de los principales hechos que completaron la Emancipación de Venezuela y de la provincia de Cartagena en la antigua Nueva Granada.

El tratado de armisticio se rompió el 28 de Abril de 1821, con motivo de que la ciudad de Maracaibo hizo su pronunciamiento en favor de la causa de Colombia, mediante connivencia del General Rafael Urdaneta, hijo de aquella ciudad, con su compatriota Dn. Francisco Delgado Gobernador militar de la misma, por parte del Gobierno español. La Torre, que había reemplazado a Morillo, reclamó a Bolívar por la violación del armisticio y pidió que las tropas republicanas que habían ocupado a Maracaibo la evacuasen. El Libertador se negó a ello, alegando argumentos más especiosos que sólidos, y se reanudaron las hostilidades; y vino *Carabobo*, gran batalla librada el 24 de Junio de 1821, en la que obtuvo un brillante y decisivo triunfo el ejército republicano con Bolívar a la cabeza, contra las huestes realistas mandadas por el Brigadier Dn. Miguel de La Torre.

Respecto de este gran hecho de armas que destruyó propiamente el Poder de España en Venezuela y Nueva Granada, oigámosle al mismo Libertador:

“Al Excmo. Señor Vicepresidente de Colombia.

“Ayer se ha confirmado con una espléndida victoria el nacimiento político de la República de Colombia.”

“Reunidas las divisiones del Ejército Libertador en los campos de Tisniquillo el 23, marchamos ayer por la mañana sobre el cuartel general enemigo situado en Carabobo, en el orden siguiente: La primera división compuesta del bravo Batallón *Británico*, del bravo *Apure* y mil quinientos caballos a las órdenes del señor General Páez. La segunda compuesta de la segunda brigada de la *Guardia* con los Batallones *Tiradores*, *Boyacá* y *Vargas*, y el *Escuadrón Sagrado* que mandaba el impertérrito Coronel Aramendi, a las órdenes del señor General Cedeño. La tercera compuesta de la primera brigada de la *Guardia* con los batallones *Rifles*, *Granaderos*, *Vencedor de Boyacá*, Anzoátegui y el regimiento de caballería del intrépido Coronel Rondón, a las órdenes del señor Coronel Plaza.”

“Nuestra marcha por los montes y desfiladeros que nos separaban del campo enemigo fue rápida y ordenada. A las once de la mañana desfilamos por nuestra izquierda al frente del ejército enemigo bajo sus fuegos, atravesamos un riachuelo, que sólo daba frente para un hombre, a presencia de un ejército que bien colocado en una altura inaccesible y plana, nos dominaba y nos cruzaba con todos sus fuegos.”

“El bizarro General Páez, a la cabeza de los dos batallones de su división y del regimiento de caballería del valiente Coronel Muñoz, marchó con tal intrepidez sobre la derecha del enemigo, que en media hora todo él fue envuelto y cortado. Nada hará jamás bastante honor al valor de estas tropas. El Batallón *Británico*, mandado por el benemérito Coronel Farriar, pudo aún distinguirse entre tantos valientes y tuvo una gran pérdida de oficiales.”

“La conducta del General Páez en la última y en la más gloriosa victoria de Colombia lo ha hecho acreedor al último rango de la milicia, y yo en nombre del Congreso le he ofrecido en el campo de batalla el empleo de General en Jefe del Ejército.”

“De la segunda división no entró en acción más que una parte del Batallón *Tiradores de la Guardia*, que manda el benemérito Comandante Heras. Pero su General, desesperado de no poder entrar en la batalla con toda su división por los obstáculos del terreno, dió sólo contra una masa de infantería y murió en medio de ella del modo heroico que merecía terminar la noble carrera del bravo de los bravos de Colombia. La República ha perdido en el General Cedeño un grande apoyo en paz o guerra: ninguno más valiente que él, ninguno más obediente al Gobierno. Yo recomiendo las cenizas de este General al Congreso Soberano para que se le tributen los honores de un triunfo solemne. Igual dolor sufre la República con la muerte del intrepidísimo Coronel Plaza, que lleno de entusiasmo sin ejemplo se precipitó sobre un batallón enemigo a rendirlo. El Coronel Plaza es acreedor a las lágrimas de Colombia y a

que el Congreso le conceda los honores de un heroísmo eminente.

“Disperso el ejército enemigo, el ardor de nuestros Jefes y oficiales en perseguirlo fue tal, que tuvimos una gran pérdida en esta alta clase del ejército. El boletín dará el nombre de estos ilustres.”

“El ejército español pasaba de diez mil hombres, compuesto de todo lo mejor de las expediciones pacificadoras. Este ejército ha dejado de serlo, cuatrocientos hombres habrán entrado hoy a Puerto-Cabello.”

“El ejército Libertador tenía igual fuerza que el enemigo, pero no más que una quinta parte de él ha decidido la batalla. Nuestra pérdida no ha sido sino dolorosa: apenas doscientos muertos y heridos.”

“El Coronel Ranjel, que hizo siempre prodigios, ha marchado hoy a restablecer la línea contra Puerto-Cabello.”

“Acepte el Congreso Soberano, en nombre de los bravos que tengo la honra de mandar, el homenaje de un ejército rendido, el más grande y más hermoso que ha hecho armas en Colombia en un campo de batalla.”

“Tengo el honor de ser con la más alta consideración de V. E. atento, humilde servidor.—Valencia, Junio 25 de 1821.—Simón Bolívar.”

A fuer de historiadores imparciales, debemos mencionar el brillante repliegue, desde la sangrienta llanura de Carabobo hasta el pie de la cordillera de Puerto-Cabello, del bizarro Coronel español Dn. Tomás García con el batallón de que era Jefe, “el 1º de Valencey.” Este veterano cuerpo, compuesto de novecientos hombres, rechazó con admirable impavidez las terribles cargas de los jinetes republicanos conducidos por sus mejores Jefes y de los batallones “Rifles” y “Granaderos de la Guardia”, que puestos a caballo por orden del Libertador, emprendieron en su persecución para desbaratarlo, sin que consiguieran su intento; pues, aunque una o dos veces llegó el “Valencey” a perder su formación, acto continuo se rehizo, y continuó su marcha en columna, llegando, como ya lo indicamos, a las faldas de la mencionada cordillera, con la mayor parte de su fuerza. En esta persecución, e intentando romper la columna del “Valencey”, murió el General Manuel Cedeño.

La batalla de Carabobo, al cabo de once años de rudo batallar, coronó la magna obra de la Independencia de Venezuela. Sólo quedaban en poder de los realistas la plaza de Puerto-Cabello, la que después de un largo asedio, y continuos combates fue ocupada, el 10 de Noviembre de 1823, por las fuerzas que comandaba el héroe barinés, General José Antonio Páez. El Oriente Venezolano quedó en poder del intrépido General José Francisco Bermúdez, quien ocupó a Cumaná, su patria, el 16 de Septiembre de 1821.

Uno de los Jefes realistas que, con más tesón y durante más largo tiempo, combatió contra los patriotas, fue

el General Francisco Tomás Morales, quien, aun después del triunfo de Carabobo, puso en serios apuros la causa de la República en territorio Venezolano, como vamos a verlo. El Brigadier La Torre, nombrado Capitán General de Puerto-Rico, encargó la Capitanía General de Venezuela a Morales. Y aquí empieza una serie de triunfos del audaz y afortunado Canario, con los que logró apoderarse de las provincias de Coro y Maracaibo. Desde el 12 de Agosto de 1822 hasta el 3 del mismo mes y año tuvo Monteverde en jaque a las fuerzas republicanas. En esta última fecha se vió obligado a capitular, porque habiendo forzado la barra de Maracaibo la escuadra colombiana al mando del intrépido e invencible Padilla, triunfó éste en el célebre combate naval del lago de Maracaibo (24 de Julio de 1823), contra la escuadra española regida por Dn. Angel Laborde. Morales fue el último Jefe realista que, en virtud de la capitulación expresada, abandonó con honor, el territorio Venezolano y se embarcó para la isla de Cuba.

Otro acontecimiento notable que completó la Independencia de las provincias marítimas septentrionales de la Nueva Granada, fue la ocupación de Cartagena verificada el 4 de Octubre de 1821, mediante capitulación celebrada entre el Coronel Mariano Montilla y el Gobernador de la plaza Dn. Gabriel Torres. Catorce meses, incluso los tres del armisticio, duró el asedio de Cartagena, y en él prestaron importantes servicios a la causa republicana Córdova y sobre todo el audaz marino Dn. José Padilla.

Con la rendición de Cartagena se hizo Colombia de la primera plaza fuerte del Departamento de Cundinamarca. Para que se conozca la importancia de la ocupación de dicha ciudad, transcribimos la siguiente carta dirigida a Santander: "Cartagena y Octubre 10 de 1821.—Mi querido General y amigo":

"No escribí a U. el correo pasado por un millón de ocupaciones que llamaban todo mi cuidado. Ahora seré corto pero tal vez causará esta publicación más placer que juntas todas mis anteriores. Cartagena pertenece a Colombia y sus almacenes llenos de riquezas ofrecen medios de sostener la República y su decoro; pero se necesita un poco de atención para conservarla si no se quiere perder el fruto de catorce meses de penas, sufrimientos y gastos. Los empleados que vengan a ella que sean honrados y el Jefe que la mande que reuna a la prudencia, moderación, valor y probidad, bastante saber militar para aprovecharse en su defensa de las ventajas que le da su localidad. No es lo mismo mandar una Provincia tranquila y aislada a mandar una plaza fuerte en continuo contacto con el extranjero y siempre expuesta a ser invadida por las potencias marítimas. Si mis males me lo permiten pasaré a U. un *brouillon* de mis observaciones, antes de separarme de esta Provincia. Tres mil quinientos quintales de pólvora, mil trescientos de

plomo, tres mil fusiles, mil sables de latón y quinientas piezas de artillería merecen la atención del Gobierno; agregue U. bombas, granadas, balas y cuantos proyectiles se han inventado para destruir el género humano y todo lo encontrará U. en los almacenes de Cartagena."

"Sea mil veces enhorabuena por el nuevo y justo empleo que el Congreso ha conferido a Ud. (Vicepresidente de Colombia): no me ha cogido de sorpresa la elección porque yo la tenía como cierta. ¿Por qué quiere Ud. renunciar? Le será a Ud. indiferente la Patria por la que tantos sacrificios hemos hecho? No lo creo; pero si así sucediere tenga presente que siempre, siempre se lo criticaré a Ud."

Adiós, mi amigo. Reciba U. el afecto amistoso de su más apasionado.—M⁹ Montilla.—Excmo. Señor Vicepresidente de la República de Colombia." (Archivo Santander.—Tomo VII—Páginas 167 y 168)

Como dato curioso, y para que se conozca al hombre por el estilo, transcribiremos, también, la siguiente carta dirigida a Santander por el Coronel Córdoba: "Turbaco, Septiembre 30 de 1821.—"Mi querido General"

"¿Con que U. está de Vicepresidente de Colombia! ¡Cuánto me alegro! Doy a U. la enhorabuena con el mayor respeto y amistad, y me encuentro abrumado de reconocido a U. por el ofrecimiento que me hace. Ya la República no está sostenida solamente por una columna, ya descansa también sobre otras. Yo nada tengo que ofrecer a U., porque U. debe estar satisfecho que soy de U."

"Aunque sea solamente una letra la que reciba de U. me llena de gusto, de modo que jamás me escribiré poco."

"Por fin vamos a entrar dentro de cuatro días a la ruidosa Cartagena. Balbuena que vino a proponer capitulación, vivía en mi casa, lo traté militarmente con decencia y marcialidad. Pero el indecente tuvo valor, cometió la bajeza de mandar a su asistente comprar seis gallinas, llevarlas al anca, y largarse despacio para que no se murieran."

"Los españoles tocan siempre los extremos, cuando mandan, sultanes, cuando son mandados, culebras, pero con el veneno para cuando puedan despedirlo."

"¿Con qué Dn. Simón viene por aquí con cuatro mil hombres, más mil de esta Provincia? ¿A dónde querrá ir a conquistar? Seguramente al Istmo y de ahí a Quito por detrás. Estoy por creer que yo también voy, seguramente."

"Como U. me encarga, dí al Coronel Rieux el recado, se quedó calladito porque su oficina de subsistencias no está arreglada y no puede ahora atender a U.—Suyo siempre.—J. M. Córdoba." (Archivo Santander—Tomo VII—Páginas 151 y 152),

Hemos bosquejado los principales acontecimientos de la Guerra de la Independencia, desde el 10 de Agosto de 1809 hasta el año de 1820 inclusive. Vamos a ocuparnos, ahora, en la segunda parte de esta obra, de la Emancipación de

la Presidencia de Quito, y principalmente de los auxilios que prestó Cuenca, Capital del antiguo Departamento del Azuay, para que tuviese un feliz resultado, como lo tuvo, la última legendaria campaña de Colombia, cuya base fue la ciudad de Cuenca, y que terminó gloriosamente en el histórico Pichincha, con la destrucción completa del Poder Español en las antiguas regiones de los Caras, los Quitus, Puruhaes, Cañaris, Paltas, Guancavilcas, &.

PARTE SEGUNDA

CUENCA EN PICHINCHA

CAPITULO I.

RESUMEN DE LOS SUCESOS OCURRIDOS EN LA PRESIDENCIA DE QUITO, DESDE 1813, HASTA 1820.

Fusilamientos del Dr. Nicolás Peña y su mujer doña Rosa Zárate.—Derrota de los patriotas en Palo Gordo y Gañas.—Sámano es reemplazado por Aymerich, después de los desastres que sufrió aquel en Palacé y Calivio—Nariño atraviesa el Juanambú.—Reveses de Aymerich en Cebollas y Tazines—Combate en el Egido de Parto.—Nariño, abandonado de sus tropas, se presenta ante las autoridades de Pasto.—Vidaurrázaga al frente de las fuerzas realistas, por separación de Aymerich.—Es derrotado a orillas del río Palo por los patriotas.—El Comodoro Brown en la ría de Guayaquil.—Heroísmo de los Cívicos.—Dn. Juan Ramírez es nombrado Presidente de Quito, en lugar de Montes.—Conspiración frustrada del Capitán Eusebio Barreiro, y del Dr. Antonio Ante.—Cuasi asesinato de éste—Combates navales de la Puná y de Punta Galera—Encallamiento de la corbeta Rosa de los Andes, mandada por el Comandante Juan Illingworth.—Lord Cochrane se apodera de las goletas españolas, El Aguila y la Begoña, en el Golfo de Guayaquil.

Dijimos en el capítulo inicial de la primera parte de esta obra, que a orillas de la laguna de *Yahuar-cocha* (*lago de sangre*), el primero de Diciembre de 1812, fue derrotado el Coronel Francisco García Calderón por las fuerzas de Sámano, y a poco fusilado ese gran patriota, padre del *Héroe-Niño* del Pichincha, en la plaza mayor de Ibarra. Con este desgraciado suceso terminó la primera etapa del movimiento revolucionario de Quito, iniciado en el memorable Diez de Agosto de 1809. Imperdonable sería no mencionar, en esta oportunidad, el nombre de otra víctima

ilustre de nuestra Emancipación, el del Coronel Dn. Nicolás de la Peña, nieto del sabio geógrafo riobambeño don Pedro Vicente Maldonado y padre del malogrado prócer don Antonio de la Peña; y principalmente el de la esposa de Dn. Nicolás, la heroica y digna émula de Policarpa Salavarrieta, Doña Rosa Zárate. Uno y otra, con varios Jefes, oficiales y soldados, después de la intempestiva retirada del ejército patriota del pueblo de San Antonio, trataron de abrirse paso, por las selvas de Malbucho, para Buenaventura y seguir combatiendo en Nueva Granada. La mayor parte fueron tomados prisioneros. El Coronel Peña y Doña Rosa Zárate corrieron igual suerte, siendo fusilados en Tuma-co el 17 de Julio de 1813, de orden expresa del Presidente de Quito, Dn. Toribio Montes. El ejecutor de ella, Dn. José Fábrega, remitió a aquel bien acomodadas en dos pequeños cojones las cabezas de los ilustres victimados, para colocarlas, como le pedía el *humanitario* Montes, en la plaza principal de Quito.

Dn Juan Sámano, elevado ya a la categoría de Brigadier por los servicios prestados a la causa realista en la campaña de 1812, que tuvo lugar en el territorio de la Presidencia de Quito, ocupó con sus huestes victoriosas, sucesivamente, a Pasto, el valle del Patía, Popayán, Cali y Buga. Las tropas patriotas, comandadas en ese entonces por el Teniente Coronel Manuel Serviez, sufrieron dos serias derrotas en *Palo Gordo* y *Cañas* (11 y 12 de Agosto de 1813); y en consecuencia Sámano se enseñoreó de todo el Valle del Cauca. Desde Cartago, remitió el Jefe realista al General Antonio Nariño, Presidente de Cundinamarca, un oficio de Montes, acompañándole un ejemplar de la Constitución española, expedida en Cádiz, exhortándole a un avenimiento y reconciliación con el Gobierno español.

El General Nariño, terminadas ya las malhadadas disenciones civiles de que antes hemos hablado, rechazó, de acuerdo con el Gobierno de la Unión Granadina, las propuestas de Montes; y se puso al frente de una expedición arreglada con la mayor presteza para atacar las fuerzas de Sámano. Estas fueron derrotadas primero en Palacé, y luego en Calivío (29 de Noviembre de 1813 y 16 de Enero de 1814). Sámano, tuvo, pues, que huir a Pasto, en donde sufrió la vergüenza de ser depuesto por Montes, y reemplazado por el Mariscal de Campo, Dn. Melchor Aymerich.

Este Jefe, antiguo Gobernador de Cuenca, más humano que Sámano, no tenía sus dotes militares; de manera que, a pesar del fanático entusiasmo de los pastusos por Fernando VII, y de que la naturaleza del terreno le proporcionaba inmensas ventajas para hacer la guerra con provecho, Aymerich no pudo siquiera contener al ejército de Nariño en el formidable paso del río Juanambú: pues, al fin, después de muchas dificultades y encuentros sangrientos, lograron los patriotas vencer ese antemural que

tiene Pasto por el lado Norte. El 2 de Mayo de 1814, después que la vanguardia republicana, mandada por el Comandante Virgo, coronó las alturas del Boquerón y Buesaco, pasó todo el ejército de Nariño tan temible río.

Tampoco pudo Aymerich sostenerse en los estratégicos puntos de Cebollas y Tacines, donde se libraron sangrientos combates, cuyos resultados fueron la retirada de aquel a Pasto; y de allí a la hacienda de Mejía, dejando la defensa de la ciudad a cargo del bravo Teniente Coronel Dn. Pedro Noriega. El General Nariño, entre tanto, había avanzado hasta el Ejido de Pasto, creyendo ocuparla sin disparar un solo tiro. Grande fue, pues, su sorpresa cuando se vió atacado por numerosa hueste de hombres y aun de valerosas mujeres, a las diez de la mañana del 12 de Mayo de 1814. Defendióse Nariño con brío y pujanza, quedó dueño del campo y obligó a los atacantes a encerrarse en la ciudad, pero la falta de municiones le obligó a desocuparlo y a defenderse en mejor lugar.

Un acontecimiento imprevisto cortó la serie de triunfos obtenidos por Nariño desde Palacé hasta el Ejido de Pasto, y dió fin a su breve y brillante carrera militar. El Coronel Rodríguez que venía atrasado con un cuerpo de tropas para engrosar las de Nariño, recibió del Coronel Monsalve, que iba en retirada hacia Tacines, la noticia de que aquel había sido apresado, de que Cabal había muerto y de que se hallaban heridos o dispersos la mayor parte de los soldados. Monsalve dió esta nueva porque el cuerpo que mandaba fue arrollado y envuelto completamente en la última embestida de los Pastusos; y supuso que Nariño que obraba en la vanguardia habría sido también indefectiblemente vencido, quedando prisionero, o tal vez, muerto en el campo de batalla. Por este motivo, y sin averiguar bien los sucesos, las tropas independientes contramarcharon hacia Popayán. Nariño, ignorante de lo que pasaba, y abandonado de los suyos, buscó refugio en las selvas inmediatas. En ellas permaneció, durante tres días, haciendo frente al hambre y la intemperie hasta que, no pudiendo resistir tantas penalidades, se dió a conocer de un soldado y de un indio, quienes le condujeron ante Aymerich, que noticioso de los triunfos obtenidos por Noriega, había regresado a Pasto.

Nariño, aunque destinado al patíbulo por Montes, no murió en él, sino que, después de permanecer preso trece meses en Pasto, fue enviado a Lima, y de allí a la innumera cárcel de Cádiz, llamada la *Carraca*. Cuatro años permaneció en ella. La revolución liberal de Riego y Quiroga le abrió las puertas de la cárcel; y regresó a su patria por la vía de Venezuela. El Congreso que se reunió en Rosario de Cúcuta, el 6 de Mayo de 1821, le nombró a Nariño Vicepresidente interino de Colombia, cargo que desempeñó muy corto tiempo, ora por lo quebrantado de su salud, ora por las reyertas que tuvo con la Asamblea

Constituyente, con motivo de la prisión del General D' Evereux, ordenada por aquel, por haberle enviado un cartel de desafío. El General Antonio Nariño murió en la Villa de Leiva, el 13 de Diciembre de 1823.

Innegables son los méritos del Prócer granadino Don Antonio Nariño. Sin embargo no es muy ventajoso para él, el concepto en que le tenía Don José Manuel Restrepo, como vamos a verlo, transcribiendo, como dato curioso, el siguiente acápite de una carta dirigida por aquel al General Santander, en 21 de Junio de 1821, desde Rosario de Cúcuta.

"El Vicepresidente Nariño es el mismo hombre de 1812, amigo de pequeñas intrigas, de chismes y divisiones. Ya usted sabrá la causa que sigue al General D'Evereux, a quien ha tratado de un modo poco digno a un Jefe republicano: por queja de aquel resolvió el Congreso que lo pusiera en una prisión decente, le franqueara los medios para su defensa, y le pusiera en comunicación con el Congreso. Por este decreto y picado de lo que dijeran varios Diputados liberales y amantes de la libertad en los debates, ha pasado un mensaje al Congreso en que concluye diciendo que no cumple ni cumplirá el decreto aunque le quiten la vida. Hoy se va a resolver sobre esta materia: la mayor parte de los Diputados no tienen fuerza de alma y creo que se pida perdón a S. E. el héroe de Ventaquemada. Este debate me manifiesta que jamás seremos libres: si se teme a un hombre que provisionalmente ejerce las funciones del Ejecutivo ¿qué será cuando el General Bolívar u otro Jefe semejante quiera usurpar los derechos sagrados de los pueblos?" (Archivo Santander.—Tomo VI.—Páginas 267 y 268).

Nos hemos detenido, algún tanto, hablando de Don Antonio Nariño, para completar los rasgos biográficos que de él dimos en el Capítulo III de esta obra; y porque muy a la ligera nos ocupamos, en el Capítulo IV, de la campaña de Nariño que terminó con su prisión en el Ejido de Pasto. Añadiremos que los restos de su ejército llegaron a Popayán el 24 de Mayo de 1814.

El 4 de Agosto de este mismo año se recibió en Quito la noticia del restablecimiento de Fernando VII al trono de España; y de que éste, proclamándose Rey absoluto, echó por tierra la Constitución de Cádiz, faltando perjuro a la promesa que había hecho de respetarla. Con esta noticia, Montes que era partidario acérrimo del sistema de gobierno monárquico-absoluto, resolvió llevar adelante la guerra que tenía premeditada contra Popayán; y al efecto encargó el mando de las tropas realistas existentes en Pasto al Teniente Coronel Vidaurrázaga, en reemplazo de Aymerich, que dimitió dicho mando, bajo el pretexto de que se hallaba enfermo.

En la primera parte de esta obra referimos ya que Vidaurrázaga, después de algunos triunfos obtenidos sobre los patriotas regidos por el Coronel Monsalve, en los puntos de *Ovejas*, *Pital*, *Mondoma* y la *Tembladera*, fue completamen-

te derrotado a orillas del río *Palo*, por los Jefes republicanos José María Cabal, Carlos Montúfar y Manuel Serviez. Referimos, igualmente, que, destituido Vidaurrázaga, con motivo del desastre mencionado, fue reemplazado por el Brigadier Sámano, quien destruyó las últimas fuerzas republicanas de la Nueva Granada, regidas por el malogrado Coronel Liborio Mejía, el 26 de Junio de 1816, en las inexpugnables posiciones de la *Cuchilla del Tambo*.

Siguiendo el orden cronológico debemos mencionar un acontecimiento que pone de relieve el valor que siempre ha distinguido a los nobles hijos de la ínclita Guayaquil. Lo sensible fue que el heroísmo de éstos se emplease contra un audaz marino el Comodoro Guillermo Brown, natural de Foxford en Irlanda, que comisionado por el Gobierno republicano de Buenos Aires, para coadyuvar a la Independencia de los puertos del Pacífico, se presentó en el Golfo de Guayaquil, fondeando en las aguas de la Puná, el 8 de Febrero de 1816, con una escuadrilla compuesta de dos corbetas, un bergantín y una goleta.

Con tiempo y desde que apareció en el Océano Pacífico la expedición marítima de Brown, el Virrey de Lima hizo propalar la noticia de que ésta tenía el carácter de pirática; y las autoridades subalternas del Virreinato, entre ellas, el Gobernador de Guayaquil, que lo era el Brigadier Dn. Juan Vasco y Pascual, se hicieron eco de esa especie calumniosa.

Dn. José de Villamil, natural de la Luisiana en los Estados Unidos, que andando los tiempos llegó a ser Prócer de la Independencia de Guayaquil y General del Ecuador, se había radicado en esta ciudad, donde contrajo matrimonio con doña Ana Garaicoa, hermana de doña Manuela, madre del inmortal mancebo, Abdón Calderón. Dn. José Villamil, decimos, navegaba en su goleta *Alcance* con dirección al Callao, cuando divisó en el fondeadero de la Puná, algunas naves reunidas. Creyendo que eran las que formaban la sedicente expedición pirática, se propuso Villamil, engañado de buena fé, salvar a Guayaquil de los horribles actos consiguientes a un desembarco en ella. Con este objeto hizo virar su goleta, dando la popa a Brown. Este la persiguió, inmediatamente, pero sin darla alcance, porque la nave era muy velera. Villamil, en su contramarcha a la ciudad amenazada seriamente, en su concepto, llegó a la batería de *San Carlos de Punta Piedra*, desde donde consiguió que el sargento Canales que mandaba la guarnición de aquella, compuesta de quince milicianos, enviase un posta al Gobernador de Guayaquil, para que se aprestase a la defensa.

Canales no sólo envió el posta, sino que en cuanto se acercó el Comodoro Brown, con parte de su escuadrilla, un bergantín y una goleta, rompió contra estas naves los fuegos de seis cañones de a doce, que habían en la menciona-

da batería. Brown ordenó el desembarco para apoderarse de ésta, y lo consiguió, mandando incendiar la ramada que servía de abrigo a la escasa guarnición del fuerte.

Mientras Brown se ocupaba en llevar a cima lo que acabamos de relatar, tanto Villamil como el posta enviado de *Punta-Piedra*, llegaron a Guayaquil por la noche. Esta ciudad se hallaba completamente desguarnecida, porque sólo contaba con cuarenta soldados del «Real de Lima» para su defensa. Pero, inmediatamente, fueron convocados los vecinos por el Gobernador Vasco y Pascual; de manera que, "al amanecer del día (10 de Octubre de 1816), ya estaba listo el batallón «Milicias de Guayaquil», bajo las órdenes de sus Jefes, el Coronel Dn. Jacinto Bejarano y el Teniente Coronel Dn. José Carbo, ambos guayaquileños."

A las diez de la mañana del 10 de Octubre de 1816, se presentó en la ría de Guayaquil, al frente de la ciudad, el Comodoro William Brown con su goleta y bergantín; y fueron recibidos con disparos de fusilería y tronaron contra esos buques de guerra los dos cañones de la llamada batería de *Cruces*. Bien pronto los del bergantín los hicieron silenciar, y fueron clavados los cañones de dicha batería, mediante un desembarco practicado por el Jefe irlandés.

Igual cosa quiso hacer el mismo con la batería de San Carlos, llamada después de Saraguro, contra la que dirigió el bergantín; pero éste, al pretender Brown acercarse a tierra, hasta ponerlo a tiro de pistola, se embancó, porque en ese momento bajaba la marea, y no pudo maniobrar o virar el buque. Aprovechando de esta circunstancia, la mitad del batallón de *Cívicos* continuó sosteniendo vivamente el fuego; y la otra mitad, con heroísmo sublime, se lanzó a la ría llevando los soldados las bayonetas en las bocas, abordó al bergantín, y causó horrible carnicería en sus tripulantes. Sólo pudieron escapar parte de ellos y Brown, merced a la generosa intervención de Dn. Manuel Jado, quien acercándose al bergantín, en una canoa, y subiendo a la cubierta gritó a sus soldados: "Estais manchando vuestra victoria; cuartel a los vencidos."

El hecho que acabamos de relatar es uno de los más sublimes y digno de encomio; pues se comprende, y es cosa bastante común en los combates navales, el abordaje entre los buques beligerantes; pero, tal vez, es el único entre los Anales de la Historia de la humanidad, y del que debe gloriarse siempre la invicta Guayaquil, un abordaje a nado, con las bayonetas agarradas con los dientes, verificado por unos pocos milicianos guayaquileños, contra un bergantín de guerra.

Tanto porque había quedado en el fondeadero de la *Puná* parte de la escuadrilla de Brown, a órdenes de un hermano de éste, lo que constituía una verdadera amenaza para la ciudad, cuanto porque, entre los prisioneros que se hallaban a bordo de aquella, estaba Dn. Juan Manuel Men-

diburu, que venía a relevar a Vasco Pascual en la Gobernación de Guayaquil, se ajustó un convenio, en virtud del que quedaron libres el Comodoro Brown y los que habían sobrevivido al combate; y libres, también, los ochenta prisioneros, inclusive Mendiburu, que tenía aquel en sus naves. Se comprometió, además, Brown a devolver los presos que había hecho, en su crucero por el Océano Pacífico, con excepción de la *Consecuencia* y la *Gobernadora*, siendo esta última de propiedad de Jado.

Dn. Camilo Destruge (D'Amecourt), al referir este episodio en su importante obra «Guayaquil» etc., concluye con estas palabras: «Los guayaquileños con su proverbial heroísmo, habían rechazado—enteramente engañados— a los que venían a ofrecerles su contingente para la emancipación; y, lo que es más, rescataban del poder de los insurgentes, a Mendiburu, un hombre que, investido de autoridad, había de hostilizar y perseguir tenazmente aún a los sospechosos de afectos a la Independencia!...»

El último acontecimiento digno de mencionarse que se verificó, durante la administración del General Dn. Toribio Montes, en la Presidencia de Quito, fue la restitución a esta ciudad, el 19 de Julio de 1816, de la Real Audiencia, que con motivo de los disturbios políticos de 1809 a 1812, se había trasladado a Cuenca.

Al Presidente Montes que dejó fama de humanitario, sagaz y atinado político, y que gracias a estas dotes pudo evitar la explosión del patriotismo latente en los pechos de muchos habitantes de la Presidencia de Quito, le sucedió el Teniente General Dn. Juan Ramírez, que hizo su entrada el 26 de Julio de 1817. Era el nuevo mandatario un español de carácter severo y de rostro ceñudo y agresivo, quien, en su programa gubernativo, ofreció reprimir con mano férrea cualquier tentativa de rebelión o insubordinación contra el Régimen colonial. Ramírez era de la misma cepa que los Morillos, Sámanos, Enriles &., y por lo tanto capaz de cumplir tan indiscretas amenazas. Bien pronto se captó Ramírez la animadversión y el odio de los quiteños. Aprovechándose de estas circunstancias, el Dr. Dn. Antonio Ante, uno de los principales corifeos del glorioso movimiento revolucionario del 10 de Agosto de 1809, que había logrado permanecer oculto en su propia casa, escapándose de la tenaz persecución de que era víctima, tentó una conjuración, concertándola con el Capitán Dn. Eusebio Borrero, que tan importantes servicios prestó a la causa de la Independencia, en unión del malogrado Presidente Caicado, según lo referimos en la primera parte de esta obra.

Como en Quito hubiese una fuerte guarnición, no pensaron los cabecillas de la conspiración, Ante y Borrero, en atacar los cuarteles, ni siquiera en organizar guerrillas, porque carecían de elementos para el objeto. El plan se redujo a ponerse de acuerdo y convocar a todos los patriotas

de la ciudad, de los pueblos cercanos a ella, de Otavalo, Ibarra, Latacunga y Ambato, para que paulatinamente se fuesen reuniendo en Quito, hasta un día señalado, Jueves Santo de 1818. En este día, aprovechando de las visitas a los monumentos, en los numerosos templos y capillas de la Capital, y de la dispersión consiguiente de los soldados, para cumplir con esa antigua práctica piadosa, debían los conjurados salir de sus diversos escondites, y con afilados puñales degollar a aquellos, a las autoridades y a todos los españoles. En una palabra, la conjuración se reducía a reproducir en la antigua Capital de los *Scyris*, la famosa matanza de los hugonotes, llamada *Saint Barthelemy*, y la no menos famosa hecatombe, conocida en la Historia con el nombre de *Visperas Sicilianas*, llevada a cabo por iniciativa del caballero napolitano Juan de Prócida.

Ventajosamente abortó tan horrenda conspiración para que no quedasen manchados y execrados para siempre los nombres de los que la concibieron, y de los que quisieron coadyuvarla y llevarla a la práctica. Decimos que fracasó el criminal proyecto, porque uno de los conjurados el joven Ignacio Hidalgo tuvo la imprudencia de revelarlo a una señora peruana, quien, a su vez, comunicó el plan revolucionario a su íntimo amigo Dn. Ignacio Arteta. De esta manera, llegó la noticia a oídos del adusto y terco Presidente, pero sin pormenores ni datos concretos acerca de la proyectada revuelta. Con motivo de ella, un agudo versificador anónimo improvisó la conocida estrofa de que nos habla nuestro historiador Cevallos:

“Tente, Ramírez,
Tente en tu silla,
No te suceda
Lo que a Castilla.”

En este pasquín se hace alusión a la trágica muerte que tuvo el anciano Presidente de Quito, Don Manuel Urríez, Conde Ruiz de Castilla. Este, según lo referimos, dimitió el mando, a poco tiempo de que se constituyó la segunda Junta de Gobierno de Quito; y se retiró a la Recoleta de la Merced. De allí fue sacado el 15 de Junio de 1812 por indios y mestizos en su mayor parte del barrio de San Roque, que formaron una asonada en esa época de revueltas, los que insultaron, hirieron y estropearon al desvalido Ruiz de Castilla, y le condujeron a la plaza principal de Quito. Intervino el Gobierno y consiguíó, a duras penas, calmar a la furiosa multitud, llevando preso a un cuartel a Don Manuel Urríez, y ofreciendo fusilarlo, previo breve juicio militar. No hubo necesidad de esto, pues como dice Cevallos: “Su ancianidad, las heridas, bien que leves, y maltratamientos que recibió, y su propio orgullo en no querer admitir ningún medicamento ni auxilios, rompieron el forzado pacto

que celebraron las autoridades y el pueblo, pues murió (Ruiz de Castilla) a los tres días, sin que aún principiase la formación del proceso."

Volvamos a Ramírez. Este se contentó con redoblar su vigilancia; y como hubiese llegado a descubrir el paradero del Dr. Antonio Ante, mandó asesinarle, acto que deshonrará perpetuamente la memoria de aquel Presidente que tan ingratos recuerdos dejó en Quito.

He aquí como se realizó ese delictuoso hecho. De orden de Montes se disfrazó un soldado con los avíos de mayordomo, y entró a caballo, en una tarde muy lluviosa, en la casa del Dr. Ante, bajo pretexto de entregarle una fingida carta que según el decir del soldado, le enviaba, desde su hacienda de Chillo Don Juan Ponce, conocido patriota y amigo de Ante. Engañados los criados con el disfraz, y a instancias del soldado, le llevaron al gabinete en que se encontraba oculto el doctor Ante. "Salúdale el soldado, sacando la carta del bolsillo y se la entrega; y Ante rompiendo el nema se pone a leer el contenido de ella. El asesino, que llevaba una daga, se aprovecha de la distracción y se la clava en la tetilla izquierda. Ante arroja por la boca la sangre removida por la daga, pero consigue asirse vigorosamente del puño del soldado, y evita con este supremo esfuerzo una segunda herida." (Cevallos. Resumen de la Historia del Ecuador).

Sospechando los criados, por la tardanza en salir del supuesto mayordomo del aposento del Dr. Ante, y oyendo los gritos de éste, que algo grave ocurría, acudieron solícitos en auxilio de su amo, y estando luchando para contener al asesino, penetraron en el mismo aposento dos oficiales y veinte soldados que disfrazados y ocultos se habían apostado por las cercanías de la casa. Estos desalmados registraron todo el gabinete, y se hicieron de cuantos papeles en él encontraron, con excepción de los que contenían la lista de conjurados y los pormenores de la conspiración, que, por una feliz casualidad, habían quedado en los bolsillos de una chaqueta colocada descuidadamente sobre la cabecera de la cama. No contentos con esto, como no hubiese muerto el Dr. Ante, de orden del Jefe de la escolta, le cargaron y llevaron al cuartel. «Las calles por donde pasó el agonizante, quedaron manchadas con la sangre que en gruesos penachos continuaba arrojando por la boca.» (Cevallos).

El Dr. Ante, aun con la herida abierta, que sólo se cicatrizó en el largo camino por tierra de Quito a Santa Marta, fue desterrado a Ceuta, donde permaneció once meses, acompañado de su hijo José María, niño de trece años.

Las gruesas partidas de tropas que, a raíz del cuasi asesinato y apresamiento del Dr. Ante, se desplegaron, de orden del testarudo y criminal Presidente Ramírez, por las calles de Quito, en persecución de aquellos que, a juicio de aquel, debían pertenecer a la conspiración, sólo lograron apre-

sar a Don Francisco Cevallos, natural de Latacunga y al joven ambateño Don Vicente Flor. Estos fueron confinados, primero en Guayaquil, y luego en Cuenca, de donde fugaron y lograron tomar parte en la revolución que en aquella plaza, estalló el 9 de Octubre de 1820. Durante el año de 1818, también fueron apresados y remitidos a Cádiz, bajo partida de registro, los antiguos patriotas del año 1809, Dn. Juan Pío Montúfar, Dn. Manuel Matheu y el acaudalado Dn. Guillermo Valdivieso, no por ninguna nueva tentativa de conspiración, sino en castigo de lo pasado.

Terminó la aciaga administración del Teniente General Dn. Juan Ramírez, el 14 de Abril de 1819, fecha en la que emprendió viaje por la vía de Loja, para hacerse cargo del ejército realista del Alto Perú, en cuyo territorio se hallaba en magnífico predicamento la causa de la Independencia. Le reemplazó interinamente á Ramírez en la Presidencia de Quito, el General Dn. Melchor Aymerich, que desempeñaba, en ese tiempo, el cargo de Gobernador de Cuenca.

Antes de la revolución del 9 de Octubre de 1820, se realizaron en las aguas y costas ecuatorianas, varios encuentros navales gloriosos para las armas republicanas y favorables a la causa de la Independencia Sud-Americana.

El 24 de Junio de 1819, la invencible corbeta chilena, *Rosa de los Andes*, al mando del Comandante Dn. Juan Illingworth, se cubrió de gloria, en las aguas del Golfo de Guayaquil, a la altura de la isla de Puná, combatiendo con la poderosa y superior fragata española «La Piedad.» Graves averías sufrió la *Rosa de los Andes* en esa sangrienta y desigual lucha que duró hasta ponerse el sol; pero aquella no se atrevió a abordarla, se retiró maltrecha del lugar del combate; y quedó ondeando gallardamente el estandandarte chileno en el mástil de la heroica nave republicana.

Reparada ésta de las averías que sufrió en el combate que acabamos de describir, hizo rumbo al Archipiélago de Galápagos; y poco tiempo después, el infatigable y valeroso Comandante de la *Rosa de los Andes* consiguió que proclamaran su Independencia: el puerto de Guapi, Micay, Iscuandé, Buenaventura, la isla de Tumaco y Esmeraldas. En seguida, 12 de Mayo de 1820, según lo referimos en el Capítulo VIII de esta obra, se verificó el desigual combate, a la altura de Punta-Galera, entre la fragata española *La Prueba* y la *Rosa de los Andes*, la que terminó su gloriosa carrera encallándose en el río Iscuandé, y siendo, en consecuencia, abandonada por su tripulación.

Otro de los timbres de gloria del Comandante Dn. Juan Illingworth, es el descubrimiento de la comunicación interoceánica entre el Pacífico y el Atlántico, «que a la postre le dará renombre y gloria, igual, cuando menos, a la de Balboa, el descubridor del Grande Océano.» (Cevallos).

Para concluir este capítulo, debemos mencionar que el

Almirante de la escuadra chilena, Lord Cochrane, vino al Golfo de Guayaquil, con el objeto de apoderarse de la fragata *Prueba*. No lo consiguió porque ésta se hallaba fondeada frente a la batería de *Punta de Piedra*, pero logró hacer presa, después de una ligera resistencia, de las goletas mercantes españolas, el *Aguila* y la *Begoña* armadas en guerra, el 25 de Noviembre de 1819. D'Amecourt, en su obra «Historia de la Revolución de Octubre», al hablar de este suceso, rectifica los errores en que han incurrido los historiadores Barros Arana y Cevallos, manifestando que el apresamiento de las indicadas goletas, no se verificó en la ría de Guayaquil, sino en el fondeadero de la Puná.

CAPITULO II.

Tropas que guarnecían a Guayaquil antes del movimiento revolucionario del Nueve de Octubre de 1820.—Los principales autores de la Revolución.—El Capitán. Dn. León de Febres Cordero, el Capitán Dn Luis de Urdaneta, el Sargento Mayor Dn. Miguel de Letamendi.—Historia del batallón Numancia.— Los vencidos en Chancay.—Junta inicial del movimiento emancipador verificada el 1º de Octubre de 1820.—La Fragua u oficina de Vulcano.—Juntas de los días 2, 3, 4, 5 y 7 de Octubre del mismo año.—El convite en la casa de Dn. José de Villamil.—Se anticipa la Revolución.—Medidas adoptadas por el Gobernador Vivero para sofocarla.—Prisión del Teniente Coronel Torres Valdivia.—Febres Cordero se apodera del Cuartel de Artillería.—El Coronel Benito García del Barrio es tomado preso, después de un ligero combate.—Luis de Urdaneta obtiene el pronunciamiento del escuadrón Daule.—Muerte del Comandante Magallar y de ocho de sus soldados.—Se consuma la gloriosa Revolución del 9 de Octubre de 1820.—Trascendentales resultados de ésta.—Apoteosis de Febres Cordero.—Se organiza el Gobierno de Guayaquil.—Se extiende y firma el Acta de Independencia.—Primera Junta de Gobierno.—El Colegio Electoral o Cuerpo Constituyente de Guayaquil.—Segunda Junta de Gobierno.—La prisión del Coronel Gregorio Escobedo.—Urdaneta y Febres Cordero salen a campaña contra las tropas realistas.—Acción de Camino Real, en la que triunfan los patriotas.—Se distingue en ella Abdón Calderón, el futuro héroe del Pichincha.

Guayaquil, llamada con razón la *Perla del Pacífico*, no secundó el movimiento revolucionario del 10 de Agosto de 1809, porque se hallaba, en ese entonces, bajo la férrea dominación de su Gobernador Dn. Bartolomé Cevalón; y porque en tiempos posteriores las autoridades españolas tuvieron especial empeño en conservar una plaza tan impor-

tante, teniendo siempre en ella numerosa guarnición. Permaneció, pues, bajo el Régimen Colonial, hasta el 9 de Octubre de 1820, día memorable en los Anales de la Independencia Sud-Americana. Antes de hablar del trascendental movimiento revolucionario verificado en Guayaquil en esa clásica fecha, es indispensable ocuparnos de algunos antecedentes.

Hallábase de Gobernador de Guayaquil el Brigadier de la Real Armada, Dn. José Pascual de Vivero, en reemplazo del Brigadier don Juan Manuel de Mendiburo, que había renunciado dicho cargo, a fines de Abril de 1819, después de haber hostilizado, durante cuatro años, a los patriotas guayaquileños.

Guarnecían la ciudad de Guayaquil los siguientes batallones: *Granaderos de Reserva*, compuesto de indígenas del Cuzco y enviados por el Virrey del Perú Dn. Joaquín de la Pezuela, cuyo primer Jefe era el Coronel Español Dn. Benito García del Barrio, y el segundo, el Teniente Coronel Dn. Gregorio Escobedo, peruano: la *Artillería* mandada por el Teniente Coronel peninsular, Dn. Manuel de Torres Valdivia: el escuadrón *Daule*, regido por el Coronel Dn. Joaquín Magallar y el Comandante Dn. Matías Tirapegui; y *Pardos libres*, bajo las órdenes del Teniente Coronel Dn. José Carbo. Todas estas fuerzas abanzaban a la suma de mil quinientos hombres, inclusive doscientos cincuenta que tripulaban las lanchas cañoneras, que estaban bajo el comando del Capitán de fragata, don Joaquín Villalba.

Los principales autores de la revolución fueron: Dn. José de Villamil, el fogoso joven Dn. José Antepara, el Dr. Luis Fernando de Vivero, Dn. Juan Francisco y Dn. Antonio Elizalde, Dn. Francisco de Paula Lavayen y otras personas notables. Contábase, además, para la insurrección con el segundo Jefe del *Granaderos de Reserva*, Comandante Gregorio Escobedo, con el Capitán Dn. Antonio Farfán, [después General de la República, que se radicó y casó en Cuenca con Doña Rosa Avilés], con el Teniente Dn. Hilario Alvarez y con los demás oficiales y clases de dicho batallón, exceptuando únicamente al primer Jefe el Coronel García del Barrio. Uno de los Jefes del cuerpo de milicias "Pardos libres," Dn. José María Peña, se comprometió, también, de buena gana, a secundar con su batallón, el movimiento revolucionario.

En el escuadrón *Daule*, se contaba para el mismo objeto, con el segundo Jefe, Comandante Tirapegui y con los sargentos Isidro Pavón y Vargas. En cuanto al primer Jefe de la Artillería, dice D'Amecourt: «Las investigaciones efectuadas con el mayor cuidado, con el esmero que es de suponer, nos han conducido a la convicción de que Torres Valdivia fue afecto a la Revolución, convino en ella y consintió por lo menos, si no autorizó, que la secundara el cuerpo de su mando.»

De intento mencionamos, al último, al Sargento Mayor

Dn. Miguel Letamendi, al Capitán Dn. Luis de Urdaneta y al de igual grado Dn. León de Febres Cordero, porque ellos desempeñaron el principal papel en la revolución de Octubre, especialmente el último que fué el cerebro y el brazo de ella. Estos jóvenes venezolanos habían sido oficiales del célebre batallón *Numancia*, que estaba acantonado en Lima, y que dados de baja por su acendrado patriotismo y amor a la causa de la Independencia, estaban ocasionalmente en Guayaquil, sin duda, de paso para su patria; y en este puerto fraguaron, de acuerdo con Villamil y otros próceres, la rebelión contra el Gobierno colonial.

Oportuno nos parece consignar, aquí, la verdadera historia del batallón *Numancia*, al que pertenecieron Letamendi, Febres Cordero y Urdaneta, con datos tomados de «Recuerdos Históricos» del Coronel Dn. Manuel Antonio López Borrero, y con los del General Dn. Tomás Heres, uno de oficiales de dicho batallón que, en territorio peruano, consiguió que aquel proclamara la Independencia.

De orden del General Morillo se organizaron varios batallones compuestos de americanos. Uno de ellos fue el 19 de *Numancia* formado por el Coronel Dn. Sebastián de la Calzada, en la ciudad de Barinas, «con un lucido cuerpo de oficiales, la mayor parte americanos, de las pocas familias realistas de Venezuela y Puerto Rico.» (1)

Después de la batalla de Cachirí, tan desastrosa para las tropas de García Robira, fue destinado el *Numancia* a aumentar las fuerzas de Sámano que obraban al Sur de la Nueva Granada; «y a su paso por Bogotá se aumentó a mil doscientas plazas, en cuyo número figuraban oficiales republicanos hechos prisioneros en los últimos combates y destinados por castigo a servir de soldados rasos.» El *Numancia*, en su marcha a Popayán, a órdenes del Comandante Carlos Tolrá, destrozó las últimas reliquias del ejército patriota escapadas de la cuchilla del Tambo. Después de este triunfo Tolrá, ascendido a Coronel, fue reemplazado en la primera Jefatura del batallón por el Teniente Coronel, Dn. Ruperto Delgado. Este se acantonó, de orden de Morillo, en la ciudad de Neiva, donde estableció un *Tribunal de Purificación*; siendo fusilados, consiguientemente muchos patriotas, y en estatua el Dr. Joaquín Borrero (alias Catilina), a quien no consiguieron aprehender.»

El 14 de Noviembre de 1817, fecha en que subió al patíbulo, la heroica Policarpa Salavarrieta, el *Numancia*, a no dudarlo, había regresado a Santafé, porque a ese batallón, según Groot, dirigió aquella las palabras: «Viles ame-

(1) Creemos que el Coronel López no está en lo cierto, al asegurar que el 19 de *Numancia* fue formado por Calzada. Nos parece probable que dicho batallón creado por el Jefe realista Dn. José Yáñez, en 1813, pasó después de la muerte de éste, en el combate de Ospino, a servir bajo las órdenes de Calzada, quien reemplazó a aquel, en el comando de las tropas españolas.

ricanos, volved esas armas contra los enemigos de la Patria....»

El General Morillo por ostentar su preponderancia en Venezuela y Nueva Granada, y notándose en el Perú un descontento general, o sea, los gérmenes de una revolución contra el Gobierno colonial, mandó al Virrey Dn. Joaquín de la Pezuela, el batallón Numancia, que llegó a Lima, el 6 de Julio de 1819, haciendo su viaje, no por Guayaquil, sino por la vía de Loja, según lo asegura el General Heres, oficial que fue de dicho cuerpo, y, por lo mismo, testigo presencial,

El General Dn. José de San Martín desembarcó en Pisco, en el mes de Setiembre de 1820, con el ejército unido de Chile y Buenos Aires, que constaba de cuatro mil hombres. Con este fausto suceso, se despertó el entusiasmo de los patriotas peruanos; y el primer pueblo que dió el grito de Independencia en el antiguo territorio de los Incas, fue el de Trujillo, encabezado por el entonces patriota, y después traidor, Marqués de Torre Tagle.

«El batallón *Numancia*, estacionado en Chancay, y que se componía de americanos naturales de Colombia, no pudo ser indiferente a la explosión del entusiasmo que se despertó en aquellas comarcas, y acaudillados por los Capitanes Tomás Heres (después General) y Ramón Herrera (quien más tarde como secuaz de Riva-Agüero emigró con él a Europa) secundados por los oficiales republicanos prisioneros que se hallaban de soldados en el cuerpo, proclamaron la Independencia el 2 de Diciembre de 1820, prendieron al Comandante Dn. Ruperto Delgado y a unos pocos oficiales españoles, acérrimos partidarios de Fernando VII, y marcharon a reunirse al General San Martín que se hallaba a las inmediaciones de Lima.» (Recuerdos Históricos del Coronel Manuel Antonio López).

Este mismo Prócer refiere: que veinticinco *numantinos*, a órdenes del Teniente Arango, marcharon a una exploración a Chancay; y que al salir de este pueblo se toparon con seiscientos jinetes realistas, los que cercaron e intimaron la rendición de aquellos. El piquete del *Numancia* respondió con una descarga a la intimación y se trabó un legendario combate entre veinticinco infantes patriotas y un escuadrón de seiscientos caballos. En tan desigual lucha fueron muertos catorce y heridos el Oficial y siete más de los heroicos *numantinos*. Estrechados éstos a la ribera del mar, se lanzaron los cuatro sobrevivientes y los heridos también, a las ondas, buscando una tumba en las profundidades incógnitas del océano, antes de doblar nuevamente su cerviz al yugo que acababan de romper. Asombrado de tan indomable valor, el Jefe español del regimiento, (probablemente el Brigadier Ferraz) con la antigua hidalguía castellana, ordenó a sus jinetes que, echando pie a tierra, se arrojasen a las ondas, para salvar a aquellos émulos de los habiton-

tes de la antigua ciudad ibérica, la celeberrima Numancia. Se cumplió la orden de aquel gentil y caballeroso Jefe; <y unos minutos después, doce cuerpos casi exánimes, entre ellos ocho exangües, yacían tendidos en la playa de aquella ribera....> Curados y atendidos con exquisita proligidad y esmero, fueron devueltos aquellos doce valientes al cuartel general del Protector San Martín. Este, que no podía ser indiferente a un acto de tan sublime patriotismo y abnegación, los condecoró con una medalla que tenía la figura de una S al revés, pendiente de una cinta bicolor, con la leyenda que sigue: <A los Vencidos en Chancay.>

El batallón Numancia fue posteriormente bautizado por el Libertador con el nombre de *Voltijeros*; y combatió bizarramente en la histórica meseta que demora al pie del *Gundurcunca*.

Nos hemos detenido en hablar del Numancia, tanto por la importancia de este cuerpo, cuanto para desvanecer el error en que ha incurrido el notable historiador Dr. Dn. Pedro Fermín Cevallos al asegurar, <que los oficiales Letamendi, Febres Cordero y Urdaneta se encontraban en Guayaquil, al estallar la Revolución de Octubre, porque habían sido llamados por Calzada, cuando aun permanecía en Popayán, para colocarlos en otro cuerpo que, con el nombre *Primero de Numancia*, pensó formar con motivo de que el residente en Lima había sido de los derrotados en Boyacá.>

Ha incurrido, también, en error uno de los más doctos historiadores de estos tiempos, D'Amecourt, al decir en su obra <Revolución de Octubre> que: Febres Cordero y Urdaneta habían pernoctado anteriormente en Guayaquil, cuando, al paso del batallón *Numancia*, en su marcha de Popayán a Lima, quedaron dos compañías de ese cuerpo en nuestra plaza, durante un corto tiempo, aunque suficiente para que adquirieran muy buenas relaciones sociales.> La verdad respecto de este asunto es la de que: <La ruta que siguió (el batallón Numancia) fue de Popayán a Quito, de allí a Cuenca, de esta ciudad por la de Loja a Trujillo, y por último de ésta a Lima. (Memorias del General O'Leary-Tomo V.-Página 317).

Reanudemos el roto hilo de la narración. La primera junta de los conjurados se verificó, el 1º de Octubre de 1820, con motivo de un baile preparado ad-hoc, en casa de Dn. José de Villamil, en cuyos arreglos se entendió el joven José Antepara. Concurrieron a dicho baile, a invitación de doña Ana Garaicoa, esposa de Villamil, las familias adictas a la causa de la Independencia; y concurrieron, también, invitados por éste: Febres Cordero, Letamendi, Urdaneta, Escobedo, Peña, Farfán, Alvarez y otros oficiales distinguidos y jóvenes cuyo patriotismo era bien conocido. En medio de la alegría del baile, y a la hora convenida, <en una salita pequeña y algo retirada, en la que Antepara había arreglado una mesa con licores>, y que se llamó la <Fra-

gua u oficina de Vulcano», prestaron los conjurados juramento solemne do morir o triunfar en la noble y ardua empresa que trataban de llevar a cima: la Independencia de Guayaquil.

En las reuniones que se verificaron, en casa del mismo Sr. Villamil, en los días 2, 3 y 4 de Octubre, se acordó buscar un Jefe de la conspiración. El Coronel Dn. Jacinto Bejarano, el Dr. Dn. José Joaquín de Olmedo, futuro e inmortal cantor del Triunfo de Junín, y el Teniente Coronel de Artillería, Dn. Rafael Jimena, a quienes se propuso sucesivamente para tan honroso y difícil cargo, se negaron a aceptarlo, alegando cada uno motivos razonables.

«En la cuarta reunión [Jueves 5] como de costumbre por la noche, conocida la excusa de Jimena, el ardoroso Febres Cordero se expresó en el sentido de que no se veía la necesidad de perder más tiempo en buscar un Jefe. «Procedamos todos a nombre de la Patria, puesto que es la Patria lo que vamos a proclamar. Hagamos la Revolución, triunfemos y después vendrá lo demás.» [D'Amecourt].

Apuntaremos de paso que el Capitán Dn. León de Febres Cordero [después General] fue padre de Dn. Francisco de Febres Cordero, quien se casó en Cuenca con Doña Ana Muñoz y Cárdenas; siendo uno de los hijos de este matrimonio, Francisco de Febres Cordero que, en la Congregación de los Hermanos Cristianos, se distinguió como sabio humanista, consumado literato y afamado poeta, bajo el humilde nombre del *Hermano Miguel*.

En la junta habida el 7 de Octubre, prevaleció la opinión, apoyada en poderosas razones, del Capitán Febres Cordero, de que se anticipara el movimiento revolucionario, porque se supo, de una manera cierta, que la conspiración había sido denunciada al Gobernador de la plaza, Dn. José Pascual de Vivero.

El día 8 de Octubre, «que fue domingo de la Naval», mientras se celebraba en la Ciudad Vieja, con asistencia de las autoridades, una procesión, se reunieron, por última vez, a las cuatro de la tarde, en casa del Sr. Villamil, varios de los conjurados, como Escobedo, Febres Cordero, Lavayen, el Capitán Vargas, Urdaneta, Vivero y otros. A las cinco y media de la tarde, hallábanse éstos a la mesa, porque Villamil los había convidado a comer, a indicación de Febres Cordero, con el motivo aparente de festejar el nombramiento de Procurador General hecho en la persona del anfitrión. En estas circunstancias, «se oyó de pronto el toque de llamada de Ayudantes del cuerpo de *Granaderos de Reserva*.»—«Escobedo, sin dejar su asiento, dispuso que el primer Ayudante del cuerpo, Dn. Manuel Vargas, atendiera a la llamada, y volviese a darle parte de lo que ocurría.» [D'Amecourt].

Vargas, de regreso de su comisión, vino con la grave noticia de que se había celebrado Junta de Guerra en la

casa de Gobierno, con el objeto de dictar las medidas tendientes a sofocar la revolución, por si acaso fuese cierto el denuncia acerca de los preparativos que se estaba haciendo para llevarla a cabo; <y terminó expresando que el objeto de la llamada no era otro que el de sacar el cuerpo a la plaza. (D'Amecourt).>

Recibida esta nueva, los oficiales del batallón *Granaderos* se retiraron a su cuartel, y los otros conjurados, de dos en dos, abandonaron la casa del Sr. Villamil, con el firme propósito de sacar adelante el movimiento revolucionario, cualesquiera que fuesen los inconvenientes que, para ello, se les presentaren.

Algunas medidas preventivas adoptó el Gobernador Vivero, tales como: ordenar que los Jefes y oficiales durmiesen en sus respectivos cuarteles: distribuir patrullas por las calles de la ciudad: reforzar los puestos avanzados, o sea, la *Ciudad Vieja* y el Astillero; para lo primero, designó al Capitán Hilario Alvarez, uno de comprometidos, con cincuenta hombres; y para lo segundo, a otro oficial también comprometido con igual número de gente; y el Gobernador, en persona, visitó los cuarteles.

"Por lo que respecta a las fuerzas sutiles, desde el anochecer habían ido a fondear en el punto llamado *La Puntilla*; esto es, al extremo Sur de la isla Santay, unas tres millas distante de la ciudad; y con ellas se hallaba su Jefe don Joaquín Villalba." (D'Amecourt).

Dn. Camilo Destruge ha dilucidado sesudamente la cuestión relativa a sí la prisión del primer Jefe de la Artillería, Teniente Coronel, Dn. Manuel Torres Valdivia, fue obra de un engaño de parte de su amigo y subalterno el Teniente Dn. Damián Nájera, en connivencia con el Capitán Febres Cordero, o bien, si aquel Jefe, para cubrir las apariencias, consintió en dejarse prender; para lo cual se había forjado llevarle a la casa de Nájera, en la noche en que debía estallar la revolución, para una partida de juego de treinta onzas de oro; y estando en dicha casa prenderle y hacerse de las llaves del parque. Nosotros nos inclinamos a la opinión del Sr. Destruge, esto es, que la escena del juego y el arresto de Torres Valdivia fueron preparados *ad hoc*. Sea de ello lo que fuere, lo cierto es que preso Torres Valdivia, y hecho de las llaves del parque Febres Cordero, lus que Nájera había ido a pedir en casa de ese Jefe, la revolución se llevó a feliz remate, como vamos a relatarlo.

El primer Jefe del batallón *Granaderos de Reserva*, Coronel Benito García del Barrio, se había retirado a su casa, llevando una escolta de veinte hombres para su guardia y custodia. En consecuencia, había asumido el mando de dicho batallón, en su calidad de segundo Jefe, en la noche del ocho al nueve de Octubre, el Teniente Coronel Gregorio Escobedo. Hallábase éste con su cuerpo listo y so-

bre las armas, cuando llegó al cuartel el Capitán León de Febres Cordero, quien tomó media compañía de *Granaderos*, y con ella se dirigió sobre la Artillería a las dos de la madrugada del 9 de Octubre de 1820, día lunes. A poca costa, y habiendo Febres Cordero logrado encerrar en el cuarto de banderas al oficial de guardia, al que encontró dormitando, ordenó aquel a los sargentos que formaran el cuerpo, les dirigió una patriótica arenga, la que fue contestada de parte de los soldados con una sola aclamación de *¡Viva la Patria!*; “y la Independencia de Guayaquil quedó proclamada por los doscientos hombres de la Artillería.”

Algunas gotas de sangre se derramaron en la casa del Coronel García del Barrio, con motivo de un choque habido entre la escolta que custodiaba a aquel Jefe, y unos pocos soldados del *Granaderos* que mandaba el Teniente Hilario Alvarez. Tuvo lugar esta lucha, en circunstancias que Alvarez, después de haberse apoderado de los diversos destacamentos de la ciudad, se dirigió a la casa mencionada, con ánimo resuelto de tomar vivo o muerto al Coronel del Barrio. Este, como es natural, al oír ruido de tropa que se acercaba a su morada, y habiendo respondido aquella al *¡Alto!* *¿Quién vive?*, dado por el centinela: *¡La Patria!*, mandó romper el fuego, que fue contestado por los soldados de Alvarez. Al oír las descargas, el sargento primero Isidro Pavón, que, como lo dijimos, era uno de los principales conjurados, y que se hallaba, también, patrullando con un piquete de caballería del *Daule*, acudió en socorro de Alvarez, dió una carga con sus jinetes a los infantes del Coronel del Barrio, los envolvió, logró capturar a este Jefe, lo colocó a la grupa de su caballo, y le condujo al depósito de prisioneros, de antemano convenido.

El pronunciamiento de los soldados que componían el escuadrón *Daule*, se verificó con la muerte de su valiente Comandante, Dn. Joaquín Magallar y de ocho de sus soldados que quisieron auxiliarle en la empresa de rechazar a veinticinco hombres del *Granaderos* y nueve paisanos voluntarios [1], mandados por el Capitán Luis de Urdaneta que, con cautela y sigilo, habían logrado penetrar en el cuartel que ocupaba dicho escuadrón, con el objeto de obtener su pronunciamiento en provecho de la revuelta. Debe advertirse que a Urdaneta se le había dado esta comisión; y que entre los comprometidos del *Daule*, se hallaban los sargentos Vargas y Pavón, quienes mantuvieron a las tropas en las salas o *cuadras*. Por ellos y porque la guardia estaba en el secreto, se explica perfectamente que Urdaneta y los

Estos fueron los jóvenes: José Antepara, Francisco de Paula Lavayen, Lorenzo Garaicoa, Baltazar García, Manuel Llona, Manuel Ponce de León, Miguel, Agustín y Manuel Lavayen. El segundo, tercero y cuarto llegaron a ser Coroneles de la República.

suyos hubiesen podido penetrar en el cuartel, sin ruido alguno.

He aquí como refiere y justifica la muerte de Magallar, el historiador Sr. Camilo Destruge:

“Como, al sacar la tropa para formarla, se apercibiera Magallar de que había movimiento de gente armada, saltó del lecho y salió, a medio vestir, y, desenvainando la espada, se lanzó a contener la sublevación, con unos pocos soldados. Su arrojo le costó la vida, pues fue muerto, junto con ocho de los que quisieron auxiliarle en su temeraria empresa.”

“Muerto Magallar, no hubo obstáculo para que la tropa se pronunciara unánimemente por la Independencia.”

“Sensible, en verdad, fué el sacrificio de aquel valeroso soldado, pero tales son los accidentes de esas empresas, en las que no se puede trepidar, ni vacilar un instante, sin que la vacilación sea causa de fracaso. Y los revolucionarios de Octubre estaban en el caso preciso de asegurar el éxito de su arrojada empresa.”

Para concluir la narración del trascendental movimiento revolucionario del 9 de Octubre de 1820, sólo nos falta añadir: que los patriotas se adueñaron de la batería de las *Cruces*; que el Gobernador Vivero fue apresado, sin resistencia, en su casa, por el Teniente del *Granaderos*, Justo Rivera, quien apresó, también, al Coronel Dn. José de Elizalde, segundo Jefe de la plaza, que había ido a la morada del Gobernador, en busca de noticias, sin saber todavía que la revolución estaba triunfante; y que el Comandante de la escuadrilla, Dn. Joaquín Villalba, al presentarse en la ciudad y desembarcar tranquilamente, a las siete de la mañana del indicado día, ignorando lo que había acontecido, fue arrestado, dándosele como prisión su propia casa. A consecuencia del apresamiento de Villalba, a quien se le intimó que ordenara la rendición de las lanchas cañoneras, se sometieron éstas, con excepción de dos, de las cuales, la una fue apresada, y la otra, viéndose perseguida, encalló cerca de Tumbes.

La Revolución del Nueve de Octubre de 1820, que tuvo un éxito feliz, mediante audaces y bien combinados *golpes de cuartel*, despertó el patriotismo latente en los corazones de todos los guayaquileños, quienes, desde aquella fecha supieron conservar la ansiada Emancipación, con las armas en la mano, en posteriores sangrientos campos de batalla, sin pasar por los horrores que hubiera traído consigo una *pacificación española*, como la que sufrieron, en las diversas etapas de la Guerra de la Independencia, Quito, Venezuela y Nueva Granada; como también la sufrió Cuenca, después del desastre del segundo Verdeloma.

«Con esta revolución, Guayaquil privó a la corona de España del único arsenal que tenía en todo lo largo del Pacífico, de los mil quinientos hombres que guarnecían la ciu-

dad, de un cuantioso número de pertrechos, almacenados para distribuirlos por donde requiriesen las circunstancias, de ciento cincuenta mil pesos que había en caja, reservados para Panamá, y en fin de la comunicación de las fuerzas de la Corona acantonadas entre Quito y Pasto. Los patriotas de la sierra pudieron contar desde entonces con los auxilios pecuniarios de Guayaquil, con esas armas que no habían podido obtener cuando se insurreccionaron en 1809, y con un conducto seguro para comunicarse y entenderse con otros pueblos de América que gozaban ya de Independencia, aunque pendiente todavía de los resultados de la guerra que se mantenía cruda.» (Cevallos).

Triunfante la Revolución, se organizó, en el acto, una Junta de Guerra, presidida por Dn. Luis de Urdaneta, elevado ya a la categoría de Coronel, como lo fueron también Febres Cordero y Escobedo. Se confió el mando militar de la plaza a este último. Para la administración Político-civil fue designado, con el título de Jefe Político, el eximio poeta y notable jurisconsulto Dr. Dn. José Joaquín Olmedo, quien convocó, inmediatamente, por bando, un Cabildo abierto. Reunido éste, a las diez de la mañana del 9 de Octubre de 1820, con la asistencia de los Capitulares y numerosos individuos de todas las clases sociales, se proclamó, por unanimidad, para Jefe Superior de la Provincia al Coronel Dn. León de Febres Cordero. Este que, según lo referimos, fue el héroe de la Jornada de Octubre, agradeció la apoteosis desde luego merecida, que se le hacía; y renunció, a pesar de las reiteradas instancias del Pueblo, de una manera irrevocable, el alto Puesto que se quería conferirle.

Admitida la renuncia del modesto al par que valiente Febres Cordero, se confirmó el nombramiento de Jefe Político de la Provincia en la persona del señor Olmedo; y el de Jefe Militar de la misma, en la persona del Coronel Gregorio Escobedo; dejándose subsistente la Junta de Guerra presidida por Urdaneta.

En seguida se extendió el *Acta de Independencia* de Guayaquil, en la que, entre otras cosas, se dice: "Se acordó, igualmente, que se expidiesen dos expresos a los Ayuntamientos de Quito y Cuenca, poniendo en su noticia la nueva forma de Gobierno establecida en esta ciudad, exhortándoles a la uniformidad de sentimientos y operaciones, conducentes a la Independencia general de la América; y que esta Providencia se extienda a todos los pueblos de esta jurisdicción por el señor Jefe Político."

El Teniente Coronel, Dn. José de Villamil, fue comisionado para conducir un oficio, en que se comunicaba a Lord Cochrane, Almirante de la Escuadra Libertadora del Perú, el movimiento separatista de Guayaquil. El Teniente Coronel Dn. Miguel de Letamendi recibió igual misión para ante el General José de San Martín; y el Capitán Dn. Francisco de Paula Lavayen marchó hacia el Norte para poner en

conocimiento del General Dn. Manuel Valdés, Jefe del ejército patriota que operaba en la provincia de Popayán, y del Libertador, el triunfo de la Revolución de Guayaquil. Tanto éstos como aquellos recibieron con entusiasmo y júbilo tan fausta nueva, que contribuía eficazmente a completar la Emancipación de Colombia y del Perú.

El 14 de Octubre se formó la primera Junta de Gobierno, que se compuso del Dr. José Vicente Espantoso, del Coronel Dn. Rafael María Jimena y del Coronel Escobedo que debía presidirla. El Dr. Luis Fernando Vivero fue designado para Secretario.

Al andar de poco tiempo, 8 de Noviembre de 1820, se reunió el Colegio electoral o Cuerpo constituyente de Guayaquil compuesto de los Diputados de la mayor parte de los pueblos que forman las provincias ante-andinas de la actual República del Ecuador. El Sr. Olmedo fue electo para Presidente de la Asamblea, y Dn. José Antepara, para Secretario. En seguida se procedió a la organización de una nueva Junta de Gobierno. Para componerla, resultaron elegidos: el Dr. Dn. José Joaquín de Olmedo, que debía presidirla, el Coronel Dn. Rafael M. Jimena y Dn. Francisco María Roca; y para Secretario, el Dr. Dn. Francisco Marcos.

Uno de los principales pasos de la nueva Junta de Gobierno fue el de ordenar la prisión del Coronel Gregorio Escobedo, a quien se le inició un sumario por las tropelías, abusos y extorsiones que se imputaban a dicho Jefe; y por último, se le remitió a Chile, en el bergantín *Puyredón*. Fue nombrado Comandante General, en reemplazo de Escobedo, el Coronel Dn. Juan de Dios Araujo.

Mientras tanto del ejército patriota, debidamente organizado y aumentado con dos cuerpos de infantería, denominados *Voluntarios de la Patria y Defensores*, a cargo de los Tenientes Coroneles Ignacio de Alcázar y Dionisio de Acuña, respectivamente, salió a campaña una División, con el nombre de *Protectora de Quito*, bajo el mando del Coronel Luis de Urdaneta. En el punto llamado *Camino Real*, que después se denominó *Camino Libre*, situado entre Sabaneta y Guaranda, el denodado Coronel León de Febres Cordero, segundo Jefe de la División, con dos secciones de ella, el 9 de Noviembre de 1820, destrozó a bayonetazos y puso en vergonzosa fuga a doscientos ochenta hombres, fuertemente atrincherados en aquel lugar, al mando del Jefe realista Forminaya.

En esta acción de guerra, bautismo de sangre de los patriotas guayaquileños, se distinguió el futuro héroe del Pichincha, nuestro compatriota Abdón Calderón, mereciendo ser ascendido a Teniente, a la edad de diez y seis años, por su brillante comportamiento, a petición del Coronel Urdaneta, el que, a consecuencia de este espléndido triunfo, ocupó a Guaranda.

La noticia del movimiento separatista de Guayaquil lle-

gó a Cuenca, mediante oficio dirigido por el Ayuntamiento de aquella ciudad al de ésta, el 15 de Octubre de 1820. Al andar de pocos días, el 3 de Noviembre del mismo año, se dió en Cuenca el grito de la Independencia, cuya importancia ha sido desconocida hasta hace algunos años. Este acontecimiento no fue una consecuencia de la Revolución de Guayaquil del 9 de Octubre, como lo han creído algunos escritores. Ese suceso memorable fue no solamente patriótico, sino útil, muy útil para la causa de la Emancipación de la antigua Presidencia de Quito. Tiempo es de que nos ocupemos de él en capítulo aparte.

CAPITULO III

Anónimos patrióticos fijados en las esquinas de las calles de Cuenca, en 1797.—Los patriotas de Cuenca en 1809.—Dn. Celiano Monge remite al Municipio cuencano el ejemplar original del Plan de Gobierno de la República de Cuenca.—Encuesta para fijar la fecha de nuestra Emancipación.—Juntas Patrióticas en 1820.—Recibida la noticia de la Revolución del 9 de Octubre de 1820, Dn. Tomás Ordóñez invita al pueblo para la reunión de un Cabildo Abierto.—Dn. Juan Antonio Jáuregui se opone a ello.—Los patriotas consiguen del Gobernador Díaz y Cruzado, que éste proclame la Independencia.—Fracasa este plan por la prisión de Díaz y Cruzado, ordenada por el Comandante General, Dn. Antonio García y Trelles.—El Dr. José María Vázquez de Noboa al frente del Gobierno de Cuenca.—Publicase por bando unas ordenanzas reales; y los patriotas asaltan y se hacen de las armas de la escolta de dicho bando.—Los patriotas, en gran número, se sitúan en la plaza de San Sebastián.—De allí se trasladan al barrio del Vecino, de donde amagan a las fuerzas realistas, que se habían fortificado en el cuartel y la plaza principal.—El maestro Javier Loyola viene de Chuquipata con gran golpe de gente, en auxilio de los revolucionarios.—En vista de esto y de la bélica actitud del pueblo, ceden los realistas; y queda triunfante la Revolución.—Jura de la Independencia el 5 de Noviembre de 1820.—Vázquez de Noboa, aclamado Jefe Político y Militar de Cuenca, dicta las providencias más urgentes para cimentar el nuevo orden de cosas.

En uno de los días del mes de Marzo de 1797, hallándose de Gobernador de Cuenca el enérgico y adusto Teniente Coronel Dn. José Antonio Vallejo, que se había captado la animadversión de sus gobernados, por las medidas fuertes dictadas por él, para contener a los criminales y vagos, aparecieron en esta ciudad pasquines, que literalmente decían:

“A morir o vivir sin rey prevengámonos, valeroso vecindario. Libertad queremos, y no tantos pechos y opresiones de Valle.” (se refiere al Gobernador Vallejo).

“Desde Lima ha llegado esta receta fiel. A morir o vender conforme nuestra Ley, menos los pechos del Rey; indios, negros, blancos y mulatos: ya: ya: ya (el que rompiere, su vida perder quiere) no se puede sufrir; como valerosos vecinos, juntos a morir o vivir unánimes hemos de ser.” (Tomados del Resumen de la Historia del Ecuador por Pedro Fermín Cevallos.)

Estos anónimos, impropriadamente llamados por Cevallos pasquines, manifiestan que los gérmenes de independencia del Gobierno Español existían en Cuenca, desde las postrimerías del siglo XVIII.

El movimiento revolucionario del clásico Diez de Agosto de 1809, en Quito, tuvo eco y resonancia en los patriotas cuencanos; y si no pudieron secundarlo, se debió al fanatismo realista del Obispo don Andrés Quintián y Ponte, quien, como primera Autoridad Eclesiástica de la Diócesis Conquense, tenía gran influencia en un pueblo eminentemente católico, como lo es, hasta ahora, el cuencano.

No faltaron, sin embargo, patriotas de corazón que, arrojando las iras del Gobernador don Melchor Aymerich, del Obispo Quintián y de los demás miembros del Cabildo ampliado, establecido ad-hoc arbitraria e ilegalmente, para impedir que el movimiento revolucionario de Quito se extendiese a Cuenca, no faltaron, repetimos, patriotas que quisieron secundar aquel glorioso e imperecedero movimiento.

Los nombres de aquellos Próceres, que deben recordarse con veneración, y que fueron apresados de orden del Cabildo son: don Francisco Calderón, Contador Real, don Fernando Guerrero de Salazar y Piedra, Alcalde de Primer Voto, don Vicente Melo (quiteño), don Manuel Ribadeneira, don Joaquín Tobar, Interventor de Correos, don Juan Antonio Terán, don Miguel Fernández de Córdova, Oficial Mayor de las Cajas Reales y don Blas Santos.

También debemos mencionar los nombres de dos Patriotas que pretendieron secundar el Primer Grito de Independencia, lanzado en Quito, en unión de los ya mentados. Estos fueron, don José María Borrero y Baca y don Francisco Paulino Ordóñez, casado con doña Margarita Torres. Debiendo advertirse que en la casa de este matrimonio se reunían los conjurados.

Tal vez se hubiera realizado el atrevido y laudable proyecto de nuestros Próceres. Pero sendos oficios dirigidos por Salazar y Piedra y García Calderón al Cabildo de Cuenca, protestando enérgicamente contra su formación ampliada y contra sus procedimientos, pusieron sobre la pista a las autoridades españolas acerca del plan de la conjuración, la que descubierta por ellas, trajo, como consecuencia, la prisión de los patriotas arriba mencionados, a quienes se les enjuició por crimen de *lesa majestad*.

En 4 o 5 de Setiembre de 1809, fueron remitidos los presos a Guayaquil. Allí sufrieron tormentos indescriptibles.

Víctima de ellos falleció don Joaquín Tobar, en el cuartel de esa ciudad. Cinco horas después de muerto, se quitaron los grillos que atormentaron, durante largos meses, las carnes de aquel Mártir del patriotismo. Otra víctima sacrificada en aras de la Libertad, fue don Fernando Guerrero de Salazar y Piedra, quien murió en el aciago campo de Huachi, cuando le conducían preso y aherrojado de Guayaquil a Quito, degollado por el Cirujano de la escolta que custodiaba a aquel y a los otros presos, según lo asegura el Dr. Agustín Salazar, en su obra intitulada «Recuerdos.»

Ahogada en torrentes de sangre derramada en innumerables campos de batalla y en los patibulos, la causa de la Independencia en el Virreynato de la Nueva Granada y en la Capitanía General de Venezuela, vino el imperio de *la paz de los sepulcros* en los inmensos territorios de aquellas colonias. Pronto revivió el patriotismo en las Llanuras del Apure, del Arauca, de Casanare y en las vírgenes selvas que riega el caudaloso Orinoco. Pero los épicos combates que en aquellas regiones apartadas se libraban, casi a diario, no llegaban a noticia de los patriotas cuencanos, encerrados en una ciudad colonial, mediterránea, silenciosa, aislada, casi sin vías de comunicación y sin correos; de manera que aquellos se vieron obligados a permanecer en una inacción e impotencia abrumadoras. Fue necesario el triunfo de Bolívar en Boyacá para que resucitase el patriotismo de los habitantes de la Presidencia de Quito, como fue necesaria la mágica voz de "Levanta" lanzada por Jesús, para que Lázaro saliese vivo de su sepulcro.

El Sr. Dr. don Alberto Muñoz Vernaza, en un artículo, cuyo título es "La Independencia de Cuenca", publicado en el número 675 del periódico "La Alianza Obrera", hablando de esta materia, dice:

"El triunfo de Boyacá y los avances del General San Martín por el Sur, fueron los sucesos que dieron ocasión para que los patriotas de la Presidencia de Quito reanudasen sus esfuerzos en pro de la emancipación de estas regiones. Antes del 9 de Octubre de 1820 se conspiraba con tesonero empeño, para sacudir el yugo español, así en Guayaquil, como en Cuenca y en las comarcas del Norte. Un testigo presencial de los sucesos de entonces, afirma especial y determinadamente que para el movimiento de Cuenca, se trabajaba con absoluta independencia de los esfuerzos que se hacían en las otras provincias, sin perjuicio de que, por la lógica de los sucesos, cooperaran entre sí los patriotas, según las necesidades de cada localidad. Así fue que, dado el primer grito en Guayaquil, se pusieron en mayor actividad los independientes para batir los acantonamientos de las fuerzas españolas, como lo verificaron, aunque con éxito en su mayor parte desgraciado."

Queda, pues, fuera de duda que la revolución política de Cuenca, verificada el 3 de Noviembre de 1820, no fue

una consecuencia del cambio político del 9 de Octubre del mismo año.

Del Movimiento Emancipador de Cuenca se ocupa muy ligeramente don José Manuel Restrepo, en su Historia de la Revolución de Colombia, y con más brevedad, si cabe decirlo, y hasta con errores, el Dr. don Pedro Fermín Cevallos. Y no es de extrañar que así hayan procedido dichos historiadores, cuando nosotros los azuayos, durante casi una centuria, hemos dejado pasar en silencio la fecha clásica de nuestra Emancipación, sin festejarla ni ocuparnos de ella en el terreno histórico, manifestando su importancia en la consecución final de la Independencia del Ecuador.

Debemos confesar, pues, que sólo en 1915, se despertó el entusiasmo de los cuencanos para conmemorar el 3 de Noviembre de 1820; y esto con motivo de que el notable literato e historiador, don Celiano Monje remitió a la Municipalidad de Cuenca, el ejemplar original del PLAN DE GOBIERNO O LEY FUNDAMENTAL QUE EL CONSEJO DE LA SANCIÓN dictó en 15 de Noviembre de 1820 para la República de Cuenca.

Apuntaremos de paso que el Municipio cuencano condecoró al Sr. Dn. Celiano Monje con una medalla especial artísticamente trabajada que le fue entregada por el insigne polígrafo Sr. Dr. Dn. Octavio Cordero Palacios, en una sesión solemne celebrada con ese objeto por el Ilustre Concejo Capitolino, en 11 de Agosto de 1916.

Conseguido el valioso documento de que antes hemos hablado, se abrió una encuesta para fijar, de una manera histórica y definitiva, la fecha del Movimiento Emancipador de Cuenca. Las investigaciones concienzudas y prolijas hechas en Bogotá por el Sr. Dr. Dn. Alberto Muñoz Vernaza, y en Cuenca por los Sres. Dres. Octavio Cordero Palacios, Luis Cordero Dávila, Remigio Romero León, Alfonso Cordero Palacios, el notable paleógrafo e historiador Fray Alfonso Jerves y don Luis Teódulo Crespo, pusieron de manifiesto que debía señalarse, de un modo evidente, como la fecha en que se dió el Primer Grito de Independencia de Cuenca, el 3 de Noviembre de 1820.

Posteriormente a la encuesta mencionada, se publicó en «La Opinión», periódico dirigido por el Sr. Dr. Dn. Daniel Córdova Toral, un Acuerdo descubierto entre los papeles del Concejo por el Portero de esta Corporación, don Antonio Cuesta.

En los considerandos de dicho Acuerdo se dice:

EL CONCEJO PROVINCIAL DEL AZUAY,

Debiendo perpetuar la memoria del día Tres de Noviembre de 1820, en que los hijos del Azuay proclamaron abiertamente su independencia de la Metrópoli española; rom-

piendo las cadenas de tres siglos de ignominiosa servidumbre; y

En ejercicio de la facultad que le concede el art. 56 inciso 5º de la Ley de Régimen Municipal,

ACUERDA:

Art. 1º.—Se celebrará todos los años en esta ciudad el aniversario del Tres de Noviembre de mil ochocientos veinte, observando las solemnidades que siguen; etc. En gracia de la brevedad omitimos la transcripción de los demás artículos.

Este Acuerdo, expedido el 19 de Mrrzo de 1867 y sancionado el 20 de Abril del mismo mes por el Gobernador de Cuenca Sr. Dn. Miguel Heredia, está suscrito por el Dr. José Manuel Rodríguez Parra, como Presidente, y por el Dr. Francisco Rivera Cortázar, como Secretario del Concejo Provincial del Azuay.

Sin duda el Acuerdo de que nos ocupamos, dada nuestra accidentada e intranquila vida política, quedó olvidado y no se lo puso en práctica. Es indudable, también, que la oportuna invención de él hubiera evitado discutir y resolver un asunto, que lo había sido ya desde 1867. Pero como *no hay mal que para bien no venga*, debemos agradecer la incuria de nuestros padres, pues, merced a ella, se ha despertado en personas doctas y competentes la afición a los estudios históricos; se han desempolvado los archivos; y se puede relatar, casi con exactitud, la eficaz actuación de Cuenca en la Independencia Ecuatoriana.

El Sr. Dr. Dn. Octavio Cordero Palacios publicó en 1820 un importante libro, intitulado «Crónicas Documentadas para la Historia de Cuenca.» En dicho libro se encuentran recopilados todos o la mayor parte de los documentos relativos al Movimiento Emancipador y a la Constitución de Cuenca, a la acción de Verdeloma y a nuestros Próceres. En el mismo libro se han incluido, también, las utilísimas Monografías escritas por el Sr. Dr. Dn. Alberto Muñoz Vernaza, que tan imponderables servicios hs prestado a la Historia Patria, acerca de la Independencia de Cuenca. Con tan sólidas bases y con otros documentos que hemos leído, y que se encuentran en poder del referido Dr. Muñoz Vernaza, vamos a referir sin hipérbolos impropias de un historiador, cómo se verificó el Grito de la Independencia de Cuenca, el memorable Tres de Noviembre de 1820.

El espléndido triunfo de Bolívar en Boyacá y el avance del ejército patriota comandado por el General José de San Martín a territorio peruano despertaron el dormido entusiasmo de los patriotas de la Presidencia de Ouito; y se organizaron centros revolucionarios en Quito, Guayaquil y Cuenca, en espera de un momento oportuno para sacudirse del Régimen Español. Fracasaron los proyectos de los

quiteños, porque fueron descubiertos. Los guayaquileños, como lo referimos ya, dieron un golpe mortal al Gobierno Peninsular, en el clásico Nueve de Octubre de 1820.

Los patriotas cuencanos que estaban en correspondencia con los de Guayaquil, en varias juntas o conferencias previas que tuvieron, se pusieron manos a la obra, escogitando los medios más adecuados para llevar a cabo su ansia-
do ideal, el de la Emancipación. Presentóseles para ello una brillante oportunidad. Esta fue la noticia de la Revolución del 9 de Octubre que llegó a Cuenca el 15 del mismo mes, por la mañana, que era un día Domingo.

No es aventurado afirmar que, en ese día, se verificó la primera tentativa en pro de la Independencia de Cuenca. Pretendieron los patriotas que se reuniese un *Cabildo Abierto* para que en él se proclamase la Emancipación, como sucedió en Caracas, el 19 de Abril de 1820, y en Santafé, el 20 de Julio del mismo año. Medida, desde luego, acertada porque el régimen comunario constituía el único signo de vida autónoma en la época colonial. Veamos como se puso en práctica aquella tentativa.

El, en ese tiempo, Teniente de infantería don Tomás Ordóñez, hijo de don Paulino Ordóñez y de doña Margarita Torres, uno de los más ardientes patriotas cuencanos, al saber la nueva de la Revolución de Guayaquil, se fue a la iglesia de Todos Santos. Aprovechando del gran golpe de gente que salía de ella, después de oír la misa de doce, por ser día Domingo, empezó Ordóñez, en unión del joven José Sevilla y de otros, a comprometer a los individuos que formaban la muchedumbre, a fin de que se trasladasen a la Casa Consistorial para la celebración del *Cabildo Abierto*.

Habiendo llegado gran número de personas a las casas episcopales, donde vivía el Licenciado don José María Vázquez de Noboa, y encontrándose también en ellas el español don Juan Antonio Jáuregui, éste se opuso tenazmente a la proyectada reunión, increpando, de una manera áspera, a Ordóñez; y haciéndole responsable de las consecuencias de la rebelión contra el Gobierno español. Con la intervención de Jáuregui que hizo salir a la tropa que guarnecía la plaza, y colocar piezas de artillería frente al Palacio Municipal, para impedir la entrada en el salón de sesiones de los diversos grupos de pueblo que se habían congregado, abortó la celebración del *Cabildo Abierto*.

La fecha en que aconteció lo relatado no la podemos fijar con evidencia; pero el hecho es evidente. Consta de una información de testigos pedida por don Tomás Ordóñez, en 30 de Marzo de 1822, y rendida ante el Gobernador de Cuenca en esta época, Coronel don Tomás de Heres. La cuarta pregunta que contiene el interrogatorio presentado al efecto por Ordóñez dice:

«4º—Sí es evidente que a pesar de estos acontecimientos persistí en el intento, repitiendo nuevas solicitudes pa-

ra el logro de mis deseos, dirigiéndome a este fin al barrio de Todos Santos, de cuya Capilla salía un concurso de gentes, a quienes animé se congregasen para un Cabildo Público en el que se pensaba aclamar la Patria, y por esto me denunciaron al Alcalde Constitucional, don Juan Antonio Jáuregui (1), quien me reconvino públicamente, previniendo que me haría responsable a los efectos que causaría mi seducción. Digan con lo más que supieren.>

El testigo don José María Borrero y Baca, contestando, bajo la santidad del juramento, a la pregunta que antecede, dijo: <Que todo lo que se interroga es cierto, respecto a que aun el día que se cita, a presencia del que declara, le reconvino el Alcalde Jáuregui al que le presenta, con estas expresiones: *Usted está invirtiendo el orden público* y que le hacía responsable de las consecuencias malas que se debían seguir, por pretender que se jure la Independencia; que no tiene presente qué es lo que le contestó el postalante; y como le viere tan enfurecido a dicho Alcalde Jáuregui, creyó que ese día fuese arrestado a la prisión.>

El testigo don Ignacio Ochoa, contestando a la misma pregunta, expuso: Que el ciudadano José Sevilla y otros individuos de quienes no hace memoria le hablaron, que a tiempo que salía mucha gente de la Capilla de Todos Santos, convidó en público (Ordóñez) se congregasen a la plaza mayor para un Cabildo Público, que en él se pensaba aclamar la Patria. Que le consta al declarante que al entrar aquel día en las Casas Episcopales, en donde vivía el señor Licenciado José María Vázquez de Noboa, y hacía reunión el concurso del vecindario para el Cabildo Abierto, en uno de los corredores de las indicadas Casas le reconvino don Juan Antonio Jáuregui, que se hallaba de Alcalde Constitucional, que le hacía responsable al que le presenta de los malos efectos que causaría la seducción que andaba haciendo por los barrios, enfurecido dicho Jáuregui.

El Dr Alberto Muñoz Vernaza apoyado en otra información pedida por el mismo don Tomás Ordóñez, para justificar el principal papel que éste desempeñó en nuestra Revolución de Noviembre, refiere lo que hemos relatado, en los términos siguientes:

“Era un día Domingo, y andaban después de la misa de doce, en los ajeteos de reunir al pueblo que salía de la capilla o iglesia de Todos Santos y dirigirlo a la Casa Consistorial. Al ir a penetrar en ella un grupo de pueblo, encabezado por el entonces Teniente de infantería Tomás Ordóñez, fue éste reconvenido por el Alcalde segundo, que lo era el español don Juan Antonio Jáuregui, y como aquel replicara con energía que el pueblo determinaría en el Cabildo lo que tu-

(1) Jáuregui, en calidad de Regidor, ejercía la Alcaldía, no en propiedad, sino interinamente.

viere por más conveniente, el Alcalde llamó a la guarnición militar de la plaza y la colocó al frente de dicha casa, con veintidós piezas de artillería, y orden de disparar al primer bullicio que ocurriera, lo que dió por resultado la dispersión y fuga de los principales comprometidos.»

Fracasada la que, según nuestro criterio y el del Dr. Muñoz Vernaza, constituyó la primera tentativa revolucionaria, los patriotas trataron de poner en práctica otra medida para salir avantes en su propósito de obtener la Emancipación de Cuenca, de la que vamos a ocuparnos.

El Mariscal de Campo don Melchor Aymerich, Gobernador de esta ciudad, con ligeras interrupciones, desde 1803, estaba ejerciendo, interinamente, la Presidencia de la Real Audiencia de Quito, por haberse separado de dicho cargo el Teniente General Don Juan Ramírez. Hallábase, en consecuencia, desde el 25 de Agosto de 1819, sirviendo el puesto de Gobernador de Cuenca Don Antonio Díaz y Cruzado, Teniente Coronel graduado y Capitán vivo del ejército del Perú.

El Doctor Joaquín Salazar y Lozano, Francisco Chica y el Teniente Tomás Ordóñez, que era cuñado del primero, fueron comisionados por los patriotas para entenderse directamente con el Gobernador Díaz Cruzado, a fin de que éste, como primera autoridad de la Provincia, proclamase la Independencia, ofreciéndole que, si aceptaba la propuesta, quedaría el mismo al frente de la Gobernación. Díaz Cruzado accedió a la petición. Pero el Comandante militar de la plaza, Coronel Don Antonio García Trelles, español de nacimiento y consumado realista por añadidura, sabedor de las miras de Cruzado, le hizo arrestar a éste y conducirle preso a la Casa Consistorial; y a poco con una escolta de veinte hombres, le remitió a Quito. Diremos de paso que Díaz y Cruzado no llegó sino hasta el pueblo de Cañar, donde el Capitán Miguel Pino y el Subteniente veterano don Manuel Chica y Ramos, con auxilio de gente, le libertaron del arresto a Cruzado, regresándolo a Cuenca.

Aunque fracasó, también, por el motivo expresado, la segunda tentativa de los patriotas cuencanos, ésta produjo siquiera el benéfico resultado para la causa de la Independencia de que, separado Díaz y Cruzado, y ausente, sin duda, el Alcalde de primer voto, don Macedonio Serrano, recayó la Gobernación, como Alcalde de segundo voto, y conforme al régimen administrativo vigente en las colonias españolas, en el Licenciado don José María Vázquez de Noboa, que de realista fervoroso se había trocado en patriota; y que con el Dr. Salazar y Lozano compartía la dirección del movimiento revolucionario.

Como el Licenciado Vázquez de Noboa llegó a desempeñar, con el título de Jefe Político y Militar, la primera autoridad de Cuenca libre, nos parece oportuno, haciendo

un paréntesis en la relación, consignar algunos datos biográficos de aquel personaje. (1)

Don José María Vázquez de Noboa nació en la ciudad de Concepción en Chile y vino a Cuenca en 1806 o 1807. El 27 de Abril de 1808 hizo registrar en el legajo de Tomas de Razón de nuestro Cabildo, su título de Abogado de la Real Audiencia del Distrito. En 1º de Enero de 1809 fue elegido Alcalde de segundo voto, junto con don Fernando Salazar y Piedra, que lo fue de primero.

El 7 de Mayo de 1809 contrajo matrimonio con la Señora doña Teresa Ramírez y Astudillo, natural de esta ciudad. De este matrimonio nació un niño llamado José María Vicente Francisco Noboa y Ramírez.

El Dr. Vázquez de Noboa llegó a ser persona de cuenta entre nosotros, pues fue uno de los individuos que formó parte del célebre e ilegal Cabildo ampliado que se constituyó, cuando se recibió en Cuenca la noticia de la Revolución de Quito del Diez de Agosto de 1809

Como tal, el día 22 del mismo mes y año, en plena Sala Capitular, fue uno de los que, hincado de rodillas y puestas las manos en el libro de los Sagrados Evangelios, juró defender los derechos de Fernando VII, en su nombre, los de la Junta Suprema Central que gobernaba en España, hasta derramar, si fuese necesario, la última gota de sangre.

Dos días después, junto con Dn. Antonio García, ofreció el Dr. Vázquez de Noboa levantar una compañía de infantería, éste, y de caballería aquél, *para la defensa de los derechos de la Religión, el Rey y la Patria.*

En 1810, por ausencia del Doctor Pablo Hilario Chica, sirvió Vázquez de Noboa, provisionalmente, el puesto de Asesor del Ayuntamiento. En 1811, el de Procurador General Síndico de Cuenca; y con ese carácter solicitó el establecimiento de la Real Audiencia en esta ciudad. Hallábase aquí, a la sazón, el Presidente de Quito, Dn. Joaquín de Molina y Zuleta y dos de los Oidores de la Real Audiencia, encontrándose Quito ocupada por los independientes, después de la llegada de Dn. Carlos Montúfar. Accedió Molina y Zuleta a la petición del Procurador, y ratificada por el Cabildo, se estableció el Tribunal de la Real Audiencia en Cuenca, el 25 de Febrero de 1812.

Después de ejercer el Dr. Vázquez de Noboa los cargos de Secretario del Presidente Molina y de Regidor del Cabildo, entró en 1813 a servir el puesto de Abogado Fiscal interino de la Real Audiencia aquí establecida.

Hasta el 19 de Julio de 1816, día en que la Audiencia fue restituida a Quito, por el Presidente Dn. Teribio Montes, se conservó Vázquez de Noboa en su puesto de Fiscal

(1). Los tomamos de la mencionada obra del Dr. Octavio Cordeiro Palacios, intitulada «Crónicas Documentadas para la Historia de Cuenca»; copiándolas en parte literalmente.

interino; y continuó desempeñándolo en aquella ciudad, probablemente hasta el año de 1819, fecha en que regresó a Cuenca; pues fue elegido de Alcalde de Segundo Voto para el año de 1820, cargo que se hallaba desempeñando cuando tuvo lugar nuestro movimiento emancipador; del que vamos a continuar hablando.

Vázquez de Noboa, aunque se hallaba ya en ejercicio de la Gobernación, no pudo proclamar la Independencia, porque no contaba con la fuerza armada, que estaba a disposición del Coronel Dn. Antonio García. En estas circunstancias, Vázquez de Noboa convocó para un Cabildo ampliado, que debía reunirse el primero de Noviembre de 1820, para que en él se diera el grito de Emancipación de la Metrópoli. Este particular consta de un oficio dirigido a Vázquez de Noboa por los Ministros de la Real Hacienda, que lo reproducimos de "Crónicas Documentadas."

"A las once de esta mañana hemos recibido, cada uno, los oficios de V. S., de esta fecha, citándonos al Cabildo que ha ampliado; pero en ocasión de hallarnos en el despacho preciso y urgente de ajustamiento del sueldo del Señor Don Antonio Díaz y Cruzado, y formación del cese respectivo, con motivo de haber avisado el Señor Comandante de las Armas había de marchar para Quito el día de mañana.—Dios etc.—Ministerio Principal de Ejército y Hacienda Nacional de Cuenca, primero de Noviembre de mil ochocientos veinte.—Antonio Soler.—Vicente de Arriaga.—Sr. Dr. Dn. José María Vázquez de Noboa, Alcalde Primero Constitucional."

Debemos advertir que Cabildo Ampliado era muy distinto de Cabildo Abierto o público; pues a éste concurría todo el pueblo, y a aquel sólo determinadas personas de viso, invitadas expresamente por el Presidente del Ayuntamiento. En consecuencia, el Cabildo que trató de convocar Vázquez de Noboa es diferente del Cabildo Público, cuya reunión intentó el Teniente Tomás Ordóñez, a raíz de la recepción en Cuenca de la noticia de la Revolución de Guayaquil.

Aprovechamos de esta oportunidad para manifestar que, en nuestro humilde concepto, no es exacto aquello de que los patriotas, hechos ya de las armas de la escolta del bando día primero de Noviembre, se convocaron y fueron para el vecino pueblo de San Juan del Valle, a fin de organizarse y acordar definitivamente un nuevo plan. Nos apoyamos para esta aseveración, en primer lugar, en que ninguno de los patriotas que tomaron parte en la Revolución de Noviembre, y que después hicieron valer sus servicios ante el Gobierno de la República, mediante informaciones testimoniales, habla de dicha reunión en el pueblo mencionado; y en segundo lugar, en que el asalto a la escolta del bando para desarmarla, asunto del que nos ocuparemos luego, se verificó el Tres de Noviembre.

Creemos, pues, por lo expuesto, que contienen un error las palabras estampadas en una solicitud presentada por Jerónimo de Illescas en la causa criminal que, por calumnia, propuso él contra Manuela Aroca y Ana Vitela; único documento, en que se apoyan los que sostienen que hubo reunión patriótica, en la fecha indicada, en San Juan del Valle. He aquí dichas palabras: "Con la noticia de este estrépito, y para satisfacer al pueblo de lo que cada individuo juzgaba contra mi conducta, puse al señor Coronel de esta plaza una representación humilde, haciéndole presente *no estaba en San Juan del Valle el día de finados en el año 20, con el Doctor José María de Noboa, y sus camaradas recolectando gente, ni en Junta de Patriotas.*"

Podemos estar equivocados, y estamos listos a rectificar nuestro error, siempre que se compruebe con documentos más fidedignos que el transcrito, que realmente tuvo lugar la reunión de los patriotas en la parroquia del Valle el día dos de Noviembre de 1820. Sea de ello lo que fuere, lo cierto es que no se verificó el Cabildo Ampliado que convocó Vázquez de Noboa.

Como existía enemistad personal entre éste y el Dr. Joaquín Salazar, que eran los dirigentes del movimiento revolucionario, intervinieron personas influyentes para zanjar esta dificultad que entorpecía los planes de los patriotas. Habiendo conseguido que se relacionaran Vázquez de Noboa y Salazar Lozano, se celebraron varias juntas de los comprometidos en la casa en que vivía el primero; y se acordó, definitivamente, prescindir de medidas pacíficas, hacerse de armas, y con ellas batir en forma y de frente a la tropa realista que guarnecía la plaza, para lo cual concibieron y ejecutaron un atrevido plan que era el siguiente:

"Vázquez de Noboa mandó publicar el día convenido, es decir el Tres de Noviembre de 1820, unas Reales Ordenanzas españolas, por bando solemne, acompañado de la escolta militar de costumbre. Mientras se leía el dicho *Bando* en una de las esquinas de la ciudad, nueve de los conjurados se echaron sobre la escolta y la desarmaron a la fuerza, antes que pudieran darse cuenta del suceso. Los nueve valientes estaban capitaneados por el Teniente Tomás Ordóñez, que fue el héroe de la jornada. Trabado se hallaba luchando fuertemente con un soldado, cuando otro le atravesó la pierna de un golpe de bayoneta, única sangre derramada, en ese día célebre. Otro de los asaltantes fue el Escribano don Zenón de San Martín y Landívar; no hemos podido descubrir aún con toda exactitud los nombres de los siete restantes de la empresa. San Martín obtuvo por su hazaña el grado de Capitán de Granaderos." (Muñoz Ver-naza).

Añadiremos que, también, tuvieron la gloria de contarse entre los asaltantes de la escolta del *Bando*, don Vicente Toledo y probablemente, don Ambrosio Prieto; de quien,

en las copias de las propuestas, que se hicieron al Intendente del Departamento, en 1825, se dice: «Fue uno de los comprometidos para asaltar el cuartel de esta ciudad en Noviembre del año 20; fue sorprendido y preso por esta causa; emigró a Guayaquil, cuando sucumbió esta provincia.»

Nosotros opinamos que las palabras *asaltar el cuartel*, se refieren al asalto de la escolta del Bando, de que hemos hablado, porque en realidad no hubo tal ataque al cuartel. Apoyamos nuestro parecer en las siguientes razones: Primera en que don Tomás Ordóñez, que fue el caudillo militar, el brazo, en una palabra, el alma de la Revolución de Noviembre, en las múltiples solicitudes (que las hemos leído) que presentó ante diversas autoridades, con el objeto de justificar, con abundante prueba testimonial, los méritos que contrajo en nuestra Revolución, no habla nunca de que asaltó el cuartel, sino únicamente la escolta del Bando.

Segunda, en que en los certificados y otros documentos de esa naturaleza, se usan de términos hiperbólicos que, si no se hallan reñidos con la verdad, la desvirtúan y alteran. Por ejemplo, en un oficio, fechado en 29 de Mayo de 1826, dirigido por el General don Ignacio Torres al Secretario de Guerra de Colombia, en el que pide que se le conceda a don Tomás Ordóñez la efectividad de Capitán del Ejército con el grado de Teniente Coronel, se leen estas palabras: «La ferocidad española no pudo abatir el ánimo de este oficial, hasta ofrecerse víctima a favor de la libertad de la Patria, cuando personal y principalmente sorprendió la Guarnición Militar de esta Plaza y consiguió sucumbirla, destrozando con serenidad los peligros que por felicidad sólo pararon en una herida que le acreditan sus documentos.» Ahora bien, estas frases no son ciertas, en su sentido literal; pues lo único en que tomó parte el Teniente Ordóñez fue en el ataque a la tropa del Bando, en el que salió herido; y,

Tercera, en que el hecho notable, que dió realmente principio a la Revolución, y que tuvo lugar el Tres de Noviembre de 1820, fue tan sólo el asalto a las armas de la escolta del Bando. Este aserto está plenamente comprobado con las declaraciones de los respetables patriotas don José María Borrero y Baca, don Ignacio Ochoa, don Felipe Serrano, don Rafael Arias y don Manuel Obica y Astudillo, quienes, unánimemente, contestan: *que es cierto, público y notorio* todo el contenido de la siguiente pregunta que se halla en la solicitud anteriormente citada presentada por don Tomás Ordóñez, ante el Gobernador de Cuenca, Coronel don Tomás de Heres,

«5^ª—Si saben que el Tres de Noviembre de dicho año (se refiere al de mil ochocientos veinte) asaltó el Bando en

el Comercio, (1) y me hice de un fusil y salí herido, escapando de un balazo. Digan con lo más que supieren.» (2).

Reanudemos el roto hilo de la narración, transcribiendo lo que dice el Dr. Alberto Muñoz Vernaza, en su magnífica Monografía, «La Independencia de Cuenca.»

“La lucha fue corta y dueños de las armas de la escolta del Bando se replegaron los patriotas a la vecina plazuela de San Sebastián, en donde reunidos ya a numeroso pueblo, proclamaron la libertad e independencia de la Provincia de Cuenca.”

«El entusiasmo popular fue indescriptible, y los cabecillas del movimiento se andaban por toda la ciudad reuniendo gente. Imposibilitado Ordóñez de caminar a pie, por la herida que recibió, encontró por una de esas calles un caballo suelto; cabalgó en pelo, y así recorrió la población, animando, entusiasmando y reuniendo a las multitudes para precipitar el desenlace.»

«El Cura de Pueblo-Viejo, Dr. Juan María Ormaza y Gacitúa, que se encontraba en Cuenca, gestionando en el concurso de beneficios curados, se encargó de perorar en público, con todo el influjo del carácter eclesiástico, en una población esencialmente religiosa. Manifestó, con elocuencia, la justicia de la causa común de América, y la necesidad y obligación en que todos estaban de hacer los mayores sacrificios por la libertad e independencia de la Patria. Fácil es calcular el efecto que produciría en los ánimos enardecidos estas patrióticas y oportunas exhortaciones.»

La fuerza con que contaba el Coronel García era la de ciento nueve hombres, al mando inmediato del Teniente Jerónimo Arteaga. Dicha fuerza se aumentó con la gente colectada el Tres de Noviembre, desde el momento de la revolución, según aparece de un oficio, fechado en 4 de Noviembre de 1820, suscrito por don Antonio García, publicado por el Sr. Dr. Luis Cordero Dávila en una hoja suelta, en 10 de Abril de 1916; y reproducido en «Crónicas Documentadas.»

«El elemento español se agrupó al rededor del Comandante Militar, Coronel Antonio García, quien con la guarnición, armas y municiones de que pudo disponer, se atrincheró en la plaza principal y en las calles adyacentes, con baterías de cañones, fusilería y lanzas. La Revolución, situada en la parte occidental de la ciudad, no contaba sino con los pocos fusiles arrebatados a la escolta del Bando,

(1) Habla de la calle que llevaba ese nombre, y que ahora se denomina «Bolívar», en la parte comprendida entre las actuales calles «Luis Cordero» y «Juan Jaramillo.»

(2) La información relativa al Teniente Ordóñez, junto con otros valiosos documentos, formando un libro lujosamente encuadernado, fueron enviados por la I. Municipalidad de Guayaquil a la de Cuenca, con motivo de la celebración del Centenario de nuestra Emancipación.

y algunas armas blancas. Los cañones vomitaban metralla y bala rasa a cada asomo de los patriotas de San Sebastián, pero el tiroteo intermitente no producía los estragos que eran de esperarse.»

No considerando adecuado el primer sitio elegido, la multitud aglomerada en San Sebastián se trasladó, a pesar del vivo fuego de cañón y fusil de los realistas, al barrio del *Vecino*, conocido hasta ahora con el mismo nombre, en donde establecieron el cuartel general; lugar estratégico de importancia, no sólo porque domina a la ciudad del lado Norte, sino porque allí se puede recibir refuerzos de los pueblos de mayor número de habitantes de la Provincia, como sucedió en efecto; pues gran cantidad de gente acudió de los lugares circunvecinos, a reforzar a los luchadores de la ciudad.»

No sólo de los lugares circunvecinos, agregaremos, sino de parroquias distantes como la de Chuquipata, vino el Cura de élla, el famoso patriota, Maestro Javier Loyola, a la entrada del *Vecino*, con un copioso número de hombres blancos e indígenas armados, a auxiliar al Señor José Noboa, y luego de esta misma suerte engrosado el ejército, entró en esta Plaza. (Palabras que se hallan en el Certificado de civismo dado al Maestro Javier Loyola por el Cabildo de Cuenca, en 1825.)

El Cura Loyola llegó probablemente con tan oportuno auxilio por la tarde del día cuatro de Noviembre.

“Vino la noche (se refiere a la del tres de Noviembre) y cada uno de los bandos contendientes guardó sus posiciones.

Al siguiente día, 4 de Noviembre, continuó el asedio de la Plaza, y desde el barrio del *Vecino* se aumentaba más y más la presión sobre las autoridades y fuerzas realistas, hasta que por su aislamiento y falta de apoyo en la opinión pública, se vieron precisadas a rendir las armas y entregar el Gobierno a la Revolución triunfante. Las fuerzas acampadas en *El Vecino* penetraron a la ciudad, para ocupar la Plaza, por la calle que, en memoria de ese hecho, se denominó después de “*La Victoria*.”

“Dueños de la Plaza, encuartelaron una pequeña fuerza para escolta y guarnición, y como, según era de esperarse, comenzaron a circular noticias de que avanzaban fuerzas de Aymerich para sofocar la revuelta, se ofreció para hacer la guardia de noche en el cuartel, el mismo Teniente Ordóñez, a pesar de su herida.”

La familia de Ordóñez se había manifestado adicta a la causa de la Independencia, desde los tiempos de la Revolución de Quito, en 1809. Su Padre, Don Francisco Paulino Ordóñez, era dueño de la casa situada en la esquina de San Agustín, y que últimamente pertenecía a la familia del Dr. Vicente Salazar. En tal casa se hallaban depositadas, en esa fecha, las *Cajas Reales*, y allí mismo se reunieron el Contador Real Dn. Francisco Calderón, el Alcalde Dn. Fernando

Salazar y Piedra y los demás patriotas que pretendieron coadyuvar el movimiento de Quito, y fueron luego enjuiciados y desterrados. Esa casa tiene también para los cuencanos el glorioso recuerdo de que en ella nació el héroe de Pichincha, Abdón Calderón, hijo del mencionado Contador Dn. Francisco."

Que la casa de que habla el Dr. Muñoz Vernaza, fue de la propiedad de Dn. Paulino Ordóñez, y que en ella se hallaban depositadas las Cajas Reales, consta del siguiente documento que se encuentra en el Archivo de esta Gobernación:

"En oficio de ayer expresé que el alquiler de la casa en que se hallan establecidas *estas Cajas y Contaduría*, sólo se hallaba satisfecho de los 180 pesos anuales que importa, hasta fines del año do 820, y fue pagado al dueño de la casa *Paulino Ordóñez*; pero en todo el transcurso posterior, desde 1º de Enero de 821, hasta 22 de Febrero del presente año, que corrió esta Provincia por el Gobierno Español nada se ha pagado al dicho por el alquiler vencido en el mencionado tiempo; ni en él ocurrió para percibirlo, habiendo estado ausente, según parece, en la Provincia de Guayaquil. Con lo cual creo satisfacer a lo que V.S. solicita por su oficio de esta fecha sobre el particular.—Dios gue. a V. S. m. a.—Ministerio Principal de Hacienda Pública de Cuenca, 17 de Septiembre de 1822.—Antonio Soler.—Sr. Coronel Dn. Tomás de Heres Gobernador de esta Provincia."

Triunfante la Revolución en la noche del 4 de Noviembre de 1820, fue proclamado Jefe de la República de Cuenca, con el título de Jefe Político y Militar, el Dr. Dn. José María Vázquez de Noboa. Posteriormente encabezaba sus decretos con los pomposos títulos siguientes: «Dr. Dn. José María Vázquez de Noboa y López de Artiga, Presidente de la Junta Suprema de Gobierno, Senado de Justicia, Excelentísimo Cabildo y demás Corporaciones del Distrito, General del Ejército Libertador de las Cadenas, Jefe Político y Militar de la Provincia Libre de Cuenca, etc.»

El 5 de Diciembre del año indicado, se verificó La Jura de la Independencia y se celebró la Misa de Acción de Gracias en la Iglesia Catedral. Ocupó la cátedra sagrada y predicó la oración gratulatoria el Dr. Andrés Beltrán de los Ríos, patriota distinguido que, posteriormente ofreció a nombre del Ayuntamiento, el barquete que esta Corporación dió al Libertador, cuando vino a Cuenca en Septiembre de 1822. El Dr. Beltrán de los Ríos, como Diputado por el Azuay al Congreso de Colombia, en 1825, abogó con calor y entusiasmo por el establecimiento de una Corte Superior de Justicia en Cuenca.

Hemos descrito a grandes rasgos nuestro movimiento Emancipador, que fue obra exclusiva del entusiasmo patriótico del pueblo, lo que constituye un timbre de gloria y legítimo orgullo para los cuencanos. Con razón dijo el Dr. Luis Cordero Dávila: «En ese Tres de Noviembre de 1820,

que fue un día Viernes, dieron nuestros padres, noventa y cinco años hace, el grito de Independencia, y no en menaguada y pacífica lid, sino entre los botes de las lanzas y el tronar de los cañones de Iberia.»

Reproduzcamos, también, lo que, en su obra mencionada, dice al respecto el Dr. Octavio Cordero Palacios: «Aquí una observación de carácter peculiarísimo para el movimiento emancipador de Cuenca. Su Revolución de Independencia no buscó apoyo en defección alguna de cuartel, pero ni siquiera de cabo o soldado raso de la guarnición enemiga, por humilde que hubiera sido. Loor por ello a los cuencanos realistas, que combatieron obstinadamente por el Rey, cuyas banderas habían jurado, y que sucumbieron lealmente en el empeño; y loor por igual motivo a los cuencanos patriotas, a quienes no pasó ni por el pensamiento la idea de alcanzar el triunfo de otro modo que *a pleno sol y con el arma al brazo.*»

«Otra nota simpática de la revolución de Noviembre es la concurrencia de los pobladores de la comarca sin distinción de raza, condición o estado. En acta alguna que yo sepa se verá tomar deliberación al indio, precisamente al que correspondía reivindicar mayor suma de derechos. No obstante existir aquí muchos hijosdalgo, desde antes se buscaba la concordia dentro de una igualdad casi democrática. En el momento mismo de emanciparse, los libertadores se anticiparon a significar el generoso propósito de redención del indio, del tributario, del trabajador forzado de la gleba o de la mita. Se improvisó el escudo de la novísima República (la de Cuenca) cuyo hallazgo debemos a un sabio investigador: el aborigen inca, el hierro vengador en la tierra, en su tierra, para recuperarla, cuando luce en lo alto una estrella protectora. Desde esa remota época, no es lo sustancial y claramente cristiano lo que hemos obtenido para labrar y elaborar al indio, para incorporarle a la civilización totalmente. La filantropía y la ley, mucho menos ciertamente que la Religión, apenas han conseguido hasta ahora una conquista de lugares comunes como legislativos y de romanticismo literario, sin fundar la reforma en las costumbres y arraigarla en la definitiva asimilación de las razas.» (Frases del discurso del Dr. Remigio Crespo Toral, pronunciado el Tres de Noviembre de 1915, fecha en la que, por primera vez, se celebró en Cuenca el aniversario de nuestra Independencia.)

Como se ve por las palabras transcritas el escudo que adoptó la República de Cuenca estaba representado: por un robusto aborigen, con los pechos y muslos desnudos, teniendo en la mano derecha una lanza hincada en la tierra y con la izquierda levantada hacia una grande y luminosa estrella. La significación del escudo está, diestra y galanamente descifrada por nuestro gran poeta, Remigio Crespo Toral, cuyas sienes fueron ceñidas merecidamente con áurea corona de lau-

rel, en otro aniversario de nuestra Emancipación, el Tres de Noviembre de 1917.

Con el objeto de propagar la revolución en todo el extenso y hermoso territorio, que un tiempo se denominó Departamento del Azuay, en la Gran Colombia, Vázquez de Noboa dirigió, el mismo día cinco de Noviembre una *Proclama* a los Cabildos de Loja y Zaruma, que está transcrita íntegramente en "Crónicas Documentadas para la Historia de Cuenca."

"*La Villa de Zaruma* correspondió en el acto a la Proclama del Jefe Político y Militar de Cuenca, pues, en el mismo mes de Noviembre de 1820, Dn. *Bonifacio Reyes Gálvez*, movido por el Presbítero Dr. Dn. Apolinario Ramírez, dió el grito de insurrección contra el Gobierno de España y proclamó la Independencia de dicha Villa." (Octavio Cordero Palacios. —Obra citada.)

Loja no proclamó su Independencia, en cuanto recibió la *Proclama* mencionada, sino meses después, el 19 de Septiembre de 1821, cuando la vanguardia de la división patriota del Coronel Dn. Santiago Luco, mandada por el Mayor Francisco María Frías, avanzaba a Cuenca, después del triunfo de Sucre en Yaguachi. Pero en cuatro de Noviembre del mismo año, *se restableció en Loja el debido homenaje al legítimo Gobierno* (el de España.) Estos particulares constan en el acta de la sesión del Cabildo de Cuenca, celebrada en 9 de Noviembre de 1821.

El cambio Político verificado en Cuenca llegó al conocimiento del Presidente de Quito, Dn. Melchor Aymerich, mediante oficio de Vázquez de Noboa, fechado en 5 de Noviembre, acompañado de un reclamo que hacía el Ayuntamiento, sobre franquicia de comercio y correspondencia entre Quito y Cuenca. La contestación de Aymerich (el *Visir* de Quito, como lo llamaba Vázquez de Noboa) fue, como era de esperarse, áspera y destemplada.

El 7 de Noviembre de 1820, el Jefe Civil y Militar de Cuenca dirigió al General Francisco de Paula Santander, Vicepresidente de Colombia, un oficio, participándole el movimiento revolucionario verificado en esta ciudad. (1) Hablando de éste se dice en dicho oficio:

"Los días 3 y 4 del corriente (se refiere al 3 y 4 de Noviembre de 1820) fueron los de la mayor ignominia para los agentes del despotismo: en ellos vieron que al valor nada se resiste, y convencidos de la impotencia de sus armas y de que la sangre de los patriotas derramada por ellos infructuosamente sólo servía para electrizar a los que se habían decidido por la noble empresa de recobrar los derechos usur-

[1] Este oficio lo remitió en copia el Sr. Dr. Dn. Alberto Muñoz Vernaza, desde Bogotá, donde se hallaba de Ministro Plenipotenciario del Ecuador, y se encuentra íntegramente transcrito en "Crónicas Documentadas" &

pados a sus mayores, se decidieron mal de su grado a la entrega del cuartel, y a que reinase el orden, la unión y alegría que forma el carácter de los patriotas”

Proclamada la Independencia, era necesario sostenerla a todo trance, para lo cual los patriotas cuencanos se aprestaron a la lucha; pues era de temerse que, decidida la campaña en el Norte, entre las fuerzas del Coronel Luis Urdaneta y las de Aymerich, cayesen parte de éstas, en caso de triunfo, sobre Cuenca, para tener una vía expedita al Perú, como así se verificó al andar de poco tiempo. La prudencia y la necesidad aconsejaban, pues, prepararse para ese evento. Hombres no faltaban, pero se carecía de armas y pertrechos. Al principio se pensó ocurrir por esos elementos de guerra al Cascajal, hoy Buenaventura; pero como la cosa urgía y este Puerto estaba distante, se cambió de parecer, y se acordó enviar una comisión a Guayaquil para la adquisición de fusiles y municiones.

Los comisionados fueron Dn. Pedro Rodríguez, natural de Lima, y el antiguo Patriota Dn. Francisco Paulino Ordóñez, quienes llevaron para la compra de elementos bélicos la cantidad de doce mil trescientos doce pesos. De parte de esta cantidad, se hizo cargo la Junta de Gobierno de Guayaquil, la que “remitió algunos pertrechos y ciento sesenta fusiles, de los que algunos llegaron, y otros fueron tomados en el camino, por las tropas enemigas que perseguían a los emigrados, después de la derrota de Verdeloma.” Las Palabras que están entre comillas se encuentran en una solicitud presentada por Dn. Pedro Rodríguez al Coronel Heres, en la que pide que, en atención a sus servicios, se le conceda una de las Administraciones o Contadurías de Correos o Tabacos.

“Los diez mil pesos restantes los tomó el Coronel Dn. Tomás Guido, Enviado de San Martín ante la Junta de Guayaquil, y se quedó con ellos. Mil fusiles perdimos así miserablemente, pues el contrato se hizo a diez pesos cada fusil.” (Octavio Cordero Palacios)

CAPITULO IV

Convocatoria para las elecciones de Diputados para el Consejo de la Sanción.—Se reúne esta Asamblea y expide el Plan de Gobierno de la República de Cuenca.—Observaciones acerca de este Plan.—Rasgos biográficos del Dr. Custodio Veintemilla, Dn. José Cárdenas, Dn. Manuel Dávila y Chica, Fray Alejandro Rodríguez y Dn. José María Borrero, Vocales de la Junta Suprema de Gobierno.—Movimientos de los patriotas de Quito.—Asalto y toma de los cuarteles de Latacunga y Ambato.—Riobamba y el Asiento de Alausi proclaman la Independencia.—Sangriento combate de Huachi (22 de Noviembre de 1820) en el que son derrotadas las fuerzas de Urdaneta.—Organización en Cuenca de los cuerpos que hicieron frente a las fuerzas vencedoras de González.—Aque-

Uos son derrotados en Verdeloma (20 de Diciembre de 1820). El Movimiento Emancipador de Cuenca del 3 de Noviembre, no sólo fue patriótico, sino utilísimo para la causa de la Independencia del Ecuador.

No puede concebirse Estado sin organización política. Era, pues, indispensable dar una Constitución a la República de Cuenca; o, según el lenguaje más sencillo e ingenuo de nuestros Próceres, un Plan de Gobierno. Para expedirlo debía convocarse una Asamblea, a la que dieron el nombre de Consejo de la Sanción.

Todas las corporaciones, todas las parroquias debían concurrir a dicha Asamblea, por medio de su Diputado, el que debía ser elegido libre y espontáneamente, según el leal saber y entender de los electores, por pluralidad absoluta de votos. Al efecto, en ese sentido, con amplitud, buena fe y sinceridad, se hizo la convocatoria, con fecha 8 de Noviembre de 1820, por el Dr. Vázquez de Noboa, como Jefe de la nueva República, al Ayuntamiento, al Cabildo Eclesiástico, a las Comunidades Religiosas, al Clero, a la Milicia, a las corporaciones de Abogados, agricultores y comerciantes, a los gremios de artesanos y a los Tenientes Políticos de todas las parroquias que formaban parte de la antigua Provincia de Cuenca.

Las elecciones se verificaron libre y espontáneamente, el 12 de Noviembre de 1820; y el Consejo de la Sanción se reunió en esta ciudad, el 15 del mismo mes y año, en la casa en que vivía el Dr. Dn. José María Vázquez de Noboa.

«En Crónicas Documentadas para la Historia de Cuenca» del Sr. Dr. Dn. Octavio Cordero Palacios, con documentos, al parecer concluyentes, que constan desde la página 145 hasta la 152 inclusive, se prueba que la casa en que se dictó y firmó el Plan de Gobierno de la República de Cuenca, es aquella situada en el barrio del Carmen de la que es dueño, en la actualidad, el Sr. Dr. Dn. José Peralta. Tan evidente pareció la prueba de que hablamos, que, en la celebración del Centenario de nuestra Independencia, el 15 de Noviembre de 1820, se colocó una lápida conmemorativa de tan fausto suceso, en la fachada de la indicada casa del Dr. Peralta.

Decretada ya la colocación de la mencionada Lápida, y constituyendo ésta uno de los números de los festejos del Centenario, el 30 o 31 de Octubre de 1920, recibió el Municipio de Cuenca del I. Concejo de Guayaquil un libro lujosamente encuadernado que contenía importantes documentos relativos a nuestro Grito de Independencia.

En uno de ellos, que en parte lo reproducimos anteriormente, se encuentra que Dn. Ignacio Ochoa, uno de testigos presentados por don Tomás Ordóñez para justificar los servicios patrióticos prestados por éste, dice terminantemente:

“Que le consta al declarante que al entrar aquel día en las Casas Episcopales en donde vivía el Sr. Licenciado José María Vázquez de Noboa y hacía reunión el concurso del vecindario para el Cabildo Abierto, &.”

Ahora bien, es incuestionable que la declaración de un testigo presencial y respetable, tiene un gran valor en el terreno de las investigaciones históricas; y que, por lo mismo, hecho un estudio más detenido acerca del asunto, si de él resulta verdadera, como lo creemos, la declaración de Dn. Ignacio Ochoa, patriota contemporáneo de Vázquez de Noboa y del Teniente Ordóñez, debe trasladarse la Lápida conmemorativa del frontis de la casa del Dr. Peralta, y colocarla en la mármorea fachada del Palacio Universitario, que está construyéndose cabalmente en el sitio que antes ocupaban las Casas Episcopales. (1)

Reunidos, como dijimos, los Diputados del Consejo de la Sanción, expidieron el Plan de Gobierno de Cuenca, que vamos a reproducir, sin alterar un ápice sus palabras, pero con la ortografía moderna y sin tantas abreviaturas como las que se encuentran en el ejemplar original que remitió el Sr. Dn. Celiano Monje, cuyo traslado fue impreso y repartido por primera vez en 3 de Noviembre de 1915, en virtud de un Acuerdo de esta Municipalidad; siendo Presidente de ella el Dr. Dn. Octavio Cordero Palacios, y Secretario, el talentoso y consumado literato Dn. Agustín Cueva Muñoz, que falleció, poco tiempo después, en la plenitud de su vida, cuando desempeñaba con brillantez el referido cargo.

“En la Ciudad de Cuenca, a quince de Noviembre de mil ochocientos veinte, primero de su Independencia. Los Srs. Diputados así de las Corporaciones de esta Ciudad, como de todos los Pueblos de esta Provincia que abajo suscribirán.” &

«Hallándose reunidos en las casas que habita el Exmo. Sr. General Jefe Político y Militar de esta Provincia libre, a efecto de sancionar el Plan de Gobierno que deba adoptarse, según el sistema de independencia que ha proclamado, sancionaron varios puntos interesantes, quedando establecidos por Ley Fundamental, los artículos siguientes:”

“En el nombre de Dios Todopoderoso Ser Supremo y único Legislador, cuyo Santo Nombre invocamos, Amén.

(1) El Dr. Octavio Cordero Palacios comprendió, sin duda, el error que hemos apuntado; y honradamente, en la página 313 de su obra, al transcribir la declaración de Ochoa, para llamar la atención del lector, pone en letras grandes y mayúsculas, las palabras «Vivía el Sr. Licenciado José María Vázquez de Noboa.»

CAPÍTULO I.

«Art. 1º.—La Religión Católica Apostólica Romana será la única que adopte, como adopta esta República, sin que ninguna otra en tiempo alguno, pueda consentirse bajo ningún pretexto; y antes bien por sus moradores y por el Gobierno será perseguido todo cisma que pueda manchar la pureza de su santidad.»

«Art. 29.—Cuenca es y será para siempre una Provincia libre e independiente de toda potencia o autoridad extraña, sin que en ningún caso deba ser subyugada por su voluntad.»

«Art. 39.—Sin embargo es y será confederada con las limítrofes y con todas las de América para los casos y cosas tocantes al sostén mutuo de su independencia y recíprocos derechos.»

«Art. 49.—Su Gobierno Político durará en el presente Jefe Exmo. Sr. D. D. José María Vázquez de Noboa por el término de cinco años, aun cuando la guerra con la Península o sus sectarios se termine en menos tiempo; pero si ésta continuase más, permanecerá el mando Político y Militar en el mismo Exmo. Señor, hasta que, efectivamente, la América quede emancipada del antiguo despotismo español.»

«59.—Terminado el Gobierno Político en el actual Jefe, para la posteridad se mudará cada dos años por elección popular practicada en el modo y forma que se ha verificado esta Junta.»

«Art. 69.—El Gobierno Militar y mando en Jefe de las armas estará en el oficial de mayor graduación; como hoy reside éste en el Excelentísimo Sr. Dr. D. José María Vázquez de Noboa, es a quien le pertenece perpetuamente en pequeña gratitud de haber sido el autor principal para plantar el sistema adoptado; justa y cordial recompensa por el voto general. Mas para lo sucesivo no podrá reunir un solo individuo el mando político y militar, respecto a que indispensablemente ha de estar cada atribución en distinta persona que merezca la confianza pública, o, que obtenga su grado militar en premio de los servicios hechos a la Patria.»

«Art. 79.—El actual Jefe como tal presidirá en todos los Tribunales, Senado y Corporaciones de la Provincia, y en cualesquiera Juntas que deban practicarse por exigirlo algunas circunstancias que imperiosamente lo pidan.»

«Art. 89.—Sus atribuciones serán las que han correspondido a los Virreyes, Capitanes Generales, con el agregado de la independencia en el uso y ejercicio de ellas.»

«Art. 99.—Tendrá el Jefe amplia autoridad con jurisdicción ordinaria, para juzgar los negocios y causas que no pendan ante otro Juez competente, siendo lo privativo de los Senadores y Vocales de la Junta con apelación al Senado.»

«Art. 10º.—Los delitos cometidos por los Jefes serán juz-

gados en primera instancia por el Senado de Justicia, y en segunda y tercera por la Junta Suprema de Gobierno."

"Art. 11.—Este Tribunal será el Juez de Residencia de dicho Jefe, cuando concluya su mando; debiendo entablarse las instancias que sobre ella se propongan, dentro del término de cuarenta días, y terminarse en el veinte."

"Art. 12.—En las ausencias o enfermedades del Jefe, ejercerá las funciones de tal, el Vocal de la Junta que la presida en lo interior de sus funciones y falta de aquel, cuya designación se hará por los mismos Vocales por suerte; y en lo militar el oficial de mayor graduación."

CAPITULO II.

"Art. 13.—Habrà una Junta de Gobierno con título de Suprema, el tratamiento de Eminencia en Cuerpo, y de Señoría en particular."

"Art. 14.—Sus individuos serán hoy nombrados por la presente Junta de Diputados del común, y durarán dos años, los que pasados se volverá a elegir por el mismo orden."

"Art. 15.—Se compondrá por ahora de cinco individuos, y en lo sucesivo de cuatro, suprimiendo el Vocal regular, será uno por el Clero Secular, otro por el Comercio, otro por la Agricultura, otro por la Milicia y hoy uno por el Clero regular."

"Art. 16.—La dotación de estas plazas será la de cuatrocientos pesos anuales, y la del Secretario que durará el mismo tiempo, la de doscientos, con cien pesos más para gastos de oficina y pago de un oficial."

"Art. 17.—Sus atribuciones estarán reducidas, a acordar con el Presidente las disposiciones general gubernativas.

Declarar la guerra y establecer la paz con anuencia del Jefe no teniendo voto en el primer caso los Eclesiásticos.

Conferir sobre el procomún de las Provincias.

Promover el fomento de la Agricultura y Comercio.

Fomentar las manufacturas, con premio al que las descubriere, o adelantare.

Establecer los medios conducentes a la salud pública.

Cuidar del ornato de las poblaciones.

Promover la educación de la juventud.

Establecer el Plan de ella y de estudios y grados, detallando las facultades de los colegios para este objeto. Se verificará esto con acuerdo del Senado de Justicia y Diputación del Ayuntamiento."

"Art. 18.—Si sucediera que muera algún Vocal de la Junta dentro del tiempo de su mando, reemplazará su lugar otro elegido por el mismo orden."

"Art. 19.—El distintivo o uniforme correspondiente a esta corporación, será señalado oportunamente por el Jefe."

CAPITULO III.

“Art. 20.—Habrá un Senado de Justicia compuesto de cuatro individuos con perpetuidad en sus destinos.”

“Art. 21.—Serán iguales en dignidad y uniforme, siendo sus preeminencias por el orden de su antigüedad y las mismas que se han acostumbrado hasta aquí en los individuos de los llamados Tribunales de Audiencia.”

“Art. 22.—Su distintivo será uniforme negro, banda aurora y sombrero de picos, alamares de plata en la solapa y bota manga, a un lado del cuello dos brazos unidos y al otro una balanza.”

“Ar. 23.—Su tratamiento en cuerpo de Excelencia, y en particular de Se oria.”

“Art. 24.—Tendrá un Secretario de Cámara y un Relator con trescientos pesos de dotación cada uno y los emolumentos de estilo, pasándose además al primero la cantidad de ciento cincuenta pesos para oficiales y gastos de oficina.”

“Art. 25.—Las atribuciones de este cuerpo estarán reducidas a la administración de segunda y tercera instancia en todo ramo y materia que llegue a ser contenciosa; debiendo admitirse las apelaciones en todo negocio que pase de cien pesos fuertes.”

“Art. 26.—También abrazar  el conocimiento de dicho Senado los recursos de fuerza y demás que ha conocido hasta hoy el llamado Tribunal de Audiencia.”

“Art. 27.—Se gobernar  por ahora por los Códigos que han regido hasta hoy en materias de Justicia, con sujeción a la reforma que éstos pueden padecer por particulares circunstancias, hasta que generalizado el sistema independiente en las Américas, se adopte la Legislación que más convenga.”

“Art. 28.—De los cuatro Senadores, los tres ejercerán la judicatura, y el menos antiguo se denominar  Fiscal, cuyo ejercicio comprender  lo civil, criminal y de Hacienda Patriótica en su Tribunal; asistiendo a él con voto en las materias en que no sea parte.”

“Art. 29.—Entre los Senadores el Decano será el Regente, y ejercerá como el Fiscal las particulares atribuciones que por las expresadas Leyes correspondían.”

“Art. 30.—Su dotación será la de mil doscientos pesos para el Decano, y mil pesos a los demás.”

“Art. 31.—Las provisiones se sellarán con las Armas de la Ciudad sin derechos de Canciller.”

“Art. 32.—La provisión de estas plazas como las demás políticas toca exclusivamente al Jefe según queda sancionado, no contrayéndose artículo alguno expreso del Plan a las provisiones militares por haberse estimado inconcuso e incontestable que es privativa del General.”

CAPITULO IV.

“Art. 33.—Habr  igualmente por ahora y mientras las circunstancias lo hagan útil, un Tribunal de vigilancia compuesto de las personas que tenga a bien el Jefe, a quien incumbe con preferencia cuidar del orden, tranquilidad y su misión de los pueblos a las autoridades constituídas.”

“Art. 34.—Sus individuos ejercerán esta comisión sin renta, estimándola como una carga anexa a los buenos desempeños y demostración de su patriotismo, cuyo mérito se tendrá por recomendable.”

“Art. 35.—Serán amovibles por el Jefe en el todo o por tiempo limitado según convenga a la quietud pública.”

“Art. 36.—El orden de proceder en el ejercicio de dicha comisión, será detallado por el Jefe con acuerdo del Senado de Justicia.”

CAPITULO V.

“Art. 37.—Para el Gobierno interior en los diferentes ramos de su comprensión habrá por ahora las mismas autoridades, corporaciones y oficios que hasta aquí, reducidas en primer lugar a un Ayuntamiento, compuesto de diez y seis Regidores, dos Alcaldes ordinarios, dos Procuradores y un Secretario, elegidos anualmente en el modo y forma que lo han sido por la llamada Constitución Española.”

“Art. 38.—Se confirma el actual Ayuntamiento, sus Alcaldes ordinarios y Secretario.”

“Art. 39.—El pueblo en la forma dicha procederá a elegir los funcionarios que faltan para el completo, cuyo número y días para el caso se designarán por el Jefe.”

“Art. 40.—La jurisdicción de los Alcaldes será la misma que tuvieron los Ordinarios, con apelación al Senado.”

“Art. 41.—El Ayuntamiento tendrá igualmente las mismas atribuciones que tuvo antes el Cabildo llamado Real.”

“Art. 42.—Los pueblos de la Provincia por el orden establecido elegirán anualmente un Juez territorial con facultad en lo civil de conocer y sentenciar sin proceso hasta la cantidad de cincuenta pesos, y en lo criminal hasta cerrar el sumario y dar cuenta a los Jueces de la Capital. El fallo sobre la cantidad de cincuenta pesos será sin apelación escrita, quedando al Jefe con el acuerdo, designar el modo de sustanciar estas apelaciones verbales.”

CAPITULO VI

“Art. 43.—La Hacienda Patriótica se gobernar  por ahora bajo del mismo plan que ha estado antes de la llamada Constitución Española, designándose por el Gobierno al Exmo. propietario de ella la dotación conveniente en consideración al déficit que ha padecido de sus rentas, adoptando el sis-

tema Republicano y en premio de sus servicios y patriotismo.»

«Art. 44.—Las causas contenciosas de Hacienda serán conocidas en primera instancia por el Alcalde de primer voto, con las apelaciones al Senado; perteneciendo lo gubernativo, económico y directivo al Jefe Superior de la Provincia.»

«Art. 45.—Estas causas se sustanciarán con un Abogado Fiscal que intervenga en los casos y cosas que le pertenezcan por su ministerio, sin más renta que sus emolumentos.»

CAPITULO VII

«Art. 46.—En orden al estado militar, sus preeminencias, rentas, disciplina, &, serán por ahora conformes a la Ordenanza Militar que ha regido en América, y queda adoptada con los mismos privilegios en orden a perpetuidad, montepío &; siendo de advertir que estas contribuciones no se cobrarán hasta pasados seis meses, en consideración a las particulares circunstancias que se han tenido presentes.»

CAPITULO VIII

«Art. 47.—Habiéndose omitido por equivocación poner este artículo en el capítulo que corresponde, siendo indispensable se adicione.—Que la renta de Jefe Político será la de cuatro mil pesos, y concluido su término la que le corresponda por razón de su grado militar, según Ordenanza.»

CAPITULO IX

«Art. 48.—Las oficinas están reducidas a una Caja Patriótica con dos oficiales conservadores, iguales en facultades a los que antes se llamaban Oficiales Reales, con dotación de mil pesos cada uno.»

«Art. 49.—La Administración de Tributos que hoy corre a cargo de uno, en lo sucesivo estará a cargo de los Alcaldes de los pueblos con el cuatro por ciento, obligación de fianza y de rendir cuentas a la Caja pública, con cuyo boleto se cancelará aquella.»

«Art. 50.—El primer Alcalde Ordinario de Cuenca cobrará los tributos de los indios que pertenezcan a las parroquias de San Blas, San Sebastián y San Roque, con la misma dotación &.”

«Art. 51.—El Gobierno, formando expediente sobre el particular, designará la cantidad de fianza correspondiente a cada pueblo.»

«Art. 52.—Habrá un Administrador de Alcabalas por el mismo orden que ha existido hasta aquí, sujeta a

las modificaciones que se le han puesto, y en adelante se le pusieren.”

“Art. 53.—La de Correos existirá en el pie actual.”

“Art. 54.—Por lo peculiar a la Renta Decimal, su custodia y cobro continuará bajo el mismo pie que hasta aquí se ha practicado, introduciéndose a la Caja Pública.”

“Art. 55.—Los Novenos vacantes mayores y menores que pertenecían antes a la Real Hacienda, se discutió si correspondían a la masa Patriótica, y aunque se opinaba por la afirmativa, habiéndose propuesto por algunos Señores que debían revertir a la Silla Apostólica; se resolvió que respecto a que la materia era delicada y ardua, se formase dentro de quince días una Junta de Canonistas y Teólogos para que se decidiese el particular, y que lo que de allí saliese resuelto, se tuviese por Ley Fundamental sancionada en el presente plan, lo mismo que se hubiera hecho en el día de hoy.”

“Con lo cual se concluyó la Sanción y lo firmaron con S. E. y los demás componentes de que certifico, como Secretario nombrado para este acto por toda la Corporación.”

José María Vázquez de Noboa. Francisco Chica, Diputado por el Ayuntamiento. Dr. Juan Aguilar Cubillús, Diputado del Cabildo Eclesiástico. Maestro Fray Alejandro Rodríguez, Diputado de las Religiones. Dr. Miguel Custodio Vintimilla, Diputado del Venerable Clero. Felipe Serrano, Diputado de la Milicia. José de Cárdenas, Diputado del Comercio. José María Borrero y Baca, Diputado de los Agricultores. Dr. Joaquín Salazar, Diputado de los Abogados. Juan Orozco y Guerrero, Diputado de Azogues. Bernardino de Sisniegas, Diputado de Taday. Manuel Ramírez, Diputado de Sidcay. Dr. Miguel Rodríguez, Diputado del Eji-do. Fernando Francisco Cueto Bustamante, Diputado de Cañar. José Ochoa y Serrano, Diputado de Paccha. Juan Antonio Aguilar, Diputado de Asmal. Manuel Dávila, Diputado de Gualaceo. Miguel Malo, Diputado de Chuquipata. Juan Contreras, Diputado de Baños. José de la Vega, Diputado de Paute. Pedro López Argudo, Diputado de Biblián. Bonifacio Ramírez, Diputado de Cumbe. José Serrano, Diputado de Oña. Juan Ignacio Gómez de Arce, Diputado de San Bartolomé. Mariano de Mora, Diputado de Jadán. Juan Bautista Girón y Sánchez, Diputado de Girón. José Machuca Cardoso, Diputado de Déleg. Antonio Moreno, Diputado de Sígsig. Manuel Ullauri y Quedo, Diputado de Nabón. Juan Jaramillo. Manuel Guerrero, Diputado del Valle. Francisco Illescas, Diputado del Pucará. Santiago Arias, Diputado de Cañaribamba. Juan Crisóstomo Zhunio, Diputado de Jima. Felipe Antonio Tello de la Chica, Diputado por los gremios. José Veintemilla, Diputado de Molleturo. León de la Piedra, Secretario.

Nos parece oportuno reproducir, en este lugar, un ar-

título nuestro sobre la Constitución que acabamos de transcribir, que se halla en "Cultura," Revista que se publicaba en esta ciudad.

Mientras la Nueva Granada sellaba su independencia en el memorable puente de Boyacá (7 de Agosto de 1819); y en Angostura a orillas del caudaloso Orinoco, se daba la Ley Fundamental de la República de Colombia, grandiosa creación del genio y de la espada vencedora de Bolívar, la Presidencia de Quito permanecía todavía sujeta al yugo Español; porque el primer movimiento revolucionario iniciado en Quito, en 10 de Agosto de 1809, fue sofocado con la derrota de los patriotas, en el combate de San Antonio, el 27 de Noviembre de 1812.

Cúpole a la heroica Guayaquil hacer revivir el fuego latente del patriotismo, y en la clásica fecha del 9 de Octubre de 1820, dió al traste con la dominación de la Metrópoli. Cuenca proclamó su independencia en Tres de Noviembre del mismo año. Pocos días después, en 15 de Noviembre, se reunía lo que pudiéramos llamar una Asamblea Legislativa, compuesta de los Representantes del Cabildo Civil, Eclesiástico, de las Ordenes Religiosas, del Clero secular, del Comercio, de los agricultores, de los abogados, de los gremios y de los diversos pueblos de la Provincia de Cuenca, y presidida por el principal Jefe del movimiento revolucionario, el Licenciado Dn. José María Vázquez de Noboa (Chileno), dictó la Ley Fundamental de la República Conquense, acerca de la cual vamos a hacer ligeras reflexiones.

Ante todo, dicha Ley no es ni puede ser una obra perfecta, ya por la falta de conocimiento de nuestros antecesores en las Ciencias Políticas, ya por la rapidez con que fue dictada; pero tiene el indiscutible mérito de la espontaneidad, de la sencillez, de que consta sólo de 55 artículos, y de que no es utópica ni una imitación servil de las Constituciones de otros Estados.

No trata, desde luego, de todo lo que debe tratar una Carta Fundamental, esto es, del territorio, de la forma de Gobierno, de la nacionalidad, de la ciudadanía, de las garantías individuales y nacionales, &c., pero en ella se habla ya, aun cuando sea en bosquejo, de las funciones ejecutiva y judicial, como principales atribuciones de la soberanía.

Principia el Plan de Gobierno con estas palabras: En el nombre de Dios Todo Poderoso Ser Supremo y único Legislador; cuyo Nombre invocamos. Amen. Nada tiene de extraño que en un país eminentemente católico como el nuestro, se haya encabezado la carta Fundamental, reconociendo la supremacía de Dios.

En la mayor parte de las Repúblicas Sud-Americanas, principian las Constituciones de la misma manera. Para corroborar lo dicho, citaremos la Constitución Política de Chile de 1833, la de la Argentina de 1860, que comienza: "Invocando la protección de Dios fuente de toda razón y

justicia;" y la del Ecuador de 1869, que da principio con estas palabras: En el nombre de Dios Uno y Trino, Autor, Legislador y Conservador del Universo, la Convención Nacional del Ecuador ha decretado y sometido a la aprobación del pueblo la siguiente Constitución de la República."

En el artículo primero se adopta para la nueva República (la de Cuenca), la Religión católica, apostólica y romana, sin que ninguna otra en tiempo alguno pueda consentirse bajo ningún pretexto; y antes bien, por sus moradores y por el Gobierno será perseguido todo cisma que pueda manchar la pureza de su santidad."—El artículo que acabamos de mencionar era el brote espontáneo y natural de las creencias de un pueblo en el que, durante tres siglos había echado hondas raíces la sacrosanta Religión del Crucificado.

La independencia absoluta de la Provincia de Cuenca de toda potencia o autoridad extraña, se proclama en el artículo segundo; y a renglón seguido se establece la confederación con las provincias limítrofes y con todas las de América, con el objeto de sostener la causa común de la Independencia. Sagaz y oportuna disposición, pues no era siquiera concebible que una provincia aislada, sin elementos bélicos y fuerzas suficientes, como la de Cuenca, pudiera hacer frente a las aguerridas tropas del Gobierno Español.

En los artículos siguientes, se habla del Gobierno Político y Militar de la nueva República, confiriendo ambos, *en señal de gratitud de haber sido el autor principal para plantear el sistema adoptado*, al Excelentísimo Sr. Dr. D. José María Vázquez de Noboa: el primero por cinco años y el segundo a perpetuidad. Terminado el período de aquel, el Gobierno Político debía durar sólo dos años; y su Jefe ser designado por elección popular. Se estableció también para lo futuro, que no podrían reunirse en una sola persona los mandos político y militar, a fin de evitar el despotismo y la tiranía.

Se estatuyó que las atribuciones del Jefe del Gobierno Político, sean las mismas que las de los Virreyes y Capitanes Generales de las Colonias Españolas, en cuanto fueren compatibles con el nuevo orden de cosas. Debía tener, además, la Presidencia de los Tribunales, Senado y Corporaciones de la Provincia, y amplia autoridad con jurisdicción ordinaria respecto de los negocios y causas que no correspondiesen a otro juez competente.

En virtud del principio republicano de que toda autoridad debe ser responsable, se estableció que los delitos cometidos por el Jefe del Gobierno Político sean juzgados, en primera instancia, por el Senado de Justicia, y en segunda y tercera instancia, por la Junta Suprema de Gobierno. A esta misma Corporación se concedió el derecho de ser Juez de Residencia de dicho Jefe.

Se creó una Junta de Gobierno con el título de Supre-

ma, que debía durar dos años, compuesta de cinco vocales, en representación del Clero regular, del Clero secular, del Comercio, de la Agricultura y de la Milicia. Esta Junta tenía las atribuciones siguientes: declarar la guerra y establecer la paz; promover el fomento de la agricultura, del comercio y de las parroquias, y procurar la educación de la juventud. La Junta Suprema no ejercía propiamente las funciones legislativas; pudiéndose más bien compararla con los actuales Consejos de Estado o Gobierno.

La administración de justicia o la tutela del orden jurídico, bajo el imperio de las mismas leyes españolas, y con idénticas atribuciones que las que tenían los Oidores de las antiguas Reales Audiencias, se confió a un Tribunal, llamado impropriadamente Senado de Justicia, y compuesto de tres Ministros Jueces y un Fiscal, que debían durar perpetuamente en sus destinos y ser elegidos por el Jefe del Gobierno Político. A este Tribunal competía conocer en segunda y tercera instancia de todo asunto contencioso civil, cuya cuantía pase de cien pesos fuertes, de lo criminal y de todo lo relacionado con la Hacienda pública.

Se crearon también dos Alcaldes Ordinarios, con las mismas atribuciones que tenían según las leyes españolas; y por último, en cada uno de los pueblos de la Provincia, un Juez territorial *con facultad, en lo civil, de conocer y sentenciar sin proceso hasta la cantidad de cincuenta pesos*, y en lo criminal hasta cerrar el sumario.

Con el carácter de transitorio, se estableció un Tribunal de Vigilancia, compuesto de las personas designadas por el Jefe del Gobierno Político, sin remuneración alguna, con el objeto de cuidar del orden, tranquilidad y sumisión de los pueblos a las autoridades constituidas.

Para el Gobierno interior, se dejó subsistente el Cabildo o Ayuntamiento reconocido por la Legislación Española, con las mismas atribuciones que tenía esa Corporación; y compuesto de diez y seis Regidores, dos Alcaldes Ordinarios y dos Procuradores, cuya elección correspondía al Pueblo, quedando por lo pronto en sus destinos los mismos miembros del antiguo Cabildo.

Las Municipalidades o Poder Seccional, reconocido desde la fundación de Cuenca, se extendió después, en tiempo de la República, a los Cantones, y según la Constitución de 1861, hasta a las parroquias, Poder importantísimo porque se ocupa de todo lo concerniente al aseo, ornato y salubridad de las poblaciones, a la educación e instrucción de los habitantes de cada localidad, a las mejoras materiales, al fomento de los establecimientos públicos &.

En cuanto a la fuerza armada, sus preeminencias, rentas, disciplina, privilegios en orden a perpetuidad, montepío, &, se dejó vigente la Ordenanza Militar que rigió en las colonias españolas, antes de la Emancipación.

La Hacienda Pública, a la que se denominó patriótica,

quedó en el mismo pie que durante el Régimen Español; determinándose quiénes debían ejercer la administración de tributos; estableciéndose una administración de alcabalas; y ordenándose que la custodia y cobro de la renta decimal continuara como antes. En el mismo artículo constitucional, habiéndose suscitado duda, acerca de si los *novenos vacantes*, que antes pertenecían a la Real Hacienda, debían corresponder a la Caja Fiscal Patriótica o *revertir* a la Silla Apostólica, se acordó que se reuniese una Junta de Canonistas y Teólogos, para que se resolviese el particular, y que lo que se acordara en dicha Junta se tuviese por ley.

Hemos enumerado las principales disposiciones de la Constitución de Cuenca, la que sólo estuvo en vigencia, hasta el 20 de Diciembre de 1820; fecha aciaga, en la que las fuerzas patriotas colecticias fueron derrotadas completamente en el segundo combate de Verdeloma, por las tropas españolas victoriosas en primer combate de Huachi, y comandadas por el Coronel Francisco González. Cuenca sufrió, en consecuencia, los horrores de una pacificación de las autoridades españolas, y quedó nuevamente bajo el yugo de la Metrópoli, hasta el 21 de Febrero de 1822, día en que entró en esta ciudad el inmortal Sucre. Desde entonces, hasta 1830, la Provincia del Azuay fue parte integrante de Colombia la Grande.

Expedido y firmado el Plan de Gobierno, el Consejo de la Sanción, en el mismo día 15 de Diciembre, cumpliendo con lo que prescribían los artículos 13, 14 y 15, de dicho Plan eligió por pluralidad absoluta de votos para Vocales de la *Junta Suprema de Gobierno*: a los Srs. Dr. Dn. José Miguel Carrión, Provisor y Vicario Capitular de la Diócesis, Reverendo Padre Maestro Fray Alejandro Rodríguez, Dn. José Cárdenas, Dn. Manuel Dávila y Dn. José María Borrero y Baca.

"Hallándose todos presentes, a excepción del Sr. Provisor, aceptaron el encargo, protestando desempeñarlo con el honor y patriotismo que les es característico."

Al día siguiente, 16 de Noviembre, por excusa admitida del Dr. José Miguel Carrión, fue designado Vocal, en representación del Clero Secular, el Dr. Dn. Miguel Custodio Veintemilla.

Apuntemos algunos datos biográficos de estos Próceres que fueron Vocales de la Junta Suprema de Gobierno de la República de Cuenca.

El Sr. Dr. Custodio Veintemilla, Cuencano, meritísimo Sacerdote y ardiente patriota, fue Vicerrector y Profesor de Filosofía del afamado Colegio Seminario de esta ciudad. Durante la permanencia de Sucre en Cuenca, recolectó los donativos patrióticos de los individuos pertenecientes al Clero Secular y Regular. Fue Capellán del ejército patriota comandado por el General Sucre, desde que salió de esta ciudad,

hasta que terminó su obra redentora en las quiebras del histórico Pichincha.

Dn. José Cárdenas, cuencano, fue un ciudadano respetable, de alta posición social, decidido patriota y muy rico. Como ejercía la profesión de comerciante, fue, tal vez, el único cuencano que, a principios del siglo pasado, hizo un viaje a Londres, cosa arriesgada en esos tiempos en que aun se navegaba en buques de vela, con el objeto de traer mercaderías de esa populosa ciudad. Regresó de ella, y adquirió bienes tan cuantiosos, ejerciendo honradamente el comercio, que llegó a ser dueño de muchas casas en Cuenca, de varias quintas en los alrededores de la misma, de los fundos íntegros de Sanjuanpamba, Zhumir, Guagal, Las Juntas y Llamacón, situados a las márgenes del caudaloso Paute y de otros bienes raíces. Ejerció varios cargos públicos, como el de Regidor y Alcalde. Fue miembro, en representación del Comercio, del Consejo de la Sanción; y durante la permanencia de Sucre en esta ciudad, en 1822, desempeñó el cargo de Vocal de la Junta de auxilios, creada en 27 de Febrero de dicho año, para proveer a la subsistencia de la División Libertadora; y contribuyó personalmente para ese objeto con gruesas sumas de dinero. De Dn. José Cárdenas, que fue casado con Doña Vicenta Arciniega y Vivanco, descenden las familias Muñoz Cárdenas, Moscoso Cárdenas, Monsalve Cárdenas, y de éstas, a su vez, otras muchas que sería prolijo y cansado enumerar.

Dn. Manuel Dávila, de noble alcurnia y cuencano también, residía radicalmente en la hacienda del *Llano* situada al Norte de la hermosa villa de Gualaceo, a cuya prosperidad y progreso contribuyó eficazmente, tanto que una de las calles de esa Villa lleva el nombre *Dávila*. Elegido, unánimemente, por los habitantes de Gualaceo, Diputado al Consejo de la Sanción, por su prestigio y patriotismo, concurrió a dicha Asamblea; y tuvo la honra de ser elegido Vocal de la Junta Suprema de Gobierno.

En el año de 1822, durante la administración del Coronel Dn. Tomás de Heres, primer Gobernador republicano de Cuenca, desempeñó el cargo de Comandante del Cantón de Gualaceo, prestando importantes servicios a la causa de la Independencia, mediante el envío de hombres para la División Libertadora, de dinero proveniente de las erogaciones voluntarias de los pueblos de su mando, de víveres y hasta de trozos de madera de cedro y nogal, sacados de las montañas de la actual parroquia del Pan, para la construcción de las culatas rotas de los fusiles. Para la traslación de la división peruana auxiliar, mandada por el General Andrés de Santa Cruz, al Perú, después del triunfo del Pichincha, contribuyó el pueblo de Gualaceo con mil seiscientos raciones de galletas que las remitió oportunamente el Comandante Dávila a uno de los lugares del tránsito de dichas tropas,

designado por el Coronel Heres, o sea, al punto de Sacar, entre Mariviña y Jima.

El Padre Maestro Fray Alejandro Rodríguez, de la Orden de San Agustín, era Prior del Convento de Agustinos de esta ciudad; y en 1825, lo fue del Convento máximo de Quito; lo que manifiesta que era un religioso importante por sus conocimientos y virtudes. Para corroborarlo, diremos, que la Ilustre Municipalidad de Cuenca, en sesión de 12 de Abril de 1825, a solicitud del Padre Fray José Pastor, Procurador de Fray Alejandro Rodríguez, confirió certificado acerca de la excelente conducta moral y política de este Religioso.

Dn. Pedro Borrero, natural de la villa de Alosno en Andalucía, e hijo de Dn. Antonio de Padua Borrero y de Doña Ignacia Ramírez (1) vino a Cartagena, previa licencia o autorización de la Real Audiencia de la contratación de las Indias de Cádiz, concedida en 7 de Septiembre de 1763. En virtud de Real Cédula, expedida en Aranjuez, por el Rey de España Carlos III, en 20 de Abril de 1776, fue nombrado Dn. Pedro Borrero Fiel de la Real Casa de Moneda de Popayán. En esta ciudad se casó Dn. Pedro en segundas nupcias con Doña Micaela Baca y Gurmendi; y tuvieron por hijo a José María Borrero y Baca, quien nació en Popayán en el año de 1777.

El Dr. Dn. José de Cuero y Caicedo, electo para Obispo de Cuenca, vino a Quito; y desde allí gobernó esta Diócesis, desde el 13 de Agosto de 1799, hasta 1802, por medio de apoderado, que lo fue el Dr. Tomás Landívar y Centeno (2) Después de haber hecho sus estudios en el colegio Seminario de Popayán, Dn. José María Borrero vino a Quito, en compañía del Ilmo. Cuero y Caicedo, cuando éste fue nombrado Obispo de Cuenca. Pasó a esta ciudad nuestro biografiado en 1800, con el objeto de visitar a un pariente suyo, el célebre Orador Sagrado Dr. Tomás Borrero, Cura y después Canónigo de Cuenca.

Radicado ya en esta ciudad, Dn. José María Borrero, por habersce casado, en 1802, con Doña María Seminario, concurrió, en el año de 1809, como buen patriota, a las juntas que se celebraban en la casa de Dn. Paulino Ordóñez y de su mujer Doña Margarita Torres, con el plausible objeto de secundar el movimiento revolucionario de Quito, verificado el memorable Diez de Agosto del año últimamente expresado.

(1) Fuera de don Pedro Borrero, vinieron a establecerse en diversos lugares del Virreynato de Nueva Granada, cuatro hermanos suyos, que fueron: José Sebastián, Antonio, Manuel de Jesús y Juan Borrero y Ramírez.

(2) Queda ampliada y modificada, en esta parte, la biografía del Ilmo. Cuero y Caicedo, que consta en las páginas 37 y 38 de la primera parte de esta obra.

Dn. José María Borrero, pudo escapar de la persecución y consiguiente prisión a que se les redujo a sus compañeros los patriotas de aquel año, que fueron, como lo referimos antes: Dn. Francisco Calderón, Salazar y Piedra, Melo, Ribadeneira, Tobar, Terán, Dn. Miguel Fernández de Córdova, y Dn. Blas Santos.

Vuelto a revivir el fuego del patriotismo en 1820, Dn. José María Borrero fue uno de los principales conjurados para llevar a cima el Movimiento Emancipador del Tres de Noviembre de dicho año. Triunfante la Revolución, fue designado, en representación de los agricultores, Diputado al Consejo de la Sanción; y en el mismo día, 15 de Noviembre de 1820, en que se dictó el Plan de Gobierno, fue elegido Dn. José María Borrero, Vocal de la Junta Suprema de Gobierno.

Ahogada la revolución de Cuenca en pro de su Independencia en torrentes de sangre, en el siniestro campo de Verdeloma, el 20 de Diciembre de 1820, Dn. José María Borrero fue tenazmente perseguido. Se le siguió juicio por *infidencia* y se le secuestraron sus cuantiosos bienes de orden del Coronel español Francisco González, el triunfador en Verdeloma. El expediente sobre este asunto se halla en el Archivo de Bogotá, y lo ha visto y leído el Dr. Alberto Muñoz Vernaza.

Después del espléndido triunfo obtenido por Sucre en Yaguachi, vino una División, a órdenes del Coronel Luco, compuesta casi en su totalidad de los cuencanos que emigraron a Guayaquil, con motivo del desastre de Verdeloma, por la vía de Balao, para atacar y ocupar a Cuenca. Sabedor de ello, don José María Borrero, venciendo dificultades y peligros, fue hasta Chaguarurco al encuentro de dicha división. Encontróse con la vanguardia mandada por el Mayor Francisco María Frías; y con ella tuvo la satisfacción de ocupar, siquiera por unas pocas horas del día 20 de Septiembre de 1821, la ciudad de Cuenca.

Evacuada esta plaza por Frías, quien se vió obligado a ello por haber sido atacado por numerosa fuerza realista, regida por el Capitán Comandante Vicente Ruiz, se reunió el Cabildo, en 22 de Septiembre de 1821, y a petición de Ruiz, acordó que *se proceda, por vía de secuestro, a extraer los frutos aplicables de reses y menestras para el sostén de las tropas*, de los individuos siguientes: Dn. José María Borrero, Dn. Francisco Pástor, Dn. José Ayora, Dn. Manuel Sempértegui, &c.

Oculto y fugitivo permaneció don José María Borrero, desde aquella fecha, hasta el 21 de Febrero de 1822, día en que el General de Brigada Dn. Antonio José de Sucre llegó a Cuenca con la División Libertadora. Importantes servicios prestó, en aquella época, don José María Borrero. Fue Vocal de la Junta de Auxilios: contribuyó con gruesas cantidades de dinero y gran número de reses para la man-

tención del ejército patriota; y dió asilo, atendiéndoles espléndidamente en su casa, a varios oficiales de dicho ejército.

En la expedición de Sucre, vinieron tres parientes de don José María Borrero: el Capitán Eusebio Borrero, después General, que era el Secretario Edecán de Sucre, el Subteniente don Domingo Borrero, que murió gloriosamente en la batalla de Pichincha, y el Oficial abanderado del batallón de Paya, don Manuel Antonio López Borrero, que llegó a ser General de los Estados Unidos de Colombia, y que es autor de la importante obra, intitulada «Recuerdos Históricos.»

Cuando el Libertador estuvo en Cuenca, en Septiembre de 1822, en prueba de distinción a don José María Borrero, le nombró Administrador de Correos, puesto importante en ese tiempo, como lo fue en la época colonial; y lo desempeñó gratuitamente.

En 29 de Septiembre de 1822, la Municipalidad de Cuenca verificó el escrutinio de los votos dados por las Asambleas Parroquiales para Ciudadanos Electores de la Asamblea General de la Provincia; y fueron declarados electos los nueve siguientes: José Cárdenas, doctor Miguel Malo, doctor José Peñafiel, doctor Miguel Rodríguez, José María Borrero, Juan Rivera, José Ochoa y Serrano, doctor José María Landa y Ramírez y doctor Juan Aguilar.

Para comprender lo que acabamos de expresar, debe saberse que, según la Constitución dada por el Congreso general de Colombia, en la Villa del Rosario de Cúcuta, en 30 de Agosto de 1821, se estableció el sistema electoral popular indirecto, que consistía: en que las Asambleas parroquiales, compuestas de los sufragantes de cada parroquia, votaban por el número de electores correspondientes a cada cantón. El Cabildo respectivo verificaba el escrutinio, y los que resultaban electos formaban la Asamblea electoral o de Provincia, cuyas funciones eran sufragar: por el Presidente de la República, por el Vicepresidente de la misma, por los Senadores del Departamento y por el Representante o Representantes Diputados de la Provincia.

A fines del año de 1828 y principios de 1829 tuvo lugar la guerra entre Colombia y el Perú. El General don Juan José Flores y el Gran Mariscal de Ayacucho, don Antonio José de Sucre, amigos personales de Borrero, vinieron, uno después de otro, a dirigir la campaña; y aun cuando don José de La Mar, General en Jefe del ejército peruano, era primo hermano de doña Francisca Cortázar, nuera de don José María Borrero, prestó éste servicios tan oportunos al ejército de Colombia, que la mayor parte de los movimientos estratégicos de Sucre, y su triunfo en el Portete, fueron debidos a los avisos oportunos que Borrero le daba, desde su hacienda de Tarqui.

Disuelta la Gran Colombia, se reunió un Congreso Constituyente en Riobamba; y dictó, el 11 de Septiembre de 1830,

la Constitución del Estado del Ecuador en la República de Colombia. Concurrieron a dicho Congreso como Diputados por Cuenca, don José María Borrero, el General Ignacio Torres, el Deán doctor José María Landa y Ramírez y el doctor Mariano Veintemilla.

Creada por el mismo Congreso Constituyente de Riobamba una Corte de Apelaciones en Cuenca, se organizó el 17 de Abril de 1831; y nombró para Canciller de ella a don José María Borrero y Baca.

La primera revolución contra el Gobierno del General Juan José Flores, llamada de los *chiguagaps* y encabezada por don José Félix Valdivieso en Quito, fue secundada por el pueblo de Cuenca, que proclamó de Jefe Superior a don José María Borrero en Agosto de 1834, quien ejerció dicho cargo hasta que fue ahogada la revolución en el sangriento campo de Mifiarica. El Presidente Rocafuerte, condecorador de los méritos de Borrero, le nombró Contador de Hacienda del Distrito del Azuay.

† Don José María Borrero se casó, según antes lo dijimos, con doña Manuela Seminario, hija del acaudalado ciudadano don José Seminario y Saldívar; y tuvieron por hijos a don Manuel Isidoro Borrero, que contrajo matrimonio con doña Francisca Cortázar, quienes fueron padres de los señores doctores don Ramón y don Antonio Borrero; y a doña Rosa Borrero que se casó con el Coronel de la Independencia don José Félix González, natural de Puerto-Cabello, en Venezuela.

Para la debida trabazón de los múltiples acontecimientos que se verificaron en Noviembre de 1820 en diversos lugares del territorio de la Presidencia de Quito, es indispensable volver a tratar de la expedición del ejército regido por los Coroneles Urdaneta y Febres Cordero.

Dijimos que, después del triunfo de *Camino Real*, avanzó dicho ejército a Guaranda. Ahora añadiremos que la Revolución de Guayaquil alentó a los pueblos del interior, despertando el entusiasmo de los patriotas de Quito, Latacunga, Ambato, Riobamba y Alausí.

Cuando estalló la Revolución del Nueve de Octubre, se hallaba casi desguarnecida la ciudad de Quito; y por esto dice el doctor Alberto Muñoz Vernaza:

“En la guarnición de Quito no quedaba más que una columna de doscientos hombres todos de Cuenca, llevados por Aymerich; y el Gobierno se vió en el caso de ocultarles la revolución del Tres de Noviembre, para impedir la deserción de los soldados que indudablemente simpatizaban con el movimiento patriótico de sus paisanos; pero este recurso logró frustrarse por algunos patriotas que pudieron introducir varias proclamas manuscritas al Cuartel; y los oficiales, Capitán José María Rodríguez Gil, natural de Popayán, y el Te-

niente N. Ugalde de Cuenca (1), se comprometieron para revolucionar la columna y entregar la guarnición en un día determinado: arbitrio que no llegó a realizarse, porque el Comandante del Cuerpo, el furibundo realista Dn. Damián Alca, llegó a traslucir el proyecto, y esos oficiales fueron retirados del Cuartel."

«El estado moral de la guarnición puso en guardia a las autoridades realistas, que se vieron obligadas a pedir fuerzas a Pasto para oponer éstas a la expedición libertadora que tuvo desastroso término en las malhadadas llanuras de Huachi, a pesar de los entusiastas más que efectivos esfuerzos de los patriotas, entre los que se distinguía el benemérito Prócer Dn. Joaquín Sánchez de Orellana, que levantó a los pueblos del Norte, logrando conducir hasta el Ejido de la Capital dos mil hombres, pero desarmados y sin disciplina alguna; por lo que una patrulla veterana que salió con dos cañones pudo fácilmente desbandarlos."

Los patriotas de Quito formaron, también, varias partidas volantes, pero solo armadas de lanzas y palos. "Una de estas partidas obraba en el pueblo de Machachi y atacó a un corto destacamento de caballería estacionado por allá, y lo dispersó y se hizo de sus armas." (Cevallos). En esta ocasión logró escaparse Dn. Sebastián Calzada, que habiendo sido separado del comando de las tropas realistas de Pasto, iba camino de Cuenca, por orden de Aymerich. Calzada regresó a Quito a ofrecer de nuevo sus servicios al Presidente; pero éste no los aceptó, y le ordenó que siguiese adelante por el Norte. Entoces Calzada, después de llegar a Pasto, tomó la ruta del Oriente y fue a parar en el Brasil, y de allí pasó a Puerto Cabello, donde continuó prestando sus servicios a la causa realista, hasta la toma de aquel puerto por las tropas de Páez.

En cuanto al corregimiento de Latacunga, hoy Provincia de León, dice el Dr. Muñoz Vernaza, en su Monografía "La Independencia de Cuenca," publicada en el Periódico "La Alianza Obrera:"

"Entre los esfuerzos de entonces merece recomendarse el patriotismo casi uniforme de los moradores de Latacunga, sobre el que nos place recordar en esta ocasión, un testimonio muy honroso para esa benemérita Provincia, dado por un Oficial que fue autor en aquellos sucesos, el entonces Capitán Eusebio Borrero, después General en Colombia su Patria, en que desempeñó importantes cargos, llegando a candidato, aceptado por gran mayoría, para la Presidencia de la República, decía en un interesante informe de 1821, *"Ya habíamos convenido para esto, (el ataque a las guarniciones españolas) con el caballero José Ignacio Arteta, Corregidor de Latacunga, lugar tan recomendable por su de-*

(1) El Teniente Ugalde, durante el año de 1822, desempeñó el cargo de Guarda-Parque del Ejército Libertador en esta ciudad.

cisión patriótica, que en catorce mil almas de población que contiene, no hay ni ha habido jamás un solo realista."

Aprovechando de la buena disposición a favor de la causa de la Independencia de Dn. Ignacio Arteta, como también de la del Corregidor de Ambato Dn. Jorge Ricaurte, a quien había convencido que abrazase dicha causa, la mujer de éste, Doña Josefa Calixto, los patriotas de aquella ciudad concibieron el proyecto de levantarse en armas contra el Gobierno español. Al efecto, los Srs. Francisco Flor, Miguel Espinosa, Ramón Páez y Calixto Pino, "se vinieron a Latacunga, se concertaron con Arteta y se comunicaron con los patriotas de Quito residentes en Pujilí. Situándose luego en la hacienda de Tilpulo, propiedad del Marqués de San José, echaron a escaramusar algunas partidas volantes por diferentes puntos, en tanto que ellos mismos pensaban tomarse el cuartel de Latacunga," (Cevallos). Aumentaron los bríos de los conjurados con una partida de cien hombres que se les unió, comandada por el Coronel Dn. Feliciano Checa, el antiguo patriota y Capitán de la Revolución de 1809-1812.

Aprovechando de tan favorables circunstancias, una partida de los patriotas de Pujilí, encabezada por los Oficiales Don Lizardo Ruiz y Don Calixto Pino, quien había comprometido de antemano al pueblo de Latacunga, se apoderó de las armas que encontró en el estanco de pólvora. Con ellas atacaron los patriotas a la fuerza realista que se había hecho fuerte en el templo de Santo Domingo; y muerto el Jefe de la guarnición, que lo era el Comandante Morales, se hicieron del cuartel y de las armas que en él encontraron.

A las seis de la mañana del día siguiente, 12 de Noviembre de 1820, una columna de los vencedores en Latacunga, regida por el Oficial Dn. Calixto Pino, marchó a la ciudad de Ambato para atacar a la guarnición realista que había en ella. No tuvieron necesidad de hacerlo, porque en el pueblo de San Miguel, recibieron los patriotas la fausta noticia de que el Comandante Forminaya, que había entrado en Ambato, el día Domingo que es de feria, después de la derrota que sufrió en *Camino Real*, había sido atacado en aquella ciudad por cierto número de individuos, armados de pistolas y escopetas y otros de palos y piedras. Entregado el cuartel y rendido Fominaya, en virtud de dicho ataque, a lo que contribuyó probablemente la defección del Ayudante Mayor del cuerpo que regía aquel, que lo era el Coronel Dn. Cipriano Delgado, fue éste nombrado Jefe de la hueste vencedora.

Urdaneta encontró, pues, expedito el camino desde Guaranda hacia el Norte; y llegó a Ambato, donde aumentó su ejército con el cuerpo regido por Delgado, con la columna del Oficial Pino y con las partidas francas de Pujilí y Machachi.

La hidalga ciudad de Riobamba proclamó su Independencia.

dencia, el mismo día en que los patriotas tomaron el cuartel de Ambato, o sea, el 11 de Noviembre de 1820, según consta de un oficio dirigido a Urdaneta, y suscrito por: Juan Bernardo León, Gobernador.—Ignacio José de Lizaraburo.—Diego Donoso.—Dr. José Moreno de Salas.—Bartolomé Donoso.—José Alvear.—Baltazar de Paredes.—Jacinto González Verdugo.—José Joaquín Domínguez.—Javier Donoso.—Ambrosio Dávalos.—Pedro Antonio Donoso.

Los patriotas habitantes del Asiento de Alausí hicieron igual proclamación, en 13 de Noviembre de 1820.

El Mariscal de Campo y Presidente interino de Quito, Dn. Melchor Aymerich, se trasladó a Pasto, cuando supo la rota de las fuerzas realistas en Pitayó. En esa ciudad destituyó a Calzada, y puso en su lugar al Coronel Español Dn. Basilio García; y allí mismo recibió la noticia de la Revolución de Guayaquil del Nueve de Octubre. Con este motivo regresó a Quito, trayendo consigo el escuadrón de caballería, llamado *Dragones de Granada*, que huyó, sin combatir, en Boyacá, y que estaba comandado por el Coronel Dn. Francisco González, de los expedicionarios de Morillo. Con este cuerpo veterano compuesto de españoles y con algunos de infantería acantonados en Quito, llegó a reunir Aymerich una división de mil hombres, la que, puesta bajo las órdenes del referido Coronel González, como primer Jefe, y del Comandante Francisco Eugenio Tamariz, como segundo, salió de Quito con dirección a Ambato.

Urdaneta que se hallaba en esta ciudad, cometió el error de no esperar al enemigo dentro de la población, sino en campo abierto, y se trasladó a una planicie arenosa, situada al S. O. y a poca distancia de Ambato, llamada Huachi. En este lugar funesto para las armas republicanas del Ecuador, como lo fue el de la Puerta para los patriotas venezolanos, avistáronse los dos ejércitos beligerantes, el día 22 de Noviembre de 1820.

“Acometieron los nuestros con tal ímpetu y tal brío, que al primer encuentro hicieron vacilar a los enemigos, llevándolos casi de vencida. Nótales González, y poniéndose al frente de *Dragones de Granada*, que solo por un Rondón, un Carvajal, un Silva o un Cedeño centauros extraordinarios de la magna guerra, podía ser vencido, equilibra la suerte de la batalla. Esto no obstante, está todavía el triunfo para ser nuestro, cuando Hilario Alvarez, el cuzqueño del *Granaderos de Reserva*, que se había pasado a nuestra causa el día 9 de Octubre, cuando Alvarez, decimos, no por traición sino por aturdimiento, cambia el sitio en que sus Jefes Urdaneta y Cordero le habían puesto. Penetran por allí los desafortunados *Dragones*; revuelven todo el campo; comienzan a desunirse y a ceder los nuestros, y cuando la sangre de seiscientos hombres había sido embebida ya por los arenales de Huachi, se declaran en derrota” (Octavio Cordero Palacios.—Vida de Abdón Calderón).

“Un campo de quinientos y más hombres tendidos, muertos o llenos de heridas, una infinidad de prisioneros, tres cañones reforzados, la mayor parte de una excelente caballada, armas, pertrechos, municiones, & fueron los trofeos de González.—Los españoles no tuvieron otra pérdida que la de veinticinco muertos y treinta heridos, según el parte del Comandante en Jefe español, dado el 23 de Noviembre de 1820.” (Cevallos).

Las reliquias del ejército de Urdaneta, después del desastre de Huachi, emprendieron la retirada hacia Babahoyo.

En ese tiempo habían llegado ya a Guayaquil Dn. Tomás Guido, comisionado de San Martín, y el Coronel Mayor Toribio Luzuriaga, con el objeto de obtener la incorporación de la provincia de Guayaquil al Perú. La Junta de Guerra existente en esa ciudad coadyuvó eficazmente a las miras de aquellos, tanto que destinó al Coronel Luzuriaga para dirigir las operaciones en Babahoyo; y lo que es más grave encargó al mismo, el enjuiciamiento de los Jefes y oficiales colombianos y guayaquileños que combatieron en Huachi.

Profundamente indignados y resentidos los Coroneles Febres Cordero y Urdaneta, principales autores del movimiento revolucionario del 9 de Octubre, y en quienes se cumplió la conocida máxima *Vae victis*, con tan injusta e inoportuna medida, abandonaron a Guayaquil, y se fueron a ingresar en las filas del ejército de San Martín que operaba en el Perú; de donde regresaron en el año de 1822, a continuar prestando importantes servicios a la causa de la Independencia del Ecuador, en la última campaña que tuvo feliz remate en Pichincha.

Bien hubieran podido las fuerzas realistas triunfantes en Huachi caer sobre Guayaquil, pero creyeron más oportuno y práctico atacar a Cuenca, con el objeto de que quedase expedito el único camino que tenían entonces para comunicarse con el Perú, donde el Gobierno español contaba con un ejército numeroso y aguerrido para hacer frente a las tropas de San Martín.

Los patriotas de Cuenca, desde el 5 de Noviembre, y con mucha más razón en vista del inminente y grave peligro que los amenazaba, la invasión del ejército de González, se aprestaron para la defensa.

El ejército patriota contaba para el objeto con los siguientes cuerpos:

“El Batallón *Patriota*, disciplinado por Dn. Manuel Chica Ramos: El Regimiento de Granaderos, mandado por Dn. León de San Martín: el cuerpo de Artillería, mandado por Dn. León de la Piedra y Dn. Pedro Zea: una Compañía de Cazadores, mandada por Dn. Pedro y Dn. Felipe Serrano: un cuerpo de Caballería, al cual pertenecía Dn. Juan Monroy: un Batallón de Milicias Disciplinadas: ciento cincuenta

hombres reunidos por Dn. Ambrosio Prieto", (Octavio Cordero Palacios).

Los principales Jefes y Oficiales que se batieron en Verdeloma, según consta de la copia de un documento remitido desde Quito por el Reverendo Padre José Félix Heredia, fueron Dn. José Cisneros, Coronel Comandante.—Dn. Zenón de San Martín, Capitán de Granaderos y Juez de Vigilancia.—Dn. Tomás Ordóñez, Capitán Graduado de Teniente Coronel.—Dn. Juan Alvarez, Capitán.—Dn. León de la Piedra, Capitán y Comandante.—Dn. Pedro Zea, Capitán de Artillería.—Dn. Miguel Pino, Teniente Coronel y Comandante de Cañar.—Dn. Vicente Monroy, Capitán de Caballería.—Dn. Ignacio Ochoa, Capitán de Infantería.—Dn. Felipe Serrano, Capitán.—Dn. Pedro Serrano, Teniente.—Dn. Manuel Serrano, Teniente.—Dn. Pedro Argudo.—Dn. José Sevilla, Teniente (1).—Dn. Francisco Carrasco, Teniente Coronel.—Dn. Ambrosio Prieto, Jefe del cuerpo de voluntarios.

A la lista de estos Próceres hay que agregar los siguientes: don José Suero, hijo de Loja, y *Pinchopata*, Jefe de la Tribu de Gualaquiza, que huyendo de este lugar, con motivo de las terribles matanzas verificadas en Gualaquiza por las jibarías circunvecinas, vinieron a Cuenca, sentaron plaza en nuestro ejército y estuvieron en la jornada de Verdeloma: el Coronel Evangelista Landázuri y Comandante Manuel Picón, naturales ambos de Cuenca, que sucumbieron en esa acción: El Capitán Manuel Chica y Ramos, que nació en Cuenca en 1792, y fue Ayudante del batallón Patriota o Libertadores: el Capitán Casimiro Martínez que, después del desastre de Verdeloma, emigró a Guayaquil, de donde regresó a Cuenca con la expedición del Mayor Frías: el Teniente José Moscoso que, derrotado en Verdeloma, emigró a Piura, y desde allí vino a Cuenca, con la división auxiliar del General don Andrés de Santa Cruz: don Miguel Crespo, don Nicolás Clavijo, Escribano de Cañar y don Agustín Clavijo, que formaron una compañía en dicho pueblo para combatir en Verdeloma, como así lo verificaron, el primero, como Capitán, el segundo, como Subteniente y el tercero, como Teniente de aquella columna; y el Subteniente José María Espejo y tantos y tantos otros, cuyos nombres no ha recogido todavía la Historia.

Debemos mencionar también que: «en 10 de Noviembre, el Comandante General, Coronel Juan de Dios Araujo, avisaba a la Junta de Gobierno (la de Guayaquil) haber dispuesto que marcharán a Cuenca, el Capitán don Francisco Morán, el Ayudante del tercer batallón de *Libertadores*, don Pedro María de Santisteban, el Teniente don Manuel Neira y cuatro sargentos, para la organización e ins-

(1) Después de Pichincha, el Teniente José Sevilla hizo la campaña del Perú; y murió gloriosamente en la legendaria batalla de Ayacucho, el 9 de Diciembre de 1824.

trucción de las tropas: llevando sesenta fusiles y cantidad suficiente de parque.—Hicieron la marcha con felicidad; pero en llegando a Cuenca, se encontraron con que Vázquez de Noboa no había podido reunir mucha gente; sin embargo de lo cual, se dedicaron con empeño a la organización de esa pequeña fuerza.» (D'Amecourt—Historia de la Revolución de Octubre).

Según lo transcrito es, pues, probable que también hayan combatido en Verdeloma los referidos oficiales venidos de Guayaquil a Cuenca. No podemos determinar el número de hombres que lograría reunir Vázquez de Noboa, pero si se atiende a que se organizaron siete cuerpos de las tres armas, infantería, caballería, y artillería, es indudable que las fuerzas patriotas ascenderían siquiera a mil hombres.

Sea esta la oportunidad de manifestar que la cantidad efectiva que se envió a Guayaquil para la compra de fusiles, fue la de doce mil trescientos doce pesos, según consta del oficio que sigue:

«Satisfaciendo al oficio de Ud. de 18 del corriente, expresamos, que, por libramiento del Jefe que era entonces don José Vázquez de Noboa, de 26 de Noviembre de 1820, se entregaron en la misma fecha, doce mil trescientos doce pesos a Pedro Rodríguez, a cuyo favor venía despachado el libramiento, con objeto de que condujese dicha cantidad a la ciudad de Guayaquil para compra de fusiles. Habiéndosele entregado y recontado por éste en compañía de Paulino Ordóñez, manifestaron después otro libramiento dado por dicho Jefe, en 29 de dicho mes, de quinientos cuatro pesos cuatro reales, a favor de los dos individuos expresados, cuya cantidad se les entregó en el mismo día, en el que, según parece, marcharon a dicha ciudad a cumplir su comisión. No resultando más cantidades que las dichas entregadas a los mencionados con la distinción especificada.—Dios guarde a U. m. a.—Ministerio Principal de Hacienda Pública de Cuenca, 19 de Abril de 1822.—Antonio Soler.—Vicente Arriaga.—Sr. Teniente Asesor de Gobierno doctor Manuel Arévalo.»

La noticia del terrible desastre de Huachi se recibió en Cuenca en los días del 25 al 28 de Noviembre; y la trajo de Biblián Dn. Ramón Ramírez y Serrano. En cuanto supieron tan infausta nueva, las fuerzas patriotas salieron a campaña, con tanta más razón, cuanto que se supo, también, que el vencedor Coronel González y sus engreidos tercios venían sobre Cuenca.

Para describir el lugar donde se trabó el Combate de Verdeloma, valgámonos de la pluma del Dr. Octavio Cordero Palacios, quien, en sus "Crónicas Documentadas para la Historia de Cuenca", dice:

"A obra de tres cuartos de legua de la hermosa cabecera de la Parroquia de Biblián, allí donde termina la vega de la margen derecha de su río, sobre la playuela de Nación, se alza en rápida pendiente la cuesta de *Verdeloma*,

surcada en pronunciados zigzags por el camino de el Salto a Déleg. En su pie confluyen los ríos de Galuay o Mangán y el del Tambo o Burgay, que forman el conocido con este último nombre, en su curso hacia la ciudad de Azogues."

«Demoran al frente, a la margen izquierda de este río, los fundos de Papaloma y Cuitún, y se cierra el panorama, hacia el Sur, por el caserío de Biblián, y, hacia el Norte, por las accidentadas pampas de los fundos de Burgay y el Salto. Al Oriente, dando vista a Verdeloma, se distinguen a distancia el Cari-Altar, el Huarmi-Altar y el González-Rupana-loma, donde tuvieron su encuentro, en 1812, las tropas de Calderón con las cuencanas de Molina y Zuleta, mandadas por Lavalle. El campo de este encuentro se llama también, aunque impropiaemente, Verdeloma.»

«Tal es, descrito a grandes rasgos, el sitio donde recibimos el bautismo de sangre, en la guerra de la Emancipación. Hasta hoy, todos, sí, todos, lo hemos hollado con indiferencia. ¡Será lo mismo en lo sucesivo?—Ya parece que nó»

«En Nasón, en la playuela que demora al pie de la cuesta, establecieron los patriotas su Cuartel General. Salidos a campaña inmediatamente de recibida la noticia del desastre de Huachi, cosa de un mes se pasaron allí, aguardando la acometida de González, y allí mismo fueron reforzados por una columna de Cañar, al comando del Teniente Coronel don Miguel Pino, y por otra de Azogues, al del Teniente Coronel, don Juan Francisco Carrasco.»

Nosotros añadiremos que fueron aumentadas las fuerzas patriotas con otra compañía de Cañar, regida por el Capitán don Miguel Crespo, el Teniente don Agustín Clavijo y el Subteniente don Nicolás Clavijo. Así consta del juicio de *infidencia* que, por orden del Coronel González, se les siguió en 1821, a esos Próceres; y como consecuencia, se les embargó todos sus bienes.

«Tuvieron también otro refuerzo: el de algunos de los derrotados en Huachi, que replegaron a Cuenca. Así consta del oficio que, en 5 de Enero de 1821, datado en Guayaquil, dirigió el doctor Vázquez de Noboa a la Junta de esa ciudad, pidiendo que se socorriera a los emigrados de Cuenca, dándoles colocación, siquiera con media paga, en el ejército de dicha Junta, en correspondencia de que en Cuenca se dió colocación, con paga entera, a los derrotados de aquel Huachi.—Este oficio forma parte de los valiosísimos documentos obsequiados por el Ilustre Concejo de Guayaquil al de Cuenca, en los días de nuestras Fiestas Centenarias.»

«Llegó el 20 de Diciembre, y..... ¿Existe el parte de este combate?—Casi no es necesario: todas las fantasías cuencanas pueden figurárselo. Un choque recio entre militares aguerridos de los mismos de Bailén, pues los Granaderos de González vinieron con el *Pacificador* Morilo—y el impro-

visado ejército de los patriotas. Estos no se desbandaron, ni mucho menos; sólo después de que doscientos veinte de sus cadáveres yacían por tierra, y de que toda la agria pendiente del camino estaba sembrada de heridos y moribundos cejaron ante el enemigo.»

“El Sr. Dr. Dn. Alberto Muñoz Vernaza, nos hace saber que cayeron allí el Coronel Evangelista Landázuri y el Comandante Manuel Picón, ambos de Cuenca, y el Sr. Dr. Romero León nos indica que entre los heridos estaba un hijo del Escribano Gerónimo Illescas. Añadamos a estos nombres los de Antonio Castillo, Pedro Dután, Francisco Gómez, Manuel Romero, Andrés Tacuri, Mariano Jara, Francisco Masón, Ambrosio Campoverde y Francisco Hato, hijos de la parroquia de Biblián, cuyos cadáveres pudieron ser recogidos por sus deudos y sepultados en sagrado, según lo comprueba el R. P. Fray Alfonso M. Jerves, en “Páginas de Historia,” y tendremos todos los de aquellos que han podido salvar del negro olvido.”

Como dato curioso apuntaremos, que uno de los cañones que llevaron nuestras tropas para el combate de Verdeloma fue escondido bajo tierra en el panteón de Biblián, y desenterrado en 1822, fue enviado a Cuenca, cuando se hallaba de Gobernador el Coronel don Tomás de Heres, según consta de un oficio dirigido a éste por el Alcalde de dicha parroquia, don Manuel Ochoa. Lástima es que no se hubiera conservado el referido cañón, que probablemente fue uno de los construídos en esta ciudad, en 1809, de orden del Cabildo Ampliado, bajo la dirección del Canónigo Dr don Tomás Borrero y de don Paulino Oadóñez, para eterna memoria del patriotismo de nuestros antecesores.

La Revolución eminentemente popular de Cuenca del tres de Noviembre de 1820, fue, según lo hemos relatado, ahogada en torrentes de sangre en el funesto campo de Verdeloma. Pero nuestro movimiento Emancipador, digan lo que dijeren algunos historiadores en contrario, fue no sólo patriótico, sino utilísimo para la causa de la Independencia de la antigua Presidencia de Quito. Podemos asegurar imparcialmente, y sin que nos ofusque la bastarda pasión regionalista, que no la tenemos, que, habiéndose desatado en Verdeloma la tempestad preñada de rayos que aniquiló a nuestras entusiastas aunque bizoñas e indisciplinadas tropas, pudo la libérrima Guayaquil escaparse de ella, o sea, de las consecuencias de la terrible derrota que sus valerosos hijos sufrieron en los arenales de Huachi. Bendito Verdeloma que, aun cuando dió al traste con nuestra Independencia, la dejó subsistir en la noble ciudad de Guayaquil; suceso venturoso que, en no lejano día, permitió a los cuencanos recuperar su pérdida y ansiada Libertad.

Sea esta la oportunidad de consignar que: “La nobilísima, la hidalga Guayaquil, aun después de su desastre en Huachi, en 22 de Noviembre de 1820, nos tendió la mano

para ayudarnos. En 15 de Diciembre, cinco días antes de Verdeloma, todavía nos remesaba armas y pertrechos, que, por desgracia, ya no nos llegaron a tiempo." (Octavio Cordero Palacios).

Como creemos un deber sagrado, a fuer de historiadores imparciales, reivindicar las glorias que corresponden a Cuenca por los esfuerzos que ella empleó para obtener su Emancipación y la del Ecuador, veamos lo que, al respecto, dice el sesudo, veraz, sereno y docto historiador, Dr. Dn. Alberto Muñoz Vernaza.

"La derrota de Huachi debió traer como consecuencia, y trajo en efecto, la derrota en Verdeloma de los patriotas de Cuenca, no sólo por la falta de pericia militar, sino también por la falta de armas que no pudieron conseguir, a pesar de los grandes esfuerzos que hicieron para ello; las que les suministró la Junta de Guayaquil fueron insuficientes y en número muy reducido. La resolución que aquellos valerosos patriotas formaron, pues, de presentar combate en condiciones tan desfavorables a las aguerridas fuerzas españolas vencedoras en Ambato, fue un acto de abnegación y sacrificio ofrecido en aras de la libertad, sin más objeto entonces que signar una protesta de sangre contra el dominio colonial, acreditar ante las presentes y venideras generaciones el propósito firme que los dominaba de sucumbir antes que doblegar el cuello a la cadena, y dar un saludable ejemplo a los que aun permanecían indecisos o indiferentes, para que se aprestaran a defender la Patria, como luego lo ejecutaron. Los que conocían el estado de nuestras fuerzas, no vacilaban en pronosticar el desastre. En el informe del Capitán don Eusebio Borrero, fechado el 21 de Enero de 1821, en Cali, se dijo antes de conocer el resultado de Verdeloma.—*El enemigo [el ejército del Coronel F. González], dejando un destacamento de cien hombres en Guaranda, y habiendo agregado todos nuestros prisioneros [los de Huachi] marchaba sobre Cuenca. Esta pedía auxilios de armas a Guayaquil, pues no tenía sino unos pocos fusiles y diez y nueve piezas de artillería. Anteriormente se habían mandado dos comisionados con quince mil pesos a comprarlos, suponiendo que los habría en los buques ingleses, y ni unos ni otros le habían ido; por consiguiente Cuenca habría sacumbido a la fecha.*

"El notable Prócer Dr. Cayetano Ramírez Fita, actor en aquellos sucesos y posteriormente Senador por el Departamento de Guayaquil, en los Congresos de la Gran Colombia, expresa lo siguiente al referir una comisión que le encomendaron los patriotas cuencanos:—*Fermentados ya los ánimos (en Cuenca), precipité mi regreso a Guayaquil el 28 de Octubre de aquel año (1820) con las credenciales necesarias para tratar con el Sr. Escobedo, primer Jefe de la Junta de Gobierno.—Mi comisión se dirigió a pedir auxilios de armas y algunas tropas, para sostener la Inde-*

pendencia que se proclamó el cuatro de Noviembre. Por desgracia acabó el Sr. Escobedo su mando, y la Junta que se instaló de los tres individuos, Olmedo, Roca, Jimena, obraron con tanta lentitud que, en mi concepto, fue esto causa de que sucumbiese Cuenca, por que los auxilios fueron tarde. Los Srs. Vivero y Maldonado, representantes del Congreso, pueden testificar estos hechos."

"En un oficio dirigido por la Junta de Gobierno de Guayaquil, sobre la Independencia de Cuenca, se dice al General de Colombia, Manuel Valdés, Comandante en Jefe del ejército del Sur, que se encontraba en campaña por el lado de Popayán:—"La columna enemiga que batió nuestra división en Huachi, ha dirigido su movimiento sobre la provincia de Cuenca; por lo que ha sido menester desarmar una parte de la guarnición de esta Plaza para auxiliar de armas aquella y reforzar la división acantonada en Babahoyo que va avanzando sobre Guaranda en partidas por diferentes direcciones, para retardar o retener con esta diversión el movimiento enemigo que sin abandonar a Riobamba amaga con trescientos hombres a Cuenca. (El Coronel español González se vino sobre Cuenca no solo con ese número, sino con seiscientos soldados). Esta provincia llena de un gran entusiasmo no puede presentar armados arriba de cuatrocientos hombres por la gran escasez de armas.—Guayaquil, Diciembre 22 de 1820.—Dios, Libertad y Victoria.—José de Olmedo.—Rafael Jimena.—Francisco María Roca."

"El Capitán Mayor Dn. José Antonio Muñoz, enviado por el Gobierno Colombiano, cerca del de Chile, dirigió también al mismo General Valdés un oficio en el que le hace saber que: "La provincia de Cuenca quedaba libre por sus propios esfuerzos, e incluye una copia de la nota que dirigió al Gobierno.—Estaba falta de todo elemento y muy proxima a extraviarse imitando el sistema del Gobierno de Guayaquil".—(Se refiere al hecho de que estas provincias se constituyeron en Gobiernos independientes)."

"Al final del parte de la derrota de Huachi, dado por Sucre, el 18 de Septiembre de 1821, desde Babahoyo, tratando de los recursos con que pudiera auxiliar el General San Martín, dice que no los espera, y concluye así: "*Gracias si envía algunos fusiles de mil que tienen en su poder correspondientes a Cuenca.*" Cuando la revolución de esta provincia, el Ayuntamiento envió una gruesa suma de dinero el Comisionado Argentino, por medio del Gobierno de Guayaquil, y parte del valor de esta suma era la que debía pagarse en fusiles."

«El desastre de Verdeloma (20 de Diciembre de 1820), se debía, pues, no tanto a la falta de pericia militar, como a la escasez de armas y demás elementos de guerra. Con todo, nuestros padres cumplieron su deber; fueron al sacrificio conscientes de su inferioridad guerrera, y ofrendaron a la patria doscientos veinte muertos en el campo de bata-

lla, fuera de los heridos, prisioneros y paisanos que en número de ciento ochenta sacrificó el vencedor, el bárbaro Teniente Coronel Francisco González, Jefe de la expedición realista. Los Jefes patriotas que sucumbieron en la acción fueron el Coronel Evangelista Landázuri y el Comandante Manuel Picón; naturales ambos de Cuenca.”

“No puede afirmarse sin temeridad y sin faltar a la verdad histórica, que el movimiento de Cuenca haya sido *más patriótico que útil*. La revolución del Tres de Noviembre, fue a más de patriótica sumamente útil, como lo comprueban los varios, felices y necesarios efectos que de allí se desprendieron. Apuntaremos algunos.”

“Perdido el puerto de Guayaquil, los realistas del Virreinato de Santafé no tenían otra vía de comunicación con los realistas de Lima que la vía de Cuenca y Loja. Aun en tiempos normales el comercio de ultramarinos y artículos criollos del Perú, se hacía en mayor escala quizás por Cuenca que por Guayaquil, para el Sur de la Presidencia; costumbre que duró hasta los tiempos de la República; pues casi todo el comercio de estas comarcas se hacía con Lima, por Paita y Loja. La revolución de Cuenca del 3 de Noviembre causó, bajo este aspecto, gran contrariedad entre las autoridades y tropas del Rey; y por eso tomaron éstas grandísimo empeño en atacar y destruir el obstáculos que se les presentaba por esta parte, desentendiéndose de las fuerzas de Guayaquil que salían para Babahoyo, y dando tiempo a los patriotas de la costa para que reforzaran y acrecentaran sus elementos de combate. Era lo más probable, y lo mejor aconsejado por las circunstancias, que sin la resistencia de Cuenca, las tropas vencedoras de Huachi hubieran continuado su marcha victoriosa hasta Guayaquil. Un documento de aquella fecha reconoce de una manera expresa estas circunstancias cuando dice:—“Creo que aquel movimiento (el de las fuerzas vencedoras en Huachi) no era con otro objeto que el de asegurar la retirada de Quito a Lima (por Cuenca) que ha sido siempre el plan de aquellos Gobernantes perdida una vez Pasto, que es toda la esperanza de los realistas del Sur.”

“Otro de los resultados inmediatos fue la imposibilidad en que se vieron las autoridades de la Presidencia de aumentar las fuerzas de Quito, pues por la desconfianza que tenían de sus habitantes, desde los sucesos del 10 de Agosto, Guayaquil y Cuenca eran los lugares de donde solían sacar antes todos los reclutas; fuera de que no tenían dinero para el desarrollo de sus planes, por la falta del situado de Cuenca que era muy importante y del ramo de tributos que era la principal renta de entonces. Estas reflexiones no son antojadizas, sino que se fundan en documentos que tenemos a la vista, y que no es posible reproducirlos en un ligero artículo de un periódico.”

“El movimiento del tres de Noviembre, seguido de la

acción de Verdeloma, fue puede decirse, el *bautismo patriótico* de Cuenca. El gobierno español perdió los recursos de dinero, y sobre todo el tributo de hombres que arrancaba de esta populosa provincia, que desde entonces juró ser libre e independiente. Esta actitud de los patriotas del Sur, hizo posible el gran triunfo de Sucre en Yaguachi; pues el Coronel González no pudo aumentar sus fuerzas en Cuenca, sino con algunos reclutas que se encontraban poco dispuestos a ofrecer sus vidas por la continuación del predominio colonial; cuando por el contrario gran número de nuestros emigrados aumentaron los tercios republicanos que vencieron en aquella importante jornada."

"Aun el desastre de Verdeloma fue causa indirecta de que Guayaquil se conservara por la Patria, cuando la sublevación de las fuerzas sutiles de la ría, en Julio de 1821, compuestas de seis lanchas de a 24 y de a ocho, un falucho y una falúa, manejados por una diestra y escogida tripulación. La traición de Ollague en Guayaquil y la de López en Babahoyo, mientras Sucre se encontraba al medio en Sanborondón, colocaron a la patria al borde del abismo. El General Morales no contaba sino con 250 *cívicos*, compuestos principalmente de los emigrados de Quito y Cuenca, a quienes se debió en su mayor parte el triunfo que obtuvieron sobre los trescientos ochenta sublevados al grito de Viva El Rey; triunfo que costó la muerte de treinta patriotas y de los Jefes: Mateo Ascásubi, Comandante Quintero, Lucas Almandariz, Comandante de Marina, Pablo Altamirano, Comandante de Infantería, Casimiro Herboso, Marino, todos estos Guayaquileños, y del Sargento Mayor Lojano Pedro Manuel Novarte."

"Todas las expediciones salidas de Guayaquil por la vía de Babahoyo, para ocupar la Capital, tuvieron un fin desastroso, como lo comprueban las dos acciones desgraciadas de Huachi, la primera con Urdaneta Luis, y con Sucre la segunda, en 1821. Este experto General conoció al fin, que la vía más adecuada para el objeto era Cuenca, preparada ya con la revolución del Tres de Noviembre, la acción de Verdeloma, &; y por esto resolvió dar el asalto final al poderío español por esta ruta. El resultado confirmó la previsión del Gran Capitán, que salió por Machala y Saraguro a Cuenca haciendo posible la reunión con el ejército peruano. Luego la abundancia de recursos, el número de habitantes del Azuay y el valor y patriotismo de sus hijos cooperaron con eficacia para la jornada decisiva del Pichincha."

"No entraremos en detalles ni continuaremos relatando todo lo más que hicieron estas comarcas, en pro de la Independencia; porque no lo juzgamos necesario. Nos parece que con lo dicho resultará comprobado que el movimiento del Tres de Noviembre de 1820 no sólo fue *patriótico sino también útil y muy útil* para la causa de la Emancipación Americana. ¡Habremos con esta ligera demostración devuel-

to el laurel que ha pretendido arrancarse de las sienes venerandas de nuestros Próceres? Si hemos conseguido, sea éste el tributo que por hoy ofrecemos a su memoria, en testimonio de eterna gratitud.”

Otro historiador notable y sesudo el Sr. Dr. Dn. Octavio Cordero Palacios, al hablar del segundo combate de Verdeloma, se expresa en estos términos:

“Terrible fue para los independientes de Cuenca la impresión que la derrota de Huachi les produjo. Confiaban ellos en unirse con las fuerzas de Guayaquil, o a lo menos con que éstas, deteniendo al enemigo por algún tiempo, diesen a ellos el suficiente para armarse, disciplinarse y aprestarse para la campaña. Quedaban solos ahora, y para habérselas sin esperanza de socorro alguno, con los engreídos tercios de González y Aymerich.”

“Mas, considerando que, de desbandarse, para poner a cubierto sus personas, Guayaquil se perdería sin remedio, pues hacia allá cargarían los realistas vencedores, hicieron un llamamiento a su hidalguía; y, para atraer sobre sí la fiera, como torero que interviene en socorro de otro que se mira ya a punto de muerte, salieron inmediatamente a campaña, vía del Norte.”

“Produjo todo su efecto este paso, y Aymerich, lejos de avanzar en persecución de los vencidos y apoderarse de Guayaquil, desguarnecida totalmente a la sazón, mandó que la fuerza de González, después de descansar y rehacerse en Riobamba, se dirigiese sobre Cuenca.”

«La conducta de nuestros padres en esta emergencia fue de resultados tan trascendentales, que es imposible pasarlos en silencio. Nuestro Verdeloma es acreedor a un monumento. Ese lugarcillo tan oscuro hasta hoy ante la historia, fue como la clave de las luchas anteriores y posteriores por la libertad americana.”

“Perdido Guayaquil, a quien salvamos de catástrofe irremisible, mediante la nuestra, ¿de dónde Sucre hubiera amagado las espaldas del ejército de don Basilio García, que en Jenoy y Quilcasé hizo morder el polvo a Valdés y a Infante y Carvajal, Jefes del ejército independiente? ¿Dónde, meses más tarde, se hubiera repuesto el mismo Sucre del otro terrible Huachi, sino aquí, en Cuenca, agotado como estaba Guayaquil por los dos Huachis y la desastrosa jornada de Tanizagua?—¿Qué hubiera sido del Libertador mismo y de la Guardia Colombiana postrada, aunque presumiendo de vencedora, en Bomboná, donde el indicado fiero don Basilio puso en duda la eficacia de las batallas de Boyacá y el segundo Carabobo; dado que Bolívar, en retirada, cediéndole los territorios de Pasto y el Patía, estaba para acogerse a los del Valle del Cauca, y aun tal vez a los de Cundinamarca?”

“Pichincha lo salvó todo, y Pichincha es cuencano por excelencia. Los heroicos restos de los dos Huachis y de

Tanizagua, organizados en el Batallón Yaguachi, aquí rellenaron sus cuadros. Las divisiones de Colombia y del Perú—demasiado espaciadas después de su reunión en Saraguro—con los quinientos hombres que pidió Sucre a Cuenca por pronta y primera providencia, aquí lograron tapar sus huecos; y el *Alto-Magdalena* del legendario Córdova, que en los lodazales de Chalapud y las montañas de Molleturo había dejado más de la mitad de sus héroes, se completó aquí en Abril, para seguir de contado a unirse con Sucre en Ambato, días antes del 24 de Mayo.—Hasta los clarines que tocaron en Pichincha, y resonaron en Junín y repercutieron en Ayacucho fueron cuencanos. Gaspar Sangurima los hizo, en la maestranza que estableció Heres aquí, en el Convento de Santo Domingo, bajo la dirección de ese Maestro. Conque, pues, sin Verdeloma, adiós Guayaquil; sin Guayaquil, adiós Pichincha; sin Pichincha, adiós Junín y Ayacucho, y sin estas dos jornadas, todo como en el año 14, después de Aragua de Barcelona y Urica, y como en el año 16, después de Cachirí y la Cuchilla del Tambo.”

«Medítese sobre todo esto, que es historia real y verdadera, y llenémonos de orgullo los cuencanos con nuestro Verdeloma. Dejándonos matar allí, sin esperanza ni aun remota de triunfo, emulamos en masa el sacrificio de Ricaurte en San Mateo!»

No nos cansaremos, para que quede bien sentada la verdad respecto de la importancia de la acción de Verdeloma, en nuestra lucha para alcanzar la Independencia, de insistir en este punto; para lo cual reproducimos una parte del discurso pronunciado por el Dr. Alberto Muñoz Vernaza, en la solemnísimas Velada Literaria del Centenario de la Independencia de Cuenca, gloriosa Efemérides que con gran pompa y numerosas fiestas, se celebró en todos los cantones de las Provincias Azuayas, desde el 1º hasta el 15 de Noviembre inclusive de 1920.

“El 3 de Noviembre de 1820 tuvo su complemento y desenlace, en el 20 de Diciembre del mismo año, con la acción de Verdeloma. Pero Cuenca no fue a Verdeloma para el combate y la victoria, sino que fue únicamente para el sacrificio. Los patriotas del 3 de Noviembre clamaban por armas y otros elementos de guerra, que hicieran eficaz su resistencia; mas apenas Guayaquil pudo remitir unos cuantos fusiles, y el enemigo avanzaba. El ejército enviado por la Junta de Gobierno de Guayaquil al mando de Urdaneta y Febres Cordero, con el intento de ocupar Quito, fue destrozado y disperso en las fatídicas llanuras de Huachi, el 22 de Noviembre de 1820. El Jefe realista pudo haber perseguido los restos de ese ejército, y ocupado sin mayores trabajos el territorio dominado por aquel Gobierno, destruyendo así la obra imponderable del 9 de Octubre: pero los insurgentes de Cuenca conocieron la necesidad de hacer un esfuerzo supremo y enviaron mil reclutas, armados de

unos pocos rifles, escopetas y aun palos, para amagar el flanco izquierdo del ejército vencedor.”

“Una columna de seiscientos veteranos, engreídos por el triunfo de Ambato, y comandados por un Jefe tan entendido y valiente como el Coronel Francisco González, y su segundo el Comandante don Francisco Eugenio Tamariz, desviaron de Riobamba para atacar a los insurgentes del tres de Noviembre, porque como militares expertos no podían dejar a sus espaldas o a sus flancos, partidas en armas capaces de cortarles las comunicaciones con Quito y Pasto que eran la base de sus operaciones. Lo natural, lo aconsejado por la prudencia era que los patriotas hubieran evitado el choque que los iba a conducir a una ruina inevitable; pero en las grandes crisis de la Historia, cuando los pueblos luchan por su libertad e independencia, si razona la cabeza, quien manda en definitiva es el corazón. Se lanzan al combate, y las aras sangrientas de las faldas de Déleg y la encañada del río de Burgay recibieron los doscientos cadáveres que cayeron en la pelea, llegando al número de cuatrocientos con los heridos, prisioneros y paisanos que sacrificó el inhumano realista González. Así Verdeloma salvó entonces la independencia de Guayaquil.”

Antes de ocuparnos de los sucesos del año de 1821, que los cuencanos podemos calificar de terrible, y que serán materia de capítulo aparte, hablaremos, por exigirlo así el orden cronológico, del desastre de Tanizagua.

Referimos que don Tomás Guido, Edecán, primer Coronel del General don José de San Martín, había arribado a Guayaquil, el 14 de Noviembre de 1820, con el carácter de Enviado Diplomático de dicho General, para conseguir a todo trance la incorporación de la Provincia libre de Guayaquil al Perú. Junto con el Coronel Guido vino también el primer Coronel Mayor don Toribio Luzuriaga, con el objeto de ofrecer sus servicios a la Junta de Gobierno.

Después de la derrota de Huachi, y separados del mando del ejército patriota los Coroneles Luis Urdaneta y León Febres Cordero, se le confió al General don Toribio Luzuriaga, Coronel Mayor de los ejércitos de la Plata y Coronel General de los de Chile. Investido de ese carácter, el 1º de Diciembre de 1820, se puso al frente de las pocas fuerzas independientes acantonadas en Babahoyo.

El nunca desmentido patriotismo de los guayaquileños no murió ahogado en la sangre de sus valientes hijos en la fatídica pampa cercana a Ambato, sino que como el ave mitológica resurgió de sus propias cenizas. En efecto, reorganizado el ejército patriota, en cuanto se pudo, y aprovechando de que las fuerzas realistas dejadas por González, cuando marchó sobre Cuenca, en Guaranda, Pungalá y Guanujo, afectaron retirarse a Riobamba, el General Luzuriaga envió una fuerza expedicionaria al mando del valiente y puntonoso Jefe, hijo de Tucumán, en la República Argenti-

na, Coronel Graduado, don José García, para que abriese operaciones sobre Guaranda.

El Coronel García cumplió su cometido, y se apoderó de esta última ciudad. Entonces recibió del General Luzuriaga, orden de reconcentración en Babahoyo, en los últimos días de Diciembre de 1820.

Recibida esta orden, García la obedeció y movió sus fuerzas del Cuartel General de Guanujo. Sabedores de este movimiento los realistas de la villa de Guaranda, capitaneados por el cura de ella don Francisco Benavides y por un Comandante Piedra, reunieron las fuerzas que andaban dispersas, y les prepararon una emboscada a los patriotas, situándose en la posición de Tanizagua, lugar a propósito para su siniestro plan, y por el cual debían de atravesar las descuidadas tropas del Coronel García.

El día 3 de Enero de 1821, en el mencionado lugar de Tanizagua, cuando marchaban tranquilos los patriotas, preséntase de frente el Jefe realista Piedra. Trábase un combate, en que la victoria sonreía al Comandante republicano, pero atraído éste a la emboscada preparada de tan pérfida manera, salen de su escondite el formidable cura guerrillero Benavides y los suyos, y acometen por la retaguardia y los flancos, encerrándoles en un círculo de fuego a los patriotas. Los más valientes escapan de la terrible matanza, muchos caen muertos, heridos y prisioneros; y los realistas alcanzan un segundo triunfo sobre los patriotas. El denodado Coronel García que cayó prisionero, fue fusilado inmediatamente y degollado, y remitida su cabeza a Quito.

Allí el Presidente Aymerich, la hizo colocar en una jaula de hierro y ponerla a la pública exhibición en el puente de Machángara; acto de feroz cobardía propio de los Gobernantes coloniales de aquella época.

Con el desastre de Tanizagua y con los anteriores de Verdeloma y Huachi, quedaron nuevamente sometidas a la dominación española Latacunga, Ambato, Cuenca y Riobamba. Esta villa sufrió lo que es indescriptible por actos de crueldad inaudita y de toda clase de crímenes llevados a cabo por un escuadrón de caballería mandado por el Comandante español Puyol que fue, por su índole cruel y sanguinaria, digno émulo de los Zuazola, Antoñanzas, Cerveris, Morillo, Earile, Sámano, Moxó y tantos y tantos otros Jefes, espurios hijos de la hidalga, de la noble, de la legendaria España, la que no es ni puede ser responsable como Nación de que un rey déspota, absoluto, voltario e inepto como Fernando VII, hubiese enviado para conservar su señorío en las colonias americanas, a hombres de entrañas duras e instintos depravados, como los que acabamos de nombrar.

Sea esta la oportunidad de manifestar que nuestros sentimientos son de respeto y veneración para con España; porque a esta privilegiada Nación le debemos el candencioso

y sin rival idioma castellano, las costumbres patriarcales, la Religión simbolizada en la Cruz, el heroísmo y ese *quid divinum* de la raza latina. Le debemos, en una palabra, los elementos civilizadores que se han desarrollado, a través de un siglo de vida independiente.

Hecha esta digresión, concretémonos a la triste narración de nuestro año terrible, del año de 1821.

CAPITULO V.

Primer acto del Coronel Francisco González, a su llegada a Cuenca.—Inicua ejecución de veintiocho patriotas.—Instalación de una Junta llamada de secuestros.—Procedimiento sumarísimo y arbitrario de la Junta.—Razón de los patriotas, cuyos bienes fueron embargados y rematados.—Auto contra los ocultadores de los bienes de los emigrados.—Terminan las funciones de la Junta.—Contribuciones en dinero, granos, ganado, &c, impuestas mensualmente para el sustento de las tropas.—Contribuciones de vestuario para las mismas.—Recluta de hombres, y requiza de caballos.—Asesinatos, robos y otros crímenes cometidos por los soldados realistas.—El Coronel Carlos Tolrá en Cuenca, sus órdenes draconianas.—Se lleva las alhajas del templo de Girón.—El último Cabildo en la época colonial.—Tolrá sale de Cuenca.—Reflexiones acerca del año terrible de 1821.

Cuenca estaba desolada cuando arribó a ella el Coronel Francisco González con su ejército triunfante en Verdoloma; pues los que lograron escapar de los horrores del combate y de la matanza de los prisioneros verificada en el mismo campo de batalla, buscaron asilo y lo encontraron en la hospitalaria ciudad de Guayaquil, a donde pudo llegar también el Jefe de la Revolución del 3 de Noviembre, doctor José María Vázquez de Noboa, con otros patriotas distinguidos. Los que no tomaron parte en la acción de Verdoloma buscaron refugio en los más recónditos parajes de la comarca. Pocos ciudadanos de viso que no tuvieron facilidad de huir se vieron, pues, obligados a permanecer en la abatida ciudad, exponiéndose a los desmanes y a las iras del engreído Jefe vencedor.

Lo primero que hizo éste fue ordenar a los miembros del Ayuntamiento que se encontraban presentes en la ciudad, que iluminasen con ceras y con velas la casa consistorial, en celebración del triunfo de las armas reales en la fatídica pendiente de Verdoloma. Los Cabildantes tuvieron que acatar y obedecer la orden de González, porque pocos se resisten al imperio de la fuerza, suprema ley de los tiranos.

En los primeros días de 1821, Cuenca presencié horrozada un espectáculo sangriento y aterrador: la inicua ejecución de veintiocho patriotas en la plaza de San Francisco. ¡Pobres mártires, cuyos nombres ni siquiera ha conservado

la historia, para que los cuencanos podamos bendecirlos y elevar un monumento que perpetúe su memoria!

El Coronel González cambió el nombre de su predilecto escuadrón *Dragones de Granada*, con el de *Constitución*, sin duda porque se había implantado en España y debía también regir en sus colonias la libérrima Constitución de Cádiz expedida en 1812, merced al grito de rebelión lanzado por Riego y Quiroga en Cabezas de San Juan a principios de 1820. Hacemos constar este particular, porque el batallón Constitución dejó ingratos recuerdos en esta ciudad por sus desmanes y tropelías: y porque, oh sarcasmo, el Coronel González se burló de la Constitución; y obró según su soberana y arbitraria voluntad.

Siguiendo el funesto ejemplo que dió el Teniente General don Pablo Morillo en Caracas y Santafé, y deseoso de locupletar las arcas fiscales, el Coronel González, apenas llegó a Cuenca, creó una Junta de Secuestros, con el inicuo objeto de embargar los bienes de los patriotas, y rematarlos mediante un trámite ilegal, injusto y sumarísimo. La Junta se compuso al principio de las siguientes personas: del Presidente, Capitán Dn. Carlos José Marín, del Doctor Francisco Javier Crespo y Andrade, Provisor y Vicario Capitular del Obispado de Cuenca, de Don Carlos Fernández de Córdoba y Dn Manuel Avilés, Regidores del Cabildo de esta ciudad, del Doctor Don Salvador de la Pedrosa, Abogado de la Audiencia Nacional y Fiscal con voto de la Junta, de Don Manuel Veintemilla y Valderrama, de Don José Flores, y del Secretario, Doctor José Joaquín Aguilar de la Avila. En el transcurso del funcionamiento de la célebre por su arbitrariedad, Junta de Secuestros, hubo mutación en el personal de la misma.

Para que se conozca el inicuo procedimiento de dicho Tribunal, transcribimos con vista del juicio de secuestro seguido contra los bienes de Don José Cisneros, Coronel Comandante del ejército patriota que combatió en Verdeloma, las siguientes piezas del respectivo expediente.

El auto inicial encabezado con los nombres de los vocales de la Junta, que arriba mencionamos y suscrito por los mismos, dice en su parte resolutive: "Por el presente ordenamos que el señor Regidor que hace de Alguacil Mayor (en ese tiempo lo era Don Juan Arteaga) proceda al secuestro de todos y cualesquiera bienes que parecieren ser propiedad de Don José Cisneros, vecino de esta ciudad, y los deposite en persona lega, llana y abonada que otorgue depósito en forma y conforme a derecho. Por cuanto así lo tenemos mandado, a consecuencia de lo dispuesto por el Señor Coronel Comandante en Jefe Don Francisco González. Dado en Cuenca y Enero veinticuatro de mil ochocientos veinte y uno."

Verificado el embargo del fundo de Machángara con todos sus muebles, enseres, inclusive deudas de peones, la Jun-

ta expidió el decreto que sigue: "Cuenca y Febrero ocho de mil ochocientos veinte y uno.—Déense los pregones a todos los bienes embargados según derecho, hallándose en estrado." Siguen siete enmarañadas y complicadas rúbricas y la firma y rúbrica del Secretario Aguilar de la Avila.

En nueve, doce y catorce del indicado mes y año, se dieron los tres pregones, en esta forma: "En la ciudad de Cuenca, a nueve de Febrero de mil ochocientos veintiuno. Yo el Secretario de la Junta de Secuestros, en cumplimiento del decreto que precede, procedí en el oficio público, que cae a la Plaza Mayor, del Escribano Público y Notario Mayor de Diezmos, a dar el primer pregón que se repitió varias veces por voz del pregonero José María Avila, a todos los bienes embargados del reo procesado don José Cisneros; y sin embargo de la repetición del pregón, no apareció postor alguno, Y para que así conste, lo pongo por diligencia firmando con el testigo que suscribe plumario de la Junta, Francisco Guillén.—Testigo, Francisco Guillén.—Aguilar de la Avila."—Los otros pregones son del mismo tenor.

Doña Juana Andrade y Santijusti, viuda de don Fernando Ochoa, y madre legítima de Doña María Ignacia Ochoa, mujer de Dn. José Cisneros, se presentó en la Junta de Secuestros, entablado tercería excluyente, por cuanto los bienes embargados eran de propiedad de la referida su hija, como bienes dotales privilegiados. Sobre esta petición recayó la siguiente providencia: "Cuenca y Enero 30 de mil ochocientos veinte y uno.—Habiéndose recibido en esta fecha la cuenta instruída por Don Tomás Salazar, Habilitado que fue para los gastos impendidos de la Caja Nacional a beneficio de las tropas insurrectas: constando de sus correspondientes partidas haber percibido Don José Cisneros, marido de Doña Ignacia Ochoa, en calidad de Coronel y Comandante de dichas tropas, la cantidad de mil novecientos treinta pesos; y a más de esto haber emigrado en junta de dicha su mujer a *Provincia subersiva* por notoriedad: compitiendo únicamente, en iguales casos, el Poder Ejecutivo a esta Junta creada con aquel objeto por el Señor Coronel y Comandante en Jefe don Francisco González, en cuyo poder deberán existir los correspondientes sumarios que han dado lugar al secuestro de que se trata y su tercera oposición: téngase presente para su tiempo; cometiéndose la notificación al Escribano Público Agustín Picón.—Marín.—Crespo.—Avilés.—Pedrosa.—Veitemilla.—Flores.—Anre mí, Picón."

En virtud de las reiteradas peticiones de la tercerista Doña Juana Andrade, consiguió ésta que la Junta, con consejo del asesor doctor Carlos Casamayor, recibiese el incidente a prueba. Durante el término concedido al efecto, el Abogado Fiscal pidió que se agregara copia fehaciente de la cuenta presentada por el Habilitado don Tomás Salazar respecto de las cantidades que de los fondos públicos habían recibido don José Cisneros y su mujer Doña María Ignacia

Ochoa. De dicha cuenta aparece que el Coronel Cisneros percibió, ciertamente, en diversas partidas, la suma de 1,900 pesos; pero debemos hacer constar que parte de esa cantidad la había recibido por sus sueldos devengados y a buena cuenta de los que tenía que haber en lo sucesivo; y otra parte o sea, la de mil trescientos pesos para pago de oficiales de sastrería y demás gastos ocurridos en la Comandancia que estaba a su cargo, y *en los más precisos de Verdeloma*. Hacemos esta observación, para que no se crea que don José Cisneros fue defraudador de los fondos públicos, lo que resultaría en mengua de la honorabilidad de uno de nuestros Próceres.

Quando Doña Juana Andrade, presentó una solicitud dentro del término probatorio con el objeto de justificar los fundamentos de su oposición, la Junta expidió el siguiente decreto: "Cuenca, Mayo diez y siete de mil ochocientos veinte y uno.—Teniendo a la vista el oficio del Señor Coronel Comandante en Jefe, recibido en esta fecha, por el que se previene la pronta enagenación de los bienes pertenecientes a los emigrados, y que acerca de sus productos, hagan sus gestiones los que se consideren interesados con apercibimiento de responsabilidad, a los S.S. de esta Junta de Secuestros caso de inobservancia: procédase al remate de los bienes embargados en esta causa, previa su tasación, que la practicará cualquiera de los Tasadores Generales, sin pérdida de tiempo."

Para no pecar de prolijos, diremos: que salió a remate el fundo de Machángara embargado: que no hubo postores; y que se pronunció el auto que sigue: "Cuenca y Junio veinte y siete de mil ochocientos veintiuno.—Vistos: resultando de los pregones que anteceden no haber comparecido licitador que haga postura a la hacienda de Machángara ejecutada por la emigración de don José Cisneros, se adjudica por las dos tercias partes de su avalúo al señor Racionero don Pedro Ochoa Canónigo de Merced y tío político de dicho emigrado; el que consignará su respectiva importancia, dentro de tercero día perentorio en este Juzgado, para que se le entregue aquel fundo, con beneficio de inventario y posesión en forma." Siguen las firmas de los miembros de la Junta.

El Canónigo Ochoa, como era natural, reclamó contra la injusticia manifiesta del auto anterior, máxime cuando se le adeudaba 3.600 pesos, como vendedor del predio de Machángara a los ejecutados. La Junta rechazó esta y otras solicitudes del expresado Canónigo; y al fin se le obligó a éste a consignar la suma de 1.019 pesos; y se ordenó que se embargue y se remate el fundo de "San Vicente" sito en Cañar, de la propiedad exclusiva de doña María Ignacia Ochoa, a quién se la declaró insurgente por haber emigrado con su marido el Coronel Comandante don José María Hidalgo de Cisneros.

Nos hemos detenido algún tanto en este asunto, para que se conozca que la Junta de Secuestros obedecía ciegamente las injustas órdenes del Coronel González, por temor indudablemente, de ser víctimas de la fuerza bruta que estaba a disposición de aquel Jefe *pacificador*, que pisoteaba todas las leyes y la famosa Constitución del año de 1812.

La Junta en referencia llegó al extremo de excitar a la delación, y de premiar a los que ejercían el infame oficio de espías y delatores, según aparece del documento que copiamos:

“Don Carlos José Marín, Capitán y Presidente de la Junta de Secuestros, don Francisco Javier Crespo y Andrade, Provisor y Vicario Capitular de este Obispado, don Carlos Fernández Córdova, Regidor Constitucional del Excmo. Cabildo de esta ciudad, don Manuel Avilés, igual Regidor, doctor don Salvador de la Pedrosa, Abogado de la Audiencia Nacional y Vocal con voto de dicha Junta, don Manuel Veintemilla Valderrama y don José Flores, todos individuos de la expresada Junta de Secuestros.—Dijeron: Que las personas de cualquier estado, condición y fuero que ocultaren muebles, papeles, alhajas, numerario o cualquiera otra propiedad pertenecientes a los emigrados o prófugos de esta ciudad y provincia, por haber sido funcionarios, jefes o adictos al sistema rebelde, los denunciarán a la enunciada Junta, en el término de tercero día de esta publicación; y que los ocultadores serán castigados con la confiscación de sus propiedades, como que por este delito se hacen reos de la misma pena que sus comitentes. Al denunciador se le guardará secreto, y además se le abonará el seis por ciento del valor de lo que denunciare. Y para que llegue a común noticia, y ninguno pretenda alegar de ignorancia, se publique por vía de bando, fijándose en los lugares públicos una copia legalizada de esta providencia, y remitiéndose los ejemplares necesarios a los pueblos de esta jurisdicción, para que por medio de los Jueces territoriales se haga notorio en ellos. Cuenca y Enero veinte y tres de mil ochocientos veinte y uno.—Carlos José Marín.—Francisco Javier Crespo.—Carlos José Fernández Córdova.—Manuel Avilés.—Salvador de la Pedrosa.—Manuel Veintemilla.—José Flores.—Por mandado de Su Señoría.—Juan Izquierdo del Prado, Secretario.—Es copia.—Cuenca, Enero veinticuatro de mil ochocientos veintiuno.—Juan Izquierdo del Prado, Secretario.”

También se ordenó el embargo de los bienes de don Miguel del Pino y de don Pedro Rodríguez, emigrados por delito de alta traición; de un fundo sito en Guarangos de la propiedad de don Francisco Chica; de las casas de Cuenca y de la quinta de Pomapongo y una hacienda en Turi pertenecientes a don Manuel Chica; y de una casa en Cuenca y de un predio en San-Juan-pamba de la propiedad de don Manuel Sempértgui.

Fueron, igualmente, embargadas las haciendas de Mo-

nay y Tegaputo del doctor José María Vázquez de Noboa; los bienes de don Paulino Ordóñez y los de don José María Borrero y Baca.

La Junta de Secuestros comisionó al Alcalde de Azogues don José Lazo de la Vega para que proceda al secuestro y embargo de todos los bienes pertenecientes a don Pedro Argudo, don Pablo Heredia, don Tomás Novillo, don Juan Francisco Carrasco, Pedro Guillén y don Joaquín Guillén, sindicados todos ellos del delito de infidencia; debiéndose remitir inmediatamente todos los frutos de las haciendas que se secuestraren a la Tesorería del cargo de don Miguel Vázquez; y las alhajas, muebles y dinero a las Cajas Nacionales. En cumplimiento de esta comisión, se embargaron, con todas sus existencias, la hacienda de Cuitún, el hato de Burgay, y el predio de San Javier, situados en la parroquia de Biblián, de la propiedad de Dn. Pedro Argudo.

Fué embargada, asimismo, la hacienda de Chalcalo, sita en la parroquia de Cañaribamba, de la propiedad de Dn. Manuel Esparza y Carrera, Lo fueron igualmente una fracción de terreno en Zulupali, términos del pueblo de Oña y el hato de Yarigsagua perteneciente a Dn. Miguel Ochoa.

A Dn. Carlos Domínguez, don José Pesantes, y don Manuel Reyes, vecinos de Chuquipata (hoy parroquia Loyola), se les declaró reos del delito de alta traición; y al primero se le embargaron granos, muebles y todo lo que poseía como arrendatario en Ayancay, jurisdicción de dicha parroquia. Por igual delito, se secuestró la hacienda de Zhizhio ubicada en la parroquia de Paccha de don Mariano Mora.

Sacados a remate los bienes del emigrado don José Ochoa y Serrano, y no habiéndose presentado postores, la Junta de Secuestros los adjudicó en la forma que sigue: la cuadra del Ejido, a don Mariano Aguilar: dos casas situadas en la esquina de Santo Domingo, a don José Pesantes: el hato de Chiquintad, a don Luis Ayora; y las casas de Paccha, a don Juan Torres. El adjudicatario don Mariano Aguilar manifestó la imposibilidad en que se hallaba de cubrir el valor de la tasación de la mencionada cuadra, que, contra su voluntad, se le hacía rematar; y la Junta expidió el decreto: "No ha lugar; y esta parte tenga entendido que el fundo relacionado se le ha aplicado por tasación."

Respecto de los bienes embargados a don Pedro Zea, Capitán de Artillería que fue en el combate de Verdeloma, se dictó la providencia: "No admitiendo más demora las urgentes erogaciones y la necesidad de Hacienda pública, con respecto a no haber parecido postor alguno a los bienes del emigrado don Pedro Zea: adjudicase las casas a don José Carpio, y la cuadra (una sita en Turubamba o Tandacato), a don Ignacio Vargas, por el precio de sus respectivas tasaciones que consignarán dentro de tercero día, bajo de apercibimiento contra su persona y bienes; y fecho, en-

trégueseles los fundos referidos por inventario en forma. Crespo.—Coronel—Ramírez—Gómez, Secretario.”

Dn. Ignacio Vargas se excusó de aceptar la adjudicación de la cuadra de Turubamba, hecha contra su voluntad; y la arbitraria Junta de Secuestros, proveyó lo que sigue: “No ha lugar la excusa que se presenta, y esta parte cumpla dentro del segundo día, mediante el privilegio Fiscal y la urgencia de sostener las tropas. Téstense las cláusulas malsonantes, y en lo sucesivo se le persibe represente con moderación; en el concepto que de no cumplirse con esta providencia, pasado dicho término, y sin necesidad de otra diligencia, se procederá con todo el rigor que convenga.—Crespo—Coronel—Ramírez—Avilés—Gómez, Secretario”.—Las palabras malsonantes a que se refiere el decreto son: “*Agradescó a U. S.S. y doy las mas debidas gracias por esto, que sin embargo de mi demérito se hayan dignado tenerme presente para la indicada adjudicación*” (habla de la quinta de Tandacato, de la propiedad de don Pedro Zea).

Mandamiento de ejecución y embargo se libró contra todos los bienes de don Ambrosio Prieto. Dichos bienes que consistían en una casa situada en el barrio de *El Vecino* y en dos predios situados en los lugares denominados San Sebastián Babzhún, dentro de los términos de la parroquia de Déleg, fueron sacados a pública subasta.

Como no hubiese postores, se adjudicó: la casa, a don Santiago Cruz Lozano; la finca de San Sebastián, a don José Avilés; y la de Babzhún, a don Sebastián Galarza.

En Cañar, se siguió juicio de infidencia contra don Miguel Crespo, el Escribano don Nicolás Clavijo, y su hijo don Agustín; y como consecuencia se embargaron los bienes de los dos primeros.

Los miembros de la Junta de Secuestros manifestaron al Cabildo de Cuenca, mediante oficio, que no les era posible continuar proporcionando los medios necesarios para la subsistencia de las tropas, porque se habían agotado los fondos de los bienes secuestrados y los forzados rematadores, o mejor dicho, adjudicatarios no consignaban el valor de ellos.

El Cabildo, en contestación, dijo, con fecha 17 de Noviembre de 1821 entre otras cosas: “En su consecuencia dicha Junta se abstendrá, en lo sucesivo, oficiar como lo ha hecho, dirigiéndose si tuviere por conveniente a las Superioridades de donde han dimanado las órdenes referidas; pues este Congreso ha estado distante de hacer imposición alguna por sí, y sólo ha sido el ejecutor de las órdenes de la Comandancia, como conducentes al mejor servicio del Rey y la Nación.”

En vindicación de la memoria de los Vocales de la Junta, quienes no quisieron continuar siendo miserables esbirros de la autoridad militar, de cuyos actos despóticos, también

fueron víctimas ellos mismos, transcribimos el acta quesigue:

“En la ciudad de Cuenca, y Noviembre veinte de mil ochocientos veintiuno. Los señores de la Junta de Secuestros &.—Hallándose juntos y congregados para tratar y acordar los negocios relativos a la colectación de numerario para el sostén de las tropas, se recibió nuevo oficio del señor Capitán Comandante de la Guarnición de esta ciudad, relativo a requerir a esta Junta por el reintegro de los seiscientos pesos correspondientes a la Hacienda Nacional, y gastados en obsequio de la subsistencia de las mismas tropas, sugetando para su devolución los bienes secuestrados; en cuya virtud se acordó por contestación lo siguiente.—Cuenca, y Noviembre diez y nueve de ochocientos veintiuno.—Recibido en esta fecha: respecto de no haberse verificado consignación alguna de los fondos adjudicados, y cuyas importancias habrían sido aplicadas no sólo para la subsistencia de las tropas, sino también para la devolución de los seiscientos pesos que se refieren; y últimamente no estando en los alcances de esta Junta el hacer otro arbitrio al intento, contéstese al señor Comandante: que si no superan las razones mencionadas para que se dirija sobre la Hacienda Pública para los gastos que urgen a beneficio de las tropas; y si no supera también la ninguna responsabilidad personal que han contraído los individuos de esta referida Junta, delibere como lo anuncia, quedando, por lo mismo, suspensa esta Diputación y sin arbitrio para continuar la provisión militar, y para que en ningún caso y resultado se note a esta Junta comuníquese al Excelentísimo Cabildo lo ocurrido y elévese todo al Excelentísimo señor Jefe Superior en primera oportunidad, con los antecedentes de la materia.—En esta Junta, se recibió otro oficio del Excelentísimo Cabildo de diez y siete del corriente, relativo a denegarse a tomar a su cargo la subsistencia de las tropas, fundándose en que esta Junta tiene fondos suficientes, con lo demás que en el se refiere. En su consecuencia, acordaron en la forma siguiente.—El señor Alcalde don Joaquín Crespo dijo: Que respecto a haberse agotado todo arbitrio para la subsistencia de las tropas, y no ser posible la venta de ningún fundo secuestrado, menos la consignación de numerario por los adjudicados: para evitar consecuencias desastrosas a más del vejamen y perjuicio que acaba de recibir de la Comandancia Militar, con la escolta de quince hombres armados que se le ha puesto en su casa, y hallarse por lo mismo coartadas no solo las atribuciones para continuar esta Junta, sí también las de su Ministerio de Alcalde Constitucional, quedaba por todo lo dicho separado de toda anuencia; y para manifestar en la Superioridad las justas causales que motivan este procedimiento, pide se le confiera testimonio de esta acta, comunicándose inmediatamente al Excelentísimo Cabildo para que responda de los males consiguientes a la cesación de la provisión militar repetidas veces anunciada.—El señor don An-

tonio Coronel expuso: que sin embargo de hallarse en disposición de ejercer su destino en la parte que le toque, se consulte al Excelentísimo Cabildo para que acuerde el modo y forma que debe observarse para la continuación de las funciones de esta Junta, entre tanto la Superioridad determina lo que tuviere a bien acerca de la imposibilidad de realizar la adquisición de numerario a pesar de las providencias que se han tomado al intento, confiriéndose copia de esta acta para los efectos que le convengan.—El señor don Bonifacio Ramírez dijo: Que respecto a ser ciertos los fundamentos explanados por el señor Alcalde don Joaquín Crespo, y hallarse, igualmente, con escolta armada en su casa, vejados escandalosamente sus derechos, así en lo que mira al empleo de Regidor, como en los de la Diputación, quedando por lo mismo sin ejercicio libre, era de parecer que se ponga en noticia del mismo excelentísimo Cabildo para que, a vista de hallarse esta Diputación oprimida, y sin Letrado que la dirija por haberse denegado también el señor Presidente interino don Salvador de la Pedrosa, tome la Providencia que convenga; y responda de lo contrario de las resultas, dándosele igualmente testimonio de la acta.—Con lo cual se concluyó esta Junta, que la firman los señores que la componen: de que certifico.—Joaquín Crespo.—Antonio Coronel—Bonifacio Ramírez—Mariano Gómez, Secretario.”

El Cabildo, como era natural, no quería tomar sobre sí la gravísima obligación de proveer a la subsistencia del ejército realista acantonado en Cuenca, por varias razones, siendo la principal: “la suma escasez de bienes y numerario en que actualmente se halla esta ciudad y su Provincia, los grandes sacrificios que este Cuerpo y cada uno de este vecindario han hecho continuamente en el curso de doce años, y particularmente en el último, en que a los mismos Militares presentes consta, de una manera palpable, lo exhausto que se halla todo el pueblo para contribuir con bienes de cualquiera clase; y que de semejante agotamiento se hacen indispensables las medidas de moderación y prudencia para lo que no se puede por impedimentos físicos recoger en grandes masas, y en el momento, se verifique, poco a poco, mediante el tiempo y treguas que exigen las necesidades verdaderas y comunes.” (Palabras tomadas del acta capitular del 20 de Noviembre de 1821).

En 29 del mismo mes y año, la Junta de Secuestros dió aviso al Cabildo de la suspensión del ejercicio de sus funciones; por lo que esta última Corporación tomó a su cargo la subsistencia de las tropas acantonadas en esta plaza, o mejor dicho, impuso para ese objeto contribuciones en dinero, en especies, en ganado, &c., a los desgraciados oprimidos habitantes de la provincia de Cuenca.

Hemos hablado de la Junta de Secuestros desde su establecimiento hasta su extinción, tócanos, ahora, relatar los

otros hechos acaecidos en territorio azuayo durante el fatídico año de 1821.

El Coronel graduado don Antonio Arteaga tomó posesión, en 12 de Febrero, ante el Cabildo, del empleo de Jefe Político subalterno, Intendente y Comandante Militar de Cuenca, en virtud de nombramiento conferido por el Presidente interino de Quito, don Melchor Aymerich; pero el único que en realidad mandaba como un autócrata era el vencedor de Huachi y Verdeloma, Coronel don Francisco González, como vamos a manifestarlo.

En 16 de Febrero, dirigió este Jefe un oficio al Cabildo en el que manifestaba: que por la suma escasez del Erario que no alcanza a cubrir aquellas precisas e indispensables atenciones que requiere el sustento del soldado, se ve en la necesidad de hacer esta manifestación, con el objeto de que entre los vecinos pudientes de esta ciudad, y su Provincia, excepto el pueblo de Cañar, *se cubra la desnudez de sus valientes soldados*, por medio de un repartimiento proporcionado a las facultades de cada uno, hasta completar el número de *dos mil cuatrocientas camisas y otros tantos pantalones de buen género blanco*, para que el Excelentísimo Cuerpo Capitular pueda practicar esta diligencia, sin que medien quejas ni resentimientos, valiéndose de los *medios más puros e imparciales*. Que hecho el repartimiento se comisione a tres individuos de la misma corporación para que lo lleven a debido efecto, y se hagan cargo bajo de responsabilidad del más pronto cumplimiento, para que prefijo el perentorio término de un mes, que deberá correr desde esta fecha, se ejecute, sin gozar excepción el eclesiástico ni el empleado. Que todo el género sea de igual clase, y los que no lo tengan den su importe a los comisionados, encargándose éstos de su compra."

El Cabildo obedeció la orden que acabamos de mencionar. En consecuencia, hizo el reparto de la contribución de las camisas y pantalones entre varios individuos y corporaciones; y para hacerle efectiva, a la brevedad posible, nombró una comisión compuesta de don Antonio Carrión, don Antonio Coronel y don Francisco Moscoso. Debemos indicar que el Cabildo Eclesiástico y el Clero debían proporcionar ochocientas camisas y otros tantos pantalones.

A petición del Coronel González, el Cabildo nombró al Alcalde Joaquín Crespo y a los Regidores Carlos Sclleri, Juan Domingo Gómez de Arce y Bonifacio Ramírez, para que, proporcionalmente a las comodidades de los vecinos de esta ciudad y de los pueblos de la provincia, les exijan una contribución para el sustento y alimento de las tropas reales que existían en Cuenca.

Con el objeto de reemplazar las bajas de su división y de aumentarla, el Coronel Francisco González ordenó que el Cabildo dictase las medidas tendientes a reunir novecientos setenta y dos reclutas blancos, y si esto no fuere posible

indios solteros de buena estatura y robustos. Dicha Corporación, acatando el mandato de González, libró las correspondientes órdenes a todos los Tenientes de los pueblos para que, sin pérdida de tiempo, procedan a reclutar los hombres pedidos por aquel Jefe.

Ignoramos si llegaron a reunirse los novecientos setenta y dos reclutas pedidos por el Comandante Militar de Cuenca. Pero el hecho es que diariamente llegaban a esta ciudad partidas de infelices campesinos amarrados con gruesas cuerdas, como si fuesen presidiarios, para ser enrolados en las filas de los soldados. La deserción de los reclutas era diaria y numerosa; y para contenerla se publicaba bando tras bando, en los que se conminaba con las más severas penas no sólo a los desertores, sino también a las familias de estos desgraciados, a quienes se les exigía, contra su voluntad, la peor de las contribuciones, la contribución de sangre.

El 7 de Marzo de 1821, por disposición del Coronel González, el Cabildo ordenó que se publique un bando para que todo vecino, sin excepción ni excusa, presente dentro de tercero día, el caballo o caballos que tuviesen a propósito para el servicio militar, bajo la pena de que se les exigiría cien pesos por cada uno de los que fueren ocultados.

Como muchos Cabildantes se habían evitado para no concurrir a las sesiones del Ayuntamiento, y contribuir con su voto a las tiránicas y arbitrarias órdenes de González, se acordó que se les remitan sendos oficios a aquellos, para que se restituyan a esta ciudad en caso de hallarse ausentes, dentro de tercero día, con el objeto de que concurren a las sesiones que frecuentemente tenía que celebrar el Cabildo, bajo la multa de doscientos pesos aplicable a la manutención de las tropas.

Uno de los episodios más brillantes y trágicos a la par de la Historia moderna de España, fue el que tuvo lugar el 2 de Mayo de 1808 en las calles y plazas de Madrid, donde los inmortales Oficiales de Artillería don Pedro Velarde y don Luis Daoiz hicieron prodigios de valor a la cabeza del pueblo madrileño, casi desarmado, defendiéndose contra los vencedores de las Pirámides y Austerlitz, que se habían adueñado de la Capital de la legendaria España. Derrotado, como era natural, el paisanaje, las huestes de Murat causaron innumerables víctimas en la inerme plebe. El aniversario de este luctuoso acontecimiento se celebró en esta ciudad, con pomposas exequias fúnebres, en la Iglesia Catedral, el 2 de Mayo de 1821, de orden de las autoridades realistas. Anotamos este hecho porque contribuyó, a no dudarlo, a avivar el ferviente deseo de nuestros padres para alcanzar la Independencia, una vez que las autoridades españolas celebraban el aniversario de uno de los supremos esfuerzos que hicieron sus antecesores, para recuperar la Independencia de la Península, echada a tierra por la omnipotente voluntad de Napoleón el Grande.

Agotados los fondos provenientes de las contribuciones impuestas para la alimentación del ejército, según aparecía de un oficio del Proveedor don Mariano Gómez, el Cabildo expidió la siguiente resolución:—"Sala Capitular de Cuenca, y Mayo seis de mil ochocientos veintiuno —Recibido por remisión del Sr. Alcalde Primero el parte del Proveedor Don Mariano Gómez, en que se manifiesta la urgente necesidad que en el día ocurre de mantener las tropas pacificadoras que existen en este lugar, por no haber fondo alguno de contribución para ello; y, atendiendo al inminente riesgo que resultará de esta escasez, póngase la correspondiente orden al Sr. Regidor Don Manuel Avilés, notoriamente acaudalado, para que, dentro de veinticuatro horas, sufrague diez mil pesos por vía de empréstito bajo de apercibimiento de que por su inobservancia, se le pondrá un apremio militar de veinticinco hombres, a quienes los mantendrá, hasta verificar el referido empréstito; advirtiendo que el expresado señor Regidor, como Tesorero del ramo de Contribución, tendrá la facilidad de hacerse pago del mismo Ramo."

Don Manuel Avilés manifestó que no tenía tan fuerte suma para darla en préstamo; pero se allanó a hacer diariamente el que fuese necesario para la Proveduría Militar, bajo la condición de que se nombren individuos *que mancomunariamente* concurren al mismo fin. Aceptada la propuesta del Regidor Avilés, fueron nombrados para el objeto don Mariano Iriarte, don Manuel Landívar, don Narciso Cobos, don Vicente Serrano, don José Flores y don Alejandro Espinosa.

La casa de don Dionisio Heredia, que ahora es de la propiedad de los hijos del finado señor doctor don Luis Cordeiro Crespo, fue destinada para Hospital Militar, por no tener suficiente capacidad el local del Hospital Real, cercano a dicha casa, que se hallaba bajo la dirección de los PP. Betlemitas. Para la instalación del nuevo Hospital, se libraron las boletas necesarias, por el conducto de los Alcaldes de Barrio, para la recolección, en el día, de sesenta camas, debiendo componerse cada una de ellas de un colchón, sábanas, cubre-cama y de un *vaso de palo o barro*.

Para que se conozca hasta donde llegaba la conducta arbitraria e ilegal del Comandante Militar de esta plaza, referiremos que don Dionisio Heredia presentó una solicitud al Cabildo, en la que pedía que se deje libre y desembarazada su casa, que había sido destinada, según dijimos, para Hospital de los enfermos del Batallón Constitución, por cuanto iba a regresar del campo y no tenía donde apearse con su familia. El Ayuntamiento, con fecha 20 de Mayo de 1821, expidió esta resolución: "Póngase en noticia de don Dionisio Heredia cuando se dé el caso de regresar del campo a esta ciudad con su familia, ocupe la casa de don Ramón Torres que se halla desocupada para el efecto, por la ausencia del dueño de ella, conforme a lo dispuesto por el señor Comandante en decreto de ayer de la fecha."

Sin duda, para mantener el ardor bélico de los soldados realistas, se les daba cada día una ración de aguardiente. Como no fuese posible continuar dándola en esta forma, se les proporcionaba dicho licor cada dos días; y generalmente sólo en los días domingos. Así consta del siguiente acuerdo dado por el Cabildo: "Vuélvase a contestar al señor Comandante, que este Congreso, sin embargo de la escasez del numerario destinado al abasto de las tropas, se allana a contribuir con las raciones de aguardiente en los días domingos, entre tanto que los trapicheros de esta jurisdicción remitan sesenta botijas del citado licor mensualmente, a cuyo fin librense las órdenes más estrechas a los trapicheros para que manden las citadas botijas por vía de contribución, y con destino sólo para las raciones mencionadas, pidiéndose, en caso necesario, los auxilios oportunos de tropa al propio Sr. Comandante por el Sr. Presidente de esta Sala."

Las exacciones del Coronel González se extendieron a la ciudad de Loja y a la villa de Zaruma. A los vecinos de la primera, se les impuso, valiéndose de los respectivos Cabildos, la contribución de cuatro mil pesos en dinero y de cuatrocientas reses; y a la segunda, la de mil pesos en saí, arroz o dinero.

El 18 de Junio de 1821, volvióse a ordenar, a petición del Comandante Militar, la recluta de trescientos cincuenta hombres, lo que debía verificarse hasta el 24 del mismo mes y año.

Las autoridades militares de esta ciudad obraban sin sujeción alguna al Presidente de Quito, hasta el extremo de desconocer su autoridad, según aparece de un oficio dirigido al Cabildo, con fecha 29 de Junio, en el que consta que la Junta Militar provisional de esta ciudad había tomado la resolución de no obedecer al Sr. Capitán General don Melchor Aymerich, interin no haya apartado de su confianza, lado y casa al Capitán don Manuel Barrera y al Coronel graduado don Damián Alba.

En el Cabildo celebrado el 9 de Julio de 1821, se hizo un reparto de contribuciones en dinero o en especies que ascendía a la suma de veinte mil cuatrocientos setenta y cinco pesos. Lo más clamoroso, en dicho reparto, fue que se gravó con cuatro mil pesos la testamentaría de don José Andrade, cuyo albacea era don Juan Izquierdo del Prado; con dos mil pesos, la mortuoria de Roque Lozano, siendo albacea de ella, don José Cárdenas; y con ocho mil pesos la de don Luis Andrade, de quien era albacea don Francisco Angel Moscoso.

A don Juan Izquierdo del Prado, a pesar de su exagerado *realismo* y de que había desempeñado el cargo de Secretario del Ayuntamiento, del que se separó por renuncia aceptada, se le previno que si, en el día, no consignaba la suma de doscientos pesos con que se le había gravado, se libraría comisión bastante a un personero para que

proceda a mandar trillar las parvas de trigo que el referido Izquierdo del Prado tenía en su finca de Chaguarchimba, hasta el completo de la expresada cantidad.

A don Francisco Angel Moscoso se le obligó, por medios coercitivos, a dar en empréstito la suma de ocho mil pesos pertenecientes a la testamentaria de don Luis de Andrade, o sea, a los herederos de éste, que eran menores de edad. Que dicha suma no se devolvió, consta de una solicitud presentada por doña María Antonia de Andrade y Carrión, hija de don Luis, al Gobernador, Coronel don Tomás de Heres, en 27 de Febrero de 1822, en la que pedía que se le exima de una contribución de algunas cabezas de ganado, existentes en una hacienda y hato de Cumbe, del finado Andrade.

Por ser perteneciente a nuestro objeto, transcribiremos una parte de dicha solicitud: "Hago presente a U. S. que los *godos* concluyeron con más de cincuenta cabezas de ganado, se llevaron tres caballos, y en suma hicieron que el albacea nombrado don Francisco Moscoso entregara *ocho mil pesos*, lo que se verificó de orden del Exmo. Cabildo, a quien lo conminó para su ejecución; y así he quedado tanto yo, como un hermano menor mío, que se halla ausente, sin auxilio alguno en lo humano, si no es recurrir a la fuente de piedad de U. S. para que, en consideración a mi relato, ya que de mi voluntad propia he hecho entregar tres caballos buenos a U. S., ya que tenemos la gloria de que estamos protegidos por U. S., que dignamente ejerce el empleo de Gobernador Comandante General de esta República, en Junta de las tropas libertadoras, se sirva suspender el giro de la providencia dictada, pues es bien notorio que por lo dicho se halla excepcionada por el Exmo. Cabildo dicha hacienda de Cumbe y Hato, por haber hecho ver lo que antes puntualizo. Espera de su benignidad esta merced y gracia como su humilde y obediente q. s. m. b.—María Antonia de Andrade y Carrión."

El Coronel Heres envió la anterior solicitud al Cabildo, y esta Corporación declaró excluidos de toda pensión los bienes de la Testamentaría del padre de la suplicante, por ser justos los motivos alegados por ella.

Como el Cabildo Eclesiástico se hubiese mostrado rehacio en erogar la suma de setenta y siete pesos con que debía contribuir mensualmente para el sostenimiento de las tropas, el Ayuntamiento, con fecha 1º de Agosto de 1821, comisionó al Alcalde de Barrio don Mariano Aguilar y al Escribano don Agustín Picón para que se constituyan en la casa de la Tesorería de Diezmos, y requieran al personero de don Manuel Landívar, o en su defecto, a su mujer doña Manuela Bustamante, a fin de que, sin pérdida de momento, consigne cualquiera de los dos la cantidad de cuatrocientos sesenta y dos pesos, a cuenta de la contribución correspon-

diente al Cabildo Eclesiástico; y la de seiscientos pesos asignados a la fábrica de la Iglesia Catedral: "en la inteligencia que, de no verificar dicha consignación, procederá el expresado comisionado a trasladar la persona de dicha Doña Manuela por depósito al recogimiento de Santa Marta (cárcel de mujeres); y de seguida pondrá la custodia necesaria en las casas de dicha Tesorería, entregando estas casas al encargado don Juan Izquierdo, quien deberá responder de cualquier resultado, como que ha admitido tal comisión de percibir los ingresos de dicha Tesorería. El menor defecto o condescendencia del Comisionado o Escribano será reputado por grave crimen, y se les impondrá las penas correspondientes."

En 18 de Julio de 1821, el Coronel González ofició al Cabildo, ordenándole que, al día siguiente, se coloquen treinta camas aseadas en el alojamiento del Capitán Mayor don Manuel Oliva, que debía servir de Hospital provisional, tomando en cuenta que los dos no eran suficientes para atender a los militares enfermos (1). El Cabildo decretó en seguida: "Por recibido a las diez horas de este día: contéstese al Sr. Coronel Comandante que este Exmo. Ayuntamiento ha dado y da las providencias más oportunas para que sufraguen las camas completas y aseadas, hasta las dos de la tarde de este día, los vecinos siguientes (aquí viene una lista de treinta y seis personas), cuya colectación inmediata la practicarán los Alcaldes don Francisco Barahona, don José Arévalo y don Miguel Pesantes, a quienes les comunicará el Secretario de esta Sala la respectiva nómina de los individuos designados, con la prevención de que hasta las dos horas de la tarde de este día (18 de Julio de 1821) se pongan corrientes dichas camas en la casa y a disposición del Capitán Mayor Don Manuel Oliva; apercibidos unos y otros, que de lo contrario, se tomarán otras medidas para su logro."

A pesar de que, mediante contribuciones, se proveía a los soldados de vestido, alimento, aguardiente, velas, leña, &, no se pagaba el valor de ciertos artículos de primera necesidad a los que los vendían. Por ejemplo, según una planilla de la Junta de Provisión, se adeudaba a los panaderos, por líquido alcance, hasta fines de Julio de 1821, la no insignificante cantidad de mil doce pesos siete reales.

Habiendo aumentado sus fuerzas el Coronel Francisco González, y de acuerdo con Aymerich, resolvió salir a campaña contra las tropas independientes comandadas ya por el General Antonio José de Sucre. Al principio pensó hacerlo por la vía de Naranjal; y así lo anunció al Cabildo, con fecha 29 de Julio de 1821, ordenando que se manden construir cuatro chozones en los lugares denominados Lulluchas, Migüir, Dalán y Yerbabuena, con la capacidad suficiente para

[1] Los catres o cujas existentes en el Colegio Seminario, se trasladaron a estos hospitales militares provisionales.

que puedan alojarse en ellos mil quinientos soldados.

Cambió de parecer el Coronel González, y resolvió emprender la marcha con la división expedicionaria por la vía del Norte; ordenando que sólo la sexta compañía del batallón Constitución fuese a Naranjal. Impuesto de este particular el Cabildo, nombró diputados para la provisión de las tropas en los pueblos de Biblián y Cañar a don Alejandro Valdivieso y don Ignacio Merchán, respectivamente. Con anterioridad, o sea en 27 de Julio, dicha Corporación libró las órdenes más apremiantes para que de los pueblos de Taday, Pindilig, Biblián y San Fernando se remitan cien mulas de carga aparejadas, con los respectivos arrieros para auxiliar la marcha de las tropas. El ejército realista empezó su salida de Cuenca por batallones, desde el 31 de Julio o 1º de Agosto de 1821.

El Coronel Comandante en Jefe don Francisco González, antes de abandonar esta ciudad, puso en conocimiento del Cabildo, con fecha 3 de Agosto del año indicado, que dejaba en ella una competente guarnición a cargo del Capitán Agustín Agualongo, el mismo que, al andar de los tiempos, llegó a ser el célebre caudillo de los realistas pastusos, y que midió sus armas con las del Libertador, en Ibarra. También quedó en Cuenca, por orden de González, el Teniente Coronel graduado don Carlos Marín, con el objeto de activar la recaudación de las contribuciones rezagadas, y de continuar presionando a los desgraciados moradores de estas comarcas.

Con motivo de que se habían ausentado los Regidores y Alcaldes del pueblo de Cañar, el Cabildo comisionó al Regidor don Juan Arteaga, y a don Manuel Crespo, para que inmediatamente se trasladen a ese pueblo, y ordenen la recolección de doscientas cabezas del mejor ganado que exista en aquella región, sin distinción de personas.

Dos mil raciones de pan, sal y menestras bien acondicionadas y conducidas por varios individuos, en calidad de Proveedores, se pusieron a disposición del Coronel González para el ejército expedicionario, hasta Cañar, sin perjuicio de la comisión dada a don Alejandro Valdivieso para proveer de raciones a las tropas, cuando llegasen a ese lugar.

“Y para que nuestros comisionados (se lee en el acta capitular de 13 de Agosto de 1821) obren con imperio, y tengan lugar todos los arbitrios que juzguen convenientes, se les confiere toda facultad amplia, general y sin limitación, hasta la de arrestar y reducir a prisión a los *egoístas o revelados contra la Santa Causa que defendemos*; debiendo dichos comisionados dirigirse con el auxilio militar que juzguen necesario. Además se nombran para sus edecanes a don Francisco Merchán, don Pedro Palacios, don Francisco Márquez y don Juan María Rendón.”

En Capítulo aparte nos ocuparemos de los resultados de la campaña de González, de su derrota en Yaguachi y

de los notables sucesos acaecidos en otros lugares del territorio de la Presidencia de Quito, durante el año de 1821. En éste, para no interrumpir la relación, continuaremos relatando los acontecimientos ocurridos en Cuenca, en ese mismo año calamitoso, como el que más, para sus moradores.

En 13 de Agosto, se recibió la noticia de la derrota de las fuerzas patriotas, comandadas por el General Pedro León Torres, cerca de Patía. Este triunfo de los realistas se celebró en esta ciudad con la consabida misa de acción de gracias, a cuya asistencia se les obligó a todos los empleados, Alcaldes de Barrio, Abogados, Escribanos y Procuradores del número, como si fuese una de las llamadas de *tabla*.

El segundo Comandante del *batallón ligero de la Constitución*, don Francisco Eugenio Tamariz, dirigió un oficio al Cabildo, con fecha 15 de Agosto, valiéndose de un poeta. En dicho oficio comunicaba que, por haberse fugado el Alcalde Constitucional de Cañar, doctor don Santiago Bermeo, se habían perdido diez mil raciones y cien reses; y pedía que, en castigo de su *crimen*, se le exija a dicho doctor la devolución de esos artículos, o de su valor, para atender a la subsistencia de la guarnición de esta plaza. El Ayuntamiento, considerando que el doctor don Santiago Bermeo había observado una conducta criminal en perjuicio del sostén de las tropas nacionales, y oído el informe del Diputado de la Junta de Provisiones, acerca del precio de los artículos perdidos, proveyó lo que sigue:

"Sala Capitular de Cuenca, veintiuno de Agosto de mil ochocientos veintiuno.—Visto lo expuesto por la Diputación, despáchese el correspondiente requerimiento por la cantidad de un mil seiscientos veinticinco pesos que, por vía de condena y multa, debe satisfacer el doctor don Santiago Bermeo, ya sea en especies o dinero, dentro de tercero día, con destino para la subsistencia del destacamento de esta ciudad; bajo apercibimiento que, de no verificarlo, por no querer, o hallarse maliciosamente oculto, se proceda al secuestro de bienes equivalentes al cargo; que practicado y justipreciado de plano, se dé cuenta a este Exmo. Congreso, cometiéndose su puntual observancia al Alcalde Segundo de Cañar, con responsabilidad y suspensión de oficio."

Hacemos mención de este hecho que, si fue considerado como un crimen por los realistas, para nosotros constituye un acto digno de loanza, porque él contribuyó a la derrota de González en Yaguachi, ya que soldados hambreados y descontentos, por otra parte, no podían hacer frente a los tercios del General Sucre.

A petición del Teniente Coronel Don Carlos José Marín, Segundo Ayudante del *Batallón ligero de la Constitución*, que según lo dijimos, quedó en Cuenca ejerciendo el odioso cargo de *publicano*, se remitieron a los puntos de Jesús María y Naranjal dos mil raciones de pan, aguardien-

te y velas, para auxilio de las tropas realistas que se encontraban en aquellos lugares.

Con la ausencia de la división regida por el Coronel González, no mejoró la triste situación de esta Provincia, pues quedó en Cuenca una fuerte guarnición a cargo del Capitán Agualongo, según antes lo referimos, a la que había que mantener. Además el país se hallaba completamente esquilado, con las exacciones diarias de dinero, de bestias, de artículos alimenticios de toda especie, de ganado vacuno, & comidas por las autoridades realistas, durante seis meses, a contar desde la entrada del vencedor de Verdeloma en esta ciudad.

Además los habitantes de estas comarcas, en su mayor parte, ansiaban por alcanzar la soñada Independencia de la Metrópoli, y se negaban tenazmente a sostener a los enemigos de ella. Así consta de un oficio del Comisionado de la Diputación de Provisiones, don Ricardo Guillén, dirigido al Cuerpo Capitular, oficio en el que manifestaba que no había con qué sostener las tropas, por cuanto esta ciudad y pueblos de su comprensión no querían satisfacer las contribuciones que se les habían asignado, alegando que *no tienen necesidad de sustentar al destacamento de esta plaza*.

En vista de esta resistencia, y temeroso de un motín o sublevación de la tropa por falta de raciones, el Cabildo, violando los más obvios principios de justicia, acordó en 27 de Agosto que don José Vintimilla consigne, por vía de empréstito, la cantidad de mil pesos, los mismos que había ofrecido en el Juzgado de segundo voto dar de contado por la hacienda de Ayancay de don Juan Pacheco, que había salido a remate voluntario, para invertirlos en la manutención de los soldados.

Para hacer efectiva esta iniquidad, se dió orden al Alcalde Constitucional de Chuquipata, para que, "sin contemplación ni parcialidad, le haga comparecer en la Sala Capitular a don José Veintemilla, con apercibimiento a uno y otro de que de notárseles omisión o resistencia, se les declarará por traidores o enemigos del legítimo Gobierno, junto con las demás consiguientes penas que se merecen." Conociendo después, el Cabildo, la palmaria injusticia de esta resolución, la revocó.

Como muchos habitantes de Cuenca se habían ausentado a los campos, para evitarse de las continuas exacciones de que eran víctimas, se llamó por bando y edictos públicos a los ausentes; y el Presidente del Cabildo dirigió circulares a todos los pueblos, "a fin de que no consientan residir en ellos a ningún individuo que no tenga vecindad legalmente adquirida, a efecto de que se restituyan a esta ciudad, dentro de quinto día, bajo apercibimiento de que, pasado dicho término, y no constando haberse presentado ante el primer Magistrado, se procederá por los medios y penas señaladas contra los verdaderamente emigrados." Estas penas

eran las de embargo y remate de los bienes de aquellos, sin fórmula ni figura de juicio.

Debemos advertir que la contribución mensual destinada para el sostenimiento del ejército realista, era la de tres mil pesos en dinero o especies, la que se hallaba distribuída entre los individuos más acomodados de la provincia de Cuenca. Muchos de ellos no querían, a fuer de buenos patriotas, y otros no podían satisfacer la cuota mensual que se les había impuesto; de lo que provenían los rezagos que, a todo trance, querían cobrar las autoridades españolas.

Aunque no en estilo correcto y castizo, pero sí gráfico, está pintada la triste situación de Cuenca, en el año de 1821, en el acta capitular de 29 de Agosto de dicho año; por lo que vamos a reproducirla literalmente en parte:

“Bien informados (los cabildantes) de hallarse la Provincia reducida a una inopia lamentable, por haberse agotado los medios de sufragar las contribuciones señaladas, para cuya cobranza se ha llegado al caso, con harto dolor, de prevenir secuestros y apremios, sin que ni por estos ejecutivos trámites se hubiese podido recaudar los rezagos anteriores ni los presentes repartimientos; quedando, en su consecuencia, recargado el descubierto de la Proveduría para el pago de los empréstitos, y lo que es más duplicadas las trabas y obstáculos en el abasto que exige más imperiosamente la actual situación del Batallón Ligero de la Constitución que ocupa esta plaza para cimentar la tranquilidad pública, acordaron: se proceda en el mes próximo de Septiembre a una contribución general, reducida a los artículos siguientes:”

“1^o—Que será de cargo de todos los Ayuntamientos de los Pueblos del Distrito formar padrones, con anuencia del Sr. Cura Párroco.”

“2^o—Que, practicada esta diligencia con inclusión de todo parroquiano, se graduará la cuota: a los de primera clase, a ocho reales: a los de segunda, inclusive caciques, a cuatro reales: a los de tercera clase, a dos reales; y a todo indio concierto, a medio real”.—Siguen otros artículos estableciendo el modo y forma de recaudar esta difícil y odiosa capitación personal.

Respecto de la cobranza de este impuesto a los habitantes de la ciudad, se comisionó al Alcalde Segundo y al Regidor don Manuel Chica, para la formación del padrón general de este vecindario, autorizándoles para señalar la cuota de ocho reales a todo individuo de primera clase: de cuatro reales, a los de segunda; y de dos reales, a los de la última clase.

En 31 de Agosto de 1819, se sabía ya aquí la derrota que el ejército del Coronel Francisco González había sufrido el 19 del mismo mes y año en Yaguachi; pues en la fecha primeramente indicada se publicó un Bando, ordenando la presentación de los soldados dispersos en el cuartel de es-

ta ciudad. Cuando tratemos del asunto manifestaremos que Cuenca contribuyó, si no directa, a lo menos indirectamente al triunfo de Sucre en aquella memorable batalla.

González, después del mencionado desastre, había tomado con trescientos hombres dirección hacia el Asiento de Alausí; de donde pidió que se preparen trescientas raciones en el sitio del Verde, y de ochocientas a mil en el pueblo de Cañar; pues dicho Jefe anunciaba su salida de Alausí para Cuenca, el 6 de Septiembre de 1821.

La vanguardia de la división republicana del Coronel Luco, mandada por el Sargento Mayor don Francisco María Frías, ocupó durante algunas horas del día 20 de Septiembre de 1821, la plaza de Cuenca, la que fue evacuada el mismo día, como lo referiremos detalladamente en su lugar. Por este motivo y por haberse recibido la noticia de la derrota de los patriotas en el por segunda vez aciago campo de Huachi, en el que, según González, que dió la noticia, *terminó la carrera del General Sucre, de Mires y su división*, se resolvió, a solicitud del Comandante Vicente Ruiz que peroró en la sala capitular: "que se proceda por vía de secuestro a extraer los frutos aplicables de reses y menestras para el sostén de las tropas, de los individuos siguientes, que habían tomado parte en la última tentativa revolucionaria: José María Borrero, Francisco Pástor, José Ayora, Manuel Sempértegui, José Hinostroza, Ignacio Merchán, Salvador Valdivieso, Baltazar e Ignacio Valdivieso, Mariano Mora, Alcalde de Déleg, Vocales del Cabildo de Azogues, Pedro Argudo, Carlos Domínguez, Tomás Novillo, doctor Fernando Coronel, Pablo Heredia, Manuel Chica, Manuel Avilés, Manuel Esparsa y el doctor Ramón Barverán; debiendo practicarse el secuestro, de preferencia, en los bienes muebles, alhajas, menestras y ganados en su totalidad.

El Comandante Ruiz, quien en unión del Capitán Agustín Agualongo, rechazó la columna del Mayor Frías, ordenó a los Alcaldes del Barrio, que no permitiesen la entrada en la ciudad a ningún transeunte, ni la salida de ningún ciudadano, sin pasaporte del mencionado Comandante.

A los mismos Alcaldes se les previno que hagan las indagaciones debidas para descubrir el paradero de los desertores y de cualquier individuo sospechoso de rebelión contra el Gobierno realista, "en el concepto de que si se descubriere, por otra vía, la existencia de desertores y rebeldes, serán castigados dichos Alcaldes hasta con la pena *del último suplicio*, según las circunstancias del caso."

El Coronel Francisco González, que se hallaba ya en Cuenca, después del desastre que sufrió en Yaguachi, mandó publicar un bando, designando a los individuos que debían emigrar, *bajo pena de muerte*. ¿Cuáles serían estos individuos? Lo ignoramos, porque sus nombres no constan en el acta capitular de 29 de Septiembre de 1820 de donde tomamos este dato; pero indudablemente serían los mismos,

cuyos nombres hemos mencionado antes, y cuyos bienes fueron secuestrados. Lo dicho se confirma con las siguientes palabras que se encuentran en el acta del Cabildo del 30 de Septiembre de 1821: "Se recibió un oficio del señor Coronel Primer Jefe, relativo al modo y forma con que se ha de sostener las raciones del batallón, por haberse aplicado al intento *los bienes pertenecientes a los individuos contenidos en el bando promulgado.*"

El Coronel don Carlos Tolrá, que tan funestos recuerdos dejó en el territorio de la Nueva Granada, fue nombrado Segundo Jefe de las operaciones del Sur; y con este motivo llegó a Cuenca en los primeros días de Noviembre de 1821. Conociendo Tolrá que el país estaba completamente exhausto de todo recurso para continuar atendiendo al sostenimiento del ejército realista, apeló al arbitrio de oficiar al Cabildo, para que éste, a su vez, se dirija a las autoridades de Loja, Zaruma y Alausí, exigiéndoles: que, de la primera ciudad se remitan quinientas reses, cien arrobas de sal y quinientos pesos en plata sellada; de la villa de Zaruma, ochocientas arrobas de arroz; y del asiento de Alausí, mil arrobas de harinas.

El mismo Coronel Tolrá ordenó, con fecha 12 de Noviembre de 1821, que hasta fines de dicho mes se recluten cuatrocientos hombres. El Cabildo, a quien se impartió dicha orden, dictó las conducentes para que se haga efectiva la recluta.

Cansado sería referir todos los arbitrios de que se valieron las autoridades realistas, con el exclusivo objeto de sacar víveres, dinero, monturas y otros objetos de los particulares, mediante contribuciones que se repartían entre ellos, con arreglo a las listas que formaba el Ayuntamiento. Por ejemplo, en 4 de Enero de 1822, se acordó que los diversos pueblos de la provincia de Cuenca, según distribución hecha por el Cabildo, de orden de la Autoridad Militar, contribuyan con cuatrocientas cabezas de ganado vacuno y ciento veinticuatro caballos.

En medio de tantas miserias y tribulaciones como aquejaban a los pobladores de Cuenca, el Coronel Francisco González, ofició al Cabildo, en 12 de Enero de 1822, a fin de que se proceda a la *plantificación* (palabra textual) de una pirámide y lápida *constitucional*, para que recuerde al Pueblo el día feliz de su regeneración política. Esta orden, en las calamitosas circunstancias de opresión en que se encontraban los cuencanos, de parte de las autoridades realistas, constituía un verdadero sarcasmo, con tanta más razón, cuanto que la erección del *colosal monumento* debía celebrarse con iluminación general, repiques de campanas y música.

Irritante y sarcástica fue, también, la publicación, por bando, de un Decreto de las Cortes Españolas, expedido en 27 de Septiembre de 1820, concediendo un indulto general

a todos los habitantes de ultramar sindicados de insurgentes o rebeldes contra la Autoridad real del Rey de España; pues se sabía que dicho Decreto no sería, como no lo fue, cumplido por los militares adueñados de esta desgraciada Provincia, a la que querían *pacificarla*, reduciéndola a la miseria y a la impotencia de poder sacudir el yugo férreo con que la tenían oprimida.

Tantos fueron los robos, asesinatos y otros crímenes que cometían los soldados, aprovechándose de las tinieblas de la noche, bajo el pretexto de reclutar y prestar otros servicios militares, que el Cabildo, en sesión de 4 de Febrero de 1822, dictó varias providencias para contener, aunque sin conseguirlo, los desmanes y gravísimas tropelías de las tropas acantonadas en esta plaza. Una de ellas fue, la de que todos los habitantes de Cuenca alumbren la ciudad, colocando faroles en las puertas de sus respectivas casas, desde las seis hasta las ocho de la noche, hora en que precisamente debían retirarse a ellas.

Otra providencia que, por curiosa, la vamos a reproducir literalmente, decía: "Que ninguna persona de cualesquiera estado, calidad y condición pueda salir de las nueve de la noche en adelante con ningún pretexto, salvo que le ocurra la necesidad de solicitar el Santo Sacramento, en cuyo caso deberá salir con el distintivo de farol, bajo pena que, de lo contrario, será apremiado por las guardias militares, y satisfará al siguiente día cuatro pesos de multa para la mantención de las tropas."

El 4 de Febrero de 1822, se sabía ya en Cuenca que el General Sucre con su ejército pronto se reuniría a la división peruana regida por el Coronel Andrés Santa-Cruz; y que verificada esta operación, caerían sobre Cuenca. Con esta noticia, se aprestó el Comandante General a la defensa; y se ordenó que, dentro de cinco días, estuviesen listos doscientos reclutas, que debían proporcionarlos los pueblos, varios individuos particulares y los gremios de artesanos, según distribución hecha por el Cabildo y bajo las más severas penas.

En la misma fecha se publicó un bando, ordenando que todos los vecinos estantes y habitantes de esta ciudad y Provincia desde la edad de 18 años hasta la de 50 se presenten el 9 de Febrero de 1822, para alistarse bajo las banderas reales, "so pena de que el que se huyere, resistiere o no quisiere hacer frente a las columnas enemigas será castigado con la misma pena que los invasores."

Con fecha 8 de Febrero de 1822, el Comisario de Guerra transcribió al Cabildo un oficio que le había dirigido el Comandante Militar, en el que se decía: "que si en el día no se ponen corrientes a disposición de la Comisaría doscientos pesos de galletas, veinte cargas de sal, treinta pesos de velas, doscientas arrobas de arroz, sesenta mulas con aparejos, cuarenta indios y triples raciones diarias de toda

especie a los batallones, llegará el caso de que las tropas salgan contra el pueblo a tomar cuanto necesiten, sin perjuicio de la corrección que debe sufrir el Cabildo por la menor inobservancia de cuanto queda puntualizado."

Ante esta terrible amenaza, el Cabildo exigió de los empleados y otras personas pudientes cuotas en dinero, que avanzaron a la suma de 1.675 pesos.

Las bestias caballares y mulares se habían agotado en la Provincia, pues el Coronel González, mediante diaria requiza, por él ordenada, las había recogido en gran número para el escuadrón, para remitirlas a otra parte y para servicios militares. A pesar de esto, el Coronel Comandante don Carlos Tolrá exigió al Cabildo, bajo la multa de mil pesos a cada uno de los Vocales de esa Corporación, que se entreguen siquiera cincuenta caballos al Coronel Comandante de Escuadrón que debía de llegar a esta ciudad. Puesto el Cabildo en calzas prietas tuvo que dictar las órdenes más apremiantes para que se cumpla el úkase del Coronel Tolrá.

Este jefe con su ejército, en el que figuraba un batallón llamado *Aragon*, fuerte de 379 plazas, venido del Norte, salió a campaña por la vía del Sur, y llegó hasta Girón. De este lugar dirigió un oficio al Cabildo, con fecha 11 de Febrero de 1822, en el que manifestaba: "no haberse encontrado grupo alguno de enemigos, y que, dentro de tres días, quedará sellada la tranquilidad, mediante la acción que debe presentarse al enemigo en el punto de Tarqui." No sucedió esto, pues Tolrá, al andar de pocos días, no pudiendo medir sus fuerzas con las del General Sucre, abandonó esta ciudad, la que, desde entonces, quedó libre del poderío español.

Cuando el Coronel Carlos Tolrá estuvo en Girón en la época mencionada no pudo dominar sus instintos de rapacidad y avaricia; y se robó (no usemos de eufemismos) las alhajas y plata labrada del templo de ese pueblo. Vamos a comprobar la verdad de esta aserción. Cuando el General don Tomás de Heres ejercía el cargo de Gobernador de Cuenca, nombrado por Sucre, desempeñaba el de Alcalde Republicano de Girón don Manuel de Neyra. Sindicado este ante Heres de haber tomado parte en el hecho que acabamos de relatar, para vindicarse dirigió un oficio al Cura Teniente de Girón. Dicho oficio y la contestación respectiva, que las hemos encontrado en el Archivo de la Gobernación, son del tenor que sigue:

"Conviene al servicio de la República, el que U., a continuación de este oficio, exprese si tuvo alguna orden verbal o por escrito de mi parte, para consignar las alhajas y plata labrada del templo en manos de las Autoridades Constitucionales (don Carlos Tolrá), o si siquiera notó en mis conversaciones privadas el menor desco de tal sacrificio.—

verse
 allí
 días de
 Honor
 E.M.

Dios guarde a U. m. a.—Girón, y Marzo 10 de 1822.—Manuel de Neyra.

“Girón, Marzo 15 de 1822.—En contestación al oficio que antecede digo: Que lo único que me consta sobre el particular es que U. le conminó al Síndico de esta Iglesia, para que entregara las alhajas y plata de dicha Iglesia, a fin de obviar los inconvenientes que resultarían si no se entregasen.—Es cuanto me consta sobre el particular.—Dios guarde a U. m. a.—José Gabriel Monroy y Neyra.—Sr. Dn. Manuel Neyra, Alcalde Republicano.”

En las postrimerías de la dominación realista en Cuenca, subieron de punto las exigencias del Coronel Tolrá a su Ayuntamiento. En efecto pidió: doscientos juegos de herrajes mayores para los caballos del escuadrón y una nómina de todas las personas que tuviesen bestias caballares, para llevárselas y que no quedase un solo animal de esta especie en este territorio, dinero, víveres &, pues no quería disponer de un solo centavo de las Cajas Nacionales, sino que todo lo costease el esquilmado pueblo cuencano.

El Presidente convocó un Cabildo Abierto para escogitar los medios de acceder a las peticiones del Coronel Tolrá. A dicho Cabildo sólo concurrieron: el Provisor y Vicario Capitular Dr. Mariano Isidro Crespo, el Prebendado Dr. José Granda, en calidad de comisionado del Deán y su Cabildo, el Cura Rector don Juan Barvosa, el Prior de Santo Domingo, el Guardián de San Francisco y el Comendador de la Merced; siendo digno de notarse que no concurrieron, a pesar de la convocatoria, los españoles de nacimiento que eran empleados, como don Antonio García, don Antonio Soler y don Vicente Arriaga, y otros ciudadanos. Los Prelados de los Conventos se retiraron antes de la discusión, alegando que, conforme a las disposiciones del Nuevo Código que regía en España y sus Colonias, ellos no tenían el carácter de ciudadanos.

En este Cabildo se acordó, por indicación del Canónigo Granda que la Tesorería de diezmos satisfaga trescientos pesos, por cuenta de la contribución del Cabildo Eclesiástico correspondiente al mes de Febrero y Marzo de 1822.—El Cura Rector don Juan Barvosa dijo: que no hallaba arbitrio alguno que tomar, por reconocer *la total insolvencia del pueblo*.

Los últimos gastos que se invirtieron en el ejército realista se sacaron de la Tesorería de Diezmos, previa anuencia de la Junta de este ramo; y la última sesión del Cabildo, en la época colonial, se celebró el 19 de Febrero de 1822; en la que se dió expresivas gracias a la Junta de Jurisdicción unida de Diezmos, por haber salvado a Cuenca de las amenazas destructivas del Coronel Carlos Tolrá, quien evacuó la ciudad el 20 de dicho mes y año, a las dos de la tarde.

Al día siguiente, 21 de Febrero de 1822, día momora-

ble para nosotros, entró en esta ciudad el egregio General don Antonio José de Sucre, con el ejército patriota. Desde entonces lució para esta hermosa tierra el sol de la libertad, que hasta ahora no ha tenido ocaso.

Nos hemos detenido, algún tanto, en relatar las tropelías de que fue víctima nuestra Provincia, desde el 22 de Diciembre de 1820, hasta el 21 de Febrero de 1822, para poner de relieve el acendrado y ardiente patriotismo de nuestros antecesores. En efecto, a pesar de que el territorio cuencano quedó completamente esquilmo, como si las hordas de Atila hubiesen pasado por él, merced a grandes o increíbles sacrificios de nuestros padres, pudo Sucre, durante su permanencia en Cuenca, aumentar sus tropas, llenar sus claros, mantenerlas, vestir las, equiparlas y conducir las a la campaña y a la victoria que alcanzaron en el histórico Pichincha, como lo veremos a su tiempo.

Y no se nos taché que hemos referido hechos que no son dignos de la Historia; porque, en defensa nuestra, diremos con nuestro conterráneo el inimitable escritor don Manuel J. Calle: "si fuese cosa de tomar al pie de la letra aquella frase de Voltaire —*No digas a la posteridad sino lo que es digna de ella*—, que don Manuel Restrepo puso al frente de su "Historia de la Revolución de Colombia", no llegaría jamás a escribirse la Historia de los pueblos jóvenes que no tienen mayores sucesos para admiración del mundo y ejemplo de las generaciones venideras."

Estamos persuadidos de que los males que sufre un pueblo, como los que sufrió Cuenca, durante catorce meses de férrea dominación, en castigo de haber proclamado la Independencia, y para que no la consiga, son hechos dignos de eterna remembranza para ésta y las futuras generaciones; y, por lo mismo, dignos de ser escritos en páginas historiales.

CAPITULO VI.

Después de Tanizayua.—Jenoi.—Llega Mires en Guayaquil.—Sucre al frente del ejército patriota de Guayaquil.—Traición del Coronel Nicolás López y de Ollague.—Yaguachi.—El segundo Huachi.—Expedición del Coronel Luco a Cuenca.—Llega a esta Ciudad el Mayor Francisco María Frias con la vanguardia, y la ocupa por pocas horas.—Apuradisima situación de Guayaquil, después de la derrota de Sucre en Huachi.—Los guayaquileños despliegan toda su actividad y energía para defenderla.

Los restos dispersos en la jornada de Tanizagua se reunieron en Babahoyo. Allí pudieron rehacerse los patriotas guayaquileños, porque Aymerich no podía perseguirlos, teniendo, como tenía, lo mejor de sus fuerzas ocupando a Cuenca. Aparte de esto, había comenzado el invierno en Gua-

yaquil; y en esta estación no era posible un ataque a esa plaza, de parte del ejército realista. Poco tiempo después tuvieron los patriotas Guayaquileños el auxilio de Colombia que les envió a Mires primero, y después a Sucre.

Para tratar de este asunto, debemos recordar que, en la página 177 de este libro, dijimos que la victoria de Pitayó abrió las puertas de la ciudad de Popayán al ejército patriota regido por el General Manuel Valdés. Este salió el 2 de Enero de 1821 de aquella ciudad para atacar al enemigo, y logró atravesar el correntoso Juanambú por Guambuyaco. Antes de llegar a este río, recibió Valdés comunicaciones del Vicepresidente Santander, en las que le participaba el convenio de armisticio y regularización de la guerra celebrado, en Santa Ana, entre el Libertador y el General Morillo. Además le prevenía a Valdés que, cuando llegasen los comisionados Coronel Antonio Morales y Teniente Coronel Moles, encargados por aquellos de hacerlo saber al Coronel don Basilio García, que mandaba en Pasto, y al Presidente Aymerich, procurara encontrarse al otro lado del Juanambú, con el objeto de que, al publicarse los tratados, la línea de demarcación fuese en el punto que ocupasen las fuerzas patriotas; de manera que, al romperse nuevamente las hostilidades, no sirviese dicho río de obstáculo para las operaciones militares.

Los deseos del General Santander se habrían cumplido, porque la división republicana, atravesando el Juanambú, llegó al pueblo de Tambo-pintado. Pero el General Valdés quiso hacer algo más, se propuso tomar a Pasto, que sólo se halla a diez leguas de distancia aquel lugar. Al efecto, el 2 de Febrero de 1821, movió Valdés su ejército, el que fue a estrellarse contra la loma de Jenoi, donde se encontraban todas las fuerzas realistas mandadas por el Coronel Basilio García parapetadas detrás de los barrancos y las piedras, sufriendo, en consecuencia, una seria derrota. En este combate, mal dirigido, según la opinión del Coronel López Borrero que estuvo presente en él, murieron trescientos soldados republicanos, se dispersaron más de ciento, fueron pasados a cuchillo muchos prisioneros por los pastusos, y perecieron veinte oficiales, entre ellos el valiente llanero, Teniente Coronel Lucas Carvajal.

El General Valdés huyó con la caballería; y pocos infantes pudieron repasar el Juanambú. Una y otros llegaron al Salto de Mayo, donde se encontraban el General Sucre, recientemente destinado por el Gobierno para asumir el mando del ejército que acababa de ser derrotado en Jenoi, y los Comisionados Morales y Moles, conductores de los tratados de armisticio y regularización de la guerra. Estos últimos siguieron, el 5 de Febrero, para Pasto; y publicados los tratados, quedó por línea divisoria entre los ejércitos beligerantes el Río de Mayo, perdiendo, por consiguiente, los republicanos la ventaja de haberla establecido al otro lado

del río Juanambú, como lo había recomendado Santander a Valdés.

Los restos del ejército patriota, por orden de Sucre, se retiraron al Trapiche, donde empezó a reorganizarse, pero, a fines de Febrero, recibió Sucre la orden de trasladarse a Guayaquil. En esta virtud, quedó al frente del ejército que se llamaba del Sur, el General Pedro León Torres, quien sufrió una derrota en Patía; y otra su Teniente, el Coronel Infante, en Quilcacé.

Hablando de la derrota de Jenoi, el entonces Capitán don Eusebio Borrero, después General de la Nueva Granada, decía en carta dirigida al General Santander, fechada en Cali, a 26 de Febrero de 1921: "...Ya te supongo instruído del descalabro que ha sufrido nuestro ejército cerca de Pasto. ¡Cuánto mejor fuera que, dejando en Popayán una corta fuerza que llamase oportunamente la atención por Juanambú, se pensase seriamente en una expedición por Guayaquil, que marchando siempre por territorios amigos entraría en Quito [yo lo aseguro] sin la menor desgracia! No es posible que puedas formarte una idea cabal de las ventajas que resultarían a la República de la posesión de aquella rica provincia. Fecunda en recursos, sumamente poblada, fértil, industrial, adicta a la causa de la Independencia hasta tocar en el exceso, bastaría por sí sola para acabar de consolidar nuestra libertad. Pero, por lo mismo, es preciso mandar a ella un hombre más político que militar, sociable y popular al mismo tiempo que enérgico y activo..... Borrero (Eusebio)" (Archivo Santander—Tomo 6º—Página 67).

El Libertador, en cuanto recibió la noticia de la Revolución de Guayaquil del 9 de Octubre de 1820, conociendo la gran importancia de ese movimiento, se propuso auxiliarlo. Al efecto fue enviado a dicho Puerto, en calidad de comisionado ante la Junta de Gobierno de Guayaquil, el General don José Mires, que, aunque español de nacimiento, se había consagrado con entusiasmo al servicio de la causa de la Independencia, prestándola el contingente de su valor y conocimientos militares, según lo hemos visto en capítulos anteriores de esta obra.

A mediados de Febrero de 1821, llegó el General Mires a Guayaquil. Vino acompañado de sus edecanes Morán y Pombo; y trajo consigo, mil fusiles, cincuenta mil cartuchos de fusil, ocho mil piedras de chispa, trescientos sables y cien pares de pistolas. La Junta aceptó agradecida tan oportuno auxilio. ✓

"El comportamiento discreto del enviado del Libertador (Mires), dió a la causa de Colombia más simpatías y partidarios que cuantos se hubieran alcanzado por medio de una propaganda activa; de tal manera que, ya para la llegada de Sucre, el *partido colombiano* era fuerte, numeroso y de suposición" (D. Amecourt).

El Libertador se propuso venir en persona a redimir la

Presidencia de Quito, para incorporarla al territorio de Colombia como parte integrante de ésta. No pudo realizar su deseo, porque múltiples ocupaciones en lo administrativo y político y principalmente las futuras operaciones militares se lo impidieron. En consecuencia, dió al General don Antonio José de Sucre la comisión de que viniese a Guayaquil con dos objetos: con el de obtener de la Junta de Gobierno el mando en Jefe del ejército patriota y la dirección de las operaciones de la guerra; y con el de conseguir, empleando tino y zagacidad, la incorporación de la Provincia libre de Guayaquil a Colombia.

Bolívar, como todo hombre genial y superior, conocía a fondo a sus subalternos, y no pudo hacer mejor elección para la misión apuntada que la del General de Brigada Sucre, cuya silueta vamos a bosquejar en pocas líneas, porque a él se debió, en gran parte, la Independencia de la actual República del Ecuador.

Antonio José de Sucre nació en Cumaná, Capital de la Provincia del mismo nombre, en la República de Venezuela, el día 3 de Febrero de 1795. Fueron sus padres don Vicente de Sucre y Urdaneta y doña María Manuela de Alcalá y Galiano.

En 1808, estudiaba Sucre Matemáticas con el objeto de seguir la carrera de ingeniero militar, en la cual tenía ya el grado de Teniente, cuando estalló en Caracas el memorable movimiento revolucionario del 19 de Abril de 1810. Con el entusiasmo y ardor propios de un joven de 15 años empezó a prestar sus servicios a la causa de la Emancipación, desde aquella fecha, en calidad de Comandante de Ingenieros de la Provincia de Barcelona, delicado cargo para el cual fue nombrado por el Gobierno; y en el que manifestó las naturales inclinaciones y los estudios propios de un militar científico.

Considerándolo como tal, el General Miranda, en su campaña contra Valencia en 1811, llamó a Sucre de Barcelona y lo empleó en el Estado Mayor del ejército republicano; donde prestó importantes servicios, durante la desastrosa campaña de 1812, que terminó con la malhadada capitulación celebrada entre Miranda y Monteverde, que dió al traste con la primera República de Venezuela.

Después de este deplorable suceso, Sucre buscó refugio en su provincia nativa, Cumaná. De allí salió en 1813 para reunirse con Mariño, Piar, Bermúdez, Valdés y los otros héroes que en número de cuarenta arribaron a Chacachare; y desde allí emprendieron la reconquista del Oriente Venezolano, en cuya legendaria campaña, Sucre sirvió con valor, inteligencia y actividad a órdenes de Mariño y de Piar.

En la cruenta y memorable campaña de 1814, el ejército oriental regido por Mariño concurrió, a vivas instancias de Bolívar, a la campaña del Occidente Venezolano. En

ese ejército vino Sucre, con el grado de Teniente Coronel, "y con la reputación de Oficial científico, organizador y valeroso."

El Libertador destinó a Sucre al cargo de Jefe de Estado Mayor General del ejército de Oriente. También desempeñó ese cargo, que según la expresión de Bolívar "El era-Sucre-el alma del ejército en que servía: todo lo metodizaba, todo lo dirigía; pero con aquella modestia, con aquella gracia con que hermoceaba cuanto hacía; él era el mediador, el consejero, el guía, siguiendo siempre la buena casa, corrigiendo el desorden, y sin dejar de ser el amigo de todos sus compañeros de armas."

Terminada la campaña de 1814 con las desastrosas rotas de Aragua y Urica, y perdida, por segunda vez, la República de Venezuela, Sucre se asiló en la isla de Trinidad. Habiendo sabido allí que Bolívar venía con la expedición que había zarpado de los Cayos de San Luis, en Haití, Sucre con otros patriotas salieron de la Trinidad para incorporarse al Libertador, y hallándose en alta mar ocurrió un naufragio, en que perecieron varios, salvando a Sucre la serenidad con que permaneció veinte horas en un baúl a merced de las olas, hasta que Santiago Calderón y Francisco J. Gómez le recogieron y le llevaron a Chacachacare. En 1825, hallándose Sucre en Bolivia envió una fuerte suma de dinero a aquellos individuos, en gratitud de haberle salvado la vida.

Después del acontecimiento que acabamos de relatar, por orden del General Mariño, Sucre tomó en Güiria el mando del batallón *Colombia*, uno de los cuerpos con que se puso cerco a la ciudad de Cumaná. En esta provincia permaneció hasta que vino el Congresillo de Cariaco, y no queriendo tomar parte en las disensiones creadas por ese espúreo Cuerpo, Sucre, Urdaneta y treinta oficiales se separaron de Mariño, y atravesando los desiertos de Maturín y Guayana, llegaron a Angostura para unirse con Bolívar, a quien Sucre conocía como el único capaz de salvar a la República, y a quien siempre profesó cariño, respeto y consideración.

Elevado ya a la categoría de Coronel efectivo por el Jefe Supremo de Venezuela, Sucre sirvió, durante el año de 1817, primero la Comandancia del Bajo-Orinoco, y en seguida la Jefatura del Estado Mayor divisionario del General Bermúdez."

La campaña de 1818, según lo referimos, fue funesta para las armas republicanas en Venezuela. Con este motivo, y nombrado ya Sucre General de Brigada, se le dió la difícil comisión de marchar a las Antillas para conseguir armas y municiones con que reparar los descabros de aquella campaña. Sucre, con su sagacidad, tino y exquisita cultura, consiguió recursos a crédito, y adquirió 9.750 fusiles, un tren de artillería y gran cantidad de pertrechos. Con

estos elementos pronto se vió Bolívar en aptitud de emprender la campaña de 1819, tan fecunda en benéficos resultados para la Independencia de Colombia, y principalmente para la de la Nueva Granada.

A su regreso de las Antillas, Sucre fue nombrado Jefe del Estado Mayor del ejército que mandaba Mariño en el Oriente de Venezuela; y poco después, Jefe de Estado Mayor General del Libertador. Con este carácter fue comisionado por Bolívar para que en unión del Coronel Pedro Briceño Méndez y del Teniente Coronel José Gabriel Pérez, ajustasen con Morillo el tratado de regularización de la guerra, que se firmó a las diez de la noche del 25 de Noviembre de 1820. "Este tratado, escribía el Libertador, en el Perú el año de 1825, es digno del alma de Sucre: la benignidad, la clemencia, el genio de la beneficencia lo dictaron: él será eterno como el más bello monumento de la piedad aplicada a la guerra: él será eterno como el nombre del vencedor de Ayacucho."

A principios de 1821, Sucre, según lo referimos, fue nombrado Jefe de Operaciones del Ejército del Sur; y en Febrero de dicho año recibió la comisión de venir a Guayaquil. En el curso de esta Historia veremos cómo la cumplió, y cómo después de algunos reveses, alcanzó el triunfo de Pichincha, y con él la Independencia de la antigua Presidencia de Quito.

Después de esto, Sucre, dió la libertad al Perú, triunfando en la épica jornada de Ayacucho. Fue el primer Presidente de Bolivia. Triunfó también en Tarqui. Al regresar del último Congreso Colombiano, del que fue Presidente, cayó en el fango del camino de la montaña de Berruecos, mortalmente herido el inmortal Sucre, el Gran Mariscal de Ayacucho, el segundo Capitán de la América del Sur.

He aquí como describe tan horrendo asesinato el historiador don José Manuel Restrepo: "Al siguiente día (Junio 4 de 1830) Sucre y sus compañeros (que lo eran el Diputado por Cuenca al Congreso de Bogotá, don José Andrés García y algunos criados y su asistente Lorenzo Caicedo) partieron de la Venta a las ocho de la mañana y entraron inmediatamente en la montaña o bosque de Berruecos, de funesta nombradía por los crímenes, muertes y asesinatos cometidos allí, desde que estalló la guerra de la Independencia. Préstase a esta clase de hechos por la espesura de su maleza y arbolado. Apenas habían caminado media legua los viajeros, cuando en la angostura de la *Jacoba*, que también se llama del *Cabuyal* se oye un tiro de fusil y exclama Sucre:—"¡Ay! ¡balazo!" En el momento suenan tres tiros más de un lado y otro del camino; y el héroe de Ayacucho cae vilmente asesinado, traspasada la cabeza, el cuello y el pecho; éste por una bala, y aquellas partes por cortados de plomo.— El Diputado García, que iba adelante, luego que oyó los tiros echó a huir hasta reunirse con los criados y arrieros.

Caminaba detrás Lorenzo Caicedo, sargento primero y asistente del General, quien voló a socorrerle; mas hallóle sin vida y tendido en el lodo."

¿Sobre quién pesa tan horrendo asesinato? Parece que la Historia ha pronunciado su veredicto contra don José María Obando, que llegó a ser General y Presidente de Colombia. Leyendo las "Memorias" del General Joaquín Posada Gutiérrez se adquiere la certeza de que Obando fue quien ordenó a Apolinar Morillo, Juan Gregorio Sarria y José Erazo la perpetración del monstruoso crimen.

Veamos lo que dice sobre este asunto don Ricardo Palma en la Tradición, que lleva por título "No se pega a la mujer." El heroico Sucre murió asesinado en la montaña de Berruecos.—La voz pública señaló como autor del crimen al Coronel José María Obando, más tarde General y Presidente de Colombia.—Obando escribió artículo tras artículo y publicó libro tras libro rechazando toda responsabilidad. Tarea estéril. La opinión proseguía acusándolo. A los veinte años empezó a callar fatigada; pero la Providencia se hizo acusadora, ¡Cómo! Lean ustedes."

"En 1860 Obando cayó gravemente herido en el combate de la *Cruz Verde*; y como si la Providencia hubiera querido tomar también parte en el proceso histórico, el único sacerdote que la casualidad proporcionó en el campo de batalla para confesar y absolver al moribundo, se llamaba *Antonio José de Sucre*, como su tío el Gran Mariscal de Ayacucho."

"Otra fatal y curiosa coincidencia. De las letras de que se compone el apellido *Obando y de Cruz Verde*, sitio donde aquel murió, la malicia humana sacó un anagrama terriblemente acusador."

"De *Obando y de Cruz Verde*, con dos ligeras incorrecciones ortográficas, resulta *Bandido de Berruecos*.—¡Oh Providencia!"

Conocida la silueta del General Sucre, reanudemos la relación. En cuanto éste recibió la comisión de marchar a Guayaquil dirigió a Santander, en el seno de la confianza, una carta, en la que entre otras cosas le dice: "Popayán, a 2 de Marzo de 1821. Mi querido Santander:..... Pienso y repienso qué será de este Guayaquil y mi comisión. Allá voy y trabajaré cuanto pueda por corresponder a la confianza del Libertador."

"Como nada se había tratado de hacer por facilitar la marcha de mi expedición, y que yo tengo que arreglarlo con el Gobernador, me voy mañana al Valle con algunos oficiales para dar arreglo al Batallón *Santander*, que se compondrá de 900 plazas y que yo llevaré personalmente; porque no pudiendo venir a la Buenaventura, tan pronto como se desea, los buques que he llamado ayer a Esmeraldas, puedo en tanto llegar a ocuparme de esto. Los otros 500, si acaso fue-

ren, después de yo marchado, mandaré por ellos, pues no hay buques.”

“Mires estará hace ocho o diez días por lo menos en Guayaquil, y habrá por supuesto dado cumplimiento a la comisión que tuvo. Me informaré muy desesperanzadamente de lo que él haya hecho por su comportamiento particular; pero yo creo que su carácter, su destino y la confianza del Gobierno lo habrán contenido y contraído a sus deberes. Si hubiere hecho alguna desventaja, *me habrá echado una vaina soberana.*”

“Usted pensará en el nombre que he dado al batallón y diré a Ud. porqué. Es el nombre de un cundinamarqués que va a obrar en Quito a las órdenes de un venezolano; y como este cundinamarqués es bien digno por sus esfuerzos por la libertad de hacer llevar su nombre donde los libres, he hecho por mi parte esta justicia. El batallón aunque de reclutas lucirá breve, porque llevo algunos buenos oficiales y me esmeraré en él. Suela usted también acordarse de él.....”

“Adiós, mi amigo, me pongo a los pies de su hermana, cariños a las Ibáñez, saludo a todos, todos, y me repito en todas partes su apreciado compañero.—Sucre.” (Archivo Santander—Tomo VI.—Páginas 81, 82 y 83). (1)

En ocho de Marzo de 1821, Sucre escribía a Santander una carta fechada en Cali, lo que sigue: “Antes de ayer llegué de Popayán a esta ciudad impaciente por marchar redobladamente; pero, por desgracia, no hay en la Buenaventura un buque. Me detendré ocho días, a pesar mío, en tanto que de Esmeraldas vienen los que se han llamado. Me prometo mil cosas lisonjeras del Batallón *Santander*, que por ahora consta de cuatrocientas plazas, entre las cuales hay ciento veteranos. El será aumentado en Tumaco con ciento cincuenta o doscientos hombres más. Tiene buenos oficiales, y no dudo que en el campo, animado él del nombre que tiene nos dé la victoria.... Sucre.”

Para que se tenga conocimiento de las bellísimas cualidades que adornaban a Sucre, y de cuan pronto cautivaba los corazones de los que llegaban a servir bajo sus órdenes, trascribimos los acápites de carta siguientes: «Cuartel General de Cali, Marzo 13 de 1821.—Mi querido Santander, amigo mío:.... Espero no dejarás de proporcionarme esta satisfacción (la de escribirle) siempre que tus graves ocupaciones y negocios te lo permitan, y al efecto podrías dirigirla a mi padre, pues yo marchó para Guayaquil dentro de seis

(1) La mayor parte de las cartas que insertamos en el curso de esta obra son tomadas *ad pedem litterarum* de la colección de las dirigidas al General Francisco de Paula Santander por muchas personas, publicada en Bogotá, bajo el rubro “Archivo Santander,” por una comisión de la “Academia de la Historia” de esa ciudad, bajo la dirección de Dn. Ernesto Restrepo Tirado. Respecto de otras cartas, que también se insertarán en este libro, son tomadas de las “Memorias del General O. Leary,” y así lo advertiremos al pie de ellas.

días en la expedición que se está preparando para aquel puerto. Sí, amigo mío, marchó de Ayudante Mayor de un batallón que lleva tu nombre, mira si marcharé con gusto: esta es la plaza a que me ha destinado el General Sucre, que me ha parecido un bellissimo sujeto, y de modales muy propios para ganar el corazón y la voluntad de los pueblos, y principalmente de los quiteños de quienes será el ídolo..... Adiós mi amigo; recibe el corazón de quien es y será tuyo.—E. Borrero.»

Seguiremos los pasos de Sucre antes de su arribo a Guayaquil, para cumplir la misión que le dió el Libertador, y que tanto le preocupaba. Desde Cali, con fecha 24 de Marzo de 1821, escribió aquel General a Santander.

“Mi querido Santander:—Al fin me despidió de U. desde Cali: no sé si han llegado aún todos los buques al puerto; pero cansado por una parte de esperar, y por otra calculando que ya deben hallarse los barcos en el puerto, he despachado la tropa hace tres días, y yo sigo ahora llevando lo que faltaba del equipamento y demás artículos para el viaje. A las ocho del día me voy y quiero saludar a U. por esta vez en Colombia, porque aun no sabemos si Guayaquil se colombianizará. Todo lo que se pueda se hará, y tengo mis esperanzas de que se conseguirá todo y que tomaremos aun a Quito. Digo si la fortuna no se vuelve en contra, Sucre.”

“P. D.—Va esa proclama que he hecho imprimir aquí para mandarla a Quito con el oficial que debe llevar el aviso del rompimiento de hostilidades. No me vaya a criticar mucho, porque yo no soy Bolívar ni he podido ser discípulo de *Santander*. Con un par de buenos latigazos es bastante crítica para mi pobre cabeza.... (Hay una *rúbrica*.)”

Todos los personajes de aquella época conocían la importancia de que el Gobierno de Colombia auxiliase a Guayaquil, entre ellos don José Manuel Restrepo, quien, en carta dirigida a Santander, fechada en Rionegro, a 26 de Marzo de 1821, le decía: “.....Celebro mucho las noticias que me comunica sobre remisión de armas y fusiles a Guayaquil. Puede que estos auxilios lleguen a tiempo y se salve aquella plaza importante de la suerte funesta que cupo al *Señor Capitán General de Cuenca* (Dn. José María Vázquez de Noboa)”

El General Sucre, llegado que hubo al Puerto de Cascajal, hoy Buenaventura, le decía a Santander, en carta fechada en ese lugar, a 2 de Abril de 1821 “....Tengo esperanzas que el Batallón *Santander* me saldrá bueno; porque aunque tiene veinte o treinta muchachos, lo demás es buena gente de bastante disposición; pienso darle la mitad de los trescientos hombres para su completo, y como la oficialidad tiene algún estímulo, y yo la estímulo más, me prometo que él decidirá alguna batalla en que se haga digno del nombre que lleva. Espero que U. no habrá desapropa-

do mi libertad de tomar su nombre para llevarlo siempre conmigo y que me acompañe en la fortuna y en la desgracia. No me prometo realmente ningún revés.—Sucre.”

Según lo referimos, el Coronel don Antonio Morales vino al territorio de la Presidencia de Quito, en calidad de Comisionado de Bolívar, para la publicación del tratado de armisticio y regularización de la guerra. Como dicho Coronel, en una carta dirigida a Santander, habla de la impresión que le causaron las tierras ecuatorianas, del estado político de Guayaquil, del entusiasmo de sus damas por la causa colombiana, y de las dificultades que hubo que vencer para la traslación de las tropas auxiliares que traía Sucre, creemos oportuna la publicación de la mayor parte de aquella carta.

“Ceucaral, Mayo 4 de 1821.—Mi querido General y amigo:—Desde que he salido de Bogotá no he recibido una sola letra de U., sin embargo que yo no he omitido desde ningún punto ocasión de escribirle. Después de haber conocido los hermosos países del Ecuador, de haber visto con el mayor sentimiento esclavos a los hijos del sol que, a mi entrada en todos los pueblos de Quito, derramaban lágrimas por su libertad. Después de no haber omitido medio alguno en honor de Colombia para adquirir por su Gobierno la decisión de todos los quiteños que ya anhelan el momento de ser colombianos; después de haber conocido muy de cerca varios oficiales y jefes españoles, palpado su ignorancia, su ineptitud e impotencia para adquirir alguna vez ventajas sobre nosotros, ignorancia que les ha hecho manifestar, al través de su rastrera política, el gran terror que tienen a nuestras tropas y el asombro con que vieron en Jenoy su valor e intrepidez, todavía temían, aun después de muertos, a nuestros bravos, cuyos cadáveres al pie de sus trincheras les estaban enseñando el modo con que sabían morir los soldados de Colombia. Después de esto, vine al hermoso puerto de Guayaquil, en donde encontré un partido por el Rey, otro por la Independencia absoluta de aquella Provincia, otro por su agregación al General San Martín, y otro por su dependencia de Colombia; yo he sido bastante afortunado y no he omitido medio alguno para aumentar el último que lo formau los verdaderos patriotas, los hombres más sensatos y la parte más seria del pueblo. A mi salida, las señoras sustituían en sus abanicos a la bandera de Chile, la de Colombia, y en la procesión del Domingo de Ramos ví que era casi general en sus vestidos el adorno de guirnaldas tricolores, de los que se componen nuestra bandera. En los bailes, en los banquetes, y en las casas particulares se brindaba con generalidad y entusiasmo por Colombia y sus Generales. Yo creo que a la llegada del señor Sucre, que no se esperaba en Guayaquil, se habrá lucido nuestro Gobierno, y lo inesperado de ella habrá frustrado los designios de los desafectos, habrá calmado el es-

píritu de partidos, sostenido vigorosamente por los españoles, consecuentes con su antigua máxima de dividir para mandar”

“El Domingo de Ramos salí de Guayaquil en la fragata *Fanny* y con cuatro bergantines más, comisionado por el General Mires para conducir de este Puerto (Ceucaral) nuestras tropas a aquella Provincia. Así lo habrá visto U. por la correspondencia oficial de aquel General a usted y al Libertador. Llegué aquí el día primero, después de haber sufrido en la mar una borrasca que desarboló uno de los bergantines. Le rompió el foque a la fragata donde yo venía y estuvimos muy cerca de ver a Dios en aquella noche; cuánto me acordé, mi amigo, del chubasco que sufrimos usted y yo en el Orinoco. Al siguiente día de mi llegada a éste, hice marchar el bergantín *Venturoso* con el Capitán Lozano y 78 hombres a su bordo, con orden de atracar en Tumaco y tomar allí el resto de tropa hasta completar 250 que es la dotación; su llegada a aquel punto es conforme a las órdenes del señor General Sucre. Dos bergantines aun no han llegado. He tenido noticia que por una feliz casualidad atracaron en Tumaco a hacer algunos refrescos, y allí seguramente han recibido a su bordo 300 hombres que es su dotación. La avería del bergantín *Sacramento*, que fue el desarbolado, la estoy haciendo reparar con la mayor actividad. Dentro de dos días estará habilitado y marchará también a Tumaco. Yo sólo espero para marchar la llegada de las tropas; tengo hecha la aguada y todo está corriente para el momento que llegue.”

“..... Con el ciudadano Manuel Boltouyre, que saldrá de aquí dentro de pocos días, remito a U. una peineta de carey del mejor gusto, de un trabajo muy delicado, ella podrá adornar la cabeza de una hermosa colombiana. El entregará a usted igualmente una pieza de hule bastante bonita que podrá servir para carpeta de las mesas o para forrar bufetes de la hacienda. Con él remito a U. para que entren en armisticio con el Maceo la venada y la osa, una perra y un perro de aguas; la perra es muy buena y está muy acostumbrada a la escopeta.—Adiós mi querido General, otra vez seré más largo, pero nunca se cansará de escribir a usted su mejor y más constante amigo, A. Morales.”

El 6 de Mayo de 1821 llegó el General Antonio José de Sucre a Guayaquil, donde fue muy bien recibido por el pueblo y la Junta de Gobierno. Sucre, con su porte caballeresco, con sus maneras cultas, con su conducta prudente, sagaz y tinsa, bien pronto se captó la simpatía y afecto de los guayaquileños; de manera que la Junta no tuvo empacho en confiarle a dicho General el mando en Jefe del ejército patriota, que se componía de cuatro batallones organizados en Guayaquil y de los cuerpos auxiliares de Colombia: *Santander, Guías y Albión*.

En el mismo día en que se le confió dicho mando, 15 de Mayo de 1821, escribía Sucre a Santander desde Gua-

yaquil, lo que sigue: “Mi amado amigo:—Con decirle a usted que abra mi carta al Presidente y se imponga de ella y de mi comunicación oficial al Ministro, le instruyo de cuanto pudiera decirse por ahora respecto de Guayaquil. Usted verá que las cosas no prestan mal aspecto y que, a la vez que con nuestras tropas se ha asegurado esta Provincia, tenemos esperanzas prontas sobre Quito.”

“Nuestras tropas tienen aquí una reputación que no adquirieron los romanos sino después de muchas conquistas; de manera que para contenerla es menester empeñar todo el cuerpo con los pobres diablos que me han dado para esta campaña, y aunque los enemigos han puesto en movimiento todos los medios de defensa, creo que podemos echarlos de nuestro tercer Departamento.....—Sucre.”

El General Sucre acantonó parte del ejército patriota en Babahoyo, poniéndolo a las órdenes del Comandante don Nicolás López, hijo de Coro en Venezuela: y la otra parte, bajo su personal comando, en Samborondón. Desde este lugar, con fecha 16 de Julio de 1821, escribía a Santander lo que sigue: “Querido amigo:—Verá usted por mis comunicaciones de hoy que tal vez tendremos breve algún encuentro con los godos. Aunque no sé el número de ellos, ni que estemos aún reunidos, cuento que la fortuna y el triunfo nos seguirán, si es que no está incorporada la columna de Cuenca a esta gente que viene. Yo creo que el objeto será molestarnos, y ver si sacan algunas bestias de Babahoyo, pero yo dispongo mis cosas para defender el país, si fuere, sin formar ataque, y para invadir luego que se pueda. Hasta ahora no sabemos que los enemigos hayan movido sus tropas de Cuenca, y tenemos recientes noticias.”

“Si el enemigo se mete imprudentemente aquí con un pequeño cuerpo, y logro batirle ochocientos o mil hombres, puedo asegurar de hecho la campaña, si no, ella no será decidida mientras no llegue *Mariquita*, porque nuestras fuerzas son muy inferiores a la de los godos.....Sucre”

Cuando escribía esta carta estaba muy lejos Sucre de suponer que la traición iba a sentar sus reales en la ría de Guayaquil y en Babahoyo, y a poner en inminente peligro la causa de la Independencia, poniendo a dos fuegos el ejército de Sucre que se hallaba en Samborondón.

Fue el caso que, en la madrugada del 17 de Julio de 1821, el Teniente de Fragata don Ramón Ollague, puesto de acuerdo de antemano con el señor Caamaño español y con López que mandaba el ejército de vanguardia en Babahoyo, consiguió sublevar la escuadrilla que se hallaba anclada en la ría de Guayaquil frente a la ciudad.

Sublevada la escuadrilla que se componía del bergantín *Ana Bolívar*, la corbeta *Alejandro* y de diez lanchas cañoneras, fuera de las goletas *Alcance* y *Olmedo*, que se hallaban desarmadas, empezaron aquellas a hacer disparos

de cañón sobre la ciudad, a los gritos de *¡Viva el Rey!*, lanzados por los traidores.

Cundió la alarma en toda la ciudad, y pronto la única guarnición que había en ella, compuesta de los *Cívicos*, la mayor parte *cuencanos*, de los derrotados en Verdeloma, honraron el nombre de *Defensores o Batallón de Honor* que también tenían, "haciendo brillantemente la defensa de la ciudad. Efectivamente, no demoraron en salir al Malecón y tomar posiciones, según se les ordenara, y romper el fuego sobre la escuadrilla." Tan activo fue éste, como el de cinco piezas de artillería, que el condestable Don Francisco Reina hizo arrastrar y colocar frente a la Tahona y en el Malecón, contra la Corbeta *Alejandro*, donde estaba Ollague, que éste, al medio día, conociendo su impotencia de rendir la plaza, abandonó el puerto en la *Alejandro* que sufrió bastantes averías y fue a parar en Panamá.

Armadas en guerra las goletas *Alcance* y *Olmedo*, y embarcada en ellas una columna del batallón *Albión* enviada por Sucre desde su cuartel general, el Coronel don Manuel Antonio Luzarraga emprendió la persecución de la escuadrilla rebelde.

"Pronto dieron con las lanchas, que fueron apresadas todas; y aunque los tripulantes, en gran parte, tomaron tierra en Puerto-pital, con ánimo de fugar por Santa Rosa, fueron capturados muchos de ellos por las autoridades de Machala, y remitidos a Guayaquil." (D'Amecourt).

Respecto del magnífico comportamiento en esta emergencia de los *Cívicos*, reproducimos, en la página 266, lo que al respecto dice el Dr. Alberto Muñoz Vernaza. Ahora, que es la ocasión oportuna, transcribiremos lo que el mismo autor dijo en el discurso que pronunció en la velada literaria del Centenario de la Independencia de Cuenca.

"Los vencidos de la jornada (la de Verdeloma) buscaron refugio en Guayaquil; en donde, a incitación del doctor José María Vázquez de Noboa, la Junta del Gobierno creó un *Batallón de Honor*, tanto para defensa de la ciudad, como para proveer a la subsistencia de los emigrados de Cuenca y de las demás serranías de Quito que, en número considerable, habían llegado a Guayaquil. La nunca desmentida generosidad de ese pueblo encontró pronto su recompensa; pues en la sublevación de las lanchas, dirigida por Ollague, ese *Batallón de Honor* fue el núcleo de la resistencia y del triunfo obtenido contra los sublevados."

En el cuerpo de *Cívicos*, se encontraron los cuencanos; Comandante Francisco Chica, Capitán Tomás Ordóñez. Joaquín Crespo y León, Subteniente Juan Monroy, José Moscoso, Vicente Toledo, Ambrosio Prieto, Zenón de San Martín, Manuel Chica y Ramos, José Sevilla, Pedro Zea, Felipe Serrano, Manuel Serrano y Cordero, el Capitán Casimiro Martínez y la mayor parte de los que emigraron a Guayaquil, después del desastre de Verdeloma.

El Teniente Coronel realista don Nicolás López de Aparicio fue apresado antes del combate del primer Huachi por una de las guerrillas patriotas que obraban en Machachi. Después de este combate, López no volvió a las filas de Aymerich, sino que fue a Guayaquil junto con su paisano el Coronel Luis Urdaneta, y manifestó que, como americano, quería consagrarse a la causa de la Independencia.

Engañada la Junta con esta promesa, al organizarse en Guayaquil el nuevo ejército patriota, nombró a López Jefe del primer batallón de *Libertadores*, siendo su segundo el Comandante Bartolomé Salgado.

Estos dos felones, hallándose en Babahoyo, según lo dijimos, con dicho batallón, debían también sublevarlo, en cuanto Ollague se hubiese apoderado de Guayaquil con la escuadrilla que se rebeló. Habiendo fracasado la tentativa de Ollague, y llegada esta noticia a Babahoyo, López se resolvió a proceder inmediatamente.

“Hizo que Salgado formara en la plaza todo el *Libertadores*; y, una vez ejecutada la orden, se presentó López y dirigió a los soldados una arenga, en el sentido de que les engañaba con triunfos ilusorios y promesas vanas; que la causa del Rey era la única legítima y tenía que prevalecer; terminando por lanzar el grito de ¡Viva el Rey!” (D. Amecourt). Los soldados titubean un instante, pero, en seguida, casi todos responden; ¡Viva el Rey” y queda consumada la traición.

El Capitán don Francisco de Paula Lavayen y en seguida el Teniente Ciriaco Robles, ambos Guayaquileños, al traslucir las pérfidas intenciones de López, se embarcaron sigilosamente, el primero en una pequeña canoa, y el segundo en una *batea*; y llegando a Samborondón comunicaron a Sucre la negra traición que preparaban los Jefes del batallón *Libertadores*.

Sucre despachó, en el acto, un escuadrón de caballería al mando del Coronel Cestaris y del Comandante Castro en persecución de los traidores; y aunque las autoridades de Babahoyo que eran realistas, pusieron obstáculos a la marcha del escuadrón, Castro alcanzó en *Playas* a gran número de rezagados que iban quedando atrás de propia voluntad; a los que se agregaron los que se iban separando a medida, que avanzaba la columna hacia el interior; de manera que volvieron con Castro a Babahoyo algo más de trescientos hombres, sin contar que continuó la deserción, y, al llegar López a Riobamba no tenía ni la cuarta parte de las fuerzas que había logrado engañar....” (Camilo Destruge).

López, en medio de su felonía, se dirigió a los oficiales del *Libertadores*, manifestádoles que no los quería tener forzados; y que les dejaba en libertad de separarse del cuerpo. “Los oficiales Abdón Calderón y Lorenzo Garaicoa fueron los primeros que aceptaron la invitación, y tras ellos siguieron otros muchos”

“Lauro es también de la corona de nuestro héroe (Abdón Calderón) el trascendental paso dado por él en esta emergencia en compañía de Lavayen y de Robles. Ya en esa su edad de niño (16 años), no sólo sabía obrar, sabía también pensar” (Octavio Cordero Palacios).

Veamos lo que el General Sucre, sumamente contrariado por los deplorables sucesos que acabamos de relatar, escribía al General Santander: “Guayaquil, Julio 24.—Mi querido amigo.—Verá usted en mi comunicación oficial en qué de cosas me he hallado metido en los últimos días. Revoluciones de mar y tierra, rebeliones, intrigas y brollos de tanto diablo que hay en este lugar, nos iban a hacer pasar una mala escena, si no hubiera andado vivo en trastornar los trastornos en que nuestros enemigos querían sepultarnos.”

“En medio de las traiciones que nos rodeaban, los partidos chisperos se encendían, se perdió la confianza en el Gobierno por una parte, y héme usted que ha sido preciso buscar prudencia y moderación para salir bien de tantas agitaciones y de tantos reclamos. Un suceso que entre nosotros (bien que entre nosotros no hubiera sucedido) habría sido remediado pronto y sin turbulencias, aquí nos ha molestado más de lo que usted puede pensar, porque ha venido acompañado de tantos incidentes, que a no ser por la estada aquí de tropas de Colombia, acaso se lo lleva toda la trampa. El resultado en cuestión ha sido *la pérdida de un batallón*, la pérdida tal vez de la corbeta, de dos lanchas que se han ido a pique y de algunos otros daños en las demás”

“La aglomeración de circunstancias me ha resuelto a proponer mañana o pasado mañana a este Gobierno que convoque la Asamblea electoral para que decida terminantemente a quien corresponde esta Provincia. Nada perjudica tanto a Colombia como este sistema neutral, porque la opinión pública está por nosotros, y los del Gobierno se inclinan al Perú, y sin embargo de ser los que mandan no han podido obtener sino un miserable partido a su favor. Yo estoy resuelto a que el Gobierno atienda a nuestros intereses y se separe de una marcha que el pueblo sigue tan forzosamente. En los cuatro o cinco días de turbulencias pasadas, una indicación mía a los patriotas de sostenerlos, habría disuelto el tal sistema; pero yo he querido presentar a nuestro Gobierno generoso y que la deliberación premeditada sea la que preceda a la decisión de esta Provincia. Un pronunciamiento aprovechando aquellas circunstancias parecería un tumulto y podrían caracterizarlo de tal.—Sucre”

Para que se conozca la delicadeza y desinterés de Sucre, a pesar de su penuria económica, léase la carta que sigue dirigida por él a Santander: “Julio 25.—Querido amigo.—Aunque escribí ayer a U. en extensión, el retardo que ha tenido el buque en salir, me da lugar a una indicación que olvidé hacer a U.”

“Mis diligencias en este Gobierno para equipar la Divi-

sión, pagar nuestros fletes, &, han producido el mejor efecto, y creo que de allá no tendremos que desembolsar un real por ninguna de estas cosas; pero para mí no he querido aceptar en este Gobierno la oferta de abonar mi sueldo entero para atender a mis gastos, respecto a que los demás no reciben sino la mitad. Yo tomo lo que todos, pero estoy en el caso de decir a U. que, con el destino de Comandante General de la División no puedo ocurrir a mis gastos con *ciento veinticinco* pesos, en un país excesivamente caro, y en donde es preciso conservar cierta decencia. En mi empleo yo puedo proporcionar a todos algunos arbitrios, pero mi delicadeza se ofendería en proporcionarlos para mí mismo, y acaso esto me traería una mala consecuencia. En tal estado he creído que saldré del paso, librando a U. 500 pesos que espero los haga usted satisfacer, u ordene hacerlos al Comandante General del Cauca. Pienso que por todos los gastos de esta División, un abono de 500 pesos se tolerará bien en esas cajas.....Adiós. Siempre de usted afectísimo compañero, Sucre."

"P. E.—Sepa usted que hemos salido de un muy mal paso con aprehender las lanchas y desbaratar los proyectos del enemigo. No sólo nuestras operaciones iban a ser trastornadas, sino que al General San Martín lo hubieran molestado mucho por las provincias del Norte. Las cosas van arreglándose bien; acaso en otra comunicación se podrá avisar que esto está agregado o por agregarse a Colombia."

El Presidente Aymerich, mientras se verificaban en Guayaquil los acontecimientos que acabamos de relatar, había establecido su cuartel general en Riobamba, con un lucido ejército compuesto de 1,200 hombres de infantería y 800 de caballería, el que se aumentó con los que acompañaron al traidor López hasta aquella villa, quien en premio de su felonía, fue ascendido por Aymerich a Coronel.

En tanto que el Presidente de Quito empezó a moverse de Riobamba, por la vía de Guaranda, hacia Babahoyo, el Coronel Francisco González con una división de 1,200 plazas, compuesta, en gran parte, de reclutas de Cuenca, salió de esta ciudad, en los primeros días de Agosto de 1821, y llegó al pueblo de Cañar. Aymerich y González, en combinación y puestos de acuerdo, debían caer en un momento dado sobre el ejército de Sucre, y tal vez aniquilarlo.

Un decidido patriota cuencano, Don Miguel del Pino y Jijón, vino a salvar a Sucre de la peligrosa situación en que se encontraba. "Hallábase del Pino y Jijón en Cañar, de donde era opulento propietario, cuando vió que las tropas de González, en vez de seguir, vía norte, hacia Alausi, declinaban a la izquierda y tomaban por el camino que decimos de la Quebrada-Honda (1). Caló al momento, como si

(1) Este camino le mandó a abrir el patriota cuencano, Dn. Bartolomé Serrano.

hubiera sido un estratega consumado, el fin de esta marcha; no confió a nadie su pensamiento; esperó la noche y, a sus sombras, montó a caballo; tomó por sendas extraviadas, para evitar el encuentro de los realistas que iban adelante; y sin descansar, en un día y dos noches, llegó a Babahoyo y participó a Sucre lo que ocurría." (Octavio Cordero Palacios).

"Colocado el General Sucre entre estos cuerpos enemigos (el de Aymerich y el de González), se propuso batir primero al más débil, y después al otro antes que pudieran reunirse; y, aparentando que intentaba atacar la División que tenía al frente, (la de Aymerich), la entretuvo con algunos movimientos, y al amanecer del 17 de Agosto se movió aceleradamente y ocupó a Yaguachi aquella noche; el 18, por la mañana, una compañía de *Dragones*, con el Comandante Cestaris, fue destinada a reconocer al enemigo que ya salía de la montaña y examinar el terreno para escoger un campo donde presentarle la batalla, llevando además el encargo de tomar a todo trance un prisionero a quien examinar. Esta recomendación fue plenamente satisfecha, pues tomó no sólo un prisionero, sino toda la descubierta sorprendida, sin que escapase ninguno. Al amanecer del 19 de Agosto de 1821, salió el ejército de Yaguachi a encontrar al enemigo (la división de González) y ocupar la posición elegida el día antes por el Comandante Cestaris. Como a tres leguas de camino, nuestra descubierta divisó la del enemigo que avanzaba a paso acelerado; el General Mires con el batallón *Santander* y una compañía de *Dragones* trató de rechazarlo para ocupar el puesto que se había indicado, que ya quedaba a retaguardia del enemigo, y con esta ocasión se empeñó el combate, como a las once de la mañana."

"El terreno, aunque plano, estaba cubierto de bosque alto, sin más espacio para desplegar las tropas que un camino angosto donde sólo dos hombres podían pasar de frente; sin embargo, haciendo un esfuerzo, la compañía de *cazadores de Santander*, penetró en orden de tiradores por entre el bosque a su flanco derecho, y otra guerrilla de la primera compañía por la izquierda; el fuego fue sostenido por largo tiempo, hasta que el resto del batallón cargó de frente y rechazó al enemigo hasta un punto donde le permitió el terreno formar cuadro; y allí resistió al ataque de nuestros tiradores que lo acometían por derecha a izquierda. El Comandante Félix Soler pudo formar dos compañías por mitades, y con ellas intentó romper el cuadro, lo cargó con decisión y arrojo, y precipitándose sobre él, cayó muerto este Jefe entre las filas enemigas. El Capitán Trinidad Morán que, con una compañía de *Dragones* secundó al Comandante Soler en el ataque, y un piquete de caballería conducido por el Teniente Icaza dieron una carga vigorosa al enemigo, que aterrado a su aspecto, plegó al instante cediendo el campo, y se declaró en completa derrota."

Tal es la descripción del combate de Yaguachi, llamado

también de Cone, porque en el lugar de este nombre se verificó la acción, hecha por el Coronel don Manuel Antonio López Borrero en sus "Recuerdos Históricos." Nosotros lo llamaremos Yaguachi: porque así se ha conocido siempre en la Historia: porque Sucre lo llamó con ese nombre, en la parte que dió del combate: porque, en recuerdo de ese triunfo, que fue el primero que obtuvo Sucre en territorio ecuatoriano, se creó el batallón Yaguachi, compuesto exclusivamente de guayaquileños y cuencanos; y porque Yaguachi es el nombre de uno de los más florecientes y ricos Cantones de la Provincia del Guayas.

El Coronel Francisco González escapó del desastre de Yaguachi con trescientos hombres y fue a parar con ellos en Alausí, de donde regresó nuevamente a Cuenca según lo referimos. La pérdida de los realistas consistió en 150 muertos, setenta y nueve heridos y 500 prisioneros, entre ellos el Comandante don Francisco Eugenio Tamariz que, después se radicó en Cuenca, se casó con Doña Rosa García, fue padre de numerosa y distinguida familia, y llegó a figurar dignamente en la política, desempeñando, entre otros cargos, el de Ministro de Hacienda del ilustre Presidente Don Vicente Rocafuerte. Después de permanecer, algún tiempo, preso el Comandante Tamariz, tomó servicio entre los republicanos. Trofeos de la jornada de Yaguachi fueron muchos fusiles, gran cantidad de municiones y otros elementos de guerra. Tuvo el ejército patriota veinticinco heridos y veintidós muertos, entre éstos el bravísimo Mayor José Soler, el héroe de la acción de Yaguachi y primer Jefe del batallón *Santander*.

Hablando del combate de Yaguachi, dice el doctor Alberto Muñoz Vernaza, en el discurso que antes hemos mencionado: "La ocupación de Cuenca por el Coronel González si constituyó un triunfo militar para la causa realista, fue el germen de la derrota que éste sufrió en Yaguachi. El Jefe español completó y aumentó sus tercios con reclutas cuencanos, pero éstos estaban ya saturados de las ideas de Independencia y Patria, y tenían resuelto sacudir a toda costa el yugo español; porque el Tres de Noviembre les recreó con la aurora de la libertad, y el 20 de Diciembre les estimuló para la venganza y el desquite. Esos cuerpos así minados por el patriotismo, no podían combatir, como no combatieron, con el ardor del convencimiento; la resistencia fue débil, y en la *Boca de la Montaña* (Yaguachi), los Generales Mires y Sucre obtuvieron las palmas del triunfo. Cosa semejante ocurrió en la famosa batalla del puente de Boyacá, con las tropas que llevó Sámano de la Presidencia de Quito. Nuestros padres contribuyeron así al triunfo de la Patria, en varias ocasiones, si no de una manera activa, cuando las circunstancias lo permitían, siquiera de manera pasiva."

De los seiscientos prisioneros de Yaguachi, más de cua-

trocientos eran cuencanos; y para gloria de Cuenca debemos decir que todos ellos no quisieron ser canjeados, cuando vino a Guayaquil el Teniente Coronel don Francisco Jiménez, comisionado por Aymerich para verificar con Sucre canje de prisioneros. Al proponerles Jiménez que los que quisieran marchar con él a Quito para continuar prestando sus servicios al Rey, diesen un paso al frente, todos los prisioneros se mantuvieron firmes en sus puestos, y contestaron a una voz: "Preferimos ser prisioneros de la República, antes que volver a servir al Rey de España. ¡Viva Colombia! ¡Muera el Rey de España! En vista de tan noble conducta, el mismo Jiménez pidió servicio en las filas republicanas; y comunicó a Aymerich lo que acabamos de relatar.

A su vez lo hizo el General Sucre, en los términos siguientes: "Cuartel General en Guayaquil, a 31 de Agosto de 1821.—Al Excelentísimo Señor Vicepresidente de Cundinamarca.—Excelentísimo Señor:—En la Gaceta que acompaño verá V. E. las comunicaciones que he dirigido al General Aymerich para estipular canje de nuestros prisioneros. El Teniente Coronel don Francisco Jiménez ha venido comisionado por dicho General para llevarlo a efecto; se le ha franquado dinero y todos los auxilios que ha pedido para los oficiales; pero habiendo indicado a la tropa prisionera en los pontones el objeto de su comisión, le han contestado públicamente que prefieren ser prisioneros de la República a ser soldados del ejército español. Le han gritado en su presencia repetidos vivas a Colombia y execraciones numerosas al Rey de España. Este suceso ha comprometido mis ofertas del canje estipulado, particularmente cuando el mismo Jiménez ha protestado que no servirá jamás a la tiranía y se ha alistado en las banderas del ejército libertador; él lo ha anunciado así al General Aymerich, indicándole la dura lección que ha recibido de los prisioneros, lo que influirá poderosamente sobre los restos de la tercera División. He resuelto efectuar el canje de los doce oficiales que están en mi poder, y vacilo en la incertidumbre de si debo o no sortear de los 600 prisioneros los que necesitamos para libertar los cien nuestros que me anuncia estar en las cárceles de Quito; mas veo, por otra parte, que es una crueldad exponer al furor de los españoles a cien americanos que han manifestado tan nobles sentimientos.—Dios guarde a V. E. muchos años.—Excelentísimo Señor.—Antonio José de Sucre."

(Oficio tomado de "Recuerdos Históricas del Coronel López).

El Teniente Coronel Jiménez, en el oficio que dirigí a Aymerich, que hemos mencionado, decía, entre otras cosas: "Yo abrazo por elección las banderas de Colombia, y yo detestaré siempre la del despotismo. Conozco que la existencia de un Rey es ideal, y aun cuando fuese real, sólo sería la de un tirano. He abrazado este partido en la mayor

deliberación. Lo he manifestado así delante de los prisioneros oficiales del Ejército Español, y lo manifestaré delante del Universo, con la dignidad y firmeza que desde hoy debe corresponderme como a un ciudadano de la República de Colombia....”

“Los soldados que, igualmente, se hallan prisioneros se han ofrecido voluntariamente al servicio de Colombia, asegurando a V. S. que no han sido violentados, ni que su coacción haya producido este efecto, pues en el momento fui a visitarlos, y les previne si querían ser canjeados para restituirse a sus banderas, y todos unánimes me contestaron que, por pretexto alguno lo aceptaban, resueltos a hacer el último sacrificio en obsequio de las banderas de Colombia.—Dios guarde a V. S. muchos años. Guayaquil, Agosto 29 de 1821.—Francisco Jiménez de Tornesa.”

Nos hemos detenido en referir el acto noble y laudable de los prisioneros de Yaguachi, porque, según lo dijimos, la mayor parte de ellos fueron cuencanos, y no habiendo tomado parte en el combate del segundo Huachi, ingresaron en las filas del ejército que Sucre, después de su tremenda derrota en aquel campo, formó, y con el que triunfó en Pichincha. Cuencanos fueron, asimismo, en su mayor parte, los que compusieron la división del Coronel Luco que invadió a Cuenca, después del triunfo de Yaguachi; y como esta columna tampoco estuvo en Huachi, sino que se replegó a Guayaquil, después de que Frías con la vanguardia ocupó, por algunas horas, a Cuenca, ella y la columna, se incorporaron también al ejército libertador que venció en Pichincha, a las fuerzas realistas.

Lo que acabamos de decir, se desprende de una carta dirigida a Santander por el Coronel Antonio Morales, quien, a raíz de la traición de Ollague y López, se hizo cargo de la Comandancia General de Guayaquil, por destitución del que la desempeñaba, Coronel don Juan de Dios Araujo. Como dicha carta contiene una relación detallada de los acontecimientos verificados en Guayaquil desde el 16 de Julio hasta el 30 de Agosto de 1821, vamos a reproducirla.

“Guayaquil, Agosto 30 de 1821.—Mi querido General y amigo:—.....Vamos a negocios públicos: esta Provincia, como he dicho a U. anteriormente, ha estado dividida en partidos. Algunos comerciantes y el mismo Gobierno son decididos por San Martín, o más bien, por el Rey; su protección a López y a todo español; la impunidad de muchos delinquentes justificadamente contra la libertad; la lentitud en las medidas militares; la tolerancia a la cabeza de los cuerpos y aun de las armas de la Provincia a jefes notoriamente sospechosos; la consideración por todo español y por un gran partido de ellos, hizo que López sedujera las lanchas en favor del Rey y se pasase al enemigo con el batallón que mandaba. El Gobierno fue avisado oportunamente de este incuo plan por varios conductos fidedignos y seguros;

pero, o tenía demasíadamente a López, o más bien estaba confabulado con él. Una casualidad hizo rescatar las lanchas. Los partidarios de López no tuvieron bastante firmeza para poner en ejecución el plan proyectado. El batallón que marchaba con él, en su mayor número, regresó a esta ciudad, quedándose sólo con el traidor 170 hombres. En estas circunstancias nuestra división se hallaba en Samborondón, y fue obligada a venir a Guayaquil, tanto para reanimar el espíritu público, como para contener el partido secreto con que López contaba para sus inicuos designios."

"Este hombre criminal pintó a Aymerich la ocupación de esta Provincia como una cosa hecha y demasiado sencilla y lo comprometió a que moviese sobre nosotros sus tropas, y lo verificó con ellas, a la cabeza de 1.200 infantes y 800 hombres de caballería soberbiamente montados. Este movimiento obligó al señor General Sucre a marchar sobre Babahoyo; pero como lo atacase igualmente el Batallón *Constitución*, compuesto de 1.000 plazas de muy buena tropa, al mando del Coronel González que marchó desde Cuenca por el camino de Yaguachi, y como a la vez había un gran peligro por el partido desafecto de Guayaquil, convocó el General una Junta de Guerra, en la que se resolvió que el Gobierno entregase el mando militar de la Provincia, con todo el lleno de facultades para salvarla, en el señor General Sucre o en la persona que fuese de su confianza y de la División. Yo fui destinado a este mensaje y a tomar el mando militar que me entregó el Gobierno con un aparente placer, pero siempre intentando ponerme trabas de que afortunadamente he sabido burlarme; y denegándose a la convocatoria de la Junta representativa de la Provincia, con pretexto de que en las circunstancias podría juzgarse una violencia por nuestras armas."

"Tengo instrucciones de obrar como ellas lo exigiesen, y por entonces creí oportuno callar. Mi silencio ha producido ventajas, pues he cambiado la opinión del pueblo, a quien nuestros enemigos fascinaban con imposturas sobre la Junta de Guerra. El General lo ha aprobado, y Colombia habría perdido mucho si en aquellos momentos no hubiesen visto en nuestra conducta y en mí mismo silencio, ideas de moderación y nada ambiciosas y medidas sólo dirigidas a la defensa del país."

"Yo me consagré todo a ella. Aumenté las fuerzas útiles, las puse en manos de la mayor confianza. Destiné a Illingrot a su cabeza y con ellas estaba la ciudad cubierta por el frente. El flanco izquierdo era la única vía por donde, cubierto el río, pudiéramos ser invadidos por las tropas del enemigo. Este está dominado de una altura cuyo flanco derecho es el río y por el izquierdo, con alguna distancia del cerro, tiene el estero salado muy profundo e intransitable. Por medio de un foso ancho y bastante hondo dispuse se viniese éste a la base del cerro, en el que hice una

grande cortadura perpendicular y lo fortifiqué con dos baterías, la una que hiciese fuegos horizontales y la otra superior para hacerlos rectos y defender la primera. Dí órdenes para cerrar el puerto. Fortifiqué e hice cortaduras en el camino de tierra de Daule por donde únicamente podía el enemigo dirigirse a la ciudad, el que defenderían cien infantes y un escuadrón de *montuvios* de aquel mismo lugar. Trasladé los hospitales militares al Morro; embarqué todos los buques que habían en la Bahía para salvar la emigración que había de la ciudad en caso de ser invadida, de cuyo plan y ejecución encargué al señor Luzarraga, Capitán del Puerto. Hice grandes acopios de víveres para el caso de un sitio; puse a bordo de un bergantín la artillería sobrante, la imprenta y los demás artículos de guerra que no eran necesarios para la defensa. Organicé 2.000 hombres de todas clases resueltos a perecer o defender su país; reduje a prisión a los sospechosos; desterré a varios; puse en seguridad a los pocos españoles que quedaron, pues sólo con la noticia que tuvieron de que yo me iba a encargar del mando militar, se largaron la mayor parte a Piura y Trujillo."

"Después de mil esfuerzos hice salir de la Provincia al Coronel Aranza, Comandante General de ella, y a otros Jefes todos cómplices de López. Inflamé el espíritu del pueblo en términos que las señoras personalmente concurrían a los trabajos de las fortificaciones y ayudando en ellos, con sus propias manos, acompañadas de los sacerdotes y de los nobles estimulaban al pueblo, dándole un ejemplo que, asemejándolas a las matronas de Roma, les hará eterno honor. En medio de estas ocupaciones surtí al ejército de botiquín, de mulas y algunos caballos, de fornituras, de menajes y de alguna tropa con que lo reforcé. El flanco derecho de la ciudad estaba amenazado por Naranjal por la sexta compañía de la *Constitución* que había quedado en Cuenca, a la que paralicé sus movimientos, situando oportunamente en las bocas dos cañoneras."

"Desde mi encargo del mando hasta aquella fecha habían transcurrido diez días, en los cuales el enemigo con la *Constitución* se acercaba a Yaguachi. Informado el General de este movimiento por sus espías y por los avisos que yo le daba recibidos de las mías, contramarchó a Yaguachi en donde batió tan completamente al enemigo, como verá usted en el boletín de aquella gloriosa jornada. Al segundo día me tiene U. aquí con 600 prisioneros y once oficiales, entre ellos, Tamariz, a los que he tratado con la mayor consideración y decencia, en términos que me he ganado tanto la tropa que he mandado de ella 300 hombres al ejército, armados, sin más custodia que tres oficiales, y habiendo marchado cuatro días por tierra antes de reunirse a la división no se ha desertado uno solo."

"En el momento propuse al General el proyecto de ocu-

par a Cuenca, lo aprobó, y he destinado a este efecto al Coronel Luco con **DOSCIENTOS NOVENTA HOMBRES**, entre ellos la mayor parte Morlacos (nombre que sin fundamento se daba a los cuencanos), reservándome sólo **CIENTO TREINTA Y SIETE** de los mismos **MORLACOS** prisioneros para el canje que ha venido a negociar por parte de Aymerich, el Teniente Coronel Jiménez, español, a quien yo había en Quito seducido para que se nos pasase. Así lo ha verificado, tomando parte en las armas de la República y pasando a Aymerich el oficio de que acompaño a U. copia. Nunca he puesto otro con más gusto."

"En estas circunstancias nada decía el Gobierno de agregación, lejos de eso, no dejaban de regarse papeles seductores en favor del Perú. El General, impuesto de esto, marchó inmediatamente a la Capital, ofició vigorosamente al Gobierno solicitando la convocación de una Junta de notables. El Gobierno se denegó y sólo se pudo conseguir la reunión del Cabildo y algunas otras autoridades, en cuya Junta se ha sancionado lo que contiene el acta que acompaño a U. Yo he quedado aquí encargado de la Comandancia General, y de todas las negociaciones que digan relación a Colombia. Yo trabajo sin cesar y tengo mucha esperanza de presentar muy pronto a Guayaquil unido a la República, como lo está mi corazón a estos deseos, y al del General Santander, el del mejor de sus amigos, A. Morales."

"Después del triunfo de Yaguachi, y con fecha 31 de Agosto de 1821, Sucre escribió a Santander una carta confidencial, de la que copiamos los acápites que siguen: "Querido amigo:—Verá usted el ensayo del *Santander*: 300 de ellos han destruído una columna de 1000 hombres aunque es cierto que estaban apoyados del resto de nuestras fuerzas; pero ellos solo han combatido ayudados de 60 *dragones*." (1)

"Yo no tengo lugar de escribir largo en esta ocasión, porque me voy a la madrugada y ya es tarde. Morales queda aquí, y dirá todo extensamente porque tiene el encargo de hacerlo así."

"Recomiendo a U. los asuntos de Morales: sirve con mucho interés y eficacia, y su infatigable trabajo ha sido un descanso para mí, cuando me hallaba con tres mil enemigos invadiendo la Provincia, y yo apenas con 1,200 para defenderla. Morales era en la capital el apoyo de mis medidas, y debemos mucho a sus servicios: queda aquí encargado de todas las cosas nuestras colombianas."

".....Después pedré disponer de algún día para tanto que tengo que someter al conocimiento de U.; por ahora tenga paciencia y conténtese con saber que para el ocho o diez estoy o derrotado o situado en Riobamba en medio de

(1) Exageración de Sucre, pues también se portó bizarramente en el combate de Yaguachi, el batallón segundo de *Libertadores*, cuerpo de Guayaquil.

los recursos de Quito, y en el Centro de operaciones. ¡Ojalá que el 19 de Septiembre nos sea igual al 19 de Agosto! Diré a U. de paso que el Boletín es muy sincero y sin la menor exageración. Circúlelo U. en honor del Batallón *Santander*.”

“Voy a empeñar el Cuerpo, mi amigo, a ver si hago con este puñado de gente, lo que se pensó que debía hacerse con 3000 hombres. Ustedes me han embromado con que mandaban tropas, *Mariquita*, *Bogotá*, el Diablo y mi hermano y nada que es un contento; pero es necesario resolernos y veremos lo que sale. Si no exponemos, perdemos antes de ganar. Si me derrotan, paciencia y ustedes tendrán su culpa. Yo me muevo con 1500 hombres en todo, todo, todo, aprovechando la fuerza moral de las tropas.”

“Adiós mi amigo. A los pies de su hermana: a los amigos, mil cosas: a las amigas dos mil cariños y saludos y pensaditos. Mil cuidados por Pepe (hermano de Sucre) y adiós, Su afectísimo, Sucre.”

El General Sucre, después del triunfo de Yaguachi, dispuso un movimiento de conversión para caer sobre Aymerich; pero éste que había descubierto ya la catástrofe de González, retrocedió para la sierra y se puso en cobro en Guaranda, de donde pasó a Riobamba. El Jefe republicano, por su parte, antes de salir con el grueso de su división hacia Guaranda, despachó al Coronel don Juan Illingworth con 300 hombres, por la vía de Zapotal. Este valiente Jefe cumplió brillantemente su cometido, pues siguiendo su derrotero entró a Latacunga a fines de Agosto, y poco después se presentó en los alrededores de Quito.

Sucre con su ejército que ascendía a 1300 hombres, y del que formaban parte los cuerpos guayaquileños *Voluntarios de la Patria*, *Vengadores* y segundo de *Libertadores*, ocupó a Guaranda el 2 de Septiembre, y se detuvo algunos días en Guanujo, donde supo que Illingworth se encontraba en las cercanías de Quito. Entonces Sucre, separándose del camino ordinario de Mocha, tomó por la falda occidental del Chimborazo, con el ánimo de dejar a retaguardia al ejército realista y seguir de largo para Quito. Aymerich que supo este movimiento y la aparición del Coronel Illingworth por Latacunga, movió su ejército de Riobamba y fue a situarse en ese mismo campo de Huachi que, diez meses antes fue tan desastroso para nuestras armas. Apenas hay una diferencia de trescientos metros entre los dos pulenques de Huachi, tan aciagos para la causa de la Independencia.” (Cevallos).

El 12 de Septiembre de 1821, se encontraron, por segunda vez, los dos ejércitos, el republicano y el realista, en aquel campo. “Los españoles tenían arrimada la infantería a los cercos y arbolados de la hacienda, llamada también *Huachi*: contaban con mayor número de fuerzas y, sobre todo, con una lucida caballería propia para la llanura en que

iba a lidiarse. Sucre, por esta razón, trató de evitar el combate para hacerse de otra posición; pero Mires, el héroe de Yaguachi, a quien no podía desatenderse, opinó ahora, como entonces, que convenía llegar a las manos cuanto antes, y prevaleciendo en mala hora, este parecer, se dió la orden de combatir. Crudísima, tanto como la anterior de Huachi, fue esta segunda jornada." (Cevallos)

"El campo de Huachi es un plano árido y su suelo un arenal de grano muy fino. Cuando más empeñadas estaban las infanterías, un impetuoso viento del Sudeste empezó a levantar espesas columnas de polvo que remolinaban; los españoles emplearon su caballería, no en cargarnos, sino en hacer un movimiento de flanco hasta el punto donde el viento batía con más violencia; corrían de un lado a otro, levantando nubes de polvo cada vez más densas, de suerte que nuestros soldados, fatigados y con los ojos llenos de tierra, no distinguían un objeto a corta distancia. A la sombra de ese inesperado auxiliar la caballería enemiga se fue acercando, y de repente cargó a nuestra infantería que casi ciega quedó desorganizada aunque no arrollada; pero no le fue posible volver a entrar en formación y se consumó nuestra derrota." (López).

"Cerca de ochocientos hombres entre muertos y heridos, cuarenta prisioneros con inclusión del General Mires, y casi todo el armamento de Sucre, fueron los trofeos de Aymenrich. El comisionado Coronel Moles, que se había quedado en Quito, como pasado Morales a Guayaquil, fue el héroe de la jornada y él dió la victoria a las armas españolas." (Cevallos).

Costoso, sobremanera, les fue el triunfo de Huachi a los españoles, pues perdieron más de mil hombres, mayor número que el de los vencidos; y entre ellos al sanguinario y cruel Coronel Puyol, que fue el terror de las comarcas de Ambato y Riobamba; las que, con su muerte quedaron libres de tan horrible monstruo."

El sereno Coronel Illingworth, que recibió oportuno aviso de Sucre del desgraciado suceso de Huachi, y que estuvo en vísperas de adueñarse de Quito, defendido sólo por una corta guarnición, emprendió su retirada con su columna en perfecto orden por el áspero y escabroso camino de Santo Domingo de los Colorados, burlando la persecución del enemigo vencedor en Huachi; y llegó a Balzar, después a Daule y por último a Guayaquil. Esta brillante retirada del bizarro Coronel Illingworth es digna de loanza y equivalió a un verdadero triunfo.

El General Sucre, con una contusión en un pie y una pequeña herida en la mano izquierda, en su caballo también herido, se salvó de la hecatombe de Huachi junto con los Comandantes Federico Rasch (alemán), Cayetano Cestaris, su Ayudante de Campo Capitán Jordán, hijo de Chile y cien hombres de tropa. Estos, cinco oficiales, cincuenta y tantos

soldados, que escaparon de Huachi y pudieron llegar a Guayaquil, la columna de 300 hombres con la que se retiró el Coronel Illingworth, y los prisioneros de Yaguachi, en su mayor parte cuencanos, que voluntariamente, según lo referimos, se enrolaron en las filas del ejército, muchos de los cuales fueron a morir en Pichincha, Ayacucho y el sitio del Callao, fieles a las banderas de la Patria, sirvieron de base para formar una División.

El pueblo de Guayaquil, cuyas preeminentes virtudes fueron la fortaleza, la constancia y el patriotismo, no se arrojó con la tremenda noticia de la derrota de Huachi que la trajo don Mariano Oramas, y la comunicó sigilosamente al Comandante General don Antonio Morales.

Este, a las cuatro de la tarde, hizo publicar, con todo el ruido posible, por medio de un bando, la noticia del desastre de Huachi, invitando a todos los ciudadanos a que se inscribiesen como soldados para la defensa de la Patria y a las siete de la noche del mismo día estaban inscritos y encuartelados setecientos voluntarios para la reconstrucción del ejército.

Después de la acción de Huachi, el consternado General Sucre escribió al General Santander, lo que sigue: "Bahoyo a 18 de Septiembre de 1821.—Mi amado amigo:—Me tiene U. el más desgraciado de todos los Jefes que han trabajado en la campaña del año 21. cuando yo creí contarme entre los demás vencedores. Todo me lisonjaba con esta esperanza para recibir el golpe más terrible que ninguno de nuestros Jefes ha sufrido acaso, y para tener la desagradable consideración de no haber llenado los deseos del Gobierno. ¡Qué rigor mi amigo! Apenas la victoria me vió un momento risueña en Yaguachi, para serme luego desdeñosa y aun enemiga."

"Usted se sorprenderá sin duda con la relación de nuestra campaña y de nuestra derrota que ha sido tan completa cuanto no puede describirse. Todo, todo, o al menos lo que yo llamaba la división se ha perdido; mis amigos y mis compañeros, todos los he perdido, y en mi dolor no tengo otra esperanza cierta, sino el canje que se puede proporcionar. Mis operaciones iban tan arregladas que me prometían un resultado positivo o tal vez pronto; pero yo hablo a usted con franqueza (y con reserva) y le diré que mi compañero (el General Mires), por un valor inconsiderado o por una desesperación del triunfo, nos ha envuelto en la inmensa desgracia que lamento. Contra todas mis órdenes, contra todos mis deseos y contra todas mis medidas ha comprometido un combate, que aun feliz nunca habría sido considerado en regla; y a la fatalidad del suceso se añade tal vez contra mi reputación, que nos hemos conducido como lo habría hecho un recluta. Yo detallo a usted muy sinceramente todas las ocurrencias en mi comunicación oficial, y nada tengo que añadir sino que mi sentimiento se aumenta, si es

posible, por la suerte del Batallón *Santander* que me había prometido sería en un tiempo uno de nuestros mejores batallones.”

“Con los restos que tengo voy a defender la Provincia y a todo trance esta base de nuestras operaciones sobre Quito. Yo supongo que se remitirán las tropas necesarias para una campaña más cierta y segura, si es que el General Torres no ha sido más afortunado que yo, y puede decidir la suerte del Departamento: él ha podido hacerlo porque en Pasto no quedaron sino 80 hombres y la milicia pastusa; de modo que si él ha avanzado y marcha siempre, ahora tendrá algo que hacer, pero encuentra al enemigo bien distribuído y estropeado. Aymerich perdió en su campaña aquí sobre 1500 hombres y ahora ha sufrido algo: puede responder a lo mucho lo que haya perdido en este combate. Si Torres progresa y el enemigo atiende allá, *algo haré yo por Cuenca* por facilitar más la campaña y distraerlo un poco; pero si por resultado la campaña no se decide, es preciso pensar en una expedición más seria. Con tiempo se avisará la necesidad de los buques, el número de tropa &, y el tiempo en que más o menos deban ir al puerto. Por lo pronto están en Buenaventura dos bergantines en que sobradamente caben 500 hombres que espero me mandará volando el Gobernador del Cauca, pues sin ellos si el enemigo nos ataca de firme, acaso puede perderse este país. El enemigo tiene una buena caballería y sin que venga otra que oponerle, toda campaña será expuesta. En la Provincia no se debe contar con un hombre que sirva para caballería...”

“La urgencia de 500 hombres nuestros es tanta cuanto que son utilísimos de todos modos: para defender la Provincia si somos atacados: para expedicionar si vienen en tiempo de hacer algo que ayude a Torres a tomar a Cuenca *para hacernos de esta Provincia en todo evento*; y por último cuando la campaña de Quito fuese terminada felizmente, servirán para ir a Panamá que abre el mejor campo por esta parte para su libertad, y ofrece la mejor estación por Diciembre en que todo estaría preparado si vienen con tiempo los hombres. Pido al Gobernador del Cauca alguna gente de caballería en estos 500 hombres, los cuales son absoluta y absolutamente necesarios sea por una u otra cosa. Si como creo de estos 500 hombres vienen 300, como me dice Cancino, estaremos aun algo bien; pero si dilatan y somos seriamente atacados... quién sabe. Yo sostendré la Provincia y sobre todo la ciudad hasta el último trance. Yo espero que usted urja por la remisión de la tropa y armada si es posible.”

“Intereso a usted por el asunto del canje: yo voy a apurar lo último por sacar cuantos puedo; pero el resto no será sino por la proposición que hago de oficio. Yo creo que será aceptable por el Libertador.

“Adiós, mi amado amigo: si usted me cree culpable en más de lo que yo me confieso, suspenda su juicio hasta alguna

oportunidad. En tanto no olvide U. que mi honor está comprometido en esta campaña.—A los pies de su señora hermana. Saludo a los y a las amigas, y me repito su mejor compañero, Sucre.—Hablo de oficio del estado del Perú. Nada espero de allí.”

Hablemos, ahora, de la expedición que, a raíz del triunfo de Yaguachi, fue enviada a ocupar Cuenca. Respecto de ella dice don Camilo Destruge: “El Coronel Santiago Luco, que había sido despachado con dirección a Cuenca, tuvo también que regresarse; pudiendo ejecutar su contramarcha con felicidad. Con él fue el batallón Guayaquil, de que era primer Jefe, y en el cual se distinguían el Ayudante Mayor Francisco Espantoso, el Subteniente abanderado Manuel Paredes, el Capitán Ramón Noboa, el Teniente Manuel Monblant, el Teniente Miguel Lavayen Puga, y los Subtenientes Luis Pareja y Manuel Ponte, todos guayaquileños; todos patriotas llenos de entusiasmo por la causa que defendían.”

No dudamos de que el batallón destinado para Cuenca tuviese el nombre de Guayaquil, ni de que en él figurasen los oficiales guayaquileños arriba mencionados; pero según el testimonio irrecusable del Coronel don Antonio Morales, en ese tiempo, Comandante General de Guayaquil, la mayor parte de los soldados de dicha columna fueron cuencanos.

Volvamos a reproducir la parte que hace al caso de la carta del referido Coronel, que ya la transcribimos “En el momento propuse al General el proyecto de ocupar a Cuenca, lo aprobó, y he destinado a este efecto al Coronel Luco con doscientos noventa hombres, entre ellos la mayor parte **Morlacos**, esto es, **Cuencanos**....”

El Coronel Luco no avanzó, según tenemos entendido, sino hasta Balao. De este lugar sólo tomó la ruta hacia Cuenca, por el Valle de Yunguilla, el audaz y valiente Sargento Mayor don Francisco María Frías con una columna, conducido por don Fernando Coronel, hijo de Cuenca. Con Frías vinieron los cuencanos: Capitán don Tomás Ordóñez, los oficiales don Juan Monroy, don José Moscoso, don Felipe Serrano y otros. El Capitán don Manuel Chica y Ramos “trajo a sus órdenes veinte *Dragones*, con los que ejecutaba todo lo mandado por Frías, hasta tomar Cuenca que ocupaban las tropas enemigas” (Palabras de una solicitud presentada por aquel patriota para hacer valer sus servicios). Don José María Borrero y Baca fue hasta Chaguarurco y don Manuel Chica y Astudillo hasta Girón al encuentro del Mayor Frías, y le prestaron importantes servicios para que llevase a cabo su proyecto de ocupar a Cuenca.

Desde Chaguarurco, el segundo Jefe de la columna del ejército de Colombia, Sargento Mayor Frías, ofició al Cabildo de Cuenca, con fecha 17 de Septiembre de 1821, solicitando que esta Corporación influya en el ánimo de don Agustín Agualongo, Comandante del destacamento que existía en esta plaza, para que la evacue, o rinda las armas con

responsabilidad. El Cabildo transcribió a Agualongo el oficio de Frías; y acordó, en 18 del mismo mes y año que: "se proceda a la reunión de todas las Corporaciones y ciudadanos que representan al pueblo para consultar la consolidación del orden y seguridad de la Provincia, sea cual fuese la contestación del indicado Comandante."

El Capitán Agustín Agualongo, en el mismo día 18 de Septiembre, contestó que estaba listo a desocupar la plaza; contestación que, en copia, y por medio del Regidor don Manuel Avilés, se envió al Mayor Frías, noticiándole, además, que la ciudad se hallaba, efectivamente, evacuada.

En esta virtud, el Mayor Frías con su columna entró en Cuenca el 20 de Septiembre de 1821. Inmediatamente el Cabildo dió las órdenes del caso para que se proporcionen las raciones necesarias a la fuerza patriota recién llegada; y mandó publicar por bando la toma de posesión de la plaza por las tropas republicanas, en todos los pueblos de la Provincia.

Effímera fue la ocupación de Cuenca por el Sargento Mayor don Francisco María Frías; y effímero el alborozo de los cuencanos al ver brillar, por segunda vez, en esta hermosa región, la aurora de la Libertad.

En efecto, al saber los Capitanes Agualongo y Ruiz, que se habían retirado por la vía del Norte, la terrible derrota que había sufrido el Ejército Libertador en el aciago campo de Huachi; y sabedores, también, del escaso número de soldados que acompañaba al mayor Frías, retornaron aquellos capitanes con el destacamento que regían a esta ciudad. Las apuradas circunstancias en que se encontraba Frías le obligaron a emprender la retirada en buen orden hacia el Suroeste, después de haber sostenido un ligero combate con la fuerza de Agualongo, quien se apoderó nuevamente de Cuenca.

Los hechos que acabamos de relatar constan de los siguientes documentos: En el acta capitular de 21 de Septiembre de 1821, se dice: "Hallándose juntos y congregados en esta Sala para tratar y acordar los asuntos tocantes a ella y bien del pueblo, se trajo a la vista el oficio del Sr. Coronel don Francisco González Comandante del Batallón Constitucional por el que, con fecha 13 del corriente, comunica habérsele anunciado la feliz jornada de Huachi, *en donde terminó la carrera el General Sucre, Mires y su División.*"

En la sesión del Cabildo habida en 22 de Septiembre de 1821, consta lo que sigue: "En este Cabildo concurrió el Sr. Comandante Capitán don Vicente Ruiz, y expuso: "Exmo. señor: en cumplimiento de los deberes que me imponen los sagrados derechos del Rey y la Nación, por el honor que tengo de mandar las armas que, el día veinte del presente *arrollaron al impostor Francisco María Frías y sus secuaces de esta plaza*, reencargo a V. E. la vigilancia redoblada que debe observar, a fin de mantener esta ciudad

y su Provincia sugetos a las Leyes, Ordenanzas, y últimas disposiciones del Excelentísimo señor Jefe Político y General en Jefe Don Melchor Aymerich, y a las del señor Coronel primer Jefe del Batallón *Constitucional* don Francisco González, así en materias de los ramos de Justicia, Hacienda Pública y Policía, como en el abasto de raciones a las plazas de la actual guarnición.....”

Cerremos este capítulo, manifestando que el valiente Mayor Frías con los bravos que le acompañaron y el resto de la división de Luco retornaron a Guayaquil, y, engrosando las filas de Sucre, volvieron, después, a Cuenca para la campaña que terminó gloriosamente en Pichincha.

CAPÍTULO VII.

Proyectos del Libertador.—Expedición del ejército realista, al mando del Coronel Tolrá, a la Costa.—Armisticio entre Sucre y Tolrá.—Proyectos de Sucre para la próxima campaña.—Sucre pretende tomar la plaza de Cuenca, a todo trance, como la base más segura para sus futuras operaciones.—El General Murgeón en Quito.—Consigue Sucre el auxilio de la División Peruana mandada por el Coronel Andrés de Santa Cruz.—Campaña de Sucre de Machala a Saraguro, y de Saraguro a Cuenca.

Tan maltrecho quedó el ejército realista después de la batalla de Huachi, que el Presidente Aymerich, lejos de aprovechar del triunfo, persiguiendo a los míseros restos del ejército patriota, se regresó a Quito, en donde entró el 22 de Septiembre, y comenzó a reorganizar su división. Sucre, según lo referimos, se ocupaba en igual cosa; y esperaba con ansia el auxilio siquiera de 500 hombres, de parte del Gobierno de Colombia,

El Libertador, a su vez, deseaba con vehemencia, venir en persona al Sur o mejor dicho a Guayaquil, para completar la Independencia de Colombia; con tanta más razón, cuanto que la del Departamento de Venezuela se hallaba asegurada con el brillante triunfo de Carabobo. Los proyectos de Bolívar se transparentan en la siguiente carta dirigida a Santander: “Trujillo, Agosto 23 de 1821.—Mi querido General:—Todo está en nuestro poder y el Coronel Ichalupe se ha pasado a nosotros con 700 hombres, y Tello se ha marchado a Puerto Cabello con la poca gente que le ha quedado. Lo mismo ha sucedido en los Llanos, el Coronel Alejo se ha pasado con toda su tropa. Nada hay que temer por esta parte: yo dejo la mitad del ejército de Carabobo en Venezuela, la otra mitad marchará por el Istmo al Sur. Por lo menos irán tres mil veteranos en la expedición marítima que debe salir de la Guayana, Maracaibo, Santa Marta. Esta expedición será realizada en el mes de Octubre, sin falta alguna. Si no pudiese tomar las plazas fuertes del Istmo atra-

vesará el territorio indefenso y ocupará un buen puesto del Mar del Sur, para que allí espere los buques que deben transportar nuestras tropas a Guayaquil."

El Coronel Ibarra que marcha hasta el Cuartel General del General San-Martín, está impuesto de todo y dará a U. los informes que quiera saber sobre mis actuales proyectos. Debe U. anticipar avisos para que en el tránsito tengan todo preparado, y sobre todo un buque en San Buenaventura que lo lleve a Guayaquil. Mandará U. que le entreguen dos mil pesos para sus gastos."

"Tome U. las medidas más activas para que marchen al Sur tres o cuatro mil hombres más, armados o desarmados, organizados o nó; pero equipados todos. Mande U. muchos vestidos o tela con que hacerlos para oficiales y tropa, y lo más que sea indispensable para un buen equipo de una brillante oficialidad y mucho dinero y todo, todo. Haga U. prodigios, mi querido Santander, si U. ama mi gloria y a Colombia, como me ama a mí; continúe U. siendo mi apoyo, y la base de la prosperidad de Colombia."

"Realice U. los cuatrocientos mil pesos que ha decretado el Congreso, y la leva y todo, todo; porque es un necio el que desprecia las bendiciones que la Providencia derrama sobre él. Somos queridos de Dios en este momento y no debemos dejar infructíferos sus dones."

"Decir a U. que necesitamos de los cincuenta mil pesos que he pedido es inútil; yo los espero con ansia, y voy a disponer de ellos anticipadamente. En Santa Marta espero ver realizada mi expedición a fines de Septiembre: después pienso subir por el Magdalena para tomar el camino más corto al Sur. Si el tiempo me lo permite iré a dar a U. un abrazo en mi querida Bogotá. Mucho deseo estrechar en mis brazos al amigo de mi corazón."

"Los *Húfares* de Bogotá deben marchar volando para San Buenaventura para que sean los primeros que lleguen a Guayaquil, procurando agarrar todo hombre útil para su arma. Que el Comandante los conduzca hasta el puerto y vuelva si U. quiere para que restablezca el escuadrón con buenos llaneros, que él mismo puede llevar de Barinas y Casanare, que ahora están sin hacer nada. El Capitán alemán Rash (Federico) puede mandar dicho escuadrón u otro cualquiera, que quede en el Sur, de los valientes, a quien se le dé el grado de Teniente Coronel."

"Se necesita de nuevos sacrificios, amigo, para reunir las tres hermanas de Colombia. Yo preveo que las cosas del Sur irán cada día empeorando; por lo mismo *debo ir allá con un ejército* digno de los vencedores de Carabobo y Boyacá. La hermana menor no debe marchitar los laureles de las dos primogénitas. Fórmeme U. un ejército que pueda sostener la gloria de Colombia a las barbas del Chimborazo y Cuzco, que enseñe el camino de la victoria a los vencedores de Maipú y Libertador del Perú. ¡Quién sabe si la

Providencia me lleva a dar la calma a las aguas agotadas de La Plata, y a vivificar las que tristes huyen de las riberas del Amazonas !!!”

“Todo esto es soñar, amigo.”

“Mande U. a Guayaquil cuantas tropas se puedan embarcar en San Buenaventura en uno o muchos viajes: ordenando a los Generales Torres y Sucre que guarden una rigurosa defensiva, sin comprometer ni *remotamente* la suerte de sus tropas.—Soy de usted de corazón, Bolívar.”

Este grandioso proyecto de Bolívar propio de su poderosa inteligencia y sublime genio no se realizó, porque múltiples dificultades y ocupaciones impidieron la venida de Bolívar a Guayaquil, en esa época, con parte de la famosa *Guardia Colombiana*. Como lo veremos a su tiempo, el Libertador vino con ella, por la vía de Popayán, a principios de 1822.

Repuesto Aymerich de la pérdida de su ejército en Huachi, despachó al Coronel don Carlos Tolrá con una división de 2.000 hombres, que después llegó a 2.500, para que emprendiese nueva campaña contra las tropas de Guayaquil. Tolrá llegó hasta Sabaneta; y conociendo las dificultades de invadir la Provincia, mientras no le llegasen nuevos refuerzos, invitó al General Sucre a una conferencia, Este, aunque pudo reorganizar su ejército con los auxilios inmediatos de Guayaquil, no se consideraba con fuerzas suficientes para atacar a Tolrá, de manera que no tuvo empacho en aceptar la invitación de aquel, con tanta más razón, cuanto que quería ganar tiempo, hasta que le llegasen nuevos auxilios de tropas prometidas por el Gobierno de Colombia.

En consecuencia, se celebró una entrevista entre Sucre y Tolrá, en Babahoyo, el 19 de Noviembre de 1821; y en seguida un armisticio por el cual debían suspenderse, desde esa fecha, toda clase de hostilidades entre las armas españolas y las de Colombia. Este convenio fue ratificado el día 21 por el Gobierno de Guayaquil, y el 22 lo ratificó Tolrá, según instrucciones recibidas del Presidente Aymerich; pero con la adición de que las tropas de Guayaquil y Colombia no dieran auxilios de ninguna clase a Panamá. Sucre, como era natural, no quiso aceptar esta condición, por no tener facultades para tanto. Pero allanada la dificultad, y aproximándose ya la estación de las lluvias, el Coronel Tolrá con su división se volvió a Riobamba.

Este armisticio, aunque fue reprobado por Bolívar que, por la distancia, no podía estar al tanto de la verdadera situación de Guayaquil, fue utilísimo para Sucre, a quien le quedaba sobrado tiempo para poner aquella plaza en un brillante pie de defensa y aumentar y disciplinar su ejército para emprender una nueva campaña por distante ruta, como así se verificó.

Apelemos al testimonio del Coronel Morales para conocer la situación del Ejército Libertador a principios de No-

viembre de 1821. Dicho Coronel, en carta a Santander, fechada en 7 del mismo mes y año, se expresaba como sigue:

“.....Desde la llegada del Coronel Ibarra, hemos tenido que luchar contra obstáculos casi insuperables que han presentado el Gobierno y los amigos del Perú, oponiéndose a la salida de transportes para que no se verifique la llegada del Libertador aquí. El Lord Cochrane, cuyo corazón está metalizado, como el de todos sus paisanos, ha denegado de su escuadra todo auxilio para la venida de don Simón y conducción de tropas, más al fin aunque tan pobres que para esta clase de negocios es el último mal, hemos superado grandes obstáculos, y hoy sale el bergantín *Sacramento* para que venga en él el héroe de Carabobo; pueden venir también doscientos hombres. Dentro de dos días saldrá la fragata mercante *Grant* que puede traer seiscientos. En toda la semana entrante, el *Ana* que puede conducir 250, y la fragata mercante *San Fernando* que podrá traer 800. Mucho hemos debido en esta ocasión al favor del Señor José Villamil de este comercio. El Señor Handerson, a pesar de sus cuentas y jaranas con el *Ana*, lo envía, y ha manifestado mucho sus deseos de servir a Colombia; a uno y otro celebraría mucho que U. les escribiese dándoles las gracias en el particular; y al primero muy especialmente, pues desde nuestra llegada a ésta ha manifestado en todas circunstancias constante decisión por Colombia.”

“Llego *Paya* con 468 plazas, pues de las quinientas que sacó del Cauca ha tenido de baja 32 muertos, y en el día tiene 73 enfermos.”

“El General Sucre habla a U. sobre nuestra actual situación militar. El enemigo nos invade, y aunque nuestra actitud no nos da la ofensiva, no somos débiles en la defensiva. Nuestros hospitales son numerosos, pero a pesar de tantas enfermedades, hoy tenemos disponibles muy cerca de 1.400 infantes, bastante bien disciplinados, pues desde el desgraciado suceso de Huachi, yo redoblé en esta plaza mis esfuerzos; establecí dos escuelas, una práctica y otra teórica de Cabos y Sargentos y Oficiales, y he hecho foguear con mucha frecuencia una columnita de 600 hombres que tenía sus bases antes de la derrota de Huachi y que a costa de mil esfuerzos hice subir después de él a este número.”

“La fortificación de que he hablado a U. antes, se ha adelantado mucho, y creo podremos defender la plaza hasta que nos lleguen los auxilios.”

“Tenemos 100 hombres de caballería regulares, y más de 600 de bochinche (Dios nos libre de ellos). Son parecidos a nuestra caballería de ahora marras de Serviez, primos hermanos de los de Chocontá y sobrinos de los de Charalá.”

“En otro buque que salga, seré más largo, y entre tanto no olvide U. que soy su mejor y más apasionado amigo.—A. Morales.”

De las tropas que debían venir en auxilio de Guayaquil sólo se embarcaron en Buenaventura 120 hombres en el bergantín *Ana* y 220 en el bergantín *Sacramento*, todos los cuales, conducidos por el Coronel Illingworth, llegaron sin novedad a las costas de Manabí. Una de las causas que obstaron el envío de más refuerzos a Guayaquil y la venida del Libertador, fue la expedición del General Mourgeón a Quito. Hablemos rápidamente de ella.

El General don Juan de la Cruz Mourgeón había sido destinado por el Gobierno de España para que viniese a la América del Sur a ejercer el cargo de Virrey de la Nueva Granada, siempre que reconquistase las dos terceras partes de su territorio. Mientras esto se realizase debía desempeñar el destino de Capitán General y Presidente de la Real Audiencia de Quito. Embarcado en Cádiz, llegó el General Mourgeón en Puerto Cabello, el 4 de Julio de 1821; y como encontrase triunfante la Causa de la Independencia, después del famoso triunfo obtenido por Bolívar en Carabobo, en el territorio venezolano, Mourgeon pasó al Istmo de Panamá que todavía estaba ocupado por las armas españolas.

En Panamá, Mourgeón desplegó toda su inteligencia y actividad para organizar una expedición. Sobre la base de algunos oficiales y soldados que había traído de la Península, en el navío *Ana*, logró reunir hasta ochocientos hombres; colectó algo más de treinta mil pesos; aparejó una corbeta y tres goletas armadas en guerra; zarpó de Panamá el 16 de Octubre de 1821 con dirección al Sur, y desembarcó burlando la vigilancia de la escuadra de Lord Cochrane, que se estaba a la capa por las aguas de Manabí, en el puerto de Atacames, el 23 de Noviembre de dicho año.

Habiendo hecho recorrer el río de Esmeraldas, y averiguado si Quito se conservaba todavía por el Rey, por medio de su Ayudante de Campo el Capitán Moles, emprendió su viaje Mourgeón por la intransitable vía de Esmeraldas a Quito, auxiliado por el General Aymerich, quien le envió algunos centenares de indios, víveres y más socorros para facilitar tan penoso viaje. "Un mes entero tardó Mourgeón en atravesar las muy ricas y embalsamadas, pero desiertas selvas, que se extienden hasta las faldas occidentales del Pichincha, y entró a Quito el 24 de Diciembre de 1821.—" (Cevallos).

Este historiador se hace lenguas de la sagacidad, cultura, tino y otras dotes que adornaban al Capitán General Mourgeón; y añade que con sus buenos procedimientos se grangeó la estimación de todos los quiteños de tal manera, "que, a vivir él cuando la segunda campaña de Sucre, los pueblos no se habrían prestado a favorecer con tanto entusiasmo la Causa de la Independencia, como se prestaron al ver a Aymerich encargado de nuevo de la Presidencia." Otros historiadores dicen que los procedimientos de Mourgeón en Quito fueron los mismos que emplearon otros Je-

fes españoles para *pacificar* Venezuela y Nueva Granada.

Sea de ello lo que fuere, lo cierto es que Mourgeón, logró organizar en mejores condiciones el ejército realista; y envió refuerzos a Cuenca, que consistieron en el batallón Aragón y en un escuadrón de Caballería de doscientos hombres; con lo que la división que se hallaba en esta ciudad, a órdenes de Tolrá, llegó a componerse de más de mil hombres.

Dirémoslo de una vez que el General Mourgeón, muy resentido en su salud que se había agravado con motivo de una caída que sufrió en el camino de Esmeraldas; y afectado profundamente con la noticia de la capitulación del Comandante Villegas, murió en Quito el 8 de Abril de 1822. Aymerich, en consecuencia, volvió a encargarse de la Presidencia y del mando del ejército realista.

Apuntemos de paso que Panamá proclamó su Independencia el 28 de Noviembre de 1821; y que el Capitán de Navío de la escuadra española, don José Villegas, con las fragatas *Prueba* y *Venganza*, después de sus correrías por aguas de Méjico, llegó a Panamá para ponerse a disposición del General Mourgeón. Pero al llegar al fondeadero de Taboga, supo que el Istmo se había separado de las banderas del Rey de España. En estas circunstancias, Villegas celebró un convenio que equivalía a una especie de armisticio, el 4 de Diciembre, con el Coronel don José Fábrega, Gobernador Civil y Militar de Panamá. Después de permanecer algunos días en el fondeadero, sin dar cuenta a dicho Gobernador, Villegas hizo rumbo hacia el Sur y fondeó en la Puná, después de haberse apoderado en el puerto de Atacames de la Corbeta Alejandro, en la que huyó según dijimos el traidor Ollague.

Como la situación de Villegas era angustiosa e insostenible por falta de víveres, y como la tripulación estaba desmoralizada por no haber recibido sueldos durante largo tiempo, se vió Villegas en la necesidad de celebrar una capitulación, mediante la intervención de la Junta de Gobierno de Guayaquil, con el General don Francisco Salazar, Agente Diplomático del Perú. Hubo reclamaciones de Lord Cochrane, Vice-Almirante de la escuadra chilena, que, a la sazón se hallaba en la ría de Guayaquil. Se celebró un convenio amistoso, en virtud del cual la fragata *Venganza* quedaría en poder del Estado de Guayaquil, hasta que los Gobiernos de Chile y el Perú decidiesen acerca de ella, lo que tuvieren por conveniente. Para no alargarnos diremos que, en definitiva, una y otra fragata, la *Prueba* y la *Venganza*, últimos restos del poderío naval de España en el Mar del Sur, fueron entregadas al Perú, y con ellas esta Nación formó la mejor base de su marina.

Volvamos a tratar de Sucre y sus proyectos, después del armisticio celebrado con Tolrá; y veamos lo que el Jefe republicano decía a Santander, con fecha 30 de Noviem-

bre de 1821: "Para sacar ventajas de este armisticio, aun en nuestras relaciones hacia el Perú, indiqué al enemigo el apresto de una expedición en Piura para invadir a **Cuenca** y expidió el Art. 6º a que yo consentí desde luego; porque sabiendo que la expedición sólo existía en voces, quise garantizar la tranquilidad del Departamento de Trujillo, durante nuestra tregua, y que en tanto no dirigieran sus miras los españoles sobre aquella parte."

"Antes he dicho a V. E. las dificultades que nos presentará el abrir la campaña, después de Diciembre, por la inundación de esta Provincia; y preveyendo este caso, he solicitado ayer del Gobierno del Perú, que nos permita abrirla por Piura, donde hay caballos, bagajes y víveres suficientes para dirigirnos a **Cuenca** y ponernos en nuestro territorio. Le ofrezco, al mismo tiempo, que los recursos que nos franquee, serán pagados inmediatamente, de lo cual instruyo a V. E., como también de que en el Perú no se da un paso sin el dinero por delante, y lo mismo en esta Provincia, pues aquí me cuesta ya un trabajo inmenso para que se cubran los gastos, y tengo que suplicar por todo al Gobierno. El Gobernador de Piura es muy afecto a los intereses de Colombia, y no dudo que, con la orden del Gobierno del Perú, nos prestará todos los socorros para emprender por aquella parte."

"Si las tropas que hicieron la campaña llegaren en todo Diciembre, en principios de Enero podemos dirigirnos por Naranjal (pueblo de esta Provincia) a **Cuenca**; porque, aunque el camino es malo, no deja de ser transitable, y con el tráfico permitido por el armisticio, nos haremos en el Naranjal de algunas mulas que es un artículo esencial, de que se escasea allí. Pasado Enero ya la campaña es dificultosísima por esta Provincia, pero no impracticable, si se recuerda la campaña del año de 1819, en Cundinamarca. Creo que no serán precisos esos trabajos, porque no dudo que el Gobierno del Perú nos franquee el paso de Piura.—Dios guarde a V. E. muchos años—A. J. de Sucre." (O. Leary—Tomo XIX. Página 86).

Como se vé por esta carta el objetivo de Sucre para la próxima campaña que queria emprender era la ocupación de Cuenca. Igual deseo manifiesta, en el siguiente acápite de carta dirigida al Vicepresidente de Colombia:.. "Pienso que la venida del Libertador terminará la guerra de Quito sin derramamiento de más sangre, y creo que su sola presencia bastará para reducir a esta Provincia a su deber, reconociendo la Ley Fundamental; pero el modo positivo de arrastrar sus opiniones es que consigo traiga numerario, para no exigir ningún esfuerzo de los habitantes, y que la República sufrague los gastos de la campaña. No pidiendo aquí ningún dinero y pagando lo que se tome, tendremos el país por nosotros. Entrados en la Provincia de Quito o Cuenca, ya no necesitaremos de este triste medio de ganar

la opinión; así es que nuevamente suplico a V. E. que, de venir tropas en la *Grant* y *Sacramento* o cualquiera otras embarcaciones, no me deje con las terribles dificultades de mantenerlas a costa del país, durante el tiempo que estemos aquí, porque perdemos absolutamente la opinión por Colombia, que se destruye a medida que exijamos más sacrificios. Si las tropas vinieran juntas, y la orden de V. E. para salir, al **momento marcharía para Cuenca**. Si no vinieren las tropas suficientes para la campaña, es menester que V. E. esté entendido que el invierno nos consumirá inútilmente muchos hombres, y que nuestra permanencia consumirá mucho los recursos de la Provincia.”

“Yo espero que V. E. no nos colocará en estado de Guarnición y que dirigirá a cualquier parte en que nos ocupemos de la guerra. No sé si el pensamiento que indiqué de ir a Panamá podrá tener lugar en este caso, pues me ha dicho el Coronel Ibarra que aquel país debe estar poseído por nuestras armas.—Dios guarde a V. E. muchos años.—Cuartel General en Guayaquil, a 2 de Diciembre de 1821. 11^o-A. J. de Sucre.” (O. Leary).

Volvió Sucre a insistir en su marcha sobre Cuenca. Así aparece de una carta escrita a Santander, en 17 de Diciembre de 1821. “.... Nos ha resollado el tal Señor Mourgeón en Esmeraldas para entrar a Quito, según las más positivas noticias, y aunque la operación que él ha ejecutado nos es utilísima, dejando casi abandonado el Istmo, soy yo siempre amolado. En estos últimos cinco meses se me echaron encima todas las fuerzas de Quito, y afortunadamente de 4,000 hombres que tenían los godos, están reducidos a 2,000 escasamente (no obstante que yo perdí la campaña), y en tanto descansaban por Popayán y por el Sur de Cundinamarca. Ahora que con la venida de las tropas a Piura me prometía yo prontas operacines, se me encaja Don Mourgeón para dejar que don Urdaneta tome a Panamá; y yo en tanto a un lado haciéndome cargo de estar presentándome a estos diablos reunidos, para que se vayan del Departamento de Quito a incomodar en otra parte, y lo peor de todo, encargado de la conservación de Guayaquil y de mantener la opinión por la República, que son dos cosas fáciles, pero difíciles con los medios que tengo a mi alcance.”

“No sé como tomará U. el **movimiento que intento a Cuenca; pero yo lo considero necesario y preciso**: ojalá que no haya embarazo en lo de Piura, y que por tanto las órdenes de U., buenas o malas sobre mi empresa, vayan a encontrarme en **Cuenca**..... Está ya conmigo su amigo Borrero (don Eusebio) y lo tengo de Secretario.—Sucre.”

Vamos a insertar íntegra la carta del General Sucre al Vicepresidente Santander: en la que le da cuenta del envío de una división peruana a Piura para que amenzase la provincia de Cuenca por Loja: del movimiento que inten-

taba Sucre para coadyuvar dicha operación: de que era absolutamente indispensable tomar un punto de la sierra para la próxima campaña; de que ese punto debía ser precisamente Cuenca; y de que había enviado al Coronel Heres para concertar la unión de los dos ejércitos colombiano y peruano con el General Arenales Presidente de la provincia de Trujillo.

Exmo. señor Vicepresidente de Cundinamarca, B. General de División Francisco de Paula Santander.—Exmo. señor:—Los peligros que amenazaban a esta Provincia, indujeron al fin al señor General Arenales, Presidente de la Provincia de Trujillo, a enviar a su territorio de Piura un cuerpo de tropas que pudiese amenazar la Provincia de Cuenca por Loja, y con este ataque distraer la atención del enemigo, y quitarnos de encima una parte de la fuerza con que nos invadió.

“Como dicho señor General manifiesta una disposición a cooperar a la toma de Cuenca, y que en Piura se reúne un cuerpo de 1.000 hombres o 1.200 me ha parecido la oportunidad de ejecutar la operación, que V. E. verá en la copia número 3. He resuelto este movimiento, porque aunque la orden de V. E. de 10 de Septiembre me previene estar a la defensiva, también deja el campo de que yo obre sin comprometer combates, y es muy difícil que la toma de Cuenca nos cuente ninguno, si llevamos un cuerpo de 2,000 hombres o de 2,300 como creo: además de que para el tiempo en que yo marche, que será después del 15 o 20 de Enero, ya debo tener aquí nuevas órdenes que me hagan conducir de un modo más seguro.”

“Todas las consideraciones no me habían hecho salir de una rigurosa defensiva, si el conocimiento que tengo del país no me convenciese de que absolutamente es menester tomar un punto de la Sierra, antes que entre el invierno en su fuerza. **Este punto debe Ser Cuenca porque es el que nos dará recursos, es el más defensible, es el más fácil de tomar sin comprometer seriamente la división,** y es el único en el cual cuento con la cooperación de la columna de Piura, que fuerte de 1,000 hombres da mucha esperanza. El Señor Coronel Santa Cruz, que manda esta columna, es buen oficial, muy afecto a la República, muy dedicado al servicio, y muy ansioso de ocurrir a la campaña de Quito. He mandado al Señor Coronel Heres para concertar la operación, y espero saber si el Jefe de Piura lo acepta, y con sus contestaciones, intimar el rompimiento de las hostilidades, a que ya tenemos demasiados derechos y los más justos motivos, con la venida de Cruz Mourgeón que hace cesar el objeto del armisticio. V. E. verá lo que digo con respecto a esta operación, en el documento N^o 4^o, y a continuación observará los artículos 7^o y 8^o de las instrucciones al Sr. Coronel Heres, que tengo la honra de someter a la aprobación de V. E.”

“El Art. 7º es una medida de política, que nos será útil, y se llevaría a efecto si viene el señor Coronel Arenales, entendido que este mandará las tropas, y yo reservaré como Jefe de la República la parte gubernativa. El Art. 8º es de necesidad, porque sin él dificulto que nada se hiciera; sin embargo, V. E. sabrá que la Caja de la República no queda comprometida a ningún desembolso por esta circunstancia, de lo cual hablaré a V. E. en una oportunidad más segura que ésta.”

“Posesionándonos de **Cuenca**, aguardaré allí las órdenes del Libertador o de V. E., y allí me irán también los recursos de tropa que vengan de Colombia; pues dejándolas aquí en el invierno, sería mantener enferma la tercera parte o la mitad, y moriría mucha gente.”

“Consideradas estas razones y muchas otras, que en esta ocasión no puedo exponer, pienso que seré dispensado, si V. E. no conviene de todo en mis movimientos.”

“Yo diré siempre que deseo ardientemente que la respuesta de Piura no presente ninguna detención, y que la concurrencia de las tropas a mi invitación, me proporcione a recibir en **Cuenca** la aprobación o desaprobación de V. E. También me creo autorizado para hacer algo, cuando no contraríe abiertamente las órdenes, si se considera que no teniendo comunicaciones después de tres meses, no debo permanecer en una inacción que nos destruye.—Dios etc.—Cuartel General en Guayaquil, a 17 de Diciembre de 1821—A. J. de Sucre”

Los proyectos de Sucre, consignados en la carta anterior, se cumplieron al pie de la letra, como vamos a verlo, sentando algunos antecedentes.

Con fecha 17 de Septiembre de 1821, el Coronel Antonio Morales oficiaba al Coronel don Tomás de Heres, Comandante del Batallón *Numancia, Fiel a la Patria*, en estos términos: “Con motivo de la desgracia que ha padecido la División de Colombia, al mando del General Sucre, el día 12 del corriente en las llanuras de Ambato, oficio, con esta fecha, a S. E. el Protector del Perú, pidiéndole algunos auxilios con qué podamos contener los progresos del enemigo. En caso que S. E. se determine a mandarlos, sería para los de Colombia de la mayor satisfacción que fuese el batallón del mando de U. S. cuyas virtudes y bravura son bien conocidas a su Patria y bien temibles a los enemigos... El Comandante General, Coronel A. Morales” (Memorias de O. Leary).

No sólo el Coronel Heres, sino todos los oficiales del batallón *Numancia* y sus soldados, que en su mayor parte eran colombianos, después que en el Perú se pusieron al servicio de la Causa de la Independencia, deseaban con ansia regresar a Guayaquil para luchar por la Emancipación de Colombia. Tan cierto es esto, que el Coronel Heres vino a este puerto, y presentó a Sucre una representación dirigida a és-

te por los Jefes y oficiales del *Numancia*, que concluía con estas palabras: "..... Hemos creído de nuestro deber poner en la superior consideración de U. S. reclame al Batallón como cuerpo de la República de Colombia, como de oficio lo ha reconocido al fin el Gobierno, y por libertarnos en todo tiempo de los cargos que se nos pudiese hacer por las desgracias que han de sobrevenir, si no se consigue esto, desgracias que, dignese U. S. persuadirse, no está en nuestras manos evitarlas, porque los soldados, conoce U. S. Señor General, jamás entran en reflexiones.—Lima, Octubre 30 de 1821—Por la clase de capitanes, el Sargento Mayor graduado.—Antonio de la Guerra.—Por la de Tenientes.—Francisco Coquis.—Por la de Subtenientes.—Manuel Jove de la Barrera." (Memorias del General O. Leary... Tomo V.—Página 343).

El General Sucre pasó la representación que antecede al Protector del Perú, y exigió la devolución del *Numancia*, como cuerpo colombiano. El General San Martín se negó a ello, alegando que tenía suma necesidad de conservar ese batallón en el Perú. Lo que se explica perfectamente, teniendo en cuenta las miras de aquel General relativas a la incorporación de Guayaquil a esa República. Para llevar a cabo este proyecto no quería San Martín que viniese a Guayaquil un cuerpo colombiano, como lo era el *Numancia*, pero no tuvo dificultad de enviar, con el carácter de auxiliar, una división peruana reunida en el Departamento de Piura, que se hallaba a órdenes del Coronel Santa-Cruz.

En efecto, el General Sucre recibió un oficio del General Arenales, fechado en 1º de Diciembre de 1821, en el que le comunicaba, la marcha de Trujillo para Piura de un cuerpo respetable de tropas, comandado por el Coronel Santa Cruz, con el objeto de que cooperase con las fuerzas de Guayaquil en la campaña que iba a emprenderse. En virtud de esta comunicación, el General Sucre comisionó al Coronel don Tomás de Heres ante el Coronel Andrés de Santa Cruz, para arreglar con él, los medios de llevar a cabo las intenciones de sus respectivos Gobiernos. Al efecto, Sucre dió a Heres las instrucciones del caso, contenidas en diez artículos. Copiaremos algunos de ellos:

"3º "Si las tropas reunidas en Piura fueren tales que, deduciendo sus bajas en la marcha hasta Loja, puedan contarse mil hombres disponibles (o próximamente), arreglará U. S. una combinación, calculando que aquellas fuerzas pasen la línea divisoria del Perú y Colombia del 15 al 20 de Enero; no antes porque ha de considerarse el tiempo del viaje a Piura, la dilación en el concierto de las operaciones, la contestación y los catorce días que deben preceder al rompimiento."

"4º Si no pudieren las tropas prepararse y aproximarse para aquella fecha, deberá asegurarse positivamente el tiempo en que podrán hacerlo a punto fijo, para arreglar yo mis operaciones sobre **Cuenca**, y para que el movimiento de

las dos columnas sea uniforme; pero se tratará de que la marcha sea en todo Enero, porque luego la estación del invierno presenta más dificultades a la empresa."

8º "Si exigiere el señor Coronel Heres que la República abone los gastos que se causasen en esta empresa, lo hará sin dificultad, conviniendo que a la entrada en Quito se pagarán los gastos de expedición, y que en **Cuenca** se dará el entretenimiento de los cuerpos, el vestuario, &."

10 "Para los casos que no se han previsto en esta instrucción se faculta suficientemente al señor Coronel Heres, entendido que el objeto que debe contraer su comisión es a facilitar la **ocupación de Cuenca** tan breve y tan felizmente como lo exigen nuestras circunstancias y bajo el mejor concierto en la operación." (Memorias del General O' Leary).

El Coronel Heres salió para Piura el 15 de Diciembre de 1821, y después de algunas dificultades, llenó cumplidamente su misión. Así lo manifiesta el siguiente oficio al General J. Alvarez de Arenales: "Piura, 8 de Enero de 1822.—Señor General Mariscal del Estado del Perú.—Tengo la honra de comunicar a US. que satisfecho ayer el objeto de mi comisión, marchó hoy para Gnayaquil. Al nombre del Gobierno de la República de Colombia y del señor General de Brigada Antonio José de Sucre, doy a US. las más expresivas gracias por sus órdenes para que la División a las órdenes del Sr. Coronel Santa Cruz marche a cooperar a la libertad del Departamento de Quito. US. ha llenado los votos de mi Gobierno, de los Jefes de la República y de todos los buenos que saben conocer el valor del servicio que hace US. Honorable. El pabellón tricolor, después de dejarse ver en las plazas de Quito unido al del Perú, pasará la cordillera de los Andes, llevará la paz y la libertad a los confines de este Estado, y presentará al mundo una prueba de cuanto puede la unión de los pueblos de esta parte de América.—Me repito de US., mi General, su muy obediente servidor, Tomás de Heres." (Memorias de O' Leary).

El 15 de Enero de 1822, estuvo el Coronel Heres de regreso a Guayaquil; y el 18 del mismo mes y año, el General Sucre, antes de moverse de Guayaquil con 1.700 soldados para la campaña sobre Cuenca, tan bien meditada y que tan magníficos resultados produjo, notificó la ruptura de hostilidades y término del armisticio celebrado con el Coronel Tolrá, por medio de un decreto, apoyándose en que ni Aymerich ni Mourgeón habían ratificado el relacionado convenio.

El General Sucre, antes de salir de Guayaquil, con fecha 24 de Enero de 1822, le decía a Santander: "...Por mi correspondencia anterior habrá visto U. que una feliz casualidad disponía mis operaciones exactamente conforme ha mandado el Libertador, y me ha complacido la coincidencia de mis pensamientos con los planes del General, Ayer se

han movido las tropas y yo sigo mañana, para presentarnos en el teatro del Departamento a buscar aventuras con el Coronel Juan de la Cruz Mourgeón. Los movimientos del ejército por Pasto y mi marcha dan a la campaña un aspecto tan lisonjero que parece infalible el suceso. Pienso que seré más feliz que otra ocasión, y que ahora no me vendrá unida una desgracia a una fortuna.—Sucre.”

El Coronel don Antonio Morales fue nombrado Jefe de Estado Mayor y Divisionario, y reemplazado en la Comandancia General de Guayaquil por el General don José de La Mar, designado para ese cargo por la Junta de Gobierno. El primero escribía a Santander, el 24 de Enero de 1822: “.....Mañana marchamos a Cuenca con la División; quiera el Cielo que seamos más felices que en Huachi. Llevamos una bonita División que, unida a la que viene del Perú por Piura, tendrá dos mil o dos mil doscientos hombres.”

Dijimos, en uno de los capítulos anteriores, que el Jefe Político y Militar de Cuenca, doctor José María Vázquez de Noboa, envió con los comisionados Pedro Rodríguez y Paulino Ordóñez una suma de dinero para la adquisición de fusiles en Guayaquil; y que de esa cantidad tomó el Coronel Guido, Agente Diplomático del Perú residente en esa ciudad, diez mil pesos para proporcionar dichas armas. Después de la derrota de Huachi, el General San Martín envió a Guayaquil 1500 fusiles. Respecto de este particular, el General Sucre, en una epístola escrita a Santander, desde Babahoyo, en 23 de Diciembre de 1821, decía:

“.....Pusieron sobre una Gaceta (la Junta de Gobierno de Guayaquil) que el General San Martín les había mandado 1500 fusiles, al momento que supo la derrota de Ambato, y luego me escriben ellos mismos que son a pagar los 500, y ahora estamos en saber si los mil son de tal regalo, o si son mil fusiles que el General San Martín nos debe por diez mil pesos que mandó para comprarlos la Provincia de **Cuenca** cuando estuvo libre. Hoy les he preguntado esto y les he mandado el dinero para pagar los 500 fusiles.”

Hemos hecho esta digresión, para manifestar la actuación de Cuenca en la última campaña de Sucre, objeto principal de esta obra, o sea, para hacer ver que, con dinero enviado por Cuenca, se armó, en su mayor parte, el Ejército Libertador. Continuemos, ahora, la narración relativa a la marcha de éste desde Guayaquil a Cuenca, copiando literalmente la que hizo el Coronel Heres, que se halla publicada en el Tomo V de las “Memorias del General O’ Leary, desde la página 361, hasta la 366, inclusive:

“**CAMPANA DEL SUR**”.—OPERACIONES DEL EJERCITO DESDE EL 22 DE ENERO HASTA LA OCUPACION DE CUENCA EN 21 DE FEBRERO DE 1822.”

“El Coronel Heres salió para Piura el día 15 de Diciembre (1821) a combinar las operaciones de la campaña con

el Comandante de la División del Perú. El 15 de Enero regresó a Guayaquil después de haber llenado los objetos de su cometido. El 22 dejó la División su Cuartel General en Samborondón donde se hallaba acantonada. El 23 pasó por Guayaquil. El 24 y 25 empezaron a llegar los cuerpos a Machala. El 26 se movió de Guayaquil el Cuartel General, y el 28 en la tarde llegó a Machala. El 27 había salido ya la vanguardia compuesta de los *Dragones*, *Albién* y compañías de *Guayaquil*, a las órdenes del señor Coronel Ibarra, e hizo alto en Pasaje, distante siete leguas de Machala. El 29 siguió el movimiento la segunda sección compuesta de tres compañías del batallón *Paya*, a las órdenes del Comandante Mackintosh. En el mismo día se movió el Cuartel General y acabó de llegar el resto de la división que se había retardado por la penosa navegación de las balsas. El día 30 llegó a Pasaje la tercera sección compuesta de tres compañías del batallón *Paya*, a las órdenes del Comandante del batallón, habiendo salido el mismo día de Machala. El mismo día 30 continuó la marcha desde Pasaje el Señor Coronel Ibarra con la sección a sus órdenes. El 31 le siguió el Comandante del batallón *Paya*, con la segunda sección. En este día se supo por avisos de Quito que el batallón *Aragón*, con 500 plazas, y 200 caballos a las órdenes del Coronel Tolrá, había marchado a Cuenca a reforzar el batallón *Constitución*."

"El 1º de Febrero marchó la tercera sección compuesta de tres compañías del batallón *Paya* y la compañía de *Tiradores* a las órdenes del Mayor Pallares. En esta fecha se dió orden a los señores Coroneles Santa Cruz y Urdaneta que obraban sobre Loja, para que redoblasen sus marchas para reunirse con la división de Colombia el 10 en Oña, pueblo distante tres jornadas de Cuenca. El día 2 se movió de Pasaje el Cuartel General, y durmió en la montaña a la orilla del río Jubones."

"La tercera sección había acampado esa noche en Queras, la segunda en Sarayacu, y la tercera en Tamascado. Estas secciones fueron acampando siempre en el lugar de la que precedía, hasta el trapiche de Ganacay, donde debía efectuarse la reunión. La primera sección ocupó el pueblo de Zúlug el día 3. El mismo día durmió el Cuartel General en Carabotas, bajo una enorme piedra que cubrió a la comitiva del señor Comandante General y al Estado Mayor. El 4 acabó de pasar la montaña el Cuartel General y durmió en Ganacay. En este día se recibieron comunicaciones del Coronel Urdaneta, Comandante de la vanguardia de la División del Perú, fechas en Gonsanamá del 30 de Enero, dando parte que el 2 del siguiente mes estará en Loja, y dándole igualmente de algunas noticias que había tenido de los enemigos. El mismo día durmió la tercera sección, en Tamascado, y la segunda en Ganacay."

"El 5, como se había mandado, se reunieron la segun-

da y la tercera sección en la hacienda de Ganacay; y arreglado el batallón *Paya* marchó al pueblo de Yúlug, donde, en el mismo día, entró también el Cuartel General. En el momento de la llegada se repitió al Coronel Urdaneta la orden del 1º para que marchase sobre Oña con el fin indicado. Estas comunicaciones habían sido firmadas por el Coronel Ibarra para que los pueblos y los mismos enemigos, si las tomaban continuasen en la persuasión que tenían de que el Comandante General, con la mayor parte de la división, marchaba por el Naranjal, en derechura sobre Cuenca; mientras que Ibarra avanzaba por un flanco con 400 hombres y reforzada la división del Perú."

"El mismo 5 marcharon los *Dragones* al Valle de Yunguilla, a las órdenes del Coronel Ibarra, para que allí se montasen y recogiesen bestias para mover la división y para amenazar de cerca a los enemigos que estaban en Cuenca. Deseando el señor Comandante General dar método y uniformidad a las compañías sueltas que venían en la división con el nombre de *Tiradores* y *Voluntarios*, y queriendo, al mismo tiempo, eternizar, en cuanto fuere posible, la memorable y gloriosa jornada de Yaguachi, en que tres compañías batieron un brillante cuerpo enemigo de 900 hombres, y por cuya victoria se libertó la interesante Provincia de Guayaquil, tuvo a bien formar con dichas compañías sueltas, un batallón con el título de *Yaguachi*, cuyo mando dió al Coronel graduado Carlos María de Ortega. En el mismo día se reunieron todas las compañías y quedó formado el batallón."

"El 6 estaba ya este cuerpo en el Valle, y el Coronel Ibarra tenía esperanzas de conseguir algunas bestias, según sus partes. Como se había dicho al Coronel Urdaneta que el día 10 estaría la división de Colombia en Oña, el 7 al amanecer tuvo que moverse, aunque faltaban la mayor parte de los elementos precisos para hacerlo; pero se había señalado el día para la reunión, y por todo se atropelló por cumplir. La noche del 7 la pasó en Guisaco. Con esta fecha se avisó al Coronel Urdaneta que el 9 estaría la división en Saraguro, y se le repitieron las órdenes del 1º y del 5. Al amanecer del 8 se puso en marcha la división y acampó a las inmediaciones de la hacienda de Carapali, y Albión se situó con el Cuartel General en la casa de la misma hacienda. Aquí se recibió una comunicación del Coronel Urdaneta del 6, fechada en Loja, copiando un oficio del Jefe español Tolrá, en que avisa al Cabildo de dicha ciudad la marcha que hacía a ella la división del Coronel González, compuesta de 1.300 hombres de todas armas y que debía salir el 6. El 9, a las cinco de la mañana, continuó su marcha la división; el mismo día, a las diez, la siguió el Cuartel General y casi juntos llegaron al pueblo de Saraguro."

"Al mismo tiempo que las tropas ocupaban dicho pue-

blo, por la vía de Loja entraban tres compañías del batallón *Piura*."

"En Saraguro estaba de destacamento la compañía de Cazadores del batallón *Trujillo* que había sido destinada a sacar recursos del país y a conservar la posición. En el tránsito de la hacienda de Carapali a Saraguro se recibieron comunicaciones del Coronel Urdaneta de la misma fecha que las últimas anteriores, incluyendo copia de un oficio del Capitán de la cuarta compañía del batallón *Constitución* desde el pueblo de Cumbe al Cabildo de Saraguro, transcribiendo otro de Tolrá, en que le ordenaba que hiciese poner raciones y forrajes en el tránsito desde Cuenca a Saraguro para la División del Coronel González, repitiendo sobre su salida lo que había dicho al de Loja. En la madrugada del 10 se mandaron comisionados en busca de caballos, mulas, ganado y para otros varios objetos de la campaña. Se mandaron establecer postas desde Cuenca á Saraguro. Todo el día 10 se pasó en reconocer el terreno que ocupábamos, en escribir a todas las personas de patriotismo y de influjo de la Provincia para que cooperasen a la campaña del modo que se les pedía."

"En la tarde de este día se recibieron comunicaciones del Coronel Ibarra del 8 al 9 dando parte de las bestias y ganado que había recogido, de algunas providencias que había tomado para engañar al enemigo sobre nuestro plan de campaña, de los espías que había mandado por todas partes para saber del enemigo, y del movimiento que quedaba haciendo sobre Oña el escuadrón de *Dragones*, en el instante mismo que escribía. A las ocho de la noche se recibieron nuevas comunicaciones del mismo Coronel Ibarra, dando cuenta de que quedaba situado en Oña, conforme a las órdenes que había recibido de Yúlug, y de que tenía 60 caballos, de ellos 50 buenos para el servicio y 40 mulas. A las doce de la noche se cerraron veintinueve cartas para las personas arriba indicadas."

"En la madrugada del 11 se pusieron oficios al Comandante de la guerrilla de Alausí, Capitán don José Antonio Pontón, avisándole nuestra llegada a Saraguro y reunión con las tropas del Perú. Se le daban órdenes de aumentar su guerrilla hasta el número posible, para que recogiese caballos y mulas, para que hostilizase al enemigo en su retirada a Quito que se creía verosímil, para que pasase los mismos oficios al Teniente Coronel Cestaris a Angamarca, y para que procurase por todos medios ponerse en comunicación con el Comandante General. A las 8 de la misma mañana salieron para Cuenca las cartas escritas el 10, y salió, igualmente, el Coronel Ortega a reconocer el cerro de Pata de Escalera."

"A las 8 de la misma mañana, se recibieron comunicaciones del Coronel Santa Cruz, dando parte de su llegada a Loja con el escuadrón de *Cazadores*, el 9; de que habían

salido seis compañías de su división hacia Saraguro; de que el Coronel Urdaneta saldría con tres del batallón *Trujillo* el 10; de que el 11 le seguiría el escuadrón de *Granaderos a caballo* y que el mismo saldría el 13 con el de *Cazadores* y tal vez con dos compañías más del batallón *Piura* y el parque que se había quedado dos jornadas atrás por la aspereza de los caminos y por falta de recursos. En el mismo instante se le contestó diciéndole que por las comunicaciones puestas al Coronel Urdaneta, se impondría de cuanto podría serle importante saber: se le daban órdenes para que dejase los caballos que había traído de Piura, en caso que no pudiesen hacer la campaña siguiente hasta Cuenca; para que organizase en Loja un depósito para reemplazar las bajas de su división y para aumentarla hasta el grado posible; por último, para arreglar el partido colocando en los destinos hombres de su confianza o que hubiesen hecho señalados servicios a la Patria. Porque no podía sostener ni alojar el pueblo de Saraguro todas las tropas que se debían reunir en él, dió el señor Comandante General orden para que la compañía de Albión y el batallón Yaguachi marchasen a Oña."

"A la una de la tarde entraron en Saraguro la artillería de la división de *Piura* y las compañías de *Granaderos* y primera del batallón *Trujillo*. A las ocho de la noche se recibieron comunicaciones del Coronel Santa Cruz del 10, en Loja, repitiendo en un todo lo mismo que dijo el 9. Al amanecer de la mañana del 12 se recibió un aviso sin fecha, del Alcalde de Girón, de que los enemigos habían entrado en aquel pueblo a las siete de la mañana del día en que escribía. A las ocho de la mañana del mismo día, salió un comisionado para el Valle de Yunguilla a observar los movimientos del enemigo. Por el movimiento de los enemigos sobre Girón se mandó suspender la marcha de *Albión* y *Yaguachi*. A las diez y cuarto de la mañana entraron las tres compañías restantes del batallón *Trujillo*."

"A las doce llegó el Coronel Urdaneta. Poco después se recibieron comunicaciones del Coronel Santa Cruz, repitiendo lo mismo que en las de la última fecha anterior, y la contestación fue igual a la dada a aquellas."

"El 13, al amanecer, salieron para Oña, como se había mandado, los batallones *Albión* y *Yaguachi*, y a las nueve de la mañana salió el Señor Comandante General con su Ayudante para el pueblo de Oña, donde se hallaba la vanguardia; tomó allí varias providencias para recoger caballos, ganados, yerba y varios otros artículos que necesitaba la división. Revistó los caballos de los *Dragones*, y al amanecer del 14 regresó a Saraguro, donde encontró ya el escuadrón de *Dragones a caballo* que había llegado en la tarde del 13."

"En la tarde del 14 llegó el Señor Coronel Santa Cruz,

y a las ocho de la noche del mismo día, el escuadrón de *Cazadores*. En este día llegó de Quito el Edecán Chiriboga trayendo noticias circunstanciadas de la posición del enemigo."

"El Coronel Santa Cruz dispuso que dos compañías de infantería y un escuadrón de su división quedasen en Loja, y que a los ocho días de descanso marchasen a alcanzarnos con la Comisaría; dispuso, igualmente, que el parque que no nos podía servir de pronto y el Cirujano con el botiquín quedasen en la misma ciudad para atender a la curación de los enfermos; mandó empotrerar 250 caballos que debían llegar de Piura, y que no podían continuar sirviendo en la campaña porque estaban muy estropeados. En esta misma tarde hizo el batallón *Trujillo* el manejo del arma y de fuego, a presencia del Señor Comandante General. El 15 llegaron de Loja cien herraduras y 10,500 pesos para la división. El mismo día, a las siete de la noche, salió el batallón *Paya* para Oña. En la tarde de ese día llegaron comunicaciones importantes de S. E. el Libertador, datadas en Cali a 2 y 3 de Enero; daba varias órdenes gubernativas, y pedía transportes para 2,500 hombres de la *Guardia* y para S. E. mismo, y que se le aprontasen en Guayaquil auxilios para emprender la campaña por esta parte con 4,500 hombres; avisaba que el General Valdés u otro Jefe obraría por Pasto con 2,500 hombres. En la misma tarde se fogearon las compañías del batallón *Piura*. El 16, al amanecer, marcharon para Oña el batallón *Trujillo* y las tres compañías del de *Piura*. A las ocho de la mañana siguió a estas tropas el Coronel Santa Cruz, llevando la orden de que pusieran a las suyas los cuerpos acantonados en Oña, mientras llegaba el Comandante General. Muy poco después llegó un espía que se había mandado a Cuenca; dijo, que le había llegado de refuerzo a los enemigos 120 hombres de caballería y que permanecía en el llano de Tarqui"

"Los enemigos abandonaron a Cuenca sin combatir y se retiraron a Riobamba, y la División Unida entró en esta ciudad el 21 de FEBRERO DE 1822. Aquí (EN CUENCA) DESCANSÓ. SE VISTIÓ LO MEJOR POSIBLE, SE AUMENTÓ, Y TAMBIÉN SE CONSIGUIERON MUCHAS Y BUENAS BESTIAS Y EL DINERO SUFICIENTE PARA PAGAR LO QUE SE DEBÍA Y LLEVAR ALGUNA CANTIDAD EN CAJAS.—Tomás de Heres.—Cuenca, 22 de Febrero de 1822."

Bastarían estas últimas palabras del benemérito Coronel don Tomás de Heres, para manifestar la brillante actuación de Cuenca en la campaña que terminó gloriosamente en las quiebras del Pichincha; pero vamos a detallar minuciosamente cuáles fueron los importantes servicios que prestaron los habitantes de esta patriótica ciudad, desde el arribo a ella del inmortal Sucre, hasta que ocupó la histórica ciudad llamada con razón LUZ DE AMERICA.

CAPITULO VIII.

Patriotas cuencanos que acompañaron al General Sucre en su expedición a Cuenca.—Festejos con que esta ciudad celebró la llegada de Sucre.—Oficio de este General al Cabildo, participándole que había nombrado Gobernador y Comandante General de la Provincia de Cuenca al Coronel Tomás de Heres.—Contestación del Cabildo.—Posesión del Coronel Heres del destino expresado.—Rasgos biográficos del primer Gobernador republicano de Cuenca.

El Capitán don Tomás Ordóñez, según lo referimos, vino con la expedición del Mayor Francisco María de Frías a ocupar a Cuenca. Después que este Jefe la evacuó, el Capitán Ordóñez no regresó a Guayaquil, sino que anduvo fugitivo, hasta que supo la venida de la División Peruana por Loja, y la del General Sucre, también, por la vía del Sur. Entonces nuestro Capitán pudo penetrar sigilosamente en Cuenca; y se impuso del número de tropas que en ella había y de la disposición del enemigo. Con estos datos, don Tomás Ordóñez avanzó al campamento del ejército patriota y dió a Sucre y Santa Cruz todas las noticias relativas a la División Realista. La víspera de la entrada de Sucre con la División Unida a Cuenca, o sea el 20 de Febrero de 1822, supo aquel, por aviso del Capitán Ordóñez, que en calidad de comisionado logró entrar nuevamente a la ciudad, que Tolrá con su fuerza la había abandonado, tomando la vía del Norte. Con tal nueva, pudo Sucre entrar, sin temor alguno, a Cuenca, el 21 de Febrero del año indicado.

Don Joaquín Crespo y León vino también en la División de Sucre, y tomó parte en la campaña de Pichincha, "desde cuyo momento desaparece su nombre de la historia. Murió, sin duda, el 24 de Mayo de 1822, en la misma jornada donde subió al culmen de la gloria su paisano don Abdón." (Octavio Cordero Palacios).

Don José Moscoso, era Subteniente de Infantería en Noviembre de 1820. Posteriormente emigró a Piura, cuando desocupó esta plaza el Mayor Frías. En aquella ciudad fue agregado con el grado que tenía al batallón *Piura*, y vino con la división peruana, mandada por el Coronel Andrés de Santa Cruz, a Cuenca.

El Capitán de Milicias don Vicente Toledo, que emigró a Guayaquil, después del desastre de Verdeloma, vino, también, con la división colombiana a esta ciudad.

El Capitán de Granaderos don Zenón de San Martín, Escribano Público, después de subyugada esta Provincia por el Coronel González, emigró a Guayaquil. De allí pasó a Piura, en donde fue agregado al Estado Mayor, y se le encargó el cuidado del parque de artillería que trajo la división del Coronel Santa Cruz a Cuenca.

El Capitán don Manuel Chica y Ramos, regresó con el

Mayor Frías a Guayaquil, después que éste evacuó Cuenca. De dicho puerto vino con el Ejército Libertador, ejerciendo el cargo de Comisario de la División de Colombia.

También vino con el Ejército de Sucre, en calidad de Teniente, el cuencano don Alejandro Vargas Machuca, que más tarde, por sus importantes servicios militares en la guerra de la Independencia, llegó al elevado grado de Coronel. Vargas Machuca es, a no dudarlo, uno de los principales Próceres cuencanos de la Magna Lucha. Después de guerrear en Venezuela, combatió en la Plata, en Pitayó y en Jenoy. Tomó parte en la acción de Yaguachi y en la legendaria batalla de Pichincha. Hizo la campaña del Perú y estuvo con el grado de Capitán efectivo, en la épica jornada de Ayacucho, con la que se cimentó la libertad de medio Continente Sud-Americano.

El Teniente cuencano don José Sevilla formó también parte de la expedición de Sucre. Combatió en Pichincha, y murió gloriosamente en la jornada de Ayacucho, según antes lo referimos.

El adolescente cuencano, el futuro héroe de Pichincha, Abdón Calderón, llegó también a Cuenca, en calidad de Teniente de la tercera compañía del batallón *Yaguachi*, recientemente creado. De este legendario mancebo nos ocuparemos con alguna detención, a su debido tiempo. Por ahora nos limitaremos a reproducir lo que sigue: "Ese día (21 de Febrero de 1822) volvió a respirar sus auras natales nuestro niño don Abdón. Más de cien leguas de ásperos caminos e intransitables sendas acababa de vencer en esta campaña, marchando a pie, como buen oficial de Infantería, sin rendirse ni desfallecer. Para tal ánimo, tal cuerpo. Realizábase en él la oblación de la *mens sana in corpore sano*, de Juvenal." (Octavio Cordero Palacios.—Vida de Abdón Calderón).

El 21 de Febrero de 1822 es uno de los días de eterno recuerdo para Cuenca; pues en ese día, terminó para sus habitantes la tiránica dominación de los Jefes españoles González y Tolrá, con la entrada en esta ciudad de la División Unida Libertadora, a cargo del egregio General de Brigada don Antonio José de Sucre. Desde ese día quedó Cuenca libre del yugo colonial; y por lo mismo el alborozo de nuestros antecesores fue inmenso: los repiques de campanas y los vivas atronaban la ciudad: una multitud inmensa se atropellaba en las calles para conocer al General Sucre y a sus valientes Oficiales y soldados: de los balcones, elegantemente adornados, caía una lluvia incesante de flores y guirnaldas arrojadas por blancas manos femeninas; y un sol esplendoroso, en un cielo azul, alumbraba tan grandiosa escena.

Reunido el Cabildo, al siguiente día, acordó que, en señal de regocijo por tan fausto acontecimiento, se iluminasen todas las calles de la ciudad. En la sesión capitular celebrada el 23 de Febrero, se acordó: que para festejar el arri-

bo de Sucre con la División Libertadora, se celebrase, en acción de gracias, en la Iglesia Catedral, una misa solemne con *Te Deum*, con asistencia de todas las autoridades y corporaciones; para lo cual, y señalamiento del día, en que debía verificarse la solemne función religiosa, se dirigieron sendos oficios al Provisor, al Deán y al Cabildo Eclesiástico.

Se acordó, igualmente, que todos los Cabildantes, gremios y corporaciones de la ciudad fuesen, el 24 de Febrero, a las once del día, a la casa en que habitaba el General Sucre, para darle la bienvenida; debiendo pronunciar una alocución gratulatoria el Presidente del Cabildo, cargo que lo desempeñaba interinamente el Alcalde de 2º voto don Bartolomé Serrano.

Este distinguido patriota invirtió la suma de noventa pesos, (que se le reintegró de los fondos de propios) en el refresco, comida y orquesta con que se agazajó al General Sucre y a los Jefes que componían el Estado Mayor del Ejército Republicano, con motivo de su llegada a Cuenca.

Sucre no podía descuidarse del ejército de Tolrá que, al abandonar a Cuenca, lo hizo, primeramente, hasta Cañar; de manera que despachó tras él, para picarle la retaguardia, al Teniente Coronel Federico Rash con cincuenta jinetes. Este piquete se topó en *El Salto* con una partida del enemigo, la que se puso en fuga después de cruzados algunos tiros.

El Coronel Luis Urdaneta fue enviado también con el batallón peruano *Trujillo*, el 24 de Febrero, en persecución de Tolrá.

“Esos movimientos favorecieron la deserción de gran parte del “Constitución”, cuerpo realista, pero formado con naturales del país (**cuencanos**), de los cuales unos buscaban camino de regreso a sus hogares y muchos se incorporaron a las filas republicanas” (Dº Amecort.—Historia de la Revolución de Octubre &).

El primer oficio que dirigió Sucre al Cabildo de Cuenca es del tenor que sigue:

“República de Colombia.—Ejército Libertador.—Comandancia General de la División del Sur.—Cuartel General en Cuenca, a 23 de Febrero.—1822.—12:—Nº 1º.—Exmo. Señor.—Para dar a los negocios de la Provincia una marcha regular y activa en el estado de guerra en que se halla, y mientras que organizándose el país va estableciéndose el Código de la República que acaba de sancionar el Congreso General de Colombia, usando de las facultades que me ha concedido el Gobierno del Estado, he venido en nombrar Gobernador, Comandante General de esta Provincia al señor Coronel Tomás de Heres, a quien V. E. se servirá dar posesión con las formalidades de costumbre.—Tengo el honor de presentar a V. E. el respeto y la más alta consideración con que soy de V. E. muy humilde obediente Servidor.—

Exmo. Señor.—Ant. J. de Sucre.—Exmo. Cabildo de la Capital de Cuenca”

“Sala Capitular de Cuenca, y Febrero 23 de 1822.—Recibido en esta fecha: Guárdese, cúmplase y ejecútase lo prevenido por el Señor General del Ejército Libertador de la República de Colombia; en su consecuencia, procédase a la recepción del señor Coronel Tomás de Heres en los empleos de Gobernador y Comandante General de esta Provincia, según y como se ordena; a cuyo efecto, pásese noticia por el Portero de la Sala; y fecho, tómesese razón, circúlese a los Cabildos del Distrito, previa publicación por Bando para la común inteligencia de esta República, contestándose al indicado señor General.—Serrano—Chica—Gómez de Arce—Sélleri—Carrión—Ochoa—Mariano Gómez, Secretario.”

Al oficio preinserto, el Cabildo contestó: “Ha recibido este Congreso con la mayor satisfacción el oficio de U. S. de hoy de la fecha, N^o 1^o, por el que se sirve dar aviso a esta Sala que, usando de las facultades que tiene del Gobierno del Estado, ha venido en nombrar, Gobernador Comandante General de esta Provincia al señor Coronel Tomás de Heres. En su inteligencia ha acordado este Ayuntamiento, se guarde, cumpla y ejecute lo prevenido por US., no dudando que el indicado señor Coronel tendrá la bondad de proteger la actual situación de esta Provincia, *que ya tocaba en los últimos términos de su ruina por la arbitrariedad y despotismo de la Autoridad Militar que antes ocupaba esta Plaza*; siendo de la mayor obligación de este Cuerpo Municipal en particular, y general, sacrificarse a las miras de la benéfica influencia con que US. dignamente se conduce.—Dios guarde a US. muchos años. Cuenca, y Febrero 23 de 1822.—Es copia de su original. Cuenca, dicho día, mes y año.—Mariano Gómez, Secretario.”

La posesión del Coronel Heres consta del acta que sigue: “En la ciudad de Cuenca, a veinte y cuatro de Febrero de mil ochocientos veinte y dos. Los señores del Excmo. Ayuntamiento, hallándose juntos y congregados en esta Sala, a efecto de recibirlo al señor Coronel Tomás de Heres en los empleos de Gobernador y Comandante General de esta Provincia, consecuente a lo acordado en acta del día de ayer, y hallándose presente el indicado señor Coronel juró, conforme a derecho, protestando guardar y hacer guardar el Código de la República de Colombia, conforme a lo sancionado en el Congreso General, y lo firmó con dichos señores por ante mí de que certifico.—Tomás de Heres—Bartolomé Serrano—Manuel Chica y Astudillo—Juan Domingo Gómez de Arce y Villamil—Carlos Sélleri—Antonio de Carrión—Manuel Ochoa—Mariano Gómez, Secretario.”

El Coronel don Tomás de Heres, primer Gobernador republicano de Cuenca, hombre de pluma y de espada, prestó importantes servicios a la causa de la Independencia de

la Presidencia de Quito y del Perú. Fue el alma de la organización, aumento, mantención y movilización de la División Libertadora regida por el General Sucre; y contribuyó con medidas eficaces al progreso intelectual, moral y material de Cuenca. Justo es, por lo mismo, y oportuno que consignemos algunos datos biográficos de dicho Coronel.

Don Tomás de Heres nació el 18 de Septiembre de 1795, en la ciudad de Angostura, hoy Ciudad-Bolívar, capital de la provincia de Guayana. Fueron sus padres don José de Heres y doña María Josefa Rivero, personas de distinguida familia. A la edad de nueve años fue enviado Heres por sus padres al Seminario Conciliar de Caracas, donde concluyó sus estudios de Filosofía, y permaneció en dicha ciudad, hasta que estalló el movimiento revolucionario del 19 de Abril de 1810.

Veamos lo que el mismo Heres dijo respecto del período de su vida, comprendido entre la fecha indicada y el pase del batallón *Numancia* en que sirvió, a las armas de la República: (1)

“Yo tenía muy poco más de catorce años, y me hallaba en el Colegio de Caracas, cuando en el mes de Abril de 1810 estalló allí la Revolución. Mi familia se hallaba en Guayana, cuya Provincia desconocí, desde el principio, la Junta de Caracas y juró sostener la causa del Rey Fernando. Mi padre había sido, en estas circunstancias, puesto a la cabeza del Gobierno, por elección popular; y creyéndome por estos motivos en peligro mientras estuviese en Caracas, me dió orden para que me fuese a mi casa. Como era natural marché lleno de gusto a unirme con los míos, de quienes me había separado hacía más de cinco años.—Cuánto yo había oído en Caracas desde el día mismo de la Revolución, y cuánto, después, continué oyendo en Guayana, me inspiraba no sólo desafecto, sino horror al nuevo estado de cosas.—Todas las personas que me rodeaban y podían influir en mis primeras impresiones, condenaban los principios que proclamaba Caracas. Llamada a las armas toda la provincia de Guayana para oponerse a los ejércitos de Caracas, Cumaná y Barcelona que la invadían, las tomé yo también en un cuerpo de milicia urbana, en que mi padre mandaba una compañía. Sirviendo ya, este empeño me arrastró a otros y otros que en mis pocos años era imposible evitar, y de que mi delicadeza no me permitía después evadirme. Hoy mismo sería yo víctima de mis compromisos con los españoles, si la suerte no me hubiese presentado la ocasión tan deseada de hacer un servicio señalado a la causa de América, en circunstancias que no se me puede atri-

(1) Lo que vamos a transcribir se encuentra en las “Memorias del General O’Leary”, Tomo V, página 367 y siguientes, bajo el título “Exposición que el General de Brigada Tomás de Heres presenta al público, sobre las acusaciones que le hace Don Federico Brandsen en un impreso publicado en Santiago de Chile.”

buir ni *bajeza ni falta de carácter*. Todos los patriotas de aquí (del Perú) saben cuánto fue menester trabajar y exponerse para conseguir el *pase* del batallón de *Numancia*. Si se reputase como una falta la confesión que acabo de hacer, no será esto bastante para que yo me arrepienta y cambie de opinión. Quiero que el público me conozca tal como soy; y recibiría un agravio si me creyese mejor."

Al andar de pocos años, don Tomás de Heres, que conoció de cerca a los Jefes españoles y sus terribles proyectos respecto de los independientes, cambió completamente de opinión en sus ideas políticas. He aquí como se expresa nuestro biografiado: "Las instrucciones que el General Morillo dió al Coronel Calzada, cuando acababa de desembarcar, y que afortunadamente pude ver, fueron para mí como un rayo de luz que me manifestó el sistema español en toda su deformidad, y a los españoles tan inicuos como yo no podía imaginarlo, ni como ahora mismo lo creyera, si no me constase tanto y tanto. Desde este instante empecé a ver las cosas de otro modo, y consecuentemente a mis nuevas ideas, pedí en aquellos mismos días mi licencia absoluta, obstinadamente resuelto a retirarme a mi casa y aun a dejar el país. Calzada se disgustó tanto más de mi solicitud, cuanto que yo era su ayudante y su amigo, y porque se iba a abrir la campaña sobre el Nuevo Reino de Granada. Así que mi solicitud no tuvo curso, y yo continué padeciendo. La experiencia me hizo conocer después que si mi pretensión hubiese llegado al conocimiento del bárbaro Morillo, habría sido infaliblemente sacrificado a su perfidia, sin que este sacrificio hubiese sido de ningún modo útil a nadie. Es sabido de todos que entre los españoles no se obtenía la licencia siempre que se pretendía; y que, bien lejos de esto, la solicitud servía de motivo para añadir el resentimiento y las persecuciones a la desconfianza que ellos tenían generalmente de los americanos todos."

"Algunos disgustos que tuve con los jefes expedicionarios durante la expresada campaña de la Nueva Granada; la conducta que Calzada, a quien se suponía influido por mí y otro amigo mío, había seguido en ella, tan opuesta a las instrucciones, como contraria a los deseos del feroz Morillo; unido todo a los servicios que presté a algunas familias desgraciadas de Bogotá, me atrajeron el odio de aquel que, con voz de trueno y semblante infernal, me lo manifestó en su palacio de Bogotá. Con el fin de separarme de este tigre y no ser testigo de las horribles escenas en aquella capital me interesé en separarme de ella, y al fin pude conseguirlo."

Eterno remordimiento tuvo don Tomás de Heres de haber servido en el ejército español. Así lo manifiesta en las siguientes frases: "Sin embargo de todo esto, no pretendo que se me tenga por absolutamente inocente, habiendo servido con los españoles. Conozco, y no lo oculto, que cometí una grande falta, falta que ojalá pudiera borrar con mi sangre

y con mi vida, y de la cual estoy bastante castigado con los disgustos diarios que ella me ocasiona y con los remordimientos que me atormentan y me atormentarán mientras viva. ¿No será esta bastante pena? ¿No estarán contentos con ella los rigoristas y los que me quieren mal? Lo que únicamente deseo y suplico es que, reflexionando sobre las circunstancias que llevo expuestas, se distingan en mi delito su *cualidad y su grado*”

Al fin se presentó para Heres la oportunidad de romper los vínculos que le ligaban al Régimen Español. Tal rompimiento se verificó el 3 de Diciembre de 1820, día en que el batallón *Numancia*, el más brillante cuerpo del ejército realista que se encontraba en el Perú, emprendió su marcha, a las órdenes de su Teniente Coronel Tomás de Heres, arrojando grandes fatigas e inminentes peligros, desde el lugar denominado *Trapiche Viejo*, hasta Retes, donde se incorporó a las fuerzas del Ejército Patriota, regidas por el General don José de San Martín.

Desde esta fecha se abrió para el Coronel Heres un nuevo horizonte, pues habiendo llenado el ardiente deseo que abrigaba desde 1815, prestó importantes servicios a la causa de la América.

Ya referimos que el Coronel Heres, cuando vino a Guayaquil, presentó al General Sucre la solicitud de la oficialidad del *Numancia*, en la que pedía su regreso a Colombia. Relatamos, asimismo, que Sucre confió a Heres la importante misión de ir a Piura para concertar con el Mariscal Alvarez de Arenales, las operaciones que la división peruana y la colombiana debían emprender, después de unidas, sobre Cuenca; y el éxito completo que tuvo aquella misión. Manifestamos también que Heres fue nombrado Gobernador y Comandante General de la Provincia de Cuenca. He aquí el título de su nombramiento: “Señor Coronel Tomás de Heres.—Atendiendo al mérito y servicios de US., y usando de las facultades que me ha concedido S. E. el Libertador Presidente, en sus instrucciones de Enero del año próximo pasado, he venido en nombrar a US. Gobernador y Comandante General de la Provincia de Cuenca.—Este oficio servirá a US. de título en forma, mientras confirmado por el Gobierno Supremo, se libre a US. el correspondiente despacho por el Ministerio que corresponde.—Dios guarde a US. muchos años.—A. J. de Sucre.—Eusebio Borrero, Edecán Secretario.”

Hablando de su nombramiento de Gobernador de Cuenca, decía el Coronel Heres, en carta dirigida al Libertador en Marzo de 1822, lo siguiente, que manifiesta la modestia de aquel, y la triste situación en que quedó Cuenca, cuando la abandonaron los realistas: “. . . Sin embargo de lo mucho que hice presente al señor General (Sucre), S. S. ha tenido a bien nombrarme Gobernador Comandante General de esta Provincia, de cuyo destino tomé posesión en fuerza de

la obediencia militar, porque, señor, yo conozco, lo confieso, que no tengo ni el genio, ni los conocimientos que se necesitan para ordenar un territorio tan vasto como éste, *que los enemigos han devastado* y cuyas rentas desorganizaron con estudio. *Al abandonarlo, los españoles se han llevado cuanto existía en arcas, hasta los archivos.* Así que, como V. E. conoce, ha sido menester irlo creando todo de nuevo y tener un trabajo ímprobo para conciliar la opinión pública y el buen orden con la atención a las grandes y urgentes necesidades de las tropas. Varias veces he dicho al señor General Sucre que no soy yo el hombre que conviene a esta Provincia en las circunstancias en que se halla, pero siempre se me ha mandado continuar en el mando; en este estado, señor, no me queda otro recurso que elevar a V. E. mis súplicas para que, en virtud de lo que llevo expuesto, se digne relevarme de él, al menos cuando se termine la campaña de Quito, hasta cuyo tiempo yo protesto a V. E. haber hecho todo el bien de que sea capaz. Accediendo V. E. a esta solicitud mía, hará un servicio a la Patria y yo le quedaré muy obligado.”

“Las seguridades que V. E. tiene la bondad de darme por la suerte de mi familia me inspiran los más tiernos sentimientos y la mayor gratitud hacia V. E. Ocho y más años hace que no la veo y más de cuatro que nada sabía de ella; y después de la libertad de mi Patria no hay en el mundo cosa que pueda interesarme tanto como su bienestar. Ya lo he dicho a V. E. y permítame que se lo repita, si V. E. terminada la guerra de Colombia, me concediese ir a su lado a gozar de tranquilidad y paz que hasta ahora no he disfrutado, y que tanto deseo, V. E. haría la felicidad de una multitud de personas que lo bendecirían continuamente. Dios guarde a V. E. muchos años. Excmo. Señor.—Tomás de Heres.” (Memorias de O’ Leary).

En el último acápite de la carta anterior manifiesta el Coronel Heres que, después del bienestar de la Patria, lo que más le interesaba era el de su familia. Esta se hallaba reducida a la miseria; y por ello Heres dirigió a Santander una carta en la que manifiesta sus nobles sentimientos para con sus desgraciados padres y hermanos. El tenor literal de ella es: “Cuenca, 13 de Mayo de 1822.—Excmo. señor General Francisco de Paula Santander.—Mi venerado General y señor de toda mi consideración:—Cuando por las honrosas y satisfactorias comunicaciones de S. E. el señor Presidente, y por las seguridades que me habían dado los que habían conocido mi familia en Angostura, contaba con que su suerte sería si no buena, al menos mediana, he tenido hoy el profundo sentimiento de saber los grandes padecimientos que ha sufrido, y lo que es peor, que está envuelta en una miseria tal, que la obliga a pordiosear un pan después de haberse quedado sin nada. Entre lo que llamo mi familia cuento una anciana madre, tres hermanas y a otro hermano y

mi padre, de quienes nada se sabe en la casa: sírvase V. E. Excmo. señor, ponerse en mi lugar y contemplarme. Por tanto, señor, pido, suplico, y aun ruego a V. E. se digne echar una ojeada compasiva sobre estas desgraciadas personas; un rasgo de la pluma de V. E. puede variar enteramente su situación, y yo espero que V. E. la varíe."

"Por creer a S. E., el señor Presidente, ocupado todo por la campaña, y considerando a V. E. encargado del Gobierno, ocurro en derecho a V. E. a quien suplico se digne dispensarme la libertad que me he tomado, dignándose tener presente el sagrado motivo que me ha obligado a ello.—Soy de V. E. Excmo. Señor, su muy obediente súbdito, q. b. s. m. Tomás de Heres."

El Coronel Heres ejerció el cargo de Gobernador de Cuenca, desde el 24 de Febrero hasta el 16 de Diciembre de 1822; fecha en la que fue reemplazado por el benemérito Coronel (después General), don Ignacio Torres. En el curso de esta obra, y en el informe que Heres elevó al Libertador, acerca de su Gobierno, que lo reproduciremos, a su debido tiempo, consta que la actuación de dicho Coronel Heres, en su calidad de Gobernador de esta Provincia, fue magnífica y digna de todo encomio.

El Coronel Heres contribuyó eficazmente a la Independencia del Perú, después de su separación de la Gobernación de Cuenca.

En 18 de Marzo de 1823 le nombró el Libertador Simón Bolívar Sub-Jefe del Estado Mayor General Libertador. En 1824 desempeñó Heres la Jefatura del Estado Mayor General; y en 28 de Octubre del mismo año fue nombrado Ministro interino de Guerra y Marina de la República del Perú.

Después de Ayacucho, en 25 de Febrero de 1825, recibió Heres, en términos altamente honoríficos, el despacho de General de Brigada de los ejércitos del Perú, por especial resolución del Congreso de esta República. En los años de 1825, 1826 y parte del de 1827, desempeñó Heres los elevados destinos de Encargado de Negocios de Colombia ante el Gobierno de Chile, de Ministro de Gobierno y Relaciones Exteriores y de Ministro de Guerra y Marina de la República del Perú.

Quebrantado en su salud, pensaba el General Heres restituirse a Angostura su país natal; pero no pudo hacerlo porque el Libertador le escribió una carta, fechada en Bogotá, a 3 de Julio de 1828, en la que le exigía encarecidamente tomase servicio en el ejército de Colombia que abría campaña sobre el Perú, al mando del General Juan José Flores. Heres accedió a la petición de Bolívar y tomó parte en dicha campaña con el carácter de segundo Jefe del ejército del Sur, y combatió y triunfó en la batalla de Tarqui, bajo la dirección del Gran Mariscal de Ayacucho. Este en el parte oficial que dió de aquella batalla, dijo: "El se-

ñor General Heres se ha recomendado por una admirable serenidad en los riesgos de esta jornada."

En 16 de Mayo de 1829, el Gobierno de Colombia expidió letras de cuartel a favor de don Tomás de Heres, con el goce de la mitad del sueldo correspondiente a su grado de General de División, a que fue elevado después de la victoria de Tarqui.

El 20 de Octubre de 1829, hallábase ya el General Heres, en su ciudad natal; y fue elegido Diputado principal por la provincia de Guayana al Congreso Constituyente que debía instalarse en la capital de la República de Colombia, el 2 de Enero de 1830. Heres no quiso continuar tomando parte en los asuntos públicos, a los que había consagrado toda su juventud; y se dedicó al cultivo de un pequeño campo que había comprado en las cercanías de Angostura. Sin embargo, se vió obligado por sus conciudadanos a concurrir como Diputado por Guayana al Congreso de Venezuela de 8831, siendo elegido Presidente de aquella Corporación. Asistió, en calidad de Senador, al Congreso de 1833, pero terminadas sus sesiones, renunció ese cargo por el tiempo de tres años que le faltaba. A su regreso de Caracas a Angostura, Heres contrajo matrimonio con una joven prima hermana suya, pobre, huérfana y de bellas prendas, llamada María de Jesús Rodil.

En 1835 estalló en Caracas el movimiento militar revolucionario, proclamando reformas de la Constitución de 1830. Con este motivo, el Vicepresidente del Consejo de Gobierno, Encargado del Poder Ejecutivo, nombró al General Heres Jefe de Operaciones del Orinoco. Restablecida la tranquilidad pública, volvió Heres a su retiro, o sea, a su campo; y en 1836 fue nombrado para Gobernador de la Provincia de Guayana. Al principio no quiso el General Heres aceptar ese cargo, pero alterado el orden público en Urbana, pueblo de esa provincia, asumió el mando, restableció la tranquilidad, y dió garantías a todos sus gobernados. El período de su gobernación terminó en 1840.

En 1842, el General don Carlos Soublette, entonces Presidente Constitucional de Venezuela, confió al General Heres la Comandancia de armas de la Provincia de Guayana. Hallábase desempeñando ese destino, cuando ocurrió la trágica muerte de aquel General. La descripción de tan horrible suceso se publicó en un artículo de "El Liberal" de Caracas, artículo que fue reproducido en "La Gaceta del Ecuador", periódico oficial, correspondiente al 7 de Agosto de 1842 (Número 448). He aquí algunos párrafos de dicho artículo, que se titula "Muerte del General Heres."

"El sábado 9 de Abril último por la noche, estaba el General en la sala de su casa solo con el Ilmo. señor Obispo de Trícala, doctor Mariano Talavera, después de haberse despedido los señores Machado, Armas y Lezama. El General permanecía sentado junto a una mesa en medio de

la sala y las ventanas abiertas aunque con celosía. A poca distancia se hallaba el señor Obispo en medio de las ventanas y cercano a la pared. En un momento de silencio, a eso de las nueve y media, se oyó la detonación de una arma de fuego y la luz se apagó instantáneamente. Sobrecogido el señor Talavera, salió de improviso hacia la puerta que da al corredor, se le presentó el asistente del General, mandó llamar a un vecino y volvió apresuradamente a socorrer a aquel. A tientas le encontró caído en el suelo y privado del sentido; trató de levantarlo y no le fue posible hacerlo por sí solo: mientras hacía estos esfuerzos, llegó la señora esposa del General, que dormía en su aposento y despertó al fatal estruendo. Inmediatamente después trajeron luz, y fue entonces cuando el espantoso espectáculo se presentó con todo su horror. El General Heres bañado en su sangre, con el brazo izquierdo despedazado por los proyectiles del arma alevosa: ¡he aquí el objeto que se ofreciera a la vista de su virtuosa compañera y de su respetable amigo en el seno mismo de su hogar!....”

“Conducido al lecho y mientras venían los Facultativos que se mandaron llamar, eligió el General cinco testigos vecinos entre la multitud que ya ocupaba la casa, e instituyó *in verbis* por su universal heredera a su esposa la señora María de Jesús Rodil, encargándola que viviese en la casa que dejaba, con la señora Luisa de Heres, hermana del testador. Declarada su última voluntad, dirigió al señor Talavera en alta voz y con tono solemne las siguientes palabras: “Señor Obispo diga U. que perdono a todos mis enemigos.” En otra ocasión de las pocas que habló, dijo: “Muero sin haber procurado el mal de nadie: en momentos en que voy a dar cuenta a Dios, debo ser creído: perdono del mismo modo al que me ha herido: le conozco y encargo expresamente a mi mujer no lo descubra; yo le perdono.....”

“Los Facultativos manifestaron desde luego que la herida era mortal, y que no tenían esperanza de salvar a la interesante víctima. Desde la articulación del hombro hasta cerca del codo, todos los huesos, músculos y tendones estaban dislocados y destrozados. Con todo, se procedió a la operación que consistió en una mera disección, porque no se encontró tronco sano en que apoyar el instrumento para amputar. La operación a la raíz del hombro se consideró impracticable, no sólo por ser siempre de suyo peligrosa, sino también por la debilidad del paciente, ocasionada por la copiosa efusión de sangre. Durante la operación sobrevino un desmayo y se creyó que era llegada la hora fatal: serían las diez y media de la noche. Ya para entonces había prestado el señor Obispo al General los auxilios espirituales que permitía su estado, y le administró en el momento la Estremaunción: no fue posible que recibiese el Viático, a causa de haber sobrevenido vómitos en abundancia.”

“Desde le amputación ya su cama no fue un lecho. Ella

umentó el tormento de los dolores del herido que le aquejaban cruelmente..... En toda la noche encargó a sus amigos, orden y no venganzas. A la madrugada, tuvo un paroxismo que se creyó la agonía, pero la hora no había llegado. Ayer (10 de Abril de 1842), a las doce y media del día, ya la gangrena había penetrado hasta la fuente de la vida, y cesó la de un hombre que la había conservado en los campos de batalla, para perderla alevosamente en su suelo natal. El General Heres murió en el aposento y lugar mismo en que nació: tenía 45 años" (1).

"Son pocos los pormenores de la alevosía. Del examen hecho en la ventana se conoce que la boca del arma se colocó en el quicio, entre la jamba de la ventana y su primer balaustre, de manera que el tiro se hizo en recuesto. Se infiere que ha sido trabuco el arma, porque en la pared que corresponde al extremo de la línea descrita por el plano, se encuentran en una extensión de una vara de diámetro diez y ocho descalabros de otras tantas postas. De éstas se halló una y el taco. En la pared estaba una lámina que representaba al General Lefebre. Tocáronle tres postas en el ángulo inferior a la izquierda."

"El semblante del moribundo, porque en tal estado se le puede considerar desde que cayó, fue constantemente tranquilo sin perder nada de su apacibilidad. Sólo en algunos accesos de dolor, cuya intensidad podía conocerse por el semblante, se le notó alguna alteración. Parecía poseído de un estoicismo heroico. Poquísimas veces lanzó un gemido. Una vez protestó contra las ligaduras "para morir tranquilo", según dijo; pero de resto su aspecto representaba la paz del alma a despecho del dolor."

¿Cuál fue la causa del asesinato del General Heres? No lo sabemos, pues ni Montes, su biógrafo, ni ningún otro historiador de tantos que hemos leído, la indica. El tradicionalista don Ricardo Palma, que tenía un odio profundo a los Jefes Colombianos que dieron libertad a su Patria, principalmente a Bolívar y a Heres, llegó al extremo de imputar a éste un crimen horroroso, y al primero le acusó de encubridor del supuesto delincuente. Dicho escritor que, desde luego, no merece, por lo dicho, crédito alguno en esta materia, con tanta más razón, cuanto que ni siquiera estuvo instruido de los detalles del asesinato de Heres, dice: "Allá por los años de 1840 a 1841, era autoridad superior en Santo Tomás de Angostura el General Heres, quien parece que, en un ruidoso pleito sobre una herencia, influía a favor de uno de los litigantes. El perjudicado armó dos asesinos [*mentira*] que penetraron en el cuarto de Heres y le dieron muerte."

(1) Según la biografía del General Heres de Don Ramón J. Montes, aquel nació en 1795. Por lo mismo, murió a la edad de 47 años, la misma que tenía el Libertador cuando falleció.

Las palabras del General Heres, palabras de un moribundo, que son dignas de todo crédito: "*Muero sin haber procurado el mal de nadie: en momentos en que voy a dar cuenta a Dios, debo ser creído &*", están justificando, de una manera palmaria, que la aseveración del escritor peruano, no pasa de ser una calumnia, en nuestro humilde concepto.

Varias afinidades hay entre la vida de Sucre y la de Heres: uno y otro nacieron en el mismo año, en territorio venezolano: ambos estuvieron en Cuenca en 1822, para llevar a cabo la gloriosa campaña libertadora del Ecuador: uno y otro volvieron a esta ciudad en 1829, y triunfaron en Tarqui: ambos murieron a manos de viles asesinos. Al hablar de la muerte del General Heres, dice su biógrafo don Ramón J. Montes: "Así había muerto, años antes, a golpe de asesinos, en la oscura montaña de Berruecos, su grande amigo y apreciador al Gran Mariscal de Ayacucho, el immaculado y eminente Sucre, la más pura gloria del Ejército de Colombia...."

La Biografía del General Heres escrita por Montes, termina con palabras que vienen a ser un reproche para los cuencanos, por su olvido de Heres. En efecto ni la más insignificante calle de esta ciudad lleva el nombre de Heres, ni siquiera existe en el salón de la Gobernación el retrato de nuestro primer Gobernador republicano. He aquí dichas palabras:

"Sus compatriotas hijos y vecinos de Guayana, no le han olvidado ni podrán olvidarle: el Cantón o Departamento principal de la Provincia, cuya ciudad capital es Bolívar, lleva el nombre de **HERES**: su retrato figura en la sala de las sesiones del Ilustre Concejo Municipal, al lado de los de **Bolívar, Washington, Sucre y Talavera**; y ha sido mandado á colocar en la sala de las sesiones de la Asamblea Legislativa del Estado, por decreto de su Asamblea Constituyente de 10 de Junio de 1864."

CAPITULO IX.

Primer Decreto de Sucre, expedido el 24 de Febrero de 1822.—Contribución de 3.000 pesos mensuales para racionar a las tropas.—Creación de una Junta de auxilios para proveer a la subsistencia del Ejército Libertador.—Personas que la compusieron.—Contribución de sangre.—Contribución de caballos.

El primer decreto dictado por el General Sucre es del tenor que sigue:

"Antonio José de Sucre, de la Orden de los Libertadores de Venezuela, General de Brigada de los Ejércitos, Miembro del Senado de la República, Comandante General de la División Unida del Sur, &

Teniendo en consideración que el trastorno del orden público en esta ciudad ha sido originado de las amenazas con que los Jefes españoles afligieron el vecindario al tiempo de su retirada, y debiendo restablecerse el sosiego y la tranquilidad, bajo las benéficas leyes de la República, y con la protección de las armas de la División Libertadora, he venido en decretar lo siguiente:

1º Los emigrados americanos o españoles que por algunos temores hayan salido de esta capital, en seguimiento de las tropas enemigas, pueden volver a ella con una seguridad absoluta de que sus opiniones pasadas y sus servicios al Ejército Real quedan en un entero olvido. A su llegada prestarán el juramento de fidelidad y obediencia a las Leyes de Colombia y a los Magistrados.

2º Si pasados quince días no hubieren vuelto a sus casas los emigrados de que habla el artículo anterior, el Gobierno no está en la obligación de recibirlos, sino por una gracia especial, ni ellos tendrán derechos sobre sus propiedades.

3º Los desertores del Ejército Español que se hallan en las cercanías de esta ciudad, se presentarán al Gobernador Militar en el término de cinco días, contados de la fecha, entendidos que de no ejecutarlo, se considerarán como sospechosos, y serán luego perseguidos como perjudiciales a la tranquilidad pública. Los mismos desertores del Ejército Español que se hallan en la Provincia, ya en el momento de la retirada de los enemigos, ya que correspondan antes al batallón *de la Constitución*, se presentarán al Comandante Militar, o al Juez del pueblo más inmediato, ocho días después de publicado en él este Bando; en el concepto que aquellos que más brevemente se presentaren, justificarán con este solo paso, su patriotismo y su adhesión a la Causa de la Independencia.

4º A los desertores comprendidos en el artículo anterior que se presentaren con fusil en buen estado de servicio, se les dará cuatro pesos de gratificación; y a los de caballería que trajeren sus armas y caballos, se les dará seis pesos.

5º Como es de la primera importancia seguir luego las operaciones militares sobre Quito, y para continuarlas sólo se necesitan caballos en que remontan los escuadrones, el Gobierno excita el patriotismo del Ilustre Pueblo Cuencano, para que los caballos útiles de servicio que han ocultado los ciudadanos de la requiza hecha por los españoles, con el fin de presentarlos a las tropas patrióticas, los traigan ya, en el concepto que se les devolverá terminada la campaña, y de que no se solicita caballos de pesebre, sino caballos fuertes y de trabajo. Los ciudadanos que voluntariamente donen sus caballos, recibirán un documento de recomendación para el Gobierno, que los distinguirá en sus pretensiones como un servicio importante; y aquellas personas a quienes se les tome por otros me-

dios, tendrán un recibo, para que, en caso que los caballos sufran alguna pérdida, se abone su valor por la Caja Nacional. Se indica a los ciudadanos que concurren con este interesante servicio a la Expedición Libertadora, pues, además, de que él terminará la guerra, produce el beneficio de alejar las tropas de la Provincia, y excusa los gravámenes de su mantención.

6º Toda persona que tuviere en su poder armas, caballos, municiones o cualquiera artículo o propiedad del Gobierno Español, las presentará o dará aviso de ellas, en el término de tres días, en inteligencia de que, al que las ocultare, se le impondrá una multa doble del valor de los artículos o propiedades que retuviere, cuya multa se aplicará a los gastos de la División.

7º Los depositarios de las propiedades de los individuos que han emigrado con las tropas españolas, presentarán al señor Gobernador de la Provincia una relación jurada de los bienes que administran para que ellos concurren con los demás ciudadanos a sufragar los gastos públicos.

8º Los empleados en los diversos ramos de la Hacienda Nacional presentarán al mismo señor Gobernador una noticia del estado de las rentas de los deudores al Gobierno, y presentarán también los planes para la mejora de las rentas, considerando como base esencial el alivio de las contribuciones que han sufrido los pueblos. Para los empleos así de la Hacienda Pública, como para los demás, serán distinguidos aquellos ciudadanos que hayan manifestado su patriotismo, y a la vez que tengan las cualidades necesarias.

9º Aunque, en poco tiempo, se destruirán los Estancos y los Tributos, se quitarán las Alcabalas de productos territoriales, y en fin se establecerá un régimen que haga sentir al pueblo las mejoras del Gobierno de la República, se continuará, por ahora, el anterior sistema de administración, en tanto que, restableciéndose el orden, nombrados los empleados y organizado el país, se ponen en planta las nuevas instituciones.

10. Los ciudadanos que quieran manifestar sus deseos de socorrer en sus trabajos a la División Libertadora, pueden dar las señales de su patriotismo, auxiliándola con ganado, trigo, alverjas, y en fin con todos los granos y artículos de subsistencia, que se recibirán en Comisaría como donación para las tropas.

11. Queda nombrado, desde hoy, Gobernador Comandante General de la Provincia, el señor Coronel Tomás de Heres, el cual entrando en el ejercicio de sus funciones propondrá los demás empleados, y por su conducto dirigirán los ciudadanos sus pretensiones para obtenerlas.

12. Siendo el primer deber del hombre dirigir sus oraciones al Ser Supremo por los bienes y felicidad que concede a los pueblos, se celebrará mañana en la iglesia Catedral una misa de gracias, para lo cual se convida a todos los ciudada-

nos que quieran asistir con las tropas a solemnizar, ante el Dios de la Justicia, la entrada de las Armas Libertadoras en esta Capital. Se señalará luego el día en que se verifique la Jura de la Independencia con toda la pompa y los trámites debidos.—Cuartel General en Cuenca, Febrero 24 de 1822.—12 de la Independencia.—A. J. de Sucre.—Por mandato de S. S. Gerónimo Illescas, Escribano Público y Notario Mayor. Se publicó en el propio día, con la solemnidad acostumbrada.—Hay una rúbrica.”

Exhaustas habían quedado las Cajas del Tesoro Público, después que el Coronel Tolrá abandonó Cuenca; faltando, por lo mismo, fondos para atender a la subsistencia del Ejército Libertador en ella acantonado. Este particular consta del Libro Manual de las Cajas Nacionales de la ciudad de Cuenca, correspondiente al año de 1822. En dicho libro se lee esta partida:—“Febrero 20, Mayor ff. 61.—El señor Tesorero en datas de masa común, se descargará de doscientos once pesos que, como única existencia en efectivo en Cajas, se ha entregado en este momento al Jefe de Estado Mayor don José Fernández de orden verbal del señor Coronel Comandante don Carlos Tolrá, como se califica del documento que acompaña, bajo el N^o 37.—Soler—Arriaga.

La falta de fondos era tan absoluta, que sólo existía doscientos cincuenta y un pesos dos reales, recaudados por el Regidor don José Astudillo en los pueblos de Azogues, Guachapala y Paute. Tan lamentable situación, y en tan críticas circunstancias, fue puesta en conocimiento del Cabildo por el Comisario de Guerra.

Esta Corporación, en 25 de Febrero, con el objeto de hacer frente a los gastos que demandaba la conservación del Ejército, acordó: que, mientras se hiciesen efectivas las donaciones voluntarias de los particulares, se distribuya entre las diferentes parroquias de la Provincia, una contribución de tres mil pesos mensuales, que debían recaudarse inmediatamente para atender a los gastos correspondientes al mes de Marzo de 1822. Para la recaudación de la parte proporcional con que se gravaba al vecindario de Cuenca, se le nombró a don Francisco Merchán, quien debía, también, cobrar la suma de trescientos treinta sueres, cupo señalado al cuerpo de comerciantes para el indicado mes de Marzo.

Don José Pesantes fue designado para entenderse en la proveduría militar, durante dicho mes, debiendo llevar cuenta exacta de lo que se invirtiere; y se le dió facultad para nombrar dependientes de su confianza para tan complicado servicio. Las diversas partidas debían ser firmadas por el Regidor semanero; y tenía Pesantes que obedecer en todo las órdenes de la respectiva autoridad, mediante los vales del caso, visados por la misma.—A los recaudadores Alejandro Espinosa, Juan Vázquez y Juan Luzuriaga, se les intimó, bajo su más estricta responsabilidad, que enterasen en Tesorería los rezagos de las contribuciones.

Se resolvió, también, que se les oficie a los Jueces Hacedores de Diezmos de Guayaquil para que, por el correo próximo, remitan a esta ciudad la parte que le correspondía a la Provincia de Cuenca, por razón de la contribución de la renta decimal rezagada. Debe saberse que la Provincia de Guayaquil pertenecía en 1822 a la Diócesis de Cuenca erigida en 1779, cuyo primer Obispo fue don José Carrión y Marfil.

En 27 de Febrero, se creó una Junta de Auxilios para proveer a la subsistencia de la División Libertadora, tomando en cuenta que no eran suficientes para tan plausible y urgente objeto, la recaudación de los empréstitos voluntarios con que debía contribuir el pueblo. Dicha Junta se compuso de los miembros que siguen:

† El Gobernador y Comandante General, Coronel don Tomás Heres, que la presidía.

El Regidor don Manuel Chica y Astudillo, en representación del Cabildo.

El señor Provisor don Mariano Isidro Crespo, en representación del Venerable Clero.

El señor Prebendado doctor Bernardino de Alvear, representando al Cabildo Eclesiástico.—Aun cuando este eclesiástico se excusó de servir el cargo de Vocal de la Junta Auxiliadora, no se le aceptó la excusa.

El ciudadano don José Cárdenas, representante del Comercio.

El ciudadano don José María Borrero, en representación de los agricultores.

El ciudadano don José Orellana, en representación de la Caja Nacional.

El ciudadano don León de la Piedra, como representante de los Escribanos.

La creación de la Junta Auxiliadora no fue del agrado del General Sucre, según aparece de un oficio dirigido al Cabildo con fecha 5 de Marzo de 1822, en el que dice:

“.....Una larga experiencia nos ha enseñado que cuerpos compuestos de muchos individuos paralizan las providencias, entorpecen con citas y convocaciones el curso de negocios, cuyo despacho es urgentísimo, y en una palabra frustran el mismo objeto de su institución. Pero una vez que se ha instalado bajo este pie (La Junta Auxiliadora), se podrán evitar estos inconvenientes, disponiendo que cinco vocales puedan hacer sanción, y compongan Juntas; y aun cuando algunos de sus individuos estén ausentes, la puedan componer tres solamente, cuyas deliberaciones tendrán en este caso, la misma fuerza y vigor que si fueran hechas en Junta plena. De este modo se logrará que los asuntos en que esta Corporación tiene que entender, marchen con la actividad que exigen las circunstancias, porque es preciso considerar que tenemos un enemigo que con la última velocidad,

y sin respeto aun a los Templos, se adquiere los recursos para hacernos la guerra.

“Las miras que yo he llevado en este establecimiento son que los individuos que lo componen, como impuestos de los auxilios que puede prestar la Provincia, y de las facultades respectivas de los ciudadanos, faciliten con arreglo a este conocimiento, los medios más proporcionados y de menos gravamen al pueblo, para asegurar la subsistencia de las tropas destinadas a sostener su libertad, y precaberlo de los males de la tiranía; evitando así que esta misma subsistencia se adquiriera por providencias militares que siempre parecerían violentas, y que son contrarias a las ideas del Gobierno. Por lo mismo la Junta, en sus sesiones, debe contraerse exclusivamente a este objeto, a que ha de reducir su atención y sus facultades, sin mezclarse en otro negocio político, que no siendo de su resorte, se tendrá por subversivo y opuesto a la tranquilidad pública. Uno de los mismos Vocales será Secretario en turno, y se nombrará un oficial de pluma, al cual se asignará sueldo, luego que la Junta indique los fondos que va a proporcionar.—Dios guarde &.—A. J. de Sucre.”

Digamos, de una vez, que la Junta Auxiliadora sesionó, durante algunos días y que se disolvió, el 12 de Marzo, por orden de Sucre, tomando sobre sí el Cabildo la gravísima obligación de atender a los múltiples gastos que demandaba la subsistencia de la División Libertadora, compuesta de cerca de tres mil hombres, fuera de los reclutas cuencanos que diariamente aumentaban sus filas.

No sólo víveres, dinero y vestuarios proporcionó, gustosa y patrióticamente la antigua provincia de Cuenca, para el sostenimiento de las huestes republicanas. Contribuyó, también, con soldados y caballos, cosa urgente y necesaria para la campaña que debía emprenderse contra el Presidente Capitán General Mourgeón, que contaba con tropas aguerridas, veteranas y envalentonadas con el triunfo obtenido por éstas, por segunda vez, en el sangriento campo de Huachi.

La distribución acordada en el Cabildo, celebrado en 27 de Febrero, entre las diversas parroquias de la Provincia, respecto de recolección de hombres y requisa de bestias fue la siguiente:

| Parroquias | Hombres | Caballos |
|------------|---------|----------|
| Sidcay | 25 | 10 |
| Déleg | 20 | 10 |
| Chuquipata | 50 | 10 |
| Biblián | 30 | 10 |
| Azogues | 100 | 10 |
| Cañar | 100 | 10 |
| Paute | 30 | 10 |
| Guachapala | 30 | 10 |

| | | |
|---------------|-----------|-----|
| Gualaceo | 100 | 10 |
| Sígsig | 30 | 10 |
| Girón | 20 | 8 |
| Cañaribamba | 20 | 8 |
| Pucará | 10 | 4 |
| Nabón | 20 | 8 |
| Oña | 20 | 8 |
| Cumbe | 5 | 5 |
| Baños | 15 | 4 |
| San Bartolomé | 50 | 10 |
| Valle | 20 | 6 |
| Paccha | 20 | 6 |
| Jadán | 10 | 6 |
| Cuenca | 50 | |
| Sayausí | 10 | |
| Egido | 6 | |
| | Suman 791 | 169 |

Glorioso es, pues, para los azuayos que ochocientos de ellos, sin contar a los que sirvieron para reemplazar las bajas del batallón *Alto Magdalena*, hubiesen tenido la gloria de combatir y triunfar en la legendaria jornada de Pichincha.

CAPITULO X.

Empréstitos de granos.—Proyecto de supresión del Estanco de Aguardientes.—Los gastos en la División Auxiliar del Perú.—Empleados a medio sueldo.—Los donativos de los miembros del Cabildo Eclesiástico.—Distribución del empréstito entre los Clérigos.—Oficios y Decretos de Sucre.—Una carta del Coronel Luis Urdaneta al Coronel Tomás de Heres.

+ A indicación del Gobernador, y con el objeto de proporcionar a la Proveduría Militar frisoles o arvejas para menestra, se acordó en la sesión capitular del 2 de Marzo de 1822, que el Proveedor General del Ejército tomase a préstamo, y con la obligación de pagar a los respectivos propietarios el predio corriente de plaza (cosa que nunca se verificó), el número de fanegas que de dichos artículos se pudiese reunir. En consecuencia, se libraron las órdenes respectivas para la recolección de ellos, en calidad de empréstito voluntario o forzoso. La forma de la distribución fue la que sigue:

| | | |
|------------|------------|-----------------------|
| Gualaceo | 25 fanegas | de frisoles o arvejas |
| Paute | 20 id | id id |
| Guachapala | 20 id | id id |
| Paccha | 15 id | id id |

| | | | | |
|---------------|-------------|----|----|----|
| Valle | 15 | id | id | id |
| San Bartolomé | 15 | id | id | id |
| Chuquipata | 25 | id | id | id |
| Azogues | 20 | id | id | id |
| Suman | 155 fanegas | | | |

Debe advertirse que esta distribución era mensual y correspondiente sólo al mes de Marzo.

El Alcalde del Valle fue el primero que remitió, como donativo de los habitantes de aquella parroquia, algunas fanegas de arvejas y de frisoles.

El Cabildo del Sígsig envió, también, una cantidad de dinero, por razón de la contribución correspondiente al mes de Enero de 1822. Dichas remesas fueron debidamente agradecidas por el Cabildo.

El General Sucre, tomando en cuenta que se había vencido el término concedido en el Decreto de 24 de Febrero, para que los desertores del ejército enemigo se presentasen ante la Autoridad Militar; y considerando que algunos de ellos, armados y municionados, que vagaban por los campos, podían cometer daños en el país y turbar la tranquilidad pública, expidió otro Bando, con fecha 2 de Marzo de 1822.

En este Decreto, se prorrogó por tres días más el plazo concedido para la presentación de los desertores ante el Gobernador y Comandante Militar, concediéndoles la recompensa ofrecida anteriormente a los que lo hicieren con armas.

El mismo plazo de tres días se concedió, con el objeto de que todos los ciudadanos, sin excepción alguna, entreguen los fusiles que tuvieren en cualquier estado, so pena de ser considerados y castigados como sospechosos, los que eludieren el cumplimiento de esta orden.

Se autorizó a los Jueces territoriales y a todo ciudadano para aprehender a los desertores del ejército español, impetrando para ello los auxilios de las autoridades de los pueblos, quienes, bajo ningún pretexto, podrían excusarse de prestarlos; recompensando, con la suma de cuatro pesos, al que condujese ante el Gobernador, un desertor armado, y con la de un peso al que presentase un desertor sin arma.

En caso de que los jueces territoriales no cumplieren con las órdenes mencionadas, después de pasados tres días, se previno que se enviarían a las parroquias Oficiales del ejército para hacer efectiva la captura de los desertores, sin perjuicio de que dichos Jueces sean castigados, siempre que, por culpa suya, no hubiesen cumplido las órdenes recibidas.

El Decreto anterior y los posteriores dados por Sucre en Cuenca, se hallan autorizados por su Edecán Secretario, el Capitán don Eusebio Borrero.

En la misma fecha del Decreto anterior, 2 de Marzo de 1822, se publicó por bando, lo que a continuación se expresa:

“Antonio José de Sucre, Comandante General de la División Unida del Sur, &, &.

Se hace saber al pueblo de Cuenca que la plausible nota llegada de Guayaquil en extraordinario de hoy, contiene: que las fragatas españolas, *Prueba* y *Venganza* y corbeta *Alejandro* que, rompiendo sus tratados de armisticio con el Gobernador de Panamá, bloqueaban el puerto de Guayaquil, y dominando el Pacífico, impedían todas nuestras comunicaciones por el Sur, con gran perjuicio de nuestro comercio, habiendo entrado en relaciones con el Agente del Perú en Guayaquil, el Comandante de dicha Escuadra, se ha concluído entre éstos un tratado por el cual han sido cedidos al Perú los indicados tres buques. Este importante acontecimiento que arruina enteramente el poder marítimo de los Españoles por esta parte, ha afianzado la seguridad de dos grandes Repúblicas, cuyas relaciones podrán ahora estrecharse libremente sin este obstáculo, deja expedita nuestra utilísima comunicación con el Atlántico, destruye toda traba y temor al comerciante, y produce otras muchas ventajas que lo hacen digno de la celebridad y participación del público.—Cuartel General en Cuenca, a 2 de Marzo de 1822.—12.—Antonio José de Sucre.—E. Borrero, Edecán Secretario.”

Referimos ya como se verificó el acontecimiento de que se habla en el Decreto anterior. Veamos como refiere en carta dirigida a Santander, los sucesos posteriores, el honorable Prócer don Joaquín Mosquera, que, nombrado Agente Diplomático de Colombia ante el Gobierno del Perú, se hallaba en Guayaquil de viaje a esta última República, y fue testigo presencial de ellos.

“Guayaquil, 25 de Marzo de 1822.—Mi muy apreciado amigo y señor;..... Ya estará usted impuesto por el señor General de los tratados que concluyeron con este Gobierno los Comandantes de las fragatas españolas de guerra *Prueba* y *Venganza*, y que la segunda se hallaba en este Puerto según lo convenido.”

“El 13 del corriente se presentó en el río, frente a esta ciudad, el Almirante Cochrane, con las fragatas *O'Higgins* y *Valdivia*, y vino a tierra donde fue recibido con aplauso; pero al día siguiente muy temprano mandó oficiales a tomar posesión de la fragata *Venganza* y corbeta *Alejandro*, enarbolando en la primera la bandera de Chile con la del Perú. Este Gobierno, creyendo que trataba de llevarse ambos buques, le pidió una explicación de su conducta, a que contestó que como Almirante del Perú debía mandar los buques que pertenecían a aquel Estado. El fundaba esta pretensión en un Decreto antiguo del Protector, en que declaraba reconocer como oficiales del Perú a todos los del Ejército y marina de Chile, cuando abrió la campaña sobre el Perú. Entonces este Gobierno le mandó un mensaje con el señor General La Mar, exponiendo que no podía consentir que se sacasen por fuerza los buques que estaban bajo su protección; y el señor La Mar,

que se ha conducido con mucha energía, le intimó que antes consentiría que fuese reducida a cenizas la ciudad que permitir que se llevase los buques. El Lord, con la sangre más fría, manifestando mil consideraciones en favor de Guayaquil, y asegurando que no tenía la más pequeña intención hostil, seguía aparejando la *Venganza*, y esto dió lugar a una alarma general; pues el Gobierno le hizo las más serias intimaciones preparándose para romper el fuego. Se montó mucha artillería gruesa sobre toda la orilla del río y se puso sobre las armas mucho pueblo que manifestó algún entusiasmo."

"Así pasamos en alarmas y contestaciones los días 14, 15 y 16, hasta que el 17 se concluyó con el Almirante el tratado que verá V. E. en el impreso que acompaño."

"Por el mismo verá V. E. que la corbeta *Alejandro* debe entregarse a su propietario, o a su apoderado, que lo es don José Villamil; y así ha terminado la cuestión de este buque conforme a mis reclamos. En este estado puede el Gobierno dar sus órdenes para que, pagando los gastos de rescate o salvamento, se entregue a un oficial que la mande, y disponer su empleo según convenga. Yo me atrevería a decir que sería muy útil un crucero sobre Esmeraldas hasta la entera libertad de Quito."

"..... Encargo a usted muy particularmente que remita muchas Constituciones y cuantos más impresos hagan honor a la República. De este modo se aumentará nuestra opinión y se ganarán amigos; los sujetos a quienes deben mandarse constantemente para que los divulguen son don José Merino, don Ignacio Gorrochategui y doña *Manuela Garai-coa* (madre de nuestro héroe Abdón Calderón), *que sola nos vale mas que nada*. Esta señora, sus hijos y sus hermanas, y sus amigos y amigas, son el foco de nuestra opinión, y cantan diariamente hasta por las calles algunas noches las canciones colombianas en honor del Libertador y de la República. Si U. quiere escribirle a esa señora, recibirá su carta con el fanatismo que la caracteriza de colombiana y hará mucho."

"..... En la ausencia del General Sucre, el mejor hombre para manejar nuestros asuntos es el señor Illingworth, y él lo ha dejado aquí con este conocimiento. Yo que lo he observado de cerca estoy complacido de ver que es acaso el mejor extranjero que tenemos, y que sostiene con celo el crédito y los intereses de la República en cuanto puede."

"..... Se me olvidó poner aquí también, como uno de los que nos son favorables, al Teniente Coronel don José Villamil, que si estuviera fijo, sería un buen agente."

"..... Deseo a U. salud y prosperidad, y soy y seré siempre de U. su verdadero amigo y deseoso servidor. g. b. s. m., Joaquín Mosquera.... Adición..... La fragata *Prueba* se encontró con un barquito que venía de Paita y ha oficiado que se va a entregar al Callao; en caso que no lo cumpla, sigue tras ella Lord Cochrane."

Volvamos a la relación de los sucesos de Cuenca. El notable Jurisconsulto señor doctor Manuel Arévalo fue nombrado para Teniente Asesor Letrado de la Gobernación, y el distinguido Prócer don León de la Piedra, Secretario de esa oficina (1).

Transcribimos el oficio de Sucre a Heres, en que trata de este asunto, llamando la atención hacia el último párrafo de dicho oficio.

"Cuartel General en Cuenca, a 4 de Marzo de 1822—12º—Sr. Coronel.—Tengo el honor de acompañar a US. los nombramientos de Teniente Asesor Letrado y Secretario del Gobierno de la Provincia, según las propuestas que US. me ha dirigido el 2 del presente."

"El Teniente Asesor gozará el sueldo que tenía en el Gobierno expirante, mientras disponga otra cosa S. E. el Presidente de la República, y hasta su aprobación se señala al Secretario trescientos pesos anuales."

"Para los dos subalternos de Secretaría, puede US. nombrar dos sujetos de su confianza, cuyas pagas serán asignadas, *con consideración a la suma escasez de fondos para las inmensas erogaciones que tiene sobre sí la Provincia.*—Dios &c.—Antonio José de Sucre."

En 5 de Marzo de 1822, el Cabildo informó al Gobernador Heres respecto del patriotismo y honradez del Regidor 1º don Manuel Chica y Astudillo, a fin de que se le confiase el cargo de Administrador de Tributos. El General Sucre aprobó el nombramiento hecho en la persona de aquel Regidor. En la parte final del oficio dirigido a Heres, en que consta dicha aprobación, se leen estas palabras: "...Relativamente al sueldo gozará como US. propone la mitad del que tenía su antecesor, siguiendo el Decreto del Gobierno para que a todo empleado se le socorra con la mitad de su haber, en tanto que lo exijan así las necesidades públicas."

La División auxiliadora del Perú, al mando del Coronel Andrés de Santa Cruz se componía: de los batallones *Trujillo* y *Piura*, de los *Granaderos* a caballo y de los *Cazadores*. En esta división se invertían para su subsistencia fuertes sumas de dinero. En un documento suscrito por el Coronel Santa Cruz, consta lo que sigue: "Razón de las cantidades de dinero que han tomado los cuerpos del Perú en el territorio de Colombia, en Febrero próximo pasado. (Viene, en seguida, el detalle de las sumas de dinero recibidas); y concluye: Según las partidas que anteceden, asciende a la cantidad de siete mil trescientos noventa pesos (S. Y.) el dinero

(1) Don León de la Piedra fué padre de don Manuel de la Cruz Piedra quien construyó el puente de cal y ladrillo llamado de *Todos Santos*, de un solo arco, sobre el río Tomebamba, en los años de 1848 y 1849. Don Manuel de la Cruz Piedra tenía conocimientos en Arquitectura, tanto que escribió un tratado intitulado "Nociones de Arquitectura Civil", cuyo manuscrito conservamos aunque incluso.

que ha tomado la División a mi mando en el territorio de Colombia.—Cuenca, Marzo 6 de 1822.” Debe advertirse en pro de la verdad histórica que dicha suma fue sacada de la de diez mil quinientos pesos que condujo de Loja don León de la Piedra.

Del pueblo cuencano, por medio de su Cabildo, se exigió, durante el mes de Marzo, en calidad de préstamo, que nunca se devolvió, gruesas sumas de dinero, las que fueron erogadas, en su mayor parte, no obstante las anteriores exacciones del Gobierno Español y la miseria consiguiente a que quedó reducida nuestra Provincia, después del retiro de Tórra con las tropas realistas.—Las exigencias del General Sucre al respecto constan de los acápites de un oficio dirigido por él al Cabildo en 12 de Marzo de 1822, en los que literalmente se dice:

“.....Nosotros tenemos unos cuerpos auxiliares del Perú, a los cuales es preciso abonarles en efectivo una parte de sus haberes calculada por ahora mensualmente en diez mil pesos. Ya estos cuerpos han pasado revista, y no se les ha socorrido en nada; es indispensable, pues, que V. E. agote cuantos arbitrios haya, para que del empréstito se pongan en Cajas los diez mil pesos, el día 14 lo más tarde. V. E. está facultado para obtenerlos por los medios que sea menester poner en ejercicio; y si la Junta Auxiliadora, no los franquea, perteneciendo a ella hacerlo, que se disuelva esta Junta, y V. E. reasumirá sus facultades....”

“.....Para que V. E. tenga más tiempo y meditación en sus medidas ulteriores, le indico que del mismo empréstito deben estar en Cajas veinte mil pesos el 1º de Abril, que con los otros ramos producirán los gastos en numerario de la División el próximo mes, que ha de estar continuando la campaña....”

El Ayuntamiento dictó las medidas del caso para reunir las cantidades de dinero pedidas por el General en Jefe de la División Libertadora; de manera que en 15 de Marzo había ya en la Caja Nacional una buena suma de dinero. Así aparece del oficio dirigido, en esa fecha, por Sucre al Gobernador, que dice: “Del dinero que US. me ha avisado que existe en Caja, dispondrá que se entreguen al Comisario de la División, Teniente León Tello, ocho mil pesos, para hacer algunos abonos a los Cuerpos en el mes presente. El completo de lo necesario para satisfacer a la División será poco más.—Dios, &.—A. J. de Sucre.”

De un documento que contiene el “Estado General de corte y tanteo, que demuestra los productos, gastos y líquido existente en las Cajas de Cuenca, por fin del año de 1822, con distinción de lo que pertenece a ramos propios, particulares y ajenos de Hacienda Pública”, suscrito en 31 de Diciembre de 1822 por el Gobernador Coronel Ignacio Torres, por el Contador Principal de Hacienda, don Antonio Soler y por el Escribano Mayor del Gobierno don León de

la Piedra, aparecen, entre los productos o ingresos de Ramos Particulares las partidas que siguen:

| | | |
|--------------------------|----|---------------|
| Donativo gracioso | P. | 8,306 |
| Préstamo Patriótico | id | 28,370,, 5 r. |
| Contribución Provisional | id | 16,907,, 3 r. |

Sumadas estas cantidades dan la de cincuenta y tres mil quinientos ochenta y cuatro pesos. Con ella contribuyó, pues, Cuenca, durante el año de 1822, fuera de los impuestos legales y de contribuciones en granos, ganado &, a contar desde el 21 de Febrero hasta el 31 de Diciembre, al sostenimiento de la División Libertadora que combatió en Pichincha, al del batallón *Bogotá* de la *Guardia*, comandado por el Coronel León Galindo, que vino a Cuenca después de dicha batalla, y al del *batallón del Sur*, compuesto todo él de cuencanos que fue a la campaña del Perú.

Los miembros del Cabildo Eclesiástico no fueron indiferentes al sistema de Gobierno Republicano implantado en Cuenca, con la venida de Sucre; y contribuyeron a la subsistencia de la División Libertadora con donativos en dinero, según aparece de los siguientes documentos:

“La copia que tiene el honor de acompañar a V. S. este Cabildo Eclesiástico, pone a la vista el esfuerzo que practica en obsequio de las Tropas Libertadoras. Díguese V. S. aceptar esta demostración, librando las providencias conducentes para que el Tesorero de Diezmos haga efectivo el donativo voluntario de los miembros de este Cuerpo que ofrecen a V. S. su consideración y aprecio.—Dios guarde a V. S. muchos años.—Sala Capitular de Cuenca, a 5 de Marzo de 1822.—Dor. José María de Landa y Ramírez.—Dr. José Mejía—Pedro Ochoa—José de Granda—Bernardino de Alvear—Dr. Juan Aguilar Cubillús.—Señor Comandante General y Gobernador Político de Cuenca.”

La copia a que se refiere el oficio que antecede es de este tenor:

“Sala Capitular de Cuenca, cuatro de Mayo de mil ochocientos veinte y dos.—Enterado del oficio pasado por el Gobierno, y considerado por este Venerable Deán y Cabildo cuanto conviene al orden concurrir por su parte a las miras de la Superioridad, ha venido en acordar lo siguiente:—El señor Maestrescuela doctor don Josef María de Landa ofrece contribuir hasta la pacificación de Quito, con todo el producto líquido de su renta, deducidos sesenta pesos mensuales para sus alimentos.—El señor Canónigo doctor don Josef Mexía ofrece treinta pesos mensuales, y por la notoriedad de las deudas que tiene contraídas sobre su renta, pone la condición de que no se le deje de dar la mesada de cuarenta pesos para su necesario alimento.—El señor Canónigo doctor don Pedro Ochoa ofrece treinta pesos mensuales.—El señor Prebendado Racionero doctor don Josef de

Granda ofrece treinta pesos mensuales, sin consideración a la numerosa familia que la sostiene por ser de la dependencia de su sangre.—El señor Medio-Racionero doctor don Bernardino de Alvear ofrece contribuir con todo el producto de su renta decimal, deducidos treinta pesos mensuales para sus alimentos, respecto de hallarse obligado a mantener a sus tres hermanas y criados.—El señor Medio-Racionero doctor don Juan de Aguilar ofrece contribuir con quince pesos mensuales hasta la pacificación de Quito, como lo ofrecen todos los demás señores presentes.—Con lo cual se concluyó este Acuerdo, y lo firmaron dichos señores por ante mí el presente Notario de que doy fe.—Dr. Landa.—Dr. Mexía.—Pedro Ochoa.—Granda.—Bernardino de Alvear.—Dr. Juan Aguilar Cubillús.—Ante mí.—Josef Izquierdo del Prado, Notario de Cabildo.—Está conforme a su original a que me refiero, y en fe de ello lo firmo en Cuenca, a cuatro de Marzo de mil ochocientos veinte y dos.—Josef Izquierdo del Prado, Notario de Cabildo.”

Con fecha 23 de Marzo de 1822, dirigió el Cabildo Eclesiástico al Gobernador Heres el oficio que sigue:

“Para identificarse este Cuerpo con las ideas del Gobierno manifestadas en oficio de 22 del corriente, ha dispuesto que el señor Deán de esta Santa Iglesia Catedral entregue de pronto la cantidad de mil pesos por donativo voluntario; y en la misma conformidad deje para los gastos del Estado las dos terceras partes de su renta, en atención a que no se considera deudor de la anualidad y media annata: mientras que no se cumplan los dos años de haberse posesionado del expresado Deanato.—Dios guarde cf.—Sala Capitular de Cuenca, Marzo 23 de 1822.”

Con motivo del fallecimiento del señor Obispo doctor José Ignacio Cortázar, hallábase el Obispado de Cuenca en sede vacante; y ejercía el cargo de Vicario Capitular, a principios del año de 1822, el doctor Mariano Isidro Crespo. Este Eclesiástico, en oficio dirigido al Coronel Heres, en 14 de Marzo, acompañándole una lista distributiva del empréstito entre el clero secular y regular de toda la Diócesis de Cuenca, decía: “.....Esta (habla de la lista) va mejorada con la adición de los Eclesiásticos de las Provincias de Loja, Guayaquil, Zaruma y Alausí, que hallándose bajo el mismo deber, deben contribuir a la felicidad del Obispado, y de consiguiente a la subvención de dicha División Libertadora: en cuya consideración, dirijo los despachos respectivos a los Vicarios de dichas Provincias para su más exacto cumplimiento.”

“.....Por lo tocante a esta Provincia, el recaudador comisionado, que lo es el Vicerrector doctor Custodio Veintemilla, sabe que no se les debe dar más tiempo, después de la intimación, que el de dos días.”

“En cuanto a la asignación hecha a los Curas Rectores es igual a la que me indica V. S.; y quisiera yo que se me admitiese una libranza de quinientos pesos de réditos

vencidos contra los bienes del doctor Noboa, para manifestar mejor los vehementes deseos de cooperar a la defensa de la Patria y de la Religión.—Dios &.—Mariano Isidro Crespo.”

Según la lista enviada al Coronel Heres por el Vicario Capitular, la cantidad con que debía contribuir el Clero de la actual provincia del Azuay, de la de Loja, de Zaruma, de Alausí, de la provincia de Guayaquil, inclusive Manabí, ascendía a la suma de veinte y tres mil setecientos veinte y siete pesos. Dicha lista contiene los siguientes curiosos datos estadísticos: en 1822, habían en la provincia del Azuay, cincuenta y cinco Presbíteros, inclusive Canónigos, dos conventos de monjas y cuatro de frailes: en la provincia de Loja, diez y ocho Presbíteros y dos conventos de frailes: en Zaruma, cuatro Párrocos: en Alausí, igual número; y en las actuales Diócesis de Guayaquil y Manabí, veinte y cuatro Presbíteros, y en la ciudad de Guayaquil, cuatro conventos de frailes.

Debemos advertir que no hay en los documentos de los archivos de la Gobernación y de la Municipalidad, constancia de que el Clero de Guayaquil, Loja y Zaruma hubiesen contribuído con suma alguna en dinero para el sostenimiento del Ejército Libertador, durante su permanencia en Cuenca.

El doctor Mariano Isidro Crespo, en su carácter de Vicario Capitular, dirigió sendas circulares a los Vicarios Foráneos de la Diócesis Conquense, exhortándoles a que en sus respectivas vicarías, cuiden de la pronta recaudación de la suma que debían erogar los eclesiásticos en ellas residentes, para la subsistencia de la División Libertadora.

He aquí la circular dirigida al ilustre doctor Francisco Javier Garaicoa (1), Vicario de Guayaquil, que después fue Obispo de la Diócesis del mismo nombre y luego Arzobispo de Quito.

“Nos el doctor Mariano Isidro Crespo y Neyra, Cura Rector más antiguo de esta Santa Iglesia Catedral, Protector Nato de la Junta Filantrópica, Conciliario del Seminario, Examinador Sinodal, Provisor y Vicario Capitular de este Obispado Sede-vacante &. Por cuanto se ha servido la Divina Providencia evacuar esta Provincia de la impía División que, a nombre del Gobierno Español, la ocupaba, y a su consecuencia la ha entregado a la justa y benéfica Dominación de la División Libertadora, mandada dignamente por su nunca bien celebrado General Antonio José de Sucre. Por tanto, y en atención a que dicha División necesita de los indispensables auxilios de su subsistencia en mérito de los altos sacrificios a que generosamente se ha destinado por los sagrados bienes de la Religión, y de la Patria, hemos deliberado despachar oportunamente esta circular al Venerable

[1] El Arzobispo Garaicoa fue hermano de la célebre Doña Manuela Garaicoa, madre de Abdón Calderón.

Cuerpo de Párrocos y Eclesiásticos de esa Provincia, cuya lista se acompaña, encomendando su cumplimiento a nuestro Vicario doctor Francisco de Garaicoa, para que con el celo de su conducta religiosa y nobles sentimientos de patriotismo ponga en consideración de los supracitados, que el auxilio de empréstitos afianzado con los Ramos del Tesoro Público que se exige, tiene por objeto no sólo el establecimiento del Gobierno libre e independiente, cuya justicia se halla acimentada en los irremarcables derechos que le apoyan; que por decirlo así, se ha esclarecido tanto que no están ocultos aun a la penetración del más incivil pastorcillo; sino también al de conservar, pura e indemne de todo error la Religión Sacrosanta de Jesucristo, de que nos gloriamos profesar, y que bañados en lágrimas la hemos visto en nuestros días atacada y ultrajada hasta el extremo, en sus dogmas, en su disciplina, en sus altares y en fin en sus ministros por los libertinos y heréticos Jefes y soldados satélites del Gobierno usurpador. En cuyo mérito y aunque estamos lejos aun de presumir remotamente que algún párroco o eclesiástico de aquella provincia se niegue a prestar la cantidad que con suma equidad se la hemos designado, facultamos a dicho nuestro Vicario para que al delincuente aplique el duplo de la asignación, y proceda a hacer efectiva su recaudación, sacando prendas equivalentes, y vendiéndolas en el acto sin admitir efugios que la entorpezcan, y cubriendo el trabajo de oficiales, que entiendan en este Ramo por vía de costas.—Que es dado en esta ciudad de Santa Ana de Cuenca, a catorce de Marzo de mil ochocientos veintidós.—Mariano Isidro Crespo.—Por mandado de su Señoría.—Manuel de Ortega, Notario Público.—Es fiel copia de su original.—Ortega.”

El doctor Cayetano Cisneros, Cura de Gualaceo, quien debía dar, por vía de empréstito, la suma de quinientos pesos, dirigió el oficio que sigue:

“Sor. General del Sur Antonio José de Sucre.—Gualaceo, Marzo 18 de 1822.—No teniendo la más mínima parte de la cuota que se me ha impuesto, por vía de empréstito, por mis Superiores, para el auxilio del Ejército Libertador, ofresco a V. S. un negro esclavo, llamado Tomás, como de treinta años de edad, de buena talla, que puede servir de soldado en la infantería o caballería, el que lo tengo en el pueblo de Chunchi de la Provincia de Alausí, única cosa que he podido escapar de las garras de los españoles a fuerza de ocultarlo; para cuya entrega acompaño a V. S. el adjunto libramiento. Remito, además, veinte camisas de tocuyo y cuatro pantalones de sana para el vestuario de las tropas, asegurando a V. S. de buena fe que si tuviera otra cosa la franquearía con la misma buena voluntad con que soy de V. S. el más afecto y atento servidor y Capellán q. s. m. b.—Dr. Cayetano Cisneros.”

Al margen del oficio preinserto, se encuentra escrita de

puño y letra del Coronel Heres, la contestación que se le envió al Presbítero Cisneros, cuyo tenor es:

“El Gobierno no necesita esclavos que tomen las armas.— Las prendas de vestuario que U. remite se admiten por su valor legítimo, según avalúo que se ha hecho de ellas.— Vuelve la orden que U. remitió para que ingresase al ejército su criado, porque, se lo repito, no lo necesitamos. Interesa sí que U. cumpla con lo que se le ha asignado, descontando de la suma el valor de las mencionadas prendas.— Sirva de contestación a su nota de 18.—Dios &.

La donación del doctor Cisneros no fue aceptada, porque había ya tendencia a la abolición de la odiosa esclavitud, como contraria a los más obvios principios del Derecho Natural; pero sí fue admitido por el General Sucre el obsequio que le hizo el Presbítero cuencano don Gelacio Pacheco de un robusto y hermoso caballo que valía doscientos pesos [suma equivalente ahora a dos mil sucres]. Es más que probable que en tan valioso corcel hizo el benemérito General Sucre su entrada triunfal a la antigua Capital de los Sshiris, después de la espléndida victoria que obtuvo en las accidentadas faldas del Pichincha.

Deseoso el Jefe de la División Republicana de suprimir el Estanco de Aguardientes, que se hallaba establecido en tiempo de la Colonia, consultó al Cabildo acerca de la manera de compensar la pérdida que dicha supresión ocasionaría a la Hacienda Pública, con lo que produciría otro impuesto que se crease sobre dicho artículo. El Cabildo respondió a la consulta: que sería conveniente sacar a remate, por vía de arrendamiento, el estanco de aguardientes, durante sólo un año, siempre que hubiese postor que sufrague doscientos cincuenta pesos mensualmente; siendo obligación del rematador o arrendatario pagar a los productores de aguardiente o *trapicheros* (que así se llamaban) veinte pesos por cada botija de aguardiente resacado, y catorce pesos por la del ordinario; y no poder exigir a los consumidores mayor precio que el de ocho reales por el frasco de aguardiente de primera clase, y el de cuatro reales por el de segunda. Debían también los rematadores conceder licencia para la venta de aguardiente a los *nomíados tercenistas*, los que tenían que pagar cada mes dos reales de pensión a favor de las *Cajas de la República* y ramo de alcabalas.

Caso de no admitirse este arbitrio por el Gobierno, propuso el Cabildo que se estableciese el siguiente impuesto sobre el aguardiente: que todos los *trapicheros* paguen dos pesos por cada botija de aguardiente de primera clase, y uno por el de segunda que destilaren en sus haciendas; y que todos los tercenistas, previa la respectiva licencia, paguen dos pesos mensuales por el expendio o venta de aguardiente.

Puestas en conocimiento del Brigadier Sucre las medidas que, según opinión del Cabildo, debían adoptarse respecto del ramo de aguardiente, no las aceptó dicho General.

Pero tomando en cuenta que debía conciliarse el bienestar de los ciudadanos con las contribuciones indispensables para sostener la existencia, seguridad y defensa del Estado y teniendo presentes las Leyes y Estatutos de Colombia, dictó Sucre, con fecha 10 de Marzo de 1822, un decreto que se publicó por bando, y contenía los siguientes importantes artículos:

Se suprimió el Estanco de Aguardientes creado por el Gobierno Español, quedando, por lo mismo, libre la elaboración y venta de dicho artículo, pero como era justo que los dueños de haciendas de caña de azúcar contribuyesen con una parte de sus rentas para atender a las necesidades del Estado, se dispuso que los dueños de trapiches y fabricantes de aguardiente, previo arreglo con el Tesorero de Hacienda, paguen una pensión, en virtud de la cual podían destilar y vender libremente sus licores, de conformidad con las leyes del Congreso General de Colombia.

Se abolió la pesada y degradante carga que, con el nombre de *Tributos*, pesaba sobre los indios. Estos que constituían la clase más desgraciada y numerosa de la América Latina debían ser considerados como ciudadanos de Colombia. Sin embargo, atendiendo a que las necesidades públicas y los gastos de la guerra exigían el cobro de las rentas atrasadas, y mientras se organizara un nuevo sistema rentístico o de Hacienda, se dispuso que se cobrasen los rezagos de los *tributos*, correspondientes a los años de 1820 y 1821, con la rebaja de una tercera parte, con el objeto de aliviar, algún tanto, la calamitosa situación económica de los indios.

Se encargó al Gobernador de la Provincia que dictara las medidas conducentes a que sólo se cobren las dos terceras partes de aquella odiosa capitación personal; y a que los recaudadores de los *tributos* se manejen con la debida pureza, bajo su más estricta responsabilidad.

Se eximió, igualmente, a los indios del pago de los tributos, correspondientes a los meses de Enero y Febrero del año de 1822; quedando aquellos, desde la fecha del Decreto (10 de Marzo de dicho año), en el mismo pie de igualdad que los demás ciudadanos de Colombia.

Se ordenó que todos los deudores de la Hacienda Pública se presentasen, durante el curso del mes de Marzo, en Tesorería a liquidar sus cuentas; y que todos los Administradores de rentas nacionales hiciesen igual liquidación en el término de ocho días.

Por haber espirado el plazo que se concedió para que regresen a la ciudad los empleados que emigraron con el enemigo, se declararon vacantes los destinos que aquellos desempeñaban; y se dispuso que tuviesen opción a dichos cargos, los ciudadanos más aptos y que estuvieren adornados de las cualidades de honradez, de patriotismo y de obediencia y fidelidad al Gobierno y a las Leyes de la República.

Habiéndose vencido, también, el término que se señaló

a fin de que los emigrados retornasen a sus casas, y deduciéndose de esto que aquellos tenían la resolución de abandonar el país, se ordenó que los depositarios de los bienes de los emigrados, o parientes de los mismos, presenten al Gobernador una relación jurada de dichos bienes; entendiéndose que, si pasados ocho días, no hubiesen cumplido con esa orden, el Gobierno quedaba autorizado para proceder al embargo de los mencionados bienes, y para imponer una pena arbitraria a los que los tuviesen en depósito.

Conociendo el previsor General Sucre la necesidad de crear un cuerpo de Milicias Nacional, "sobre cuyo celo y patriotismo descansa el Gobierno para la seguridad interior de la Provincia", necesidad tanto más urgente, cuanto que las tropas de línea que guarnecían la ciudad, iban a marchar al teatro de las operaciones militares en la provincia de Quito, expidió, en 10 de Marzo de 1822, un Decreto que conía las disposiciones que siguen:

Levantar un batallón de infantería, compuesto de ocho compañías, y dos escuadrones de caballería, con dos compañías cada uno de ellos.

Distribuir las compañías en todos los pueblos de la Provincia, según el número de habitantes de cada parroquia, para que, de esta manera, fuese más fácil la formación de las compañías y la instrucción de éstas.

Todo ciudadano, desde la edad de quince a cuarenta y cinco años, debía alistarse en la *Milicia Cívica o Nacional*, y gozar de los privilegios concedidos a los miembros de esa Institución por las Leyes de la República.

Se encargó al Gobernador de la Provincia la organización de los cuerpos de Milicia; y se ordenó que ante dicho Magistrado, se presentasen, con el plazo de diez días, todos los ciudadanos que fueron elevados a la categoría de oficiales, en los meses de Noviembre y Diciembre de 1820, (época en la que Cuenca se mantuvo independiente del Régimen Español, en virtud de la Revolución del 3 de Noviembre de dicho año), por el Gobierno que entonces rigió esta Provincia, con el objeto de que los que se presentaren con ese carácter, fuesen preferidos en la colocación de las compañías de la Milicia, según sus servicios y aptitudes.

En el artículo 5º del Decreto, de que nos ocupamos, se hace la salvedad de que el Gobierno de Colombia no está obligado a reconocer los actos del Gobierno que rigió la Provincia de Cuenca, durante los meses de Noviembre y Diciembre de 1820, por no haberse establecido en ella la Ley Fundamental de Colombia (desconocimiento, según nuestro criterio, arbitrario y tardío). A pesar de esta declaratoria, tomando en cuenta que los ciudadanos que, en aquella época, desempeñaron cargos públicos, no tuvieron otra mira que la loabilísima de servir a su Patria, se invitó a dichas personas para que continuasen prestando sus servicios, ya en los

ramos de administración, ya en los militares, siempre que su conducta hubiese sido fiel y honorable. Respecto de los militares, a quienes se les hubiese considerado como veteranos, se ordenó colocarlos en los cuerpos de línea, si voluntariamente quisiesen ingresar en ellos para ir a la campaña, previo examen acerca de idoneidad y competencia; debiendo los demás ser colocados en la Milicia Nacional.

Se dispuso, por último, que se forme un Reglamento para la formación de la Milicia Nacional, determinando el número de sus plazas, los empleados veteranos que fueren necesarios para la instrucción de los milicianos, el método con que debían disciplinarse, sus uniformes, las medidas para armarlos, y todas las demás tendientes a conseguir que los cuerpos *Cívicos* sean una garantía eficaz para la defensa y seguridad interior de la Provincia.

Para que se conozca el carácter del Coronel don Luis de Urdaneta, Jefe del batallón Trujillo, que se encontraba en Cañar, y como documento raro, cerraremos este capítulo, reproduciendo una carta íntima escrita por dicho Coronel a su compatriota y amigo el Coronel don Tomás de Heres.

“Cañar y Marzo 12 de 1822.—Mi querido Tomás, ya te he dicho de oficio lo que hay sobre diezmos y el Alcalde está enterado de todo.”

“El recibo de Reygada de los dos caballos de Guayrapongo es una picardía del Administrador de la Hacienda, por lo cual le dí el otro día *una paliza* y pienso darle otra por pícaro. Los caballos de que consta el recibo son dos potros que le quité hasta que me entregase los buenos que sé positivamente los tiene, pero como es *una alma de cántaro* nos ha querido embrollar a tí y a mí.”

“Supongo que habrás hablado al General por León [se refiere al Coronel León de Febres Cordero, que vino también en la expedición de Santa Cruz], pues ya has visto su carta, luego que me desocupe se la contestaré y te la mandaré a tí para que se la remitas.”

“Hoy me han traído a los *Pájaros* de Guayrapongo, pero como tienen pasaportes tuyos los he dejado en libertad, y les he prevenido se marchen a esa, sin custodia. Mañana lo verificarán.”

“Te remito los papeles que tengo en mi poder, no dejes de mandarme los que vengan, para tener en que distraerme un rato.”

“Reygada lleva las mulas que trajo Llerena y tres caballos de los colectados aquí; y es imposible conseguir más, a pesar que los hay muy buenos, porque los han refundido donde ni el *Demonio* dá con ellos.”

“Si ha llegado Naranjo te encargo de nuevo lo tengas en tu casa, y que no te olvides de mi caballo de Loja.—Adiós y cuenta siempre con tu Luis.”

CAPITULO XI.

Remesas de granos para la Proveduría Militar.—Hospital Militar.—Auxilios que se prestaron a una columna de trescientos hombres que vino, por el camino de Naranjal, a engrosar la División Libertadora.—Erogaciones en dinero de los Cabildantes.—Donativo de don Manuel Rada, Alcalde de primer voto.—Cabildo ampliado del 17 de Marzo de 1822, para recolectar dinero.—Donativo de la Villa de Zaruma.—Nueva distribución de empréstitos.—Creación de la Corte Superior de Justicia en Cuenca, por Decreto dado por Sucre en 20 de Marzo de 1822.—Instalación de la Corte.—Discursos pronunciados por Sucre y el Presidente del Tribunal, con motivo de esa instalación.

Habiendo comenzado la remesa de granos para la Proveduría Militar, de parte de los pueblos anteriormente mencionados y de otros, como Gualaceo y Guachapala, ordenó el Cabildo, en 9 de Marzo, que el Proveedor diese noticia de las remesas, no sólo al Gobernador, sino también a dicha Corporación, la que quería tener a la vista los ingresos de los granos y existencias del ganado destinado a la subsistencia de las tropas, exigiendo razón individual al Proveedor.

El ejército se hallaba sin raciones, por falta de numerario. Para subsanar este gravísimo inconveniente, el Cabildo ordenó al Comisionado que, mientras se colectase dinero, tomase al fiado todos los artículos aplicables a la Proveduría Militar, a precios de plaza, bajo los respectivos comprobantes que acrediten la realidad de los préstamos, para el reintegro correspondiente; debiendo incluir en ellos las partidas de leña que venían de los pueblos de Baños, Sayausí, Racar, Patamarca y otros lugares que abastecían de dicho artículo.

El Hospital de esta ciudad, sito en la que ahora es casa de los herederos del finado Dr. Manuel Eloy Salazar, se hallaba bajo la dirección de los P. P. Betlemitas, Congregación Religiosa de origen americano. Habiéndose restituído el P. Perfecto, que se encontraba ausente, a dicho Hospital, ordenó el Cabildo, con fecha 11 de Marzo, que haciéndose cargo de las casas conventuales y de los fondos asignados para la conservación de ellas, informe dicho Perfecto acerca de las necesidades de los enfermos militares que estuviesen en el Hospital; y pase la nómina de los deudores de réditos a este Establecimiento, a efecto de obtener su pronta recaudación; y de proveer favorablemente una solicitud del Administrador del Hospital, relativa a que se le auxilie con setenta pesos mensuales de la Tesorería de Diezmos.

A petición verbal del General Sucre, quien dió noticia de que venía a engrosar el Ejército Patriota, por la vía de

Naranjal, una columna de trescientas plazas, el Cabildo, para su traslación y relativa comodidad, por un camino fragoso, lleno de pantanos y desierto, con fecha 11 de Marzo, dictó las siguientes resoluciones:

Que se dirijan sendos oficios a los Cabildos de los pueblos del Valle, Paccha, Sidcay y Baños, a fin de que designen comisionados que marchen, con el número de indios que fuere necesario, para hacer construir chozones adecuados para el alojamiento de trescientos hombres, en los lugares denominados Paguancay, Chacayacu, Migüir, Quinuas y Sayausí.

Nombró a don Antonio Guerrero para que, en calidad de Proveedor General, y con los subalternos necesarios, haga la recepción de la tropa, con trescientas raciones de toda especie, en cada uno de los puntos en que debían construirse las *pascanas* (casas de tambo provisionales).

Ordenó a los *mandones* de Molleturo que apronten veinticuatro reses, y las coloquen, proporcional y oportunamente, en cada una de las *pascanas* para racionar a la columna; y que tengan listas treinta bestias caballares o mulares, para ponerlas a disposición del Comandante de la división en marcha.

Ofició al Proveedor del Ejército para que envíe a los diversos chozones, bien acondicionadas y empaquetadas, dos mil cien raciones de toda clase, divididas en trescientas partes; y por último dispuso que el Teniente Político de Sidcay Luis Ayora remita junto con 25 mulas de la propiedad de éste, las más que pudiese requizar en aquella parroquia, para que sean enviadas, en unión de los bagajes que se hallaban depositados en poder de los comisionados del Gobierno, al encuentro de la tropa que venía de Naranjal a Cuenca.

A esta tropa se refiere, sin duda, don Camilo Destruge, cuando dice que: "A las fuerzas reunidas en Cuenca fue a agregarse un nuevo contingente de trescientos hombres, conducido por el Coronel Illingworth, quien salió de Guayaquil con esa columna, por el camino de Naranjal, en los primeros días de Marzo."

No podemos asegurar que el Coronel Illingworth hubiese conducido en persona esa Columna a Cuenca. Lo más probable es que dicho Coronel se limitó a dictar las medidas tendientes a la traslación de ella, porque este Jefe quedó en Guayaquil encargado por Sucre para que se entendiese en enviarle todos los auxilios de hombres que viniesen de Colombia, después que Sucre salió de Guayaquil para emprender la campaña sobre Cuenca.

En sesión de 14 de Marzo, los miembros del Cabildo erogaron, por vía de empréstito, para atender a las necesidades de la División Libertadora, las sumas que constan del cuadro siguiente:

El Alcalde de segundo voto, don Bartolomé Se-

| | |
|-------------------------------------------------------------------------------------------|--------------|
| rrano, por empréstito, cincuenta pesos | P. 50 |
| El Regidor don Manuel Chica, con la calidad de donativo gracioso y voluntario, cien pesos | „ 100 |
| El Regidor don José de la Vega, por empréstito, veinticinco pesos | „ 25 |
| El Regidor don Carlos Sélleri, idem, idem | „ 25 |
| El Regidor don Antonio Carrión, id, id | „ 25 |
| El Regidor don Manuel Ochoa, por empréstito, cincuenta pesos | „ 50 |
| El Regidor don José Astudillo, por empréstito, cincuenta pesos | „ 50 |
| El Regidor don Manuel Veintemilla y Balderrama, por empréstito, cincuenta pesos | „ 50 |
| El Procurador General doctor Salvador de la Pedrosa, por empréstito, veinticinco pesos | „ 25 |
| El Secretario del Cabildo, don Mariano Gómez, por empréstito, ciento diez y seis pesos | „ 116 |
| | Suman P. 516 |

La cantidad reunida, o sea, la de quinientos diez y seis pesos, fue enviada a la Caja del Tesoro Público para su ingreso en el ramo respectivo; dándose noticia de este particular al Gobernador de la Provincia, como también la de que por ausencia no se habían consignado todavía las siguientes cuotas:

| | |
|---------------------------------------------------------------------|--------------|
| El Alcalde de primer voto electo, don Manuel Rada, quinientos pesos | P. 500 |
| Don Juan Arteaga, veinticinco pesos | „ 25 |
| El Procurador, doctor Miguel Malo, cien pesos | „ 100 |
| | Suman P. 625 |

El único miembro del Cabildo, a quien no se le exigió el empréstito, por hallarse reducido a extrema pobreza, fue el Regidor don Juan Domingo Gómez de Arce.

De justicia nos parece consignar aquí los nombres de los patriotas Cabildantes que actuaron en el año de 1822; pues al Ayuntamiento se debieron todas las medidas y auxilios para el sostenimiento, aumento y traslación de las tropas republicanas:

Presidente, el Alcalde de Primer voto que se posesionó en el cargo el 15 de Marzo de dicho año, Dn. Manuel Rada.

El Alcalde de segundo voto Dn. Bartolomé Serrano.

| | |
|------------|-----------------------------------|
| El Regidor | Dn. Manuel Chica y Astudillo |
| Id | Dn. José de la Vega y Veintemilla |
| Id | Dn. Carlos Sélleri |
| Id | Dn. Antonio Carrión |
| Id | Dn. Manuel Ochoa |
| Id | Dn. José Astudillo |
| Id | Dn. Manuel Veintemilla Valderrama |

| | |
|---------------------------|-------------------------------------|
| Id | Dn. Juan Domingo de Arce y Villamil |
| Id | Dn. Juan Arteaga |
| El Procurador General | Dr. Salvador de la Pedrosa |
| El Procurador | Dr. Miguel Gil Malo |
| El Secretario del Cabildo | Dn. Mariano Gómez. |

Tan escasos de dinero se hallaban los cuencanos a consecuencia de las exacciones de que fueron víctimas de parte de las autoridades españolas, a raíz de la rota de las armas republicanas en Verdeloma, las que pretendieron *pacificar* el territorio, cometiendo todo género de abusos y tropelías, que hubo individuo, que como don Juan Francisco González y Molina, no pudiendo dar dinero en préstamo, dió un jarro de plata.

El Presidente del Cabildo don Manuel Rada se hallaba en igual caso; de manera que para cumplir con la oferta que había hecho de dar quinientos pesos, sólo dió doscientos pesos en dinero, y el resto en alhajas de oro y plata, hasta completar dicha suma.

Todos los medios imaginables se pusieron en práctica para reunir dinero con que racionar a las tropas y atender a las necesidades del ejército. Uno de ellos acordado por el Cabildo en 16 de Marzo, fue el de hacer citar con el portero, a fin de que concurren, a las ocho de la mañana del día siguiente, a todas las personas notables, cuya lista se le pasó, con el objeto de que, en unión de los Cabildantes, designen los individuos que estuviesen en aptitud de prestar dinero.

Los concurrentes al Cabildo ampliado para el referido objeto fueron veintinueve, cuyos nombres constan en el acta capitular de 17 de Marzo de 1822, que sería prolijo y cansado enumerar; y las diversas cantidades que cada uno de ellos debía dar en préstamo ascendió a la suma de seiscientos cincuenta pesos.

La villa de Zaruma se mostró siempre muy adicta a la causa de la Independencia. El patriotismo de ese pueblo se manifestó, en la época de que nos ocupamos, con un oficio dirigido por su Ayuntamiento al Cabildo de Cuenca, con fecha 11 de Marzo, en el que pedía que se le remitiesen costales para enviar trescientas arrobas de arroz, que se hallaban listas en el pueblo de Yúlug, destinadas a la Proveeduría del Ejército Libertador. Nuestro Cabildo, como era natural después de agradecer tan valioso donativo, ordenó, en sesión celebrada en 19 de Marzo, que se le remitiesen los costales pedidos; y dictó las providencias del caso, para que los pueblos del tránsito cooperasen a la conducción de ese artículo.

Mención especial se hace, en el acta capitular de la fecha últimamente indicada, del ciudadano Gregorio Peñafiel por haber donado diez pesos para compra de sal, artículo

que el Proveedor Francisco Barahona necesitaba urgentemente para racionar a la tropa.

Nueva distribución de empréstitos, por la cantidad de cuatrocientos setenta y ocho pesos, se hizo, entre veinticinco personas, en la junta capitular, verificada el 27 de Marzo. Según esa distribución, don José María Borrero, en su calidad de albacea la testamentaria del finado don José Seminario, debía dar cien pesos, y don Fernando Baquero de Azogues, igual suma. Al español don Vicente Arriaga se le señaló como empréstito la suma de quinientos pesos. El mismo había contribuido, anteriormente, con cincuenta reses de un ható de su propiedad para la carnicería de la División Libertadora.

El General Sucre, no sólo era un hábil y consumado militar, como lo manifestó, después, triunfando en Pichincha y Ayacucho, sino también un buen gobernante, pues se preocupó de atender debidamente a la administración política y judicial de esta Provincia, en el corto espacio de tiempo que permaneció en Cuenca 21 de Febrero a 12 de Abril inclusive de 1822.

Prueba palmaria de lo que acabamos de expresar es el Decreto que expidió, en 20 de Marzo, creando en esta ciudad la Corte Superior de Justicia; pues conocía que la principal misión del Estado es la tutela del orden jurídico, o sea, la realización del Derecho. Veía, además, que la recta administración de justicia, fundamento del orden, y la paz que deben imperar en las naciones, se ballaba en completa acefalía entre nosotros, con motivo del funesto y tiránico sistema adoptado por las autoridades españolas, para *pacificar* (tal era la palabra que por sarcasmo empleaban) las comarcas azuayas, después del desastre de Verdeloma. Tales fueron las razones principales del Decreto mencionado, cuyo tenor literal es el que sigue:

“Antonio José de Sucre, General de Brigada, Encargado del Gobierno en el Departamento de Quito, &.

“Teniendo en consideración la necesidad de un Tribunal de Justicia, en donde los ciudadanos de estas Provincias eleven sus quejas, y reparen los agravios que en sus determinaciones les infieran los Jueces inferiores; atendiendo a que la Corte Superior de Justicia determinada por el artículo 8º del Reglamento de 12 de Octubre del año 21 para el Departamento de Quito, residiendo en Popayán, se halla a una distancia inmensa por la única comunicación que existe, estando las demás interrumpidas por el enemigo; y hallándome autorizado por S. E. el Libertador Presidente por sus instrucciones de Enero próximo pasado organizar las Provincias que se vayan libertando en el Sur de la República del modo que sea más conveniente al País, cuando las instituciones de Colombia no les sean adaptables por las circunstancias, he decretado.”

“1º—No habiendo actualmente en esta Provincia sufi-

ciente número de Letrados para formar una Corte Superior de Justicia en los términos de la Ley, se establecerá en esta ciudad, por ahora, una Corte de Justicia compuesta de tres Ministros y un Fiscal.”

“2º—Las facultades de esta Corte serán las designadas en el citado Reglamento de 12 de Octubre de 1821, relativamente al conocimiento de causas civiles y criminales.”

“3º—La Jurisdicción de esta Corte comprende el territorio, desde los límites de la República en el Sur, hasta los pueblos hacia Quito que se vayan libertando.”

“4º—Ocupada la Capital de Quito, e instalada en ella la Corte Superior del Distrito del Sur, conforme a la Ley, cesará en sus funciones la que establece este Decreto.”

“5º—Los Ministros de la Corte de Justicia serán: los señores doctor Salvador de la Pedrosa, doctor José María Lequerica, doctor Miguel Malo y Fiscal el doctor Agustín Celi.”

“6º—La Corte de Justicia quedará instalada desde el 22 del corriente, a cuyo efecto se harán las comunicaciones a quienes corresponda.”

“Comuníquese, circúlese y publíquese en la forma de estilo.—Cuenca, a 20 de Marzo de 1822.—12º—Antonio José de Sucre.—El Edecén Secretario, E. Borrero.—Se publicó en la forma de estilo en el propio día.—Illescas.”

La casa en que se estableció el despacho de la Corte de Justicia fue la del ciudadano Santiago de la Cruz Lozano, y en dicha casa se instaló solemnemente el Tribunal, según aparece del acta que vamos a insertar:

“En la ciudad de Cuenca, a 26 de Marzo de 1822. Reunidos a consecuencia del Decreto siguiente.” [Aquí el Decreto de 20 de Marzo, que acabamos {de insertarlo}].

“En la sala destinada para el establecimiento del expresado Tribunal, los señores General de Brigada y Comandante General de la División del Sur Antonio José de Sucre, como Encargado del Gobierno del Departamento, presidiendo el acto, doctor Salvador Pedrosa, Presidente de la Corte de Justicia, doctor Miguel Malo, Ministro nombrado de ella; y no habiéndose podido instalar el día señalado en el anterior Decreto, por justos inconvenientes, y sin asistencia de los otros dos Ministros nombrados doctor José María Lequerica y Fiscal doctor Agustín Celi, por hallarse legítimamente impedidos, en presencia del Estado Mayor, Oficialidad de la División, Cuerpos de Escribanos y Procuradores y un numeroso Pueblo, el Señor General Pronunció el siguiente discurso”:

Señores: Al entrar en este recinto augusto de donde la Justicia va a extender su mano benéfica hacia las Provincias que la República ha encargado a mi dirección, yo siento en mi alma el santo respeto que inspiran el honor y las Leyes a los ciudadanos a quienes la suerte ha puesto en sus manos la espada que defienda la inocencia

y la Patria.—Contemplando que hoy existe en Cuenca un Tribunal en que el Poder encuentra un dique contra el abuso de la autoridad, me hallo como transportado cerca del altar de la Justicia, y tributándole, con este homenaje, los deberes de un Jefe Republicano hacia los Pueblos que manda para procurarles su bien y su dicha; mi corazón está quizá más satisfecho, que si me hallase en el momento colocado en el Temblo de la Victoria.—Señores Ministros: el depósito que Colombia os confía es un sagrado depósito. Delante de Dios y de los hombres teneis una responsabilidad inmensa para administrarlo, pero él os procura una gratitud y una consideración también inmensa de vuestros compatriotas, si la rectitud y la imparcialidad os guían siempre. Recordad, Señores, que el Código de Colombia que os ha entregado la aplicación de las Leyes, ha costado a la República doce años de sangre y de sacrificios sobre los cuales se ha levantado la igualdad y la libertad. Recordad siempre que este Código inviolable hace unos mismos, delante de vosotros, *los derechos del más desventurado y del más favorecido ciudadano.*”

“Concluída esta arenga, el Señor General Presidente procedió a recibir el juramento a los señores Ministros presentes, quienes lo prestaron por Dios nuestro Señor y una señal de Cruz, puesta la mano sobre los Santos Evangelios y la Constitución, en la forma siguiente. *¿Jurais a Dios Nuestro Señor y prometéis a Colombia cumplir fielmente los deberes de vuestro Ministerio, defender y sostener la Constitución del Estado, sancionada por el Congreso General de la República y observar sus leyes?* A que respondieron: *Si juramos. Pues si así lo hicieréis, Dios os premie, y si no os lo demande: a que contestaron. Amen.*”

“Acabado el juramento, el señor General Presidente dijo: “Señores: La Corte de Justicia de las Provincias del Sur queda instalada”, e inmediatamente levantándose del asiento preferente que ocupaba, lo cedió al señor Ministro Presidente de la Corte, quien pronunció luego, el discursosiguiente”:

“Señor: Las ilustres operaciones de V. S. sobre este suelo son tan enérgicas, que hasta en mis rudos órganos forman la debida impresión. Hoy mismo tiene V. S. la bondad de elevarnos a este Tribunal de Justicia que se acaba de instalar, colocándonos en la alta clase de sus Ministros: nos hace ver la inmensa responsabilidad que tenemos ante Dios y los hombres, por el sagrado depósito que pone en nuestras manos: nos estimula a la rectitud e imparcialidad con que debemos conducirnos, teniendo presente, que si el Código de Colombia nos entrega la aplicación de sus Leyes, ha costado esto doce años de sacrificios. Confesamos, Señor, que nuestras fuerzas son insuficientes para sostener tan grave peso; sólo la obediencia pudo conducirnos hasta el punto de querer superar barreras impenetrables a la limitación de nuestros conocimientos: tememos demasiado formar un bo-

rrón deforme sobre el magnífico cuadro en que se van estampando las heroicas hazañas de V. S., aunque los defectos del entendimiento nunca deben imputarse a nuestra voluntad. Verdad es que deseamos, con ardor, que nuestras operaciones correspondan de algún modo a la pureza y candor de los sentimientos de V. S. Haremos cuanto esté de nuestra parte para no obscurecer la gloria del Comisionado de la República para esta dirección: practicaremos de modo que todos queden persuadidos en que son unos mismos los derechos del más desventurado como del más favorecido de los ciudadanos. Y dirigimos nuestros votos al Cielo para lograr el honor de transmitir a las generaciones futuras el recomendable nombre de V. S. Entre tanto: el pueblo que al frente nos escucha y esta Corte de Justicia que acaba de instalarse, rinden al Excelentísimo señor Libertador, a V. S. y a los Señores Oficiales que lo acompañan las más debidas gracias."

Con lo cual se concluyó este acto que firmamos el señor General Comisionado, los señores Ministros de la Corte y los Escribanos Públicos que certifican.—Antonio José de Sucre.—Salvador de la Pedrosa.—Miguel Malo.—Ante nos.—Juan Izquierdo del Prado, Escribano Público, Notario de Diezmos y de Cruzada.—Gerónimo de Illescas, Escribano Público y Notario Mayor. (1)

El doctor José María Lequerica no llegó a posesionarse en el empleo de Ministro Juez de la Corte de Cuenca, por estar ausente, con este motivo fue nombrado para Conjuez el virtuoso e inteligente Sacerdote y Abogado doctor Miguel Rodríguez.

Tampoco se posesionó el Ministro Fiscal doctor José Agustín Celi, según aparece de este oficio:

"Muy señor mío: el 26 de Marzo último dirigí al Sr. Dr. José Agustín Celi la correspondiente orden, con expreso, para que se presente inmediatamente en esta ciudad a servir el destino de Fiscal de la Corte de Justicia y no fue habida su persona en el pueblo de Girón, ni he recibido contestación; y habiendo averiguado la causa con su hermano Miguel Celi, me expresó haber salido de esta Provincia con el destino de pasar a recogerse en el Convento de los Descalzos de Lima: lo mismo que en esta fecha participo al señor Ge-

(1) Esta copia es, a su vez, compulsada fiel de otra que mandó sacar el Sr. Dr. Dn. Rafael María Arizaga, cuando ejercía el cargo de Ministro Juez de la Corte del Azuay, del acta original que reposaba en el Archivo de este Tribunal. Ahora han desaparecido dicho original y otros documentos importantes de los archivos públicos. En el N° 49 de «El Tres de Noviembre», correspondiente al 4 de Noviembre de 1917, en las páginas 42, 43 y 44, bajo el título «ACTA DE INSTALACION DE LA CORTE DE JUSTICIA».—*Del archivo particular de Remigio Romero León, se encuentra publicada, aunque no con fidelidad y con mutilaciones sustanciales, el acta cuya copia nos proporcionó galantemente el referido Dr. Rafael María Arizaga, a quien damos por ello las más expresivas gracias.*

neral, en virtud de lo que US. me dice en la suya del día de ayer.—Dios guarde a V. S. muchos años, Cuenca, y abril 9 de 1822.—Salvador de la Pedrosa.—Señor Gobernador de la Provincia Tomás de Heres.”

En reemplazo del Dr. Celis, fue nombrado con el carácter de Promotor Fiscal interino de la Corte de Cuenca, el doctor Santiago Bermeo.

Debemos hacer constar que el distinguido Patriota del año 1820, doctor Joaquín de Salazar y Lozano, que se hallaba en Guayaquil, a quien se le propuso por el Gobernador Heres, que aceptase el empleo de Ministro de la Corte de Cuenca, se negó a ello, manifestando que su mujer se hallaba enferma e imposibilitada de viajar.

Organizado el Tribunal con los doctores que acabamos de mencionar, nombró: para Secretario Relator al doctor José Joaquín Aguilar de la Avila; para Secretario de Cámara a don José Gutiérrez; y para Oficial Mayor de Cámara a don Jacinto Espinosa.

La Corte Superior de Justicia de Cuenca se ha distinguido siempre por su entereza, probidad e independenciam. Nunca se ha prestado a ser un instrumento ciego de ciertos Gobernadores y Comandantes Generales, para abusos que éstos han pretendido cometer, impulsados por las vehementes pasiones de odio y rivalidades que enjendra los partidos políticos. Notable ejemplo de poseer aquellas cualidades nos dió la primera Corte Superior de Cuenca, como lo vamos a comprobar, con los siguientes documentos:

+ “En la ciudad de Cuenca, a cuatro de Junio de mil ochocientos veinte y dos. El señor Tomás de Heres, Coronel de Ejército, Gobernador Comandante General de esta Provincia, dijo: Que por la Ley de seis de Agosto de mil ochocientos veinte y uno estaba prevenido que los Conventos de Regulares que el día de la sanción no tuviesen ocho Religiosos de misa, se supriman conforme a varias disposiciones antiguas, tanto Pontificias, como de los Reyes de España; y que sus edificios, bienes, muebles, raíces, censos, derechos y acciones que la piedad de los fieles había dado a los mencionados Conventos, se aplique para la dotación y subsistencia de los Colegios o Casas de educación de la respectiva Provincia; encargando su cumplimiento a los Vicepresidentes Departamentales de acuerdo con los Ordinarios Eclesiásticos. Que en esta virtud, y debiendo proceder a la ejecución de ella en virtud de las facultades delegadas por el señor General, en su oficio de 12 de Abril último, estaba en el caso de mandar, y en efecto mandó: que se transcribiera al Discreto señor Provisor la referida Ley para que se sirva tomar conocimiento del número de Religiosos que tenga cada Convento de esta ciudad, e informe a fin de que en su visita se acuerde si están o no comprendidos en la Soberana Disposición. Así lo proveyó, mandó y firmó por ante mí de que doy fe.—Tomás de Heres.—Por mandado de S. S.,

León de la Piedra, Escribano Mayor del Gobierno y Hacienda.”

El Provisor y Vicario Capitular, que lo era el doctor Juan Aguilar y Cubillús, por destitución del doctor Mariano Isidro Crespo, recibió declaraciones juradas a los Predados de los conventos de Santo Domingo, San Francisco, San Agustín y de Nuestra Señora de Mercedes, acerca del número de Religiosos de misa que en cada uno de ellos existía.

Practicadas estas diligencias, el Vicario Capitular informó al Gobernador Heres, que el Convento de San Agustín no tenía existentes en él más que cuatro religiosos, y el de la Merced, seis. En virtud de este informe, el Coronel Heres ordenó la supresión de dichos Conventos y la aplicación de todos sus bienes a la dotación y subsistencia de los Colegios y Casas de educación de la Provincia. Dispuso, igualmente, que todos los fondos, muebles y semovientes de los referidos Conventos se depositen en persona de responsabilidad, bajo de formal inventario; y que se les asista a los Religiosos en sus rentas, hasta que salgan a incorporarse en sus Conventos de Quito, para lo cual se les concedió el término de quince días.

A petición del Comendador del Convento de la Merced, Fray José Terán, el Gobernador Heres decretó que se suspendiese la clausura de dicho Convento, bajo la prevención de que: “los ocho Religiosos que la Ley exige han de vivir bajo clausura, y haciendo vida común, y de que el mismo Convento pondrá una Escuela, en la inteligencia de que el Gobierno estará a la mira del cumplimiento de esta resolución.”

El Convento de San Agustín fue realmente suprimido; y con este motivo el Padre Fray Antonio Arias de la Vega, Exvisitador y Prior de dicho Convento, interpuso recurso de protección para ante la Corte Superior de Cuenca. Este Tribunal pidió los autos originales, y ordenó que se libre para el efecto *Provisión Sobrecartada*, (lo que ahora llamamos exhorto o despacho requisitorio), que principia con estas palabras: “La República de Colombia por la Gracia de Dios, y a su nombre la Corte Superior de Justicia del Distrito del Sur, compuesta de los señores Magistrados, doctor Salvador de la Pedrosa Presidente, doctor Miguel Malo Vocal y doctor Miguel Rodríguez Conjuez &, salud y gracia: Hace saber &.”

El Alcalde de primer voto, don Manuel Rada, que desempeñaba la Gobernación, porque el Coronel Heres se hallaba ausente en Alausí, no obedeció la orden de la Corte, sin duda por disposición de éste. En vista de ello, el Tribunal, con fecha 25 de Junio de 1822, expidió el auto que sigue:

«Presente, y oído el Promotor Fiscal: Líbrese la *Sobrecartada* que se solicita, bajo el percibimiento que en este caso corresponde. *Declárase al Gobernador de esta Provincia Tomás de Heres incurso en la multa acordada de quinientos pesos en favor del Estado por la inobediencia y resistencia que*

hace a la autoridad de este Tribunal, con notable infracción de las Leyes en no haber remitido los autos de la materia; previniéndose al Alcalde primero que hace de Gobernador Político, verifique en el día su remisión, y suspenda todo procedimiento en el asunto, bajo la pena de otros quinientos pesos aplicados igualmente al Estado.—Pedrosa—Malo—Rodríguez—Bermeo.”

Con lo expuesto hemos manifestado, de una manera plena, la rectitud, entereza e imparcialidad con que procedieron los Ministros de la primera Corte de Justicia que se estableció en Cuenca, y esto tratándose del Coronel Tomás de Heres que ejercía la primera autoridad civil y militar en la Provincia; y que además estuvo investido de plenas facultades delegadas por el General Sucre, cuando salió de esta ciudad para emprender la campaña sobre Quito, como lo veremos a su tiempo.

CAPITULO XII.

Supresión de la Corte de Cuenca.—Nombramiento de Procuradores del Cabildo.—Donativo de monturas.—Casa de rastro o carnicería para el ejército.—Donativo de reses.—Donativo de don Pedro Argudo y su hermano.—Donativo de don Manuel de Dávila y Chica.—Carta de Sucre escrita a Santander en Marzo de 1822.—Decreto de Sucre expedido en 29 de Marzo del mismo año.—Morriones para los soldados, cachuchas y vestuarios para los mismos.—La maestranza de Santo Domingo.—El genial Gaspar Sangurima.

Aun prescindiendo del orden cronológico, creemos necesario decir que la Corte de Cuenca establecida por el General Sucre fue suprimida, en virtud de la creación de una Corte Superior en Quito, por decreto expedido por el Libertador Presidente de Colombia, General Simón Bolívar, en dicha ciudad, el 24 de Junio de 1822. La nueva Corte debía componerse de siete Ministros Jueces y dos Fiscales. Entre los primeros, figura el doctor Salvador de la Pedrosa, que, como lo vimos, fue Presidente de la Corte de Cuenca, y entre los segundos, el afamado Jurisconsulto cuencano doctor Manuel Arévalo.

El General Sucre, en su calidad de Intendente del Departamento de Quito, comunicó lo que acabamos de relatar en un oficio que dice:

“Quito a 7 de Julio de 1822—12º—Al señor Gobernador Comandante General de la Provincia de Cuenca.—Incluyo a V. S. copia autorizada del Decreto en que S. E. el Libertador se ha servido instalar aquí la Corte Superior de Justicia del Departamento, para que dándole V. S. el cumplimiento debido lo haga publicar en la Provincia de su mando, remitiéndome la correspondiente certificación de haberlo así ejecutado.—Por consecuencia la Corte Superior de Justi-

cia establecida en esa ciudad, cesará en sus funciones.—Dios guarde a V. S. muchos años.—A. J. de Sucre.”

“Cuenca, Julio 13 de 1822—12^v—Recibido con el Superior Decreto que acompaña, y obedecido conforme a Derecho, se guarde, cumpla y ejecute. En su consecuencia, publíquese en la forma acostumbrada, fijese y circúlese, dándose cuenta en la certificación correspondiente de haberlo así practicado a la Superioridad respectiva.—T. de Heres.—León de la Piedra. Escribano d. —Publicóse y circulóse en el día de la fecha.—Piedra.”

La Corte Superior de Cuenca quedó, pues, suprimida en 13 de Julio de 1822; de manera que sólo funcionó tres meses diez y siete días. Disuelta la Gran Colombia, la primera Constituyente del Estado del Ecuador estableció nuevamente en Cuenca, en 1830, una Corte de Apelaciones (1).

Como quedaron vacantes los cargos de Procuradores Generales del Cabildo, porque los individuos que los ejercían, doctores Salvador de la Pedrosa y Miguel Malo, habían sido nombrados Ministros de la Corte Superior, aquella Corporación, con fecha 22 de Marzo, acordó que, mientras durase el impedimento de los referidos Doctores, desempeñase la Procuraduría General, conforme a la Ley, el Regidor don Manuel Veintemilla y Balderrama.

Para la traslación de los elementos de guerra de la División Libertadora, que pronto saldría a campaña hacia el Norte, se acordó, en Junta Capitular de 23 de Marzo, que se libren las órdenes correspondientes al Cabildo del Pucará, para que remita todos los *cabrestillos* de ese territorio, con una lista individual de los propietarios de aquellos, debiéndose incluir especialmente entre los contribuyentes, a los hacendados Simón Chico, Francisco Barraqueta, Bernabé Ontaneda y Francisco Illescas, como los más ricos y capaces de contribuir con aquellas acémilas. Iguales órdenes debían impartirse al ciudadano José Orellana y Maldonado, vecino de Chaucha, a fin de que envíe todos los *cabrestillos* existentes en esa parroquia.

Se proporcionaron buenas monturas y más arreos a la caballería del Ejército Patriota; y se pidió cuatrocientas pieles de carnero para pellones, a los Cabildos de Cumbe, San Bartolomé y Jima, pueblos abundantes en ganado lanar u ovejuno, debiendo remitirse dichas pieles al Regidor Carlos Sélleri, a quien se le encomendó recibirlas. El Alcalde de San Bartolomé consignó nueve monturas ante el Cabildo para auxiliar a la División Libertadora.

Se estableció una casa de rastro o carnicería especial para subvenir a las necesidades de las tropas; y como faltasen reses para ese objeto, el Ayuntamiento, con fecha 27

(1) La renta de los Ministros era la de 1,800 pesos anuales; pero sólo se les pagó la mitad de ella por el tiempo que sirvieron el cargo.

de Marzo de 1822, ordenó que se las extraigan de los hatos y en las cantidades que siguen:

| | |
|-----------------------------------------------------------------|----|
| De Girón, y de la propiedad del doctor Celi, veinticinco reses. | 25 |
| De idem y de la propiedad del Prebendado | 25 |
| Dr. José Granda, veinticinco reses | 25 |
| De Hornillos de Rita Costa, veinticinco reses | 25 |
| De Puculcay de Beltrán, idem idem | 25 |
| De Rircay de Gamaso, con San Martín, veinte reses | 20 |
| De San Martín del finado Manuel Vintimilla veinte reses. | 20 |
| De los Sauces de Ribas, seis reses. | 6 |
| De la Cofradía de Girón, veinte reses. | 20 |
| De las Cofradías de Taday y Pindilig, cuarenta reses | 40 |
| De Baños de Tomás Cubillús, doce reses. | 12 |

Suman 218

Estas doscientas diez y ocho reses debían extraerse por los Cabildos y autoridades respectivas, con formal razón; y debían remitirse inmediatamente a la carnicería del Ejército, con promesa de reintegrar a los dueños de las reses, los respectivos valores de ellas, tan luego como las Cajas de la Tesorería Pública tuviesen dinero ingresado de los ramos señalados para ese objeto. Excusado es decir que jamás llegó a verificarse el prometido reintegro.

El ciudadano Alejandro Espinosa envió, en su calidad de recaudador, la suma de cuarenta y nueve pesos cuatro reales, proveniente de rezagos de los empréstitos señalados al cuerpo de comerciantes por el mes de Enero. El Cabildo, en 27 de Marzo, ordenó que esa suma ingrese en las Cajas de la Hacienda Pública; y autorizó para que cualquiera autoridad haga comparecer a los individuos que no hubiesen pagado sus cuotas respectivas, en la sala Capitular, en la primera sesión que celebrase el Ayuntamiento, para que las satisfagan. De la misma manera debía procederse respecto de los comerciantes ausentes que fuesen restituyéndose a la ciudad. Estas medidas dictadas para hacer efectivo el cobro de los empréstitos se pusieron en conocimiento del Gobernador, a quien se le pidió que no concediese pasaportes a los deudores del Fisco,

El Ayuntamiento de Cuenca, en vista de las quejas del Cabildo de Guachapala, dictó severas medidas contra los habitantes de este pueblo, que se negaban a proporcionar granos para la manutención del Ejército. Como dichas quejas habían sido infundadas, el Cabildo de esta ciudad, tomando en cuenta una solicitud de Diego Alvarado y Manuel Pesantes, vecinos de Guachapala, en la que se quejaban de los excesos cometidos por el Cabildo de esta parroquia, en la recolección de granos, y manifestaban que ellos y otros individuos los tenían listos para su remisión a la Provedu-

ría Militar, el Cabildo de Cuenca, repetimos, censuró la conducta del de Guachapala, por haber procedido con malicia en sus medidas, sin contraerse a los arbitrios legales, a fin de procurarse bestias para la conducción de granos. Además la misma Corporación previno a los Vocales del Cabildo de Guachapala que, sin excusa, y dentro de segundo día, remitan en sus propias bestias todos los granos que hubiesen recolectado, siendo responsables de los resultados que produjere su desobediencia.

El Regidor don Tomás Cobos presentó al Cabildo, en 27 de Marzo, un recibo del Comisionado de la Proveduría Militar de la entrega de granos, y consignó una cantidad de dinero, provenientes del empréstito señalado al vecindario de Paccha, correspondiente al mes de Febrero. El Ayuntamiento ordenó que dicha suma ingrese en Tesorería.

El Patriota de 1820 don Pedro Argudo hizo donación de mil pesos, a su nombre y al de su hermano, para los gastos que demandaba la guerra, según consta de la carta que literalmente dice:

“Biblián, 26 de Marzo de 1822.—Señor Gobernador Comandante General Tomás de Heres.—Cumpliendo con lo que V. S. me previno, por orden del Coronel Comandante de Cañar, he entregado al Alcalde de este pueblo mil pesos de mi parte y la de mi hermano, esto es, a quinientos pesos, los que a expensas de muchas diligencias se han colectado; teniendo la satisfacción, no obstante del destrozo que hemos padecido por las tropas constitucionales (que todo se hará constar a su tiempo). Dan dichos mil pesos para ayuda de la Guerra, sin entenderse de empréstito, pues esto lastima el honor de quienes sólo aspiran a la paz y tranquilidad del Gobierno Republicano de Colombia.—Dios guarde a V. S. muchos años.—Pedro López Argudo.

El borrador de la contestación dada por el Coronel Heres a la anterior carta, está concebido en estos términos:

“Se le admiten a U. los mil pesos que ha dado de donativo por U. y su hermano, eximiéndoles de la cuota entera que debían dar por empréstito designado por el Exmo. Ayuntamiento; no por los destrozos ocasionados en el antiguo Gobierno Constitucional de que se queja, sino por una equidad del presente, y atendida la generosidad con que se presta a los auxilios de la justa causa de la República, a cuyo nombre se le dan las gracias.—Servirá a U. éste, de documento bastante para con el Comisionado.”

El Patriota don Manuel Dávila y Chica donó la suma de doscientos pesos, según aparece de los siguientes acápi-tes de carta:..... “También se sirve el honor de V. S. compadecerse de mí, por hallarme al presente sin dinero, y por tanto me indica V. S. que, si yo diese en calidad de donativo la mitad de los cuatrocientos pesos que se me habían asignado de empréstito, se me relevaría de completar el total. En este estado, con la mayor complacencia franqueo los

doscientos pesos en servicio de la Patria, sin interés de aspirar a devolución alguna.”

“Si para las tropas fuesen necesarias algunas cargas de maiz, puede V. S. mandar que las ocupen de mi poder, pues cuanto tuviese yo, apetezco sacrificar con buena voluntad en obsequio del sistema.—Dios guarde a V. S. m. a.—Gualaceo y Marzo 28 de 1822.—Manuel de Dávila y Chica,—Sor. Coronel y Gobernador Político y Militar Tomás de Heres.”

En el «Archivo Santander», Tomo 8º, se encuentran dos cartas escritas por Sucre, desde Cuenca, al Vicepresidente de Colombia. La una contiene lo que sigue: «Cuenca, a 15 de Marzo de 1822.—Señor General Santander.—Mi querido General y amigo: A un tiempo recibí anteayer sus dos apreciables cartas de 21 de Diciembre y 6 de Enero que me han satisfecho mucho. Antes he escrito a usted mucho y supongo algunas de mis cartas posteriores a esta fecha en poder de usted.»

«Había intentado ser muy largo para darle una larga razón de todas mis cosas y de esta División, de estas tierras, etc., etc., y con este fin había tratado de despachar todo lo de servicio y reservar para hacer mis detalles con reposo; pero me ha atacado un tan fuerte dolor de cabeza que no tengo tiempo ni razón para nada. Por tanto, difiero a pasado mañana que hay ocasión por Guayaquil y adelanto la de servicio por si antes hay barco para allá.»

«A Briceño le digo ahora algunas cosas, y al Libertador participo todo muy menudamente. A usted le diré en globo que pienso tener mi División a fines de Marzo con dos mil infantes a lo menos y cuatrocientos caballos: que con esta fuerza estoy pronto a moverme a la primera orden del General o a continuar las operaciones en el tiempo que me ha señalado.»

«Mándeme usted muchos ejemplares de la Constitución y una colección de las Leyes del Congreso todas, de los Decretos del Ejecutivo, y en fin, todo, todo lo que pueda guiarme. Pasado mañana irán al Ministerio algunas disposiciones que yo he dado aquí, como Decretos, ajustándome a los del Congreso y a las circunstancias en que estoy.»

Adiós. Saludo a mis amigas todas, a mis amigos memorias, y de usted el corazón de su apasionado compañero, Sucre.—A S. E. el Vicepresidente de Colombia General Santander, etc., etc.»

Varios desmanes y tropelías cometían algunos soldados del Ejército Libertador, tanto en la plaza de mercado, como en las inmediaciones de la ciudad. Para poner coto a estos excesos, y conservar la más severa disciplina, base de la buena organización de todo ejército, el General Sucre dictó, en 29 de Marzo de 1822, un Decreto que contiene medidas enérgicas, y en nuestro concepto, demasiado severas. Por ser el último que expidió el General Sucre en esta ciudad, y porque en él se patentizan la entereza de carácter y la honradez acri-

solada que adornaban al General en Jefe de la División Republicana, lo publicamos íntegro y literalmente. He aquí el Decreto.

«Antonio José de Sucre, General de Brigada, Comandante General de la División del Sur, &, &»

«Habiendo tenido algunas quejas de que la tropa toma violentamente en el mercado artículos de comida; y que suele ir a las casas fuera de la ciudad y exigir de los ciudadanos y de las mujeres otras cosas, que no pagan. Siendo esta conducta, no sólo deshonrosa a la División, sino que ella, ahuyentando a las vendedoras, hace escasas las subsistencias, así para la tropa, como para el pueblo, he dispuesto lo siguiente:»

«Primero.—Todo individuo de la tropa que fuere aprehendido a un tiro de fusil fuera de la ciudad, sin el correspondiente permiso, será juzgado como desertor.»

«Segundo.—El soldado que tomase a cualquier ciudadano el valor de un real, sufrirá la pena de doscientos azotes, *y el que robare el valor de más de un peso, será castigado con la de muerte.*»

«Tercero.—Las personas que fueren robadas por algún soldado, procurarán conocerlo, y que haya dos testigos con que justificarlo; y en el acto llevarán la queja a casa del señor Jefe del Estado Mayor para que, averiguada la verdad, sea pagado el interesado, y el culpable sufra la pena a que se haya hecho acreedor.»

«Cuarto.—Si por algún accidente o porque sean muchos los robadores, no pudiese conocerlos el interesado, tratará de saber a que cuerpo corresponden, y con los mismos dos testigos, puesta la queja ante el señor Jefe del Estado Mayor, será mandado a pagar inmediatamente.»

«Quinto.—Cuando no pueda averiguarse el robador, sino el cuerpo a que corresponde, pagará el cuerpo de sus haberes o de sus fondos.»

«Sexto.—Las personas que ayer sufrieron de los soldados de *Paya* algunos daños en sus frutas y demás que les tomaron en el mercado, ocurrirán hoy a la misma casa del señor Jefe del Estado Mayor para que se les mande pagar en el acto de los haberes del batallón.»

«Publíquese, comuníquese al Estado Mayor para que se inserte en la orden del día, y hágase saber a quienes corresponde.»

«Cuenca, a 29 de Marzo de 1822.—129.—A. J. de Sucre. — El Edecán Secretario, E. Borrero.»

«Publicóse a estilo militar en el día de la fecha, de que certifico.—L. Piedra.»

«En dicho día, mes y año, yo, el Secretario de Gobierno, hice saber el Bando que antecede al ciudadano Manuel Veintemilla, Procurador General del Excelentísimo Cabildo de esta ciudad, en su persona; y firmó: doy fe.—Veintemilla.—Piedra.»

Cuenca proporcionó, también, vestuario para el Ejército

Libertador, compuesto, por lo menos, de tres mil plazas (1). Así aparece de las siguientes palabras de una carta de Sucre a Santander, que después la insertaremos íntegramente: «Mi estadía (la de Sucre) aquí (en Cuenca), cuarenta y cinco días, ha sido muy útil: *he reforzado a los cuerpos, LOS HE VESTIDO.....*»

Vamos a copiar algunos documentos que justifican esta asección.

«Cuartel General en Cuenca, a 26 de Marzo de 1822. Acompaño a V. S. tres documentos, por los cuales consta que la Comisaría ha abonado 337 pesos 4 reales, para construir seiscientos cachuchas de *Paya*, y 450 pesos para mil ochocientos vestuarios de bayeta. Como tal Caja está corriendo con el vestuario de la División, V. S. dispondrá que se haga cargo de estos documentos, y reintegre a Comisaría los 787 pesos 4 reales que ella ha abonado, y que necesita ahora para acabar de suplir el entretenimiento de los Cuerpos el mes presente.—Dios &.—A. J. de Sucre.—Señor Coronel Tomás Heres &.»

«Cuartel General en Cuenca, 29 de Marzo de 1822.—Señor Coronel Gobernador de la Provincia.—Para la construcción de cuatrocientos morriones que deben hacerse, se hace indispensable se sirva V. S. dar las órdenes para que se entregue al Maestro Mayor Mariano Sánchez, encargado de esta obra, cuarenta arrobas de lana. El importe de las lanas debe rebajarse del ajuste que este Estado Mayor ha hecho con el artesano de cuatro reales por cada uno.—Dios &.—El Coronel Jefe, A. Morales.»

«Piquete de *Paya*.—Recibí del señor Capitán Manuel Serrano cincuenta y seis ponchos para la tropa de mi mando.—Cañar, 9 de Abril de 1822.—El Mayor, J. González.»

«Batallón *Paya*.—Recibí del Capitán don Manuel Serrano, ciento diez cobijas para los individuos del Ejército.—Cañar, Abril 10 de 1822.—Mayor Antonio de Pallares.»

«Batallón de Albién.—He recibido del Capitán don Manuel Serrano veinte y cinco ponchos y veinte cartucheras para la tropa de mi mando.—Cañar, y Abril 12 de 1822.—El Comandante John Mackintosh.»

«Primer Escuadrón de granaderos a caballo.—Por disposición del señor General en Jefe, he recibido ciento quince ponchos del Capitán don Manuel Serrano.—Cañar, 4 de Abril de 1822.—Libon. de Bruix.»

«Artillería del Perú.—Recibí del Capitán don Manuel Serrano catorce ponchos para los individuos de dicha.—Cañar, 13 de Abril de 1822.—Pedro Díaz.»

«Segundo escuadrón de cazadores del Perú.—He reci-

[1] Del Libro Manual de Tesorería, aparece que, durante el mes de Marzo, se invirtieron 8.000 varas de bayeta y 5.289 varas de tocuyo en el vesturio de las tropas. A la división del Perú, se le proporcionó cobijas, comprándolas en Alausí,

bido del Capitán don M. Serrano setenta y nueve ponchos y ochenta varas de jerga para el mismo fin para los individuos del escuadrón—Cañar y Abril 13 de 1922.—Miguel Cortés.”

El Coronel Heres estableció una maestranza en el Convento de Santo Domingo, bajo la dirección del Maestro Gaspar Sangurima, alias *El Lluqui*. Era este celeberrimo cuencano un verdadero genio en las Artes. Prueba palmaria de ello, es que el Coronel Heres celebró un contrato con el Maestro Sangurima para la enseñanza de varias Artes; y expidió aquel un Reglamento, que fue aprobado por el Libertador cuando estuvo en Cuenca, que principia: “Reglamento a que deberá sujetarse el Maestro Gaspar Sangurima Director de la enseñanza de treinta jóvenes, en las nobles artes de Pintura, Escultura y Arquitectura, y en las mecánicas de Carpintería, Relojería, Platería y Herrería.”

En dicha maestranza dirigida por el genial Sangurima se fabricaron: lanzas para los jinetes y herraduras para los caballos de los escuadrones; se compusieron los fusiles dañados, poniéndoles culatas de madera de nogal; y lo que es más notable se fabricaron los clarines, las cornetas y las cajas de guerra que resonaron en Pichincha, Junfn y Ayacucho, con las alegres dianas del triunfo.

Lo que acabamos de expresar no es invención nuestra, consta del libro copiador de oficios de esa época, en el que existe esta razón: “Al Ministerio de Hacienda, acompañándole la cuenta de GASPAS SANGURIMA, en la que consta haber trabajado SIETE CORNETAS, DIEZ CAJAS DE GUERRA Y UN SELLO que se remitió al señor Intendente; y que en su virtud se le abonen ciento cinco pesos seis reales.”

CAPITULO XIII.

El Coronel Santa Cruz pretende regresar al Perú con la División auxiliar.—Sucre consigue que desista de tal propósito.—Acto filantrópico de Sucre.—Este pide diez y seis mil pesos para la División Libertadora.—Auxilio de gente para la marcha de ella.—La patriota Susana Bobadilla.—Donativo de Don José Machuca.—Carta de Sucre a Santander, en que manifiesta los grandes auxilios prestados por Cuenca al Ejército Republicano.—Salida de esta ciudad de las tropas.—Uniformes de los cuerpos.—Oficiales del Batallón Sur que quedaron en esta ciudad.—Acta del 11 de Abril de 1822, en que se acordó aceptar y jurar la Constitución de Colombia, dictada por el Congreso de Cúcuta.—Despedida del General Sucre.—Este delega sus facultades al Gobernador Coronel Don Tomás de Heres.

El Coronel Santa Cruz pretendió regresar al Perú con su División, en virtud de haber recibido órdenes de su Go-

bierno. Acerca de este particular, el Coronel don Tomás de Heres dice lo siguiente:

* "Abierta la campaña y estando en Cuenca el Coronel Santa Cruz, recibió por duplicado órdenes de su Gobierno para regresar al Perú con su División; y aunque él deseaba seguir la campaña, debiendo obedecer, avisó al General Sucre que iba a contramarchar, y le pidió al mismo tiempo los auxilios necesarios para verificarlo. El General Sucre se opuso, exponiéndole razones de gran peso, pero observando que Santa Cruz insistía en irse, fue preciso hablar a los Jefes de la División, y manifestarles el compromiso en que la prometida cooperación de Santa Cruz había puesto a las tropas de Colombia, y los males que se seguirían a la América toda de abandonar la campaña en el estado en que se hallaba. Los Jefes eran los Coroneles Urdaneta, Lavalle y Villa que mandaban: el primero, el batallón *Trujillo*, el escuadrón de *Granaderos de a caballo de los Andes*, el segundo, y el batallón de *Piura*, el tercero. Por fortuna todos se convencieron de la justicia, hablaron a Santa Cruz y le hicieron presente que estaban resueltos a continuar la campaña con sus cuerpos. Santa Cruz dió parte a su Gobierno y resolvió esperar en Cuenca. Ni aun en esto convino el General Sucre, porque se perdía la oportunidad de obrar; y él no lo podía hacer sólo con las tropas de Colombia, porque su fuerza era incomparablemente inferior a la de los enemigos, tanto en el número, como en clase."

Al mismo tiempo exigió Sucre al Gobierno del Perú, que si insistía en que volviese la División de Santa Cruz, mandase el batallón de *Numancia*, perteneciente a Colombia, que estaba en Lima, y mandó en posta al Capitán Gómez con estas comunicaciones y con órdenes a *Numancia* para que se viniese."

"El Gobierno del Perú, con tal de no desprenderse de *Numancia* en quien tenía toda su confianza y sus esperanzas, convino al fin en que la División de Santa Cruz continuase la campaña que había emprendido con sólo el consentimiento y aprobación del Prefecto de Trujillo, que era a la sazón el General Arenales. Cuando éste dió parte al Gobierno Supremo, desaprobó la marcha y dió las órdenes que he dicho" (Memorias del General O' Leary—Tomo V—Páginas 308 y 304).

Sucre tenía un corazón magnánimo y generoso; y nos complacemos en hacer constar un acto que así lo manifiesta, y se halla consignado en este oficio:

"Cuartel General en Cuenca, a 1º de Abril de 1822-12º—Al señor Gobernador Comandante General de la Provincia.—La ciudadana Juana Soto, madre del Mayor Torneros que ha prestado importantes servicios a la República, está en una suma indigencia. Nuestro deber nos obliga a socorrerla."

"Sírvasse V. S. disponer que mensualmente se le socorra en Tesorería con veinte pesos, los cuales se cargarán sobre

los ajustes de mis pagas. Esta gracia durará en tanto que ella ocurre al Gobierno Supremo por alguna asignación, o mientras yo subsista por estas Provincias con la División del Sur.—Dios guarde a V. S. m. a.—A. J. de Sucre.”

Por razón de los empréstitos impuestos a los habitantes de Cuenca, se había recolectado una fuerte suma de dinero. En consecuencia, el General Sucre, con fecha 1^o de Abril, dirigió el oficio que sigue:

“Al Señor Gobernador General de la Provincia, Benemérito Coronel Tomás de Heres.—Sírvasse V. S. mandar que, de las Cajas del Tesoro Público, se entreguen **seis mil pesos** al Sr. Comisario Checa por cuenta de las Divisiones.—Dios &.—A. J. de Sucre.”

Con fecha 2 de Abril de 1822, el mismo Sucre ofició a Heres, en estos términos:

“Señor Coronel.—Sírvasse V. S. mandar se den. a buena cuenta, de las Cajas del Tesoro Público **diez mil pesos** al señor Comisario Checa para atender a los abonos de los Cuerpos de la División en el presente mes.—Dios &.—A. J. de Sucre.”

La Proveeduría Militar se encontraba completamente desprovista de sal, menestras y otros artículos de subsistencia para racionar a las tropas, según lo informó el Proveedor José Pesantes al Cabildo. Esta Corporación, en 2 de Abril, “para evitar consecuencias perjudiciales que acaso sean trascendentales al pueblo,” acordó: que se impartan las órdenes del caso, para que el ciudadano Manuel Pasán proporcione toda la cantidad de sal que tuviese en su almacén, bajo la calidad de ser reintegrado en primera ocasión. Igual medida se dictó respecto de una cantidad de *menestras* que existía en la casa del señor doctor Miguel Malo.

Como faltaren brazos para auxiliar a la División Libertadora en su próxima marcha para la campaña, el Ayuntamiento dirigió sendos oficios a los pueblos inmediatos a Cuenca, a fin de que los Alcaldes de los respectivos Cabildos se presenten en ella con toda la gente que pudiesen reunir en los mencionados pueblos.

El Cabildo ordenó, también, que el Proveedor de las raciones para el Ejército tome una razón general de todas las harinas que existieren en los molinos de la ciudad, con el objeto de que las panaderas, dueñas de ellas, proporcionen pan a las tropas independientes.

En virtud de esta orden capitular, “se hizo presente ante el Cabildo SUSANA BOBADILLA, ofreciendo proveer con las raciones de pan a las tropas y hospitales al fiado por toda la semana siguiente; y dándosele las gracias por su generosidad y patriotismo, se le admitió su oferta; acordando se pase orden al Proveedor para que tome razón de la cantidad que resulte en la entrega del mencionado artículo, para que oportunamente se pague con preferencia; y para que sirva de satisfacción al público, y a ejemplo de la Bobadi-

lla, hagan lo mismo los demás panaderos, fíjense carteles en los lugares públicos.”

Si el Cabildo ordenó que el nombre de la patriota Susana Bobadilla se fije en carteles en los lugares públicos de nuestra ciudad, nosotros queremos también al cabo de una centuria, que el nombre humilde de aquella hija del pueblo quede grabado en las páginas de este libro, en recuerdo perenne de su generosa acción.

Merece, asimismo, mencionarse el nombre del ciudadano Don José Machuca, quien “se presentó ante el Cabildo, manifestando los grandes deseos que tenía para hacerse útil al Estado, continuando el fiel patriotismo con que se había decidido, antes de ahora, a servir al Ejército Libertador; de cuya realidad bien penetrado este Ayuntamiento, y especialmente de la voluntaria data de diez reses para la carnicería, se le dieron las gracias, y en premio de una conducta digna de aprecio, acordaron: que en lo sucesivo se le exceptuase de toda carga y pensión del servicio de la República” (palabras del acta capitular de 3 de Abril de 1822). Don José Cárdenas donó, también, la suma de quinientos pesos.

Para comprobar, de una manera irrefutable, los importantes servicios que prestó Cuenca en la campaña que terminó gloriosamente en Pichincha, apelamos al testimonio del benemérito e intachable General don Antonio José de Sucre, reproduciendo la carta siguiente dirigida al General Santander:

“Cuenca, a 5 de Abril—12^o—Mi querido General y amigo:—Tanto he dicho de oficio que nada queda por decir. Usted va a tener mucho que leer, y no añadiré sino que le supongo sorprendido al leer las cosas que ocurren con el Perú. Pues sepa usted, mi amigo, que todo es la verdad, y que mis sospechas no son fundadas vagamente. Muchos antecedentes tengo y muchos avisos de las pretensiones en los mandatarios del Perú, que me aseguran llevan sus miras no sólo sobre Guayaquil, sino hasta retardar la campaña de Quito para impedir la aproximación de nuestro ejército y del Libertador. Yo no sé que pensar; pero aseguraré que desde que el Libertador anunció su venida, he visto una mudación en la conducta del Ministerio de aquel Estado, y jugar intrigas de Guayaquil con más descaro, quizá con el fin de precipitarnos: sé que al General San Martín le sentó muy mal la venida del General, no obstante que se embarcó y vino a recibirlo a Guayaquil. En Trujillo supo que no venía y regresó a Lima. A su llegada dió un decreto continuando en la delegación del mando a Torrealta, para dedicarse exclusivamente al aumento y organización del ejército, mientras que habiendo verificado su entrevista con el Libertador, aseguraba los lazos y la estabilidad de los Estados.”

“En los papeles públicos de Lima verá usted mucha

amistad hacia nosotros; muchos principios liberales acompañados de decretos que los contradicen, pero en mi concepto el sistema que se sigue va fundado sobre una política mezquina y ruin. Nada, nada de la franqueza de nosotros; nada de moderación si no conviene. En fin, usted me conoce y ha de persuadirse cuanto he sufrido hasta ahora por tomar el lenguaje de mis oficios que usted quizás extrañará, si antes ha visto la suma moderación con que le he escrito: pero tomaron este carácter por humillación o por debilidad, y han querido amolarme pensando que pueden jugar conmigo. Yo no sé si U. aprobará este lenguaje; sí sé que nadie habría aguantado tanto, tanto, y que todo el que esté impuesto de las cosas, si algo me condena, es que no les haya hablado más duro."

"Yo confieso con mi ingenuidad natural que mi cabeza es muy pobre para desempeñar el destino que me han dado. Partiendo mis operaciones de una Provincia cuyo Gobierno era preciso respetarlo y no reconocerlo (según mis instrucciones), fronterizo a un Estado, cuyo ministerio en su política principia por donde otros Gobiernos acaban, la intriga y la malignidad, sin reglas algunas sobre esto, teniendo que valerme al presente de sus tropas [las del Perú] para operaciones militares, forzado a mantener éstas con excesivos sueldos íntegros y sin tener yo fondo alguno para nada; obligado a hacer sentir a los pueblos diferencia en el Gobierno a donde estoy, no sienten sino el bien material y del momento, y yo tengo que exprimirle [a Cuenca] los RESTOS DESOLADOS que le dejaron los españoles PARA SACARLE LA SUBSISTENCIA Y PAGAMENTO DE LAS TROPAS; necesitado de atraer su opinión particular hacia Colombia para cubrirmos en esta Provincia fronteriza de las intrigas de Guayaquil y de las sugestiones del Gobierno del Perú; en fin, colocado bajo todos aspectos en una situación difícil, repito que mi cabeza no tiene para salir bien de todo; y yo espero, por tanto, que el resultado de mis operaciones sea considerado por el Gobierno, junto con los elementos que se me han proporcionado, y las circunstancias estrechas y poco comunes en que me he visto."

"Usted notará que todo el negocio de *Numancia* y de la comisión de Gómez, lo dejo todo a la dirección de Mosquera, a quien todo fue abierto; he creído esto lo mejor para que el otro negocio los canse; pero yo le insisto mucho en la venida de *Numancia*."

"Mañana continúan su marcha los cuerpos y yo los sigo en tres días. El 15 nos habremos visto con el enemigo o habremos ocupado a Riobamba, cuyo punto, por su posición en el país, es importantísimo. MI ESTADIA AQUI, [CUENCA], CUARENTA Y CINCO DIAS, HA SIDO MUY UTIL: HE REFORZADO LOS CUERPOS, LOS HE VESTIDO, SE HAN REPOSADO Y SIEMPRE HE MOLESTADO AL ENEMIGO. De 2000 infantes que tengo, los 1400 son regulares y los demás así, así. De 400 ca-

Salí
Mañana
punta
50 días
Veinte
por E.

ballos, los 200 son muy buenos jinetes y soldados, aunque no he conseguido muy buenos caballos. TENGO, ADEMÁS, EN INSTRUCCION, 500 RECLUTAS QUE SE AUMENTAN HASTA 800 PARA REEMPLAZOS. En fin la División está en un bonito estado, y sin las órdenes tan ligadas del General para mis operaciones, yo podría quizás estar muy cerca de Quito. Se dice que el General ha tomado a Pasto, y yo me alegro mucho, mucho, mucho, porque deseo que él y solo tropas de Colombia tomen a Quito. La gloria particular debo sacrificarla a la gloria de mi Patria.”

“Adiós, mi querido amigo; a los pies de la señora su hermana, mil cariños expresivos a las amiguitas y a usted el corazón de su más apasionado, Sucre.—Señor General Santander.” [Archivo Santander...Tomo VIII...Páginas 174, 175 y 176).

Como lo manifiesta el General Sucre en la carta que antecede, empezó la salida de los Cuerpos de la División Libertadora en los primeros días de Abril de 1822. El 4 de este mes se encontraba ya en Cañar el escuadrón argentino “Granaderos a caballo.” El 8 verificaron su salida la artillería, el batallón *Albión* y el *Paya*, según aparece del oficio del Coronel Antonio Morales, Jefe de Estado Mayor, cuyo tenor es:

“E. M.—Cl. Gl. en Cuenca, Abril 7 de 1822.—Al señor Coronel Gobernador de la Provincia,—Sírvasse V. S. dar orden para que esta tarde, a las cuatro, estén en la plaza mayor para la marcha de los Cuerpos, las mulas, caballos y cabrestillos, en la forma siguiente:

| Cuerpos | Mulas | Caballos | Cabrestillos |
|------------|-------|----------|--------------|
| Artillería | 62 | 2 | 12 |
| Albión | 4 | 13 | |
| Paya | 14 | 32 | |
| | — | — | — |
| Total | 80 | 46 | 12 |

Los doce cabrestillos son de absoluta necesidad para conducir las cureñas y municiones de cañón del Perú que estaban en cajones muy grandes.”

“Recomiendo a V. S. muy particularmente el que se hallen en esta tarde en el lugar y hora destinada para distribuirse en esta misma tarde, de otra manera los Cuerpos no podrán salir mañana hasta muy tarde, ni rendir la jornada detallada en la ruta, con mil otros inconvenientes, atrasos y males en el servicio que a V. S. no se ocultan.—Dios &.—El Coronel Jefe.—A. Morales.”

Según un documento en que consta en detal el estado de la fuerza que no salió a la campaña, suscrito por el mismo Coronel Morales, aparece que quedaron en Cuenca, entre ofi-

ciales y soldados de los diversos cuerpos, 215 hombres, de los cuales 84 estaban en el Hospital.

Apuntamos este dato, para manifestar que Cuenca continuó proveyendo de dinero y víveres a la fuerza mencionada, al *batallón del Sur* organizado con hijos de Cuenca y a una columna de tropa que recientemente había llegado del Cauca.

Las últimas instrucciones dadas por Sucre al Coronel Heres, constan de este oficio:

"Cuenca, a 11 de Abril de 1822.—Sr. Coronel.—El Mayor Jhonson queda en esta ciudad con los oficiales Lopera y Caicedo y deben marchar el lunes próximo, 15 del corriente, con la tropa que recientemente ha venido del Cauca, y que aun no tiene destino en los Cuerpos. Con el mismo deben marchar todos los convalecientes del Hospital que puedan soportar fatiga, anticipando por supuesto los avíos para que se les tenga prevenido todo en las jornadas, y que las marchas sean prontas."

"Todos que vayan vestidos según los cuerpos a que corresponden y armados y con fornituras. Si es posible, que se hagan *alpargatas* para que sufran menos en la marcha."

"La gente que quede en hospital de la recientemente venida del Cauca, que se dé de alta en el *Batallón del Sur*, excluyendo los que ya corresponden a Cuerpo, pues entre ellos hay muchos de Paya y Albión que quedaron en los hospitales de Guayaquil al tiempo de nuestra marcha, y que habiendo venido en esta partida han vuelto a enfermar.—Sirva esto de Gobierno."

"Al *Batallón del Sur* dará usted una dedicación muy especial, pues es preciso formar ese Cuerpo con método y con buena gente. La recluta de Loja que se le dé, y en esta Provincia se le haga recluta escogida. El Comandante del Cuerpo representará a usted los medios que su conocimiento del país le enseñan."

"Si entre los oficiales que sirvieron el año 20 en esta Provincia hay algunos subalternos de capacidad o a lo menos de disposición, deles usted colocación en el Cuerpo en clase de subalternos, haciéndoles poner una Academia en que aprendan sus deberes. Si el Capitán García u otros oficiales buenos de nuestro ejército vinieren de Guayaquil, V. S. también los destinará a este Batallón, pues repito es menester organizarlo y trabajar eficazmente en él.—Dios, &.—A. J. de Sucre."

"Adición: de las ochocientas camisas que hay en Loja: las quinientas y trescientas que hace aquí el encargado de la maestranza, servirán para los ochocientos vestuarios que se construyen; y las trescientas con las trescientas chaquetas y calzones que se trabajan allí son para el batallón Yaguachi o para la recluta, si aquel no lo necesitare.—Sucre."

Por el oficio que precede se conoce que Sucre era un gran militar que se preocupaba de los más ínfimos detalles concernientes al bienestar de sus soldados; y que tenía grandísimo em-

peño en la organización del *Batallón Sur*, que se compuso, en su mayor parte de azuayos, y fue a combatir gloriosamente en Ayacucho.

El oficio susodicho está acompañado de los siguientes curiosos documentos:

"Uniformes de los Cuerpos.—Toda tropa de Colombia tiene chaqueta azul con vuelta y cuello encarnado; pantalón azul con franja amarilla.

DEL PERU

| | |
|------------------|-----------------------------------------|
| Trujillo, | chaqueta azul con vuelta y cuello verde |
| Piura | id id con vuelta y cuello aurora |
| 1º de Cazadores | id id con vuelta verde y cuello aurora |
| 2º de Cazadores, | id id con vuelta aurora y cuello verde |
| Artillería, | id id id id |

Todos los cuerpos, pantalón azul con franja blanca.

Los Granaderos a caballo sólo han llevado pantalón.—Hay una rúbrica."

"RELACION DE LOS OFICIALES QUE QUEDAN EN ESTA CIUDAD

BATALLON DEL SUR

PLANA MAYOR

Comandante—Teniente Coronel E. Tamariz. (Español)
 Mayor—El Sargento Mayor J. González. (Venezolano)
 Ayudante—Teniente Alejandro Machuca. (Cuencano) (1)

1ª COMPAÑIA

Capitán—Nepomuceno Montero.
 Teniente—Nicolás Ugalde, ((Cuencano)
 Subteniente—Juan Ballesteros."

NOTA.—Queda curándose el Capitán Stes, a quien debe asistirsele en su enfermedad (pero no con la media paga), sino con las cosas que necesite. Mejorado irá a reunirse a la División.—En Loja está el Subteniente Kent curándose, y debe marchar a *Albión* luego que esté bueno.—El Subteniente Bendaña queda encargado de los Hospitales.—Cuenca, a 11 de Abril de 1822—12º—Sucre."

Físico (médico) del ejército era don Lorenzo Rodríguez; y Cirujano del mismo Fray Francisco de la Natividad, betlemita.

El pueblo de Cuenca, espontáneamente representado por

(1) El Teniente Machuca se incorporó después al ejército de Sucre y combatió valerosamente en Pichincha, según consta de la brillante hoja de servicios de aquel ilustre Prócer cuencano.

el Cabildo Eclesiástico y Civil y sus más conspicuos ciudadanos, resolvió que se publicara y jurara la Constitución de Colombia; quedando, por lo mismo, incorporada nuestra Provincia a aquella gran República.—He aquí el texto literal del acta del Cabildo Abierto que se celebró con ese objeto:

“En la ciudad de Cuenca y Abril oncede mil ochocientos veinte y dos. El Exmo. Ayuntamiento, Venerable Deán y Cabildo, Exmo. Superior Tribunal, Corporaciones y ciudadanos que abajo suscribirán &.”

“Hallándose juntos y congregados en esta Sala, recibieron en ella al Señor General en Jefe Antonio José de Sucre, quien mandó se instruyesen del Decreto de nueve de Octubre de ochocientos veinte y uno, y Constitución de la República de Colombia, como en efecto, previa su lectura por mí el Secretario, en altas e inteligibles voces, manifestó S. E. hallarse en el caso de pedir la voluntad del Pueblo a cerca de si convenía la publicación o suspensión de uno y otra, con respecto a las actuales circunstancias de la guerra, sin embargo de hallarse facultado para disponer lo conveniente sobre la materia. Y para que la deliberación que apetecía se practique con toda la amplitud que los ciudadanos y esta Exma. Corporación conceptuase necesaria, se retiró, pidiendo que se le comunicase las resultas. Bajo de esta inteligencia procedieron a dar por votación sus pareceres; y principiando por uno de dichos ciudadanos hasta el total de los que fueron de igual parecer, como asimismo los de contrario dictamen, se mandó por el Sr. Presidente de la Sala que dos escrutadores que en este acto fueron nombrados, el señor Alcalde 2º Bartolomé Serrano y doctor José Peñafiel, reconocieron haber treinta y cuatro votos dirigidos a que se publique la citada Constitución y Decreto de 9 de Octubre de 1821; y nueve a que se suspenda interim se concluya la expedición y pacificación de la Capital de Quito. En su consecuencia se resolvió por el citado señor Presidente que, con testimonio de esta acta, se dé cuenta al señor General en Jefe para que, en vista de ella, se sirva declarar lo que fuere de su mayor agrado.—Con lo cual se concluyó esta acta que la firmaron los señores que la componen, de que certifico.”

“Salvador de la Pedrosa, Miguel Malo, Tomás de Heres, Mariano Isidro Crespo, Doctor José María de Landa y Ramírez, Munuel Rada, Antonio Soler, Bartolomé Serrano, José de Granda, Doctor José Mejía, Bernardino de Alvear, Manuel Chica y Astudillo, Carlos Sélleri, Antonio de Carrión, Vicente Arriaga, Juan Barbosa, Doctor Juan Aguilar Cubillús, Doctor Andrés Villamagán, El Guardián, Doctor José Peñafiel, El Prefecto, El Comendador, Fray Andrés Nieto Polo, Fray Tomás Lozada, Manuel de Illescas, Francisco Chica, Joaquín Crespo, J. M. Borrero, Juan de Rivera, José de Maestre y Córdova, Tomás Ordóñez, Casimiro Martínez, Pedro Serrano, Gregorio Peñafiel, José Cisneros, Manuel Chica y Ramos, Ignacio Ochoa, Gerónimo de Illescas, Manuel Serrano, Vi-

cente de Toledo, José Pesantes, Juan José de Añasco, Juan José Aguilar, Manuel Landívar, Manuel Ochoa, José Astudillo, Manuel Veintemilla, Mariano Gómez, Secretario."

Como se ve el acta anterior está suscrita por todas las personas más notables de Cuenca, entre las cuales se encuentran los patriotas del Tres de Noviembre de 1820.

Sea esta la oportunidad de rectificar la aserción del distinguido historiador don Camilo Destruge, quien en su magnífica obra, "Historia de la Revolución de Octubre y Campaña Libertadora de 1820-22," dice: "Libre ya la ciudad (Cuenca) y proclamada su Independencia, se suscitaron los mismos incidentes que en Guayaquil respecto a la incorporación del territorio; y tan importante asunto demoró a Sucre en Cuenca hasta el mes de Abril. Por fin el día 11 de este mes, en Cabildo Abierto, se resolvió, por treinta y cuatro votos contra nueve, que se publicara y jurara la Constitución de Colombia; quedando, por lo mismo, incorporada la Provincia de Cuenca a aquella República, conforme a la Ley del 9 de Octubre de 1821."

Es cierto que, cuando se verificó el movimiento revolucionario del Tres de Noviembre de 1820, Cuenca se proclamó República independiente; pero no lo es, que haya pretendido incorporarse al Perú. Esta idea no tuvo un solo partidario que sepamos en nuestro territorio, en aquella época. Todos sus habitantes fueron, en 1822, decididamente colombianos. En consecuencia, el General Sucre no se demoró en Cuenca hasta el 11 de Abril de dicho año, para conseguir la incorporación de esta Provincia a la Gran Colombia, sino, según Sucre mismo lo dijo, por necesidad y utilidad, o sea, *para reforzar los Cuerpos, para vestirlos y para hacerlos descansar.*

Habiendo salido ya de Cuenca los batallones del Ejército Patriota, llegó también el momento de la partida del segundo Capitán de la Gran Colombia, del inmortal Sucre, quien se despidió del Cabildo, representante genuino del pueblo cuencano, por medio de un oficio que constituye un timbre de honor y legítima gloria para Cuenca, y cuyo tenor literal es:

"Cuartel General en Cuenca, a 11 de Abril de 1822—12º—Exmo. señor: Al separarme de esta Provincia para marchar a cumplir los deberes de que me ha encargado la Patria, yo llevo también el objeto interesante de asegurar del modo más sólido la libertad de que actualmente goza Cuenca, este don inestimable que tan justamente le han merecido la FIRMEZA DE SU OPINION Y LA GRANDEZA DE SUS SACRIFICIOS por conservarlo. El cumplimiento de esta obligación en que me reconozco constituido, es para mí el más dulce y satisfactorio, cuando considero que guiado este vecindario por la sabia dirección de V. S. sabrá apreciar lo que ha adquirido, sabrá mantener el orden y la tranquilidad en que tengo la satisfacción de dejarlo, y sabrá prestarse a nuevos

sacrificios si fueren necesarios para concluir la obra de su Independencia y felicidad."

"Las fuentes de ésta están en la mano de V. E. y el señor Gobernador, a quien por sus luces, patriotismo, actividad y amor al bien público, he considerado digno de presidir la respetable Corporación que forma V. E.; está muy dispuesto a promover de acuerdo con V. E. todos los medios de la prosperidad del país. Yo me prometo que bien pronto sentirán estos pueblos las ventajas que les ha proporcionado la sabiduría y beneficencia de nuestro Gobierno; y que las circunstancias y la necesidad de continuar una guerra que nos asegure el goce de nuestros derechos, no les ha permitido sentir en toda su extensión. Reciba, pues, V. E. los sentimientos de mi gratitud y consideración, bien persuadido que Colombia JAMÁS OLVIDARÁ LOS SERVICIOS QUE POR CONDUCTO DE V. E. HA PRESTADO CUENCA A LA DIVISIÓN LIBERTADORA DEL SUR, Y QUE SERÁ EL MOMENTO MÁS GRATO PARA MI CORAZÓN AQUEL EN QUE TENGA EL HONOR DE RECOMENDARLOS MUY PARTICULARMENTE A S. E. EL LIBERTADOR PRESIDENTE.—Dios guarde a V. E. muchos años.—Antonio José de Sucre.—Al Exmo. Cabildo Municipal de esta ciudad."

El Cabildo, en sesión de 12 de Abril, acordó contestar al honroso oficio que precede en los términos siguientes:

"Cuenca, 12 de Abril de 1822.—Señor General en Jefe Antonio José de Sucre.—Esta Provincia se hallaba cabalmente tocando los extremos de su última ruina con la dominación de las Armas Españolas, cuando la Divina Providencia le presentó a la vista el lleno de todos sus consuelos; así fue que con el arribo de la División al mando de V. S. y evacuación de los enemigos, ha logrado reducirse a la gloriosa decisión de sacrificarse por la obra de su independencia y felicidad. Las sabias, humanas y piadosas deliberaciones con que V. S. se ha conducido, tienen a este pueblo firmemente persuadido que, muy en breve, disfrutará los efectos deseados. Y aunque este Ayuntamiento se contrista demasiado por la ausencia de V. S., prevee su consuelo y sostención en el digno Jefe Gobernador de esta Plaza, que mediante sus luces, patriotismo, actividad y amor al bien público presidirá esta Corporación, y promoverá todos los medios de la prosperidad, acercándose al espíritu de la beneficencia de nuestro Gobierno, mucho más cuando V. S. en todos tiempos será el Protector, y quien elevará los sentimientos de nuestra fidelidad al Exmo. Señor Libertador. En consecuencia, sírvase V. S. contar con nuestra dependencia personal y general para cuanto viere ser útil a la salvación de la Patria y particulares órdenes de V. S.; con lo que contestamos a su apreciable oficio de ayer de la fecha.—Dios guarde a V. S. muchos años.—Manuel Rada.—Bartolomé Serrano.—Carlos Sélleri.—Antonio Carrión.—Manuel Ochoa.—José Astudillo."

Antes de abandonar Sucre esta ciudad, delegó al Gober-

+ nador Heres las facultades de que aquel se hallaba investido, por medio del oficio, cuyo tenor es:

“Cuartel General en Cuenca, a 12 de Abril de 1822.—12º Al Señor Gobernador Comandante General de la Provincia Benemérito Coronel Tomás de Heres.—El Exmo Señor Presidente de la República se ha servido autorizarme por un oficio de 2 y 3 de Enero último, para obrar en esta campaña con amplitud de sus facultades relativamente a la adquisición de recursos, aumento de tropas, &, &; y por las instrucciones de Enero del año anterior para la organización del país, organización de cuerpos y demás.”

“Las facultades de S. E. están demarcadas en el Decreto dictado por el Congreso General el 9 de Octubre próximo pasado de que me ha incluido copia, y que tengo el honor de transmitir a V. S.”

“Aunque V. S. como agente natural y delegado del Presidente en esta Provincia, que sirve de teatro a las operaciones militares, goza en ella de estas facultades dictadas por la necesidad, en la parte que comprende la adquisición de recursos para continuar la guerra, he creído para evitar toda duda o entorpecimiento, deber declararlo así al ausentarme de la Provincia, a fin de que puestos por V. S. en ejercicio los artículos del citado Decreto que sean necesarios para la existencia de la División, no carezca ésta de los auxilios debidos.”

“V. S. hará publicar esté Decreto del Soberano Congreso para que él surta los efectos que se desean.—Dios guarde a V. S. muchos años.—A. J. de Sucre.”

Seis años más tarde recordaba el Gran Mariscal de Ayacucho los servicios importantes que prestó Cuenca para la campaña que terminó en Pichincha, en una carta que escribió desde Quito al General don Juan José Flores, quien se hallaba al frente del ejército colombiano que debía contener la invasión del ejército peruano regido por el Mariscal don José de La Mar, cuando se suscitó la guerra entre Colombia y el Perú, en el año de 1828.

Vamos a transcribir dichos recuerdos del Mariscal Sucre, consignados en la carta mencionada, cuya fecha es de 18 de Diciembre de 1828, por ser pertenecientes al objeto de nuestro libro.

“..... No pienso que es bueno abandonar a Cuenca; creo que el enemigo debe esperarse a las puertas de esa ciudad hasta donde hay distancia suficiente para que ningún derrotado repase el Macará. La llanura de Tarqui es un buen campo de batalla; a la parte de allá hay una fuerte posición que yo ocupé cuando venía a la campaña de Pichincha; pero que no puede conservarse mucho por falta de agua. EL ABANDONO DE CUENCA FACILITARÍA AL ENEMIGO REPONER SUS CABALLOS, DESCANSAR SUS TROPAS, REUNIR SUS HOSPITALES, Y EN FIN REPARAR SUS PÉRDIDAS COMO YO LO HICE EL AÑO 22. A lo más creo que si no hay tiempo, deberíamos perder hasta el Cañar, pero nunca venir a este lado del páramo del Azuay.”

“La pérdida de Cuenca traería consigo la pérdida de Guayaquil; y en este caso los enemigos recibirían auxilios por Naranjal y las fuerzas desembarcadas en aquel Departamento se unirían fácilmente con las de Cuenca. No sucederá así, si perdido Guayaquil no se pierde Cuenca, porque aunque los peruanos intentaran reforzar sus tropas por Machala para salir a Saraguro, ese es un camino difícil en tiempo de aguas, pues yo lo hice con mil hombres, y que a pesar de la ayuda de los pueblos habría sido suficiente una compañía de cazadores enemigos para derrotarme. Deduzco, por consecuencia, que la conservación de Cuenca es mucho más importante que la del Departamento de Guayaquil. Este nada produce estando bloqueado y mucho menos en el invierno. Por supuesto hablo todo en un sentido militar.....”

Del último oficio de Sucre que hemos transcrito, fechado en 11 de Abril de 1822, aparece que aquel General salió de Cuenca probablemente el día 12, pues el 14 partió de Cañar, según lo veremos después. A su tiempo nos ocuparemos de su marcha hasta Quito, donde entró triunfante, después de la batalla de Pichincha; pues el orden cronológico exige que hablemos antes de la campaña sobre Pasto emprendida por el Libertador que se hallaba ligada con la de Sucre sobre Quito, y de otros sucesos concernientes al objeto de esta obra

CAPITULO XIV.

Campaña de Bolívar sobre Pasto. — La batalla de Bomboná. — Bolívar se retira al Trapiche. — Documento importantísimo que manifiesta los grandes servicios prestados por Cuenca en la campaña de Pichincha y en la del Perú. — Auxilios prestados por Loja para la primera campaña. — Historia del Batallón Alto Magdalena. — La jura de la Constitución de Colombia en Cuenca.

Triunfante el Libertador en Carabobo, dejó al General Páez encargado del sitio de Puerto Cabello, puso en marcha para Bogotá los batallones *Rifles* y *Vencedor* y los escuadrones *Húsares* y *Lanceros*, y se vino a Cúcuta, donde tomó posesión de la Presidencia de la República de Colombia. El Congreso Constituyente reunido en aquella ciudad le autorizó a Bolívar para mandar personalmente el Ejército. Con esta autorización se separó del ejercicio del Poder Ejecutivo, dejando al frente de él al Vicepresidente Santander, y, después de haber tocado en Bogotá, emprendió su marcha hacia el Sur.

El 1º de Enero de 1822 llegó el Libertador a Cali con la División que, en Caloto, tenía a su cargo el General Pedro León Torres, con el objeto de seguir con ella, o a lo menos, mandarla al Ecuador, pues de Cali la encaminó para Buenaventura; pero al llegar dicha División cerca del embarcadero en el río Dagua, la mandó regresar a Cali; pues, Bolívar, cambiando de plan, se propuso en persona hacer la campaña sobre

Pasto, ocupada por el ejército realista a órdenes del Coronel español don Basilio García. Para llevar a cabo este plan, Bolívar se trasladó a Popayán con el ejército del General Torres. En esta ciudad expidió un Decreto por el cual dió el nombre de *Vargas* al batallón de Neiva, y lo colocó entre los Cuerpos de la *Guardia* que eran de la predilección del Libertador, como que en ellos estaba fincado el orgullo militar de Colombia.

Llegada a Popayán la División del General Manuel Valdés, compuesta de los batallones *Rifles* y *Vencedor* y de los escuadrones *Húsares* y *Lanceros*, asumió el mando de General en Jefe el Libertador; y emprendió la campaña sobre Pasto, atravesando, sin dificultad, los ríos Mayo y Juanambú, hasta dar con el ejército de don Basilio García, que se había situado en la posición de Cariaco; y allí se libró la famosa batalla llamada también de Bomboná, una de las más sangrientas que registran los Anales de la guerra de la Independencia Colombiana; y para cuya descripción nos valdremos de la pluma del Coronel Manuel Antonio López Borrero.

“Don Basilio García que, de instante en instante recibía noticias del Ejército Republicano, informado de la dirección que éste llevaba, dió la vuelta por el Sur de Pasto, salió a su encuentro, y el día 6 (Abril de 1822) se situó en la formidable posición de Cariaco, que es necesario describir para dar una idea de aquel campo de batalla, donde un arrojo y heroísmo prodigiosos sostenidos durante ocho horas, lograron adueñarse de un largo baluarte natural, reconocidamente inexpugnable.”

“La loma de Cariaco se alza sobre la falda del volcán de Pasto, en dirección de Nordeste a Sudeste, y la quebrada del mismo nombre de Cariaco sale del pie del volcán, corre encajonada por entre escarpadísimas rocas calcáreas, recorre un trecho también Nordeste a Sudeste, y trazando una curva se dirige luego al Noroeste para ir a confundir esas aguas con las del Guáitara, cuya rápida corriente y pedregoso lecho en ningún tiempo del año dan vado al pasajero. Tampoco la quebrada era accesible sino por un puente de madera terraplenado, de vara y media de ancho, colocado sobre las peñas de las orillas opuestas, paso forzoso del camino que conducía a Yacuanquer. Los enemigos ocupaban con sus tropas toda la parte principal de la loma, cubriéndolas de nuestros fuegos casi en todas direcciones a la sombra de las sinuosidades del terreno y de los barrancos del camino que serpenteando baja al puente, y a la salida meridional de éste situaron su vanguardia y colocaron su artillería dirigida por el Presbítero Don José Félix Liñán, Secretario del Obispo de Popayán Dr. Salvador Jiménez, extendiendo las baterías a su izquierda, y cubriéndolo todo con abatidas de árboles. A su derecha, y muy cerca de la cima del monte, levantaron una trinchera para cubrir aquel flanco, que era el menos inaccesible, aunque todavía sumamen-

te difícil de trepar por lo escabroso de la loma; y sostenían ésta tres compañías escogidas del batallón *Aragón* y algunos voluntarios pastusos.”

El Libertador pensó detenerse en Consacá, el día 7 de Abril de 1822, pero falto de víveres en aquel lugar, avanzó a la hacienda de Bomboná, y al llegar a este lugar la División del General Pedro León Torres, en el día indicado, Bolívar le dió orden de que atacase al enemigo. “No entendió el General Torres que ésta fuese una orden terminante o de ejecución inmediata, siguió con su División y se paró donde estaban cogiendo el ganado, en la creencia de que se iba a racionar al Ejército. El Libertador, visto que el General Torres no había comprendido la orden, lo reconvino algo enfadado, le ordenó que atacara inmediatamente; y como a las diez o más de la mañana se abrieron los fuegos sobre el puente y el centro del Ejército español, que eran los puntos más fuertes de sus posiciones. Al mismo tiempo el General Manuel Valdés recibió orden de atacar con el batallón *Rifles* la trinchera que demoraba en las alturas del flanco derecho del enemigo.”

“El combate se empeñó con ardor a pesar de todas las desventajas de la posición, pues los batallones *Bogotá* y *Vargas* con el mayor arrojo pasaron el puente para ir a estrellarse al pie de la loma que principalmente defendía el enemigo al abrigo de sus parapetos. Al principio de la batalla fue herido el General Torres, y tomó la dirección personal del ataque el Teniente Coronel Lucas Carvajal, (diferente del Comandante Lucas Carvajal que murió en Genoi); herido también, lo reemplazó el Teniente Coronel Joaquín París; herido, igualmente, París, le sucedió el Teniente Coronel Ignacio Luque; hirieron a Luque, y ocupó su lugar el Teniente Coronel Pedro Antonio García; herido García, el Sargento Mayor León Galindo; herido Galindo como los otros, el Sargento Mayor Federico Valencia [1] le siguió, y de la misma manera fue herido, con lo cual, a la media hora de fuego, todos los Jefes de la División de vanguardia estaban fuera de combate, y tuvieron que mandarla oficiales de menor graduación. Desde que se empeñó la lucha no dejó de combatirse con tesón, a pesar del terrible destroz que hacía el fuego enemigo en nuestras filas. A las seis de la tarde la batalla estaba indecisa, y tan encarnizado el combate como al principio; y el número de muertos y heridos entre jefes, Oficiales y tropa era tan considerable, que los batallones *Bogotá* y *Vargas* habían quedado reducidos, el uno a setenta y cuatro plazas y el otro a menos de setenta. En esos momentos el batallón *Vencedor*, que

(1). El Mayor Federico Valencia, después Coronel, se radicó en Cuenca, donde desempeñaba en la última administración del General Flores el cargo de Comandante General en 1845, cuando Boderó ocupó esta ciudad después del combate del Tablón.

formaba la reserva, entró en combate, pasó el puente haciendo esfuerzos sobrehumanos, pisando no el suelo sino cadáveres, y fue a estrellarse también como los otros en la tremenda posición de los enemigos; así es que en los pocos momentos que restaban de crepúsculo quedó reducido a casi un cuadro. La noche sobrevino, y sus sombras salvaron a aquella heroica División de una destrucción completa."

"Entre tanto el batallón *Rifles*, que había marchado por nuestro flanco izquierdo, subió por la orilla de la quebrada, y muy arriba encontró un difícil paso en que tuvo que demorarse para atravesarla, luego bajó por el pie de la loma, se encontró con una fuerte columna situada en la parte baja de la altura atrincherada; dos de sus compañías desalojaron aquella fuerza obligándola a replegarse a la trinchera, y allí fue lo más reñido del combate de flanco. El Capitán Felherstenhaw murió de un bayonetazo al saltar sobre la trinchera; quedaron fuera de combate los Tenientes Vicente G. de Piñeres y Justo Franco, el Alférez Ramón Bravo y 55 individuos de tropa entre muertos y heridos, a tiempo que por un último esfuerzo el enemigo fue desalojado de la trinchera, coronada la altura, y la bandera del *Rifles* enarbolada por el valiente abanderado Domingo Delgado en el mismo lugar donde poco antes flameaba la española."

"El Coronel Arturo Sandes (1), que perdido en las honduras de las faldas del cerro con el resto del batallón, tomó al acaso una pendiente cañada donde los soldados tenían que clavar la bayoneta para apoyarse, subió así a la cumbre, y se reunió a las dos compañías que ocupaban la trinchera."

"Las tropas derrotadas allí llevaron a su campo la noticia de que estaban flanquados por muchas fuerzas enemigas, y Don Basilio se puso sigilosamente en retirada abandonando su artillería y unos pocos heridos."

"Este último resultado se alcanzaba cuando ya puesto el sol, las sombras de la noche, que tanto se adelantan en los terrenos quebrados y montañosos, impidieron que se viera flamear aquella bandera, y el Libertador no pudo tener conocimiento del triunfo obtenido en aquel punto, antes de las doce de la noche, cuando el Ayudante Coello del *Rifles* le llevó el parte que le mandó el Coronel Sandes de haberse coronado la altura quedando flanqueado el enemigo."

"El Libertador se declaró vencedor porque quedó dueño del campo, de su artillería y de algunos heridos; pero para conseguirlo fue necesario superar muchos obstáculos, derramar mucha sangre, hacinar cadáver sobre cadáver y ostentar un lujo extraordinario de heroísmo."

"Tal fue la sangrienta batalla de Bomboná cuyo ver-

(1) El Coronel Arturo Sandes, después General, valentísimo hijo de la Gran Bretaña fue el Jefe nato del heroico batallón Rifles. Este bizarro General murió en Cuenca en 1832 o 33; y le bautizó aquí el Canónigo Don José Mejía. Una de las calles de esta ciudad lleva el preclaro nombre de Sandes.

dadero resultado estratégico consistió en paralizar las operaciones de una gran fuerza que auxiliando al ejército del General Aymerich (debe decirse de Mourgeón), habría puesto en duro conflicto al General Sucre...."

"Al siguiente día Don Basilio García dirigió al Libertador una atenta comunicación manifestándose sensible a la pérdida que había sufrido el Ejército Libertador en la batalla de Cariaco, y remitiéndole las banderas de los batallones *Bogotá* y *Vargas*, que recogió del suelo cuando los abanderados y cuantos los rodeaban quedaron tendidos en el campo al pie de sus parapetos y abatidas. En ella Don Basilio se expresaba así:"

"Remito a V. E. las banderas de los batallones *Bogotá* y *Vargas*. Yo no quiero conservar un trofeo que empaña las glorias de dos batallones de los cuales se puede decir que, *si fue fácil destruirlos, ha sido imposible vencerlos.*"

El Libertador, después de la batalla de Bomboná, en la que quedaron reducidos a cuadros los bizarros y disciplinados batallones *Bogotá*, *Vargas* y *Vencedor*, se retiró primero a Mercaderes y después al Trapiche, donde recibió un auxilio de 1800 hombres que le envió el Vicepresidente Santander, con lo que reemplazó y aun aumentó las bajas que sufriera el ejército patriota en el sangriento campo de Cariaco. Dejando al Libertador en el Trapiche, para volver a tratar de él, a su debido tiempo, continuemos la narración de los sucesos de Cuenca.

Dijimos anteriormente que el Presbítero Doctor Custodio Vintimilla, acendrado patriota, se encargó de recolectar los préstamos patrióticos de parte del Clero Secular. Brillantemente se comportó el doctor Vintimilla en esta comisión, tan cierto es esto que, durante el mes de Marzo de 1822, enteró en las Cajas Nacionales la suma de 4138 pesos, incluyendo en ella la cantidad de 150 pesos que donó el Presbítero doctor José Peñafiel, Cura de San Sebastián y la de 500 pesos que dió el Presbítero Isidro Hurtado, Cura de Jadán.

Con lo que acabamos de expresar, y con lo que dijimos antes respecto de los donativos de los miembros del Cabildo Eclesiástico, queda desvirtuada la aseveración del señor don Camilo Destruge "de que la sociedad cuencana estaba dominada, en su mayor parte, por el clero, y éste hacía causa común con los realistas."

Debemos apuntar, también, que don Manuel Avilés enteró en Tesorería la suma de dos mil pesos; y el Escribano don Juan Izquierdo del Prado, acérrimo realista, dió en préstamo, *malgré lui*, la suma de mil pesos.

Debemos advertir que los préstamos patrióticos y donativos gratuitos se hacían en plata y en *tejos de oro de Zaruma*, computándose el valor de cada castellano de oro en catorce reales de plata.

Consecuentes con nuestro propósito vamos a reproducir un documento en el que constan, en síntesis, los auxilios y

servicios que prestó Cuenca, no sólo para la campaña de Pichincha, sino también para la que dió libertad al Perú.

“Cuenca, 12 de Octubre de 1824.—A la M. I. Municipalidad de esta Capital.—Para procurar las ventajas de este Departamento ante el Congreso Nacional, necesito que V. S. M. I. instruya una razón formal de los sacrificios que ha hecho esta Provincia en obsequio de la República, auxiliando sus necesidades con dinero, soldados, caballos, mulas y vestuarios; pues todo esto conduce al expresado objeto.—Dios guarde a V. S. M. I.—Doctor Miguel Custodio Vintimilla,” (El doctor Vintimilla era representante de Cuenca para el Congreso de Colombia de 1824). Decreto: “Sala Capitular de Cuenca, 12 de Octubre de 1824.—14^o—El Secretario de esta Municipalidad, con vista de los documentos respectivos, informe con individualidad la clase de sacrificios que ha hecho esta Provincia en obsequio de la República; y manifieste también las notas del Sr. General Sucre (1) relativas a los mismos fines, para que en contestación se pase al señor Diputado Representante.—Hay seis rúbricas.—Ordóñez, Secretario.

Informe del Secretario Municipal.—“M. I. S.—El Secretario de esta Municipalidad, con arreglo al Decreto que antecede, su fecha 12 del corriente, informa: que de los documentos que existen en el archivo de su cargo, resultan los sacrificios y servicios practicados por esta Provincia a favor del Ejército Libertador y la República, en la manera siguiente:

Del expediente obrado sobre el repartimiento general de contrinuciones, a favor de los Gastos del *Ejército Libertador que marchó a ocupar la capital de Quito*, resulta haberse asignado y cobrado por el Gobierno la suma de treinta y siete mil ochocientos setenta pesos. \$ 37.870

Por orden de S. E. el Presidente Libertador de 4 de Enero de 1823, por empréstito, se asignaron y cobraron cinco mil pesos. \$ 5.000

Por orden del mismo Exmo. Señor de 9 de Marzo, y por empréstito, se asignaron y cobraron, trece mil pesos. \$ 13.000

Por igual orden y para la mantención de tropas y guarnición en esta plaza, se mandó continuar la contribución mensual del tiempo del Gobierno Español, de la cantidad de tres mil pesos, desde *Febrero de 1822, hasta Julio de 1823*, que importa la cantidad de cincuenta y un mil pesos \$ 51.000

Por igual orden y para la guerra del Perú, se ha asignado y mandado cobrar la cantidad

[1] De las notas a que se refiere este Decreto, la una se encuentra publicada en la página 400 y la otra la insertaremos después.

de tres mil pesos mensualmente, desde Septiembre de 1823 hasta Agosto de 1824 que hacen 12 meses, y son treinta y seis mil pesos \$ 36.000

Por orden del Jefe Superior General B. Salom, y por la Junta comisionada, se asignaron y cobraron en el mes de Mayo último \$ 10.000

Total \$ 152.810

Para aumentar las filas del Ejército Libertador consta que la Municipalidad, en 27 de Febrero de 1822, asignó el cupo de la recluta de hombres y requiza de caballos

| | |
|---------|----------|
| Hombres | caballos |
| 711 | 166 |

Para la División que condujo el Coronel Tamariz al Perú 383

Para el mismo Perú conducidos por el Coronel Ibarra 400

Total 1,494 161

De la relación dada por el Comisionado Proveedor, J. Illescas, resulta que se consumieron en las tropas desde 21 hasta el 28 de Febrero del año 1822

| | |
|-------|-----|
| Reses | 105 |
|-------|-----|

De la propia razón de José Pezantes, hasta 23 de Mayo de 1822 resulta consumidas

| | |
|----|-----|
| Id | 624 |
|----|-----|

De la de José Ayora, hasta 3 de Septiembre de 1822, resulta, seiscientas cuarenta

| | |
|----|-----|
| Id | 640 |
|----|-----|

Total de reses 1,369

De la relación de alojamientos que ocuparon los señores Oficiales del Ejército del Perú y Colombia en Marzo 5 de 1822, resulta dados 98 alojamientos.

De la asignación hecha por invitación del Gobierno en 6 de Marzo de 1822, resulta haberse colectado y aplicado a la División que posteriormente pasó a Quito, doscientos noventa y tres ponchos.

Así consta y aparece de los documentos que quedan en el archivo de mi cargo; y en cuanto a las notas oficiales del señor General Sucre, se pone a la vista de V. S. M. I. la de 11 de Abril y 29 de Mayo de 1822, para el concepto que haya lugar.—Municipalidad de Cuenca, 19 de Octubre de 1824—14.—Francisco Paulino Ordóñez, Secretario."

La noble y patriótica ciudad de Loja, gobernada en esa época, en virtud de nombramiento del General Sucre, por el Teniente Coronel don Ignacio Arteta, contribuyó con gruesas sumas de dinero para el sostenimiento del Ejército Li-

bertador, tales como: diez mil pesos, cuando se unieron en Zaraguro la División de Colombia y la del Perú; y diez y ocho mil quinientos diez y ocho pesos, cinco y medio reales enviados a Cuenca, durante la permanencia del Ejército Patriota en esta ciudad. La última cantidad remesada provenía de contribuciones, con excepción de dos mil pesos que le obligaron a donar al Excorregidor de Loja don Tomás Ruiz Gómez de Quevedo, y de tres mil seiscientos cuarenta y seis pesos, cinco y medio reales, producto de préstamos patrióticos, (Datos tomados de los libros de la Tesorería de Cuenca, correspondientes a 1822).

Antes de seguir los pasos de Sucre, después de su salida de Cuenca, vamos a hablar del batallón *Alto Magdalena*: por la parte principal que tomó en la batalla de Pichincha; porque las bajas que sufrió en el intransitable camino de Naranjal fueron reemplazadas con cuencanos; y por último, porque venía comandado por dos valentísimos Jefes, el Coronel don José María Córdova, futuro héroe de Ayacucho, y el Coronel Hermógenes Maza, que tan bizarramente se portó en los legendarios combates de San Mateo, en el año de 1814, y que se cubrió de gloria en el combate fluvial de Tenerife.

Para desvanecer la idea que algunos tienen de que Córdova sólo era valiente y arrojado en los combates, diremos que también era ilustrado y conocedor de la Táctica Militar.

Así lo comprueban los siguientes acápites de una carta dirigida por el Coronel Córdova al General Santander: "Cartagena, Noviembre 30 de 1821.—Mi querido General..... "La única noticia que he recibido de que marcharé para el Sur por el Istmo, es la que usted me comunica; muy bueno, usted sabe que a la campaña para cualquier parte me gusta marchar, pero hasta hoy, como ya digo, aquí ni aun se dice."

"Incluyo la táctica de cuadros acompañada de oficio en que manifiesto las variaciones que he hecho y sus razones; si no está bueno, si no sirve de algo, Voltaire y Cabrera no despreciarán el papel Adiós, mi querido General. Su apasionado.—J. M^o Córdova."

Hablando del mismo asunto, en otra carta dirigida a Santander, desde Cartagena, con fecha 10 de Diciembre de 1821, le dice:..... "Incluyo a usted un otro modo de desplegar la guerrilla por los flancos que me ha parecido capaz de su ejecución en todos terrenos, porque aquel del español de contados los pasos de distancia, tocar el hombro del que está delante, en terreno montuoso, seguramente no se podrá ejecutar; son los mismos números, de modo que si usted gusta, nada hay que alterar..... Adiós. Su apasionado súbdito, José M^o Córdova."—(Esta y la anterior son tomadas del Archivo Santander).

El batallón *Alto Magdalena* salió de Cartagena el 16 de Enero de 1822, según aparece de esta carta escrita a Santander:

"Cartagena, Enero 16 de 1822.—Mi querido General:—

Ahora mismo me voy a embarcar para el Istmo con el Batallón Alto Magdalena, fuerte de 800 hombres, de los cuales sólo habrá 200 veteranos, los demás son reclutas, reclutas y mucha parte de éstos de muy triste figura. El señor General (Mariano Montilla) ha escogido los más malos oficiales para el cuadro de este Cuerpo: también llevo cincuenta artilleros. Quien sabe si me darán algún dinero que he pedido para lo que se ofrezca. Adiós mi querido General, soy y seré siempre su más apasionado amigo y respetuoso súbdito, J. M. Córdova." (Archivo Santander.—Tomo VIII—Páginas 37 y 38).

El batallón *Alto Magdalena* llegó a Panamá, y tomó rumbo hacia el Sur. Después de una penosa navegación de veinte días, falto hasta de agua, desembarcó el Coronel Córdova a Guayaquil, dejando a su batallón *en una vela que había en las bocas de la ría* (palabras de Córdova). Habiéndose entendido este Jefe con el Coronel Illingworth, por indicación de él y órdenes que le había dejado Sucre, el batallón *Alto Magdalena* tomó la ruta hacia Cuenca por el frágil y desierto camino de Naranjal, en la cruda estación del invierno (principios de Abril de 1822) que lo hace verdaderamente intransitable. En consecuencia, terribles fueron los sufrimientos y penalidades que sufrió dicho batallón. Muchos soldados de él murieron, enfermaron y quedaron inutilizados para la campaña; todo esto consta de los documentos que vamos a insertar.

El Gobernador de Cuenca Coronel Tomás de Heres, para manifestar su inculpabilidad en el verdadero desastre y dispersión del *Alto Magdalena* en el camino de Naranjal, dirigió un oficio al Comandante don Francisco Eugenio Tamariz, Jefe del *Batallón Sur*, para que, ante el oficial que él designase, que lo fue el Capitán Nepomuceno Montero, se practiquen varias diligencias detalladas en dicho oficio, cuyo tenor es:

"Sala de Gobierno de Cuenca, a 11 de Mayo de 1822.—12^o—Sor Comandante:—Sírvese U. nombrar un oficial de toda su confianza para que forme una averiguación sobre los hechos que indicaré en seguida y conforme al interrogatorio que se expresará, haciendo comparecer al Alcalde Ordinario de segundo voto Bartolomé Serrano, al Teniente Juan Bendaña encargado de los Hospitales, al Subteniente Casimiro Martínez, al Físico N. Jerves (José) y al paisano Javier Avila, y que depongan:"

"El primero (Serrano), cuales fueron las órdenes que le di para auxiliar al batallón *Magdalena*; que especifique menudamente lo que se hizo en virtud de ellas, que clase de auxilios se le remitieron, y en que día fue la primera orden que recibió sobre el particular."

Para la mejor comprensión, ponemos, en seguida el informe del Alcalde Serrano:

"Yo el ciudadano Bartolomé Serrano, Alcalde Segundo

del Exmo. Cabildo de Cuenca, en cumplimiento de lo mandado, certifico en toda forma de derecho: que en ejecución de las consecutivas órdenes del Sr. Gobernador Comandante General de esta Plaza, para los auxilios de víveres, caballos, indios y demás que necesitaba el batallón *Magdalena* procedente de Naranjal hacia esta plaza, acordó las medidas y disposiciones siguientes: En 14 de Abril último, al Proveedor General para el empaque de un mil quinientas raciones de toda especie, a cargo del ciudadano Manuel Barrera y sus ayudantes Juan Prado y Fernando Carpio. Asimismo, se libraron órdenes estrictas a todos los pueblos y parroquias de la inmediación, solicitando peones para la conducción de dichas raciones, por la absoluta falta de bestias para los mismos fines. En efecto, habiendo marchado Barrera y sus ayudantes con treinta indios hizo todos los servicios oportunos constantes del parte de la materia a que se remite. Que posteriormente se han mandado comisiones con iguales auxilios de comestibles, según consta del parte del Proveedor, que con esta fecha ha dirigido el que suscribe al señor Gobernador. Ultimamente se han dado todos los auxilios posibles de que la ciudad y pueblos han sido capaces, inclusive la data de mantas y ponchos, entre nuevos y usados, para que se cubran los individuos de la División, en la mayor parte obsequiados por el vecindario; habiendo en todo concurrido el desvelo y eficacia del mismo Sr. Gobernador. Que es cuanto puede certificar en obsequio de la verdad.—Cuenca, y Mayo 12 de mil ochocientos veinte y dos.—Bartolomé Serrano.”

En el parte que se menciona en el informe precedente, dado por el Proveedor Manuel Barrera, consta que se había repartido a los soldados del *Alto Magdalena*, en Dalán, Migñir y otros lugares del camino de Naranjal, mil quinientas raciones de pan, sal y otras especies, y que se les había proporcionado, además, siete reses.

Continuemos insertando el mencionado oficio de Heres: “El Segundo (Teniente Bendaña) exprese, cuántos soldados enfermos del Batallón *Magdalena* han entrado en los Hospitales de su cargo; en que estado de salud se hallaban: de qué infiere que podían provenir sus padecimientos; si han muerto algunos, y en este caso exprese su número.”

El Teniente Juan de Bendaña, a quien se le recibió juramento, puesta la mano derecha sobre la Cruz de su espada, y examinado con arreglo al interrogatorio que precede, dijo: “que han entrado del Batallón *Alto Magdalena*, entre sargentos, cabos y soldados, sobre ciento y tantos, que éstos han entrado moribundos, a causa de la falta de recursos en la marcha; que ha oído decir a los mismos soldados, que llegó la necesidad hasta el extremo de comer carne de animales no usados, de que les provino la total extenuación con que llegaron; y que hasta esta fecha, han muerto sobre veinte y dos. . . . Dijo, además, que contribuyó a la extenuación la falta de abrigos con que venían por el trási-

to los individuos del expresado batallón *Magdalena*....”

En el sobredicho oficio de Heres se pedía también que: “El tercero [Subteniente Martínez] exprese, que día y en qué mes salió de aquí en comisión, quien se la confirió y cual fue su objeto; qué hizo en virtud de ella, donde encontró al batallón *Alto Magdalena*, en que estado de robustez estaba la tropa, qué vestido tenía, si estaban con ella sus oficiales; qué auxilios la prestó, y cómo estaban los caminos, y cuál era la estación.”

El Subteniente Casimiro Martínez, respondiendo a las preguntas anteriores, bajo juramento, dijo:.... Que al batallón que se pregunta no lo encontró formado como se figuraba el exponente, sino en partidas de hombres moribundos, albergados entre los peñascos y árboles, muchos de ellos con sus compañeros muertos a sus lados. Que el estado de salud que traía la tropa, ya lo deja indicado, pues, el alimento que ella tenía, hasta el encuentro del exponente, sólo había sido de yerbas incomedibles y huesos áridos de animales, de lo que se podía deducir cual sería su robustez. Que el vestido no puede detallar cual era, porque el más abrigado sólo tenía un pedazo de manta por cobija, y que éste era uno que otro. Que como no tomó su marcha el exponente por el camino que de esta plaza se dirige al Naranjal, sino por los altos del Pucará, donde tenía que sacar los auxilios de bestias y víveres, no encontró más que el número de sesenta en el sitio nombrado Sipti hasta el de Quinuas; pero entre todos ellos ningún oficial. Que los auxilios que prestó oportunamente fueron, nada menos, que irles dando la vida a cuantos encontraba con alimentos, bestias para su transporte y raciones para el resto del camino. Que, a mayor abundamiento, remitió más de cincuenta bestias para el puesto de Moraspugro, donde, por boca de un paisano suyo, supo que quedaban pertrechos y fusiles abandonados al cuidado solamente de los caseros; y que finalmente, desde el mencionado Sipti hasta esta plaza, no encontró oficial alguno. Que los caminos se hallaban absolutamente intransitables; y que la estación se hallaba en su último grado de rigidez.”

Al Físico don José Jerves, se le interrogó, con arreglo al oficio del Gobernador, “acerca del número de enfermos del batallón *Magdalena* que ha entrado en el Hospital en que él recetaba; y cual era generalmente el mal de los pacientes; y de que cree que provendrían.”

Habiendo comparecido el Médico don José Antonio Jerves, “al que por ante mí el Escribano se le recibió juramento, que lo hizo levantando la mano derecha y formando una señal de Cruz, para lo que, preguntado: “Jurais a Dios y ofreceis a la República decir verdad en lo que os voy a preguntar? Dijo: Sí juro.”

Después de expresar el Médico Jerves, que era natural de Londres, contestando a las preguntas que preceden, expuso: que no tenía presente el número de enfermos del bata-

llón *Magdalena* que había ingresado en el Hospital Militar, en el que el declarante recetaba; que generalmente los enfermos padecían *costado* complicado con disentería; y que estos males provenían, de la repentina mutación de temperamento, de los alimentos indigestos y mal sanos, de la desnudez y del cansancio del camino.

Interrogado el ciudadano Francisco Javier Avila casi con las mismas preguntas ya transcritas, declaró: que el día seis de Mayo de 1822, marchó con dirección a los Altos del Naranjal, de orden del Sr. Gobernador; que desde su salida de esta ciudad hasta la boca de la montaña del Naranjal, o sea, hasta el sitio llamado Moraspugro, encontró quince soldados del *Alto Magdalena*, desnudos, hambrientos y moribundos. Que con ellos no estaba ningún oficial, ni siquiera un cabo; que el camino se hallaba sumamente malo, los ríos crecidos y continua la lluvia por hallarse el invierno en toda su fuerza; que sabe y le consta que el señor Gobernador ha tomado todas las providencias concernientes para auxiliar al batallón mencionado, tales como remitir bestias ensilladas, vestuarios, ponchos y aguardiente. Que aunque el que declara nada de esto llevó está cierto que dicha remisión se ha hecho por medio de otros comisionados; y que en el tránsito por donde marchó hasta Moraspugro encontró quince soldados muertos, sin contar veintiuno que había desde aquel lugar hasta el Cucho.

Completemos la descripción de tan horripilante cuadro con la sencilla y gráfica que hicieron los comisionados para la conducción de los infelices soldados del *Alto Magdalena*, que habían quedado dispersos y perdidos en los lodazales y derrumbaderos del camino de Naranjal:

“El comisionado por el señor Alcalde Segundo de esta ciudad para la conducción de soldados que se hallaban dispersos en el tránsito del Naranjal, da parte al Exmo. Cabildo: que desde el punto de Migüir hasta el de Yerbabuena, se ha encontrado veinte soldados enfermos, de los que se ha podido conducir catorce, quedando los cinco sepultados en los mismos puntos donde se encontraron en los últimos períodos de su vida, a causa de la hambre, desnudez y demás miserias que padecían; pues aunque se deseó muchísimo alimentarlos con las raciones de pan, carne, aguardiente, azúcar y demás *utensilios* de la provisión que de aquí se condujo no han podido salvar. El tambor Raimundo Fajardo queda en los altos con el completo vestuario, y entregado al indio Alcalde de ese pueblo, con orden de mantenerlo y conducirlo. Los nombres y apelativos de los cuatro que han fallecido, ignora, por haber sucedido incontinenti de mi llegada. El uno, dicen los compañeros, se llamaba Gregorio Jáuregui; y que a los cuatro no conocían por ser de distintos cuerpos. Los que hasta aquí han llegado, se entregaron en el Cuartel General, con el mismo completo de vestuarios; y se llaman según

demuestro al margen.—Cuenca, Mayo 2 de 1822.—Manuel Andrade.—Tomás Pesantes.”

Justo me parece reproducir esa célebre lista, tal como se encuentra en el original, para salvar del olvido los nombres de esos soldados que vinieron desde lejanas tierras y que tanto sufrieron para darnos Patria y Libertad.

Buenos y completos del vestuario

{ Luis García.
Alejandro López.
José Mireles.
Román Yépez.
Silvestre Morales.
Liberato Agame.
Casimiro Polo.
Atanasio Rodríguez.
Juan Yépez.
Cándido Jiménez.
Hilario Beltrán
Andrés Carrascal.

En el Hospital

{ Juan Polo.
{ Melchor Carlos.

Tambor (Raimundo Fajardo) en los Altos, entregado al Alcalde de ese pueblo (Molleturo), por hallarse incapaz de seguir la marcha a pie ni a caballo.—Andrade—Pesantes.

Con los datos fidedignos que hemos apuntado, podemos asegurar, sin temor de equivocarnos que: de quinientos hombres que, a lo sumo compondrían el batallón *Alto Magdalena*, pues no podían caber más en el solo buque que los condujo de Panamá a Guayaquil, cerca de doscientos hombres ingresaron a los Hospitales de Cuenca, de los que en pocos días, primera quinceava de Mayo, murieron veintiuno, según partes del Teniente Juan de Bendaña, encargado de dichos establecimientos: que ciento aproximadamente murieron en el tránsito de Naranjal a esta ciudad; y que doce quedaron enfermos en el pueblo de Naranjal, según oficio del Coronel Illingworth al Coronel Heres. En consecuencia, podemos asegurar que el *batallón Alto Magdalena* quedó reducido a ciento ochenta y ocho hombres, a lo sumo, y éstos en un estado tal de postración y cansancio, que hubo día, que no se contó con el número suficiente de soldados para montar la guardia; ni su Jefe el Coronel Córdova pudo proporcionar un piquete de su batallón para la publicación de un Bando.

Estos particulares constan de los siguientes oficios: “Sr. Comandante General. “.....Digo a V. S, que los oficiales y tropa del Batallón (se habla del *Alto Magdalena*) han llegado en un estado tal de estropeo que ayer ha faltado un Oficial para la Guardia de Prevención. Sargentos, los muy pocos que hay disponibles, son los que están haciendo el ser-

vicio del Cuerpo. Los tambores pocos que tiene están tan *espiados*, que las llamadas que tienen que tocar les es un martirio. El Sr. Coronel Maza Comandante del Batallón ha llegado hoy; mañana reformaremos su cuadro... Dios guarde a V. S. m. a.—Cuenca, Abril 25 de 1822.—J. M. Córdoba, Coronel.—Sor Comandante General de la Provincia Coronel Tomás de Heres.”

“Cuenca, Abril 25 de 1822—12^o—Sr. Jefe Político.—Por una equivocación o aturdimiento del escribiente que en esa oficina puso el oficio, pidiendo la escolta para el Bando que V. S. tiene que hacer publicar, se puso el sobre al Sr. Coronel Córdoba; y S. S., a cuyas manos vino tiene a bien contestarme, entre otras cosas, que el Batallón *Alto Magdalena* no puede hacer ningún servicio. Por esta razón, no tengo tropa para dicho objeto.—Dios guarde a V. S. m. a. Francisco Eugenio Tamariz.”

El mismo Coronel Córdoba, en carta dirigida a Santander, en 20 de Junio de 1822, que después la publicaremos íntegra le dice, hablando del desastre del *Alto Magdalena*, “.....Este señor (el Coronel Illingworth) me hizo ir por el Naranjal, pasando una montaña, y después, antes de llegar a Cuenca, los Andes, lugares desiertos, sin recursos, donde, como derrotado, SE ME DISPERSÓ TODO EL BATALLÓN.....”

Hemos hecho las apuntaciones anteriores para manifestar que, indudablemente, dada la cuasi destrucción del *Alto Magdalena*, sus pérdidas fueron reemplazadas con soldados cuencanos de los reclutas que reunió Sucre en esta ciudad para este objeto. (Véase la carta de Sucre a Santander, fechada en Cuenca, a 5 de Abril de 1822, que se encuentra publicada en las páginas 394, 395 y 396 de esta obra).

Esta aserción se comprueba, también, con las siguientes palabras del mismo Coronel Córdoba que se hallan en su carta arriba mencionada.....: “por fin llegué a Cuenca enfermo, y ya el General como era regular, hacía cuatro días que había marchado con el ejército; quince días estuve en cama, apenas me repuse, habiéndose reunido ya cuatrocientos hombres para el cuartel, y escogiendo uno por uno saqué 190, y forzando las marchas me reuní al Ejército en Tacunga, con 160.....”

Ahora bien, habiendo comprobado, antes, con la lógica incontrovertible de los números, que el batallón *Alto Magdalena* cuando llegó a Cuenca, quedó reducido a menos de doscientas plazas, es evidente que la elección que hizo Córdoba de los hombres que llevó a la campaña, la hizo no sólo de los restos de su batallón, sino también del depósito de reclutas cuencanos, destinado para reemplazos. Sube de punto esta certeza, si se toma en cuenta que la mayor parte de los soldados del *Alto Magdalena* que llegaron a Cuenca, y que no fueron al Hospital, se encontraban en tal estado de prostración y debilidad, (pues muchos de ellos fueron conducidos a hombros de indios) que no era posible que se repusiesen en

pocos días y adquiriesen el vigor suficiente para poder continuar su marcha hacia Quito.

El Coronel José María Córdova llegó a Cuenca, el 14 da Abril de 1822, dejando parte de su batallón que venía a la vanguardia en los Altos o Cajas del camino de Naranjal. Así consta de un oficio dirigido por aquel Jefe al Gobernador Heres. La parte del *Alto Magdalena*, a que se refiere Córdova, llegó después en el estado miserable que hemos descrito. El Coronel Hermógenes Maza arribó a esta ciudad, el 25 de Abril, dejando la otra parte del expresado batallón en los susodichos Altos, la que llegó a Cuenca también sumamente mermada, después de haber padecido una y otra indecibles quebrantos.

De un oficio datado en Cañar y dirigido al Coronel Heres, con fecha 2 de Mayo de 1822, aparece que el Coronel José María Córdova salió de Cuenca con rumbo al Norte, llevando la primera y segunda compañía del *Alto Magdalena*, el 29 de Abril de dicho año; y que hizo tres jornadas hasta el indicado pueblo de Cañar.

El Coronel Córdova recibió diez mil pesos para la División de Sucre; y con ellos, esto es, con dinero de Cuenca se hicieron los últimos gastos de la campaña que terminó en Pichincha. Así consta de la partida que sigue asentada en el libro manual de la Tesorería de Cuenca: "Abril 29.—El señor Tesorero, en datas de los diversos ramos que abajo expresaré, se descargará **de diez mil pesos** entregados al señor Coronel José María Córdova, de orden del Gobierno, para su conducción con destino a la División de tropas, según dicha orden y recibo de la mencionada cantidad, que consta en el documento que acompaña bajo el N^o 113.....Soler."

En esa misma fecha Sucre escribía a Córdova una carta cuyo tenor es: "Cuartel General de Riobamba, a 29 de Abril de 1822.—12^o—Al Señor Coronel Benemérito José María Córdova.—Señor Coronel.—He recibido la nota de V. S. del 22, en que me participa el mal estado en que llegó el batallón *Magdalena*, Siento sumamente los trabajos y privaciones que ha sufrido ese Cuerpo; y tengo tanto más dolor, cuando considero que no debieron pasarlos.—Pensando que el Batallón llegaría bien a Cuenca, he mandado órdenes triplicadas, para que a marchas forzadas venga a unírseme; pero enterado de lo que ha sucedido, prevengo que, no obstante la necesidad que tenemos de ese Cuerpo, para terminar la campaña se repose en Cuenca, y que por secciones, conforme vayan restableciéndose los hombres, marchen a la División, con reposo y con la comodidad que sea posible conciliar, entre nuestra necesidad de la tropa, y el estado de salud de los soldados.—Recomiendo a V. S. que el Cuerpo sea bien cuidado. Durante su estada en Cuenca debe haberse vestido. En Alausí están ya preparándose frazadas que pueden pedir a Cañar.—Dios guarde a V. S. m. a.—Antonio José de Sucre.—P. D.—Tra-

te V. S. de hacerme pasar una noticia de las pérdidas que ha sufrido el Cuerpo en la marcha.”

No sólo se les proporcionó vestuarios de lana a los soldados del *Magdalena*, sino también ponchos, así consta de este recibo.—“Se han recibido del señor Manuel Serrano, ciento veinte ponchos para la tropa que marcha mañana.—Cuenca, Abril 28 de 1822.—Maza.”

La tercera y cuarta compañía del “*Alto Magdalena*” salió de Cuenca, por partes, con un total de 185 hombres, inclusive Jefes y oficiales, con el Coronel Hermógenes Maza a su cabeza, el 6 y el 10 de Mayo de 1822, respectivamente.

En los mismos días de la llegada del batallón *Alto Magdalena*, se hacían preparativos para la publicación y obediencia solemne de la Constitución de Colombia. Estas ceremonias debían verificarse lo más pronto posible; pero el Cabildo, en vista de un oficio del Gobierno en que pedía señalamiento del día para el objeto expresado, resolvió en 13 de Abril, contestar: “Que se conceptúan necesarios quince días para el arreglo de arcos triunfales, formación del palco o tablado, en el cual se han de reunir todas las autoridades, corporaciones, religiones, empleados y demás a quienes corresponde. Que siendo debido dar a este acto la solemnidad posible, tanto por mandarlo así el artículo 9º del Soberano Decreto de 20 de Septiembre de 1821, cuanto por exigirlo la importancia de la materia de que se trata, y la felicidad que con la Constitución se promete el Estado, se giren las órdenes oportunas a los Cabildos de los pueblos de la jurisdicción de la Provincia, Gobernadores y Caciques de indios para que concurran a la solemnidad de los expresados actos y presten como es debido el juramento que se ordena. Que se den iguales órdenes para la formación de dichos arcos y tablados, designándose comisionados de honor que dirijan el endocelamiento de colgaduras en las calles de la Plaza Mayor. Asimismo prevéngase al Maestro Mayor de música para que ordene las orquestas convenientes y conducentes a los días de tan plausible celebridad. Ultimamente que, en la forma expresada y para los demás incidentes de tan interesante como gloriosa celebridad, se reúnan todos los Vocales de este Ayuntamiento, a cuyo fin despáchense por Secretaría los oficios respectivos.” (Palabras del Acta Capitular de 13 de Abril de 1822).

La publicación y jura de la Constitución de Colombia se verificó el 30 de Abril de 1822, principiando por una solemne festividad religiosa en la Iglesia Catedral, en la que se prestó el juramento por todas las autoridades, corporaciones eclesiásticas y civiles y por los cuerpos militares que se encontraban en esta ciudad. El Dr. Pedro Antonio Torres subió a la Cátedra Sagrada, y pronunció la oración gratulatoria, la que se mandó a imprimir en Guayaquil, según

consta de la siguiente razón que se encuentra en el libro copiador de oficios de esa época:

“Al Ministro de Hacienda: que ponga en Guayaquil a disposición del Dr. Dn. Luis Fernando Vivero 25 pesos, costo de 200 ejemplares impresos de la oración pronunciada en esta Catedral por el Dr. Pedro Antonio Torres, en el día de juramento de la Constitución; y pase el cargo a los gastos de Colombia.”

Debemos advertir de paso que en 1822, existía una pequeña imprenta en Cuenca; particular que está comprobado con los datos que siguen:

El papel para oficios que empleaba el General Sucre, tiene impreso el membrete: República de Colombia.—Ejército Libertador.—Comandancia General de la División del Sur.—Cuartel General en.... a.... de 1822.—12º—Nº.

El que empleó el Coronel Heres, tiene el membrete que sigue: República de Colombia—Departamento de Quito.—Tomás de Heres, Gobernador, Comandante General de la Provincia de Cuenca.—Nº—Comandancia General de la Provincia.—Sala de Gobierno a.... de.... 1822.—12º

El que usó el Comandante Francisco Eugenio Tamariz tiene como membrete el escudo de Colombia, con estas palabras, República de Colombia.—Batallón del Sur. En el libro manual de Tesorería del año 1822, existen varias partidas en que constan pagadas sumas de dinero por la impresión de cartas de pago del impuesto de tributos correspondiente a esta Provincia.

El Coronel León de Febres Cordero, nombrado por Sucre Gobernador de Riobamba, cuando ocupó esta plaza, encargó al Gobernador Heres la impresión de 10.000 cartas de pago, las que se imprimieron efectivamente, según consta de la partida que dice: “Mayo 18.—El señor Tesorero, en datas de masa común, se descargará de ciento cuarenta pesos satisfechos, en esta forma: 80 pesos a Francisco Javier Orellana, por la impresión de diez mil cartas de pago de tributos de la cobranza de 1821, para la Provincia de Riobamba, de orden del Gobierno, su resello y rubricación a razón de ocho pesos cada mil: y veinticuatro pesos a José Antonio Ramírez por el importe de resma y media de papel invertida en dicha impresión, como se califica del documento que acompaña bajo el Nº 140.—Soler.—Francisco Javier de Orellana y Garrido.—José Antonio Ramírez.”

En el mismo libro manual de Tesorería, se lee esta partida.—“Diciembre 18.—El señor Tesorero, en datas del Ramo de Cruzada, se descargará de ciento treinta y ocho pesos cuatro reales, satisfechos a José Antonio Ramírez, por la refrenda y habilitación de imprenta de 39,528 sumarios de todas clases de Indulto y Cruzada, para el presente bienio de 1822 y 1823, cuya habilitación se hizo de orden del señor Comisario, según consta en las dos partidas a ff. 11 y 12;

y se califica del documento que acompaña, bajo el N^o 397.—Soler.—José Antonio Ramírez de Arellano.”

Con estos ligeros datos se completa el interesante estudio del acucioso historiador Sr. Dr. Ezequiel Márquez, intitulado “La Imprenta en Cuenca,” y publicado en la entrega 4^a de la “Revista del Centro de Estudios Históricos y Geográficos de Cuenca.”

Volviendo al relato de la Jura de la Constitución Colombiana, diremos que las festividades con que se celebró ese acontecimiento fueron pomposas, y resultaron tan espléndidas como las había acordado el Cabildo, en la sesión de que antes hablamos.

Hubo refresco, banquete y sarao nocturno. Los gastos corrieron a cargo de don Manuel Garrido. Así consta de esta partida.—“Mayo 11.—El señor Tesorero, en datas de Préstamo Patriótico, se descargará de veinte y dos pesos siete y medio reales satisfechos al Comisionado Manuel Garrido, de orden del Gobierno, que resultaron de alcance a su favor, en la cuenta de gastos en la función de celebridad, por el juramento de la Constitución de la República, como se califica del documento que acompaña, bajo el N^o 130.—Soler.—Manuel José Garrido.”

El Teniente Coronel don Francisco Eugenio Tamariz, primer Jefe del *Batallón Sur*, no concurrió a la ceremonia de la jura de la Constitución; pero dirigió al Gobernador Heres este oficio:

“República de Colombia.—Batallón del Sur.—Cuenca, Mayo 1^o de 1822.—12^o.—Sr. Gobernador Comandante General.—Mis males me han impedido concurrir como deseaba a jurar al pie de los altares la CONSTITUCION DE LA REPUBLICA DE COLOMBIA.—Mi Oficialidad ha ido con el 2^o Jefe del Cuerpo a su cabeza; pero esto no basta a mis intenciones.—Sírvasse V. S. aceptar del modo más solemne el juramento que aquí hago de defenderla, y sostenerla a toda costa: dando por expresada la fórmula con que acto tan solemne y plausible se haya celebrado.—Ojalá que mis votos en favor del Pueblo Colombiano y de sus leyes, cuya observancia juro, me hagan digno de la acogida generosa que su Gobierno me ha dispensado.—Dios guarde a V. S. m. a.—El Comandante Francisco Eugenio Tamariz.”

Don Francisco Eugenio Tamariz español, después Coronel de la República del Ecuador, según lo referimos antes, se casó en Cuenca con Doña Rosa García y ha dejado numerosa y distinguida descendencia. Desempeñó brillantemente el cargo de Ministro de Hacienda del ilustre Rocafuerte. Fue Gobernador del Azuay en 1841. Se distinguió, como escritor, por su estilo satírico y chispeante. Murió cargado de años y merecimientos en esta ciudad, en 1879.

Antes de adherirse a la causa de Colombia, el Comandante Tamariz desempeñó el puesto de Gobernador de Popayán. Hizo la primera campaña contra la División Liber-

tadora, triunfando en el primer combate de Huachi y en el segundo de Verdeloma. Derrotado en Yaguachi, cayó prisionero. Veamos cuándo y por qué causa empezó a prestar sus servicios el Teniente Coronel Tamariz a la causa de la Independencia, para lo cual apelaremos al testimonio del Coronel Antonio Morales, quien en carta dirigida a Santander desde Guayaquil, le decía, con fecha 14 de Noviembre de 1821, entre otras cosas: ".....En días pasados vino un Capitán, don Pedro Morales, enviado por el Jefe español de la División de Quito, don Carlos Tolrá, (aunque para mí tenía todos los caracteres de espía, intimidando al Gobierno que abjure su ilegitimidad; y abraza y reconozca el legítimo nacional, bajo la egida del Sagrado Código que sancionó y juró esta Provincia por medio del señor Olmedo, su Diputado en Cortes, y Presidente actual de la Junta Gubernativa. Ha llevado la respuesta que merece, aunque con mucha moderación, asegurándole que este pueblo y toda su Provincia están dispuestos a resistir a todo trance cualquiera gobierno intruso."

"Este mismo Capitán condujo algún dinero para socorro de sus oficiales prisioneros; y el Teniente Coronel Tamariz no quiso admitir diciendo: "que despreciaba altamente el auxilio de una autoridad que sería más justa si hubiera pensado en canjearlo desde el tiempo que pudo y debió hacerlo;" y últimamente ha pedido partido en nuestra División."

En virtud de lo expuesto, vino el Comandante Tamariz a Cuenca; y se le encargó la organización y Jefatura del *Batallón Sur* en esta ciudad.

Vamos a referir un grave disgusto habido entre el Coronel Hermógenes Maza y el Comandante Francisco Eugenio Tamariz en el sarao con que se festejaba la jura de la Constitución de Colombia. Para lo que veamos lo que al respecto dice el mismo agraviado que lo fue el Comandante Tamariz en los dos oficios que siguen:

"Cuenca, Mayo 1º de 1822—12º.—Sr. Gobernador Comandante General:—Anoche fue V. S. testigo de los insultos con que me ultrajó el Sr. Coronel Hermógenes Maza.—Antes había precedido el ponerse a embestir a todos como un frenético, sin más motivo que su antojo.—Yo y los demás respetamos el lugar, la ocasión y el estado de S. S.; no su graduación, porque ella no podía autorizarlo para tantos y tan repetidos ultrajes.—Después cuando me retiraba para mi casa, lo hallé en la puerta de la suya que me esperaba armado. A pesar de sus llamadas, y de la incomodidad en que justamente debe V. S. considerar que estaría yo en aquel momento, tuve bastante juicio para respetar la publicidad, las leyes de Colombia y mis particulares ideas sobre el duelo, y sobre un duelo tan infundado.—Mi moderación y mi prudencia no pudieron contenerlo, porque, después de recogido, vino S. S. a golpear mi puerta acompañado de algunos que no conocí, y repitió a gritos los in-

sultos anteriores de *español indecente, godo &*^a—Nací efectivamente en España, y serví a esa Nación muchos años, pero en el día estoy reputado como colombiano porque soy un hijo adoptivo de Colombia. Sus sagradas leyes, y la gran Constitución que acabamos de jurar protegen al extranjero que las observa. Creo, pues, que yo no debía recelar verme insultado por mi origen; pero me he visto.”

“Suplico a V. S. que se sirva elevar al Superior conocimiento del señor General este incidente, para que se digne franquearme pasaporte para el Perú o Chile.—Es el medio que yo encuentro para conciliar el decoro del Benemérito Sr. Coronel Maza y la tranquilidad a que aspiro.—Dios &.—El Comandante Francisco Eugenio Tamariz.”

“Cuenca, Mayo 1^o de 1822.—12^o—Señor Gobernador Comandante General:—Mi resolución más es prudente y moderada, que fuerte.—Yo exigiría una satisfacción tan pública como los insultos que el Sr. Coronel Maza me ha hecho; pero esto ni me parece conveniente, atendido el genio de la persona; ni justo, si ello puede considerarse en algún modo degradante a la misma, y a los muy recomendables servicios que tiene hechos a la República. Yo, desnudo aun de ellos, y recién incorporado a su gran familia, aunque miro con el mayor reconocimiento las bondades del Gobierno, no puedo ser sufridor insensible de los ultrajes que a un particular le ocurrió irrogarme, en unos momentos destinados al placer del mayor día de Cuenca, el cual se vió turbado, por más que mi prudencia se excedió de sus límites.—Vuelvo pues a suplicar a V. S. que, mirando este asunto con la justificada delicadeza que le caracteriza, se sirva tomar la providencia que le rogué en mi oficio anterior.—Dios &.—El Comandante, Francisco Eugenio Tamariz.”

El Coronel Heres puso este asunto en conocimiento del General Sucre, quien con la prudencia que le caracterizaba, le dirigió, desde Latacunga, con fecho 8 de Mayo de 1822, un oficio, cuyo tenor es: “Sr. Coronel: He visto el oficio y copias que V. S. me acompaña sobre los sucesos ocurridos entre el Sr. Coronel Maza y el Sr. Teniente Coronel Tamariz; pero como no he visto la contestación de aquel no tengo sobre que resolver. V. S. se servirá mandar seguir una información sobre el particular, para mejor instruido determinar lo que convenga.”

“De cualquiera manera que esto sea, la solicitud del Teniente Coronel Tamariz es muy fuera de razón, porque el Gobierno nunca puede ser responsable de los excesos de ninguno de sus súbditos, ni la conducta de cualquiera de éstos debe refluir contra los principios de su Constitución que castigará siempre al criminal.—Dios &.—A. J. de Sucre.”

Hemos perdido de vista al Sr. General Sucre, es, pues, ya tiempo de ocuparnos de la campaña del Ejército regido por aquel, lo que haremos en capítulo aparte.

CAPITULO XV.

El Ejército Libertador en Guasuntos.—Oficio del Coronel Morales a Heres.—Contestación de éste.—Oficio de Sucre al Gobernador de Cuenca, dirigido desde Guamote.—La División Libertadora fuerza el paso de la quebrada de San Luis.—Felonía de los Jefes de la caballería realista.—El combate de Riobamba.—Parte del Comandante Lavalle.—Ocupación de esta ciudad por Sucre.—Oficios del mismo a Heres dirigidos desde Riobamba, Ambato y Latacunga.—Los últimos avances del ejército Libertador hacia Quito.—La batalla de Pichincha, relación del Coronel López Borrero.—Parte de Sucre.—Parte de Santa Cruz.—La batalla de Pichincha según el Coronel Córdova.—El Fortín del Panesillo.—La actuación de la División Peruana en la batalla de Pichincha, según Sucre.

Referimos, antes, que el Ejército Libertador salió, por secciones, de Cuenca, a principios de Abril, y que el General Sucre abandonó esta ciudad el 12 del mismo mes. El Coronel Ibarra, que marchaba a la vanguardia, avanzó hasta Guamote, y de allí retrogradó a Alausí, según las instrucciones que tenía del General en Jefe. El 14 de Abril llegó el grueso del Ejército a Guasuntos, según aparece de este oficio.

“Cuartel General en Guasuntos, Abril 14 de 1822.—12— Señor Coronel Gobernador de la Provincia de Cuenca.—Acabamos de llegar a este pueblo y en él hemos recibido la noticia que los enemigos estaban esta tarde en Tigsán con dirección a Alausí. El Señor General nos ha mandado ya a aquel punto, y me ordena anunciar a V. S. este movimiento, para que disponga V. S. que con la mayor celeridad vengan cuantos artículos previno a V. S. se remitieran a la División, encargando en todo caso a los conductores la mayor precaución. Debo advertir a V. S. que casi todo el parque, pertrechos y municiones se han quedado en el camino, porque las mulas que se dieron eran muy malas; y es de la primera necesidad que V. S. mandare otras que vinieran volando, volando.—Dios &.—El Coronel Jefe, Antonio Morales.”

A este oficio contestó el Coronel Heres, lo que sigue: “En este momento, que son las siete de la noche, acabo de recibir el oficio de V. S. del 14, fechado en Guasuntos, y en consecuencia de lo que V. S. me expresa, digo: que aunque me constaba muy bien el estado en que la Provincia estaba de falta de bestias, quise que no me quedare en ningún tiempo el remordimiento de no haber omitido paso alguno para proporcionar las mulas que se necesitaban; por esto dí a todos los pueblos las órdenes más estrechas para que me remitiesen cuantas bestias tuvieren; y todos, todos, a una, me han contestado que no hay ni una sola.

Esto mismo he dicho repetidas veces al Sr. General para libertarme de la responsabilidad que pudiera caer sobre mí. Para sacar del camino del Naranjal al batallón *Alto Magdalena*, que ha padecido infinito y ha perdido mucho, me veo y se ven todos en los más grandes apuros; y sin embargo me queda el desconsuelo de saber que muchos males no se pueden remediar, por falta absoluta de bestias, a pesar de que los hombres están supliendo el servicio de ellas."

El General Sucre supo el movimiento del enemigo hacia Alausí. Con ese motivo salió de Cañar el 14 de Abril a marchas forzadas, se reunió con su Ejército en Guasuntos; y tomó posiciones en las alturas de este pueblo para hacer frente a las tropas realistas. Pero éstas, teniendo sin duda noticias de la reunión de todo el Ejército Libertador, y de que Sucre se hallaba ya al frente de él, abandonó a Tigsán y retrogradó, acampándose en la llanura de Totorillas. He aquí el oficio de Sucre dirigido a Heres que comprueba lo que acabamos de expresar:

"Cuartel General en Guamote, a 18 de Abril de 1822—12º—Señor Coronel.—El día 14 que salí de Cañar supe que el enemigo había hecho un movimiento sobre nuestra vanguardia, y que el Coronel Ibarra se había retirado hasta Alausí a unirse con el grueso de la División. Yo forcé mi marcha y pude llegar también donde las tropas por la noche. La tarde misma del 14 entró el enemigo con toda su fuerza en Tigsán (dos y media leguas de Alausí); y yo debí juzgar que el 15 tendríamos algún combate y tomé posiciones sobre las alturas de Guasuntos; pero se nos asegura que el enemigo supo mi llegada, supuso reunida ya la División, y se retiró de Tigsán a donde entramos el 16."

"Con la noticia de que la División enemiga estaba acampada ayer en la llanura de Totorillas, hice que nuestros cuerpos marchasen en la madrugada, a fin de alcanzarla y comprometerla a un combate; pero lo ha excusado, y apenas nuestra descubierta pudo alcanzar en este pueblo (Guamote) ayer tarde al escuadrón que cubría la retaguardia."

"Acampamos muy tarde, y calculando yo sobre el ganado que me había dicho Pontón que traíamos detrás, pensé asegurada la subsistencia, pero no ha sucedido así: la tropa, después de una larga jornada, durmió sin comer anoche, y he tenido que detenerla hoy para que almuerce antes de continuar. Marcharemos a las diez del día y dormiremos en Pulcate o en Naute, para ver si mañana ocupamos Riobamba o libramos un combate. Descarfa que llegase la artillería; pero lo dudo porque venfa en muy malas bestias; y así estoy resuelto a esperarla."

En el mismo oficio Sucre ordena que Heres envíe comisionados para recoger las bestias de Cuenca que habían traído las tropas: y se da aviso de que va a remitir 50 mulas a Cañar para la pronta conducción del batallón *Magdalena* al que esperaba con ansia.

Los últimos párrafos del oficio son de este tenor: "Haga V. S. que el Comisario se venga luego, luego, y que traiga los tres mil posos para gastos extraordinarios."

"Si los 300 vestidos de Loja han venido, serán para Yaguachi que está desnudo, desnudo, desnudo, un oficial irá mañana por ellos."

"Los caballos que quedaron allá útiles, espero que me llegarán hoy, porque el 2º escuadrón de cazadores está a pie, y es muy probable que mañana tengamos que batirnos. Dios &.—A. J. de Sucre."

El Ejército Libertador continuó su marcha sin obstáculo alguno hasta ponerse a dos leguas de la villa de Riobamba. Así lo dice Sucre a Heres, en oficio de 19 de Abril fechado en Salarón: "El enemigo, después de haberse venido retirando desde Tigsán, ha hecho alto en Riobamba, cuya villa tenemos a la vista a dos leguas de distancia. Según parece ha hecho ánimo de batirse; y probablemente hoy o mañana decidirá una batalla la suerte de la campaña."

El mando de la División realista acantonada en Riobamba estaba a cargo del Coronel López, el traidor de Babahoyo, porque el Coronel Tolrá lo renunció, bajo pretexto de que se le había abierto una herida que recibió en Antioquia, según unos, y según otros por ciertas desavenencias con el General Mourgeón.

Cuando el Ejército Patriota se presentó a la vista de Riobamba, según lo dijimos, el Realista se situó en las colinas de Santa Cruz para impedirle el paso de la quebrada de San Luis, colocando dos escuadrones en Guaslán. Los *Dragones* colombianos los cargaron, los arrollaron y los obligaron a repasar la quebrada. Como fuese ya tarde, la División Libertadora acampó, a la vista del enemigo, a la entrada del pueblo de Punín, en el que se detuvo el día 20 de Abril, aguardando la artillería que había quedado a retaguardia.

"La detención del Ejército este día en Punín dió lugar a que los Jefes de la caballería enemiga, usando de la mayor perfidia, queriéndose vengar seguramente de la corrida que sufrieron el día antes en Guaslán, convidaron a comer en la Villa a los oficiales de nuestros *dragones*; algunos de ellos tuvieron la imprudencia de admitir el convite sin conocimiento del General en Jefe. Los que quedaron con el escuadrón creyeron por esto que aquello era una especie de tregua o armisticio; sin embargo permanecieron vigilantes con sus caballos ensillados y cada uno en su puesto. Aprovechándose los españoles de la confianza que les manifestaron nuestros oficiales, entregándose a ellos sin cautela, destacaron sigilosamente un batallón de infantería y lo situaron a la espalda del escuadrón de *Dragones* que pie a tierra estaba descuidado, y repentinamente dos escuadrones de caballería enemiga los atacaron por el frente; por fortuna se pudieron retirar por un flanco que les ofreció una salida entre el batallón y la caballería que los atacaba, resistiendo pie a

tierra tres cargas consecutivas del enemigo, hasta que pudieron cabalgar, y aunque los caballos se hallaban bastante estropeados, les hicieron frente y los rechazaron vergonzosamente. Perdimos tres valientes soldados y los españoles dos en este ataque alevoso." (Reuerdos del Coronel López).

Por impericia de la División Realista, contraída exclusivamente a defender las colinas de Santa Cruz que son de muy difícil acceso, descuidó el único paso llamado Pantús que permitía la quebrada al Ejército Libertador. En consecuencia, la vanguardia de éste pudo, a las diez de la mañana del 21 de Abril de 1822, por un movimiento rápido, ocupar dicho paso, atravesar la quebrada y situarse en el punto principal para proteger el tránsito del resto del Ejército. Estando al otro lado, Sucre tornó a presentarles batalla a los realistas, pero no la aceptaron, y abandonando su posición por un movimiento de flanco se retiraron a Riobamba.

Al llegar a esta ciudad, la infantería realista la abandonó inmediatamente y la caballería quedó en ella sólo para proteger su retirada. En estas circunstancias, y cuando las casas de la población ocultaban al enemigo, el General Sucre, que no quería perder ocasión de forzarlo a una batalla, dispuso que el bizarro Comandante argentino Juan Lavalle, con el escuadrón *Granaderos del Río de la Plata*, atravesando la villa, saliese al lado opuesto por detrás de unas pequeñas colinas, y que la infantería siguiera el mismo movimiento, debiendo el Coronel Diego Ibarra con el resto de la caballería marchar por el flanco derecho a la vista del enemigo, con dirección al mismo punto para llamar su atención. El Comandante Lavalle se adelantó a galope con los *Granaderos*, topóse, de repente, a poca distancia de la población, detrás de las colinas, con toda la caballería realista; y entonces un puñado de aguerridos jinetes de las pampas argentinas hizo morder el polvo y derrotó a los jinetes españoles en la pampa de Tapi. He aquí como describe este glorioso encuentro el mismo Comandante Lavalle, en el parte que dió al General San Martín:

"Riobamba, Abril 25 de 1822.—Exmo. Señor.—El día 21 del presente se acercaron a esta villa las Divisiones del Perú y Colombia y ofrecieron al enemigo una batalla decisiva. El primer escuadrón del regimiento *Granaderos* a caballo de mi mando marchaba a vanguardia, descubriendo el campo, y observando que los enemigos se retiraban a través de la villa, y a la espalda de una llanura me ví repentinamente al frente de tres escuadrones de caballería fuertes de 120 hombres cada uno, que sostenían la retirada de su infantería. Una retirada hubiera ocasionado la pérdida del escuadrón y su deshonra; y era el momento de probar en Colombia su coraje: mandé formar en batalla, poner sable en mano, y los cargamos con firmeza. El escuadrón que formaba 96 hombres parecía un pelotón respecto de 400 que tenían

los enemigos; ellos esperaron hasta la distancia de 25 pasos, poco más o menos, cargando también; pero cuando oyeron la voz de *a degüello* y vieron morir a cuchilladas a dos o tres de los más valientes, volvieron caras y huyeron en desorden. La superioridad de sus caballos los sacó por entonces del peligro, con pérdida solamente de doce muertos, y fueron a reunirse al pie de sus masas de infantería. El escuadrón llegó hasta tiro y medio de fusil de ellos, y temiendo un ataque de las dos armas, le mandé hacer alto, formarlos y volver caras por pelotones: la retirada se hacía al tranco del caballo, cuando el General Tolrá puesto a la cabeza de los tres escuadrones los puso a la carga sobre el mío. El coraje brillaba en el semblante de los bravos *Granaderos*, y era preciso ser insensible a la gloria, para no haber dado una segunda carga. En efecto, cuando los 400 godos habían llegado a unos cien pasos de nosotros, mandé volver cara por pelotones y los cargamos por segunda vez. En este nuevo encuentro se sostuvieron con alguna más firmeza que en el primero y no volvieron cara, hasta que vieron morir dos capitanes que los animaban. En fin los godos huyeron de nuevo, arrojando al suelo las lanzas y carabinas, y dejando muertos en el campo 4 oficiales y 45 individuos de tropa. Cincuenta *Dragones* de Colombia que vinieron a reforzar el escuadrón le acompañaron en la segunda carga y se condujeron con braveza. Nosotros nos paseamos por encima de sus muertos a dos tiros de fusil de sus masas de infantería, antes que fuese noche; y la caballería que sostenía antes la retirada de la infantería fue sostenida después por ella. El escuadrón perdió un granadero muerto y dos heridos, después de haber batido a un número tan superior de enemigos en el territorio de Quito. Entre tantas acciones brillantes de los oficiales y tropa del escuadrón, es difícil hallar la de más mérito: sin embargo es preciso nombrar al valiente Sargento Mayor graduado de Capitán don Alejandro Bruix, al Teniente Francisco Olmos, a los Sargentos Díaz y Vega y al granadero Lucero.—Tengo el honor de asegurar a V. E. mis respetos y que soy su atento servidor Q. S. M. B.—Juan Lavalle.—Al Exmo. Sr. Don José de San Martín Capitán General en Jefe del Ejército Libertador del Perú y Protector de su libertad.” (Este parte es tomado de una Conferencia dada en Riobamba por el Vicepresidente de la sociedad “Unión y Progreso del Chimborazo”, Sr. Dr. Francisco Mancero V., que se halla publicada en el N^o 413 de «El Observador» de aquella ciudad).

Gustosos reproduciremos las siguientes palabras del ilustrado señor Mancero V., que se encuentran en la mencionada conferencia:

“Una calle de esta ciudad (Riobamba), que es la misma por la cual la caballería de Lavalle atravesó, en persecución de los españoles, ha quedado bautizada con el nombre de *Carrera de los Argentinos*, en memoria de los valientes y lejanos hermanos de las pampas que vinieron a

derramar su sangre para darnos a los ecuatorianos patria libre.”

El combate de las caballerías en la pampa de Tapi fue el precursor del espléndido triunfo de Pichincha, como dos años después, la batalla de los centauros colombianos con los aguerridos jinetes de Canterac, en la histórica pampa de Junín, fue la precursora de la espléndida victoria de Ayacucho.

Al recordar en estas páginas el heroísmo de los *gauchos* argentinos y de su denodado Jefe el Comandante Juan Lavalle, en la acción de Riobamba, justo es que enviemos, desde este apartado y poético rincón de los Andes Ecuatorianos, un voto de sincero agradecimiento a la República Argentina, a aquella gran Nación de nuestra misma raza, que pronto alcanzará la meta del progreso, al cual avanza diariamente a pasos de gigante, y cuya Capital, Buenos Aires, por su importancia, belleza y población, puede considerarse como el París de Sud América.

Después del combate de que hemos hablado, el General Sucre con su división ocupó a Riobamba el 22 de Abril de 1822; y los patriotas habitantes de aquella ciudad proporcionaron caballos, víveres, dinero, &, al Ejército Libertador, durante su permanencia en la Villa, o sea, hasta el 30 de Abril, fecha en que aquel llegó a Ambato.

La noticia del triunfo de Riobamba fue comunicada por el Coronel Heres mediante un oficio al Comandante General de Guayaquil, General don José de La Mar, quien lo contestó en estos términos: “Cuartel Principal en Guayaquil, a 6 de Mayo de 1822.—Las noticias que V. S. se sirve comunicar últimamente a esta Comandancia General, sobre las ventajas conseguidas por la División del señor General Sucre contra los Enemigos de la América nuestra Madre común, son de la mayor satisfacción, y fueron transmitidas al momento al Gobierno de esta Provincia, para el conocimiento público y consiguiente celebridad.—Dios &.—J. de la Mar.”

Extractaremos algunos párrafos de los oficios dirigidos por Sucre a Heres, desde Riobamba. Con fecha 22 de Abril le dice el primero al segundo:

“Aunque creo que el batallón *Alto Magdalena* haya llegado muy estropeado, pienso que con una semana de descanso, habrá estado en disposición de continuar y que habrá marchado.”

“El enemigo se concentra en Quito, según el parte que he recibido anoche, y creo que en breve tiempo si traen sus tropas de Pasto son superiores a nosotros. La División se ha debilitado infinitamente por las enfermedades. Aquí solo quedan sobre 200 enfermos, fuera de 50 o 60 que hay en Cañar, y de la multitud de ellos que se dejaron en esa ciudad. Es preciso, pues, poner todos nuestros medios para que seamos en cualquier tiempo iguales siquiera en fuerza al enemigo, particularmente cuando podemos hacerlo. Si el

batallón *Magdalena* sale siquiera hoy de Cuenca, o alguna sección de él, puede reunirse a la División al mismo tiempo que puedan reunirse a los enemigos, las tropas de Pasto. Debe, pues, no perderse momento.”

“Supongo que habrá más que suficientes vestuarios para el Batallón. Cuando yo estaba en esa ciudad, *se construían diariamente sesenta y setenta vestidos*, por consiguiente en el tiempo transcurrido desde que salí, ya debe haber un depósito que sobre a lo que necesite ese Cuerpo.”

“.....Al alejarme de esa Provincia es un deber entre mis recomendaciones para la administración de todos los negocios, recordar a V. S. que el Hospital pide cuidados y auxilios; que esos militares que no han podido seguir a la campaña nos reclaman por obligación y por humanidad, nuestra eficaz y cuidadosa asistencia, ya que nada sería más desagradable al Gobierno que saber que ellos no han tenido en los hospitales la comodidad que presta ese país. *Los hospitales quedaron en un buen pie a mi salida*, y yo espero que V. S. los mejorará.”

El General Sucre esperaba con ansia la llegada del *Alto Magdalena*. Así es que, en oficio fechado en Riobamba, a 24 de Abril, le dice a Heres: “.....Recomiendo a V. S. otra vez la pronta marcha del batallón *Magdalena*, cuya presencia aquí es de la mayor importancia; y para que no padezca la menor demora en el tránsito han ido ya cincuenta mulas, y van otras cincuenta, a fin de que la falta de este auxilio no lo detenga en parte alguna.”

Con fecha 26 de Abril, y hablando sobre el mismo asunto, le dice Sucre al Gobernador de Cuenca: “Cómo cada día se hace más urgente la reunión del batallón *Magdalena* a esta División, repito a V. S. mis instancias para que este cuerpo marche con la mayor celeridad. A fin de que no se detenga por motivo alguno he mandado en dos partidas, cien mulas para su conducción.”

Otro asunto que le preocupaba mucho al General Sucre era la organización en Cuenca del *Batallón Sur*. Así lo manifiesta en el oficio que sigue, dirigido a Heres: “Cuartel General en Riobamba, a 26 de Abril de 1822.—12º.... Sobre esta base (la de los reclutas que quedaron en Cuenca) y en una Provincia tan abundante como esa, nada es más fácil que la organización de un Cuerpo de Infantería. Con un regular trabajo *es muy posible tener en un mes 500 hombres sobre los que ya hay*.”

“.....Cada vez veo más la necesidad urgente de levantar ese Cuerpo, por un trabajo constante y eficaz. Reitero la orden de crearlo a todo trance y sobre todas las dificultades; y V. S. y los Jefes de él serán responsables ante el Gobierno de la falta en su organización y de cualesquiera males que resulten.—Dios &.—A. J. de Sucre.—P. D.—Que la gente para el Batallón se escoja de la buena, robusta y los más solteros posibles.—Sucre.”

El empeño del General Sucre para la pronta formación del *Batallón Sur*, con gente cuencana, se explica perfectamente, pues aquel, a fuer de prudente y previsor, pretendía en caso de una derrota, retirarse a Cuenca y tener en ella una magnífica base para reorganizar el ejército y abrir ulteriores operaciones sobre el enemigo.

Según lo relatamos, el Ejército Libertador ocupó a Ambato el 30 de Abril. Veamos lo que el General Sucre le dice a Heres desde aquel lugar, con fecha 1º de Mayo de 1822.

“Ayer llegué aquí con la División, y hoy sigue a Tacunga, donde desde ayer entró nuestra caballería, y nuestros puestos avanzados en Mulaló. El enemigo estaba con su División en Machachi fuerte de mil hombres. Parece que le vienen de Quito 270 más, y cuatro piezas de artillería.”

“He recibido hoy cartas de Quito; y entre la contradicción de noticias que hallo, deduzco que vuestras cosas en Pasto están mal. Por lo menos el Libertador se ha retirado; y por lo pronto vienen de refuerzo a Quito 300 buenos soldados, y naturalmente vendrá el resto de la fuerza de Pasto. Es pues necesario reforzarnos nosotros e igualar con superioridad de infantería en número la superioridad de la de su clase. Ya he dicho a V. S. que sólo en Riobamba dejamos 200 enfermos, y nuestra División está muy disminuída.”

“El 29 dije a V. S. que el batallón *Magdalena* repose, pero esta situación delicada me hace prevenir que la fuerza disponible que tenga ese Cuerpo venga con el Sr. Coronel Córdova, apurando las marchas como lo permita la salud del soldado. Con el mismo Cuerpo vendrá todo convaleciente salido del Hospital, y *cualquiera fuerza útil* de servicio que V. S. pueda mandar. La campaña está en estado de terminarla felizmente si viene ese batallón, o de exponerla si demora. Actividad, presteza, y que no perdamos las ventajas obtenidas hasta ahora, y que no perdamos la campaña por un descuido. El Coronel Córdova que venga recogiendo de Cañar y Riobamba toda la tropa que haya salido de Hospitales. En fin que no se demore un solo momento en reforzar la División cuanto se pueda. Toda, toda la fuerza disponible del *Magdalena* que venga y quede allá el Coronel Maza u otro oficial para venir con el resto.”

“El Coronel Cordero tiene órdenes de reunir en Riobamba muchas mulas para ver si de allí me viene el batallón a caballo.”

“En Alausí se construyen los ponchos, y supongo que ya en Cuenca se habrán hecho los *vestuarios*.—Actividad y prontitud: que se den órdenes anticipadas para que nada falte al batallón en el tránsito: que vengán comisionados adelantados para que todo esté listo.”

El 2 de Mayo llegó la División a Latacunga, según aparece de un oficio fechado en esta ciudad, a 5 de Mayo,

suscrito por Sucre y dirigido al Comandante General de Cuenca, cuyo tenor es: "Hace tres días que la División descansa aquí; y sólo espero saber del Batallón *Magdalena* para resolver si marchó adelante sin él, o lo espero.—El enemigo se halla en Machachi, donde ha hecho algunos atrinchamientos, y ha fortificado el Jalupana.—Nada aún sabemos con certeza de Pasto; pero hoy parece que nos llegarán noticias."

En una nota oficial, fechada también en Latacunga, a 8 de Mayo, vuelve Sucre a hablarle a Heres del batallón *Magdalena*, y le dice que ha recibido oficio de Cañar del Coronel Córdova, en que este Jefe le comunica que el día 29 de Abril ha salido de Cuenca, con 200 hombres de aquel batallón.—Concluye la nota oficial, con estas palabras: Sobre los padecimientos del dicho batallón en la marcha no querría hablar ahora ni nunca."

Por la última nota oficial de Sucre que recibió el Gobernador Heres, durante la campaña que estamos relatando, fechada en Latacunga, a 8 de Mayo, se verá que Cuenca soportó todos los gastos de aquella; pues hasta se remitió de esta ciudad al Coronel Illingworth una cantidad de dinero para que pagase a Mr. Henderson los gastos de fletes del buque *San Fernando* que se ocupó en la traslación de las tropas auxiliadoras de Colombia. He aquí la mencionada nota oficial

"He visto las copias de las comunicaciones del Sr. Illingworth a V. S. y su contestación. Si ya V. S. ha remitido los dos mil pesos está satisfecha toda la deuda a que la República estaba comprometida en estas Provincias sobre el *San Fernando*, pues el resto de los fletes deben abonarse en Bogotá o Cauca, según convine con el Sr. Henderson. Yo satisfaría aquí todo si hubiese medio de hacerlo; pero no lo hay, cuando tenemos tantos gastos y tantas atenciones."

"V. S. me pregunta cuanto necesita mensualmente la División, para ver lo que queda y calcular lo que puede mandarse al Sr. Illingworth para otros gastos; y contestaré que las tropas del Perú llevan once mil pesos; y las de Colombia cinco mil y uno de gastos extraordinarios. Ya he dado al efecto mis disposiciones en Riobamba y Ambato: luego se darán en Tacunga."

"V. S. me dice en un oficio que en el mes anterior (Abril) han dado esas Cajas (las de Cuenca), a la División treinta y cinco mil trescientos ochenta y ocho pesos, y en esto hay error. Mi primer libramiento a principios de Abril fue por 10,000 pesos, el 2º por 6,000; luego un ajuste a las tropas del Perú de Febrero por setecientos, y tres mil pesos con que ha llegado a entregar un dependiente de Comisaría y que se han dado a buena cuenta a los Cuerpos por el presente mes. No sé pues como son los 35,388 pesos, 2 y $\frac{1}{2}$ reales."

"Acabo de saber que ni los últimos tres mil pesos son

de Comisaría, sino de los gastos del Perú que están comprendidos en los seis mil.—Como el Comisario Checa ha quedado atrás enfermo no sé de los dos mil pesos que me anunció el Dr. Arévalo que venían con él.”

“V. S. me dijo que con el Coronel Córdova mandaría diez mil pesos, y no sé si son éstos los que V. S. me dice que hay en Cajas, o si son fuera de éstos. Sírvasse V. S. explicármelo, y de nuevo mandar que los Ministros den una razón de los 35.388 pesos, dos y medio reales, dados a la División en el mes de Abril, sin contar los haberes del batallón *Magdalena*, ni lo gastado en el Hospital.”

Los Ministros de Hacienda de Cuenca, que lo eran don Antonio Soler y don Vicente Arriaga, no podían equivocarse al presentar como lo hicieron cuenta detallada de que realmente las Cajas de Cuenca habían proporcionado a la División Libertadora la suma de treinta y cinco mil trescientos ochenta y ocho pesos, dos y medio reales, durante el mes de Abril de 1822.

El Ejército Libertador salió de Latacunga para continuar la campaña el 13 de Mayo de 1822, según consta de un oficio datado en Riobamba, con fecha 15 de Mayo, suscrito por el Coronel León de Febres Cordero y dirigido al Coronel Heres, cuyo tenor es: “Sr. Coronel.—El Sor. General Comandante General de la División del Sur, con fecha 13 de los corrientes me dice desde Latacunga, entre otras cosas, lo que tengo la honra de copiar a V. S. para su inteligencia:”

“Yo marchó hoy con la División a efectuar una operación sobre el enemigo, en la que mi objeto es ponerme a su espalda.—El Sor. Comandante Cestaris queda encargado de cubrir este camino, y conservar la comunicación con todo ese *Cañón*, y el mismo avisará a V. S. cuanto ocurra. Comuníqueme V. S. mi operación al Sr. Gobernador de Cuenca, pues no tengo tiempo de hacerlo por separado.” Y lo comunico a V. S. en cumplimiento de lo que se me previene.”

Debe saberse que el Coronel León de Febres Cordero, el héroe de la jornada del Nueve de Octubre de 1820, se hallaba, por nombramiento de Sucre, ejerciendo el destino de Gobernador Comandante General de los Cantones de Riobamba y Guaranda.

Antes de abandonar Latacunga el Ejército Patriota, se incorporó a él el tan esperado batallón *Alto Magdalena*, sucesivamente, o sea, primero las dos compañías que salieron de Cuenca el 29 de Abril regidas por el Coronel Córdova, y después, la tercera y cuarta comandadas por el Coronel Maza. Como el asiento de Guaranda, a cuya cabeza estaba de Corregidor el doctor Víctor Félix de San Miguel, se había insurreccionado, el General Sucre ordenó que el Coronel Maza retrogradase a Guaranda con las dos compa-

ñas mentadas del *Magdalena*, las que acabaron con los insurrectos guarandños, escaurmentándolos fuertemente.

“Maza, hombre de mal corazón, cometió, eso sí, horrendos atropellamientos contra los vencidos, y debe, entre otros, citarse el cometido con el anciano español Campana, a quien hizo azotar y le obligó que llevase a sus espaldas una carga de víveres hasta Babahoyo.” (Cevallos).

Los últimos días de la campaña y la batalla de Pichincha están minuciosamente descritos por el Coronel Manuel Antonio López Borrero, testigo presencial de esos famosos acontecimientos, como que era abanderado del bizarro batallón *Paya*. Dejemos, pues, que aquel Prócer los refiera:

“El día 13 de Mayo el Ejército Libertador, dejando a Latacunga, continuó sus movimientos sobre la Capital del Ecuador. Los enemigos se hallaban situados en el pueblo de Machachi, y cubrían los inaccesibles pasos de *Jalupana* y la *Viudita*, en el camino principal; fue necesario excusarlos, haciendo el 13 una marcha sobre su flanco izquierdo, y tomando otro camino (*el de Limpio-Pongo*) a la derecha, para salir a las inmediaciones de Quito muy adelante de Machachi; los enemigos lo comprendieron y se retiraron precipitadamente a la Capital.”

“En la nueva dirección que tomó en su marcha el Ejército Libertador, tuvo que pernoctar sobre los hielos del Cotopaxi, atravesar varias colinas y descender al valle de Chillo; llegó a éste el 16, y se acampó en una hacienda del Coronel ecuatoriano Vicente Aguirre (1). Aquí se reunió al Ejército el día 19 el General José Mires, que había logrado fugarse en Quito de la prisión, y se encargó del mando de la División Colombiana.”

“Aunque los enemigos reconcentraron todas sus fuerzas en la capital de Quito, no dejaban de oponerse a la marcha del Ejército Libertador. La colina de Puengasí que la divide del valle de Chillo es de difícil acceso, y allí habían colocado algunas fuerzas para impedirnos el paso. El día 20 de Mayo, burlando los puntos que defendían, el Ejército Libertador la atravezó, y el 21 se presentó en el Ejido del Sur de Quito. (Turubamba).”

BATALLA DE PICHINCHA

“El 21 de Mayo de 1822, a las once de la mañana, el Ejército Libertador, al mando del General Antonio José de Sucre, llegó al Ejido de *Turubamba*, situado al Sur de la ciudad de Quito. Constaba de dos Divisiones: una, de la auxiliar del Perú, a las órdenes del Coronel Andrés de Santa

(1) Hoy esa hacienda, que la conocemos, es de la propiedad de los herederos del Dr. Salvador Ordóñez y de su viuda la Señora Mercedes Muñoz y Cárdenas, familia cuencana, que se radicó en Quito.

Cruz (después Gran Mariscal del Perú), compuesta de los batallones número 4º de *Piura*, número 8º de *Trujillo* y un escuadrón de *Granaderos* montados de Buenos Aires, armados de sables, granadas de mano y las bolas que usan los *Gauchos* en sus pampas y que saben manejar con la mayor destreza; y la otra de colombianos, a las órdenes del General José Mires, español, compuesta de los batallones *Paya*, *Yaguachi*, *Alto Magdalena* y *Albión*, y de los escuadrones *Dracones* y *Lanceros*, armados de lanza y *carabina*.”

A los cuerpos de la División del Perú, hay que agregar el escuadrón de *Cazadores* a caballo. Antes de continuar la narración del Coronel López, indicaremos cuales eran los Jefes de los cuerpos que componían las dos Divisiones Colombiana y Peruana: del batallón *Paya*, el Comandante José Leal; del Batallón *Yaguachi*, el Coronel graduado, Carlos María Ortega; del *Alto Magdalena*, el Coronel José María Córdova; del batallón *Albión*, el Comandante John Makintosh; de los escuadrones colombianos los Comandantes Federico Rash, alemán, y Cayetano Cestarís, siendo Jefe de aquellos el Coronel Diego Ibarra, sobrino del Libertador; del batallón *Trujillo*, al principio, lo fue el Coronel Luis de Urdaneta, y después el Comandante Félix Olazábal; del batallón *Piura*, el Comandante Francisco Villa, y del escuadrón *Granaderos montados*, el Comandante Juan Lavallo. Jefe de Estado Mayor, el Coronel Antonio Morales, Edecán, el Comandante Daniel Florencio O' Leary. Edecán Secretario, el Capitán Eusebio Borrero. Capellán del Ejército, el Dr. Miguel Custodio Veintemilla. Físico (médico), Dn Lorenzo Rodríguez; y Cirujano de la División, Fray Francisco de la Natividad, religioso betlemita. Sigamos con la narración del Coronel López Borrero.

“Los enemigos estaban situados y parapetados con su artillería detrás de los paredones que servían de cercado a las estancias que desde el ejido a la ciudad, en un trayecto de más de ocho cuadras, se encontraban, a uno y otro lado del camellón del camino principal que viene del Sur. Al llegar al ejido el Ejército Libertador, desfiló por la izquierda a la vista del enemigo, a una distancia de siete cuadras con dirección al pueblo de Chillogallo, situado al otro extremo del ejido; y a su entrada se formó por columnas en masa. Así permanecemos hasta las cuatro de la tarde; y viendo el General en Jefe que no se movían, los provocó a un combate. Adelantó el ejército en la misma formación hasta tiro de fusil de su primera posición y mandó avanzar la compañía de cazadores de *Paya*, que se desplegó en guerrilla a dos cuadras de distancia de sus parapetos. El General José María Córdova (entonces Coronel) picó su caballo, se adelantó, se paró a la cabeza de la compañía, y con el anteojo se puso a observar el campo de los enemigos, quienes hicieron salir al ejido una compañía de tiradores que se desplegó en guerrilla al flanco derecho de la de *Paya*, a una

distancia de cuatro cuadras. Sacaron también de sus parapetos una batería de cinco cañones de a cuatro, la colocaron arriada a los paredones de su derecha, y un artillero a quien seguramente llamó la atención la presencia del Coronel Córdova, se puso a apuntarle; el Ayudante Botero, que observó eso lo previno con estas palabras: "*Coronel mire que le están apuntando con un cañón*"; "*Déjelos Ud. tirar*", contestó con impavidez el Coronel Córdova, y continuó tranquilo observando al enemigo sin mover su caballo. El artillero disparó su cañón y la bala que le dirigió atravesó por el cuadril derecho al Capitán de cazadores Felipe Pérez, que estaba de pie a la cabeza de su compañía, arrojándolo como cuatro varas atrás; cayó postrado en tierra a las patas del caballo del Coronel, y murió esa noche a las nueve en el pueblo de Chillogallo. La batería continuó haciendo fuego; pero no nos causó otro daño. A las seis de la tarde el Ejército Libertador se replegó y acampó en el mismo Ejido, allí pernoctó, y al día siguiente por la mañana ocupó el pueblo, en donde se racionó y vivaqueó tranquilamente sin que el enemigo hiciese ningún movimiento. Por la tarde de ese mismo día informaron al General en Jefe que la aparente tranquilidad del enemigo era porque intentaba sorprendernos esa noche mandando una División por el pie del cerro, que nos flanqueara por la izquierda, y que sufriendo a un punto dado adelante del pueblo, nos cortara la retirada, en tanto que el resto de sus tropas saliendo de sus posiciones, nos atacaba por el frente. A las ocho de la noche emprendimos una retirada falsa por un camino trasversal que conduce a unas haciendas, con el objeto de colocarnos adelante del punto a donde debía salir la División que se decía encargada de cortarnos; a las doce hicimos alto después de haber andado más de una legua; ocupamos unos trigales a la derecha; toda la infantería se tendió a lo largo de una zanja que cerraba el trigal, se acostó a dormir, y la caballería quedó cubriendo la avenida del camino. Los Comandantes Lavalle, Rash y Cestaris, que la mandaban, ordenaron a la tropa que se desmontara, que quitara las bridas a los caballos sin desensillarlos, los pusieran a pastar y se acostaron, dejando una partida volante de observación. A las dos de la mañana, no sé por qué motivo se espantó un caballo y puso en movimiento toda la caballería, que a escape corría por el trigal sobre la infantería que estaba dormida. Creyóse al principio que el enemigo nos atacaba, y sin embargo de la sorpresa y confusión del momento, todos los cuerpos estuvieron prontamente formados y listos para el combate: luego se supo el motivo de la alarma, y pasamos tranquilos el resto de la noche."

"El 23 por la mañana volvimos a ocupar el pueblo y encontramos al enemigo en su misma posición, donde no era fácil batirlo. Del ejido a la ciudad sólo se podía entrar por dos caminos, porque todo el terreno estaba cercado con pare-

dones de las estancias; el camellón del principal estaba bien defendido con sus parapetos, y el otro de la izquierda por el Panecillo, que es un pequeño cerro donde hay una fortificación que con sus baterías domina toda la entrada antes de llegar a las calles, y estaba bien dotada. El General en Jefe varió de operaciones, se propuso pasar con el Ejército al ejido de Añaquito, al norte de la ciudad, y atacar por aquel lado, que presentaba menos inconvenientes; pero para efectuarlo había que vencer otros obstáculos. Por nuestro flanco derecho era necesario romper muchos paredones de las estancias y pasar dos ríos de bastantes aguas que no tenían puente, operación que no podíamos efectuar a la vista del enemigo, ni tampoco separarnos a más de dos leguas buscando un paso por entre las haciendas, haciendo un rodeo de más de una jornada de tropa. Por el costado izquierdo teníamos la alta loma del Pichincha, en que sólo había no un camino, sino una mala vereda de a pie por donde no pasaba hasta entonces bestia alguna. Sin embargo el General en Jefe se decidió a marchar con el Ejército por esta vía, y aquel mismo día mandó una gran partida de indios con herramientas para que abrieran el camino y lo allanaran de modo que pudieran pasar la caballería y el parque.”

“A las nueve de la noche el Ejército emprendió la marcha por aquella ruta, apenas transitable, se anduvo sin descanso, y cuando aclaró el día no habíamos llegado a la cumbre del Pichincha, a cuyas faldas está situada la ciudad de Quito, lo mismo que Bogotá a las del Guadalupe. Como a las ocho y media de la mañana del 24 de Mayo, nuestra vanguardia coronó la altura, donde hizo alto para reunir el Ejército, que iba disperso, y aguardar el parque, el cual se había atrasado, bajo la custodia del batallón *Albión*. Como habíamos hecho la marcha por detrás de las colinas bajas del Pichincha para ocultar el movimiento, nos quedamos al descenso de la loma, a fin de no ser vistos de la ciudad. El enemigo que, cuando aclaró el día, vió que nuestro Ejército no se encontraba ya en el pueblo, no sabía que camino había tomado, empezó a informarse mandando espías por todas partes, hasta que supo a punto fijo la dirección que llevábamos, y sin pérdida de tiempo marchó a la ciudad, donde los Coroneles don Carlos Tolrá y don Nicolás López juzgaron temeraria nuestra marcha por aquella ruta, y se propusieron subir el Pichincha, ocupar su cima y tomar una posición para impedirnos el paso y batirnos en detall. Pero esta operación fue tardía: nuestro Ejército se hallaba reunido, menos el batallón *Albión* y el parque; había descansado de la penosa marcha de la noche y estaba acabando de almorzar, cuando a las diez de la mañana anunciaron nuestros espías al General en Jefe por tres distintos conductos que el enemigo se aproximaba subiendo el Pichincha. El Coronel Antonio Morales (después General), Jefe del Estado Mayor del Ejército, nos dió la voz de alarma y mandó salir en tiradores la compañía de cazado-

res de *Paya*, apoyada por otra de la División del Perú; éstas ocuparon la cumbre de la loma, al divisar la ciudad dieron un grito de alegría vitoreando a la Patria, y el resto del Ejército siguió su movimiento."

"Los enemigos casi coronaban la altura por entre la maleza del terreno cubierto de matorrales y sumamente quebrado, cuando nuestros tiradores descendieron como media cuadra, se encontraron con ellos a tiro de pistola y rompieron el fuego, empeñándose la lucha entre las descubiertas a pie firme. A los primeros tiros los batallones 4º y 8º del Perú ocuparon el ala derecha, encontrándose con dos batallones que subían por entre el bosque a tomar una pequeña altura sobre la cima, y comprometieron la batalla; fue necesario reforzar los tiradores por el centro, y el batallón *Yaguachi* ocupó inmediatamente la línea; el Coronel Córdova con el batallón *Alto Magdalena* ocupó el ala izquierda, sin entrar en combate por entonces, porque la tropa enemiga destinada a cargar por ese lado se había dilatado en subir por lo áspero del terreno: el batallón *Paya* quedó de reserva, y el *Albión* con el parque no había llegado. El General en Jefe mandó precipitadamente al Comandante Daniel T. O'Leary (después General) que lo hiciera llegar lo más pronto posible aunque fuera a las espaldas de los indios. Los batallones del Perú al encontrarse con el enemigo, lo arrollaron por más de una cuadra hasta donde halló una posición ventajosa y se paró a combatir a pie firme; nuestros tiradores y el batallón *Yaguachi* lo hicieron descender en el centro de la línea, hasta donde encontró medio batallón de *Aragón* que lo reforzó y se mantuvo también a pie firme. El otro medio batallón de *Aragón* subía por nuestra ala Izquierda, y tenía que flanquear una pequeña ondulación de la loma para llegar donde estaba el Coronel Córdova con el batallón *Alto Magdalena* que, descansando sobre las armas, estaba preparado a recibirlos. El fuego era nutrido por ambas partes, sin interrupción alguna, y por momentos crecía el ardor del combate. El General en Jefe se dirigía a un lado y otro buscando un punto desde donde pudiese ver la tropa que combatía; pero fue en vano, el terreno no se lo permitía. Eran las once y el parque no llegaba: un Ayudante salió a todo escape encargado de hacerlo conducir a todo trance, porque la tropa que estaba combatiendo casi había agotado las municiones, y sin embargo el fuego se sostenía vivamente. Eran cerca de las doce, cuando los Cuerpos del Perú, sin municiones, empezaron a hacer fuego en retirada; y el enemigo, aprovechándose de esta ventaja, recuperó la posición que había perdido y adelantó hasta muy cerca de la cumbre. En aquellos momentos llegó el parque y el batallón *Albión* fue destinado a proteger el flanco derecho del *Alto Magdalena*, a quien ya había atacado el medio batallón de *Aragón*, y otro batallón que ya llegaba a la altura trataba de cortarlo interponiéndose por el flanco izquierdo de la línea que sostenía el *Yaguachi*. *Albión* salió

al encuentro de este cuerpo y lo rechazó hasta la quiebra de la loma, al mismo tiempo que el Coronel Córdova batía el medio batallón de *Aragón*."

"Retirados los batallones del Perú, fue necesario reemplazarlos y reforzar a *Yaguachi* que había agotado las municiones, de suerte que casi se había apagado el fuego en la línea. Sin perder un instante se le mandaron algunos cajones, se reanimó el combate, y el General Mires, desmontándose de su caballo, desenvainó su espada, se puso a la cabeza del *Paya* y cargó con él al enemigo por nuestra ala derecha que, con la retirada de los peruanos, había quedado descubierta. La carga fue tan impetuosa que lo desalojó de la posición que había ganado. Rechazado, tomó otra más ventajosa, y después de pocos minutos fue también desalojado de ella, y así siguió forzado a ceder el campo de trecho en trecho; todos los cuerpos cargaron con resolución a un mismo tiempo y arrollaron al enemigo en todas direcciones. Su reserva trató de restablecer el combate en la falda de la loma; pero apenas pudo sostenerse poco rato, porque se le cargó por todas partes y se declaró en derrota dejando en nuestro poder muchos prisioneros y entrándose a las calles de la ciudad para ir a refugiarse al Panecillo, último baluarte que les quedaba. Varios Oficiales y tropa del batallón *Paya*, y yo, abanderado del cuerpo, llegamos hasta la Recoleta de la Merced, en cuya torre vieron los quiteños, por la primera vez, ondear triunfante el pabellón de Colombia (1). El Coronel Dn. Carlos Tolrá, que con la caballería formada en el Ejido de Añaquito, había estado observando el combate, luego que vió su decisión, y que se le unió el batallón *Tiradores de Cádiz* y parte del de *Cataluña*, se puso en retirada para Pasto con el objeto de reunirse a la División que mandaba Don Basilio García. El General en Jefe hizo bajar precipitadamente la caballería en su persecución, y despachó al Comandante O' Leary a la ciudad a intimarles que se rindieran. La caballería salió al instante bajando la loma en el menor tiempo que le permitía lo malo del camino: pero cuando llegó al ejido, llevaban de ventaja más de una legua y no fue posible alcanzarlos. De Guailabamba regresó llevando la noticia de que se iban dispersando en la fuga. Don Melchor Aymerich contestó a la intimación que se entregaría por una capitulación. A las cinco de la tarde el Ejército descendió del Pichincha trayendo todos los heridos; y se situó en la Chilena, que es un cerrito bajo con algunas casas a la entrada de la ciudad, por la parte del Norte, donde pernoctó. Al día siguiente por la

(1) "Se nos aseguró [son palabras del Coronel López] que el General Don Melchor Aymerich, que desde su palacio estaba observando el combate, asustado con la derrota de sus tropas, le pedía a su mujer le ocultara de ese *muchachillo de Suere*, aunque fuera debajo de una arteza."

mañana se presentaron los Comisionados, Coronel Don Francisco González y Manuel Martínez de Aparicio, para celebrar la capitulación, que fué ajustada, concediéndoles muchas garantías; firmada y ratificada ocupamos la ciudad después del medio día."

"El Comandante Makinstosh con el batallón *Albión* fue destinado a ocupar el Panecillo y recibir el armamento, parque y demás elementos de guerra; y como este cuerpo no tenía bandera para enarbolarla en la fortaleza, el General en Jefe me ordenó que fuese con él. Luego que llegamos al Panecillo se presentaron los Oficiales y la tropa española de nacimiento que había capitulado, se formaron en la plazuela de la fortaleza, hicieron un saludo a su bandera, la bajaron, la guardaron en una caja para llevarla a España, entregaron las armas, y yo izé la de Colombia, que desde entonces empezó a flamear en la Capital de Atahuallpa."

"La pérdida de los españoles en esta jornada consistió en dos oficiales y cuatrocientos de tropa muertos, 193 heridos, 160 Jefes y Oficiales y 1,100 de tropa prisioneros y capitulados, 14 cañones, 2,700 fusiles y fornituras, banderas, cornetas, cajas de guerra, municiones y cuantos elementos tenían en su poder. Por nuestra parte tuvimos que lamentar la muerte del Teniente Molina, la del Subteniente Mendoza y la de 200 valientes de tropa, *entre éstos algunos de los prisioneros de Yaguachi*. Salieron heridos los Capitanes Cabal, Castro y Alzuru, los Tenientes Calderón y Ramírez, y los Subtenientes Araujo y Domingo Borrero y 140 de tropa. De estos oficiales murió la misma noche del día de la batalla el Teniente Abdón Calderón (1), cuya conducta fue tal que bien merece que consagremos un artículo especial a conmemorarlo (después lo reproduciremos); cinco días después murió el Subteniente Borrero, primo hermano del autor de estas memorias."

"Los recuerdos de la juventud vienen a formar una especie de segunda vida para los que ya se acercan a su término. Por eso al evocar las sombras de los tiempos gloriosos de la Patria, vuelvo a sentir en el corazón el fuego que los años no han conseguido extinguir, y me siento con el brío necesario para alzarme en nombre de mis antiguos compañeros de armas a saludar el sol que alumbró las glorias que alcanzamos en Pichincha."

Tal fué la batalla de Pichincha que selló la Libertad del Pueblo Ecuatoriano. La única, en los Anales de la Historia, que se libró a 4.600 metros de altura y casi a los bordes del cráter de un volcán. En ella tocaron las dianas del triunfo las cornetas y las cajas de guerra fabricadas por el genial cuencano Gaspar Sangurima. En ella combatieron los cuencanos prisioneros en la acción de Yaguachi. En ella pelearon

(1) No sabemos el día que murió Abdón Calderón, pero es evidente que falleció algunos días después de la batalla.

con denuedo como 800 azuayos, incorporados a los Cuerpos de la División Colombiana que más se distinguieron en la lucha. En esa homérica jornada, derramó hasta la última gota de su sangre el valentísimo mancebo cuencano don Abdón Calderón, que fue el héroe del Pichincha. Cábele, pues, a Cuenca honrosísimo y glorioso lugar en la campaña y en el subsiguiente legendario combate, en que se selló la Independencia de la antigua Presidencia de Quito.

Es digno de notarse que el País clásico de los volcanes hubiese obtenido su Libertad, en un combate librado en uno de aquellos colosos andinos que tienen *nieve en sus cimas y en sus entrañas fuego*; y que el Pichincha fuese, como debía serlo, el pedestal de la gloria imperecedera de Sucre, el incomparable Adalid que rompió para siempre las seculares cadenas del Poderío Español en las tierras ecuatoriales.

Con razón el Libertador, en su peculiar e inimitable estilo poético, dijo: "La posteridad representará a Sucre con un pie en el Pichincha y el otro en el Potosí, llevando en sus manos la cuna de Manco-Cápac y contemplando las cadenas del Perú, rotas por su espada."

La descripción de la venida del Alto Magdalena y de la batalla de Pichincha que hace el Coronel José María Córdova consta de la siguiente carta.—"Quito, Junio 20 de 1822.—Mi General Santander, mi amado amigo:—Hace cuatro meses que no he tenido mi mayor gusto, el de escribir a U.; con cuánto placer lo hago ahora, tanto más después de una feliz campaña, la última que nos faltaba de realizar en Colombia, y en la que he tenido la satisfacción de tener alguna parte: si, mi General, mi amigo, creo que he cumplido con mi deber, usted verá en el boletín y parte detallado que mi General y amigo Sucre ha dado al Libertador; y si no encontré a Mourgeón con U. me encargó, en Panamá, en Pichincha encontré a sus soldados."

"Mi General: la navegación regular de Panamá a Guayaquil se hace en 30 días, y yo la hice en el buque más pesado que se conoce en el Pacífico, en 20; pero el objeto de mi cuento es decir a U. que, como en Panamá aun había un Jefe de la División de la Costa, éste apenas me dió agua para menos de veinte días, así fue que por mi mucho cuidado y algún vinagre que traía felizmente, llegamos a Guayaquil; en una vela que hay en las bocas de aquel río dejé las tropas, y yo seguí a la ciudad a ver quien mandaba, con quien me entendía; me encontré con un bochinche muy gracioso,.....; mucha parte del pueblo y todas las señoras colombianas y otra parte por el Perú; mucha risa me daba todo, y yo hubiera pasado por allí para reunirme en Alausí a muy buen tiempo con el ejército, pero el Coronel inglés, Illingworth, me presentó una orden del General en que mandaba que todas las tropas que viniesen de Colombia se pusiesen a sus órdenes; este señor me hizo ir por el Naranjal, pasando una montaña, y después, antes

de llegar a Cuenca, los Andes, lugares desiertos, sin recursos, donde como derrotado, *se me dispersó todo el batallón*; si yo contara a U. multitud de circunstancias que me acrearon el perjuicio dicho, no acabaría hoy de escribir a Ud.; por fin llegué a Cuenca enfermo, y ya el General, como era regular, hacía cuatro días que había marchado con el Ejército; once días estuve en cama, apenas me repuse, habiéndose reunido ya cuatrocientos hombres para el cuartel y escogiendo uno por uno saqué ciento noventa, y forzando las marchas me reuní al Ejército en Tacunga con ciento sesenta; venimos sobre el enemigo y en Pichincha, con ciento cincuenta tuve la satisfacción de decidir el combate; de éste hablaré a Ud. despacio. Cuando me reuní en Tacunga ya teníamos la negra noticia de que al Libertador le habían dado un buen golpe en Cariaco y, por consecuencia, parte de las tropas de Pasto debían reforzar a las que teníamos al frente; en esa virtud nosotros no perdimos tiempo y marchamos sobre el enemigo haciendo un movimiento igual al de *Pai-pa*, pero no sacando el fruto que allá por algunos atrasos, y el enemigo tuvo tiempo de entrar en la ciudad, por supuesto llenándose de temor; un día nos le presentamos en el Ejido, hubo algunas escaramuzas y también hablamos; allí conocí a mi perseguido Tolrá, este se me ofreció muy amigo, pues por lo que *potis contingere*: el enemigo estaba situado a las puertas de la ciudad en buenas posiciones y nosotros, a su frente; indeciso el General por tres días, por fin determinó pasar al Ejido del Norte, pues por allí hay más fáciles entradas, se les cortaba la comunicación con Pasto y se reducían a un sitio, pues era la única parte por donde conseguían víveres; pero por fortuna, pasando por el Pichincha, nos atacaron, allí estábamos descansando, yo ocupaba una altura de donde bien veía la plaza, y ví cuando el enemigo venía; así que lo supo el General puso los cuerpos en movimiento e iban entrando en combate por el orden de marcha que traían; yo bajé de la altura, propuse al General Mires el movimiento por nuestro flanco izquierdo y lo adoptó, lo ejecuté y sirvió mucho, pues llamó la atención de un cuerpo enemigo, pero ni éste podía venir hacia mí, ni yo seguir donde él; observando yo el combate obstinado y que nuestros cuerpos retrocedían, volé con mi columna a hacer una reserva; así fue que cuando ya el enemigo coronaba la altura y sólo sostenían el fuego dos compañías de *Albión*, parte de *Paya* y soldados dispersos de los demás cuerpos, yo ya había formado y aguardaba orden de cargar; se me dió cargue, hice huir al enemigo (soy muy ingenuo, éste estaba ya muy fatigado y casi desfallecía); sobre la marcha reuní soldados de todos los cuerpos, bajé hasta la ciudad y algunos restos del enemigo ocuparon el Panecillo. Capituló como Ud. sabe, y yo seguí la misma tarde a encontrar al Batallón *Cataluña* que venía de Pasto; lo encontré al siguiente día y capitulé conmigo, por-

que no creyendo la rendición de Aymerich, y no presentándole yo credenciales de papel, le presenté trescientos soldados, su Comandante se entendió conmigo. Ciento ochenta hombres eran toda su fuerza. Como las cosas de Pasto no estaban arregladas y nada sabíamos positivo del Libertador, el General me hizo marchar a la vanguardia con mil hombres, pero no pasé de Ibarra, y allí recibí a S. E. y aquí han sucedido cosas buenas. S. E. ha favorecido en extremo grado al Comandante General Coronel Santa Cruz y tropas del Perú, como Ud. lo verá por la orden que él le mandará: en la División de Colombia sólo ha hecho Coronales a Cestaris y a Makinstosh.....”

“Adios, mi General, su hermanito así * * y sin así * *, J. M. Córdova.”

El benemérito General don Juan Illingworth procedió correctamente al dar la orden de que el General José María Córdova viniese a Cuenca por la vía de Naranjal: en primer lugar, porque todavía no era posible saber si las tropas de Sucre se habían movido de Cuenca, una vez que Córdova llegó a Guayaquil, en los primeros días de Abril, cabalmente en los mismos en que aquellas comenzaron a salir de Cuenca: en segundo lugar, porque la vía de Naranjal era la única en la que el batallón *Alto Magdalena* podía recibir de esta ciudad, como efectivamente recibió, toda clase de auxilios para hacer menos penosa su marcha; y porque, si el General Córdova tomaba la vía de Yaguachi para salir a Alausí o Cañar, no pudiendo como no podía contar, con ningún auxilio de parte de estos pueblos escasos de recursos, es evidente que en la marcha por esa vía, habría perecido no solamente una parte, sino todo el batallón *Alto Magdalena*. Además, para la trasladación de este Cuerpo a fin de unirse con la División de Sucre, no había más que dos vías la de Naranjal y la de Yaguachi, y esta última era de pésimo clima, más larga, más desierta y más intrasitable que la primera. Por último, es incuestionable que, caso que hubiese llegado Córdova, siquiera con una parte de su fuerza, en Alausí o Cañar, no habría podido obtener en ellos, hombres para llenar las bajas de su batallón, ni que éste reposara, se vistiera, se proveyera de abrigos, se curarán los enfermos en los hospitales, & cosas todas que las consiguió en Cuenca. Las irrefutables razones expuestas vindican completamente al Sr. General Illingworth de la inculpación que en la carta anterior le hace el Sr. General Córdova.

El parte de la batalla de Pichincha dado por el General Sucre es el que sigue:

“República de Colombia.—Ejército Libertador.—Comandancia General de la División del Sur.

Cuartel General en Quito, a 28 de Mayo de 1822—12.—
Señor Ministro:—

Después de la pequeña victoria de nuestros granaderos

y dragones sobre toda la caballería enemiga, en Riobamba, ninguna cosa había ocurrido de particular. Los cuerpos de la división se movieron el 28, y llegaron a Latacunga el 2. Los españoles estaban situados en el pueblo de Machachi, y cubrían los inaccesibles pasos de Jalupana y la Viudita. Fué necesario excusarlos, haciendo una marcha sobre su flanco izquierdo; y moviéndonos el 13, llegamos el 17 al valle de Chillo (cuatro leguas de la Capital), habiendo dormido y pasado los helados del Cotopaxi. El enemigo pudo penetrar nuestra operación, y ocupó a Quito el mismo día 16 por la noche."

"La Colina de Puengasí, que divide el valle de Chillo de esta ciudad, es de difícil acceso; pero pudimos burlar los puntos del enemigo y pasarla el 20. El 21 bajamos al llano de Turubamba (que es el Ejido de la Capital) y presentamos batalla, que creíamos aceptarían los españoles, por la ventaja del terreno en su favor; pero ellos ocupaban posiciones impenetrables; y después de algunas maniobras, fue preciso situar la división en el pueblo de Chillogallo, una milla distante del enemigo. El 22 y 23 los provocamos nuevamente a combate, y desesperados de conseguirlo, resolvimos marchar por la noche a colocarnos en el Ejido del Norte de la ciudad, que es mejor terreno, y que nos ponía entre Quito y Pasto, adelantando, al efecto, al señor General Córdova con dos compañías del batallón *Magdalena*. Un escabroso camino nos retardó mucho la marcha; pero a las ocho de la mañana del 24 llegamos a las alturas del Pichincha, que dominan a Quito, dejando muy atrás nuestro parque, cubierto con el batallón *Albión*. Mientras las tropas reposaban, la compañía de cazadores de *Paya* fue destinada a reconocer las avenidas: seguía luego el batallón *Trujillo* (del Perú) dirigido por el señor Coronel Santa Cruz, Comandante General de la división del Perú. A las nueve y media, dió la compañía de Cazadores con toda la división española que marchaba por nuestra derecha a la posición que teníamos; y roto el fuego se sostuvo mientras conservó municiones; pero en oportunidad llegó el batallón *Trujillo*, y se comprometió el combate: muy inmediatamente las dos compañías de Yaguachi reforzaron este batallón conducido por el señor Coronel Morales, en persona. El resto de nuestra infantería, a las órdenes del señor General Mires, seguía el movimiento, excepto las dos compañías de *Magdalena*, con que el señor Coronel Córdova marchó a situarse por la espalda del enemigo; pero, encontrando obstáculos invencibles, tuvo que volverse. El batallón *Paya* pudo estar formado, pero consumidos los cartuchos de estos dos cuerpos, tuvieron que retirarse, no obstante su brillante comportamiento. El enemigo se adelantó, por consiguiente, algún poco; y como el terreno apenas permitiese entrar más de un batallón al combate, se dió orden a *Paya* que marchase a bayoneta y lo ejecutó con un brío que hizo perder

al enemigo, en el acto, la ventaja que había obtenido; y comprometido nuevamente el fuego, la maleza del terreno permitió que los españoles aún se sostuviesen. El enemigo destacó tres compañías de *Aragón*, a flanquearnos por la izquierda: y a favor de la espesura del bosque conseguía estar ya sobre la cima, cuando llegaron las compañías de *Albión*, que se habían atrasado con el Parque y entrando con la bizarría que siempre ha distinguido a este cuerpo, puso en completa derrota a los de *Aragón*. Entre tanto el señor General Córdova, tuvo la orden de relevar a *Paya* con las dos compañías del *Magdalena*; y este Jefe, cuya intrepidez es muy conocida, cargó con un denuedo admirable; y desordenando al enemigo y derrotándolo, la victoria coronó, a las doce del día, a los soldados de la libertad. Reforzado este Jefe con los Cazadores de *Paya*, con una compañía de *Yaguachi* y con las tres de *Albión*, persiguió a los españoles, entrándose hasta la capital, y obligando a sus restos a cerrarse en el fuerte del Panecillo.”

“Aprovechando de este momento, pensé ahorrar la sangre que nos costaría la toma del fuerte y la defensa que permitía aún la ciudad, e intimé verbalmente al General Aymerich por medio del Edecán O’ Leary, para que se rindiese; y en tanto me puse en marcha con los cuerpos y me situé en los arrabales, destinando antes al señor Coronel Ibarra (que había acompañado en el combate a la infantería) que fuese con nuestra caballería a perseguir a la del enemigo, que observaba se dirigía a Pasto. El General Aymerich ofreció entregarse por una capitulación, que fue convenida y ratificada al siguiente día, en los términos que verá V. S. en la copia que tengo el honor de someter a la aprobación de S. E.”

“Los resultados de la jornada de Pichincha han sido la ocupación de esta ciudad y sus fuertes el 25 por la tarde, la posesión y tranquilidad de todo el Departamento, y la toma de 1,100 prisioneros de tropa, 160 Oficiales, 14 piezas de artillería, 1,700 fusiles, fornituras, cornetas, banderas, cajas de guerra y cuantos elementos de guerra poseía el ejército español.”

“Cuatrocientos cadáveres enemigos y doscientos nuestros han regado con su sangre el campo de batalla: además, tenemos 190 heridos de los españoles y 140 de los nuestros. Entre los primeros, contamos al Teniente Molina y al Subteniente Mendoza; y entre los segundos, a los Capitanes Cabal, Castro y Alzuru; a los Tenientes Calderón y Ramírez, y a los Subtenientes Borrero y Arango.”

“Los cuerpos todos han cumplido su deber: Jefes, Oficiales y tropa se disputaban la gloria del triunfo. El Boletín que dará el Estado Mayor recomendará a los Jefes y subalternos que se han distinguido; y yo cumpliré con el deber de ponerlos en consideración del Gobierno; en tanto HAGO UNA PARTICULAR MEMORIA DE LA CONDUCTA DEL TENIENTE

CALDERON, que, habiendo recibido sucesivamente cuatro heridas, no quiso retirarse del combate. Probablemente morirá; pero el Gobierno de la República sabrá compensar a su familia los servicios DE ESTE OFICIAL HEROICO."

"La caballería española va dispersa y perseguida por el cuerpo del Comandante Cestaris, que antes había yo interpuesto entre Quito y Pasto. El 26 han salido comisionados de ambos Gobiernos para intimar la rendición a Pasto, que creo será realizada por el Libertador: otros Oficiales marchan para Esmeraldas y Barbacoas; de manera que, en breve, el reposo y la paz serán los primeros bienes de que gozarán estos países, después que la República les ha dado Independencia y Libertad."

"La División del Sur ha dedicado sus trofeos y laureles al Libertador de Colombia.—Dios guarde a V. S. muchos años.—A. J. de Sucre."

El parte Oficial del Coronel Santa Cruz, Jefe de la División Peruana, es del tenor que sigue:

"Ejército del Perú.—Cuartel General en Quito, a 28 de Mayo de 1822.—Ilmo. y H. Señor.—La ocupación de la capital es debida a la victoria en Pichincha, conseguida el 24 por el ejército unido, cuyas circunstancias detallaré a US. I., expresándole que es decidida la campaña en que ha cooperado el Perú, con mucho honor de sus armas, y terminada la guerra en esta parte."

"Ocupando el enemigo a Machachi como instruí a US. I. en mi última comunicación desde Tacunga, fue conveniente hacer un movimiento general por su derecha, para cambiar las fuertes posiciones del Jalupana que pretendía sostener: con ese objeto marchó el ejército unido el 13, por el camino de Limpio-Pongo, en las faldas del Cotopaxi, y logrando ocultar sus movimientos a la sombra de una mañana nebulosa, y a la de que el 2º escuadrón de cazadores adelantado, cubría un punto visible, pudo llegar el 15 al valle de Chillo a tres leguas de la Capital sobre su flanco Izquierdo: obligado el enemigo a retirarse sobre ella, luego que insistió el movimiento, eligió de nuevo otras posiciones en el Calzado y Lomas que separan aquel de éste, con el conocido objeto de conservarse a la defensiva, mientras le llegaban nuevas tropas de Pasto, cuyo correo interceptado nos confirmó la verdad, y por lo mismo pareció conveniente apurar la batalla, pasando el 20 al Ejido de Turubamba: la proporción que tenía el enemigo de defender las Lomas del paso, exigía un movimiento rápido para tomarlas, y encargado de hacerlo con la División Peruana, logré facilitar la subida al resto del ejército que bajó el 21 sobre el llano de Turubamba al frente del campo del enemigo. Este rechazó el combate que le presentamos bajo sus fuegos de cañón: algún tiroteo de esta arma y de las guerrillas distrajeron el día, y visto que él solo quería sostener sus posiciones, pasamos a la tarde a situarnos a 20 cuadras del cam-

po, en el pueblo de Chillogallo, desde donde el 23 por la noche emprendió el ejército un movimiento por la izquierda, tomando un camino muy difícil, pero único para salir al Ejido de Iñaquito por el Norte, con el doble interés de sus llanuras para nuestra caballería, y de interponernos a los refuerzos de Pasto."

"La noche lluviosa y el mal camino apenas me permitieron llegar a las lomas de Pichincha, que domina Quito, a las ocho de la mañana del 24 con la vanguardia compuesta de los dos batallones del Perú y el *Magdalena*, y me fue preciso permanecer en ellas mientras salían de la quebrada los dos cuerpos; a las dos horas de mi detención, que ya había llegado el General Sucre con otro batallón, fuimos avisados por un espía que, de la parte de Quito subía una partida que creímos sorprender con las compañías de cazadores de *Paya*, y 2º, y como éstas dilatasen la operación por lo montuoso y algo largo de su dirección, propuse seguirlos cautelosamente con el batallón 2º del Perú; no fue inútil esta medida de precaución; porque sobre la marcha advertí que no sólo subía una partida sino toda la fuerza enemiga; consiguientemente rompieron el fuego las dos compañías de cazadores adelantadas, con cuyo conocimiento redoblé el paso a reforzarlas, avisando al Sr. General Sucre que era la hora de empeñar con ventaja el combate con los demás cuerpos si lo creía conveniente: el afán del enemigo para tomar la altura era grande, y no era menos la necesidad de contenerle a toda costa."

"El batallón 2º que empeñé, con ese objeto, a las inmediatas órdenes de su bizarro Comandante don Félix Olazábal, les opuso una barrera impenetrable con sus fuegos y bayonetas, y sostuvo sólo por más de media hora todo el ataque, mientras llegó el Sr. General Sucre con los batallones *Yaguachi* y *Piura*; entonces dispuso dicho Sr. General apurar el ataque reforzándolo con el primero y sucesivamente con el batallón *Paya* que llegó: el combate duró obstinadísimo y vivo por más de dos horas, y ya se sentía la falta de municiones que habían quedado atrasadas: en tales circunstancias, pretendió el enemigo tomarnos la retaguardia por la izquierda, destacando bajo el bosque espeso dos compañías de infantería que felizmente chocaron con las del batallón *Albión* que subía escoltando el parque; la bizarría con que las recibió *Albión*, al mismo tiempo que un impulso general que se dió a la lucha con el batallón *Magdalena* de fresco, obligaron al enemigo a ceder el campo después de tres horas de empeño, perdiendo la esperanza de sostenerlo más tiempo contra los cuerpos del ejército unido que aumentaban su coraje a proporción de los peligros y se disputaban los lauros que han partido bizarramente."

"El terreno del combate era tan montuoso y quebrado, que no pudimos aprovechar mucho de su dispersión sostenida a la vez por los fuegos del fuerte del Panecillo."

"La caballería nuestra, que por la mala localidad se ha-

llaba fuera de combate, emprendió su bajada al Ejido por la izquierda, y su presencia precipitó la retirada de los escuadrones enemigos que abandonaron la reunión de la infantería que habían proyectado para hacerla general hacia Pasto: no dejándole otro asilo que el fuerte del Panecillo, donde se cerraron todos los restos: el campo de batalla quedó cubierto de cadáveres; no es fácil calcular las pérdidas del enemigo, porque el bosque oculta su número que probablemente excede a 500; la nuestra llega a 300, incluyéndose 91 muertos que ha perdido la División del Perú con el Capitán don José Durán de Castro y el Alférez don Domingo Mendoza, y 67 heridos, comprendiéndose el Capitán don Juan Eligio Alzuru y los que constan de la lista adjunta."

"Entre el empeño y bizarría con que pelearon todos los individuos del ejército se distinguieron muy particularmente en la División del Perú, el bravo Comandante del 2º, don Félix Olazábal, los Capitanes don Pedro Izquierdo de *Cazadores*, don Mariano Gómez de la Torre, don Pedro Alcina, don Juan Eligio Alzuru, herido; Tenientes don Narciso Bonifaz, don Francisco Machuca, don Juan Espinosa, don Francisco Gálvez Paz, don Domingo Pozo, don José Concha, Subtenientes don Sebastián Fernández, y los individuos de clases inferiores que constan de la razón adjunta, todos correspondientes al Nº 29. El batallón de *Piura* que se conservó en reserva hizo su deber, y su Comandante don Francisco Villa y Sargento Mayor don José Jaramillo conservaron el orden que era necesario. Mis Ayudantes de campo, Tenientes don Calixto Giraldez y don José María Frías, desempeñaron exactamente las comisiones y órdenes que les encargué. Todos estos son muy dignos de la consideración de V. E. y de las gracias que quiera dispensarles, como a las demás clases subalternas indicadas en las razones de distinguidos y heridos."

"Después de la victoria en los altos de Pichincha, descendió el ejército hacia la capital, habiendo intimado su entrega el Señor General Sucre al Jefe que la mandaba; y que aunque la sostenía con alguna artillería e infantería que no pudo retirarse, cortada de nuestra caballería, se sometió a la entrega por una capitulación. Esta fue preparada por mí en la noche del 24, y siendo acompañado el 25 por el señor Coronel Antonio Morales, Jefe del Estado Mayor de la División de Colombia, quedó terminada a las doce de dicho día en que por ella entró el Ejército unido en la ciudad, y ocupó el fuerte de Panecillo, donde se rindieron cerca de setecientos infantes que con los prisioneros del campo de batalla pasan de mil de tropa, como 180 oficiales; muchos de los Jefes principales, y entre ellos el General Aymerich; cerca de 1,800 fusiles, 14 piezas de batalla y muchas cajas de guerra, y demás relativo a su armamento; de modo que nada ha salvado a su infantería, y es de creer que su caballería si no cae en nuestras manos se disperse toda. La

capitulación que incluiré en otra ocasión, permite el paso a Europa a toda la oficialidad y trópa europea, y es extensiva a todo el Departamento, incluso la Provincia de los Pastos: conforme a ella se ha rendido ya el batallón Cataluña, que hoy ha entrado en esta ciudad con toda su oficialidad y esperamos el mismo resultado en lo demás, para cuyo efecto han salido Comisionados con las respectivas órdenes. Así ha concluído la guerra del Norte, y repito que en su término han brillado las armas del Perú, y que son muy dignos de consideración de S. E. los que han tenido ocasión de ofrecer este servicio particular a la Causa General de América, uniendo un trofeo más a las glorias del Estado. He reemplazado triplicadamente la pérdida de la División con los prisioneros americanos, y con ellos bien reforzada y descansada marcharé muy pronto a acudir a las demás necesidades de la Patria donde sea conveniente.—Dios guarde a U. S. I. muchos años.—Andrés Santa Cruz.”

“Ilustrísimo y Honorable señor General de Brigada Don Tomás Guido Ministro de Guerra y Marina.”

De las relaciones y partes de la batalla de Pichincha que hemos transcrito aparece, de una manera evidente, que de los cuatro cuerpos de la División Peruana, dos de caballería y dos de infantería, sólo combatió el de infantería denominado *Trujillo*, al principio del combate, pero que, una vez retirado, por falta de municiones, no volvió a entrar en fuego; continuando la lucha hasta alcanzar la victoria solamente los batallones colombianos *Yaguachi*, *Puya*, *Alto Magdalena* y *Albién*. En consecuencia la verdadera actuación de la División Peruana, en la campaña y en la batalla de Pichincha, fue la descrita por Sucre, en carta escrita a Santander, desde Quito, con fecha 20 de Enero de 1824. Como en dicha carta se habla, además, de los auxilios crecidos en hombres, dinero, vestuario, caballos & que se dieron a la División Peruana, los que fueron suministrados, casi en su totalidad, por la Provincia de Cuenca, vamos a reproducir las partes de esa carta que miran a nuestro propósito; con tanta más razón, cuanto que merece entero crédito el testimonio de Sucre, caballero ecuanime, modesto, que nunca se dejó vencer por la bastarda pasión del odio y mucho menos por la innoble de la envidia. He aquí los acápites de la memorada carta:

“En este tiempo el suceso de Guachi hizo que el Perú mandara a Piura el Batallón de *Trujillo* y el Escuadrón de *Granaderos* para cubrir sus fronteras y sin permitirles a estos cuerpos alejarse de ellas, según se me escribió. Los gritos del Batallón de *Numancia* sucedían durante esta operación, y aun no llegaba a Lima mi aviso sobre la comisión de Ibarra; y en tal conflicto el Gobierno del Perú dijo que se podía disponer del Batallón *Trujillo*, del de *Piura* y de los Escuadrones de *Granaderos* y *Cazadores* para hacer la expedición de Quito, con tal que se dejare a *Numancia*. Es menester saber que el Batallón *Trujillo* tenía

unas 600 plazas, ciento veinticinco veteranos; el de *Piura*, con 300 hombres, tenía 40 o 50: el escuadrón *Cazadores*, con 200 plazas, eran todos reclutas, y sólo el escuadrón de *Granaderos* era veterano y a la verdad un brillante Cuerpo; más todos ellos juntos no valían por *Numancia*, cuya reputación, disciplina, valor y demás cualidades, lo habían colocado en el rango del primer batallón del ejército, y era ciertamente el apoyo del ejército."

"Yo fui informado de la clase de tropa que se me ofrecía para la campaña en lugar de *Numancia*, pero éste ya no podía ser adquirido, y mi situación era desesperada, no teniendo por nuestra parte sino un piquete de *Albión* bueno, siendo recluta el batallón *Paya*. Tuve que resolverme a arrostrarlo todo, y mandé entonces al Coronel Heres en comisión a *Piura* para convenir en los medios o condiciones sobre que la División del Perú vendría a Colombia; y se firmó el convenio de que remití copia al Gobierno, por el cual la División Peruana vendría a Colombia, debiendo ser pagada por el sueldo del Perú (que era una mitad, o un tercio mayor que el nuestro), debía tener los bagajes que necesitara, ser costeadada desde que pisase el territorio de Colombia hasta que saliese, ser reemplazada de todas sus bajas para salir íntegra, y dársele además 400 reclutas, y en fin se exigió cuanto se quiso, y a todo se accedió. En consecuencia, la División Peruana recibía alojamiento, cuarteles y raciones primero que la de Colombia, tenía en los meses primeros cinco bagajes por cada oficial de infantería, y luego tres, mientras que cada oficial colombiano recibía la mula en que montaba, y una mula por compañía para equipaje. Excepto el mes de Junio, todos los demás meses era pagada del 5 al 8 en su totalidad, y en Junio, porque no habiendo dinero se suministraba conforme se conseguía, aprovecharon los Jefes de la infantería peruana la ocasión de que las tropas de Colombia las había mandado sobre Pasto, para amenazarme un día, de que ellos no eran responsables de la disciplina de su tropa si no se les satisfacía su paga, como era de costumbre, y que quedaban exentos de cargo por los desórdenes de los soldados; que era decirme en claras palabras que entregaban la ciudad de Quito al saqueo, y se me colocó por tanto en la necesidad de exigir en aquel día a la ciudad diez mil pesos para pagarlos. Las raciones no se les descontaban de sus pagas en los tiempos de operaciones activas; se dieron a los peruanos en los cinco meses que sirvieron a Colombia un vestuario, y hubo cuerpo que dos; su caballería fue completada de equipo, su infantería de fornituras, y toda prenda de armamento de que faltaban, sin hacerles el menor descuento. Los *Granaderos* fueron remontados cuatro veces y los *Cazadores* dos."

"En fin, la División Peruana consumió de 70 a 74.000 pesos en cinco meses, y multitud de ganados, caballos,

mulas, & &; pues era tan exigente que un día, al frente del enemigo en Riobamba, en que apurábamos la tropa que comiese para dar una batalla, el Comandante Olazábal del batallón *Trujillo* formó su cuerpo para reclamar una res que le faltaba para completar las seis que recibía de costumbre por ración de carne, y no habiendo sino cinco, ha sido preciso buscarla, detenernos y pasar el día sin hacer nada allanando un compromiso semejante. Una infamia tal merecía un castigo de muerte a su autor, como yo opinaba, pero su Jefe natural que se sometía al último Jefe de cuerpo, prefirió una tolerancia a tamaño crimen. Los reemplazos se han dado a la División peruana con tal religiosidad, que habiendo ella perdido 80 hombres en las acciones de guerra, se le dieron en CUENCA trescientos reclutas, en Quito se le dieron 700 veteranos de los criollos colombianos al servicio del Ejército español, y en Guayaquil se les dió el *Batallón del Sur* correspondiente a **Cuenca** que tenía 224 hombres, de modo que en reemplazos se le dió más fuerza que la que trajo. El trato que esta tal división dió a Quito fue más fuerte que el de unos conquistadores; es verdad que en Cuenca se portó bien, pero al regreso lo hizo infamemente."

"Y demos una ojeada sobre su conducta militar. En Riobamba los *Granaderos* junto con nuestro *Escuadrón de Dragones* tuvieron ese famoso encuentro con toda la caballería enemiga, y la comportación de estos dos cuerpos fue brillantísima. En Pichincha entró el batallón *Trujillo* al combate el primero, y aunque es verdad que la tropa de este batallón se portó muy bien, la oficialidad era tan mala que fue el único cuerpo de los comprometidos en el combate, que plegó ese día: cinco oficiales colombianos fueron los que hicieron valer algo la tropa en ese día, y a pesar de ser colombianos al servicio del Perú, no pudo menos el Jefe de su División que recomendarlos con especialidad; el Comandante se condujo cobarde e infamemente, cuando pudo siquiera tener el orgullo con que en Riobamba formó su cuerpo para reclamar las raciones de carne. El Batallón *Piura* fue destinado a sostener a *Trujillo*, y ha desertado en campo de batalla, de modo que huyendo por entre las rocas del Pichincha no lo hemos visto más, hasta que terminó felizmente la acción."

"El terreno apenas permitía pararse un caballo, y sin embargo nuestros *Dragones* tan valientes como siempre, se ocupaban en reunir e impedir la fuga de los de *Trujillo*, mientras nuestros batallones rebacían el combate y tomaban las ventajas que los otros habían perdido. El mismo escuadrón de *Granaderos* y los *Cazadores*, que estaban a tres tiros de fusil del campo, al ver sus infantes en desorden, se retiraban ya y nos abandonaban, y el Coronel Ibarra ha tenido que marchar a escape en pos de ellos para ejecutar una operación con la caballería, cuando ya inclinándose la bata-

lla en nuestro favor, se le mandó bajar por un flanco a interponerse entre Quito y Pasto. El General Santa Cruz que nos había abandonado al ver plegado a *Trujillo*, volvió cuando fue Ibarra, y ha tenido la audacia de decir en unos partes que las tropas peruanas han contribuído muy particularmen al éxito del combate."

"En el principio mi deseo de que esta única vez que las tropas peruanas han visto la victoria sirviese para darles algún crédito ante el ejército de Lacerna, me hizo pasar en silencio la imprudencia del parte de Santa Cruz, aunque él se disculpó conmigo, y su disculpa hizo llevar mi moderación hasta silenciar al Gobierno tales acontecimientos. Después el Libertador me ha pedido que deje pasar en silencio todo; pero me han puesto en el caso de no sufrir más, y estoy resuelto a contestar de oficio al señor Secretario de Relaciones Exteriores del Perú una nota en que ha tenido la insolencia de decir al Secretario del Presidente que casi exclusivamente pueden decir las tropas peruanas que son las libertadoras del Sur. Simplemente voy a recordar a esos.....con los hechos, y a decirles que recuerden con vergüenza que la única vez que sus tropas han visto la victoria, ha sido cuando las bayonetas de Colombia la han presentado, trayéndolos escoltados desde Cuenca, de donde quisieron volverse para el Perú, y de donde (excepto el escuadrón de Granaderos) los han traído por fuerza, para que alguna vez ciñesen su frente con un laurel de los bosques de ellos y sombrear a Colombia. Concluiré diciéndoles que como vuelvan a hablar de esto, publico su conducta infame, metalizada, devastadora en nuestro país, insubordinación que caracterizó su tropa, y que haré conocer sus hechos tan abominables como ellos son. Tengo datos y documentos para presentarlos al público con la figura detestable que ellos hicieron en nuestra campaña del Sur, y los pondré, como son, en la imprenta, para corresponderles en conducta hostil."

"Después que tales.....han vuelto al Perú colmados de honores y de beneficios que no merecieron y que les conseguí, entre otras razones, por darles crédito ante el enemigo, después que no les debemos un solo real de sus sueldos ni de nada, y que al contrario nos deben tres mil pesos, después que se han llevado de este país cuanto han querido, se quejan de mal trato, y quieren sumergir nuestra división en la miseria y en la aniquilación negándole la subsistencia, negándole reemplazos y en fin colocándola en la alternativa de perecer o desesperarla; a una división que ha ido a quitarles el cuchillo con que Canterac a quince leguas de Lima amenazaba degollarlos, y que se ha retirado al arribo de nuestras tropas. Tienen valor de decir que les debemos los servicios hechos por la División de Santa Cruz sobre Quito; pero olvidan que éstos eran sólo retribución escasa de los que les hacía el *Numancia* en Lima, y que los

que ahora fue a prestarles nuestra División eran puro favor, y el ardiente deseo de pelear contra los españoles, por cuya razón volaron, apenas llegaron a Guayaquil.....”

La carta antedicha fue escrita por Sucre cuando regresó la División auxiliar colombiana de Lima a Guayaquil; y se conoce que aquel magnánimo Jefe la escribió con rabia, en vista de la injusticia e ingratitud de los peruanos. Pero ella, la carta, es, indudablemente, verídica, puesto que un oficio en los mismos términos, aunque con más concisión dirigió Sucre al Secretario de Estado y de Relaciones Exteriores del Perú, con fecha 1º de Febrero de 1823, desde Quito, con motivo de una nota oficial dirigida por éste al Secretario del Libertador, en que le decía que la victoria de Pichincha fue exclusivamente debida a las tropas peruanas.

Observaremos que, para el objetivo principal de nuestra obra, la carta de Sucre es un valiosísimo documento, porque ella manifiesta, detalladamente los inmensos gastos invertidos en la División auxiliar de Santa Cruz; y es evidente que Cuenca los soportó casi en su totalidad, pues durante cinco meses que dicha División permaneció en territorio ecuatoriano, sólo un mes estuvo en Quito; y el regreso de ella a Piura se hizo por la vía de Cuenca, suministrándola esta Provincia dinero, víveres, caballos &, hasta el límite que la separa de la Provincia de Loja, desde donde esta patriótica Provincia tuvo que soportar tan cuantiosos gastos.

Dijimos que los restos de las fuerzas españolas derrotadas en Pichincha se encerraron en el fuerte del Panecillo, mientras Sucre acampaba en la *Chilena*, para tratar de la capitulación que este Jefe ofreció a Aymerich.

“¿En qué consistía por aquellos tiempos el fortín del Panecillo? Constaba de una casa de tapias cubierta de tejas, capaz de abrigar a cincuenta hombres, con gantas de calicanto al frente de sus cuatro ángulos; de una cisterna para la provisión de agua, y de una pirámide con una lápida consagrada a la memoria de la reconquista de Quito por las tropas del Rey, al mando del Presidente Don Toribio Montes en 1812; ceñido el todo por una línea de circunvalación con puente levadizo, que daba entrada a la plaza o atrio del edificio, construido todo por orden de Montes. El Panecillo con su territorio fértil pertenecía al ciudadano Juan Cancino deudor del Fisco. Ese edificio decía el Intendente del Ecuador, en 1826—“sólo pudo ser de alguna utilidad al Gobierno Español para refrenar aquella parte inexperta del pueblo que solía tumultarse e inquietar al Pigmalión del Ecuador. En tiempo de Colombia estaba destinado a servir de depósito de municiones; servicio en mi concepto, añadía dicho Intendente, nada adecuado al objeto, pues es bien sabido que son los cuerpos más prominentes los más expuestos a los fenómenos eléctricos.” El Gobierno acordó que podía procederse a la demolición del edificio y traslación de la

pólvora a la casa de la Alameda, antiguo almacén de aquel elemento" (Alberto Muñoz Vernaza—"Recuerdos Históricos" publicados en el N° 11 de "Cultura.")

Al siguiente día de la batalla de Pichincha, 25 de Mayo de 1822, se celebró la capitulación de Quito, entre los Coroneles Andrés de Santa Cruz y Antonio Morales, comisionados del General triunfante don Antonio José de Sucre, y los Coroneles Francisco González y Manuel María Martínez de Aparicio, delegados del Mariscal de Campo don Melchor Aymerich, actuando como Secretario don Patricio Bray. La capitulación fue ratificada el mismo día 25 de Mayo de 1822. En ella se concedieron a Aymerich, Jefes, Oficiales y tropas vencidas honrosas ventajas; y en virtud de ella el Sr. General Sucre ocupó la ciudad de Quito, en medio del entusiasmo y alegría de un pueblo que tiene la gloria indisputable y envidiable de haber sido el primero que dió el Grito de Independencia, trece años antes, el memorable Diez de Agosto de 1809.

Hablando de la batalla de Pichincha dice nuestro historiador Cevallos: "Dióse a la vista de la ciudad (Quito), teniendo por espectadores a cuarenta mil almas, cuyos corazones debieron conservarse palpitantes por la incertidumbre entre cantar la libertad o gemir por la esclavitud. Hasta ancianos y adultos de ambos sexos habían subido gozosos las crestas encumbradas, cual llevando un plato de comida o una canasta de biscochos, cual un poco de pólvora, cual una bayoneta, alguna cosa, en fin, con que manifestar su gratitud a los soldados de la Patria. Los vivos a la Libertad y al Vencedor tuvieron aturdida la ciudad toda la noche del 24."

Como el Héroe de la jornada del Pichincha fue el Teniente Abdón Calderón, justo es que consagremos un Capítulo de esta obra a la memoria de nuestro legendario compatriota.

CAPITULO XVI.

Ligeros rasgos biográficos de Abdón Calderón.—Abdón Calderón, el Héroe de Pichincha.—Recuerdos históricos.—Los despojos mortales del Capitán Calderón.

En esta ciudad de Cuenca del Ecuador, nació el futuro héroe de Pichincha, en la casa sita en la intersección de las calles «Bolívar» y «Juan Jaramillo», hacia el lado oriental de la ciudad, casa que, en la actualidad, es de la propiedad del Dr. Belisario Reyes, y antes fue del Prócer don Francisco Paulino Ordóñez. El 31 de Julio de 1804 fue bautizado Abdón Senén Calderón por el Cura Rector de esta Iglesia Catedral Dr. Mariano Isidro Crespo, siendo su padrino el Prebendado Mauricio Salazar. Es indudable, según la fundada opinión del honorable caballero guayaquileño don Juan Illingworth, casado con una nieta de la matrona doña Ana

Ana Garaicoa de Villamil, que fue tía carnal de Abdón Calderón, que éste "vino al mundo el día de San Abdón (30 de Julio de 1804), pues eran costumbre y deseo constantes en el padre (don Francisco Calderón) que sus hijos llevaran precisamente, por nombre el del santo del día en que nacían. (Palabras del Sr. Illingworth en una carta dirigida al Sr. Dr. Octavio Cordero Palacios, con motivo de la brillante obra escrita por éste, intitulada «Vida de Abdón Calderón.» Dicha carta se publicó en el N^o 56 del periódico cuencano «El Fiscal.»

Fueron sus padres: el ilustre Prócer de la Revolución de Quito, en su primera etapa— 1809 a 1812, el cubano don Francisco García Calderón, de cuya brillante actuación en ese movimiento emancipador y trágica muerte en Ibarra nos ocupamos en el primer Capítulo de esta obra; y la respetable matrona y acendrada patriota Doña Manuela Garaicoa. Volveremos a reproducir lo que de esta ilustre Dama dijo el Prócer don Joaquín Mosquera, en carta escrita a Santander, en 25 de Marzo de 1822:

"Encargo a usted muy particularmente que remita muchas Constituciones y cuantos más impresos hagan honor a la República. De este modo se aumentará nuestra opinión y se ganarán amigos; los sujetos a quienes deben mandarse constantemente para que los divulguen son don José Merino, don Ignacio Gorrochategui y doña Manuela Garaicoa, que sola nos vale más que nada. Esta señora, sus hijas y sus hermanas, y sus amigos y amigas, son el foco de nuestra opinión, y cantan diariamente hasta por las calles algunas noches las canciones colombianas en honor del Libertador y de la República. Si usted quiere escribirle a esa señora, recibirá su carta con el fanatismo que la caracteriza de colombiana y hará mucho."

"Los abuelos maternos del héroe fueron don Francisco Garaicoa y doña Eufemia Llaguno, quienes, tuvieron veintidós hijos. De los nombres de los 21 o 19 hijos (dos habían muerto en la infancia), sólo se hace memoria de Manuela, (la madre de Abdón Calderón), Francisca, Ana, Francisco Javier, Joaquina, Gerónima, Lorenzo, José, Josefa e Inés." (Carta citada del Sr. Illingworth).

Doña Francisca Garaicoa se casó con el eminente juriconsulto doctor don Luis Fernando Vivero, y doña Ana con el benemérito General don José Villamil. Don Lorenzo y don José Garaicoa fueron Próceres de la Independencia de Guayaquil, y el Doctor don Francisco Javier Garaicoa llegó a ser primero Obispo de esa ciudad (Guayaquil) y después Arzobispo de Quito.

Los hermanos de Abdón Calderón fueron: Mercedes, Baltazara, nativa también de Cuenca, que llegó a ser mujer del ilustre patricio don Vicente Rocafuerte, "la lindísima Carmen, de quien el Libertador—como es sabido— fue devoto admirador y que permaneció siempre soltera, y Francis-

co que ingresó en la Marina Libertadora, en la que hizo toda la campaña de aquellos tiempos heroicos, pasados los cuales siguió en el mar, consagrado a la marina mercante." [Carta del Sr. Illingworth].

Como se ve Abdón Calderón, descendiente de Próceres y emparentado con notables personajes, no podía desmentir la honorabilidad y patriotismo de los suyos, como lo vamos a manifestar someramente.

La vida de nuestro héroe fue rápida y brillante como un meteoro. Trasládese de Cuenca a Guayaquil doña Manuela Garaicoa con su tierna familia; y habiéndose proclamado la Independencia de esta ciudad el clásico 9 de Octubre de 1820, Calderón que, apenas tenía 16 años, formó en las filas de los patriotas. Hizo la primera campaña contra los realistas con el grado de Subteniente a órdenes de los Coroneles Urdaneta y Febres Cordero. Combatió valerosamente en *Camino Real*, y fue ascendido a Teniente, después del triunfo que obtuvieron los patriotas en aquel lugar, por recomendación especial de Urdaneta. Sufrió los padecimientos horribles subsiguientes a las derrotas del primer Huachi y Tanizagua. No tomó parte en la negra traición del Coronel Nicolás López en Babahoyo, si no que al contrario se separó de sus filas y contribuyó a que el felón López no consiguiese su pérfido proyecto de acabar con la División de Sucre acantonada en Samborondón, en connivencia con otro traidor don Ramón Ollague. Triunfó en Yaguachi y fue nuevamente derrotado en Huachi. En una palabra el adolescente Calderón tomó parte en todas las campañas y combates de las tropas libertadoras anteriores a la de Pichincha.

Nuestro héroe formó también en las filas del Ejército Patriota en esta última memorable campaña, cuyo esbozo es: De Machala se trasladó la División Libertadora, a órdenes de Sucre, a través de pésimos y escabrosos caminos a Saraguro, lugar donde se le unió la Expedición auxiliar del Perú, regida por el Coronel Santa Cruz, y siguieron a Cuenca, ciudad que abandonada por el Jefe realista Carlos Tollrá, fue ocupada por la División unida, en 21 de Febrero de 1822, y permaneció en ella hasta los primeros días de Abril del mismo año. En esta corta época, cuarenta y cinco días, puede decirse que el Teniente Calderón conoció propiamente su ciudad natal y respiró por última vez los saludables aires del Tomebamba. Debemos advertir que durante el trayecto de la larga marcha mencionada se creó el famoso batallón *Yaguachi* con las compañías sueltas de guayaquileños que venían en la expedición, y que Calderón fue nombrado Teniente de la tercera compañía de aquel bizarro Cuerpo.

Ocupadas, después, sucesivamente, según lo hemos referido, las ciudades de Riobamba, Ambato y Latacunga por las tropas libertadoras, dióse la gloriosa batalla de Pichincha, en 24 de Mayo de 1822. En ésta el Teniente Abdón

Calderón hizo lujo de un valor y estoicismo verdaderamente espartanos; pues, aunque recibió cuatro heridas, que le causaron la muerte a los pocos días de la batalla, continuó combatiendo tesoneramente; y al caer envuelto en los pliegues de la tricolor enseña colombiana, exclamó con júbilo: "*Hemos vencido; ahora puedo ya morir en paz*"; palabras sublimes dignas de un Mártir de la Libertad.

El General Antonio José de Sucre, en recompensa del heroísmo de Calderón, le mencionó especialmente en el parte de la batalla de Pichincha, con estas hermosas frases: "en tanto hago una particular memoria del TENIENTE CALDERÓN que, habiendo recibido sucesivamente cuatro heridas no quiso retirarse del combate. Probablemente morirá; pero el Gobierno de la República sabrá recompensar a su familia los SERVICIOS DE ESTE OFICIAL HEROICO."

Según se ve por las palabras transcritas nuestro héroe sobrevivió algunos días, no sabemos cuantos, a las heridas mortales que recibió en el combate en las cuatro extremidades de su cuerpo. Lo mismo se deduce de la tantas veces mencionada carta del Sr. Illingworth al Dr. Cordero Palacios, en el párrafo que sigue:

"De Abdón Calderón han circulado y se han reproducido retratos que nada tienen de tales; hasta con bonitísimos y arriscados bigotillos lo han litografiado. Y la verdad es que auténtico retrato no ha habido más que uno, que poseyó la hermana doña Mercedes, y del que al presente, nada se sabe. Era una pintura al óleo, como de media vara de alto, que la familia estimaba como muy parecida al original: fue ejecutada en Quito, después de la grandiosa memorable batalla, *por cariñoso acuerdo de la señora en cuya casa expiró el Héroe*; la cual señora se lo envió a la madre, manifestándole que, en previsión de que no existiere retrato de su glorioso hijo, había querido obtener ese para ella. *Debe ser conocido el nombre de la familia en cuyo hogar pasó Calderón sus postreros dolorosos días*; pero yo no lo recuerdo, o acaso no lo he sabido nunca."

Reproduzcamos, ahora, lo que el Abanderado del batallón *Paya*, Manuel Antonio López, dice de nuestro compatriota, en su obra "Recuerdos Históricos."

"ABDON CALDERON, El Héroe de Pichincha."

"La mañana del 24 de Mayo de 1822 anunciaba uno de aquellos días plácidos y serenos que, no siendo comunes bajo la línea ecuatorial, son o parecen ser más radiantes y bellos con el fuego de animación que recibe toda la naturaleza en el seno fecundo de la zona tórrida. Levantábase el sol sobre el Oriente iluminando las faldas del Pichincha y dilatando sus rayos encima de la aplanada cumbre del pe-

queño monte del Panecillo, cuando el Ejército realista marchaba ligera y silenciosamente, trepando la falda de aquel elevado antemural de Quito que se alza al Occidente de la ciudad, y de cuyo volcánico cráter se levanta una densa columna de humo, que combatido por el viento, imita el vistoso plumaje que ondea sobre la cimera de un guerrero gigante."

"El Ejército republicano comandado por el General Sucre descansaba al descenso de la loma, a tiempo que nuestros batidores anunciaron la aproximación de las tropas españolas. Serían las diez de la mañana cuando el que más tarde debía llevar el título de Gran Mariscal de Ayacucho, dió sus órdenes para movilizar el Ejército y salir al encuentro del enemigo. La bizarra División del Perú mandada por el Coronel don Andrés de Santa Cruz (después gran Mariscal del Perú) ocupaba la derecha de nuestra línea de batalla. En el centro, entre otras fuerzas, se encontraba el batallón *Yaguachi*, respaldado por el de *Paya*; y a la izquierda, la columna mandada por el intrépido Coronel José M. Córdova (después General), protegida luego por el batallón *Albión*, último cuerpo que llegó al campo de batalla, cuyas fuerzas estaban a las inmediatas órdenes del valeroso General José Mires."

"Al empezar el combate por el centro, el Teniente **Abdón Calderón**, que mandaba la 3ª Compañía del *Yaguachi*, recibió un balazo en el brazo derecho; éste lo inhabilitó para tomar la espada con aquella mano y la tomó con la izquierda y continuó combatiendo con imperturbable serenidad, cuando a pocos momentos recibió otro balazo en aquel brazo, afectándole un tendón y fracturándole el hueso del antebrazo, lo que le obligó a soltar la espada. Un sargento la recogió del suelo, se la colocó a la vaina en la cintura y le ligó el brazo con un pañuelo colgándose del cuello. El joven guerrero, con el estoico valor de un espartano, siguió a la cabeza de su compañía, y arreciando el combate por la indomable resistencia de los españoles, al forzar su última posición en la falda del cerro, recibió otro balazo en el muslo izquierdo un poco más arriba de la rodilla, que le desastilló el hueso. Inmediatamente los enemigos empeñaron su reserva, y con esto llegó el instante supremo y decisivo de la batalla. Calderón cargó con su compañía haciendo un esfuerzo superior a su estado desfalleciente, y al alcanzar la victoria, recibió otro balazo en el muslo de la pierna derecha que le rompió completamente el hueso, y lo hizo caer en tierra postrado, exangüe y sin movimiento. Sus soldados le condujeron al campamento en una ruana, lo colocaron sobre unas frazadas en el suelo de la sala de una casita, porque no se encontró cama donde acostarle. Su estado de postración requería auxilios eficaces, para al menos calmar su devorante sed y darle algún alimento; un amigo se encargó de prestarle aquellos servicios, porque el desdichado joven no podía

hacer uso de sus brazos, ni mover las piernas. Como la última herida era mortal y no se prestaba a la amputación, murió al día siguiente." (Por los documentos anteriores, creemos que el Coronel López ha sufrido una equivocación al asegurar que nuestro héroe murió al siguiente día del combate).

"El General Sucre lo ascendió, ya muerto, a Capitán, para tributarle los honores fúnebres."

"El Libertador, que llegó a Quito el 16 de Junio, informado del bizarro comportamiento de aquel valiente Oficial, expidió un Decreto de honor a su memoria, por el cual se dispuso:

"1º—Que a la 3ª compañía del *Yaguachi* no se le pusiera otro Capitán."

"2º—Que siempre pasara revista en ella como vivo, el Capitán Calderón, y que en las revistas de Comisario, cuando fuese llamado por su nombre, toda la compañía respondiera: "MURIÓ GLORIOSAMENTE EN PICHINCHA; PERO VIVE EN NUESTROS CORAZONES."

"3º Que a su madre, la Señora N. (Manuela) Garicoa de Guayaquil, Matrona respetable y muy republicana, se le pagará mensualmente el sueldo que hubiera disfrutado su hijo."

"Era un espectáculo tan conmovedor como solemne el ver a los soldados de aquella compañía en los días de revista de Comisario, al proferirse el nombre del **Capitán Calderón**, llevar el fusil al hombro con ademán de orgullo marcial y responder con una especie de religioso respeto: "MURIÓ GLORIOSAMENTE EN PICHINCHA, PERO VIVE EN NUESTROS CORAZONES."

"Aquella ovación, verdadera apoteosis del joven héroe, se cumplía en el Ecuador hasta el año de 1829; no sé si se habrá continuado después."

"Este episodio revela un recurso más del genio de Bolívar: cómo sabía aprovechar las circunstancias oportunas para mover los nobles resortes del corazón de sus guerreros, excitando el entusiasmo y patriotismo con gloriosas recompensas que inspiraban el desprecio de las fatigas, del hambre, de los riesgos y aun de la propia vida, por el deseo de alcanzar prez y fama póstuma. Así fue como en torno de él aparecían millares de héroes, que hoy debieran recordarse con orgullo porque ennoblecen las páginas de la Historia de nuestra Independencia."

Reproduzcamos, también, el magnífico artículo en que se ocupa de nuestro héroe, el Señor Doctor Alberto Muñoz Vernaza, intitulado "Recuerdos Históricas," que se publicó en el N° 11 de la Revista cuencana "Cultura."

"Pichincha fue *el tercer día de Boyacá*, según la hermosa expresión de Sucre a Monteagudo; y si anotáramos *coincidencias*, observaríamos que la guerra de Colombia terminó en la misma ciudad que fue la primera en proclamar su Independencia."

“Las figuras culminantes de la batalla del 24 de Mayo de 1822, fueron Córdova y nuestro conterráneo el Teniente Abdón Calderón. El historiador Restrepo no hace mención del heroico comportamiento de este joven militar de 18 años, y aun nuestro historiador Cevallos apenas dedica cuatro palabras a honrar su memoria. Felizmente para la Patria, el heroico episodio de Pichincha, harto conocido en la actualidad, fué conservado por el Coronel Manuel A. López Borrero, que lo publicó detalladamente en Bogotá, en uno de los aniversarios de la gran batalla, 24 de Mayo de 1872.”

“Para tributarle los honores fúnebres, Sucre le ascendió a Capitán, y cuando Bolívar llegó a Quito, honró la memoria del valiente cuencano, como pocas veces se ve en la historia de las grandes hazañas militares. Dispuso que a la primera compañía del *Yaguachi* no se le pusiera Capitán; que pasara revista como vivo, y que en las de Comisario, cuando fuere llamado el *Capitán Calderón*, toda la compañía respondiera: “*Murió gloriosamente en Pichincha, pero vive en nuestros corazones*”; y finalmente que a su madre la Señora Manuela Garaicoa, se le pagará mensualmente el sueldo que hubiera disfrutado su hijo.”

“Este episodio dice, con razón, el Coronel López B., revela el genio de Bolívar, y como sabía aprovechar las circunstancias oportunas para mover los nobles resortes del corazón de sus guerreros, excitando el entusiasmo y patriotismo con gloriosas recompensas que inspiraban el desprecio de las fatigas, del hambre, de los riesgos y aun de la propia vida, por el deseo de alcanzar prez y fama póstuma.” De manera semejante procedió el Libertador, con Girardot en Bárbula, y con Ricaurte en San Mateo.”

“A más de las razones anteriores, le impulsaron, a no dudarlo, otras importantes de política interna. Se trataba entonces del gravísimo asunto de la incorporación de Guayaquil a Colombia; y el Libertador, gran conocedor del corazón humano, quiso atraerse las simpatías de la alta sociedad guayaquileña, a la que pertenecía la Señora Garaicoa, madre del héroe.”

“Antes de leer la historia de Alejandro el Grande por Quinto Curcio, habíamos creído completamente original el rasgo de honores fúnebres a Calderón, pero hemos notado después que fue, en parte, reminiscencia de las lecturas clásicas, en que estaba embebido el Libertador, que fue un verdadero erudito. Cuando el escritor francés Mr. Mollien, allá por 1825, hizo algunas apreciaciones acerca de Bolívar, expuso éste en una célebre carta al General Santander que, “aquello era vago, falso e injusto: injusto porque no es cierto que su educación fuese descuidada. Mi madre y mis tutores dice: hicieron cuanto era posible para que yo aprendiese, me buscaron maestros de primer orden en su país. Robinsón, que U. conoce, fue mi maestro de primeras le-

tras y Gramática: de Bellas Letras y Geografía, nuestro famoso Bello: se puso una Academia de Matemáticas sólo para mí por el Padre Anduja, al que estimó mucho el Barón de Humboldt. Después me mandaron a Europa a continuar mis Matemáticas en la Academia de San Fernando; y aprendía los idiomas extranjeros con maestros selectos de Madrid. Todavía muy niño, quizá sin poder aprender, se me dieron lecciones de esgrima, de baile y de equitación.—Ciertamente que no aprendí ni la Filosofía de Aristóteles, ni los Códigos del crimen y del error; pero puede ser que Mr. de Mollien no haya estimado tanto como yo a Locke, Condillac, Buffon, D'Alambert, Helvetius, Montesquieu, Mably, Filangieri, Lallandes, Rousseau, Voltaire, Rollon, Berthel y todos los clásicos de la antigüedad, así filósofos, historiadores, oradores y poetas; y todos los clásicos modernos de España, Francia, Italia y gran parte de los ingleses. Todo esto lo digo confidencialmente añadía, para que no se crea que su pobre Presidente ha recibido tan mala educación, como dice Mr. Mollien."

"Bolívar había, pues, leído a Quinto Curcio, y alguna vez lo cita, como a un *declamador*, que lo es en efecto. En el libro X, Capítulo IV de *Rebus Gestis Alex. Mag.*, refiere el historiador latino, que habiendo fallecido en Ecabatana, Efestión, favorito de Alejandro el Grande, fue tan sentido por éste, que al decretarle honores divinos, dispuso, para perpetuar su memoria en el ejército, que jamás se le diera otro Capitán a la Compañía de soldados de a caballo, de la que era Jefe; que se le llamara la corneta de Efestión, y que no se cambiara las insignias que él había establecido."

"Lo que si resulta completamente original, en el Decreto del Libertador, es el grito sin par de la compañía del Yaguachi: *murió gloriosamente en Pichincha, pero vive en nuestros corazones*. Los deseos de Bolívar se han cumplido al través de los tiempos, pero con más intensidad; porque no es ya un cuerpo de ejército, sino la República entera la que a diario repite la apoteosis del Héroe Niño."

"Las faldas del Pichincha reclaman todavía el monumento que debe perpetuar en el mármol y el bronce, el recuerdo de la célebre batalla; y no resultaría demás una inscripción o columna en el lugar en donde, después de lo principal de la acción de Pichincha, acampó el General Sucre. Ese lugar fue la parte alta de la ciudad denominada la *Chilena*, según lo refiere, en documento inédito, un testigo presencial que servía de espía a los patriotas de Quito, y que comunicaba a Sucre todos los pasos de los realistas, el Comandante Mariano Vázquez Pereira.—Este Comandante prestó muy buenos servicios en esta campaña. La columna de observación que llevó el Coronel Cayetano Cestaris, para cooperar en Pichincha, sólo constaba de 200 hombres, y se puso en pie de 600 caballos, merced a los pa-

triotas quiteños. Vázquez proporcionó cien lanzas que tenía escondidas, de las que abandonó el Coronel Illingworth, cuando la derrota de Guachi.»

Ignoramos si desde la fecha en que el Ecuador se constituyó en República independiente, disgregándose de la Gran Colombia, se hubiese cumplido el célebre y merecido Decreto en honor de Abdón Calderón, pero sí podemos decir con el laureado poeta Crespo Toral, que para los ecuatorianos:

*“¡No ha muerto que en nuestros pechos
Vive eterna su memoria,
Aunque en las filas vacías,
No asome en la lid heroica....”*

De Abdón Calderón debe decirse:

*“La tumba de los hombres es la muerte,
La tumba de los héroes es la gloria!”*

Cerremos este capítulo consagrado al héroe del Pichincha, con las mismas palabras con que concluye el Dr. Octavio Cordero Palacios su magnífica obra “Vida de Abdón Calderón.”

“El olvido, por una parte, y el tiempo por otra, ¿nos habrán privado de la posesión de sus huesos? Tal vez, tal vez nó.”

“Su altísima posición social, que le entroncaba con mucho de lo mejor de Guayaquil; el renombre de su padre en Quito, cuyos Ejércitos mandó en Jefe; la gloria misma de Pichincha, encarnada en él el día de su funeral, para cuyo mayor brillo le ascendió Sucre a Capitán; su juventud, su heroísmo, su belleza, todas estas cosas juntas y cada una de por sí, deben haber obrado de modo que viniese su cadáver a tener tumba especial. En alguna de las casas de mayor alcurnia de las de Quito debe haber sido asistido y haber muerto (1), y en los nichos que aquellas casas tenían para huesa de los suyos, en los templos, debe haber sido sepultado Don Abdón. Los libros parroquiales, además, se llevaban entonces por los curas con nimia proligidad y mayor solicitud que al presente, ¿Por qué no probamos, cuéstenos lo que nos cueste, a ver de dar con sus despojos?”

“La identificación, la dificultad mayor, no existe en este empeño. Las balas españolas se encargaron de trabajar por nosotros a este respecto. Allí donde en un mismo esqueleto de persona adolescente hallemos fracturado el hueso del brazo izquierdo, desastillado el de la pierna del mismo lado, por

(1) La suposición del Dr. O. Cordero Palacios ha sido una realidad, según la carta del Sr. Dn. Juan Illingworth. Sensible es que hasta ahora no sepamos el nombre de la caritativa Matrona, en cuya casa fue atendido y murió nuestro héroe.

encima de la rodilla, y destrozado el fémur de la derecha, bien podemos lanzar el VENI FORAS de Jesús, Nuestro Señor, sobre la *arida ossa* de Don Abdón.”

“Qué triunfo el nuestro, entonces! Repaisanado nuestro joven héroe; entonado por él, de HUESOS PRESENTES, EL LAUDATE de la Religión a que perteneció, en el mismo Templo donde el bautismo le trajo al gremio de la Iglesia; y colocados sus restos mortales en el pedestal del Monumento que le debemos, allí donde Don Gil hincó el Rollo y la Picota de la soberanía española, al tiempo de fundar nuestra ciudad, y como su primera diligencia, qué realidades y qué simbolismos presentáramos a las generaciones futuras!”.....

“Ea, pues, cuencanos. Convertidos a este trabajo de investigación de las cenizas de **Nuestro Héroe**, fundemos lo que podría llamarse la Arqueología de la gloria, si no ramo del saber, ramo del amar y el agradecer, que vale tanto como el otro y aun mucho más todavía.”

CYPITULO XVII.

Llega a Cuenca la noticia del triunfo de Pichincha.—Festejos de la ciudad por tan fausto suceso.—Capitulación de Pasto.—Bolívar en Quito, Guayaquil y Cuenca.—Gastos invertidos en la División de Santa Cruz, en su regreso al Perú y otros posteriores.—Informe del Gobernador Coronel Dn. Tomás de Heres de la administración de la Provincia de Cuenca, desde el 23 de Febrero hasta el 6 de Julio de 1822.—La actuación de Cuenca en la campaña de Pichincha, según Restrepo, Cevallos y otros historiadores.—Conclusión.

La noticia del espléndido triunfo obtenido por el General Sucre en las faldas del Pichincha colmó de júbilo y entusiasmo a los habitantes de Cuenca, quienes vieron recompensados sus sacrificios y esfuerzos con la adquisición del inestimable bien de su Libertad e Independencia.

Tan fausta y ansiada nueva la comunicó el Gobernador de Ambato al de Riobamba Coronel León de Febres Cordero, y éste, con fecha 27 de Mayo de 1822, la trasmitió al Coronel Heres, en estos términos:

“En este acto recibo expreso del Señor Gobernador de Ambato, participándome el feliz triunfo de nuestras armas Libertadoras en Quito, en cuya ciudad tremola ya el Pabellón de Colombia, y se oyen los gritos de Libertad. Y para no retardar este placer a V. S. y a todos los hombres sensibles, tengo la honra de comunicarlo por la posta, por la misma que comunicaré a V. S. los detalles luego que me lleguen.”

En 25 de Mayo, Sucre participó oficialmente el triunfo de Pichincha al Coronel Heres, quien mandó publicar en 21 del mismo mes el decreto que sigue:

“Tomás de Heres, Coronel de Ejército, Gobernador y Comandante General de esta Provincia, &.”

“Por cuanto se ha recibido en este día la plausible noticia de la victoria conseguida por el Ejército de Colombia a las faldas del Pichincha, comunicada por el señor General Antonio José de Sucre, cuyo oficio copiado a la letra, dice así.”

“La victoria esperó ayer a la División Libertadora con sus laureles gloriosos sobre las faldas del Pichincha.—El Ejército enemigo fue completamente destruído por nuestra infantería en un combate de tres horas. El terreno que no permitió que obrase la caballería pudo favorecer algunos restos que se han refugiado en el Panecillo; por la misma razón, la caballería enemiga que no entró en batalla, ha escapado a Pasto en disolución y perseguida por la nuestra [que ya le ha tomado muchos prisioneros], y se promete disolverla para participar también del triunfo.—El señor Coronel Santa Cruz está desde anoche en la ciudad oyendo las proposiciones sobre que ofrece el General Aymerich rendirse, y hoy nos posesionaremos de Quito.—Tengo el honor de participar a V. S. esta fausta noticia, para que sea jubilosamente celebrada en los pueblos de su mando, como la jornada que ha terminado la campaña de Quito, y aun creo que la guerra de Colombia.—Cuartel General en frente a Quito, a 25 de Mayo de 1822.—12º.—A. J. de Sucre.”

“Por tanto, y a efecto de que llegue a común noticia tan plausible suceso, mando.”

“19 Que se publique por bando con toda la solemnidad posible, y de que sea suceptible este Pueblo.”

“29 Que por un signo demostrativo de júbilo que cada ciudadano reciba, se iluminen por tres noches consecutivas las casas, balcones y tiendas de la ciudad: se repiquen las campanas generalmente, y que el gremio de músicos asista a tocar a las Casas Consistoriales.—Dado en Cuenca, a treinta y uno de Mayo de mil ochocientos veinte y dos.—12º.—T. de Heres.—Por su mandado, León de la Piedra, Escribano Mayor de Gobierno.”

El mismo Gobernador Heres expidió el Decreto que sigue:

“Por cuanto la plausible noticia publicada el 31 del pasado, exige por su naturaleza ser celebrada por este vecindario con las demostraciones del mayor júbilo, mando.”

“19 Empezarán el día 8 del entrante Julio corridas de toros que el Gobierno ha dispuesto con acuerdo del Exmo. Ayuntamiento. Toda persona que quiera hueco en la plaza ocurrirá a tomarlo en el día que se haga el reparto de ella.”

“29 Todo ciudadano podrá entrar y salir de esta ciudad con toda clase de víveres, mulas, caballos, &, sin que ninguna persona las tome ni perjudique en manera alguna, así a los animales, como a los individuos, bajo la seguridad que el Gobierno ofrece por su parte para el exacto cumplimiento de este artículo.”

“39 Los Cabildos de los pueblos podrán libremente asistir a los juegos públicos, dejando los jueces una persona que subrogue sus veces.—Publíquese, fijese y circúlese.—Cuenca y Junio 3 de 1822.”

El Cabildo, por su parte, en sesión de 5 de Junio del mismo año, acordó: “que para el mejor régimen de la corrida de toros que debe hacerse en esta ciudad en el mes entrante, en júbilo de la victoria de nuestras armas en la toma y rendición de Quito, se designen directores de *mogigangas* y *ayanfailes*, conforme a la costumbre inmemorial de esta provincia, por no haber otras medidas por ahora para solemnizar las fiestas públicas.”

Durante seis días consecutivos debían haber corridas de toros, como también *ayanfailes* y *mogigangas*; debiendo contribuir para ello cada uno de los seis Barrios en que se hallaba dividida la ciudad, que eran: el de San Sebastián, el de Santo Domingo, el de San Francisco, el de Todos Santos, el de San Blas y el de San Cristóbal.

El General Sucre, según lo veremos más adelante, dirigió, en 29 de Mayo, un muy honorífico oficio al Cabildo de Cuenca, participándole la victoria de Pichincha. Antes de que recibiese este oficio, dicha Corporación acordó felicitar a Sucre, en los términos que siguen: “Sr. General.—Por un momento dignese V. S. prestar a esta Municipalidad la atención que demanda la cordialidad con que felicita a V. S. por los triunfos de las Armas de la Patria que tan dignamente ha dirigido en las faldas del Pichincha. Gloria a la República de Colombia por los Héroes que la colocan en el estado de brillantez y grandeza que merecen sus sacrificios. Gloria al Ejército Unido que, dando la Libertad a nuestros hermanos, asegura la que habíamos merecido por sus esfuerzos. Tales son los sentimientos de que se halla animada esta Provincia, cuyos votos ofrecen a V. S. sus representantes, como un testimonio irrefragable del amor y gratitud de que todos se hallan penetrados. Dignese V. S. recompensar los sacrificios que ha hecho en obsequio de la causa común, aceptando la sinceridad de sus expresiones.—Dios guarde a V. S. m. a.—Sala capitular de Cuenca, 14 de Junio de 1822.—12º.—Dr. Manuel Arévalo.—Manuel Rada.—Bartolomé Serrano.—Carlos Sélleri.—Manuel Ochoa.—Antonio Carrión.—Manuel Veintemilla Balderrama.”

El oficio de Sucre de que hicimos mención, dirigido al Cabildo de Cuenca, es de este tenor: “Quito, a 29 de Mayo de 1822.—12º.—Exmo. Señor.—Al anunciar a V. E. la gloriosa victoria que han conseguido las Tropas Libertadoras, el 24 del corriente, sobre el Ejército Español que aun tiranizaba esta porción hermosa del territorio de Colombia, yo estoy persuadido que esa Corporación sentirá la misma interior satisfacción que debè penetrar a todo buen patriota, considerando terminada con este memorable acontecimiento la guerra desoladora que tantas víctimas ha costado a

nuestra Patria. Poseído de estos sentimientos es que felicito a V. E. de que, al cabo de 12 años de horrores y catástrofes, veamos levantarse majestuosamente desde la cumbre del Pichincha la aurora brillante de la paz de Colombia, que va a derramar sobre nosotros sus abundantes bienes."

"Aun la rebelde Pasto parece que ha sentido la influencia poderosa de nuestra fortuna en el combate, y dando, por fin, oídos a la razón y a la necesidad de las circunstancias pretende impiorar la clemencia del vencedor. V. E. que POR SUS GENEROSOS SERVICIOS A LA DIVISIÓN HA TENIDO PARTE EN ESTE FELIZ RESULTADO, la tendrá también en el justo júbilo que merece el desenlace de los sucesos con que la Providencia ha preparado el triunfo de la Libertad sobre los esfuerzos de los tiranos.—Dios guarde a V. E. m. a.—A. J. de Sucre."

Ignoramos el motivo por el que este oficio de Sucre llegó muy tarde a conocimiento del Cabildo, según aparece de la respuesta que esta Corporación dió al vencedor de Pichincha, cuyo tenor es:

"Sala Capitular de Cuenca, 28 de Junio de 1822.—12^o.—Recibido en el correo de esta fecha: y mediante a haberse felicitado en el anterior del 14 del corriente al señor General que oficia por los propios gloriosos triunfos de las Armas de la Patria, duplíquese la misma exposición, y haciéndose notorio en el vecindario tan satisfactoria indicación de S. S., circúlese por los Cabildos de la comprensión para los mismos fines, como que igualmente han cooperado al servicio del Ejército.—Rada—Serrano—Chica—Gómez de Arce—Arteaga—Carrión—Mariano Gómez, Secretario."

La debida trabazón de los acontecimientos exige que nos ocupemos del Libertador, quien, según lo referimos, después de la batalla de Bomboná, se retiró al Trapiche. Contando ya Bolívar con un Ejército capaz de ocupar a Pasto, se movió de aquel lugar, y el día 6 de Junio de 1822, encontrándose ya en Berruecos, se le presentaron los Tenientes Coroneles Pantaleón del Fierro y Miguel Retamal, comisionados por don Basilio García para proponerle una capitulación. Este Jefe realista vivo y astuto, sabía ya la ocupación de Quito después del triunfo obtenido por Sucre en Pichincha, una vez que se le había notificado que en la capitulación de aquella ciudad quedaban comprendidas las fuerzas españolas de Pasto. El Coronel García, calculando que el Libertador ignoraba esos sucesos, como efectivamente no los sabía, se propuso hacer unos tratados más ventajosos con aquel, proponiéndoselos como un acto espontáneo. Bolívar creyó que don Basilio daba este paso por haberse persuadido de que no podía resistir al Ejército Libertador y recibió gozoso a los referidos comisionados, exclamando: "Esto vale más para mí y es más glorioso que una batalla ganada."

Celebróse, en consecuencia, un tratado firmado en Berruecos, en 6 de Junio de 1822, por los Tenientes Coroneles Pan-

taleón Fierro y Miguel Retamal, Comisionados por el Comandante General de la segunda División realista del Sur, Coronel Basilio García, y el Coronel José Gabriel Pérez y Teniente Coronel Vicente González, comisionados por el Libertador Presidente de Colombia. En virtud de este tratado o capitulación quedó incorporado a la República de Colombia todo el territorio de Pasto ocupado por las armas realistas, concediéndose muchas garantías a los Jefes, Oficiales y tropa del ejército español, como a todos los habitantes de Pasto.

Esta capitulación se ratificó en Pasto, en 8 de Junio, por el Coronel García y el Libertador, quien había entrado a esa ciudad a las tres de la tarde de ese día. Hablando de la ocupación de esta ciudad por Bolívar, el Comandante Vicente González (que después fue General e Intendente de Cuenca en 1829) decía a Santander, en carta fechada en 9 de Junio de 1822: ".....A las tres de la tarde de ayer entramos en esta plaza, cuyo pueblo ha hecho manifestaciones como si siempre hubiera sido patriota, y proporcionalmente a la miseria y poca presunción de estos señores nos ha espantado la variación de sus maldades. Su Excelencia fue conducido directamente a la Iglesia en donde lo esperaban el Obispo y clerecías, de la puerta fue conducido bajo palio y se cantó en seguida un solemne *Te Deum*. Después nos retiramos al alojamiento de S. E., en donde se le hicieron muchos cumplimientos por algunos del pueblo y por la oficialidad española y pastusa, todo al modo de cada uno. Sobre todo, ha habido de remarcable, el acto de rendir don Basilio la espada y bastón al Libertador con estas expresiones: "Exmo. Señor: esta espada y bastón que el Rey me había confiado para la defensa de sus derechos, la rindo gustoso a V. E., en virtud de nuestro convenio y como vencedor." El Libertador le contestó con expresiones muy honrosas para Colombia y para el Jefe rendido.".....(Archivo Santander.—Tomo VIII—Página 262).

En todo el largo trayecto desde Pasto hasta Quito, en donde llegó el Libertador el 15 de Junio de 1822, fue aquel agazajado y objeto de grandes demostraciones de júbilo, simpatía y amor de todos los habitantes de los pueblos del tránsito, sin distinción de personas.

He aquí como describe aquel viaje y la entrada a Quito de Bolívar un testigo presencial, el referido Teniente Coronel Vicente González, en carta escrita a Santander, y fechada en Quito, a 16 de Junio de 1822.

"Desde Túquerres, que es el primero de los Pastos, no se encuentran sino campos hermosos, en donde la naturaleza prodigó sus obras, y en donde la mano del hombre ha embellecido el suelo como ninguno en Colombia. Habitadores muy amables, muy patriotas, muy hospitalarios solamente se encuentran hasta aquí. El Libertador ha venido eucantado por todo eso, y en todas partes lo han recibido con tanto entusiasmo y demostraciones tan grandes de júbilo y de amor hacia él, que se entenece el más duro co-

razón al presenciario. No sólo la gente visible de los pueblos, el más miserable labrador, el indio más estúpido y más incapaz de razón ha salido a su encuentro, o a coronarlo, o a regarle rosas, y desde Pasto hasta Quito no ha cesado el aire de llevar a todas partes los vivos y los clamores de contento. Yo no podré jamás ponderarle a U, con propiedad lo que he visto que han hecho por él. Ayer entramos aquí (Quito); desde dos leguas antes empezó a recibir comunidades y autoridades públicas; el que menos le decía segundo Moisés, y no hubo uno que no vertiese sus lágrimas al oír su contestación. Ultimamente después de que la multitud embarazaba la entrada, tanto que era necesario hacer alto para que se despejase, llegó S. E. a la plaza principal acompañado de cerca de 300 Jefes y Oficiales y como 600 o 700 jinetes del pueblo. En la plaza estaba levantado un teatro vestido ricamente aunque con poca elegancia; lo coronaban doce ninfas, tres de ellas le hablaron felicitándolo después que subió, y la primera le colocó una guirnalda sobre las sienes. El contestó grandemente y sucesivamente hizo pasar la corona por algunos Coroneles que habían subido con él. Después las mismas ninfas lo llevaron a la Catedral en donde le cantaron un larguísimo *Te Deum*, y después entramos al Palacio. Por la noche hubo baile muy concurrido, principalmente de Oficiales que hay como mil en esta plaza, pero sólo asistieron como 16 o 20 señoras entre jóvenes y matronas”

“.....Las gentes son muy amables, extremadamente serviciales y patriotas eminentes; no tiene el comercio que hallar con la extranjería, pero sus producciones interiores son abundantísimas y las ferias se hacen diariamente”.....

Antes de la llegada del Libertador a Quito, el 29 de Mayo de 1822, se reunieron el Cabildo, las Corporaciones y las personas más notables de aquella ciudad, extendieron y firmaron una Acta, en la que consta la resolución de: “Reunirse a la República de Colombia, como el primer acto espontáneo dictado por el deseo de los pueblos, por la conveniencia y por la mutua seguridad y necesidad”.....

“Conceder a la División Libertadora una medalla o cruz de honor, pendiente al pecho de una cinta azul celeste. La medalla será un sol naciendo sobre las montañas del Ecuador, y unidos sus rayos por una corona de laurel, entre las montañas, en letras de oro: la inscripción *Colombia*; y al redor del sol: *Libertador de Quito*, de esmalte azul; en el reverso: *Vencedor en Pichincha*.—24 de Mayo, XII, y el nombre del agraciado. Y respecto a que el pueblo regalará estas medallas, que serán, para los Generales con esmaltes de piedras preciosas en los rayos; para los oficiales de oro, y para la tropa de plata”.....

También se acordó conceder sendas medallas especiales y de mayor precio al Libertador Presidente, al Vicepresidente de Colombia y al Presidente del Perú; y el uso de las

medallas de Pichincha al Ejército Libertador que había hecho la campaña por Pasto.

Se resolvió, igualmente, que se erigiese sobre el campo de Pichincha una pirámide, en cuyo pedestal y por el lado que mira a Quito, debía grabarse: "*Los hijos del Ecuador a Simón Bolívar, el ángel de la paz y de la libertad colombiana*: en el mismo frente, el nombre del General Sucre y debajo: *Quito libre el 24 de Mayo de 1822*, y los nombres de los Jefes y Oficiales del Estado Mayor. En el lado derecho del pedestal, debían ponerse los nombres de los Jefes y Oficiales de la División Peruana, empezando por el Coronel Santa Cruz. En el izquierdo, los de los Cuerpos, Jefes, Oficiales y tropas de la División Colombiana, principiando por el del General José Mires; y por el lado fronterizo al campo de batalla, esta inscripción: *Al Dios glorificador. Mi valor y mi sangre terminaron la guerra de Colombia y dieron libertad a Quito*. Debían inscribirse por separado los nombres de los muertos en el combate, y colocarse sobre la cúspide del monumento *el Genio de la Libertad*, rodeado de las banderas de los Cuerpos que hicieron la campaña.

Hablando de Quito decía el Libertador, en carta dirigida a Santander, en 21 de Junio de 1822. ".....Este país me ha parecido hermoso en la agricultura de mieses, y en su numerosa población; la gente me parece muy buena aunque algunos dicen que no es; repito que me parece a primera vista porque es la única que he podido dar. Son todos, todos patriotas y amigos de Colombia; no estoy muy cierto de que Cuenca y Loja tengan absolutamente tan favorables sentimientos."

"El General Sucre, General de División, mandará este Departamento. Está lleno de popularidad: es libertador, y creo que no hay cualidad que no tenga para servir bien a la República y mandar los pueblos con agrado.".....

En efecto el Libertador nombró al General Sucre para Intendente del Departamento recientemente incorporado a Colombia, designación acertadísima, porque el Vencedor de Pichincha unía a las dotes de un ilustre guerrero, las de un excelente administrador de los negocios públicos.

Arreglados los asuntos de mayor urgencia en Quito, el Libertador, después de ordenar la marcha para Guayaquil de los Cuerpos colombianos de la División de Sucre, salió con dirección a esta ciudad, a fines de Junio de 1822. El 1º de Julio se encontraba ya Bolívar en Riobamba, según aparece de una carta del Comandante González a Santander, fechada en aquella ciudad, en el indicado día, uno de cuyos párrafos dice: "Muchos deseos tengo de ver a U. y contarle ochenta mil cosas de todo este mundo, que es bien distinto del nuestro y yo no lo cambiara ni con gavela, aunque es bello, bellísimo. Todo esto desde Ibarra es una batería de inmensos volcanes que, como U. sabe, otra vez

han pulverizado todo el país, y hoy cabalmente estoy debajo del Chimborazo temiendo cuando dé un suspiro y nos vuelva cenizas a todos. El Señor de Monserrate ha de permitir que no nos suceda nada, y que podamos volver ilesos a la bella Bogotá."

El Libertador llegó a Guaranda, y en este lugar encontró al General La Mar que había venido con el objeto de felicitarlo de parte del Gobierno de Guayaquil.

"El jueves 11 de Julio de 1822, a las cinco de la tarde, hizo el Libertador su entrada en la ciudad de Guayaquil."

"Apenas pudo divisarse la falúa en que venía cuando empezó una salva general. Toda la ciudad se puso en movimiento, y corrió ansiosa al lugar del desembarco. Anhelaban todos conocer a Bolívar.....En el puerto se había construído una sencilla portada, desde la cual hasta el arco del triunfo levantado frente al edificio que debía habitar el Libertador, estaba tendida la tropa. Las baterías hicieron los honores de la guerra. Toda la carrera estaba vistosamente colgada. El arco era notable: en su frente tenía esta inscripción."

"A Simón Bolívar, Presidente de Colombia, el Pueblo de Guayaquil." En el otro lado se leía: *A Simón Bolívar; al rayo de la guerra; al iris de la paz; el Pueblo de Guayaquil.*"

"El Libertador llegó cerca de las seis de la tarde a su morada, acompañado de la Junta de Gobierno, de todas las Corporaciones y los vecinos notables. El Procurador General (Don José Leocadio Llona) le dirigió un precioso discurso. Bolívar contestó con desembarazo y elegancia a ésta y otras arengas con que fue saludado en aquella tarde. Por tres veces repitió, y esto fue estudiado:— *Las cimas de los montes se han humillado bajo las plantas victoriosas del Ejército Libertador.*".....

"La Junta de Gobierno dió un espléndido banquete, para celebrar la feliz llegada del Presidente de Colombia. Bolívar brindó muchas veces "por la libertad de los pueblos y por la estabilidad de los gobiernos de América, fundada en su mutua, fraternal e indisoluble unión." Su alma de fuego se pintaba en cada palabra, con el colorido de la imaginación más viva".....

Siguióse una serie de bailes con que la galante sociedad guayaquileña agasajaba al Libertador. "En ellos había la costumbre de prepararle un *dosel*; y era tal su entusiasmo artístico, cuando veía desempeñarse con maestría y donaire en una danza a una beldad guayaquileña, que casi en peso la llevaba a colocar bajo el dosel" (El Libertador en Guayaquil.—Artículo del Doctor Alberto Muñoz Vernaza publicado en "La Ilustración" de Guayaquil—Nº 9º).

El objeto principal de Bolívar, durante su permanencia en Guayaquil, fue obtener la incorporación de esta

importante Provincia a la República de Colombia. Después de vencer algunas dificultades, logró el Libertador su ansiado proyecto, con lo que quedó redondeada aquella gran Nación, obra del genio, del prestigio y de la espada vencedora del primer Capitán de Sud América. En efecto, reunida la Asamblea de Representantes, de la Provincia, en Guayaquil, a 31 de Julio de 1822, declaró, por aclamación, *"que desde aquel momento quedaba para siempre restituida a la República de Colombia."*

Antes de la incorporación de la Provincia de Guayaquil a Colombia tuvo lugar la famosa entrevista en aquella ciudad de Bolívar y San Martín, o sea, de los dos grandes Generales que compartieron la imponderable gloria de liberar casi todo el Continente Sud Americano. No toca a nuestro propósito tratar de los asuntos de que se ocuparon en aquella célebre conferencia los dos ilustres Capitanes. Nos limitaremos a transcribir algunos acápites de una carta de Bolívar a Santander, fechada en Guayaquil, a 29 de Julio de 1822.

"Antes de ayer por la noche partió de aquí el General San Martín, después de una visita de treinta y seis o cuarenta horas; se puede llamar visita propiamente, porque no hemos hecho más que abrazarnos. Yo creo que él ha venido para asegurarse de nuestra amistad, para apoyarse con ella con respecto a sus enemigos internos y externos. Lleva 1,800 colombianos en su auxilio, fuera de haber recibido la baja de sus cuerpos por segunda vez, lo que nos ha costado más de 600 hombres: así recibirá el Perú 3,000 hombres de refuerzo por lo menos."

"El Protector me ha ofrecido su eterna amistad hacia Colombia, intervenir en favor del arreglo límites, *no mezclarse en los negocios de Guayaquil*: una federación completa y absoluta aunque no sea más que con Colombia, debiendo ser la residencia del Congreso, Guayaquil; ha convenido mandar un Diputado por el Perú a tratar de mancomún con nosotros los negocios de España con sus enviados; también ha recomendado a Mourgeón a Chile y Buenos Aires para que admitan la federación; desea que tengamos guarniciones cambiadas en uno y otro Estado. En fin, él desea que todo marche bajo el aspecto de la unión, porque conoce que no puede haber paz y tranquilidad sin ella. Dice que no quiere ser rey, pero que tampoco quiere la democracia y sí el que venga un príncipe de Europa a reinar en el Perú. Este último creo yo que es pro-forma. Dice que se retirará a Mendoza porque está cansado del mando y de sufrir a sus enemigos."

"No me ha dicho que trajere proyecto alguno, ni ha exigido nada de Colombia, pues las tropas que lleva estaban preparadas para el caso. Sólo me ha empeñado mucho en el negocio de canje de guarniciones, y por su parte no hay género de amistad ni de oferta que no me haya hecho."

"Su carácter me ha parecido muy militar, y parece activo, pronto y no lerdo. Tiene ideas correctas de las que a U. le gustan, pero no me parece bastante delicado de los géneros de sublime que hay en las ideas y en las empresas. Ultimamente U. conocerá su carácter por la memoria que mando con el Capitán Gómez de nuestras conversaciones, aunque les falta la sal de la crítica que yo debería poner a cada una de sus frases"....

Es indudable que la venida del General San Martín a Guayaquil fue para obtener la incorporación de ella al Perú; pero conociendo que Bolívar le había ganado la partida, después de tener con él la conferencia de que hemos hablado, se regresó el Protector inmediatamente a Lima. Convocó un Congreso, ante el cual dimitió su autoridad de una manera irrevocable; y dejando a los peruanos entregados a sí mismos, se despidió de ellos por una proclama, se embarcó para Chile, de allí pasó a Buenos Aires y finalmente a Europa. Esta conducta del benemérito General Don José de San Martín, ha sido muy aplaudida. Sus conciudadanos vieron grandeza de alma en el acto de desprenderse del poder supremo y retirarse a la vida privada, como lo hizo hasta su muerte, ocurrida en Boulogne el 17 de Agosto de 1850.

Gratísima impresión causó Guayaquil a todos los Jefes colombianos. El Teniente Coronel Vicente González le decía a Santander: "Guayaquil es bellissimo, muy bellas también sus damas, muy colombianísimas, &".....

El Libertador, hablando de Guayaquil, le escribía a Santander, en 21 de Agosto de 1822: "El país es agradable, alegre, rico y bueno, no tiene un defecto; para mí, es la mejor Provincia de Colombia comparado todo; Caracas misma tiene más defectos que Guayaquil porque los temblores son allí terribles y la población más terrible aún; aquí las casas son de madera y no se caen y la gente excesivamente buena."

Una vez incorporada la Provincia de Guayaquil a Colombia, el Libertador asumió el mando civil y militar de ella, cesando, en consecuencia, en sus funciones la Junta de Gobierno, cuyos miembros, entre ellos, el futuro inmortal cantor de Bolívar, se fueron al Perú.

Con la actividad que le era característica, el Libertador se dedicó al arreglo de los diversos ramos de la administración pública, y al acantonamiento y movilización de los cuerpos del Ejército.

Antes de salir de Guayaquil, el Libertador envió los primeros auxilios de tropa para el Perú. Veamos lo que dice el mismo acerca de esto en carta escrita a Santander, en 22 de Julio de 1822: "Ya se embarcó el batallón *Yaguachi*, seguirá el de *Pichincha* compuesto del *Magdalena* y *Paya*, y he dado además el batallón de *Cuenca* por las bajas sufridas en la División del Perú.... Esta División [habla de la auxiliadora] pasó ayer por aquí y fue a embarcarse a los buques de guerra del Perú que trajo el Almirante Blanco Ci-

cerón. Este sujeto es excelente y muy amable, lo mismo me parece el General Salazar. El General La Mar es de un carácter muy noble y también se va porque él es Gran Mariscal del Perú, aunque es colombiano de corazón y por nacimiento”.....

El 31 de Agosto se despidió el Libertador de Guayaquil por medio de una proclama, dejando al General Bartolomé Salom en el cargo de Intendente de esa Provincia. El 1º de Septiembre de 1822 se embarcó para seguir a Cuenca por la vía de Naranjal. Acompañábanle al Libertador en este viaje su Secretario General, Coronel José Gabriel Pérez, el Jefe de Estado Mayor accidental, Coronel Juan José Flores, futuro Presidente del Ecuador, sus Edecanes y su Cirujano.

Antes de hablar del viaje del Libertador a Cuenca y de la espléndida recepción que se le hizo en ella, apuntaremos algunos antecedentes. En cuanto se supo en esta ciudad la capitulación de Pasto y la entrada de Bolívar en Quito, después de los festejos acostumbrados por tan faustas nuevas, el Cabildo acordó dar la enhorabuena al Libertador en los términos que siguen:

“Exmo Señor.—No es ya un grito mágico el de nuestra Independencia, es una verdad práctica: efectivamente se rompieron las cadenas coloniales, y sobre los escombros de la antigua dominación, se ve flameando el estandarte de la libertad, plantado por la mano de un nuevo y más grande Washington. Sólo las virtudes cívicas de V. E. estaba reservada la obra maestra de nuestra Emancipación. Toda la República de Colombia respira un aire benéfico, y Quito añade la dulce satisfacción de gozar la presencia de su bienhechor. Cuenca ansía por esta dicha prometida, como el preludio de su mayor gloria; y entre tanto logra este placer, por medio de esta Municipalidad, tiene la honra de felicitar a V. E., con la expresión más viva de su cordial adhesión. Dígnese V. E. recibir los votos más puros y reverentes que le tributamos de humildad y obediencia.—Dios guarde a V. E. muchos años.—Sala Capitular de Cuenca y 28 de Junio de 1822.—12º.—Exmo. Señor.—Manuel Rada.—Bartolomé Serrano.—Manuel Chica y Astudillo.—Juan Domingo Gómez de Arce.—Juan Arteaga.—Carlos Sélleri.—Antonio Carrión.

Faltando todavía varios días para la llegada del Libertador, el 14 de Agosto de 1822, el Cabildo de Cuenca acordó: enviar a Naranjal treinta bestias de silla para la comitiva del ilustre visitante y diez de carga. Encargó al Alcalde Primero que hiciese refaccionar el camino de Sayausí y el Tejar, y que hiciese colocar un puente sobre el río de Gúlag. Convocó al Deán y Cabildo Eclesiástico, al Vicario Capitular, a las corporaciones y gremios, a los Comandantes de los Cantones, a los alumnos escolares, y a todo el pueblo para que concurran a la recepción del Libertador, como también para que al día siguiente de su llegada, por

medio de respectivos delegados, feliciten a S. E., con un discurso *suscinto* y adecuado al caso.

El orden en que debían pronunciarse las arengas gratulatorias y los que debían pronunciarlas, que eran en el número de veintidós, fueron:

El Alcalde Segundo Bartolomé Serrano, a nombre del Cabildo Civil. Un Delegado por el Cabildo Eclesiástico. Otro representando al Colegio Seminario. Los Comandantes de los Cantones de Gualaceo, Azogues, Cañar, Paute, Nabón y Girón. Los Superiores de los Conventos de Santo Domingo, San Francisco, San Agustín y de la Merced. Los Capellanes del Hospital y de los Monasterios del Carmen y de las Monjas Conceptas. Los curas de las parroquias de San Sebastián, San Blas y San Roque. Don José Cárdenas, en representación de los comerciantes. Don Manuel Avilés, a nombre de los labradores. El Juez de Policía, Don Juan Dávila, a nombre de los artesanos.

Se comisionó a este último ciudadano para que ordene que se levanten seis arcos triunfales: "el primero en la esquina de San Sebastián; el segundo, tercero, cuarto y quinto en los cuatro ángulos o esquinas de la plaza mayor; y el último en la portada de la casa del alojamiento de S. E. Todos los arcos serán bien elevados de dos caras, con la inscripción: A SIMÓN BOLÍVAR, PRESIDENTE DE LA REPUBLICA DE COLOMBIA; y al revés: EL PUEBLO DE CUENCA. Las calles y balcones se cubrirán de vistosas y decentes colgaduras; debiendo realizarse ante todo los blanqueamientos de las paredes de las casas y la pintura de algunos balcones."

Se dispuso la iluminación general de la ciudad: que los maestros mayores de música preparasen una orquesta digna de la gran festividad; y que los niños de las escuelas con sus respectivos maestros, hiciesen por todo el trayecto de la ciudad que debía recorrer la comitiva del Libertador, "aclamaciones públicas con las expresiones de: "VIVA BOLÍVAR, EL IRIS DE LA PAZ, EL RAYO DE LA GUERRA."

La célebre acta en que constan los preparativos para festejar la llegada del Libertador, concluye así: "y últimamente el Señor Alcalde Primero hará una invitación a todas las señoras ciudadanas, a efecto de que reunidas respectivamente manifiestan todo el lleno de aprecio y júbilo público que se merece S. E."

Por comunicación del Comandante Francisco Eugenio Tamariz, que se hallaba en Guayaquil, a donde había ido conduciendo, en su calidad de Jefe, al *Batallón Sur*, se supo que el Libertador haría las siguientes jornadas: el 3 de Septiembre, al Cucho, el 4, a Yerbabuena, el 5, a Zhipti, el 6, a Quinuas, (en todos estos lugares se construyeron chozones o *pascanas*), y el 7, a Balzain, donde después del descanso de *Arrabales*, en la casa de la quinta de Pedro León (hoy de la propiedad de la señorita Teresa Cordero) debía entrar a

Cuenca, como efectivamente entró el Libertador, a las diez de la mañana del día 8 de Septiembre de 1822.

La descripción de esta solemnidad se halla en el "Diario de Operaciones del Ejército," y es la que sigue:

"En este día demostró el pueblo de Cuenca un increíble júbilo, y dió al mundo un testimonio de la admiración que tiene a las conocidas virtudes del Libertador de Colombia. El recibimiento se hizo con la mayor pompa; si más hubieran sido las facultades del pueblo, más y mejor habría sido la complacencia en franquearlas. El Señor Gobernador, a la cabeza del Ilustre Cabildo con todas las Corporaciones reunidas y todos los demás hombres visibles, hicieron el acompañamiento; las calles estaban alegremente vestidas y adornadas: los arcos triunfales se sucedían con inmediateción de unos a otros y sus adornos brillaban: las flores de los balcones se mezclaban en el aire para caer después al Padre de Colombia: los vivas al Libertador, que profería el pueblo en grupo, resonaban, y el aire los llevaba a todas partes: el bello sexo manifestaba en sus rostros su placer; y hasta las campanas con su tañido anunciaban el regocijo a nombre de los templos. En la primera calle hizo un inca jovén el panegírico más elocuente de las virtudes del Presidente. En la plaza principal se hallaba reunido el mayor número del pueblo, y en uno de los ángulos estaba un tablado ricamente vestido, con las dos mejores ninfas de Cuenca (1) y con dos indígenas expresivos: la ninfa menor hizo un discurso de homenaje al creador de Colombia y puso en sus manos una palma: la mayor concluyó un elogio de ternura y entregó una guirnalda. Los dos indígenas hablaron en su idioma e hicieron un recuerdo del dolor de Atahuallpa, y con el mayor entusiasmo publicó uno la fama del único Simón Bolívar."

"S. E. lleno de reconocimiento, hizo una gallarda cortesía al pueblo y profirió con la elocuencia que acostumbraba, un rasgo de gratitud a los cuencanos, y con el mayor desprendimiento dijo que los primeros hombres de Colombia eran los indígenas. Es imposible transmitir al papel con exactitud la gravedad del acto. Seguidamente bajó S. E., y fue conducido bajo vara de palio y en medio de aclamaciones, a la Catedral, donde se cantó un *Te Deum*, y de allí al palacio. Mas no porque se aproximaba la hora del descanso, se tranquilizó el pueblo, y grupos enormes entorpecían la marcha de S. E. Una regular música hizo en el palacio más agradable el reposo."

(1) Estas ninfas fueron, según la tradición: Rosa Salcedo, de una belleza tan incomparable, que su fama perdura, hasta ahora, en Cuenca; y la no menos bella Manuela Chica y Chacón. La primera, al andar de los tiempos, se casó con el Sr. Dn. José Andrés García. De este matrimonio existe en Cuenca una numerosa familia.

“Los oficiales del batallón *Bogotá* con su Comandante, cumplimentaron a S. E.”

El banquete que se dió al Libertador lo ofreció, a nombre del Ayuntamiento, el doctor Andrés Beltrán de los Ríos; y fue tan espléndido que las mujeres que lo confeccionaron merecieron de aquella Corporación un voto de aplauso y el privilegio de que se las exceptuase como personas que se han distinguido sobre las otras, *de toda pensión de República* (1).

Bolívar permaneció en la ciudad hasta el 16 de Septiembre, fecha en que pasó a residir en la hermosa quinta llamada *Chaguarchimbana*, en la actualidad de la propiedad de la familia Arteaga-Izquierdo del Prado. La casa de esta quinta, que ahora se halla amenazando ruina, está situada junto al puente de Ingachaca (puente del Inca), hoy *Calderón*, sobre los ya unidos ríos de Tarqui y Yanuncay. Desde el balcón de la casa mencionada se contempla un panorama bellísimo que probablemente le encantaría al Libertador que era poeta por naturaleza.

Por ser perteneciente al asunto de que nos ocupamos, reproduciremos el siguiente párrafo del artículo del Dr. Alberto Muñoz Vernaza, que lo mencionamos antes, intitulado “El Libertador en Guayaquil.” Hablando el Dr. Muñoz V. de Dn. Manuel Antonio Vernaza, hermano de su abuelo el General Nicolás Vernaza, dice: “Vino de *Cadete Aspirante*, a la edad de 17 años, en compañía de su hermano el General Nicolás Vernaza, formando en la expedición que trajo el General Sucre, para vencer en aquella gloriosa jornada (la de Pichincha). Pasó por Cuenca y recordaba especialmente *El Ejido*, ponderando su hermosura. Allí las tropas del General Santa Cruz reclutaron al *cholo Alvarado*, que después llegó a ser General del Perú. La hermosa planicie, jardín y huerto en perpetua primavera, ha llamado siempre la atención de los viajeros ilustres que la han visitado. *El Ejido* se llamó, en los remotos tiempos coloniales, la *Nueva Jamaica*, con unos 10.000 habitantes. El Coronel Montúfar militar quiteño de los tiempos de la Gran Colombia y Edecán del Libertador, cuando éste vino a Cuenca en 1822, refería que Bolívar se pasaba horas enteras, en la *Cruz del Vado*, contemplando desde esa altura dominante la hermosa planicie que se extiende hasta el *Yanuncay*.”

No entra en el plan de esta obra tratar de los actos administrativos del Libertador, durante su permanencia en Cuenca, materia será esta de otro estudio que estamos preparando. Por ahora nos limitaremos a reproducir lo que el Libertador decía a Santander, en carta fechada en Cuenca, a 13 de Septiembre de 1822: “..... Hace pocos días que llegué aquí, habiendo sido bien recibido y magníficamente

(1) Los nombres de las que prepararon el famoso banquete son Juana Andrade, Josefa Chagaray y Mariana Ochoa.

obsequiado. La gente parece buena, aunque todos no dicen lo mismo; el país parece miserable; porque carece de todo, menos de granos que los hay en mucha abundancia, pero sin medios de trasportarlos. Aquí el Clero es todo y los indios nada; porque son pobres y pocos, de suerte que se asegura que no hay donde hacer más reclutas *después que dió la Provincia los que pudo a nuestro ejército*".... (Archivo Santander—Volumen IX—Página 41.)

El Libertador marchó para Loja, la última provincia meridional de Colombia, el día 4 de Octubre. Estuvo de regreso en Cuenca el 25, y el 30 del mismo mes de 1822 salió de esta ciudad llegó a Azogues, donde pernoctó, en viaje para Quito.

En testimonio de amor y gratitud a sus Libertadores, el Cabildo de Cuenca, en sesión de 13 de Setiembre de 1822, considerando "la necesidad de deberse dar un rasgo de gratitud y aprecio a los Héroes que sostienen el trono de la República, para que perpetuándose en lo futuro, sea feliz la memoria, especialmente, en este pueblo que posee la paz y regeneración política, al intento acordaron: Primero, que se levanten dos estatuas de mármol fino sobre columnas elevadas: la primera del Excelentísimo Libertador; y la segunda del digno General Antonio José de Sucre; comisionándose la construcción de estas obras, en los sitios públicos de la ciudad, a dirección del ciudadano Gaspar Sangurima, y costeándose sus gastos de los fondos propios de ella: Segundo, que conclusas las obras se solemnice con tres días de regocijos públicos, anunciándose a los cantones su reunión en esta Capital: Tercero, que se dé parte con testimonio de este Acuerdo al expresado Excelentísimo Señor Libertador Presidente y al indicado Señor Intendente Antonio José de Sucre."

Aun después del triunfo de Pichincha, la provincia de Cuenca soportó gastos de consideración, como vamos a verlo. El 2 de Julio de 1822 salió de Quito con dirección a Cuenca la División Peruana con 1300 hombres; y los gastos de traslación de ésta desde Alausí, corrieron a cargo del Cabildo de esta ciudad. Esta Corporación, en 28 de Junio del mismo año, acordó; "Que se pase el correspondiente oficio al Señor Gobernador interino (hacía de tal el Alcalde Rada, porque en esos días se hallaba Heres en Alausí), a fin de que se sirva prevenir por bando al vecindario que, por un efecto de gratitud y reconocimiento a los grandes servicios que acaba de hacer el Ejército Libertador en salvación de la Patria, se manifieste por sus moradores de cualquier estado, calidad y condición todo el aprecio que se merece: en consecuencia que a la División del Perú, que muy en breve debe arribar a esta ciudad con destino a Lima, se le haga en el día de la entrada la más suntuosa recepción, endocelando los balcones y calles respectivas; como también dando alojamientos que necesiten los oficiales, pues res-

pectivamente serán destinadas las compañías a los cuarteles señalados; y por la noche de aquel día habrá iluminación general; pasándose la orden conveniente al gremio de músicos a efecto de que se forme una orquesta dirigida a felicitar el arribo del Señor General de dicha División."

Diez mil pesos se entregaron al General Santa Cruz cuando llegó a Cuenca para los gastos de su División, según aparece de la siguiente orden dada por Sucre al Coronel Heres, en oficio de 1º de Julio de 1822.—"Al Sr. Gobernador Comandante General de Cuenca.—Señor Coronel.—La División del Perú marcha para su destino y debe ser auxiliada en el presente mes que invertirá en marchas. Si de los doce mil pesos que existían en esa Caja no ha satisfecho V. S. la libranza que le giré de cuatro mil, entregará al señor General Santa Cruz diez mil pesos; pero si la libranza fue cubierta, se pondrán a su disposición los ocho mil pesos que quedan, y V. S. hará esfuerzos para completarle los diez mil pesos que necesita."

No sólo dinero, sino víveres, caballos y todo lo que necesitó se proporcionó a la División Peruana, durante su permanencia en Cuenca, de regreso de Quito, y para su marcha hacia el Perú por la vía de Loja.

En los primeros días de Julio se hicieron, igualmente, gastos cuantiosos para que se traslade por la vía de Naranjal a Guayaquil el *Batallón del Sur*, fuerte de 400 plazas regido por el Teniente Coronel don Francisco Eugenio Tamariz. Debe saberse que dicho batallón se organizó en Cuenca, con soldados cuencanos, se le armó en parte con los fusiles dañados que dejó aquí la División de Sucre, compuestos por los maestros armeros Pedro Alvarez y Luis Mogrovejo; y por fin fue a prestar sus servicios en las campañas que dieron Libertad al Perú.

Aun hay más: el Jefe del Batallón Sur condujo a Guayaquil veinte mil pesos para ponerlos a la orden del Libertador. Así aparece de la siguiente partida sentada en el Libro Manual de la Tesorería de Cuenca de 1822: "Noviembre 25.—El señor Tesorero, en datas de los distintos ramos que abajo expresarán, se descargará de veinte mil pesos que, de orden del Gobierno, se entregaron en 14 de Julio último, al señor Teniente Coronel Francisco Eugenio Tamariz, que los condujo a Guayaquil, a disposición del Exmo. Señor Presidente de la República.....Soler."

A órdenes del Comandante León Galindo el batallón *Bogotá* de la *Guardia Colombiana* vino a Cuenca; y su permanencia en ella ocasionó también, gastos de consideración, hasta que regresó dicho batallón al Norte, a fines de 1822, con motivo de la sublevación de los pastusos encabezada por el Coronel español Benito Boves, uno de los capitulados en Quito, que se había escapado del depósito de prisioneros. El General Sucre sofocó aquella insurrección, triunfando de los pastusos en la inaccesible cuchilla de Taindala, en la quebra-

da de Yacuanquer y en las cercanías de Pasto. Los bravos Coroneles José María Córdova y Arturo Sandes hicieron en esta campaña prodigios de valor con los batallones *Bogotá* y *Rifles*.

Hecha esta digresión, para que se conozca la administración progresista e ilustrada del benemérito Coronel Don Tomás de Heres, primer Gobernador de Cuenca en la Época Colombiana, y como síntesis admirable de este libro, vamos a reproducir íntegro el valioso documento inédito que sigue: (1)

“El Gobernador Comandante General de la Provincia de Cuenca, y encargado del mando de las de Loja y Alausí, da cuenta a S. E. el Libertador Presidente de su conducta en el primer trimestre de su Gobierno.”

“Exmo. Señor:

“Cuando tengo el honor de dar cuenta a V. E. de mi conducta en el mando de las Provincias que se me han confiado, debo hablar, aunque de paso, del estado de miseria y desorganización absoluta en que se hallaban en el momento que tomé posesión del Gobierno. Los Españoles, que aun en circunstancias que les fueron menos adversas, no han acertado nunca a seguir otro plan de mando que el que los han dictado la ambición y la crueldad, habían apurado aquí, para sostener su poder agonizante, todos los recursos que este suelo poseía. La idea de tener que abandonar para siempre su último asilo en Colombia, había dado a todas sus operaciones un carácter tal de desesperación, que sin reportarles ventaja alguna, todo lo exterminaban. No se veían por todas partes sino llantos y lutos y ruinas, y no se oían sino relaciones de padecimientos, cual si la lava volcánica hubiese recorrido el territorio. Los hombres, los brutos, las sementeras, las campiñas, todo, todo mostraba los últimos y rabiosos momentos de la dominación española; de manera que el conjunto de males que por do quiera se observaba, podía más bien excitar las meditaciones de un Filósofo, que alentar las miras y las esperanzas de un hombre destinado a mandar, y obligado a sacar de aquí recursos para continuar la próxima Campaña que había de dar la libertad al Departamento. Tal era, Exmo Sor., la miserable situación de estas provincias cuando en 23 de Febrero se me confió el importante y honroso, pero muy delicado negocio de su administración. Así que yo me he visto precisado a reanimarlo todo, y si se puede decir, a crearlo todo.”

“GUERRA.—Este vasto ramo que por su misma cons-

(1) El Dr. Dn. Octavio Cordero Palacios había encontrado entre los papeles del archivo de la Gobernación la copia del documento aludido que nos la dió galantemente dicho doctor, quien empezó a publicarlo en el periódico «La Cruz», que se editaba en esta ciudad.

titución consume tanto dinero, parece que después del cuadro que he bosquejado, no podría continuarse sin crear primero algún fondo. Este asunto que pertenece a *hacienda* será tocado aquí ligeramente, para seguir el orden de mis primeras providencias. Me fue preciso crear una Junta que se denominó Auxiliadora de la división, compuesta de sujetos del País, cuya atribución era hacer un repartimiento proporcional a los haberes de cada Ciudadano, que debía contribuir en calidad de empréstito; y para dar una seguridad a los prestamistas, se hipotecó el producto de la Renta de Tributos por los años de 20 y 21 y rezagados del 19, cuya satisfacción se facilitó a los deudores de este ramo rebajándoles la tercera parte de su deuda. La Junta empezó a obrar comunicando sus órdenes a otra subalterna establecida en Loja; pero observando que después de algunos días no ingresaba nada en el Tesoro Público, fue preciso disolverla. Mas como las tropas debían moverse a principios de Abril, era absolutamente necesario subvenir a sus urgencias que eran muchas. A este fin di órdenes al Exmo. Ayuntamiento para que se entendiese con los prestamistas, o hiciese nuevas asignaciones, si las fijadas por la extinguida Junta no le pareciesen arregladas o realizables. El Ayuntamiento reformó con efecto las asignaciones de la Junta, e hizo otras nuevas; pero yo tuve que encargarme de hacerlas efectivas, valiéndome de mil arbitrios extraordinarios, hasta del de dar yo mismo a algunos el dinero para que no les sirviese de excusa el decir que ni tenían en las circunstancias con que cubrir su cupo, ni quien les prestase, porque todos se hallaban exigidos. Por este medio se consiguió reunir alguna cantidad con la que pude establecer la Proveeduría, una Maestranza bastante arreglada, en que se rehabilitó el armamento, se hicieron fornituras, etc., y vestuarios para la División, y pude dar en fin sus haberes a los Cuerpos.”

“Al mismo tiempo que yo me ocupaba de éstos, las enfermedades se aumentaban en las tropas, a causa de la mutación de clima y de las fatigas de la penosísima marcha que habían hecho. Era preciso dedicar toda mi atención a establecerlas un Hospital; pero como la Casa destinada a ese objeto estaba desprovista aún de lo más necesario, fue menester proveerla de todo y metodizar la asistencia lo mejor que permitieron las circunstancias. Pero en breve se hizo indispensable establecer otro Hospital, por la poca capacidad del primero, poniéndolo en estado de recibir hasta cien individuos con bastante comodidad.”

“Mientras que esto se hacía en Cuenca, daba mis órdenes para que no faltase nada al Cuerpo de tropas que se hallaba en Cañar, al mando del Sr. Coronel Dn. Luis Urdaneta: daba providencias para hacer efectiva la recluta de *quinientos* hombres que había pedido el Sr. General Sucre: hacía pesquisar escrupulosamente los desertores del Batallón *Consti-*

tución, ocultos en toda la Provincia, para agregarlos a los Cuerpos: mandaba comisionados a recoger las armas que el enemigo al retirarse había dejado en diferentes puntos, y tomaba las medidas que creía más eficaces para coleccionar caballos y bagajes para el servicio de la División. En virtud de mis esfuerzos presenté al Sr. General Sucre, en menos de un mes, *quinientos* reclutas pedidos y *cuatrocientos* caballos. Hice que éstos se herrasen y se cuidasen bien, teniendo yo mismo el trabajo de examinar diariamente si estaban en buenos pastos y se curaban los estropeados. Después de la salida de la División para Riobamba, hice varias remisiones, cuyo número unido al primero asciende a *setecientos treinta*, como consta del estado que se pone al fin de esta Memoria, sin incluir aquí los de los Oficiales y los que se dieron en otras varias partes fuera de esta Capital. Una requiza de esta naturaleza parecía milagrosa a todos los que sabían que los enemigos perseguían de muerte al que tenía un caballo, porque en la Caballería tenían ellos fundada toda su esperanza, por las ventajas que les había dado en otras ocasiones.”

“No me contentaba yo con lo que se hacía en esta Provincia, sino que extendía mis órdenes a la de Loja, para que mandasen dinero, ganado y materiales para la Maestranza, para que se contuyesen vestuarios y para que se hiciese una recluta, y todo, a excepción de esto último, se ha podido al fin realizar.”

«Poco después de haber marchado las Divisiones, recibí oficio del Señor Coronel José María Córdova, en que me avisaba la llegada de la primera Sección del Batallón Alto Magdalena a los Altos. Sin haber tenido noticia de que el expresado Cuerpo saliese por aquel punto, a prevención había mandado yo de antemano un Comisionado de actividad para que recogiese cuantas caballerías encontrase en la dirección que le designé, para sacar de aquel malísimo camino a aquella tropa, en caso que verificase su marcha por él. Luego que por el citado aviso me cercioré del movimiento, di orden a un Oficial para que recogiendo nuevamente bagajes y víveres, se dirigiese hasta donde encontrase la tropa, y le encargué particularmente no perdonase arbitrio alguno para socorrerla. No quedando yo satisfecho con esto solamente, hice más: ordené a los Pueblos del Valle, Paccha, Baños, Sayausí y los Altos para que sin pérdida de momento enviasen al camino cuantos Indios encontrasen, para sacar a hombros los enfermos, y traer las municiones y los fusiles, con lo demás perteneciente al Batallón, porque yo recelaba que con la marcha de la División no se conseguirían todas las bestias que eran necesarias. A favor de tantas precauciones, el Cuerpo pudo llegar a esta ciudad; pero en términos de no poder seguir a la División, sino después de algunos días, a pesar de las repetidas órdenes del Señor General Sucre para que se le enviase. La intemperie en hombres na-

turales de climas ardientes, que habían venido embarcados de Panamá y estrechos en el buque, que no tenían cobijas ni más vestuario que el de Cartagena, no podían menos que reducirlos a último estado. Y aquí tiene V. E. el motivo de haber demorado su salida de esta ciudad. Previendo yo que en el páramo del Azuay pudiesen correr igual suerte que en el de los Altos de Molleturo, habilité a cada soldado con una frazada y un vestuario, habiendo tenido que vencer dificultades para conseguir estos artículos.»

“Por la miserable situación de los soldados y por las relaciones que oía, sospeché que en el camino de Naranjal hubiesen quedado algunos enfermos y prendas de armamento. Para cerciorarme, envié otra comisión al mismo camino, para que lo examinase y registrase las casas de los indios, a ver si se encontraba algo. Esta medida surtió buenos efectos, porque el encargado me trajo hombres y armas.”

“No sólo eran estas mis atenciones. Era necesario formar al Batallón Sur. Todo el cuadro con que contaba para esta formación eran seis Oficiales, y unos pocos fusiles inútiles. A pesar de esto, el Cuerpo tiene en el día muy cerca de *quinientas* plazas, *trescientos* fusiles Ingleses, y el completo hasta su fuerza, de diferentes fábricas: tiene una *banda* muy lucida, un vestuario hecho y otro contratado, y está en un pie muy regular de disciplina e instrucción. Al tocar en este particular, debo hacer justicia a la actividad extraordinaria, al celo, y economía y a los talentos de su Comandante el Teniente Coronel Don Francisco Eugenio Tamariz, que lo ha hecho todo. Yo sólo he prestado la autoridad, para facilitarle lo que pedía.”

“Todo lo que tiene el batallón Sur se ha construído en la Maestranza, y para ello ha sido menester traer madera de largas distancias y a costa de muchos trabajos, y ha sido preciso pedir materiales a provincias extrañas, porque en las de mi mando no los había. Se ha necesitado, en fin, que yo en persona inspeccionase y dirigiese diariamente los trabajos.”

“Para no afligir esta Provincia, de la cual los enemigos habían sacado indistintamente hombres para las armas, y para que no se resintiesen de falta de brazos la agricultura, de que únicamente viven sus habitantes, se hizo a los Pueblos un repartimiento de reclutas, proporcionando a su población, apercibiendo a los Jueces que si remitían al servicio a un casado, un mayordomo, un consierto o un tributario, darían dos hombres de reemplazo por cada uno, y pagarían además los gastos que el recluta ocasionase al Cuerpo. Y como todos los hombres útiles para el servicio se habían ocultado en las montañas, hasta el extremo de que en la Provincia de Loja fueron *doce* pasto de las fieras, se enviaron a cada Pueblo primero cuatro Dragones para que auxiliasen y evitase cohechos y contemplaciones. Por resultado de todo he tenido la satisfacción de ver realizadas mis mi-

ras, porque todo el Batallón Sur se compone de mozos solteros y escogidos por su Comandante."

"Finalmente, Exmo. Sor., en este ramo nada he omitido de cuanto ha estado a mis alcances, para corresponder a la confianza con que se me ha honrado, y para cumplir los votos de mi corazón por el mejor servicio de la Patria."

"Los estados que agregan a esta Memoria darán a V. E. una idea de los esfuerzos que han hecho estas Provincias, para tener una parte en la libertad del Departamento. Por los mismos juzgará V. E. si yo me he descuidado en buscar recursos con que hacer la guerra a los enemigos de Colombia."

"HACIENDA.—Si cuando los negocios llevan un curso ordenado no es fácil arreglar un sistema de Hacienda, cuántas dificultades no tocaría yo para este mismo arreglo en los ramos de esta Provincia, cuando tantos años de guerra y de un Gobierno malversador lo habían destituido de todo, hasta no dejar un medio real en Cajas ni un papel en los archivos! Sólo el convencimiento en que estaba de que sin las entradas suficientes para cubrir los gastos del Estado nada valían las buenas instituciones, me hubiera hecho atropellar por todos los inconvenientes y emprender el arreglo de las rentas de estas Provincias. Sería hacer cansada esta Memoria entrar en el pormenor de las providencias que he tomado sobre esta materia. Por los gastos conocerá V. E. los ingresos que ha tenido el Erario, y por lo que diré en esta Memoria se calculará con los que puede contar en lo sucesivo."

"Al hacerse la designación del empréstito se hipotecó como he dicho a V. E. al principio de esta Memoria, la renta de Tributos para satisfacer a los prestamistas (1); pero como no podía verificarse este pago, que la palabra del Gobierno había consagrado, si no se arreglaba antes el ramo, fue necesario emplear en esto mucho cuidado hasta conseguirlo, y nombrar un nuevo administrador en cuyas buenas cualidades pudiesen el Gobierno y el público fundar sus esperanzas."

"Mientras se trabajaba en la formación de padrones y otras mil cosas del ramo de Tributos, pedí a los Ministros de Hacienda una noticia de lo que había producido la renta de tabacos desde su establecimiento. Bien examinado el documento que me presentaron, y hecho el cálculo por un quinquenio, resultó que el estanco de este artículo dejaba cuenta al Estado, sin embargo de que la opinión general del país decía lo contrario. En consecuencia de esto dí órdenes al Gobernador de Loja para que proporcione al Factor nombrado tres mil pesos para la compra de tabaco, y le encargué al mismo tiempo, velase que los pagos se hiciesen a los cose-

[1] Según lo dijimos en otra parte de este Libro, nunca llegó a verificarse la devolución de los préstamos patrióticos. Al contrario, continuaron éstos, hasta el año de 1824, en que se libró la batalla de Ayacucho.

cheros en metálico, sin permitir de ningún modo se les diesen en ropas, como lo tenían de costumbre los españoles, porque estaba bien cierto que de este vicio en la administración resultaban la mala calidad del tabaco, los contrabandos y el desmayo de los cultivadores.”

“Quise también plantar el ramo de aguardiente bajo su forma antigua; pero después de examinados varios documentos, ví que no resultaba de su estanco, la misma ventaja que la del tabaco. Así fue que mandé hacer en todas las provincias un encabezamiento de las cuadras de caña sembradas, y exigí a los inteligentes un cálculo de cuantas botijas de aguardiente podría dar cada cuadra, todo con el fin de que en Junta de Hacienda se celebrase un convenio con los hacendados, para que diesen un tanto al año, dejándoles libre la saca de aquel licor, con lo cual he calculado que habrá más ingreso que estancándolo y el Estado se aliviará del pago de los empleados en esta renta. Por no haber venido todavía las noticias pedidas, no se ha celebrado la Junta, ni se ha resuelto definitivamente sobre este particular.”

“Exigiendo las circunstancias que no se perdonase medio alguno para proporcionar el dinero que se necesita y viendo por otra parte, que por más que yo hacía, no lograba que el clero pagase ocho mil y más pesos de contribuciones y empréstitos que debían, so pretexto de que no eran proporcionadas las asignaciones, invité al discreto señor Provisor a una Junta del Venerable Clero e interpuse mis respetos con el Venerable Deán y Cabildo para que nombrase dos de sus miembros que la presidiese, con el objeto de que discutiendo entre sí se arreglase la contribución a las facultades de cada individuo, y se acabasen las quejas que entorpecían el pago. Se verificó la Junta, y aunque no se consiguió lo más de lo que yo me propuse, al menos se adelantó algo.” (Antes referimos, y consta de documentos fehacientes, que el Clero contribuyó con gruesas sumas de dinero para el sostenimiento de la División Libertadora.)

“Al mismo tiempo activaba los expedientes formados sobre deudas al Tesoro público, para que los deudores hiciesen al momento efectivos el pago.”

“Viendo que de todas partes recibía propuestas para la compra de cascarillas, mandé al Gobernador de Loja continuarse el estanco de este ramo, y que se hiciesen por cuenta del Estado grandes acopios de la de *Uritusinga*, procurando que se acondicionase en los mismos términos que se verificaba para remitirla a la Botica Real de España.”

“Pedí una razón de lo que se debía al Estado por medias-annatas, anualidades, vacantes, novenos y orden de Carlos III. Cobré a los interesados; y aunque nó el todo de sus deudas, bastante han entrado en Caja.”

“Como la más general acusación que se hacía a los españoles era la de mala versación de los caudales que exigían, previne al Gobernador de Loja que no se entendie-

se en el manejo de los que recaudasen en aquella provincia, y que el Excelentísimo Cabildo de la ciudad nombrase un Tesorero de su satisfacción que corriese con ellos.”

“Sin embargo de todas las providencias que llevo indicadas, ES VERDAD QUE ESTA PROVINCIA HA HECHO GRANDES ESFUERZOS Y ALGUNOS SACRIFICIOS; pero también lo es, que si se consigue arreglar la Hacienda pública bajo las bases que he establecido, espero que muy pronto sus habitantes bendecirán a los que disminuyéndoles las contribuciones y los gravámenes, los dejan gozar tranquilamente del fruto de su trabajo, de una absoluta libertad en sus negociaciones; y en fin les proporcionan bienes de que aun idea siquiera tenían.”

Interior y Justicia

“Era indispensable dar un día de regocijo al pueblo de Cuenca, a este pueblo que había esperado con impaciencia el día de su libertad. Y éste era el de la publicación de la Ley Fundamental, en la cual cada ciudadano debía encontrar sus derechos y sus deberes. Averiguada primero la voluntad general en una reunión convocada por el señor General Sucre, se fijó el día para un acto tan solemne, y al dar yo las órdenes para la publicación, he tenido el placer de ver a un pueblo numeroso disputarse el empeño de contribuir a hacer majestuosa esta función interesante.”

“El día dos de Mayo se juró la Constitución (1), y para que la alegría fuese completa, enjugué las lágrimas de una familia, dando libertad a un joven que recibía en una prisión el castigo de su falta de respeto a las autoridades. No era esta la primera vez que a nombre del Gobierno usaba de generosidad con los desgraciados. Algunos que, o por su adhesión, o por sus comprometimientos con los españoles, o por una simple credulidad de lo que ellos decían contra los patriotas, habían emigrado, después de haberlos llamado con instancia, les prometí que disfrutarían de toda generosidad si se presentaban. He librado salvoconductos sin distinción de europeos ni americanos; y tanto éstos como aquellos se hallaban en el día gozando de la mayor tranquilidad en el seno de sus familias.”

“La Constitución introdujo un orden de cosas enteramente nuevo, y era preciso dar a estas provincias una forma diversa de la que antes habían tenido, en cuanto lo permitiesen las circunstancias. En virtud de esto se ha dividido la provincia en cantones, según las disposiciones del Soberano Congreso; y a los sujetos de mayor actividad y celo se les ha nombrado Comandantes, comunicándoles copia de los artículos que les corresponde del Reglamento de 2 de Octubre

(1) Según los documentos transcritos en la parte final del Capítulo XIV la Jura de la Constitución se verificó el 30 de Abril de 1822.

de 1821, para que sin excederse de los límites de su autoridad cumpliesen rectamente con su encargo. Esta medida, como era de esperar, produjo una marcha pronta y eficaz en los negocios, y yo he observado, con la más grande satisfacción, que los sujetos nombrados han correspondido a mi confianza."

"El atender a la educación pública era una de las cosas que llamaban altamente mi atención: ella estaba del todo abandonada en estas provincias, y traté de establecerla. Pero para ésto, ¡que dificultades no se presentaron!. No había rentas, no había maestros, y ni aun habitaciones destinadas para el efecto. El primer paso que di fue averiguar por mí mismo las fundaciones de capellanías legas, cuyo goce no se sabía a quien tocaba, y pasarlas al señor Provisor, para que las adjudicase a la enseñanza, con arreglo a las órdenes del Soberano Congreso. Le ofrecí también para que, en virtud de sus facultades permutase las fundaciones que habían a favor de niños huérfanos, al de la misma enseñanza, por estar informado que no llenaban su fin."

"Tan luego como ví que había con que promover la educación, hice que el Cabildo nombrase cuatro maestros de escuela, a quienes, en once de Junio, di un Reglamento en que se designaban el método y las materias en que debían instruir a los niños, acomodándome a lo que la ilustración, costumbres e ideas del país permiten por ahora. No pudiendo velar yo mismo sobre su observancia, nombré Director de Escuelas al señor Maestre-Escuela doctor José María Landa, sujeto de celo y actitud para el desempeño del encargo, y a quien además por su asiento en el Coro toca ésto de obligación. Al mismo tiempo ordené a los Comandantes de cantón el establecimiento de escuelas en los pueblos de su jurisdicción, y a los Prelados Regulares que las plantasen sin demora. Y a fin de que las niñas, no careciesen, como hasta aquí, de la educación que tanto influye en el bien de la sociedad, exhorté al señor Provisor para que, sin atender a excusas, hiciese abrir en cada Monasterio una escuela, para cuyo régimen también he dado un Reglamento particular. Por resultado de estas órdenes mías, se cuentan ya en solo esta provincia treinta y seis escuelas, y espero que se aumente su número."

"Después de esto, di providencia para la refacción del Seminario arruinado por haber servido mucho tiempo de cuartel. Mientras todo esto se verificaba, comisioné sujetos de inteligencia que ordenasen la Biblioteca que estaba al perderse, para que pudieran recogerse en el Seminario los catedráticos de Gramática y Filosofía, que se veían en la necesidad de mendigar casa en donde dar lecciones a sus alumnos, y para que sirviese a la enseñanza de primeras letras con el aseo y capacidad que ella demanda.

"Como no hay duda que el Estado tiene mayor interés

en la conservación de los hombres que en su ilustración yo me he dedicado también a procurar aquella, tomando cuantas medidas me han parecido conducentes al efecto. Viendo que había algunas personas acometidas de la elefancia arbitré y conseguí al fin el establecimiento de un Lazareto, en donde separadas del resto de los sanos, fuesen cómodamente asistidas en lo espiritual y temporal. Una hermandad creada para el fomento de esta Casa de Misericordia, tendrá cuidado de cobrar los censos de las obras pías, que a petición mía se han adjudicado, para que subsista, y de un real que, con acuerdo del Exmo. Ayuntamiento, se ha mandado que dejen en cláusula de testamento, para el mismo fin, todos los que mueran desde el primero de Mayo en adelante. No era menos interesante el dar providencias para plantar un hospital de mujeres: en esto he trabajado infinito, hasta tomarme la molestia de revisar por mí mismo todas las fundaciones piadosas de esta provincia, para ver si se podía contar con algunos fondos para establecerlo. Al cabo los he encontrado, y tengo muy fundadas esperanzas de ver, en breve, realizado este proyecto."

"Pero era necesario no solamente establecer casas destinadas para aliviar la humanidad doliente sino que era igualmente preciso destruir en algún modo la causa que produce la mayor parte de las enfermedades. Así es que nada llamó más mi atención desde un principio que la limpieza de la ciudad."

"Para arreglar todo esto, a más de haber publicado un bando, y de haber tomado mil medidas, he pasado en ciertos días revista toda la ciudad acompañado del Juez de Policía y los Ministros subalternos que se han nombrado para que velen sobre ella. Para mantener constantemente la limpieza, con acuerdo también del Excelentísimo Ayuntamiento mandé que cada vecino pudiente diese un real por mes, que cuando no sea ya menester emplear en este objeto, he pensado se dedique a la apertura de caminos, la construcción de puentes, y otras cosas de esta naturaleza."

"Luego que conseguí poner en orden esta parte de la Policía, procedí a reunir a los artesanos que estaban tan separados unos de otros, que el que los necesitaba tenía que andar de un extremo a otro de la ciudad para encontrarlos de un oficio. Ahora el que los busca sabe fijamente en que calle y en que casa debe hallarlos según su clase. A más de ésto se ha dividido la ciudad en barrios, se han numerado las calles y las casas, etc."

"No habiendo casa que sirviese al Gobierno, he hecho componer haciéndola casi de nuevo una de las del Estado y la he puesto tan decente, y está tan bien distribuída y tan surtida de los muebles que se necesitan para la vida y para el despacho, como la mejor de la República sin gravar en nada al Tesoro público ni a los particulares aunque ya van gastados 211 pesos un real y aunque se gastarán algunos más.

En la misma casa se han ordenado piezas para poner las cajas que antes pagaban anualmente 180 pesos de alquiler por la que ocupaban y en el día quedará este ahorro a favor del Estado."

"En medio de todo esto la agricultura, única subsistencia de los habitantes de esta Provincia, llamaba mi atención para ponerla a cubierto de los males que sufría por las heladas y con este fin he creado en cada pueblo una Junta de Agricultura para que se entienda en el acopio y reparto de un fondo que según el Reglamento que extendí en 25 de Abril y que he comunicado a los Comandantes de Cantón, debe formarse para habilitar con él a los que hayan perdido la semilla o hayan de algún otro modo, sufrido quebranto en las sementeras."

"Desde que ingresé al mando recibí la Ley de 28 de Julio de 1821 sobre supresión de conventos menores. Las protestas que se habían hecho al abrir la campaña de estas provincias de que era guerra de religión la que se hacía, unida a la fanática adhesión de estos habitantes a los Regulares, me hacían temer un disgusto en el pueblo y por consiguiente grandes males al servicio, si se ejecutaba la Ley. Por estas consideraciones creí conveniente no darla cumplimiento hasta que se decidiese la suerte de la campaña. Así fue que luego que supe la victoria de Pichincha, de acuerdo con el Prelado Eclesiástico, procedí a verificar la supresión, tanto más pronto, cuanto que temía que de la Casa Grande de Quito viniesen refuerzos a estos conventos, y quedase sin efecto esta sabia determinación."

B - "Los empeños pesaron sobre mí, pero yo sin atender otra cosa que al bien público y a mi deber puse en ejecución la citada Ley, y quedó en consecuencia suprimido el convento de San Agustín por no tener el número de Religiosos que ella pide. Los demás lo presentaron; pero valiéndome yo de las circunstancias, les previne que a más de eso era necesario que llenasen las obligaciones monásticas y verificasen la apertura de escuelas como se les tenía mandado, porque de lo contrario el número sólo no los salvaría de la supresión. Para que ésta fuese simultánea en todas partes mandé con anticipación a los Gobernadores de Loja y Alausí copias de la referida Ley."

"Tales han sido mis providencias en el arreglo de la provincia asegurándola los bienes de que goza después de tanto tiempo de padecimientos y para desterrar la ignorancia origen de todos los vicios y de todos los males del género humano."

Justicia.

"No hay cosa más noble en el hombre que usar de su razón para reparar los agravios inferidos a sus semejantes: que valerse de la ley para auxiliar a los débiles: que proteger la virtud y la inocencia oprimidas."

“El conocimiento de estas verdades ha obrado en mí para dirigirme en la administración de justicia.”

“Era preciso dar curso a varios expedientes cuyo conocimiento según el Reglamento de 2 de Octubre de 1821 no toca a los Gobernadores; y para que no estuviese pendiente la administración de justicia con perjuicio de las partes que tenían que esperar a que se tomase la Capital del Departamento donde debía residir la Corte Superior de Justicia, propuse al señor General Sucre la creación del Tribunal que provisionalmente despacha hasta el día. Esta medida ha estimulado a los hijos del país viendo que se echa mano de ellos para los destinos públicos, y ha dado un impulso extraordinario a todas las cosas en los tres meses que han corrido desde su instalación.”

“Se habría creído que la adhesión a la causa de la libertad era un crimen, si los que habían comprado los bienes embargados de los patriotas en tiempos del Gobierno español, hubieran permanecido pacíficos poseedores de ellos. Era preciso pues cortar esta consecuencia fatal; por lo que arreglándome al Decreto de V. E. citado en la Memoria del Exmo. señor Vicepresidente de Cundinamarca y al de S. E. de 15 de Setiembre de 1821, mandé devolverlos a sus respectivos dueños, a pesar de los reclamos que sobre el particular hacían los interesados.”

“No estaba limitada a solo esto mi atención en este ramo: miles de solicitudes se despachaban todos los días, y yo tenía el gusto de demostrar de este modo a los pueblos el interés con que el Gobierno miraba sus asuntos en contraposición a la apatía de los españoles en la misma materia.”

“Este es Exmo. Sor. el cuadro de mi conducta en los cuatro primeros meses de mi Gobierno. V. E. a cuya penetración nada se oculta podrá juzgar por él si he cumplido o no con mis deberes. Ciertamente yo he procurado llenarlos, y aunque no pueda lisonjarme de haberlo conseguido, sí puedo decir, sin temor los remordimientos de mi conciencia, que he puesto todos los medios que he creído conducentes a este fin. He trabajado infinito para hacer felices a estos pueblos confiados a mi cuidado. Ellos gozan de la paz: en ellos no se perciben otros sentimientos que de unión; y en ellos ha echado ya profundas raíces el árbol de la libertad plantado sobre las ruinas del Gobierno que los oprimía. La dulce sensación que excita en mi alma la idea de estos bienes que a costa de mis desvelos y de mis fatigas veo reunidas en esta provincia, es el premio que me ha recompensado y me recompensará siempre de las cargas de su administración.”

“Bien puede ser que entre todas las providencias que yo he tomado en estas provincias se encuentren algunas no conformes a las miras del soberano Congreso o del Gobierno o que tal vez se opongan a ellas; pero yo no soy responsable

de estas faltas porque no he tenido ni tengo todavía todas las Leyes, Decretos, &, de aquel Cuerpo Soberano, ni del Gobierno, y aislado por decirlo así, era preciso que yo hiciere lo que me parecía conveniente para organizar del mejor modo posible el territorio que se me había confiado.—Tomás de Heres.—Cuenca, 6 de Julio de 1822.—12.^o

Todo lo que contiene el informe precedente del Coronel Heres está comprobado con las actas capitulares correspondientes al año de 1822; y añadiremos que ese benemérito Prócer hizo mucho más por el adelantamiento material, moral e intelectual de Cuenca, durante los meses subsiguientes de su Gobierno, hasta el 16 de Diciembre de dicho año, fecha en que fue reemplazado por otro gran Gobernador de la Epoca Colombiana, el Coronel Don Ignacio Torres.

Como complemento de nuestra obra, nos parece oportuno reproducir lo que dicen algunos historiadores respecto de la actuación de Cuenca en la campaña libertadora que terminó gloriosamente en Pichincha.

El historiador Restrepo se expresa en estos términos: "El General Colombiano (habla de Sucre), amenazado por Alausí y por el camino de Yaguachi, había distraído a los realistas y ocultádolos su verdadero punto de ataque. Luego que Tolrá tuvo noticia de la salida de Sucre a Yúleg, pensó marchar rápidamente a batir los pelotones que le acompañaban, según el mismo Tolrá los llamaba en sus partes oficiales. En efecto, avanzóse hasta Girón, donde sus mal informados o dobles espías le aseguraban que los hallaría. Mas recibió un triste desengaño, porque supo que ya estaban reunidos los Colombianos y Peruanos, en número de más de dos mil hombres. Retrocedió entonces aceleradamente a Cuenca."

"Los habitantes de esta Provincia y los de Loja recibieron a los patriotas como a sus libertadores franqueándoles cuantos auxilios necesitaban. La división de Tolrá tenía pues, muchas dificultades que vencer en un país donde la opinión de los pueblos le era contraria. Añadíase a esto, que principió a sufrir una deserción numerosa, hasta de oficiales que se pasaban a los Colombianos. Estas circunstancias tan difíciles y su inferioridad numérica obligaron al Coronel Tolrá a retirarse de Cuenca (Febrero 20), sin haber disparado un tiro, abandonando a los independientes dos hermosas provincias. Seguía también en este movimiento retrógrado las órdenes del General Mourgeón, quien no quería comprometer la suerte de aquellas fuerzas, pues contaba con ellas para defender a Quito. La división realista hizo alto en la villa de Riobamba, donde esperaba refuerzos de la Capital."

"Bien los necesitaba porque, según la confesión de Tolrá en sus partes a Mourgeón, todo el país se había declarado enemigo del Gobierno Español. Por consiguiente los pueblos negaban los socorros necesarios para las tropas. Era

pues, indispensable que los realistas los tomaran por la fuerza, y estas exacciones violentas enajenaban más y más los ánimos."

"La División de Sucre ocupó la ciudad de Cuenca a la vista casi de sus enemigos. ALLÍ HIZO ALTO CON EL FIN DE DAR EESCANSO A LAS TRORAS FATIGADAS POR TAN LARGAS MARCHIAS, DE AUMENTARLAS CON RECLUTAS y de organizar el gobierno del país libertado. Sucre tenía espíritu de orden y talentos para la administración civil; así consiguió su objeto cuanto lo permitía el estado de guerra en que se hallaban los pueblos."

"El General Sucre había conseguido uno de los principales objetos de su expedición a Cuenca. Tal era, llamar sobre sí y distraer gran parte de las fuerzas españolas de Quito, para que no cargasen al Norte contra el Ejército del Libertador, que peleaba al mismo tiempo sobre las escarpadas rocas de Pasto."

El historiador Groot, dice: ".....Tolrá estaba con las fuerzas españolas en Cuenca, y luego que supo la aproximación de Sucre, le salió al encuentro creyéndole débil, de lo cual se desengañó inmediatamente y volvió sobre sus pasos, y no sólo volvió a Cuenca, sino que abandonó la Provincia que se le declaró completamente hostil, y a la aproximación de los colombianos se le desertó mucha gente con algunos oficiales que se pasaron a los patriotas. Tolrá se detuvo en Riobamba esperando auxilios de Quito. Sucre ocupó a Cuenca y aquí se detuvo para que se repusiera la División de las fatigas padecidas en caminos tan fragosos como los que había atravesado."

".....Sucre se movió de Cuenca cuando calculó adelantadas las marchas del Libertador sobre Pasto. Su división había aumentado con quinientos reclutas y un Cuerpo de Guayaquil que mandaba el Coronel José María Córdova, que había venido por Panamá a reunirse al Ejército."

Nuestro hisoriador Cevallos consigna estas palabras: "Hallábase el Coronel Tolrá en Cuenca con novecientos cincuenta hombres; bien que propiamente no eran soldados sino quinientos y los demás reclutas. Cuando supo que Sucre salía por Yúlug, se determinó a combatir con él, y aun llegó a mover su División hasta Girón; mas como, durante la marcha, fué informado de que estaba unido ya a la de Santa Cruz, retrocedió para Cuenca. Había recibido, además, instrucciones de Mourgeón para no aventurar por allá ningún combate que no fuera de éxito seguro, porque contaba con esas fuerzas para defender a Quito, y desocupó a Cuenca el 20 de Febrero."

"Con ardor, que no sólo entusiasmo, fueron recibidas las tropas libertadoras por las provincias de Loja y Cuenca que, al verse ya libres de Tolrá, proclamaron el grito de Independencia. Con doscientos hombres que vinieron de Piura, quinientos que se agregaron en las dos provincias, los

auxilios que prestaron, y el contento y actividad con que los servían, estaba casi asegurada la campaña. "Iban dice Torrente, muchos de sus habitantes a ofrecerse a su servicio, y a presentarles otros sus caballos, ganados y toda clase de auxilios. Varios individuos que residían en la capital (Quito), adoptaron asimismo aquel partido, y fomentaron con su fuga la desconfianza de dicha ciudad y la causa de los invasores"....

El Coronel Antonio López Borrero, se expresa de esta manera: "El Coronel Tolrá situado entonces en Cuenca con su División, supo que el General Sucre había salido al pueblo de Yúlug con una montonera, según creyó él, y se puso en marcha resuelto a batirlo; pero informado en el tránsito de que esa no era una montonera sino tropa reglada y de que en Saraguro se había reunido con una División del Perú, fuerzas que juntas componían ya un Ejército, al cual no podía él resistir con las de su mando, retrocedió inmediatamente, abandonó a Cuenca, y ésta fue ocupada por el Ejército Libertador el 21 de Febrero. ENTUSIASMADOS LOS CUENCANOS CON LA VISTA DE UN EJÉRCITO QUE LES PROMETÍA SU LIBERTAD, PROPORCIONARON GUSTOSOS CUANTOS AUXILIOS NECESITABA, Y QUINIENTOS RECLUTAS AUMENTARON LAS FILAS DE NUESTRA INFANTERÍA, los que fueron disciplinados convenientemente en poco más de un mes que permanecimos en esta capital."

Por último el distinguido historiador Carlos A. Vivanco, en su excelente Monografía "El General Antonio José de Sucre en la Campaña del Ecuador—1821—1822", dice: "Los cuencanos nada esquivaron ni ahorraron para ayudar a sus libertadores (Sucre y su Ejército). Organizáronse por todas partes numerosas guerrillas para distraer y molestar al ejército español, y suministraron generosamente al Ejército Unido cuantos recursos necesitaba para su equipo, movilidad y subsistencia. El patriotismo de los propietarios cuencanos no esquivó ningún sacrificio."

Lo que los mencionados historiadores dicen, en una forma concisa, de la actuación de Cuenca en la campaña Libertadora de la Presidencia de Quito, nosotros la hemos referido, fundados en documentos irrefragables, de una manera prolija, minuciosa y tal vez cansada; pero no podíamos proceder de otro modo, dado el objeto principal del presente libro. Al estampar en él nuestras últimas palabras, cualquiera que sea el concepto que de esta obra se forme, creemos de buena fe y honradamente que hemos cumplido la misión que nos impusimos, esto es, que hemos reivindicado los lauros y las glorias legítimas que le corresponden a nuestra muy noble ciudad de Cuenca, en las épicas jornadas que dieron al traste con el Régimen Colonial en la antigua Presidencia de Quito. Que el convencimiento que tenemos de haber conseguido nuestro objeto, que lo consideramos como un deber sagrado, sea la única recompensa de nuestro largo tra-

bajo, en el que hemos emprendido impulsados, no por la bastarda pasión regionalista, sino por el ferviente culto que tributamos a la verdad histórica y a la justicia. Apoyado en ellas, el eximio General Antonio José de Sucre, dió en documento oficial a la Provincia de Cuenca, por los importantes auxilios y servicios que prestó a la División Libertadora del Ecuador, el honroso calificativo de **Benemérita**.

12-38-

INDICE

Págs.

PARTE PRIMERA

ANTECEDENTES

Breve Reseña Histórica de la Emancipación del Ecuador, Venezuela y Nueva Granada, hasta el 9 de Octubre de 1820.

CAPITULO I.

Presidencia de Quito.—1809—1813.

El movimiento revolucionario de Quito, en diez de Agosto de 1809.—Instalación de la Junta Soberana.—El Marqués de Selva Alegre resigna el mando en Dn. Juan José Guerrero, quien celebra una capitulación con el Conde Ruiz de Castilla.—Este ordena la prisión de los patriotas.—Ataque a los cuarteles para libertarlos, en 2 de Agosto de 1810.—Matanza de los presos y tropelías cometidas por los soldados limeños.—Llegada del Comisionado Regio Dn. Carlos Montúfar.—Instalación de una nueva Junta llamada de Gobierno.—*Montufaristas y Sanchistas*.—El primer Congreso Constituyente se instala en Quito.—Primera expedición a Cuenca, a órdenes del Coronel Carlos Montúfar.—Segunda expedición, mandada por el Coronel Francisco Calderón.—Encuentro en Paredones.—Combate de Cuitún, llamado impropriamente de Verdeloma.—Retirada intempestiva del Ejército Patriota.—Pónese éste a órdenes del Comandante Feliciano Checa.—Campaña del Presidente Montes sobre Quito y ocupación de esta ciudad por las fuerzas realistas.—Persecución de los republicanos por el Coronel Sámano.—Combate de San Antonio.—Encuentro de Yahuarcocha.—Prisión del Coronel García Calderón.—Su trágico fin.—Termina la primera etapa de la guerra de la Emancipación en la Presidencia de Quito.

CAPITULO II

Capitanía General de Venezuela de 1810 a 1813.

Causas de la emancipación de las colonias hispano-americanas.—Primer movimiento revolucionario de Gual y de don José María España.—Segunda tentativa separatista, dirigida por el General Francisco Miranda en 1806.—La revolución del 19 de Abril de 1810.—Destitución del Capitán General Dn. Vicente Emparan.—El Cabildo se convierte en Junta de Gobierno.—Primeras medidas dictadas por la Junta.—El movimiento revolucionario es seguido por algunas provincias de Venezuela.—Expedición del Marqués del Toro contra la realista provincia de Coro, y su estéril resultado.—Llegada del General Miranda a territorio venezolano, debida a la intervención del Coronel Simón Bolívar.—Instalación del Congreso de Venezuela en 2 de Marzo de 1811.—Proclama éste la Independencia el 5 de Julio del mismo año.—Contra-revolución en Valencia.—El Marqués del Toro no puede debelarla.—Miranda, nombrado jefe del ejército republicano, triunfa sobre los realistas y se apodera de Valencia.—El Congreso expide la Constitución de Venezuela.—Arribo del Brigadier Cagigal a Coro; emprende en unión de Cevallos la ofensiva contra las provincias federales.—El Capitán de Fragata, Domingo Monteverde, es destinado a proteger una revolución en el pueblo de Siquisique, encabezada por el indio Reyes Vargas.—Triunfo de Monteverde en Carora.—El Terremoto de 26 de Marzo de 1812.—Funestos resultados de este terrible movimiento sísmico para la causa de los patriotas.—Monteverde ocupa la villa de Barquisimeto, destruída por el terremoto.—Combate de San Carlos. Triunfa en él Monteverde por la trai-

ción del escuadrón republicano llamado *El Pao*.—El Poder Ejecutivo delega sus facultades en Miranda, quien se hace cargo de la dictadura con el título de Generalísimo.—Este confía el mando de Puerto Cabello al Coronel Simón Bolívar; y dicta varios decretos para aumentar las fuerzas republicanas y contener los avances de Monteverde, que había ocupado ya Valencia.—Miranda acantona sus tropas en Maracay.—Las tropas realistas ocupan las alturas del campo de los patriotas. Miranda se retira a la Victoria.—Triunfa en este lugar y en el Pantanero; pero no sabe aprovecharse de estos triunfos.—Levantamiento de los esclavos del valle de Curiepe.—Sublevación del castillo de San Felipe, en Puerto Cabello debida a la traición de Francisco Fernández Vinoni.—Bolívar después de agotar sus esfuerzos para conservar esa plaza, se retira a la Guayra.—Funesta capitulación celebrada en 25 de Julio de 1812, entre Monteverde y Miranda.—Este marcha a la Guayra, donde es aprisionado.—Odisea de Miranda y triste muerte del mismo.—Bolívar obtiene pasaporte de Monteverde.—Se traslada a Curazao, y de allí a Cartagena, donde continúa prestando importantes servicios a la causa de la Independencia.—Fatal término de la primera República de Venezuela.

11

CAPITULO III

Virreinato de la Nueva Granada 1810 a 1813

Revolución de los *Comuneros* del Socorro.—Dn. Antonio Nariño publica "*Los Derechos del Hombre*."—Es perseguido por esta causa.—El movimiento revolucionario del 20 de Julio de 1810, en Santafé.—Prisiones del Virrey y de la Virreyna.—Se extiende el movimiento revolucionario a varias provincias de Nueva Gra-

nada.—Por los esfuerzos del Dr. Joaquín Caicedo, se forma una Confederación de todas las ciudades del valle del Cauca.—Tacón derrotado por las fuerzas de la Junta a orillas del río Palacé, se retira a Pasto.—Tacón se retira a la ciudad de Barbacoas.—Expedición de las tropas quiteñas a Pasto, a órdenes del Coronel Dn. Pedro Montúfar.—Triunfa contra los pastusos en Guapuzcal y entra a Pasto.—Desavenencias entre el Presidente Caicedo y los Jefes de la división quiteña.—Esta se retira a Quito.—Combate marítimo de Iscuandé, en el que es derrotado el Coronel Tacón.—Contra-revolución en el valle de Patía encabezada por el mulato Juan José Caicedo.—Los patianos son derrotados en Popayán por el joven norteamericano Alejandro Macaulay.—Los patianos atacan a Pasto.—Celébrase una capitulación entre el Presidente Caicedo y aquellos.—Expedición de Cabal y Macaulay contra Pasto.—Termina por un acuerdo, en virtud del cual recobran su libertad los presos.—Macaulay no cumple lo pactado, y trata de pasar el Guáitara para unirse con una expedición quiteña.—Se descubre el plan de Macaulay.—Desastre de Catambuco.—Prisión del Dr. Caicedo y de Macaulay.—Son pasados por las armas.—El Dr. Dn. Agustín Salazar sorprende y bate a los patianos en Pupiales.—La expedición de Quito se retira a esta ciudad.—Contiendas entre *federales* o *congresistas* y *centralistas* o *nariñistas*.—Primera guerra civil entre esos partidos.—El Coronel realista Dn. Ramón Correa derrota a las tropas patriotas de Pamplona y se apodera de Cúcuta.—Revolución de Cartagena.—Proclama su independencia absoluta.—El Gobernador de Santa Marta se apodera de todos los puntos de la ribera derecha del río Magdalena.—Contra-revolución en las poblaciones de las Sabanas del Corozal.—Situación desesperada de

Cartagena.—Bolívar y algunos oficiales venezolanos arriban a Cartagena y salvan a esta República.—Segunda guerra civil entre Cundinamarca y el Presidente de la Unión Granadina.—Campomanes pacifica los pueblos contrarrevolucionados.—Miguel Carabaño recupera el fuerte de Zispatá.—El francés Labatut se apodera de Santa Marta.—Campaña de Bolívar en el Alto Magdalena.—Entra triunfante en Ocaña.—Va en auxilio de la provincia de Pamplona amagada por el Coronel Correa.

26

CAPITULO IV.

De 1813 a 1815.

La expedición de Chacachacare.—Tres combates en Maturín ganados por Piar y Azcúe.—Triunfo de Bolívar en San José de Cúcuta.—Campaña de Bolívar para libertar a Venezuela.—Ocupación de la Grita y Bailadores, Mérida y Trujillo.—Triunfos de los patriotas en Auga-obispos, Niquitao, Horcones y Taguanes.—Entrada triunfal de Bolívar en Caracas.—Monteverde se encierra en Puerto Cabello.—Ocupación de Cumaná por las fuerzas de Mariño.—Ocupación de Barcelona por los patriotas.—Aparecen en la escena los famosos Jefes realistas Boves y Morales.—Bolívar ataca a Puerto Cabello.—Triunfo de García de Sena en Cerritos-blancos.—Batalla de Bárbula.—Muerte de Atanasio Girardot.—Victoria de D'Eluyar en las trincheras.—Sale Yáñez y se apodera de Barinas.—Boves derrota a Padrón.—Batalla de Mosquitero, en la que Campo Elías derrota a Boves.—Bolívar recibe el glorioso título de *Libertador*.—Triunfo de Cevallos en Yaritagua.—Batalla de Barquisimeto.—Combate de Viji-

rina.—Triunfo espléndido de Bolívar en Araure.—Boves derrota al Teniente Coronel Aldao en Rio-Guárico.—Santander es derrotado en el llano de Carrillo por Lizón.—Destitución de Monteverde.—Nutrias y Barinas son ocupadas por Puy y Remigio Ramos.—Combate de Ospino y muerte de Yáñez.—Derrota de Campo Elías en la Puerta.—Rosete invade los valles de Tuy.—Combate de la Victoria ganado por Ribas.—El mismo derrota a Rosete, en Charallave.—Legendarios combates en San Mateo.—Sacrificio heroico del Capitán Antonio Ricaurte.—Arizmendi es derrotado en Ocumare por Rosete.—Este, a su vez, lo es, en el mismo lugar, por Ribas.—Se unen los ejércitos oriental y occidental de Venezuela.—Triunfo de Bermúdez sobre Rosete, en los Pilonos.—Combate de Bocachica.—Heroica resistencia de Urdaneta en Barquisimeto.—Sitio de San Carlos.—Sitio de Valencia.—Batalla del Arao.—Batalla en la llanura de Carabobo.—Triunfa en ella Bolívar.—Boves derrota a éste y Mariño, en el aciago campo de la Puerta.—Desocupación de Caracas.—Bolívar se retira a Barcelona.—Batalla de Aragua de Barcelona.—Bolívar y Mariño salen para Cartagena.—Batalla de Maturín ganada por Bermúdez.—Piar triunfa en la quebrada de los Frailes, y poco después es derrotado por Boves en el Salado.—El mismo Boves derrota a Bermúdez en los Magueyes.—Batalla de Urica.—Muerte de Boves en el combate.—Destrucción completa del ejército patriota.—Morales se apodera de Maturín y queda dueño del Oriente Venezolano.—Mirada retrospectiva a la Nueva Granada.—Campaña de Nariño en las provincias de Popayán y Pasto.—Cae prisionero en el Ejido de esta última ciudad.—Disenciones civiles en la Nueva Granada.—Bolívar entra en Santafé, mediante capitulación.

CAPITULO V.

Nueva Granada.—1815 a 1819.

Rencillas domésticas en Cartagena.—Operaciones de los realistas en los valles de Cúcuta.—La caballería realista es destrozada en Guadualito.—Expedición de Bolívar sobre la provincia de Santa Marta.—El Gobierno de Cartagena se niega a prestar auxilios al Libertador.—Funestas desavenencias entre el Gobernador Amador Castillo, Marimón y Bolívar.—Tratado entre Castillo y Bolívar.—Los realistas se apoderan del Bajo-Magdalena y de Mompox.—El General Florencio Palacios se hace cargo de las tropas de la Unión.—Pérdida de éstas.—Combate favorable a los patriotas a orillas del río del Palo.—Sámano se hace cargo del ejército realista del Sur de Nueva Granada.—Expedición española al mando del Teniente General Dn. Pablo Morillo.—Su desembarco en Puerto-Santo.—Pacifica la Isla de Margarita.—Llega a Caracas.—Se dirige a Puerto-Cabello, de donde toma rumbo para Santa Marta.—Famoso sitio de Cartagena.—Los habitantes de esta ciudad la evacuan el 5 de Diciembre de 1815.—Ocupación de Cartagena por Morillo.—El Coronel Sebastián Calzada invade la provincia de Casanare.—Es derrotado en *Chire*.—Calzada llega a Chita.—Derrota a Urdaneta en *Chitagá*.—Brillante retirada del Coronel Francisco de Paula Santander de Ocaña a Piedecuesta.—Terrible derrota que sufre García Robira en el páramo de *Cachirí*.—Es nombrado Presidente de la Unión el Dr. José Fernández Madrid.—Serviez, nombrado General del Ejército patriota, trata de retirarse a los Llanos de Casanare.—Desavenencias entre este General y el Presidente Madrid.—Bayer se apodera de la provincia del Chocó.—Warleta se enseñorea

de la provincia de Antioquia.—Donato Santa Cruz se apodera del Alto-Magdalena.—Disolución del Congreso de la Unión.—Serviez emprende su retirada a los Llanos de San Martín, por Cáqueza.—Es derrotado en este lugar.—Retirada del Presidente Madrid a Popayán.—Entrada de La Torre en Santafé.—Morillo hace la suya el 26 de Mayo de 1816.—Horrores cometidos por este Jefe.—Sámano derrota a los patriotas en la *Cuchilla del Tambo*, y el Coronel Tolrá, en la Plata.—Los realistas se apoderan de la provincia de Casanare.—Marcha Morillo a Venezuela.—Sámano queda de Gobernador Militar en Santafé.—Los patriotas de Casanare recuperan su Independencia.—Muerte heroica de Policarpa Salabarrieta.—Sámano es nombrado Virrey de la Nueva Granada.—Infructuosa expedición del Coronel José María Barreiro a los Llanos de Casanare.

82

CAPITULO VI.

Venezuela.—1815 a 1818

Insurrección de la isla de Margarita.—Expedición de Bolívar preparada en los Cayos de San Luis.—Arriba la expedición al puerto de Juan Griego.—Desembarca Bolívar en Carúpano.—Se traslada a Ocumare.—Derrota que sufre Soublette en los Aguacates.—Se reembarca Bolívar en Ocumare, en virtud de una falsa noticia.—La expedición se interna en los valles de Aragua, bajo el mando de Mac-Gregor.—Llega y ocupa a Barcelona, después de los combates de Onoto, Chaguaramas, Quebrada-Honda y del Alacrán, todos favorables a los patriotas.—Batalla del Juncal ganada por Piar y Mac-Gregor.—Bolívar desembarca en Güiria.—Es desconocida su autoridad por Bermúdez y Mariño.—Se ve obligado

Págs.

a partir a Haití.—Forma una nueva expedición en esta Isla.—Toca en Juan Griego y llega a Barcelona.—Margarita recupera su libertad.—Operaciones de los patriotas en el Apure.—José Antonio Páez vence a López en la Mata de la Miel.—Es reconocido Jefe absoluto en las Llanuras con el Grado de Brigadier.—Combate del Yagual en que triunfa Páez.—Combate del Guayabal.—Páez se retira a Achaguas, sabiendo la noticia de la llegada de Morillo a territorio venezolano.—Bolívar es derrotado en los Clarines.—Marcha a Barcelona.—Esta ciudad es atacada por fuerzas realistas.—Bolívar deja en ella al General Freites para defenderla y parte a la Guayana.—Freites no recibe auxilios oportunamente.—Heroica defensa de la Casa Fuerte de Barcelona.—Aldama la ocupa a viva fuerza.—Operaciones de Piar en la Guayana y las misiones del Caroní.—Entrevista de Bolívar con Piar.—Combate de las Mucuritas ganado por Páez.—Morillo se acantona en San Fernando, y Páez se retira a San Juan de Payara.—Espléndido combate de San Félix, en el que Piar triunfa sobre La Torre.—Congresillo de Cariaco en que se desconoce la autoridad de Bolívar.—Brión y Antonio Díaz penetran con su escuadrilla en el río Orinoco.—Peligro inminente de Bolívar en Casacoima.—Antonio Díaz destruye la escuadra realista en Pagallos.—La Torre evacua a Angostura.—Esta ciudad es ocupada por Bermúdez.—Morillo ataca la isla de Margarita con tres mil soldados.—Heroica resistencia de los isleños.—Combate sangriento de Mata-siete.—Morillo evacua a Margarita.—Conducta rebelde de Piar.—Su trágico fin.—Bolívar declara a Angostura como capital de Venezuela.—Zaraza es derrotado por La Torre en la Hogaza.

CAPITULO VII.

1818 Hasta Mayo de 1819.

Bolívar se une a Páez en el Apure, y sorprenden a Morillo en el Calabozo.—Morillo se retira hasta la serranía.—Combate en el "Sombrero".—Morillo sigue su retirada hasta Valencia.—Páez se regresa al Apure.—El Libertador emprende operaciones sobre los valles de Aragua.—Se ve obligado a replegarse hasta la villa de Cura.—Combate del "Semen" o de la "Puerta", desfavorable a los patriotas.—Morillo herido de gravedad en ese combate, confía el mando de las tropas a La Torre.—Bolívar se retira al Rastro.—Páez ocupa a San Fernando.—Combate del "Rastro".—Sorpresa del "Rincón de los Toros".—Acción indecisa de "Cojedes".—Cedeño es derrotado en la laguna de los "Patos."—Morales es sorprendido por Páez en el "Guayabal."—Bolívar vuelve a Angostura.—Vuelta de Mariño a territorio de Cumaná.—Es derrotado Bermúdez en el Puerto de la Madera.—Marcha Santander a Casanare como Jefe de Operaciones.—Derrota de Mariño en Cariaco.—Fundación en Angostura de "El Correo del Orinoco."—Bolívar se dirige al Apure.—Confía a Páez el mando del ejército y regresa a Angostura.—Morillo se reúne a La Torre en San Fernando.—Combate de "Cañafístola."—Instalación del Congreso de Angostura.—Nombramiento a Bolívar para Presidente, y a Zea para Vicepresidente.—Combate en la "Sagrada Familia", desfavorable a los patriotas.—Las "Queseras del Medio."

145

CAPITULO VIII.

Campaña de Bolívar sobre la Nueva Granada.—La acción de Gámeza.—La batalla

del "Pantano de Vargas."—Bolívar obtiene un triunfo espléndido en Boyacá.—Entrada triunfal de Bolívar en Santafé.—Bolívar nombra a Santander para Vicepresidente de la Nueva Granada.—Ley fundamental del Congreso de Angostura que crea a Colombia.—Sorpre-
sa de Popayán por Calzada.—Acción de la Plata.—Combate de Pitayó.—Campaña del Magdalena, de Riohacha, de Santa Marta y de Cartagena emprendidas por los Jefes republicanos.—Sucesos del Oriente de Venezuela.—Principales acontecimientos desde 1820 hasta 1823 en Nueva Granada y Venezuela.

163

PARTE SEGUNDA

CUENCA EN PICHINCHA

CAPITULO I.

Resumen de los sucesos ocurridos en la Presidencia de Quito, desde 1813. hasta 1820.

Fusilamientos del Dr. Nicolás Peña y su mujer doña Rosa Zárate.—Derrota de los patriotas en *Palo Gordo y Cañas*.—Sámano es reemplazado por Aymerich, después de los desastres que sufrió aquel en Palacé y Calivío.—Mariño atraviesa el Juanambú.—Reveses de Aymerich en Cebollas y Tasines.—Combate en el Ejido de Pasto.—Nariño, abandonado de sus tropas, se presenta ante las autoridades de Pasto.—Vidaurrázaga al frente de las tropas realistas, por separación de Aymerich.—Es derrotado a orillas del río Palo por los patriotas.—El Comodoro Brown en la ría de Guayaquil.—Heroismo de los *Cívicos*.—Dn. Juan Ramírez es nombrado Presidente de Quito, en lugar de

Montes.—Conspiración frustrada del Capitán Eusebio Borrero, y del Dr. Antonio Ante.—Cuasi asesinato de éste.—Combates navales de la Puná y de Punta Galera.—Encallamiento de la corbeta *Rosa de los Andes*, mandada por el Comandante Juan Illingworth.—Lord Cochrane se apodera de las goletas españolas, *El Aguila y la Begoña*, en el Golfo de Guayaquil.

199

CAPITULO II.

Tropas que guarneecían a Guayaquil antes del movimiento revolucionario del Nueve de Octubre de 1820.—Los principales autores de la Revolución.—El Capitán Dn. León de Febres Cordero, el Capitán Dn. Luis de Urdaneta, el Sargento Mayor Dn. Miguel de Letamendi.—Historia del batallón Numancia.—Los vencidos en Chancay.—Junta inicial del movimiento emancipador, verificada el 1º de Octubre de 1820.—*La fragua oficina de Vulcano*.—Junta de los días 2, 3, 4, 5 y 7 de Octubre del mismo año.—El convite en la casa de Dn. José de Villamil.—Se anticipa la Revolución.—Medidas adoptadas por el Gobernador Vivero para sofocarla.—Prisión del Teniente Coronel Torres Valdivia.—Febres Cordero se apodera del Cuartel de Artillería.—El Coronel Benito García del Barrio es tomado preso, después de un ligero combate.—Luis de Urdaneta obtiene el pronunciamiento del Dauce.—Muerte del Comandante Magallar y de ocho de sus soldados.—Se consuma la gloriosa Revolución del 9 de Octubre de 1820.—Trascendentales resultados de ésta.—Apoteosis de Febres Cordero.—Se organiza el Gobierno de Guayaquil.—Se extiende y firma el Acta de Independencia.—Primera Junta de Gobierno.—El Colegio Electoral o Cuerpo Constituyente de Guayaquil.—Segunda Junta de

Gobierno.—La prisión del Coronel Gregorio Escobedo.—Urdaneta y Febres Cordero salen a campaña contra las tropas realistas.—Acción de Camino Real, en la que triunfan los patriotas.—Se distingue en ella Abdón Calderón, el futuro héroe de Pichincha.

209

CAPITULO III.

Anónimos patrióticos fijados en las esquinas de las calles de Cuenca, en 1797.—Los patriotas de Cuenca en 1809.—Dn. Celiano Monge remite al Municipio cuencano el ejemplar original del Plan de Gobierno de la República de Cuenca.—Encuesta para fijar la fecha de nuestra Emancipación.—Juntas Patrióticas en 1820.—Recibida la noticia de la Revolución del 9 de Octubre de 1820, Dn. Tomás Ordóñez invita al pueblo para la reunión de un Cabildo Abierto.—Dn. Juan Antonio Jáuregui se opone a ello.—Los patriotas consiguen del Gobernador Díaz y Cruzado, que éste proclame la Independencia.—Fracasa este plan por la prisión de Díaz y Cruzado, ordenada por el Comandante General, Dn. Antonio García y Trelles.—El Dr. José María Vázquez de Noboa al frente del Gobierno de Cuenca.—Publicanse por bando unas Ordenanzas Reales; y los patriotas asaltan y se hacen de las armas de la escolta de dicho bando.—Los patriotas, en gran número, se sitúan en la plaza de San Sebastián.—De allí se trasladan al barrio del Vecino, de donde amagan a las fuerzas realistas, que se habían fortificado en el cuartel y la plaza principal.—El maestro Javier Loyola viene de Chuquipata con gran golpe de gente, en auxilio de los revolucionarios.—En vista de esto y de la bélica actitud del pueblo, ceden los realistas; y queda triunfante la Revolución.—Jura de la Independencia el 5 de Noviembre de 1820.—

Vázquez de Noboa aclamado Jefe Político y Militar de Cuenca, dicta las providencias más urgentes para cimentar el nuevo orden de cosas.

220

CAPITULO IV.

Convocatoria para las elecciones de Diputados para el Consejo de la Sanción.—Se reúne esta Asamblea y expide el Plan de Gobierno de la República de Cuenca.—Observaciones acerca de este Plan.—Rasgos biográficos del Dr. Custodio Veintemilla, Dn. José Cárdenas, Dn. Manuel Dávila y Chica, Fray Alejandro Rodríguez y Dn. José María Borrero, Vocales de la Junta Suprema de Gobierno.—Movimientos de los patriotas de Quito.—Asalto y toma de los cuarteles de Latacunga y Ambato.—Riobamba y el Asiento de Alausí proclaman la Independencia.—Sangriento combate de Huachi (22 de Noviembre de 1820) en el que son derrotadas las fuerzas de Urdaneta.—Organización en Cuenca de los cuerpos que hicieron frente a las fuerzas vencedoras de González.—Aquellos son derrotados en Verdeloma (20 de Diciembre de 1820).—El movimiento Emancipador de Cuenca del 8 de Noviembre, no sólo fue patriótico, sino utilísimo para la causa de la Independencia del Ecuador.

237

CAPITULO V.

Primer acto del Coronel Francisco González, a su llegada a Cuenca.—Inicua ejecución de veintiocho patriotas.—Instalación de una Junta llamada de secuestros.—Procedimiento sumarísimo y arbitrario de la Junta.—Razón de los patriotas, cuyos bienes fueron embargados y rematados.—Auto contra los ocultadores de los bienes de los emigrados.—

Págs.

Terminan las funciones de la Junta.—Contribuciones en dinero, granos, ganado, & impuestas mensualmente para el sustento de las tropas.—Contribuciones de vestuario para las mismas.—Recluta de hombres, y requiza de caballos.—Asesinatos, robos y otros crímenes cometidos por los soldados realistas.—El Coronel Carlos Tolrá en Cuenca, sus órdenes draconianas.—Se lleva las alhajas del templo de Girón.—El último Cabildo en la época colonial.—Tolrá sale de Cuenca.—Reflexiones acerca del año terrible de 1821.

271

CAPITULO VI.

Después de Tanizagua.—Jenoi.—Llega Mires en Guayaquil.—Sucre al frente del ejército patriota de Guayaquil.—Traición del Coronel Nicolás López y de Ollague.—Yaguachi.—El segundo Huachi.—Expedición del Coronel Luco a Cuenca.—Llega a esta Ciudad el Mayor Francisco María Frías con la vanguardia, y la ocupa por pocas horas.—Apuradísima situación de Guayaquil, después de la derrota de Sucre en Huachi.—Los guayaquileños despliegan toda su actividad y energía para defenderla.

295

CAPITULO VII.

Proyectos del Libertador.—Expedición del ejército realista, al mando del Coronel Tolrá.—Proyectos de Sucre para la próxima campaña.—Sucre pretende tomar la plaza de Cuenca, a todo trance, como la base más segura para sus futuras operaciones.—El General Mourgeón en Quito.—Consigue Sucre el auxilio de la División Peruana mandada por el Coronel Andrés de Santa Cruz.—Campaña de Sucre de Machala a Saraguro, y de Saraguro a Cuenca.

324

CAPITULO VIII.

Patriotas cuencanos que acompañaron al General Sucre en su expedición a Cuenca.—Festejos con que esta ciudad celebró la llegada de Sucre.—Oficio de este General al Cabildo, participándole que había nombrado Gobernador y Comandante General de la Provincia de Cuenca al Coronel Tomás de Heres.—Contestación del Cabildo.—Posesión del Coronel Heres del destino expresado.—Rasgos Biográficos del primer Gobernador republicano de Cuenca.

342

CAPITULO IX.

Primer Decreto de Sucre, expedido el 24 de Febrero de 1822.—Contribución de 3000 pesos mensuales para racionar a las tropas.—Creación de una Junta de Auxilios para proveer a la subsistencia del Ejército Libertador.—Personas que la compusieron.—Contribución de sangre.—Contribución de caballos.

354

CAPITULO X.

Empréstitos de granos.—Proyecto de supresión del Estanco de Aguardientes.—Los gastos, en la División Auxiliar del Perú.—Empleados a medio sueldo.—Los donativos de los miembros del Cabildo Eclesiástico.—Distribución del empréstito entre los Clérigos.—Oficios y Decretos de Sucre.—Una carta del Coronel Luis Urdaneta al Coronel Tomás de Heres.

360

CAPITULO XI.

Remesas de granos para la Proveduría Militar.—Hospital Militar.—Auxilios que se prestaron a una columna de trescientos hom-

bres que vino, por el camino de Naranjal, a engrosar la División Libertadora.—Erogaciones en dinero de los Cabildantes.—Donativo de don Manuel Rada, Alcalde de primer voto.—Cabildo ampliado del 17 de Marzo de 1822, para recolectar dinero.—Donativo de la Villa de Zaruma.—Nueva distribución de empréstitos.—Creación de la Corte Superior de Justicia de Cuenca, por Decreto dado por Sucre en 20 de Marzo de 1822.—Instalación de la Corte.—Discursos pronunciados por Sucre y el Presidente del Tribunal, con motivo de esa instalación.

374

CAPITULO XII.

Supresión de la Corte de Cuenca.—Nombramiento de Procuradores del Cabildo.—Donativo de monturas.—Casa de rastro o carnicería para el ejército.—Donativo de reses.—Donativo de Don Pedro Argudo y su hermano.—Donativo de Don Manuel de Dávila y Chica.—Carta de Sucre escrita a Santander en Marzo de 1822.—Decreto de Sucre expedido en 29 de Marzo del mismo año.—Morriones para los soldados, cachuchas y vestuarios para los mismos.—La maestranza de Santo Domingo.—El genial Gaspar Sangurima.

384

CAPITULO XIII.

El Coronel Santa Cruz pretende regresar al Perú con la División Auxiliar.—Sucre consigue que desista de tal propósito.—Acto filantrópico de Sucre.—Este pide diez y seis mil pesos para la División Libertadora.—Auxilio de gente para la marcha de ella.—La patriota Susana Bobadilla.—Donativo de Dn. José Machuca.—Carta de Sucre a Santander, en que manifiesta los grandes auxilios prestados por Cuenca al Ejército Republicano.—

Salida de esta ciudad de las tropas.—Uniformes de los cuerpos.—Oficiales del *Batallón Sur* que quedaron en esta ciudad.—Acta del 11 de Abril de 1822, en que se acordó aceptar y jurar la Constitución de Colombia, dictada por el Congreso de Cúcuta.—Despedida del General Sucre.—Este delega sus facultades al Gobernador Coronel Dn. Tomás de Heres.

391

CAPITULO XIV.

Campaña de Bolívar sobre Pasto.—La batalla de Bomboná.—Bolívar se retira al Trapiche.—Documento importantísimo que manifiesta los grandes servicios prestados por Cuenca en la campaña de Pichincha y en la del Perú.—Auxilios prestados por Loja, para la primera campaña.—Historia del Batallón *Alto Magdalena*.—La jura de la Constitución de Colombia en Cuenca,

403

CAPITULO XV.

El Ejército Libertador en Guasuntos.—Oficio del Coronel Morales a Heres.—Contestación de éste.—Oficio de Sucre al Gobernador de Cuenca, dirigido desde Guamote.—La División Libertadora forza el paso de la quebrada de San Luis.—Felonía de los Jefes de la caballería realista.—El combate de Riobamba.—Parte del Comandante Lavalle.—Ocupación de esta ciudad por Sucre.—Oficios del mismo a Heres dirigidos desde Riobamba, Ambato y Latacunga.—Los últimos avances del Ejército Libertador hacia Quito.—La batalla de Pichincha, relación del Coronel López Borrero.—Parte de Sucre.—Parte de Santa Cruz.—La batalla de Pichincha según el Coronel Córdova.—El Fortín del Panesillo.—La actuación de la División Peruana en la batalla de Pichincha, según Sucre.

423

CAPITULO XVI.

- Ligeros rasgos biográficos de Abdón Calderón.—Abdón Calderón, el Héroe de Pichincha.—Recuerdos históricos.—Los despojos mortales del Capitán Calderón. 453

CAPITULO XVII.

- Llega a Cuenca la noticia del triunfo de Pichincha.—Festejos de la ciudad por tan fausto suceso.—Capitulación de Pasto.—Bolívar en Quito, Guayaquil y Cuenca.—Gastos invertidos en la División de Santa Cruz, en su regreso al Perú y otros posteriores.—Informe del Gobernador Coronel Dn. Tomás de Heres de la administración de la Provincia de Cuenca, desde el 22 de Febrero hasta el 6 de Julio de 1822.—La actuación de Cuenca en la campaña de Pichincha, según Restrepo, Cevallos y otros historiadores.—Conclusión. 462

Erratas Sustanciales.

| Página | Línea | Dice | Léase |
|--------|--------|---------------------|----------------------|
| 38 | 10 | 1801 | 1802 |
| 38 | 12 | varón | Barón |
| 53 | 21 | Nariño | Mariño |
| 61 | 46 | coldados | soldados |
| 88 | 24 | Wellingtón | Wellington |
| 199 | 11 | Parto | Pasto |
| 199 | 18 | Barreiro | Borrero |
| 250 | 28 | Norte | Sur |
| 254 | 11 | chiguagaps | chihuahuas |
| 297 | 13 | 1921 | 1821 |
| 298 | 21 | Urdaneta | Urbaneja |
| 337 | 40 | Zúlug | Yúlug |
| 360 | 36 | predio | precio |
| 366 | 35 | Mayo | Marzo |
| 370 | 19 | Sshiris | Shiris |
| 370 | 34 | posos | pesos |
| 378 | 27 | ballaba | hallaba |
| 379 | 23 | Edecén | Edecán |
| 448 | 31 | 20 de Enero de 1824 | 30 de Enero de 1823. |
| 462 | última | 21 del mismo mes | 31 del mismo mes. |
| 480 | 24 | contuyesen | construyesen |
